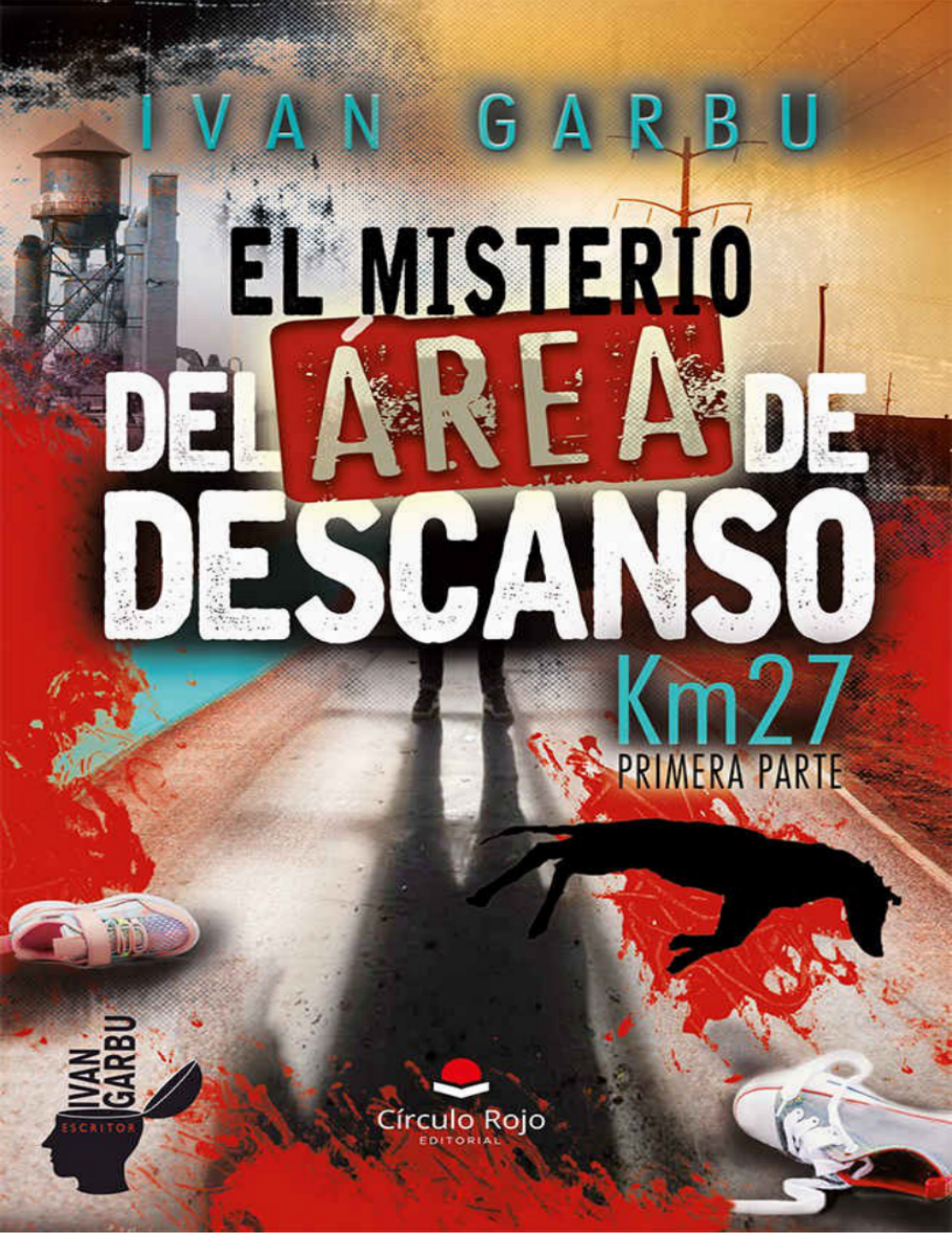
IVAN GARBU
EL MISTERIO DEL ÁREA DE DESCANSO
Km27
PRIMERA PARTE
IVAN GARBU
ESCRITOR
Círculo Rojo
EDITORIAL

El misterio del area de descanso

Primera parte: km 27

Ivan Garbu

Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: noviembre de 2021

ISBN: 978-84-1115-361-4

© Del texto: Ivan Garbu
© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo
Editorial Círculo Rojo
www.editorialcirculorojo.com
info@editorialcirculorojo.com

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.
Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

A mis tres compañeras de vida, por todo el tiempo que les he robado. Lo devolveré, lo prometo.

Lo importante es la compañía, no el lugar ni las circunstancias.

PRÓLOGO

—¡Mierda, estamos encerradas! —exclamó Sandra.

—No me jodas, espera, que no veo nada, llama a tu hermana, ¡rápido! —dijo Andrea.

—No tengo cobertura. ¿Y tú?

Andrea sacó su teléfono del bolsillo con cierta dificultad. La mano le temblaba.

—Tampoco. Estamos jodidas.

—¿Tú crees que saben que estamos aquí?

Andrea no contestó. Encendió la linterna del móvil para inspeccionar el habitáculo cuando algo le rozó el tobillo.

—¡Hostia puta! ¡Una rata!

El animal emitió un terrorífico chillido y despareció por una alcantarilla de desagüe. El olor a muerte y a podrido se hacía insoportable en aquel cuarto oscuro. Sandra también encendió su linterna.

—Debe haber un interruptor por alguna parte —susurró.

—No hay nada, seguro que está por fuera —contestó Andrea.

—¡Dios!, hace un calor del infierno.

El cuarto era lo más parecido a una sala de despiece, aunque había algunos elementos que no cuadraban. Aquella sucia mesa metálica en el centro y esa vieja pantalla fluorescente colgada del techo por unas cadenas oxidadas no tenían pinta de cumplir con ninguna normativa de sanidad. Los azulejos de las paredes estaban amarillentos y tenían todas las juntas descascarilladas. El suelo, que alguna vez fue impermeable, estaba ahora totalmente cuarteado. Parte del falso techo desmontable colgaba desvencijado, dejando entrever el techo real, por donde se escuchaba el leve correteo de las cucarachas. Una de ellas cayó al suelo y se perdió entre las rendijas.

—¡Qué asco, joder! ¿Dónde coño estamos? Estoy empezando a asustarme de verdad —dijo Sandra.

—¡Shhh! Calla. ¿Oyes eso? —susurró Andrea con el dedo índice sobre los labios.

—Mierda, mierda, mierda, son pasos. Viene alguien —masculló Sandra aterrorizada.

—Siento haberte metido en este lío, Sandra, de verdad.

—Déjalo, Andrea, aquí estamos por mi culpa, ya no podemos hacer nada. ¡Joder!, no quiero morir así, yo solo quería ser veterinaria. —Sollozó Sandra.

El pomo de la puerta emitió un pequeño crujido. Alguien intentaba abrirla. Comenzó a girar.

CAPÍTULO 1. Aprobado

3 meses antes

—¿Sí?

—¿Mamá?

—¡Ah! Perdona, hija, no he mirado ni quién era. Estoy aquí un poco traspuesta en el sillón.

—¡He aprobado! Y con nota. He conseguido las prácticas en la clínica de la doctora Andrea Soler.

—¿Sí? ¡Roberto, Roberto! ¡Es Sandra! ¡Que ha aprobado y que va a hacer las prácticas en la clínica esa famosa que ella quería!

Era un sábado de mediados de junio, sobre las cuatro de la tarde, el calor y el agradable proceso de la digestión mantenían a los padres de Sandra adormilados en el sillón. Habían sido cinco años duros de estudio para ella. Desde muy pequeña demostró un amor incondicional por los animales, sentimiento que heredó de sus padres, sobre todo de su madre, Mercedes, a la que siempre le manifestó su deseo de ser veterinaria. Y lo había conseguido. Había construido la escalera por la que tendría que subir peldaño a peldaño hasta alcanzar su meta. No quería ser una veterinaria cualquiera, quería ser la mejor veterinaria y, gracias a su esfuerzo, aprendería de la mejor, la doctora Andrea Soler Molina. Al menos así de bien sonaba en su cabeza.

—¡Estoy que no me lo creo, papá!

—¡Qué alegría, hija! —exclamó Roberto.

—¿Dónde está mi hermana?

—Durmiendo, ya sabes que Alicia no perdona una siesta. Además, anoche se acostó tarde.

—Bueno, cuando se despierte le dices que me llame.

Sandra vivía sola desde hacía un año en el piso de su abuela Victoria (la madre de Mercedes). Desde que falleció esta, la familia intentó en varias ocasiones arreglar los papeles para venderlo, sin éxito. Unos problemas con la firma de la herencia hicieron que el piso quedara ligado a la hipoteca de los padres de Sandra. Es decir, que, hasta que sus padres no terminaran de pagar la hipoteca, no quedaría libre de cargas para poder venderlo, puesto que estaba en calidad de aval al 50 %. «Maniobras de los bancos para engañar a la gente», se lamentaba Roberto en no pocas ocasiones.

Fueron Sandra y Alicia las que hablaron con sus padres para que convencieran a sus tíos de alquilársela a ellas por un precio simbólico mientras intentaban arreglar la situación de la hipoteca. Así el piso no quedaba deshabitado y ellas conseguirían independizarse de sus padres (relativamente, porque el piso estaba cerca). Además de

dejarles a ellos más intimidad. Ese fue el discurso que las dos hermanas planearon para hacerse con un piso de solteras y hacer lo que les diera la gana. Y el caso es que coló, pero la convivencia duró un par de meses.

El teléfono de Sandra comenzó a vibrar en la cocina, eran las siete de la tarde del sábado.

—¡Hermana, has aprobado!

La voz de Alicia sonaba entre jovial y ronca, era obvio que se acababa de despertar de una larga siesta.

—Sí, ¡por fin! —exclamó Sandra.

—Bueno, esto habrá que celebrarlo, ¿no? Esta noche nos vamos de fiesta.

—No, no, que tengo que prepararme para las prácticas. ¿Tú no te cansas de tanta fiesta?

—Mmm… Haré como que no he oído eso. Pero ¿cuándo empiezas?

—En dos semanas.

—¡Madre mía! —exclamó Alicia—. ¿Cuánto tiempo necesitas para prepararte? Tú siempre igual de perfecta, relájate un poco, siesa.

Eran como la noche y el día. Si no fuera por su enorme parecido físico, cualquiera dudaría de su parentesco. Sandra la perfecta, maniática, responsable, tímida, repipi, algo miedosa y con poca capacidad de enfadarse. Alicia la despistada, extrovertida, bromista, alocada y con muy mal genio. De pequeñas eran como pólvora y fuego. No podían estar juntas, pero tampoco separadas. Se complementaban la una a la otra, aunque un roce continuado en el tiempo hacía saltar las chispas. Y eso fue precisamente lo que pasó cuando se fueron a vivir juntas. Al principio todo era novedoso y excitante, pero pronto las manías de Sandra chocaron frontalmente con la despreocupación de Alicia y, claro, empezaron las discusiones. «Siempre lo dejas todo tirado», «hoy te tocaba limpiar a ti», «no has recogido la mesa», repetía Sandra continuamente mientras Alicia intentaba defenderse como podía de las charlas de su hermana.

Sandra siempre había ejercido su papel de hermana mayor a la perfección. Desde muy pequeña se dedicaba a ayudar a Alicia en todo: le prestaba sus juguetes, la ayudaba a andar, le enseñaba palabras… Incluso después, cuando ya tenían ocho y diez años, Sandra la ayudaba con sus deberes. Sin embargo, esto pareció romper todos los esquemas a Alicia, que, al ver que su hermana era tan buena, adoptó el papel que quedaba libre, el de mala, y, siempre que la ocasión lo permitía, procuraba hacerle la vida imposible. Además, físicamente siempre fue más fuerte, así que Sandra siempre terminaba llorando.

Ahora, con veintitrés Sandra y veintiuno Alicia, las cosas eran diferentes en los aspectos más evidentes, pero en el fondo todo era más o menos igual que siempre. Sandra la responsable, Alicia la

desastre.

—Tengo que repasar toda la teoría desde el principio, además de organizarme todas mis cosas para los nuevos horarios que voy a tener —replicó Sandra.

—Bueno, tú y tus locuras. Escucha, te vas a tirar todo el verano metida en esa clínica, además, tienes dos semanas por delante para prepararte. ¿Por qué no te vienes con nosotras el fin de semana a la playa? ¿Recuerdas el viaje a Jávea que te comenté?

—Sí, algo me suena.

—Pues eso, que es el finde que viene. Después tendrías otra semana más antes de empezar las prácticas.

—¡Puf!, no sé yo… ¿Quiénes vais?

—Lorena, Sofía, Macarena y yo.

—¡Buf!, vaya panda. ¿Y quién lleva el coche?

—Pues yo, ¿quién va a ser?

—Ahora sí que sí. ¡Vamos, ni loca me voy de viaje con tres dementes y la jefa del manicomio al volante! —exclamó Sandra.

—No será para tanto, que tú también tienes lo tuyo. Piénsatelo al menos, lo pasaremos bien.

—Bueno, ya veremos, a ver qué tal se me da esta semana con los preparativos y te digo algo.

—OK, hermana. Enhorabuena de nuevo. Me voy a arreglar, que hoy es sábado noche y a las que nos gusta divertirnos salimos de marcha.

—Ya, muy bien. Ten cuidado, anda. Adióós.

Así siempre, con el tira y afloja entre hermanas. Alicia, después de terminar el instituto, no quería estudiar más, y su padre le dijo que, si no quería estudiar, iba a terminar en el taller reparando coches con él.

Esto lo decía a modo de amenaza para que Alicia se lo pensara y siguiera estudiando, pero, lejos de asustarse, a Alicia le pareció una excelente idea. Siempre le habían gustado los motores y se la podía ver desde muy pequeña trasteando por el taller, a veces llevando herramientas a los mecánicos o intentando montar alguna pieza. Y lo cierto es que no se la daba nada mal. Eso le decía Roberto a su madre: «Si es que trabaja mejor que la mayoría de los mecánicos que tengo». Pero a Mercedes la idea de una mujer en un taller mecánico como que no la convencía.

A Alicia eso de estar todo el día rodeada de grasa, motores, aceite y hombres vestidos con monos llenos de mierda que la miraban de reojo cada vez que pasaba no le importaba en absoluto. Le encantaba su trabajo. Al principio le resultó muy duro porque compaginaba el taller con la formación profesional de mecánica del automóvil, además de la autoescuela, a la que se apuntó nada más cumplir los dieciocho. En cuestión de meses obtuvo el carné de coche y el de moto de gran cilindrada, su verdadera pasión, donde podía mezclar motor, aceite,

grasa, velocidad y adrenalina en todo su apogeo.

El taller de Roberto no era excesivamente grande. Siempre le gustó tenerlo todo controlado. Era un hombre ordenado y competente en su trabajo, sin embargo, no era demasiado habilidoso. Todo lo que sabía de mecánica lo había aprendido gracias a una mezcla de duro trabajo, dedicación y sacrificio, que terminó por dar sus frutos el día que abrió su propio taller.

Por eso sentía admiración por su hija Alicia, que, a diferencia de él, ella sí había nacido con una habilidad innata para la mecánica. Sandra sería un cerebrito, sí, pero Alicia detectaba el fallo de cualquier motor con solo escucharlo. Y esto a su padre le fascinaba. Era el mejor mecánico que tenía en el taller con diferencia, pero, claro, como era mujer, y encima su hija, tampoco lo podía airear entre los compañeros para no herir su orgullo de oficiales de primera, que una mujer fuera mejor que ellos no sentaba demasiado bien entre algunos de los más mayores.

Así que Alicia tenía que aguantar habitualmente chascarrillos machistas no solo de sus compañeros, sino de muchos clientes del taller. Esto había endurecido más si cabe su fuerte personalidad y solía salir airosa de comentarios hirientes, dejando en muchas ocasiones en ridículo al erudito de turno.

El taller estaba situado en el polígono Regordoño de Móstoles, ciudad del sur de Madrid. Muy cerca vivía Alicia con sus padres y también Sandra en el piso de la abuela. Pocas calles separaban ambas viviendas del taller.

Alicia solía llegar al taller sobre las diez de la mañana, casi una hora más tarde que el resto, (no le gustaba nada madrugar). Su padre tenía que hacer la vista gorda y oídos sordos a los comentarios de los demás compañeros.

Cruzaba el taller rápidamente, directa a los vestuarios. Se cambiaba de ropa, se hacía sus características trenzas, y en pocos minutos ya estaba debajo de algún coche o con la cabeza metida en algún motor.

En total eran seis trabajadores, contando con ella. Manolo y Pedro eran los más antiguos, prácticamente estaban desde que Roberto abrió el taller, habían visto crecer a Alicia entre los coches medio desguazados. Después llegó Andrés, el electricista, y años más tarde llegaron Raúl y Mario, los más jóvenes.

La nave que albergaba el taller tenía dos alturas. Una larga y estrecha escalera metálica ascendía hasta la oficina, un pequeño habitáculo acristalado desde donde se podía controlar todo el taller. Este era el cuartel general de Roberto. La parte de abajo era totalmente diáfana y se componía de un foso, dos elevadores hidráulicos, dos bancos de trabajo, cuatro carros de herramientas, dos cargadores de baterías y un par de compresores de aire.

En el fondo del taller siempre había algunos coches y motos de desguace para piezas.

Alicia empezó a aficionarse a las motos cuando tenía aproximadamente catorce años. Las buscaba por Internet, veía vídeos en YouTube, se interesaba por marcas, modelos, clásicas, modernas… Poco a poco se fue convirtiendo en una entendida en el mundo de las dos ruedas. Un día, recién cumplidos los dieciséis años, se encontraba merodeando por el taller cuando debajo de una lona vieja y llena de polvo entrevió lo que parecía el cuadro de una moto de carretera con una sola rueda. Estaba en el fondo del taller, detrás de un coche al que le faltaban todas las puertas. No tardó en reconocer aquella moto. Levantó la lona, limpió un poco el polvo, le quitó algunas manchas de grasa, y entonces la vio. Era una honda NR 750.

Esa moto era un clásico. Alicia la había visto por Internet en muchas páginas de motos con historia. Fue la primera moto en utilizar pistones ovales, la fabricaron en 1980 para carreras de resistencia, pero hasta 1992 no salió al mercado. En ese momento se convirtió en la moto más cara de venta al público, su precio era de cincuenta mil dólares. Se fabricó una serie de trescientas hondas NR 750 con una configuración un poco menos agresiva que la de competición, que daba 125 CV a 14000 r. p. m. En el camino abandonaron los pistones de caras rectas y aparecieron unos con todas las caras redondeadas, lo que daba una silueta más parecida a un óvalo que la anterior. La carrocería incorporó todos los refinamientos disponibles en la época y un novedoso sistema de escapes bajo el colín, que aún en nuestros días se sigue utilizando.

Era muy raro, casi imposible, ver una de estas motos circulando, y resulta que Alicia tenía una de esas trescientas hondas legendarias delante de sus narices. Destrozada y sin la mitad de las piezas, pero en su cabeza el motor rugía como en los vídeos de YouTube que había visto tantas veces.

Subió corriendo las escaleras metálicas del taller hasta el cuartel general de su padre.

—¡Papá, papá! —gritó.

—¿Qué pasa, hija? —preguntó Roberto sobresaltado.

—La moto, la que está junto al coche sin puertas. ¿Es de algún cliente?

—¿Ese montón de hierros que estaba debajo de la manta? —preguntó Roberto mirando a través del cristal.

—¡Es una moto legendaria! —exclamó Alicia.

—Pero ¡si es una chatarra que lleva ahí un montón de años! Si no fuera porque me gusta guardarlo todo, ya habría ido al desguace hace tiempo.

—¿Al desguace? ¡No! ¿Me la puedo quedar?

—Roberto se quedó unos segundos mirando a su hija sin decir nada, un poco extrañado. Se llevó la mano a la barbilla y, sin dejar de contemplar los grandes ojos abiertos de Alicia, dijo finalmente:

—Vale, haremos una cosa, si tan importante es esa moto para ti, te ayudaré a buscar las piezas que le faltan poco a poco y, si consigues montarla entera y que funcione, te la podrás quedar. Siempre y cuando prometas estudiar, sacarte el curso de mecánica y el carné de moto.

—¡Prometido!

CAPÍTULO 2. El viaje

Sandra pasó prácticamente toda la semana metida en casa preparándose para las prácticas. Estaba un poco nerviosa y necesitaba tenerlo todo bajo control. No podía soportar la idea de quedarse en algún momento bloqueada sin saber qué hacer en una consulta o en una operación. Practicaba simulaciones de preoperatorios y primeros auxilios básicos con su perrita Nora, que era un cruce de chihuahua negra, la cual llegó a casa de sus padres en calidad de animal en acogida (recogida en la protectora de animales en la cual colaboraba su madre) y terminó quedándose gracias a los ruegos infinitos de Sandra.

Cuando Sandra y Alicia se fueron a vivir juntas, Sandra se llevó a Nora y Alicia se llevó a su mascota, Petronila, una tarántula Goliat *(Theraphosa blondi)* enorme y repugnante a los ojos de Sandra.

Siempre estaba sacándola del terrario y la paseaba por la casa sobre su mano diciendo: «Sandra, acaríciala. Mira qué suave es, si parece de peluche». A Sandra se le ponían los pelos de punta. Además, Alicia tenía una réplica de la tarántula a tamaño real de goma que estaba tan bien hecha que parecía la auténtica. Cuando venía visita, lo primero que solía hacer Alicia era enseñar a Petronila a todo el mundo y, después, cuando todos estaban relajados, dejaba la réplica en el sillón diciendo que se le había escapado. Esto lo hizo también una vez en casa de sus padres con una vecina amiga de su madre y casi se la carga de un infarto. La mujer se puso de todos los colores, y ninguno claro. Mercedes, de los nervios, le gritó que, si lo volvía a hacer, la araña salía por la ventana, la réplica y la de verdad. Así que allí no lo hizo más, pero cuando vivían juntas era una broma habitual, sobre todo cuando venía alguna amiga de Sandra.

Era jueves. El día anterior Sandra estuvo a punto de irse a dar un baño a alguna piscina, puesto que las acababan de abrir, dando así el pistoletazo de salida al verano. Pero, en vez de eso, pensó: «¿Y si sigo estudiando y voy al viaje con Alicia y sus amigas?». Según avanzaba la semana, le iba pareciendo cada vez mejor idea. A lo mejor Alicia tenía razón, le esperaba un largo verano en la clínica y merecía un descanso después de tanto estudiar.

Solo recibió una visita en toda la semana, de su amiga Raquel, que la avisó el lunes de que se pasaría a verla al día siguiente para felicitarla por su aprobado. Esto obligó a Sandra a pasarse el lunes entero limpiando. La casa no es que fuera muy grande, pero es como todo, para tenerlo todo limpio hay que dedicarle un rato todos los días, y eso era complicado. Estaba situada en un tercero, con ascensor,

la puerta principal accedía directamente al salón; a la izquierda se encontraba la cocina, integrada en el mismo salón, tipo *loft;* a la derecha había un pequeño pasillo, del cual nacían dos habitaciones y el baño; y de frente, cruzando el salón, estaba la terraza, que era generosa y cuyas vistas se limitaban a un parque sin columpios y bastante dañado.

Raquel era su mejor amiga, aquella amiga de la infancia que conoció en el colegio con la cual, a pesar de los años, mantiene intacta su amistad. Se llevaban bien porque eran de personalidades parecidas: metódicas, ordenadas, aplicadas… Vamos, dos aburridas de órdago, según Alicia, que, cada vez que venía Raquel a casa, además de sacarle la araña, no paraba de reírse de ellas y de sus conversaciones aburridas.

Lo único que diferenciaba a Raquel de Sandra era la memoria. Sandra tenía una memoria privilegiada, además de ser tremendamente cotilla. Roberto, su padre, siempre solía decir que el 90 % de las cosas que sabía Sandra era porque se había enterado cotilleando. No había conversación en la que no metiera las narices para enterarse, siempre tenía las antenas preparadas para captar todo lo que se decía a su alrededor. Y eso, complementado con una buena memoria, la convertía en una auténtica máquina de recopilar y almacenar información.

Por el contrario, Raquel no disponía de tal virtud. También era cotilla, y en cotilleos precisamente se basaban normalmente las conversaciones con Sandra, pero de memoria no andaba muy fina.

—¿Te acuerdas del viaje que te comenté la semana pasada? Al que iba mi hermana con sus amigas…

—¿Qué viaje? No me dijiste nada de un viaje —contestó Raquel mientras miraba al techo pensando.

—Sí, joder, sí te lo dije, que no iba a ir ni de coña.

—¡Ah, sí! ¿Qué pasa? —preguntó Raquel, que seguía intentando recordar esa conversación.

—Pues no sé… Lo mismo finalmente sí que voy. Se van tres amigas de mi hermana y ella a Jávea el fin de semana. Que veo que no te acuerdas, no te esfuerces.

—¡Ah!, ya me acuerdo. ¿Y ese cambio de opinión? ¿Con esas locas?

—Pues no sé. A lo mejor resulta divertido, ¿no?

—Hombre, si te parece divertido emborracharse y bañarse por la noche en pelotas en la playa a grito pelado…

—Anda, exagerada, no será para tanto. Un poco de relajación sí me hace falta.

—¿Cuándo empiezas las prácticas?

—La semana que viene no, la siguiente. ¿Y tú tienes vacaciones este año?

Raquel tenía la carrera de Turismo y trabajaba en un museo.

—Creo que una semana solo —se lamentó Raquel—. Por cierto, ¿sabes quién se ha casado?

Comenzó una de sus larguísimas conversaciones sobre cotilleos varios que tanto aburrían a Alicia cuando vivían juntas.

Ya eran las nueve de la noche, se acercaba la hora de llamar a su hermana para decirle si finalmente iría con ellas o no, ya que al día siguiente era viernes y querían irse sobre las cuatro de la tarde.

Alicia se encontraba en el bar que había enfrente del taller. Era un bar de polígono industrial, pero, a diferencia del horario habitual de este tipo de bares, este abría todos los días, incluidos los fines de semana. En la fachada lucía un dibujo hecho a espray donde se distinguía la imagen de un cerdito con pañal, como un bebé cerdo con chupete y todo. Era la imagen del local, de nombre El Gruñidor, y lo regentaban dos hermanos, Antonio y Rafa, de unos cuarenta y seis años largos cada uno, que siempre estaban de broma con los clientes. El bar no era demasiado grande, pero satisfacía las necesidades de cualquier trabajador que quisiera visitarlo: desayunos a buen precio, menú del día económico, bebidas también a precios asequibles y trato cercano y vacilón por parte de los hermanos. El servicio era rápido, como no podía ser de otra manera, puesto que, en media hora, de diez a diez y media, tenían que servir un montón de almuerzos a la horda de currantes que entraban por la puerta.

El mobiliario del bar estaba distribuido de la siguiente manera: la barra se encontraba a la izquierda de la puerta principal, una barra de aluminio nada bonita pero fácil de limpiar y sobre ella unos mostradores de cristal, con aperitivos en su interior, sostenían bandejas de bollería industrial para los desayunos y almuerzos; a la derecha comenzaba una hilera de bancos, como si de un tren antiguo se tratara, que albergaban una pequeña mesa en medio, parecían sacados del mobiliario del Glacier Express; en líneas generales la distribución del bar era de forma alargada, el pasillo que quedaba entre la fila de bancos y la pared terminaba en un pequeño salón donde se servían las comidas.

Alicia se encontraba en la barra tomando una cerveza, eran las nueve de la noche y normalmente se habría ido a casa después de salir del taller, pero la jornada había sido larga porque, como el día siguiente se lo había pedido a su padre libre para irse a la playa, su padre le dijo que tenía que dejar todos los coches que tenía entre manos terminados. Y, claro, se le hizo un poco tarde. Pero los terminó, y la cerveza sirvió como trofeo de final del día con vísperas de minivacaciones.

—¿Cómo tu por aquí a estas horas? —preguntó Antonio mostrando una sonrisa picarona.

No tuvo tiempo de contestar cuando Rafa, que estaba al final de la barra fregando unos vasos, contestó como si la pregunta fuera dirigida a él:

—Nada, que no tenía nada que hacer en casa y me he venido aquí a fregar unos vasos, ¡no te jode!

—No te decía a ti, gilipollas. Tú ya sé que estás aquí, llevo todo el día viéndote la casa de tonto que tienes. Le decía a Alicia que yo creo que me echaba de menos y ha venido a verme.

Alicia sonrió mientras le daba el primer trago a su cerveza.

—Ya quisieras tú que un pedazo de mujer como yo te echara de menos a ti —dijo mientras veía cómo Rafa se reía silenciosamente desde lejos.

—Bueno, porque siempre me ves de camarero detrás de la barra, pero, bien vestido y cenando en un restaurante de lujo, gano mucho, ¿eh? —replicó Antonio.

—Pero ¿qué vas a ganar, tontolaba? ¡Si eres más feo que mandar a la abuela a por droga! —le gritó Rafa.

—Bueno, bueno, haya paz —dijo Alicia entre carcajadas—. Dejadme tranquila, que estoy de vacaciones.

No acabó de decirlo cuando le sonó el teléfono. Era su hermana.

—¡Hola, Sandra! ¿Qué te cuentas?, que no has llamado en toda la semana.

—¡Hola! He estado ocupada estudiando y eso. ¿Al final vais a Jávea?

—¡Por supuesto! —exclamó Alicia—. Mañana a estas horas tenemos que estar quemando la noche valenciana. ¡No me digas que te vienes!

—Bueno, estaba pensando en ello, la verdad —dijo Sandra un poco insegura.

—Pues claro que sí, lo pasaremos bien. Hemos quedado sobre las tres en el barrio de Macarena.

—Vale, voy, pero con una condición —dijo Sandra recuperando su tono de hermana mayor.

—¿Cuál?

—Iremos en mi coche.

—Pero… ¿por qué? Si sabes que conduzco mil veces mejor que tú —replicó Alicia un poco molesta.

—Claro, por eso, vas demasiado rápido y confiada, así que prefiero conducir yo, que estoy más cuerda que vosotras cuatro juntas.

—Vaaaaale, lo que tú digas. Pues quedamos en casa de papá y mamá a las dos y media, después de comer, ¿no?

—No te preocupes, si mañana voy a comer con vosotros, que ya se lo he dicho a mamá. Después nos vamos.

—¡Cojonudo! Pues mañana nos vemos, lo vamos a pasar de puta madre.

—Bueno, pero con cuidado, ¿eh? Vete pronto a la cama. Hasta mañana, hermana.

—Adióós.

***

Al día siguiente Sandra se levantó pronto, sacó una maleta de viaje pequeña y la dejó abierta encima de la cama. Después de desayunar su jamón york con pan tostado, como de costumbre, se dispuso a llenarla con lo justo. «Es solo un fin de semana», pensó. Además, su Peugeot 306 con cinco chicas a bordo no dejaría mucho espacio para equipaje. Así que un par de bikinis, unos vaqueros, algunas camisetas, ropa interior y poco más. «Espero que estas locas no se flipen con la maleta —se dijo para sí misma—, porque se quedan en tierra».

Recogió un poco la casa por encima, tampoco es que la tuviera sucia, pero le gustaba entrar y que estuviera todo en su sitio colocado y limpio. Preparó las cosas de Nora, su platito, su pienso, la correa, y, con la maleta en una mano y Nora en el brazo como si fuera un pollo, salió por la puerta.

Antes de ir a casa de sus padres, Sandra se pasó por la gasolinera a llenar el depósito, revisar la presión de las ruedas y darle un pequeño repaso de limpieza tanto por fuera como por dentro. «Seguro que vendrá lleno de arena a la vuelta —pensaba mientras aspiraba el coche—, pero, bueno, es lo que hay».

Llegó sobre la una del mediodía, la idea era comer pronto, salir pitando, recoger al resto en el barrio de Macarena y poner rumbo a Jávea.

—¡Hola, hija! ¿Qué tal? Menos mal que vas tú también, así pondrás un poco de cordura, porque no me gustaba mucho que se fueran solas —le susurró Mercedes a Sandra, que estaba entrando por la puerta.

—Sí, sí, bueno, a ver qué tal. Me apetecía un poco de descanso, la verdad. ¿Dónde está Alicia?

—En su habitación preparando la maleta —contestó Mercedes cogiendo a Nora y achuchándola contra su cara.

—¿Todavía? —se sorprendió Sandra—. Bueno, no sé de qué me sorprendo a estas alturas… Voy a verla y dejo mi maleta allí. ¡Hola, papá! —dijo mientras casi se había metido en el pasillo. Roberto casi ni la vio y soltó un «¿qué tal?» al aire.

Alicia estaba echándole unos grillos a Petronila cuando Sandra entró por la puerta.

—¡Joder, qué asco! —exclamó al ver la escena—. ¿Todavía vive la araña apestosa?

—Ella también se alegra de verte, hermana —dijo Alicia sonriendo mientras cerraba la tapa del terrario—. Le tengo que dejar comida suficiente para el fin de semana, que, si no, seguro que se escaparía para buscarla. Además, como mamá no quiere ni arrimarse…

—No me extraña, no sé qué coño le ves a ese bicho para tenerle tanto cariño… —dijo Sandra mirando a Petronila de reojo.

—¡A que te la pongo encima! —bromeó Alicia.

—Anda, anda, ni se te ocurra sacarla de ahí. ¿Ya tienes la maleta hecha? Espero que sea pequeña.

—Esa que ves ahí —dijo Alicia señalando una pequeña maleta que había en el suelo.

—Guay, menos mal. Espero que las demás sigan el ejemplo, que, si no, no cabemos. Vamos a ver si comemos y nos vamos.

Las dos hermanas salieron de la habitación, dejando a Petronila sola, y se dirigieron al salón.

Allí se encontraba Mercedes con la mesa casi puesta para Sandra y Alicia, ya que ni ella ni Roberto iban a comer todavía porque era un poco pronto. Había hecho la comida preferida de las dos, filetes de pollo empanados con patatas fritas. Nada extravagante, simple pero delicioso.

—Si es que habéis nacido para ser pobres. —Se reía Roberto desde el sofá.

Mientras engullían los filetes, Mercedes aprovechó para interrogarlas:

—Entonces, ¿dónde vais exactamente? —preguntó.

—A Jávea, mamá, te lo he dicho veinte veces ya —murmuró Alicia con la boca llena.

—Ya, pero… ¿a un *camping* o a un apartamento? ¿Son muchas horas en coche? Es que no me cuentas nada.

—¡Uf! —Suspiró Alicia.

—Es un apartamento y se tarda unas cuatro horas —intervino Sandra al comprobar que su hermana seguía comiendo sin contestar a su madre.

—¿Y está en primera línea de playa o no?

—Pues no sé, mamá, lo hemos cogido por Internet. ¿Qué más da? Jávea tampoco será muy grande y llevando coche… —dijo Alicia refunfuñando.

—Ya, hija, pero si es que no os informáis bien y luego os engañan. Seguro que os ha salido muy caro.

—Que nooooo, que entre las cinco nos sale tirado.

—Pero ¿tiene aire acondicionado? Porque, si no, os vais a cocer —insistía Mercedes.

—Madre mía, pues no sé, mamá, lo ha reservado Sofía, supongo que sí. Además, no creo que estemos mucho en el apartamento.

—Ya, ya… Bueno, por favor, tened mucho cuidado y llamad en cuanto lleguéis —dijo Mercedes con gesto preocupado.

—Joder, qué pesada, mamá —dijo Alicia levantándose de la mesa —. Venga, Sandra, que nos vamos. Ya tomaremos el postre de camino,

que mamá cuando empieza…

Dieron los besos correspondientes y salieron por la puerta.

—¡Cuida de Nora! —gritó Sandra entrando en el ascensor—. ¡No la dejes que se acerque a la araña asquerosa!

—¡Descuidaaaa! —contestó Mercedes desde la puerta poniendo cara de repelús.

Tardaron pocos minutos en llegar al barrio de Macarena, allí esperaban sentadas en el portal Lorena y Sofía con sus correspondientes maletones. Sandra, cuando las vio, flipó. Alicia, en cambio, miró hacia otro lado haciendo como que no las había visto.

—¡Holaaa! —dijeron al unísono Sofía y Lorena cuando vieron a las hermanas.

—¡Anda! ¡Hola, Sandra! ¿Tú también vienes? —preguntó Sofía.

—Pues todavía no lo sé, porque con ese pedazo de maletas no entramos todas ni de coña —contestó Sandra con tono sarcástico.

—Ayer lo puse en el grupo, que se venía mi hermana y que íbamos en su coche, que es más pequeño —dijo Alicia sacando el móvil para enseñárselo a Sofía.

Sofía era la más pequeña del grupo, tenía veinte años, se conocían del barrio de toda la vida y era sin duda la más despistada de las cuatro amigas. Sandra ya conocía sus antológicos despistes por las historias que le contaba Alicia. Era más que habitual que perdiera las llaves de casa, por ejemplo, lo cual había obligado a sus padres a cambiar la cerradura en multitud de ocasiones. A veces llegaba al colegio sin calcetines y actualmente era ya su tercer teléfono móvil. Por eso a Alicia no le extrañaba en absoluto que no hubiera visto el mensaje en el grupo de WhatsApp.

—Pues no, no vi ningún mensaje. ¿Tú te habías enterado? —preguntó Sofía mirando a Lorena.

—Yo sí. Tú es que no te enteras… —contestó Lorena poniéndose de pie y mostrando su atuendo, que resultó ser más adecuado para asistir a una fiesta de Nochevieja que para meterse en un coche durante cuatro horas.

Alicia miraba a su hermana de reojo mientras Sandra observaba a las dos amigas sin saber qué decir cuando de pronto apareció por la puerta del portal Macarena arrastrando otro maletón.

—¡Jooder! ¡La que faltaba! Pero ¿vosotras que os pensáis? ¿Que nos vamos una semana a Jávea? ¿Y en autobús? —exclamó Sandra.

—¡Buah! Seguro que nos apañamos, ¿no? —preguntó Macarena colocándose unas enormes gafas de sol a modo de diadema.

—Que no, que no, ¡imposible! Solo cabe una maleta de esas enormes y las dos pequeñas que llevamos mi hermana y yo. Así que de esas tres maletas tenéis que reducir a una —dijo Sandra a las tres amigas que la miraban ojipláticas.

—¡Madre mía! —exclamó Lorena, que llevaba modelitos para varios cambios de ropa en el mismo día.

Abrieron las tres maletas en el portal de Macarena y, tras veinte minutos de discusión y ropa que volaba de un lado a otro, le entregaron a Sandra una sola maleta. Mientras la colocaba en el maletero junto con la suya y la de Alicia, Macarena subía las maletas restantes a su casa. En cuestión de minutos el Peugeot 306 gris metalizado de Sandra se llenó de equipaje y pasajeras. Tras unos cuantos gritos de euforia y algunos aplausos de alegría, comenzaron el viaje hacia la playa.

Llevaban aproximadamente una hora y media de viaje cuando a Sandra le empezó a llegar un olor conocido. Miró por el retrovisor y vio a Macarena, que iba sentada justo detrás del asiento del copiloto, haciéndose un porro.

—Pero ¡¿qué haces, Macarena?! —gritó Sandra sorprendida.

—Pues nada, un porrito de nada, que estamos de vacaciones, ¡coño! —contestó Macarena casi sin inmutarse.

—Pero, bueno, ¿es que fumáis porros? —preguntó Sandra mirando a su hermana.

—Hombre…, en ocasiones especiales… —musitó Alicia intentando quitar hierro al asunto.

—¡Joder, como nos paren los guardias acabamos en el calabozo! —exclamó Sandra enfurecida.

—¡Halaaa! ¡Qué exagerada! —dijo Lorena desde el otro extremo del coche.

—Buenooo, bueno, lo que hay que hacer es parar en algún sitio, que me estoy meando —dijo Sofía despreocupada, que iba, como siempre, ajena a la realidad en su bonito mundo feliz.

—Encima, en tu familia sois todos policías. Como se entere tu padre… —insistía Sandra.

—Ya, pero no tenemos nada que ver con los de estupefacientes. Además, mi padre está retirado. Bueeeeno, me espero a que paremos —dijo Macarena guardándolo en el paquete de tabaco.

—¡Ah! ¿Que pensabas encenderlo dentro del coche y todo? ¡Tú flipas! —exclamó Sandra.

Mientras tanto, Alicia contenía la risa para que no la viera su hermana.

Continuaron media hora más y decidieron parar para hacer sus necesidades y tomar algo. Eran las siete de la tarde. Debido al retraso por el tema de las maletas, habían salido a las cinco.

—Llegaremos sobre las nueve —comentó Sandra mientras le daba un sorbo a una Coca-Cola Zero.

Habían parado en un área de servicio, aprovecharon para comer algo.

—¿Cuál es la dirección del apartamento? Así ya la pongo en el GPS y vamos directas para allá, ¿no? —continuó Sandra.

Unos segundos de silencio y las caras de las cuatro chicas cada una mirando hacia un lado hicieron que Sandra preguntara de nuevo:

—Bueno, ¿qué coño pasa ahora?

—No, no, bueno, es que… Sofía fue la que se encargó de la reserva del apartamento y hasta mañana a las doce no podemos entrar… —contestó Alicia con una sonrisita nerviosa.

—¡Madre míaaaa! ¡No me lo puedo creer! ¿Y dónde vamos a dormir? —preguntó Sandra visiblemente mosqueada.

—¿Y quién ha dicho que vamos a dormir? —contestó Lorena.

—Teníamos pensado pasar la noche de fiesta y por la mañana dormir en el apartamento. Es que era mucho más barato —se justificó Sofía.

Sandra no sabía qué hacer. Si no estuvieran a mitad de camino, se habría vuelto a casa. Pero ya estaban lejos y tampoco era plan de pasarse el fin de semana cabreada. Había que intentar cambiar la actitud. Ya sabía que iba con cuatro locas, eso lo sabía antes de salir, así que no le quedaba otra que apechugar e intentar relajarse un poco.

Las cuatro miraban a Sandra en silencio esperando respuesta mientras apuraba la Coca-Cola Zero. Sobre todo Alicia, que estaba imaginando cómo su hermana se levantaba de la silla y empezaba a echar fuego por la boca como un dragón. Pero no. La respuesta sorprendió a todas. Incluso a la propia Sandra.

—Bueno, vale, pues, si hay que irse de fiesta, nos vamos de fiesta, ¡a tomar por culo! —exclamó.

—¡ESO ES! —gritaron todas en medio del restaurante.

—Pues, venga, sigamos, que todavía podemos ir un rato a la playa antes de que anochezca —dijo Alicia haciendo gestos con las manos a sus amigas para que se dieran prisa antes de que Sandra pudiera arrepentirse.

Las dos horas restantes de camino las pasaron escuchando música, hablando de chicos, series, películas, etc. Alicia contaba historias sobre desapariciones y cosas raras que solía ver en YouTube. Era habitual verla pasar las horas muertas mirando vídeos de todo tipo. Sobre todo le interesaban las motos y coches, pero también dedicaba tiempo a sucesos extraños, casos sin resolver y ese tipo de cosas. Sandra decía que era una friki siniestra.

—Pero ¿no habéis escuchado nunca el caso del niño que iba en el camión con sus padres y desapareció? —preguntó Alicia levantando las cejas sorprendida.

—Pues no, pero me temo que nos lo vas a contar —contestó Macarena mirando al techo del coche y resoplando—. No le gustaban nada ese tipo de historias, ya tenía bastante en su día a día en el

trabajo. Además, estaba lo de su padre…

Pero no tenía escapatoria, Alicia ya había comenzado con el suceso como si no la hubiera escuchado:

—Pues fue un camión que volcó en el puerto de Somosierra, en Madrid, provocó un caos importante. Encima, era un camión de transporte de mercancías peligrosas, llevaba un tanque de ácido que, al romperse, derramó todo el líquido. El ácido bajaba rápido por el campo haciendo surcos en el suelo y explosiones. Cuando llegó la policía encontró dos cadáveres. Hasta aquí todo normal, como diría Íker Jiménez. Pero al poco rato la policía recibía una llamada de la madre del camionero diciendo que también viajaba en el camión un niño, el hijo del camionero. La policía volvió a revisar la cabina del camión, pero no encontró ni rastro del niño. Empezaba el misterio. Según los conductores de los coches que venían por el carril contrario, el camión bajaba a toda hostia, derrapando en las curvas y haciendo que se tambaleara la carga. Chirriaban los neumáticos, hasta que en una curva volcó. Tuvieron que venir grúas enormes para retirar la cisterna y algunos coches reventados por el choque contra el camión. Al principio la Guardia Civil comenzó a barajar la hipótesis de que el niño se podía haber derretido en el ácido, pero enseguida se dieron cuenta de que era imposible porque los padres también estaban empapados en ácido y no les había pasado nada. Después, investigando, descubrieron que habrían hecho falta más de dos semanas para descomponer un trozo de carne. Además, dientes, botones y esas cosas son muy difíciles de disolver con ácido.

Por lo visto, más de diez mil personas estuvieron buscando al niño por la zona: guardia civil, vecinos, Cruz Roja, helicópteros, perros… Pero ni rastro. Parecía que se había volatilizado. El niño iba en el camión porque había sacado buenas notas, y su padre, como premio, se lo llevó de ruta a él y a su madre para que le cuidara. Hicieron varias paradas rutinarias en gasolineras y áreas de descanso, pero lo que vieron los investigadores en el tacógrafo los dejó perplejos. Hicieron más de doce paradas subiendo el puerto, algunas de solo quince segundos, lo cual no daba ni tiempo para mear. Después se pusieron a bajar el puerto a 140 km/h hasta que volcaron el camión. Muchos conductores que venían de frente dijeron que delante del camión iba una furgoneta más rápido todavía y que, cuando se produjo el accidente, se bajaron un hombre y una mujer, cogieron algo de la parte de atrás del camión y se fueron echando hostias con la furgoneta. A estas alturas, y con los testimonios de dos pastores de la zona que lo vieron todo, la policía tenía claro que el niño no iba en el camión, sino en la furgoneta, y que el camionero iba tan rápido porque quería recuperar al niño. Lo que no quedó claro al final era el porqué. El último informe de la policía decía que pudo ser una red de

narcotráfico que obligaba a los camioneros de productos peligrosos a transportar droga de una punta a otra de la península aprovechando las sustancias como el ácido, que engañaban al olfato de los perros. Ante la negativa del camionero, los narcotraficantes raptaron a su hijo para obligarle a hacer el transporte. Jamás se encontró ni una sola pista del niño.

—Pues ¡lo mismo nos lo encontramos de fiesta en Jávea! —exclamó Macarena

Lorena y Sofía estallaron en carcajadas, mientras que Alicia las miraba seria y fijamente como diciendo «no tenéis ni puta gracia». Cuando de repente Sandra exclamó:

—¡Callaos! Estamos en Jávea, por fin. Empezaba a estar un poco harta de conducir. ¿Para dónde tiro?

—¡Puf!, ni idea —dijo Lorena.

—¡Mira! Pregúntales a esos chicos dónde está la zona de fiesta —gritó Sofía.

Alicia sacó toda la cabeza por la ventanilla cuando estaban a su altura y, adoptando una voz sensual que provocó las risillas del resto, preguntó:

—Perdonad, guapos, ¿dónde está la zona de garitos y discotecas?

Los dos chicos se acercaron algo indecisos. Su inseguridad fue en aumento al comprobar que el coche estaba lleno de chicas que los observaban divertidas a través de los cristales y se quedaron paralizados. Alicia volvió a preguntar:

—¿Holaaaa? ¿Que si sabéis dónde está la zona de garitos? —dijo elevando el tono.

—Sí…, a ver… —tartamudeó uno de ellos—. Tenéis que seguir todo recto… hasta llegar al Arenal. Allí está el paseo marítimo…, que tiene una zona llena de garitos y eso.

—¿Todo recto? ¿Por esa calle? —dijo Alicia señalando una calle ancha que se veía al frente.

—Sí, sí, por ahí —contestó de nuevo el chico.

—¡Muchas gracias! ¡A ver si nos vemos esta noche por allí!

Antes de que pudieran contestar, Sandra ya había salido disparada hacia el Arenal.

—¡Joder, Sandra, que estaba quedando para luego! —exclamó Alicia.

—Anda, anda, si eran unos críos, estaban rojos y todo. Los tenías acobardados. He arrancado porque me estaban dando pena —contestó —. Por cierto, habrá que ir a cenar algo primero, ¿no?

Todas estuvieron de acuerdo. Buscaron sitio para aparcar el coche cerca del paseo marítimo y lo primero que hicieron fue correr a ver la playa. Estaba anocheciendo, pero todavía quedaban los últimos bañistas y la vista era preciosa con el sol escondiéndose en el

horizonte.

—Chicas, ya que tenemos el coche aparcado, lo suyo sería cambiarse y arreglarse un poco, ¿no? Así ya vamos del tirón después de cenar a donde sea —dijo Lorena.

—Pero ¿aquí queréis cambiaros? —preguntó Sandra extrañada.

—Sí. ¿Qué pasa? No tardamos nada —dijo Alicia.

—Venga, lo hacemos de una en una, como si el coche fuera un probador, y las demás vigilamos desde fuera a los mirones —comentó Sofía.

La verdad es que la zona tenía mucho ambiente, a esas horas se mezclaba la gente que salía de la playa a sus respectivos hoteles o apartamentos con la gente que llegaba ya cambiada de ropa después de un día de playa para cenar o tomar algo.

El Arenal era la única playa de arena que tenía Jávea, las demás eran de roca. Aparte, también tenía varias calas. Desde la posición de las cinco chicas se podía ver a la izquierda el cabo de San Antonio iluminado ya casi en su totalidad y a la derecha el faro del cabo de la Nao, que ya empezaba a girar su potente foco hacia el horizonte. Llevaban aproximadamente una hora en Jávea. Ya eran las diez y pico. Empezaba la noche.

La primera en meterse en el coche para cambiarse fue Lorena, que dijo:

—Yo la primera, que soy la que más va a tardar, así no me tenéis que esperar luego.

Tenían que esperar de todas formas, pero, bueno, se metió con la maleta y empezó a rebuscar mientras las demás vigilaban fuera. Lorena cumplía veinticuatro años, pero tenía facciones de mujer y vestía como una mujer de más edad. No hacía mucho que lo había dejado con su novio del instituto y estaba un poco desmadrada, se maquillaba mucho para llamar la atención y francamente lo conseguía, porque, además de un rostro precioso, lucía un cuerpo escultural. En esta ocasión se estaba metiendo como podía un vestido ajustadísimo plateado brillante de una pieza y unos taconazos negros. Tenía una larga melena rizada morena y las uñas largas pintadas de color rojo pasión.

Sandra echó un vistazo a través del cristal, observó que Lorena comenzaba a maquillarse y pensó: «¡Ufff! Esto va para rato». De repente se acordó de que no había llamado a su madre para decirle que habían llegado.

—¡Hola, hija! Estaba a punto de llamaros, me teníais preocupada. ¿Habéis llegado bien? ¿Qué tal el viaje?

—Sí, ya llevamos un rato por aquí, pero, entre que buscábamos el apartamento, aparcábamos y eso… —contestó Sandra, que no pensaba decirle a su madre que no tenían donde dormir hasta el día siguiente

para que no se preocupase.

—¿Y qué tal está el apartamento, entonces? —preguntó Mercedes.

—Bien, bien. ¿Y Nora cómo está? Le estás dando solo el pienso que te dejé, ¿no? —preguntó rápidamente Sandra para cambiar de tema lo antes posible.

—La perrita bien, lo único es que me he dado cuenta de que está un poco calva por la parte de la cabeza, ¿no?

—Ya, ya, mamá, por eso precisamente es lo de que no coma otra cosa que no sea ese pienso, porque es hipoalergénico. La mayoría de las veces en las que los animales pierden pelo se debe a alergias. Por eso la estoy tratando con una dieta hipoalergénica y un complemento dietético que se llama Coatex, que contribuye a mantener la piel y el pelaje sanos. Si eso no funciona, le tendré que hacer un cultivo para descartar otras cosas —contestó Sandra haciendo gala de sus conocimientos de veterinaria recién adquiridos.

—¡Ah, ya! Cómo se nota que ya eres veterinaria, hija —exclamó Mercedes orgullosa.

—Bueeeeno, me faltan las prácticas todavía. Ya veremos.

—¡Pregúntale por Petronila! —gritó Alicia, que estaba a un par de metros de su hermana escuchando la conversación.

—La has oído, ¿no? —preguntó Sandra a su madre.

—Sí, sí, perfectamente, con esos gritos que pega… Tu padre asomó la cabeza hace un rato y dice que se estaba comiendo algo, así que supongo que estará bien. Yo, por si acaso, ni me acerco. ¡Qué asco! —dijo Mercedes con repelús.

—¡Ja, ja! Vale, ahora se lo digo. Pues nada, mamá, que nos vamos a cenar algo, ya mañana hablamos.

—Pero al final no me has dicho qué tal el sitio, el viaje y eso.

—Que bien, que bien, todo bien. Venga, mamá, mañana hablamos, que me están esperando. Adiós.

—¡Hala, adiós! hasta mañana, tened cuidado —le dio tiempo a decir a Mercedes mientras Sandra colgaba.

Lorena acababa de salir del coche vestida y maquillada como para una boda en la casa real, así que era el turno de Alicia, que, después de interesarse por Petronila, se metió en el coche.

Alicia era de complexión fuerte pero femenina; con sus músculos, pero también con sus curvas, con el pelo largo castaño, que casi siempre llevaba recogido en dos largas trenzas, y unos grandes ojos color miel. No era de maquillarse mucho, un poco de sombra de ojos, y los labios de un tono granate. Se vistió con medias, minifalda, botas y una camisa negra con escote. No tardó ni la mitad que Lorena.

Macarena y Sofía se metieron juntas en el coche, primero, porque a Sofía se le había olvidado el maquillaje e iba a usar el de Macarena y, segundo, porque estaban ya un poco impacientes por empezar la

fiesta. Así que Sandra se quedó para el último cambio.

Macarena se vistió con *leggins,* botas bajas por encima del tobillo y en la parte de arriba una camisa larga floreada. Su pelo era liso, pero estaba totalmente encrespado por la humedad del mar.

—¡Joder, esto no hay quien lo peine! ¡Puta humedad! Parece el pelo de una rata —se la oía gritar desde el interior del coche.

Las demás se reían fuera.

Sofía copió el vestuario de Macarena, al ser la más joven de todas, se dejaba un poco llevar. Además, le gustaba ir cómoda y el modelo de Macarena era sin duda el más cómodo de todos.

Por fin le tocó el turno a Sandra, que ya de paso recogió un poco el coche, que lo habían dejado hecho un desastre. Se puso unos vaqueros ajustados, botas sin tacón y camisa blanca sin escote. Se hizo una coleta en su larga melena rubia, un poco de rímel, y andando, que ya había hambre.

Se aseguró de que el coche quedara bien cerrado y sin nada de valor a la vista.

Comenzaron a bajar por el paseo marítimo, hacia el cabo de San Antonio, buscando un bar o restaurante que no pareciera muy caro. Hacia el final del paseo, al fondo, se veían luces y gente, como si fuera la entrada de una discoteca o algo así.

—¡Allí abajo está la fiesta! —exclamó Lorena.

—Y ahí a la izquierda está la cena —se apresuró a decir Sandra señalando lo que parecía un bar de raciones. Tenía hambre. Entre las más de cuatro horas conduciendo y la nochecita que le esperaba, quería asegurarse de que al menos cenaban algo.

El bar estaba lleno, pero tuvieron suerte, porque justo se levantó una familia, dejando libre una mesa al fondo. Corrieron para que no les quitaran el sitio, cogieron la carta y comenzaron a pedir raciones. Calamares, oreja a la plancha, mollejas (esta seguro que la pidió Alicia) y patatas alioli. Sandra se pidió una ensalada. Había hecho varios intentos de llevar una dieta al menos vegetariana, porque vegana imposible, pero nada. El filete de pollo empanado con patatas de su madre era una debilidad. Lo habían comido siempre desde pequeñas, eso y el cordero en Navidad. Así que con lo de la protectora de animales de su madre, su amor por los seres vivos y ahora su condición de veterinaria, se hacía sentir mal a sí misma. Pero no había manera. Todas pidieron de beber cerveza, y ella, una Coca-Cola Zero.

—¡Joder, Sandra!, que hemos pedido dos jarras grandes de cerveza, déjate de Coca-Colas por un día ¿no? —dijo Alicia mirando fijamente a su hermana.

—Pero ¿ya vais a empezar a beber? Habrá que comer algo primero, ¿no? —contestó Sandra.

—Anda, anda. ¿A eso verde que te has pedido lo llamas comida? —

dijo Macarena con tono burlón.

—¡Camarero, porfa, la Coca-Cola no la traigas! —gritó Sofía.

Lorena, que venía del servicio de repasarse el maquillaje, había aprovechado para preguntar a la camarera que había en la barra qué era lo que había al final del paseo marítimo.

—Me ha dicho que se llama Achill y que es una discoteca tranquila con terraza rollo *chill out*. Como para empezar la noche parece que está bien, ¿no? —comentó.

—Pues sí, ahora vamos para allá —contestó Macarena dando un trago a su cerveza.

Terminaron las raciones y pagaron tres jarras de cerveza grandes.

Sandra, que no estaba muy acostumbrada a beber, salió del bar algo mareada y se tropezó con una de las sillas de la terraza.

—Buenoooo, pero si no hemos empezado, ¿y ya estas así, hermana? —dijo Alicia entre las risas del resto.

—Pero ¿qué dices?, si estoy perfectamente. La silla…, que estaba mal puesta —contestó Sandra, que, después de haber llenado el estómago y con el mareíllo de la cerveza, comenzaba a relajarse y a meterse en el ambiente de las cuatro locas.

Llegaron al Achill. El sitio estaba muy bien decorado. Era amplio, tenía una terraza con palmeras y una piscina. En la parte techada había sillones blancos, y en el centro, mesas redondas de pequeño tamaño. La música *chill out* era perfecta para empezar la noche, y la temperatura en la terraza de unos 23° invitaba a quedarse. Pero era bastante caro. Tuvieron que pagar seis euros de entrada y las copas no eran baratas.

—¿Dónde nos has traído, Lorena? Esto está lleno de guiris —exclamó Macarena.

—Pues en el bar no me han dicho nada —respondió Lorena extrañada.

—Bueno, ya que estamos, nos tomamos una y nos vamos a otro lado —dijo Sofía acercándose a la barra.

Mientras se tomaban la copa, Alicia preguntó al único camarero español dónde podían ir después.

—Hay un par de bares-discoteca un poco más arriba, hacia el cabo de la Nao, uno se llama Kangaroo y el otro Capitán Quo. Están bastante bien, dentro de una hora o así se empiezan a llenar. Es donde suele ir la gente del pueblo —dijo el camarero.

—¡Joder!, pues venimos de esa zona y no hemos visto nada —contestó Alicia extrañada.

—Claro, porque no se ven a simple vista, están detrás de un restaurante que se llama Geographic, hacia la mitad del paseo.

—¡Ah, vale! Pues muchas gracias. ¿Nos vemos allí después? —le preguntó Alicia tonteando un poco.

—No, no. Aquí cerramos tarde y tengo todo el turno hoy —dijo él sonrojándose.

Alicia volvió contoneándose hacia la mesa donde estaba el resto de las chicas y les contó lo que le había dicho el camarero.

—Nos hemos pasado un par de *pubs* guapos, por lo visto.

—¿Sí? —preguntó Sofía.

—Eso dice el flequillos —contestó Alicia señalando al camarero.

—Pues ¡hala! Vámonos a ver si allí está la cosa más animada —dijo Sandra visiblemente sonriente ante el asombro del resto.

—Cuidado con tu hermana, que al final se desmelena —le dijo en voz baja Macarena a Alicia.

—Déjala, la pobre lleva todo el año estudiando a tope, por eso le dije que se viniera, intentaremos que no se pase bebiendo, que no está acostumbrada —respondió Alicia adoptando el papel de hermana mayor por un día.

Llegando al Capitán Quo, Sandra recibió un wasap. Era Raquel. Sandra, en vez de contestar, miró el reloj, se dio cuenta de que era casi la una, pero pensó: «¡Bah! La llamo».

—¿Qué haces, tía?, que estoy en la cama ya —dijo Raquel susurrando.

—¡Anda, abuela! ¿Ya te vas a dormir?! ¡Si acaba de empezar la noche! —gritó Sandra.

—Madre mía, al final te han pervertido esas zumbadas. —Suspiró.

—¡Ja, ja! Que no, hombre. Que me he tomado una copa solo, estoy con el puntillo nada más. ¿Todo bien por Móstoles? ¿Algún cotilleo interesante? —dijo Sandra bajando el tono al escuchar los susurros de su amiga.

—Na, lo de siempre, ya sabes. ¿Qué tal el viaje? ¿Estáis en el apartamento?

—¡Buah! Calla, calla, que no podemos entrar hasta mañana a las doce. Ya te contaré, ahora estamos a punto de entrar en un *pub* del Arenal, cerca del paseo marítimo. Tiene buena pinta.

Las demás, que la esperaban cerca de la entrada del *pub,* gritaron:

—¡Vamos, Sandra! ¿Qué haces? ¿Con quién coño hablas a estas horas?

—Bueno, te dejo, que se oye un ruido que te cagas y no me entero —dijo Raquel.

—Sí, venga, mañana hablamos, que estas me están gritando. Adiós —contestó Sandra.

Las cinco chicas entraron al Capitán Quo. A diferencia del Achill, este no tenía terraza. Era bastante más pequeño, la música era de baile y estaba abarrotado. Si en la calle había tanta gente era porque dentro no cabía un alfiler. A duras penas consiguieron llegar a la barra. Un grupo de chicos que las vieron acercarse hicieron hueco para que se

pusieran a su lado. Las chicas pidieron una ronda y estuvieron un buen rato hablando entre ellas.

A partir de la tercera copa comenzaron a bailar y a entablar conversación con los chicos que tenían a su alrededor. El grupo de chicos que les había hecho sitio en la barra eran de Denia. Entre ellas andaban comentando que ninguno valía la pena, pero, bueno, para divertirse y tontear un poco no estaban mal. Ya eran casi las cuatro de la mañana.

—¿Dónde vais después? —le preguntó a Lorena el chico que parecía más mayor.

—¿Cómo después? Si aquí estamos de puta madre, ¿no? —contestó Lorena.

—Los *pubs* del paseo cierran a las cuatro y media, y son las cuatro, por eso te decía —dijo el chico sonriendo.

—¿Síií? ¡No jodas! —dijo Lorena cogiendo del brazo a Macarena, que estaba a su lado bailando—. Que dice este que cierran a las cuatro y media —le dijo gritando al oído, por encima de la música.

—¡No jodas! —exclamó Macarena.

—Pero ¿qué pasa? ¿Que cierran todo? Pues a ver qué hacemos hasta las doce de la mañana —dijo Sandra, que estaba escuchando la conversación.

Sofía y Alicia, que estaban con el resto de los chicos, se acercaron a ver qué estaba pasando.

—Me ha dicho Manuel que hay una discoteca que está abierta hasta las ocho —dijo Alicia.

—¿Y quién coño es Manuel? —preguntó Macarena extrañada dirigiéndose a Alicia.

—El que está pegado a la barra con cara de pánfilo —contestó sonriendo.

—Joe, cómo te pasas —dijo Sofía.

—Bueno, pero ¿que dónde coño está esa discoteca? —preguntó impaciente Lorena.

—Ese es el problema, que hay que coger el coche. Por lo visto está en mitad de una carretera de curvas entre Jávea y Denia —contestó Alicia mirando de reojo a su hermana.

—¿Cómo? No, no, no. ¿Estáis locas? ¿Cómo vamos a coger el coche ahora con lo que hemos bebido? —gritó Sandra en el preciso instante en que se apagó la música y se encendieron las luces del Capitán Quo.

Las chicas se la quedaron mirando y empezaron a poner falsas caras de pena para convencerla. Sofía se arrodilló en el suelo como si estuviera rezando y las demás empezaron a corear su nombre, provocando que todo el mundo que quedaba en el local se girara para observar la escena.

—¡Sandra! ¡Sandra! ¡Sandra! ¡Sandra!

Los chicos se unieron al coro. Uno de ellos, el que se supone que conducía, se acercó a Sandra y le dijo:

—Tranquila, venimos por aquí casi todos los fines de semana en verano. La discoteca no está tan lejos. Tardamos unos diez minutos. Tampoco es que tenga demasiadas curvas. Si vas despacio, no hay problema. Además, si quieres, me sigues, que yo me lo conozco, ¿vale?

La verdad es que Sandra, ya metida en faena, también tenía ganas de seguir la fiesta. Le preocupaba bastante coger el coche y que estuviera la policía, con las consiguientes consecuencias, o que les pasara algo. Pero lo de ir detrás de los chicos la tranquilizó un poco. Además, casi todos los que andaban por allí se iban ahora a la discoteca, así que entendía que no habría controles y no sería tan peligroso.

—Joderrr, venga, vale. ¿Qué vamos a hacer, si no, hasta las doce de la mañana? —dijo Sandra armándose de valor.

—¡Toomaa! —gritaron las demás.

Salieron del *pub*. Había un montón de gente por la calle, la temperatura era perfecta. Con la brisa del mar rozándoles la piel, subieron por el paseo marítimo hacia donde tenían el coche. Habían quedado con los chicos un poco más adelante, donde ellos tenían el coche aparcado, para seguirlos.

Sofía sacó de su bolso un CD que había comprado en el área de servicio en el que pararon durante el viaje. Era el típico CD cutre de recopilación de canciones de cualquier índole. De ahí podía salir cualquier cosa. Pero inevitablemente, en este tipo de circunstancias, es lo que mejor funciona. Los CD de gasolinera nunca fallan. Y en este caso, que la cosa ya estaba animada, fue comenzar el primer superéxito y el coche se convirtió en un karaoke.

Super-Riscaldamento, de Gigi D'Agostino, fue la primera en sonar, después *Quince años tiene mi amor,* del Dúo Dinámico, y la tercera la versión que hizo Geri Halliwell de la canción *It's raining men,* la cual estuvo sonando en bucle hasta que llegaron a la discoteca. Durante el camino, Sofía y Lorena, que iban a ambos lados de la parte trasera, bajaron las ventanillas y con medio cuerpo fuera del coche iban cantando a pleno pulmón los grandes éxitos. En el centro, una Macarena algo más recatada iba cantando sin demasiados aspavientos. Y en el asiento del copiloto, Alicia, más prudente de lo que hubiera sido habitualmente, iba pendiente de que su hermana no tuviera problemas al volante.

En esta tesitura llegaron a la Hacienda, la discoteca más famosa de Jávea. Tenía un gran aparcamiento de arena, en el cual ya se agolpaban gran cantidad de coches. La gente entraba y salía de la discoteca, algunos se quedaban fuera haciendo botellón con los

maleteros abiertos y la música a todo trapo.

La Hacienda era una mezcla de los dos sitios anteriores. Tenía terraza con palmeras, piscina y mesas como el Achill, pero también tenía su parte cerrada con varias salas de distintos ambientes. Pachanga, techno, bailes de salón y una parte *chill out* con sofás ibicencos. Allí estaban todos los públicos de la zona del paseo marítimo; los guiris, los del pueblo y los que estaban de vacaciones como las cinco chicas.

Entraron sin pagar (las chicas no pagaban) y se dirigieron directamente a la barra que estaba junto a la piscina. Además de las copas, que pagaron ellas, la discoteca invitaba a un chupito (también solo a las chicas), así que brindaron enérgicamente y se fueron a una mesa que había debajo de una palmera. Alicia continuó con su reportaje de fotos con el móvil.

—¡Joder! ¿Cuántas llevas ya? ¿No se te gasta la batería? —le espetó Macarena con cara de aburrimiento.

—¡Tú calla y posa, coño! —exclamó.

Salieron a la terraza los chicos del Capitán Quo.

—¿Os venís a bailar? —preguntó el que tenía cara de pánfilo, según Alicia.

—Venga, va —contestaron Sofía y Lorena al unísono.

Se fueron todas a bailar con los chicos a la sala de pachanga. Y, entre baile y baile y entre copa y copa, amaneció en Jávea.

Eran las ocho y media de la mañana cuando comenzaron el descenso hacia el paseo marítimo por la carretera de curvas. A la luz del día, tampoco eran para tanto. La música iba puesta, pero a un volumen considerablemente más bajo que cuando subieron. Aunque todavía el alcohol mantenía los ánimos, el cansancio estaba apoderándose poco a poco de ellas. Llegaron al Arenal, de nuevo al punto de partida. Aparcaron y fueron a desayunar chocolate con churros de un puesto ambulante que habían visto desde el coche. Tuvieron que dar esquinazo a los chicos del Capitán Quo en la discoteca, que se les querían acoplar también en el desayuno.

—Para un rato vale, pero ya estaban un poco cansinos —comentó Alicia.

—Es que no había ninguno guapo —dijo Lorena.

—Oye, yo me pegaba un baño en la playa antes de ir al apartamento, ¿no? —propuso Macarena mientras mojaba un churro en el chocolate.

Sandra las miraba sin decir nada, con más sueño que otra cosa. Ya se le estaba haciendo larga la noche. La falta de costumbre. Y, además, ahora llenando el estómago se le cerraban los ojos.

—¡Venga, sí! ¡El primer baño en la playa del verano! —exclamó Sofía.

Se dirigieron al coche a cambiarse. Esta vez no fue tan ordenado como la noche anterior. Abrieron todas las puertas, se metieron todas a la vez y empezaron a rebuscar en las maletas el bikini, los pareos, alguna toalla. Sin darse cuenta, estaban llamando bastante la atención. Una pareja de policías locales de Jávea que supervisaban las tareas de limpieza de la playa se acercó. Se trataba de un hombre y una mujer.

—¡Buenos días, chicas! ¿Sabéis que está prohibido cambiarse de ropa en la vía pública? —preguntó la mujer policía.

—¿Ah, sí? —se apresuró a contestar Sandra con voz temblorosa.

—Pues sí, además del escándalo que estáis montando, que se os oye desde la playa. ¿Me enseñáis los DNI por favor? —dijo la policía con voz autoritaria.

Las chicas tardaron bastante en encontrar sus documentos en los bolsos que andaban desperdigados por los asientos.

Los dos policías se retiraron un poco y llamaron a central para comprobar si estaban fichadas o tenían antecedentes de algún tipo. Además, querían comprobar si el coche tenía todos los papeles en regla.

—¿Es usted la dueña del coche? —preguntó el policía mirando a Sandra.

—Sí, eso es —contestó algo nerviosa.

—No estaríais pensando en conducir en el estado en que estáis, ¿no? —preguntó la agente con cara de preocupación.

—No, no, no —contestaron todas a la vez.

—Vamos a la playa a darnos un baño. ¿Hay algún problema con eso? —dijo Macarena elevando un poco el tono con la seguridad de saberse también policía.

Los dos agentes se dirigieron una mirada cómplice entre ellos.

—Venís de Madrid, ¿no? —preguntó el policía.

—Sí, venimos a pasar el fin de semana —se apresuró a contestar Sandra.

—Muy bien. Bueno, por favor, no os cambiéis en la vía pública y que no os tengamos que volver a llamar la atención, ¿vale? Estamos en un pueblo, que, aunque tenga discotecas y playa, no deja de ser un pueblo tranquilo. Los vecinos se quejan de los turistas ruidosos. Además, son las nueve y media de la mañana —dijo la mujer policía mostrando su reloj de muñeca.

Las chicas asintieron con la cabeza y se metieron en el coche a cambiarse de una en una, como tenían que haberlo hecho desde el principio. Cuando estuvieron listas, corrieron hacia la playa.

La sensación de la arena fría supuso un bálsamo para los pies destrozados después de una noche de baile. Extendieron las toallas en la orilla y se introdujeron en el agua.

El mar estaba calmado y, aunque la temperatura era un poco baja,

ellas no tenían frío. Todavía duraban los efectos del alcohol.

Poco a poco la gente comenzaba a llegar a la playa. Sandra se salió del agua para mirar la hora en el móvil. Llevaban casi dos horas. Estaba deseando pillar la cama.

—Chicas, son las once y veinte ya. ¿Vamos al apartamento? —preguntó desde la orilla a las demás.

Se miraron entre ellas y empezaron a salir.

Sandra se aseguró de que los policías se hubieran ido, apremió a las demás para que se subieran al coche, echó una última mirada y salieron pitando de allí. Una calle más abajo detuvo el coche para poner el GPS. Tardaron aproximadamente diez minutos en llegar al apartamento. Era una calle muy estrecha y no había sitio. Estuvieron diez minutos más dando vueltas hasta que consiguieron aparcar.

Eran las doce menos cuarto, pero decidieron llamar al telefonillo por si acaso hubiera alguien ya en el piso.

—¿Sí? —dijo una señora, que todas supusieron que era la dueña.

—¡Hola! ¿Carmen? Somos las que hemos alquilado el apartamento —contestó Sofía, que era la que se había encargado de la reserva.

—Sí, sí, subid, os abro. —Y la señora abrió la puerta.

El edificio solo tenía tres plantas. El apartamento se encontraba arriba del todo, en la tercera. No tenía ascensor. Llegaron al rellano, que solo tenía tres puertas. Dos parecían ser de apartamentos y la tercera daba a una especie de terraza o azotea comunitaria. Llamaron a la puerta y salió Carmen. Era una señora de unos cincuenta años, de pelo corto, corpulenta, de estatura tirando a bajita y con cara de pocos amigos.

—¡Holaaa! —dijeron casi al unísono las cinco chicas.

Carmen se las quedó mirando sin decir nada. Desde su posición el espectáculo era bochornoso, la verdad. Cinco chicas despeluchadas, con los ojos rojos, maquillaje corrido o a medio quitar, algunas en bikini con zapatillas y apestando a alcohol y tabaco. Macarena se había salido a la azotea comunitaria y se estaba liando lo que parecía un porro a ojos de la dueña. Lorena estaba sentada en las escaleras mirando el móvil y las tres restantes intentaban mantener la compostura como buenamente podían. Carmen por fin rompió el silencio.

—¿Quién es Sofía? —preguntó con voz seria.

—Yo, yo —dijo Sofía apresuradamente.

—Creo recordar que en el correo que te envié de confirmación de reserva decía claramente que el apartamento solo era para tres, y sois cinco, que por eso era tan barato y que era una condición indispensable para el alquiler. Además, recibí tu correo aceptando las condiciones, entre las cuales, además de esto, ponía también que no se podía fumar —dijo Carmen mirando hacia la nube de humo que

envolvía a Macarena.

Sofía, que contestó al correo de Carmen sin molestarse en leerlo, puso cara de sorpresa y pensó para sí: «Hostia, la he cagado».

—Bueno, entonces… Pero hemos venido desde Madrid y no tenemos dónde ir ahora. ¿No podría, por favor, hacer una excepción por esta vez? Le prometo que le dejaremos el apartamento como nuevo, no se preocupe —dijo Sofía.

Sandra estaba flipando. De pronto se le quitó el sueño y comenzó a entrarle una mala hostia… Alicia, que estaba a su lado, intentaba tranquilizarla mientras se dirigían a las escaleras a sentarse con Lorena.

—No, no, no. Lo siento. La última excepción que hice me costó quinientos euros en arreglos de una cama y la televisión. Por eso mando siempre el correo, para que no haya estos malentendidos. Siento que hayáis venido hasta aquí, pero no os lo puedo alquilar en estas condiciones —dijo Carmen y sin más titubeos cerró la puerta.

De nuevo se hizo el silencio en el rellano. Macarena seguía a lo suyo en la azotea, ajena a lo que estaba pasando. Alicia, Lorena y Sandra estaban sentadas en las escaleras mirando algo en el móvil de Lorena. Habían buscado el anuncio del apartamento y, efectivamente, ponía las condiciones que acabada de recitar la señora. Otro de los típicos despistes antológicos de Sofía.

—Lo siento, chicas. ¿Cómo iba a pensar que solo era para tres? —dijo Sofía cabizbaja.

—Pues no sé… ¿Leyendo el anuncio quizás? —contestó Sandra visiblemente cabreada.

—Joder, Sandra, venga, déjala. Buscamos otro sitio y ya está, no nos vamos a joder el fin de semana por esto —dijo Alicia intentando mediar.

—¡Sí, claro! Y ya está. ¡No te jode! Yo de momento me voy a la playa a dormir en una tumbona. La que quiera venir en coche que se venga ya, y la que no, pues que se quede —contestó Sandra haciendo gala de un cóctel de sueño, resaca y cabreo impresionantes.

Sofía salió corriendo a la terraza a buscar a Macarena.

—¡Vamos, vamos, que volvemos a la playa! —le dijo agarrándola del brazo.

—¿Qué me estás contando? ¿Y el apartamento? —preguntó Macanera sin tiempo de terminarse el cigarro.

—Te lo cuento de camino, ¡vamos! —dijo Sofía.

Montaron las cinco en el coche y se dirigieron al paseo marítimo, al punto de partida, otra vez. Todas iban en silencio. Sandra seguía dándole vueltas al tema de dormir. Podría ponerse a buscar otro sitio, un *camping* o algo así, pero estaba tan cansada que pensó: «Buah, vamos a la playa, a una tumbona, y, si nos les gusta, que se jodan.

Que la próxima vez se lo preparen mejor. Luego, cuando me levante, busco algo en Internet para esta noche.

No les costó mucho aparcar. La gente comenzaba a irse a comer a los hoteles. Eran sobre las doce y media. Dejaron todas las cosas de valor escondidas en las maletas. Incluidos teléfonos móviles. Solo cogieron un poco de dinero suelto para el alquiler de las tumbonas.

Sandra se colocó bien la tumbona para asegurarse sombra en todo el cuerpo. Adoptó una postura cómoda y cerró los ojos. El suave ruido de las olas, la brisa del mar, la temperatura fresca de la arena en la sombra que tocaba con la mano, el bullicio de unos niños que jugaban en la orilla… Todo se fue apagando poco a poco hasta que se quedó dormida.

Cuando se despertó lo primero que hizo fue mirar el reloj. Eran las cinco y media de la tarde. «Bueno, algo he dormido», pensó. Tenía un dolor de cabeza impresionante. Se incorporó para ver dónde estaba el resto de las chicas. Alicia y Macarena seguían en sus tumbonas, pero las habían arrastrado al sol, y se estaban bronceando como si nada. Parecía que a ellas la noche sin dormir y la resaca no les afectaba. Costumbre, suponía Sandra. Sofía y Lorena estaban en el agua. Eso le pareció mejor idea y decidió unirse a ellas.

—Sujétame las llaves, que me voy al agua a ver si me despejo —dijo Sandra a su hermana.

—Hombree, bella durmiente, ya está bien. Pensábamos que te pasaba algo —contestó Alicia esbozando una sonrisa burlona.

—Pues ya ves que no, graciosilla. ¿Vosotras habéis dormido algo?

—Un par de horas creo —dijo Alicia.

—La que menos ha dormido es Sofía, que sin darse cuenta le empezó a dar el sol en la tumbona y tiene una insolación de caballo. Yo creo que incluso tiene fiebre, por eso está en el agua. Se la ha llevado Lorena a ver si se refrescaba —dijo Macarena entre risitas.

—¡No me digas! Madre mía, se lo merece por lo del apartamento. Voy a verla. Que no se te pierdan las llaves del coche, que entonces sí que la liamos del todo —dijo Sandra mientras se dirigía a la orilla.

—Que noooo. —Suspiró Alicia poniendo los ojos en blanco.

Sofía tenía la cara rojísima. Sandra le tocó la frente y parecía una plancha ardiendo.

—¡Joder, Sofía! Pero ¿cómo te has puesto así?

—Pues no sé. Me quedé dormida y me he levantado fatal —contestó malhumorada.

—Y porque me he dado cuenta y la he despertado, que si no… —dijo Lorena.

—¡puf!!, pues menos mal. ¿Y tú qué tal has dormido?

—Nada, a ratitos. Yo es que si no es en una cama…

—Bueno, yo voy al coche a por un Espidifen para el dolor de

cabeza que tengo. Ya aprovecho y te traigo uno a ti —dijo dirigiéndose a Sofía—. A ver si se te baja un poco la fiebre. ¿Queréis algo del coche? —preguntó Sandra.

—Los móviles —Dijeron las dos a la vez.

Sandra le pidió las llaves a Alicia y se fue al coche a por Espidifen, los móviles, y varias cosas más que le habían pedido las chicas. Pasó por el chiringuito a comprar tres botellas de agua grandes, que falta les hacían falta y volvió a la playa.

Su móvil y el de Macarena eran los únicos que tenían batería. El de Alicia con la sesión de fotos estaba muerto, y el de Sofía y Lorena con WhatsApp y Facebook también.

Sandra se tomó el Espidifen y se volvió a tumbar en la tumbona a revisar su móvil. Tenía dos llamadas perdidas de su madre, unos cuantos wasaps del grupo de la universidad, y uno de Raquel.

Se aclaró un poco la voz y llamó a su madre.

—¡Hola, hija! ¿Qué pasa? Ya me teníais preocupada. Tú no lo coges, el teléfono de tu hermana apagado, Macarena tampoco lo coge… ¿Qué hacéis? —dijo Mercedes con una mezcla de enfado y alivio.

—Nada, mamá, no te preocupes. Es que ayer nos acostamos un poco tarde y entre que nos hemos levantado hace poco y que hemos dejado los móviles en el coche para que no nos lo quiten en la playa…

—Ya, bueno, pero un wasap por lo menos, ¿no? —dijo algo airada.

—Vaaale, vale. ¿Todo bien por ahí? ¿Nora y la araña asquerosa esa bien?

—Sí, todo bien. ¿Y vosotras? ¿Qué tal habéis dormido? ¿Está bien el apartamento? Que ayer cuando te pregunté no me contestaste —dijo Mercedes volviendo a la carga.

—Sí, bien, hemos dormido bien. Y el apartamento es que no tiene nada especial, por eso no te he dicho nada. Te paso con Alicia, que con ella no has hablado todavía —dijo Sandra levantándose de la tumbona y dirigiéndose hacia la posición de su hermana.

—¿Qué haces? —preguntó Alicia tapando el micrófono del teléfono con la mano.

—Habla tú un poquito, que también es tu madre, guapa —dijo frunciendo el ceño.

—¡Hola, mamá! ¿Qué tal? —murmuró Alicia desganada y haciendo gestos a su hermana con las manos.

—¿Qué tal, hija? ¿Qué tal lo estáis pasando? Ya me ha dicho Sandra que ayer os acostasteis tarde. Cuida de tu hermana, que ella no está acostumbrada a hacer la cabra como vosotras.

—Que sí… A ver si es que es tontita la niña ahora, que se sabe cuidar sola. Que ni nosotras somos tan locas ni ella es tan mosquita muerta, ¿eh? —dijo Alicia un poco molesta, como casi siempre que

hablaba con su madre.

—Bueno, bueno. Ya le he dicho que Petronila está bien. Y por aquí todo como siempre. Mucho calor. ¿Qué tal la playa? —preguntó Mercedes.

—Bien, no está mal. Estamos en el Arenal, que es de arena fina. Las demás playas que tiene Jávea por lo visto son de piedra, así que no creo que vayamos.

—Echaos crema, que luego os quemáis.

—Que sí, mamá, qué pesada. Bueno, te dejo, que nos vamos a bañar. Ya hablamos luego, un beso.

Sandra se puso el teléfono en la oreja para despedirse de su madre, pero Alicia ya había colgado.

Se dio cuenta de que le quedaba poca batería, así que, en vez de contestar el wasap, decidió que lo conveniente sería buscar un *camping* donde pasar la noche del sábado.

Abrió Google y escribió «c*amping* en Jávea». Desde la ubicación en la que se encontraban, el *camping* aparecía a solo diez minutos.

—¡Anda, qué bien! —exclamó.

Se llamaba Camping el Naranjal y estaba en el mismo Arenal. Tenía la playa a cinco minutos, piscina, bungaló, restaurante y un pequeño supermercado. Leyó los comentarios de la gente y ponían que no era de los mejores, pero no estaba la cosa para elegir. Llamó al número que venía en la web y preguntó si tenían algún bungaló libre.

—*Camping* el Naranjal, buenas tardes. ¿En qué le puedo ayudar? —preguntó un hombre al otro lado del teléfono.

—Hola. Sí, quería preguntar si tenían algún bungaló libre para cinco personas —dijo Sandra recalcando lo de «cinco personas» inconscientemente.

—Un momentito que revise… Dices que sois cinco… ¿Y entraríais hoy?

—Sí, queríamos entrar a lo largo de la tarde si es posible.

—¡Uff!, pues no tengo ninguno. Esta mañana se me quedó uno libre, pero mañana por la tarde ya lo tengo reservado —dijo el hombre.

—¿Sí? Bueno, no pasa nada, en realidad solo lo queríamos para esta noche, mañana a la hora de comer nos iríamos, ¿puede ser?

Se escuchó un resoplido al otro lado del teléfono, el silencio duró unos segundos.

—No sé si se podrá hacer eso. Espera un momento, que le preguntó al jefe a ver qué me dice, ¿vale?

—Sí, sí, sin problema, espero.

Al cabo de unos segundos de silencio, preguntó el hombre:

—¿Hola?

—Sí, sí, dime.

—Que sí, que podéis venir para acá, pero tiene que ser antes de las ocho, que se cierra la recepción. Y mañana tenéis que dejar el bungaló libre antes de las doce, ¿OK?

—Vale, vale, sin problema. Ahora vamos para allá, ¡gracias! —dijo Sandra enérgicamente.

Se levantó de la tumbona de un brinco y fue a buscar a las demás, que estaban en ese momento saltando en las olas.

—¡Chicas! —gritó desde la orilla—, he encontrado un *camping* cerca de aquí, pero tenemos que entrar antes de las ocho.

—¿Sí? ¡Joder, qué bien! —exclamó Alicia.

—Pues ¡vámonos, que necesito una ducha, por Dios! —exclamó Lorena.

—¡Oh, sí! Una ducha fría, por favor —dijo la pobre Sofía con la cara quemada.

—Pero ¡qué exageradas sois! Vosotras no sobreviviríais ni un rato en una isla desierta —dijo Macarena poniendo cara de asombro.

Salieron de agua, recogieron las pocas cosas que tenían y se metieron en el coche de camino al *camping*.

Eran las siete y cuarto cuando lo encontraron. El *camping* tenía un arco metálico gigante en la entrada que decía: «El Naranjal». A ambos lados crecían unos cuantos naranjos haciendo honor a su nombre y tenía un pequeño aparcamiento para cuatro o cinco coches donde se encontraba el edificio de la recepción. Se bajaron todas del coche y Sandra entró en la oficina. Mientras, las demás chicas se quedaron observando lo que se podía divisar del *camping* desde allí; a lo lejos se veía lo que parecía el bar-restaurante y la piscina; a la derecha, una gran superficie de parcelas pequeñas donde se apostaban las tiendas de campaña; más abajo, después de las tiendas de campaña, se podían vislumbrar algunas caravanas y autocaravanas. Pero de los bungalós, ni rastro.

—¿Tú los ves?, porque yo nos los veo y, como no haya, a la mierda la ducha —protestaba Sofía un poco agobiada.

—¡Joder, qué agobio de tía con la ducha!! ¡Ni que te fuera la vida en ello! —exclamó Macarena burlándose de ella.

—Pues a ti no te vendría mal arreglarte el pelo de rata ese que llevas —contestó Sofía ofendida.

—Pero ¡qué dices de pelo rata! ¿Tú te has visto? Si pareces un turista alemán. ¡Anda y cómprate un sombrero de paja! —contestó Macarena.

—No me toques los cojones, que no está el horno para bollos —dijo Sofía empezando a cabrearse en serio.

—No, si un horno ya pareces, que en esa cara se puede hacer el pan para las tostadas de mañana. Hoy vas a tener que dormir de pie —contestó Macarena meándose de risa.

Sofía le hizo un corte de manga mostrándole el dedo del medio. En ese preciso momento salió Sandra con las llaves del bungaló.

—¿Ya? ¿Hay bungaló? —preguntó Alicia.

—Sí, sí, ya está. Están abajo del todo, al final del *camping*. Nos dejan meter el coche, pero, si lo sacamos, no podemos entrar con él pasadas las doce de la noche. Si pasa de esa hora, lo tenemos que dejar aquí fuera, por el tema del descanso de la gente y eso. ¿Vamos? —preguntó Sandra.

Se volvieron a montar todas en el coche y comenzaron a bajar hacia el final del *camping*. Había como una especie de avenida ancha que lo atravesaba de un extremo a otro. A los lados salían algunas calles pequeñas que se dirigían a parcelas más alejadas. Después de pasar la zona de caravanas y autocaravanas comenzaron a ver los primeros bungalós.

—Alicia, ¿qué número pone? —preguntó Sandra dándole las llaves del bungaló mientras conducía.

—Pueeees… el 27, creo. Es que está medio borrado el número de la chapita —contestó Alicia.

—¡Ese es! —exclamó Sofía, que estaba deseando llegar—. ¡Me pido primer para ducharme! —dijo poniendo voz infantil.

El bungaló disponía de un porche delantero donde había espacio para aparcar el coche sin entorpecer el paso al resto de los vehículos. Además, tenía un segundo porche a modo de terraza justo donde se encontraba la puerta de entrada. Bajaron todas las maletas ahí mismo. Sandra abrió la puerta y Sofía entró corriendo directa al baño. Las demás buscaron enchufes donde cargar sus teléfonos móviles.

Justo a la derecha de la puerta de entrada, se encontraba una pequeña cocina americana. A la izquierda, un minúsculo salón, que se componía de un sofá cama, una mesa redonda pequeña, cuatro sillas y una televisión de catorce pulgadas. Enfrente del salón había dos habitaciones con dos camas de 90 centímetros de ancho cada una y seguidamente el cuarto de baño.

El termo de agua caliente estaba en la cocina y había que enchufarlo. Sofía no se quejó. No se dio ni cuenta y se duchó con agua fría.

Todas las estancias tenían ventana al exterior, lo que daba sensación de amplitud. Sandra las abrió todas para oxigenar un poco mientras el resto deshacía las maletas.

—¿Te han dicho hasta qué hora está abierta la piscina? —preguntó Macarena.

—Hasta las nueve y media —contestó Sandra.

—¿Y qué hora es? Lo mismo me voy a darme un baño antes de que cierren —dijo Macarena mientras se hacía una coleta.

—Anda, anda, no te vayas ahora, que son las ocho. Ya nos

quedamos aquí un rato, nos duchamos, nos arreglamos, y vamos a cenar al restaurante del *camping* a ver qué ambiente hay, ¿no? —dijo Alicia haciéndole gestos a Macarena como si estuviera bebiendo una jarra de cerveza.

—Bueno, sí, venga, vale, me has convencido —dijo Macarena mientras se tiraba en el sofá cama y encendía la tele.

Sofía ya había salido del baño y Lorena, aprovechando la confusión, se había metido en la ducha. En cuanto encendió el grifo dio un grito.

—¡No hay agua caliente! —Alicia enchufó el termo.

—¡Ahora empezará a salir! —le gritó.

Sandra se tiró en la cama mientras el resto se duchaba. Estuvo unos cuarenta reconfortantes minutos tumbada hasta que le llegó el turno del baño.

Se cambiaron de ropa, se secaron el pelo, se peinaron, se maquillaron, se echaron perfume, metieron los teléfonos móviles en sus bolsos, y salieron por la puerta rumbo al restaurante.

Aunque había cierta distancia, decidieron subir andando. Lorena, a mitad de camino, empezó a arrepentirse de dicha decisión, ya que se había puesto unos buenos taconazos. Se los quitó y terminó el camino descalza.

Llegaron al restaurante alrededor de las nueve. La piscina seguía llena de gente. Y dentro, en el restaurante, todavía no había nadie cenando.

—Creo que hemos llegado un poco pronto, ¿no? —comentó Alicia.

—¿Ves? ¡Te lo dije! Teníamos que haber subido a darnos un baño —dijo Macarena mientras le daba una colleja a Alicia.

—¿Qué hacemos, entonces? —preguntó Sandra.

—No sé, pero yo me quiero sentar —dijo Lorena con los tacones en la mano.

—Pues, si queréis, nos sentamos en la terraza a tomar algo y hacemos un poco de tiempo —propuso Sofía.

La terraza del restaurante estaba a pie de piscina. Había una barra en el exterior, y justo enfrente, una pequeña área de césped donde estaban las mesas. Inmediatamente después del césped comenzaba el bordillo de la piscina. Había buen ambiente. El sol ya no calentaba sofocantemente. El agua de la piscina, que rebosaba por los bordes, refrescaba el césped, y la música suave que salía de los altavoces situados a ambos lados de la barra invitaba a tomarse una cerveza de manera relajada.

Sandra no quiso repetir el numerito de la Coca-Cola Zero del día anterior, así que pidieron cinco jarras de cerveza.

Entre la muchedumbre de la piscina, destacaba un grupo de al menos seis chicos de edades comprendidas entre los dieciocho y

veintitrés años aproximadamente, que se dedicaban a hacer el bestia. Se tiraban al agua de uno en uno adoptando la pose más inverosímil posible. Las chicas ya tenían entretenimiento mientras tomaban la cerveza. A diferencia de los chicos del Capitán Quo, estos sí parecía que habían llamado su atención. Eran altos, de cuerpos atléticos, y, excepto uno, el resto de ellos eran bastante guapos a ojos de las chicas. Bueno, exceptuando Macarena, que pasaba bastante de los chicos en general, y Sandra, que para que mostrase interés por uno tenía que ser un príncipe azul, según se burlaba Alicia habitualmente.

—Pues no, listilla, pero es que ya los ves, parecen un grupo de orangutanes recién salidos de la jungla —contestó Sandra a las burlas de su hermana.

—Pero ¿qué dices? Pues a mí el del pelo largo me pone bastante —dijo Alicia.

—La verdad es que son un poco críos, pero el rubio tiene unos abdominales… Ese para mí —dijo Lorena entre risas.

Sofía, la pobre, no comentaba. Estaba algo deprimida. No era buen día para ligar con esa cara roja que parecía una sandía en su punto óptimo de maduración.

Mientras debatían quién era el más guapo o el más atlético, una gran cantidad de agua cubrió casi por completo la mesa donde estaban las cervezas y empapó los pantalones de Alicia, que, muy a su pesar, era la que más cerca estaba de la piscina. Se levantó de un salto gritando:

—¡Joder, qué fría! ¡Joder, qué fría!

Al instante salió del agua el chico del pelo largo, que, corriendo hacia Alicia con las manos juntas a modo de rezo, no paraba de repetir:

—¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón!

—Sí, sí, ya, perdón. Pero ¡mira cómo me has puesto! —exclamó Alicia.

—Joder, lo siento, es que he calculado mal, casi me como el bordillo —dijo el chico un poco avergonzado.

—¿Y ahora qué hacemos? ¿Dónde voy yo con el pantalón así?, que parece que me he meado —preguntó Alicia intentando ruborizar al chico.

—Pues no sé… Como no quieras que vayamos a la caravana de mis padres y te lo seques con el secador de pelo… Otra cosa no se me ocurre —dijo el chico cada vez más sonrojado.

—Mmm… Vale, me parece bien —contestó Alicia incomodando al chico ya del todo.

Sandra, desde la mesa, movía la cabeza de lado a lado. Aunque conocía de sobra el descaro de su hermana, no se terminaba de acostumbrar. Las demás, que la habían visto en acción en más de mil

batallas, ni se inmutaron.

Mientras el chico se ponía la toalla por encima y se calzaba unas chanclas, Alicia se acercó a la mesa a terminarse la cerveza de un trago.

—Ahora vengo, me voy con el guaperas del pelo largo a que me seque el pantalón —dijo con una sonrisa picarona.

—Estás fatal —dijo Sandra, que seguía moviendo la cabeza.

—Anda, y no tardes, que tengo hambre. Que, si no, te dan por culo y cenamos sin ti —dijo Macarena.

—Que no, que no, que no tardo. Que solo quiero vacilarle un poco. Mírale, si parece un corderito camino del matadero —dijo partiéndose de risa.

Bajaron la avenida hacia la zona donde estaban las caravanas y autocaravanas. Durante el camino, Alicia interrogaba a su víctima.

—¿De dónde sois? —preguntó.

—Cada uno de un sitio, nos juntamos aquí casi todos los veranos, nos conocemos de toda la vida. Yo soy de Valencia. ¡Ah!, y me llamo Óscar —contestó.

—Yo Alicia, y nosotras somos todas de Madrid, no habíamos venido nunca a Jávea, teníamos un apartamento, pero, bueno, ha habido un problemilla y hemos acabado aquí. Ayer estuvimos de fiesta y la cosa se complicó un poco.

—¿Sí? ¿Dónde? Nosotros es que vamos siempre al Kangaroo, que está en el paseo —dijo Óscar.

—Estuvimos cerca, pero no entramos, nos quedamos en el Capitán Quo.

—Ah, bueno, esta noche vamos otra vez, si queréis pasaros… Aunque es un sitio más de…, no sé, ¿chavales? —dijo Óscar soltando una risilla nerviosa.

—¡¿Me estás llamando vieja?! —exclamó Alicia con los brazos en jarras.

—No, no, ¡qué va! Mira, esa es la caravana —dijo rápidamente Óscar desviando su atención.

—¡Anda!, pero si es igualita a la que sale en *The walking dead* —exclamó Alicia.

—Sí, bueno, es que a mis padres les va el rollo americano y eso. Si te mola por fuera, por dentro vas a flipar, es como las de las películas americanas.

Óscar metió la llave en la cerradura de la peculiar caravana. Giró hacia un lado y a otro, pero la puerta no se abría.

—¡Joder, qué mierda! A ver si mi padre arregla esta cerradura de una vez, se engancha y a veces me tiro un buen rato hasta que consigo abrirla —dijo Óscar un poco apurado.

—¿Me dejas que pruebe yo? Tengo una llave universal que siempre

viene conmigo —dijo Alicia para sorpresa del pobre Óscar.

Metió la mano en el bolsillo derecho de sus empapados pantalones y sacó una pequeña navaja multiusos. Desplegó una herramienta que parecía una especie de uña de águila metálica y la metió en la rendija de la puerta. Con un certero movimiento de muñeca la puerta de la caravana se abrió de un tirón.

—¡Joder! Pero ¿tú a qué te dedicas? ¿Atracas bancos o algo así? —preguntó Óscar asombrado.

—¡Ja, ja, ja! No. —Rio Alicia—. Soy mecánica de coches y motos en el taller de mi padre. Pero la verdad es que esta navajilla ya me ha sacado de unos cuantos apuros.

Efectivamente, Alicia flipó con el interior de la caravana. Le recordaba a cualquier serie o película americana. Estaba entre *Walking dead* o *Breaking bad.* No sabía a cuál de los dos modelos se parecía más.

Óscar abrió la puerta del baño. Sacó el secador de pelo que estaba enrollado en el cajón inferior del lavabo. Lo enchufó, se puso de rodillas y comenzó a secar el pantalón de Alicia, que permaneció de pie.

De repente, apareció por la puerta el padre de Óscar. Al ver la escena se quedó paralizado mirando cómo su hijo, en bañador, le calentaba las partes íntimas a una chica desconocida con el secador de pelo de su mujer.

Se detuvo unos segundos hasta que reaccionó.

—¡Vaya! Perdón. No sabía que estabas aquí, pensaba que estabas en la piscina —le dijo a su hijo.

Óscar se incorporó de un salto. Con el ruido del secador no había escuchado la puerta.

—Sí, estaba en la piscina, pero ella estaba en la terraza y…

No pudo terminar la frase cuando su padre ya había salido de la caravana.

Se dio la vuelta con el secador en la mano todavía funcionando. Se miraron los dos y rompieron a carcajadas.

—¿Qué habrá pensado tu padre que estábamos haciendo? —preguntó Alicia entre risas.

—Ni idea, pero, vamos, se ha ido flipando —dijo Óscar a carcajadas.

—¡Vaya tela! Bueno, yo me voy, no vaya a ser que ahora entre tu madre también —dijo Alicia.

—Vale. Pero ¿está seco ya? —preguntó Óscar poniéndose serio de nuevo.

—Que sí, que no te preocupes. Si no, ya se secará por el camino. Voy a cenar. Si convenzo a mis amigas, nos vemos esta noche en el Kangaroo ese —dijo mientras salía de la caravana.

—Vale, estaría bien. ¡Adiós! —se despidió Óscar.

Alicia regresó al restaurante. Se encontró a su hermana y las demás en el mismo sitio donde las había dejado, pero con algunas jarras más de cerveza.

—Ya estoy aquí. ¿Cenamos? —preguntó.

—Hombree, ¿qué tal te ha ido con el yogurín? —preguntó Sofía jovialmente.

—Vaya, vaya, veo que os ha dado tiempo a tomaros unas cuantas jarritas, ¿no?

—A ver, ¿pensabas que nos íbamos a quedar aquí rezando el rosario hasta que volvieras? —dijo Macarena.

—No, no, si ya… Pues entonces esta noche nos vamos al paseo otra vez, que me ha dicho Óscar que ellos van al Kangaroo —exclamó Alicia mirando de reojo a su hermana.

—¿Cómo? ¿Otra nochecita como la de ayer? ¡Puf!, a mí todavía me dura la resaca. —Suspiró Sandra.

—Venga, hombre, que mañana ya nos vamos a Madrid. ¡Hay que aprovechar! —dijo Alicia.

Siguieron un rato más convenciendo a Sandra hasta que lo consiguieron. Pero puso la condición de que, en cuanto cerraran el garito, se irían al bungaló, que al día siguiente tenía que conducir y quería dormir un poco.

Salieron del restaurante casi a la doce de la noche. Había mucha gente y tardaron mucho en servir la cena. En ese tiempo dieron buena cuenta de cuatro jarras más de cerveza.

—Joder, estoy casi como ayer, parece que se me ha subido todo otra vez —dijo Sandra llevándose las manos a la cabeza.

—Si es que te has pasado con la cerveza. O te pasas, o no llegas, maja —dijo Lorena.

—Voy a conducir porque es poco trayecto y no me fío de ninguna de vosotras, que, si no, aquí se quedaba el coche —sentenció Sandra.

En cuestión de minutos encontraron aparcamiento en el paseo marítimo. Si el día anterior había mucha gente, hoy sábado había mucha más, pero la mayoría venía a pie de hoteles y apartamentos cercanos.

La noche anterior vieron dónde estaba el Kangaroo, así que se dirigieron directamente a la puerta. Cuando llegaron había una cola bastante larga. Debido a que la mayoría eran chavales con los dieciocho recién cumplidos, había un portero pidiendo carnés a todo el mundo.

—A ti no creo que te lo pidan, ¿eh, Maca? —bromeó Alicia.

—Ni a ti tampoco, ¡no te jode! Aquí, la adolescente… —contestó Macarena.

—¿Estáis seguras de querer entrar aquí? Esto va a estar lleno de

niñatos —dijo Sandra.

—Exacto, a eso venimos, a ligar con yogurines —dijo Alicia.

Después de casi media hora llegaron a la puerta. El portero observó a las cinco. Parecía que iban a pasar sin problemas, pero el peinado infantil de Sofía y su manera de vestir parecieron confundirle. Por no mencionar la cara rojísima que aún sufría por la insolación.

—¿Me permite su carné, por favor?

—Pero, hombre, si ya tiene veintidós años —dijo Lorena en un tono maternal.

—Lo siento, pero es que el rango de edad del público que tenemos aquí es muy justito y me veo en la obligación de pedir carnés a casi todos, porque a veces parece que sí, y luego no, y viceversa. Además, son habituales las visitas de la policía para revisar, así que, si quiere entrar, me tiene que enseñar su carné.

Sofía ya llevaba unos segundos rebuscando en su bolso.

—¡Joder! Pues me lo he debido de dejar en el bungaló —exclamó.

—No me jodas. —Suspiró Sandra.

—¿Podrían salirse de la fila, por favor? Cuando encuentren el DNI les permito pasar, gracias —dijo el portero con voz autoritaria.

Las chicas se echaron a un lado. Sofía seguía revisando su bolso sin éxito.

—Pues ¿qué hacemos? Habrá que ir a por él, ¿no? —dijo Alicia.

—¡Sí, hombre! ¡Otra vez a coger el coche! ¡Yo paso! Vamos al Capitán Quo y ya está —dijo Sandra haciendo aspavientos con los brazos.

—Pero es que había quedado aquí con Óscar —murmuró Alicia.

—Pero ¿quién es Óscar? ¿Qué dices? —preguntó Macarena poniendo caras raras.

—Joder, el yogurín de la piscina, el del pelo largo.

—¡Ah, vale! Yo qué sé —dijo Macarena levantando el brazo.

—Venga, yo la llevo al bungaló para que tú no cojas el coche. Vosotras, mientras, os quedáis por aquí tomando algo en alguna terraza del paseo —dijo Alicia.

—¿En serio? Yo flipo, pero ¿qué más da ir a un garito que a otro? —exclamó Sandra visiblemente indignada.

—Que he quedadoooooo… Venga, si no tardamos nada. Además, hay un montón de sitio para aparcar —dijo Alicia.

—¡Puf!, hay que joderse. Toma las llaves, ya puedes tener cuidado, como le pase algo al coche, verás. Cuando estéis de vuelta me mandas un wasap y nos vemos en la puerta del Kangaroo —sentenció Sandra.

Macarena, Lorena y Sandra se sentaron en una terraza cercana en pleno paseo marítimo. Mientras, Sofía y Alicia se dirigieron al coche.

—Ponte el cinturón y agárrate —dijo Alicia mirando a Sofía.

—¡Qué dices, tía! —exclamó Sofía poniendo cara de susto.

No terminó de decir la frase cuando Alicia aceleró a fondo y salió haciendo ruedas por la carretera de doble sentido que llevaba al *camping*. Subió la música a tope y gritó:

—¡Joder, qué ganas tenia de conducir! ¡Mi hermana conduce como una abuela!

—¡Madre mía! ¡Ten cuidado! —tartamudeaba Sofía mientras se agarraba donde podía.

Alicia pegó un volantazo a la altura del *camping* para coger la salida. Pasaron por el arco metálico de la entrada y bajaron la avenida central a toda velocidad hasta el bungaló.

Sofía se bajó del coche mientras Alicia daba la vuelta. Con el DNI en la mano, subieron la avenida a la misma velocidad que la bajaron, salieron del *camping* y en pocos minutos estaban aparcando en el paseo marítimo.

Se dirigieron directamente al Kangaroo. Por el camino Alicia avisaba por WhatsApp a su hermana para decirle que las esperaban en la cola.

Casi cuando ya estaban a punto de entrar, aparecieron corriendo Sandra, Macarena y Lorena.

—¡Joder!, no habéis tardado nada. Nos hemos tenido que beber la cerveza como los pavos —exclamó Sandra.

—Si es que el *camping* está cerca —dijo Alicia mirando de reojo a Sofía.

El Kangaroo no se diferenciaba demasiado de Capitán Quo. Era quizá algo más grande. En vez de tener la barra en un extremo del local, la tenía en el centro, a modo de isla, y podías pedir por los cuatro costados. Por lo tanto, la sala de baile rodeaba la barra. La música era más actual que la del Capitán Quo, por eso el público era más joven. Las chicas pidieron unas copas y se situaron en el fondo, ya que la zona de la entrada estaba llena de gente que entraba y salía.

Alicia buscó con la mirada a Óscar y sus amigos durante unos minutos. No parecía que estuvieran allí, cuando de repente alguien puso la mano en su hombro como si fuera un zombi. Alicia se giró bruscamente.

—¡Joder, qué susto! Estaba concentraba a ver si te veía —exclamó al ver la cara de Óscar.

—¡Ja, ja! Era una broma, por lo de la caravana de *The walking dead* y los zombis, y eso… —dijo Óscar algo avergonzado.

—Ya, ya… —dijo Alicia con cara de que no le había hecho demasiada gracia.

—Estamos en el otro lado, cerca de los servicios. Te he visto y me he acercado a saludarte. ¿Os venís para allá?

—Pues nos tomamos esta y ahora vamos, ¿vale?

—Vale, pues ahora nos vemos —dijo Óscar.

Mientras regresaba con sus amigos, Alicia se pudo fijar un poco más en él. Llevaba el pelo suelto, liso, moreno, y vestía una camisa de cuadros de manga corta que llevaba por fuera de unos vaqueros azul oscuro. Unas zapatillas anchas estilo *skate* de color negro completaban el atuendo.

A su juicio, ganaba bastantes puntos vestido y pensó que quizá podría dar un paso más y engatusarle para pasar un buen rato. Al día siguiente viajaban de vuelta a Madrid y era más que probable que no lo volviera a ver.

Se juntaron todos en la barra y pidieron unas cuantas rondas de chupitos. Ellos parecían bastante afectados por el alcohol. No tenían la edad de ellas y, por lo tanto, tampoco la experiencia.

Después de las rondas de chupitos estuvieron bailando y riendo durante un buen rato. Una copa más, y Alicia decidió que había llegado el momento de lanzarse sobre su presa.

Agarró a Óscar de la mano y tiró de él hasta sacarle del Kangaroo. Atravesaron juntos el paseo marítimo para llegar a la playa. Alicia se sentó en el muro, se quitó las botas y de un salto comenzó a caminar por la arena hacia la orilla. Al ver que Óscar no la seguía, se dio la vuelta, se fue acercando lentamente hasta que sus labios se encontraron con los suyos y le besó apasionadamente. Buscaron la oscuridad cerca de la orilla. Se tumbaron en la arena fría, bajo el cielo estrellado como único testigo. Alicia llevaba la iniciativa en todo momento. Mientras le besaba, deslizaba su mano por dentro de la camisa e iba descendiendo despacio hacia el pantalón. Consiguió bajarle la cremallera mientras le acariciaba el pelo con la otra mano. La temperatura de Óscar comenzó a subir considerablemente. Alicia iba aumentando poco a poco el ritmo. El corazón de Óscar comenzó a latir más rápido, cada vez más rápido, cada vez más rápido, y de repente se levantó de un salto y salió corriendo hacia el mar mientras intentaba subirse los pantalones, sin éxito. Alicia se quedó paralizada, no sabía lo que estaba pasando. Continuó observando fijamente a Óscar para no perderle de vista en la oscuridad y se echó a reír a carcajadas.

Óscar vomitaba enérgicamente en el mar con los pantalones aún por los tobillos. Estaba malísimo. Había bebido demasiado y el revolcón terminó de revolverle el estómago.

—Esto no es muy romántico que se diga, ¿no? Lo siento —balbuceaba entre arcada y arcada.

—Pues no, la verdad. Pero no te preocupes —murmuró Alicia, que seguía riéndose.

La situación le parecía graciosa. «Si es que es un yogurín», pensó. En cambio, a Óscar no le parecía tan gracioso, lo estaba pasando fatal. Entre la vergüenza y el mal cuerpo…

—No me había pasado nunca, de verdad, no sé qué me ha pasado —repetía el pobre.

Alicia se acercó a él y le abrazó. Lo último que quería era que se sintiera ridículo o algo así, e intentó quitarle hierro al asunto. Pero Óscar seguía vomitando.

—Que no pasa nada, en serio. Ha sido la emoción de enrollarte con un pibón como yo. ¿Te vas encontrando mejor?

—Pues la verdad es que no, estoy mareado y no se me pasan las ganas de vomitar —dijo con la voz entrecortada.

—¿Quieres que te lleve a la caravana de *The walking dead*? La verdad es que ahora sí que pareces un zombi —bromeó Alicia.

—Pues casi sí. Si puedes, llévame, porfa, porque me he puesto malísimo.

—¿Me esperas aquí? Voy a pedirle las llaves del coche a mi hermana y te llevo.

Le dejó en la orilla solo para que tuviera un poco de intimidad y siguiera vomitando a gusto.

Sandra movía la cabeza de un lado para otro mientras su hermana le contaba la historia.

—Madre mía, si es que quien con niños se acuesta… —dijo esbozando una sonrisa irónica.

—Pobrecito, no te pases, que vaya mal rato que está pasando. Anda, que si me llega a vomitar encima… ¡Puf!, pobre —dijo Alicia llevándose la mano a la frente.

—¿¡Qué le habrás hecho para que se ponga así!? —exclamó Sandra.

—Nada, si no me ha dado tiempo —contestó Alicia sonriendo.

Las demás seguían bailando ajenas a la aventura de Alicia. Sandra le dio las llaves y Alicia salió a buscar a Óscar.

Le subió al coche como si fuera un muñeco de trapo. Abrió las ventanillas para que le diera el aire y salió disparada hacia el *camping* con la intención de llegar lo antes posible y que no le vomitara en el coche.

Cruzó por debajo del arco metálico de la entrada de la misma forma que lo había hecho hacía escasas tres horas con Sofía, a toda velocidad, y llegó en un momento a la zona de caravanas.

—¿Seguro que te quieres ir a la cama? A veces es peor. ¿No prefieres que demos una vuelta por el *camping* o algo? —preguntó Alicia mientras Óscar se bajaba del coche.

—No, no, de verdad. Me quiero tumbar tranquilo en mi cama a ver si se me pasa y puedo dormir. De verdad que lo siento, me lo estaba pasando genial. ¡Qué vergüenza! —murmuró cabizbajo.

—Bueeeeno, tú túmbate y descansa. Mañana vengo a verte, ¿vale? —dijo sonriendo.

Estaba subiendo la avenida del *camping* de vuelta al Kangaroo

cuando de repente un hombre salió de la garita de control y se interpuso en su camino realizando grandes aspavientos. Alicia iba demasiado rápido para parar, así que le esquivó como pudo dando un brusco volantazo y salió a la carretera.

—¿Qué le pasaba al gilipollas ese? —comentó en voz alta para sí misma.

Cuando llegó al Kangaroo de nuevo, las chicas estaban sentadas en unas sillas que había cerca de la barra. Quedaban unos cuarenta minutos para que cerraran y estaban un poco cansadas.

—¡Mira!, ya está aquí Alicia. ¿Nos vamos a dormir? Tengo unas ganas de pillar una cama… —dijo Sandra bostezando.

Ninguna hizo oposición. Ya se acusaba la falta de sueño acumulado. Salieron del *pub,* se subieron al coche, y Sandra comenzó a conducir hacia el *camping*.

Los amigos de Óscar se quedaron en el Kangaroo. Se reían a carcajadas cuando Alicia les contó lo que había pasado. Y eso que no les contó la verdad, solo que se había puesto malo. Pero intuyeron la historia y ya tenían risitas para un tiempo.

Sandra realizó el cambio de dirección para entrar en el *camping,* pero de repente el hombre salió nuevamente de la garita y les cortó el paso.

—¡ALTO! ¡ALTO! ¡ALTO! ¡Ya está bien! —gritó bastante alterado.

—¿Qué pasa? Si no voy a entrar con el coche, que ya sé que no se puede. Lo voy a aparcar en la recepción —dijo Sandra extrañada.

—¡No, si no hace falta! ¡Este vehículo ya ha entrado y ha salido esta noche cuatro veces! Además, a una gran velocidad y con la música a un volumen indecente. ¡No os puedo dejar pasar! —exclamó el hombre cada vez más nervioso.

Las cinco chicas, que en ese momento tenían la mirada fija en aquel hombre sexagenario, giraron la cabeza y clavaron sus ojos en Alicia, que disimulaba como si la cosa no fuera con ella.

—A ver, a ver, tranquilícese, que yo me entere. ¿Que dice usted que no nos deja pasar al bungaló? Si le acaba de decir mi hermana que no vamos a meter el coche, que lo aparcamos en la recepción —dijo Alicia retando al guarda con una mirada altiva.

—¡No vais a entrar ni con el coche ni sin él! Ya habéis montado suficiente escándalo esta noche. Queda terminantemente prohibida vuestra entrada al *camping* hasta mañana a las nueve cuando venga la dirección y les comunique que habéis infringido las normas en reiteradas ocasiones —contestó el hombre con voz autoritaria.

—¡Venga, coño, no me jodas! —exclamó Macarena.

Sofía se puso la mano en la frente, Lorena repasaba las caras del resto, y Sandra… Sandra no daba crédito.

Después de decirle a su hermana en bajito «joder, Alicia, es que

tienes unos huevos…», se dirigió de nuevo al hombre para ver si podía razonar con él:

—Perdóneme, señor, todo ha sido un malentendido. Era mi hermana la que conducía y no sabía que no se podía entrar después de las doce, no se lo dije. Discúlpenos. Solo queremos ir al bungaló a dormir porque estamos muy cansadas. No le daremos más problemas, se lo prometo —casi susurró Sandra en un todo suave y conciliador.

—¿Tú qué pasa? ¿Que eres sorda o es que eres tonta? ¡Que os vayáis de aquí! ¡Que no podéis entrar! —exclamó el hombre furioso atravesando a Sandra con la mirada.

Aunque Alicia sabía que el hombre tenía razón en cuanto a las normas, presenciar cómo gritaba a su hermana de esa manera, aun cuando esta le había pedido perdón con mucha educación, le provocó una fuerte oleada de ira. Abrió la puerta violentamente, se bajó del coche y lo rodeó con paso firme hacia el guarda.

—Pero ¿a ti qué coño te pasa? —gritó—. Cómo le vuelvas a hablar así a mi hermana… —No le dio tiempo a terminar la frase cuando de repente el hombre sacó del bolsillo lo que parecía una pistola.

Macarena endureció el gesto desde el interior del coche. En un segundo salió de su estado vacacional para volver a ser policía durante los siguientes minutos. Se bajó del coche y agarró al hombre del brazo cuya mano portaba el arma. Lorena, Sofía y Sandra también se bajaron para sujetar a Alicia, que intentaba meterle un puñetazo al señor sexagenario. En el forcejeo, Macarena consiguió quitarle el arma y gritó:

—¡Es de mentira! ¡Es de mentira! —La tiró al suelo y redujo al hombre, que balbuceaba palabras incomprensibles totalmente enfurecido.

Al comprobar que las chicas habían conseguido inmovilizar a Alicia, le soltó. El guarda corrió hacia la garita en un alarde de buen estado físico y se encerró. Acto seguido cogió el teléfono.

—Seguro que va a llamar a la policía el muy cabrón —dijo Macarena—. Vámonos de aquí echando hostias, que todavía nos hacen soplar y yo me meto en un lío.

Se metieron todas en el coche, dieron la vuelta y se incorporaron a la carretera en dirección al paseo marítimo.

Durante el camino Alicia seguía alterada. Sandra estaba en *shock,* no estaba acostumbrada a este tipo de situaciones, e iba callada analizando lo sucedido. Sofía y Lorena se miraban la una a la otra. Y Macarena era la única que parecía tranquila, como si no fuera para tanto.

—Madre mía, madre mía, la que hemos liado en un momento. Ahora nos va a denunciar —comenzó a decir Sandra.

—Que no, hombre, que iba de farol. Si estaba acojonado cuando he

ido a por él. Este ha simulado que llamaba a la policía, pero qué va. Menudo gilipollas. Me teníais que haber dejado que le diera dos hostias —dijo Alicia.

—Anda, cállate, cállate, que la has jodido, pero bien. ¿Cómo se te ocurre meter el coche en el *camping*? Encima has venido dos veces. Yo flipo, de verdad. Pues ahora voy a buscar un sitio y me pienso echar a dormir en el coche. Y en cuanto den las nueve vamos a por nuestras cosas y nos vamos a Madrid, que, como experiencia, ya está bien —dijo Sandra.

Y así lo hizo. Aparcó en un sitio cerca del paseo y sin mediar palabra se recostó en el asiento y cerró los ojos. Las demás hicieron lo mismo, a ver si conseguían dormir algo.

***

Los cristales del coche hicieron su correspondiente efecto lupa en cuanto salió el sol y las chicas comenzaron a sudar. La primera en darse cuenta fue Macarena, que estaba justo en la ventanilla donde la bola de fuego apuntaba más directamente.

—Eh, chicas, que ya es de día —susurró con voz ronca.

Sandra abrió los ojos y se dio cuenta enseguida del tremendo malestar que tenía. Era una mezcla de calor, resaca y dolor de cuello que hicieron que de repente se sintiera mareada. Bueno, de cuello, de espalda y de todo. Todas salieron del coche como si tuvieran ochenta años. Los asientos y la postura las había destrozado.

Se sentaron en el bordillo, a la sombra, y Sandra dejó todas las puertas abiertas para que se ventilara un poco.

—Dormir en un coche es lo peor, me duele todo —farfulló Alicia.

—Más te tenía que doler —contestó Sandra moviendo la cabeza de lado a lado.

—La culpa la tuvo el puto loco ese. Podía habernos dejado entrar sin coche, ¿no? ¿Era necesario montar ese pollo? —se defendió Alicia.

—No sé, pero vaya tela… ¿Vamos a por nuestras cosas? Necesito cambiarme de ropa cuanto antes —dijo Lorena.

—Sí, venga, recogemos nuestras cosas, desayunamos algo y nos vamos a casa, que ya está bien. —Suspiró Sandra.

Llegaron de nuevo al *camping*. En la garita ya no había nadie. Fueron directamente al pequeño aparcamiento de la recepción, donde Sandra quería dejar el coche la noche anterior.

—No os mováis de aquí. Ya hablo yo con ellos, a ver si la vais a liar otra vez y nos quedamos sin las maletas —dijo Sandra.

Las chicas obedecieron y se quedaron en el coche. Sandra entró en la recepción y comenzó con las explicaciones pertinentes.

—Hola, mira, somos las chicas del bungaló 27, que anoche tuvimos un problema con el hombre que había en la garita y… —titubeó Sandra.

—Ah, sí. Me lo ha contado esta mañana. Parece que le pusisteis un poco nervioso, ¿no? —dijo la chica de recepción con voz neutra.

—Bueno, no fue para tanto. Pero sacó una pistola de mentira y la cosa se revolvió un poco, pero, vamos, que fue un malentendido —dijo intentando quitar hierro al asunto.

—Ya…, bueno. Es que el hombre está un poco mayor. Además, era guarda jurado y, claro, tiene esa pistola de mentira para defenderse, dice. No sé. Haremos como que no ha pasado nada —dijo dando un manotazo al aire—. Os dejo pasar y sacáis vuestras cosas, ¿vale? Pero tenéis que abandonar el *camping* enseguida. Pasáis por aquí ahora y me devolvéis la llave y el mando de la tele —dijo la chica sin levantar apenas la vista del ordenador.

—Vale, vale, sin problema. Muchas gracias —contestó Sandra.

Hicieron las maletas, recogieron un poco el bungaló y se montaron de nuevo en el coche. Alicia le pidió a su hermana que se detuviese un momento en la zona de caravanas para despedirse de Óscar. Golpeó un par de veces la puerta de la caravana, pero no abrió nadie. «Seguro que está durmiendo todavía», pensó. No quiso insistir por si abría su padre y la veía de nuevo (la chica del secador de pelo). Subió al coche con cierta pena.

—Tenía que haberme quedado con su teléfono —dijo, pero ninguna contestó, todas sabían que no tardaría demasiado en olvidarle.

Después de devolver las llaves y salir del *camping* se metieron en un bar del pueblo. Desayunaron comentando lo acaecido durante el fin de semana. Desde luego se llevaban unas cuantas anécdotas que contar en el futuro. Para bien o para mal, todas sabían que iban a recordar ese viaje muchas veces. Acomodaron las maletas, se abrocharon los cinturones y tomaron la salida dirección Madrid.

Había transcurrido casi una hora de viaje. El silencio era sepulcral. El sueño y el cansancio estaban haciendo mella. Sandra le dijo a su hermana que escribiese un wasap a su madre para que supiese que estaban de vuelta.

—¿Queréis que os cuente otra de mis historias? —preguntó Alicia.

—Hombre, si se puede evitar… —contestó Macarena.

—¡Uf!, desaparecidos, muertes o asesinatos escabrosos de los tuyos. No, porfa, que no están los estómagos… —dijo Sofía.

—Si yo es porque como vais tan calladas…, para que mi hermana no se aburra y eso. Además, sé que en el fondo os gustan mis historias —dijo Alicia.

—No, no, si yo no me aburro, a mí déjame tranquila, que bastante he tenido todo el fin de semana —dijo Sandra.

—Venga, que sí. Os cuento una cosa que me pasó el año pasado y que nunca he contado porque me daba vergüenza. No tiene sangre ni tripas ni nada —dijo Alicia.

Así que a las chicas no les quedó otro remedio que escuchar otra de las historias de Alicia.

—Estaba cenando en un restaurante con Raúl y…

—¿Qué Raúl? —interrumpió Sandra.

—Joder, Raúl, el empleado de papá del taller —contestó Alicia.

—¡Ah!, vale, vale —dijo Sandra extrañada.

Las demás sí sabían de los entresijos de esa relación, así que callaron.

—Cómo decía —prosiguió Alicia—, estábamos cenando tranquilamente cuando de repente se acercó una mujer mayor. Una vieja, vamos —aclaró—. Se me puso al lado y comenzó a mirarme fijamente. Un poco agobiada me di la vuelta y le pregunté: «¿Qué mira, señora?». Ella lo primero que hizo fue disculparse. Después me contó que tuvo una hija que se parecía mucho a mí y que más o menos tendría la misma edad que yo cuando murió. Me dijo también que cuando me vio había sentido un escalofrío porque, de espaldas, le había parecido la viva imagen de su hija y que por eso se había acercado a mirarme. Yo la escuché callada. «Menudo mal rollo», pensé. Pero la cosa no acabó ahí. Antes de irse me pidió un favor: me preguntó si sería tan amable de darle un abrazo y decirle «adiós, mamá», como si de su hija muerta se tratase. Me dio tanta pena que le di un abrazo, le dije «adiós, mamá» y añadí un beso en la mejilla. La anciana se fue tan contenta, y yo seguí cenando con Raúl como si nada. —Alicia hizo un silencio dramático.

—¿Y ya está? —preguntó Macarena—. Vaya mierda de historia —dijo mientras soltaba un bufido.

—Espera, que no he terminado —continuó Alicia—. Cuando terminamos de cenar, pedimos la cuenta. El camarero se acercó con dos notas en la mano. En total, casi doscientos euros. Raúl y yo nos miramos flipando y le preguntamos de quién coño era esa segunda nota. «De su madre. Nos dijo que la cuenta la pagaba su hija y la señaló a usted. Además, la vimos despidiéndose de ella», dijo el camarero. Yo no daba crédito. Le dije a Raúl que me esperara un momento y salí corriendo a la calle. Nada. Ya no estaba. Había cenado a la carta con un hombre y habían fingido ser mis padres. Al volver al restaurante encontré a Raúl con un bolso en la mano. «Estaba en la silla donde ha estado cenando esa mujer, se lo ha dejado», dijo. Metí la mano para comprobar si se había dejado la documentación, ¿y sabéis lo que encontré en el fondo del bolso?

Estaban todas expectantes esperando la respuesta. Alicia permaneció unos segundos en silencio observando sus caras por el espejo interior del coche.

—Pelo. El bolso estaba lleno de pelo —concluyó Alicia.

—Pero ¿qué pelo? ¿Qué estás diciendo? —preguntó Lorena.

—¡El pelo que os estoy tomando, panda de lerdas! —exclamó Alicia partiéndose de risa.

—O sea, que era mentira, ¿no? ¿Nos has vacilado? —dijo Macarena apretando los labios.

Alicia seguía riéndose mientras las demás desviaban la mirada cada una hacia un lado de la carretera con cara de indignación.

—Si es que… ¡os lo creéis todo! Teníais que veros las caras — exclamó entre risas.

Al cabo de un rato Sandra decidió que pararían para ir al baño y tomar algo.

Se comieron unos sándwiches mixtos con patatas. Para beber esta vez todas pidieron Coca-Cola. Hicieron sus necesidades en el baño y continuaron el camino.

Ya empezaba a apretar el calor. Sandra subió las ventanillas y encendió el aire acondicionado. Después de veinte minutos todas estaban dormidas. Sandra las miraba por el retrovisor con envidia. Ella también estaba cansada, pero no se fiaba de que condujera ninguna. El refrescante aire acondicionado, el estómago lleno y el duro fin de semana provocaron que incluso Alicia, que había prometido a su hermana hacer de copiloto para que no se aburriera, se durmiera profundamente.

Sandra se había propuesto hacer las dos horas de camino del tirón, pero al cabo de una hora se le empezaron a cerrar los ojos. Intentaba por todos los medios mantenerlos abiertos. Subió un poco la música, se dirigió el chorro del aire acondicionado hacia la cara, pero nada. Los párpados pesaban cada vez más. De repente se sorprendió a sí misma sobrepasando la línea del arcén, casi a punto de salirse de la carretera. Había dado un cabezazo de al menos tres segundos. Se asustó muchísimo, casi se le sale el corazón del pecho. «Por qué poco se puede perder la vida y ni siquiera darse cuenta», pensó mientras observaba a las demás, que seguían durmiendo como si nada, ajenas a la temeraria maniobra que acababa de realizar. «“Área de descanso km 27” —leyó en un cartel—. Voy a parar a estirar las piernas un poco y a ver si me despejo».

El área de descanso se encontraba a la altura de Villarejo de Salvanés, en lo que parecían las inmediaciones de un polígono industrial a las afueras del pueblo. Sandra tomó la salida. Había un pequeño aparcamiento techado, para unos diez coches aproximadamente; unos cuantos merenderos repartidos debajo de los árboles y un pequeño parque infantil medio destruido. Sandra paró el coche en el aparcamiento, a la sombra, y se bajó a dar una vuelta.

De repente, vio cómo su hermana bajaba del coche y corría hacia ella con cara de haber visto un fantasma.

—Pero ¿qué coño hacemos aquí? —susurró Alicia como si no

quisiera que la oyese nadie.

—Pues nada, que estamos vivas de milagro —contestó Sandra.

—¿Cómo? No sé qué dices, pero sube al coche antes de que se despierte Macarena —dijo Alicia visiblemente alterada.

—Pero ¿qué pasa? ¿Macarena? ¿Qué dices ahora? ¿Te ha sentado mal la siesta o qué? —preguntó Sandra extrañada mientras Alicia le tiraba del brazo.

—Que no. El padre de Macarena…, aquí fue donde desaparecieron esos niños, el caso que le dejó traumatizado. Vámonos y te lo cuento por el camino, arranca antes de que se despierte.

Sandra no sabía a qué se refería su hermana, pero de pronto el sitio se volvió tenebroso. Echó un vistazo a su alrededor escudriñando todos los detalles que le llamaban la atención mientras se subía al coche. Se le había pasado el sueño totalmente. Mientras salían de allí, Sandra hizo unas cuantas fotos mentales de aquel lugar. Su hermana había conseguido despertar su atención, ¿niños desaparecidos? Un escalofrío recorrió su espalda.

—Sube un poco la música, voy a buscarlo en Internet y te lo leo —dijo Alicia mientras abandonaban el área de descanso.

Sandra miró por el retrovisor. Macarena, Sofía y Lorena seguían durmiendo.

—Lo tengo. Escucha, aunque creo que ya te lo conté en una ocasión —observó Alicia.

—Sé que le pasó algo antes de jubilarse, pero no sé el qué, no me lo llegaste a contar nunca —dijo Sandra.

—Ya, no sé. Maca no quiere hablar del tema. Sé lo que viene en Internet y poco más. Bueno, escucha: esto pasó dos años antes de que se jubilara y ya lleva dos jubilado, así que hace cuatro años. Leo: «Desaparecen dos niños en el área de descanso del kilómetro 27 de la N-3, a la altura de la localidad de Villarejo de Salvanés. Una pareja de unos treinta y ocho años efectuó una llamada a la policía alrededor de las dieciséis horas del día de ayer. La mujer, muy nerviosa, aseguraba que les habían raptado a los niños. Declaró que, Sergio y Noelia, de ocho y diez años respectivamente, jugaban en un pequeño parque infantil que se hallaba en el área de descanso. En un momento determinado, la pareja los perdió de vista unos segundos (según la declaración de la mujer) para colocar el equipaje en el maletero. Cuando se disponían a salir de nuevo, los niños ya no estaban. No había rastro de ellos. Solo quedaba el columpio vacío, todavía en movimiento. Los buscaron desesperadamente durante unos minutos antes de llamar a la policía. Cuando llegó la primera patrulla, se encontró a la pareja totalmente destrozada; mostraban los primeros síntomas de un ataque de ansiedad y pánico. En un corto plazo de tiempo, llegaron más efectivos a la zona. A estas horas, continúa la

búsqueda de los niños por efectivos de la Policía y de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Hasta ahora es toda la información de la que disponemos, seguiremos informando a medida que se esclarezcan los hechos». Estas eran las primeras noticias que salían sobre el caso. El inspector que se encargó de la investigación fue Lorenzo, el padre de Macarena. Jamás encontraron a los niños, ni rastro de ellos. Lorenzo pasó sus dos últimos años de servicio investigando la desaparición hasta tal punto de obsesionarse y requerir ayuda psicológica. En la terapia le recomendaron que se apartara del caso. Dijo que no, pero la directiva general de la Policía decidió prejubilarle. Desde entonces no volvió a ser el mismo —concluyó Alicia.

Escucharon la voz de Macarena, que se desperezaba en la parte trasera.

—¿Qué cuchicheáis?, que parecéis dos viejas en misa —murmuró.

—Nada, nada, tonterías. Era para no despertaros —se apresuró a contestar Alicia.

—Ya. ¿Queda mucho? ¿Por dónde vamos? —preguntó Macarena carraspeando.

—Nada, en quince minutos estamos en Móstoles, por fin. —Suspiró Sandra.

CAPÍTULO 3. Los días previos

Sandra se despertó el lunes a las nueve de la mañana. Había dormido desde las seis de la tarde del domingo. Después de dejar a Sofía, Lorena y Macarena en el barrio de esta última, Sandra se dirigió a casa de sus padres con su hermana. Comió allí, recogió a Nora y se fue pitando a su casa a descansar de un fin de semana un tanto surrealista a su parecer.

Se quedó mirando a Nora mientras se desperezaba. Se dio cuenta de que se le había hinchado la parte de debajo de la boca, la papada, y tenía puntos rojos por toda la parte inferior del cuerpo. «Qué raro, tiene pinta de ser una reacción alérgica —se dijo a sí misma—. ¡Qué te habrá dado de comer la abuela!». Se levantó directa a la cocina, abrió el cajón de las medicinas y le dio a Nora una pequeña dosis de Urbason. Si no se te pasa con esto, iremos al veterinario para que nos recete antibiótico, así de paso que te hagan un cultivo para lo de las calvas, que veo que no mejoras —le dijo mientras la achuchaba.

Desayunando su jamón york con pan tostado, Sandra empezó a pensar cómo se organizaría la semana de cara al lunes próximo, que empezaba las prácticas. Miró el jamón y pensó: «Tengo que dejarlo. ¿Conseguiré hacerme vegetariana algún día?». Andaba en esas cavilaciones cuando de repente sonó el timbre de la puerta. Miró por la mirilla y vio a Germán, el vecino de enfrente, que saludaba enérgicamente con la mano sabiendo perfectamente que ella observaba al otro lado.

Germán tenía treinta años y vivía con su madre, Antonia. Su padre se casó con otra mujer a los pocos años de separarse. Era hijo único. Se conocían de toda la vida gracias a las frecuentes visitas que Sandra y su familia hacían a la abuela Victoria. Aunque Germán era un poco más mayor que Sandra y Alicia, cuando venían era habitual que el chico cruzara el rellano para meterse en su casa a jugar con ellas.

Sandra sabía desde siempre que Germán sentía algo por ella. Él nunca lo había disimulado, es más, se lo había hecho saber en multitud de ocasiones a lo largo de los años. El hecho de que Sandra se viniese a vivir a casa de su abuela no hizo más que avivar la hoguera de sentimientos de Germán, que se valía de cualquier excusa para ir a verla. Frecuentemente aprovechaba el cariño que Antonia tenía por Sandra y Alicia, encargándose él, en persona, de llevar los táperes de comida que esta les preparaba.

Sandra, en cambio, siempre había visto a Germán como un amigo, incluso cuando eran pequeñas. Lo consideraba como un hermano mayor que les enseñaba todo lo que él iba aprendiendo. Nunca pensó

en él de otro modo. Y también se lo hizo saber muchas veces a lo largo de los años, pero Germán no se rendía. Y, aunque actualmente lo disimulaba un poco, por la madurez, Sandra sabía que no podía evitar la atracción que sentía hacia ella.

Abrió la puerta.

—¡Hola, Germán! ¿Querías algo? —preguntó.

—¡Hola! Ya pensaba que no me querías abrir. Sabía que estabas en casa, te escuché llegar ayer. ¿Qué tal el fin de semana? ¿Dónde has estado? —preguntó jovialmente Germán.

—Te he dicho unas cuantas veces que no me espíes, Germán —dijo Sandra con una sonrisa torcida.

—Ya, ya, bueno, es que me extrañó que no estuvieras y eso. Voy a comprar, ¿te vienes? Seguro que tienes la nevera vacía después de todo el finde por ahí.

Sandra le miró durante unos segundos con dulzura. Si es que en el fondo era un buenazo, no tenía maldad ninguna. Le tenía cariño, pero no del modo en que le gustaría a Germán.

—¡Puf!, la verdad es que sí tendría que comprar alguna cosilla y llevar a Nora al veterinario. Pero mira cómo estoy, me acabo de levantar, tendría que arreglarme y a lo mejor tardo un poco.

—No pasa nada, te espero. ¿Qué le pasa a Nora? Bueno, me lo cuentas por el camino. Si quieres, déjamela y la voy paseando mientras te vistes. Te espero abajo y te acompaño al veterinario, luego vamos a comprar más tarde, ¿vale? —dijo Germán.

Sandra accedió.

Durante tres años estuvieron trabajando juntos en la empresa en la que trabajaba Germán. Era una empresa multiservicios de gestión telefónica y telemarketing. Germán le dijo que, si quería que llevase el currículo, que la intentaría meter, que sabía que necesitaba dinero para terminar la carrera y costearse sus gastos ahora que vivía sola. Sandra al principio dijo que no, pero no tardó en cambiar de opinión y un día le dejó el currículo en el buzón porque efectivamente necesitaba el dinero. Fueron tres años duros en los que tuvo que compaginar el trabajo con los estudios, pero consiguió ahorrar algo de dinero con el que subsistía actualmente, además de la ayuda que recibía de sus padres de vez en cuando, muy a su pesar.

Pasó toda la mañana con Germán. Primero fueron al veterinario con Nora, que le recetó el antibiótico para descartar una posible infección por lo de las calvas, y después fueron a comprar al supermercado.

Sandra colocó toda la compra en la nevera. Se preparó una ensalada, que devoró en veinte minutos, y decidió que ya era hora de ponerse a estudiar en serio. Solo quedaba una semana para empezar lo que esperaba que fuera su nueva vida, el reto que estaba esperando

desde que era una niña: convertirse en veterinaria y así salvar la vida de muchos animales.

Encendió el ordenador y tecleó en Google «Andrea Soler Molina». Quería saberlo todo sobre la prestigiosa veterinaria. Aunque conocía bien su currículo porque lo había mirado en otras ocasiones, esta vez quería profundizar más en los detalles, ahora que sabía con certeza que iba a ser su mentora durante los tres meses que duraran las prácticas.

Andrea Soler Molina, propietaria y directora del centro veterinario Coímbra, situado en el parque Coímbra, al suroeste de Móstoles. Se licenció en la universidad complutense de Madrid con el mejor expediente de su promoción. Es doctora en Veterinaria. Posee el título de máster en Investigación Terapéutica Veterinaria y en Medicina y Cirugía de Animales. Ha colaborado en multitud de revistas científicas con numerosos artículos originales publicados. Es miembro de la Asociación Europea y Americana de Veterinarios de Animales Salvajes y de Zoológicos (EAZWV) y está acreditada por AVEPA en la especialidad de cirugía de animales, además de ser diplomada en medicina de animales por el Colegio Ruso de Medicina Zoológica (RCZM). Como parte de su actividad profesional, Andrea Soler Molina es ponente habitual en cursos de formación continuada para veterinarios interesados en cirugía de animales. Cuenta en su haber con numerosas presentaciones científicas en congresos nacionales e internacionales. Famosa por su multitud de operaciones con éxito a animales y diagnósticos de enfermedades raras.

Pero lo que Sandra pretendía realmente era conocer a la persona. Rindiendo honor a su obsesión por tenerlo todo controlado, quería saber a qué clase de persona se enfrentaba para sacar el máximo partido a sus prácticas y optar, si cabía esta posibilidad, a quedarse en la clínica. Por ello buscó en foros de antiguos alumnos/as, compañeros/as de carrera, redes sociales, páginas donde había reseñas sobre ella, cotilleos y todo lo relacionado con su persona. Pudo descubrir (según lo que escribía la gente) que había estado casada, pero que su marido la abandonó. No tenía hijos. Vivía sola en un chalé a las afueras de Móstoles. Nació en Madrid en 1977, así que tenía cuarenta y un años. Era arisca, prepotente, fría y distante, según varios exalumnos y exalumnas. Decían que estaba amargada todo el día y que tenía muy mal carácter. Algunos incluso se pasaban directamente al insulto llamándola «bruja mal follada». Otros decían que no habían sido capaces de acabar las prácticas. Y algunos habían sido expulsados directamente por Andrea.

Sandra leyó los comentarios ojiplática. Algunos contaban anécdotas reales de su estancia en la clínica que la horrorizaron.

Cerró el ordenador portátil con más fuerza de lo debido y se quedó

pensativa. Seguro que no era para tanto. La gente suele exagerar, muchos se creen que por tener la carrera ya son veterinarios refutados. No sé.

Estuvo cerca de media hora intentando autotranquilizarse y autoconvencerse. Decidió llamar a Raquel para contárselo y ya de paso quedar para el miércoles, que era su cumpleaños (el de Raquel).

Pasó el resto de la tarde estudiando, menos en los momentos en que revisaba a Nora.

—Parece que se te está pasando la reacción alérgica —le dijo—. ¡Qué habrás comido!

Ciertamente, a Nora se le estaba bajando la hinchazón y, gracias al antibiótico, Sandra estaba más tranquila ante la posibilidad de que tuviera algún tipo de infección.

***

La semana transcurría más rápido de lo que le hubiese gustado. Lejos iba quedando el fin de semana loco en Jávea. Le parecía que hubiera pasado un mes. Estaba tan concentrada en los estudios que las horas pasaban demasiado rápido.

El cerebro de Sandra funcionaba mediante asociación de ideas. Ella analizaba el problema y asociaba enseguida las posibles soluciones. Síntomas-enfermedad-diagnóstico-solución. Era rápida mentalmente. Una virtud que había jugado a su favor en multitud de ocasiones.

Estudiaba todas las posibles enfermedades en animales y sus síntomas, los memorizaba y conseguía asociar cientos de síntomas con las enfermedades que estos señalaban.

«Tos, dolor muscular, vómitos, problemas respiratorios, fiebre. Enfermedad bacteriana, posible leptospirosis. Inflamación testicular, abortos, esterilidad. Enfermedad bacteriana, posible brucelosis. Inflamación, glándulas, mamas. Normalmente es de origen infeccioso, posible mastitis. Vómitos, diarreas, tos, lágrimas. Enfermedad muy contagiosa y mortal, moquillo. Vómitos, diarrea, hemorragias. Enfermedad vírica, posible parvovirosis. Vómitos, diarrea, fiebre, falta de apetito, mucha orina, mucha sed, dificultad en el movimiento. Enfermedad de alto riesgo para las hembras, piometra. Cojera, dolor al caminar, pus, infección, sangre, llagas, grietas. Enfermedad parasitaria, posible pododermatitis», pensó Sandra.

Tan solo se dio un respiro el miércoles por la tarde cuando quedó con Raquel. Habían acordado ir al 100 montaditos del centro comercial tres aguas, en Alcorcón, porque los miércoles y los domingos tenían toda la carta a un euro.

—Joder, qué rata eres, tía. ¿Me traes aquí por tu cumple porque hoy es más barato? —preguntó Sandra en cuanto llegó Raquel.

—Ya estamos… Felicidades por lo menos, ¿no? —contestó Raquel haciéndose la indignada.

Raquel cumplía veinticuatro años. Era unos meses mayor que Sandra, aunque cursaron juntas en el colegio. Después en el instituto se separaron porque cada una quería dirigir su formación por caminos diferentes. Raquel trabajaba en el museo nacional Reina Sofía desempeñando la función de guía interna. Solo libraba los miércoles y algunos domingos. Trabajaba muchas horas, pero le gustaba su trabajo. Tenía una buena predisposición hacia el público y sabía amoldarse a los distintos perfiles que se le pudieran presentar. Se manejaba bien con los idiomas, era buena comunicadora y generaba empatía. Vamos, que hablaba por los codos. Así que pasaron el resto de la tarde hablando de cotilleos y anécdotas del museo Raquel, y de su *viajecito* a Jávea, Sandra.

***

Pronto llegó el domingo. Normalmente los domingos Sandra iba a comer a casa de sus padres, pero en esta ocasión llamó a su madre para decirle que no iba, que se quedaba en casa organizándose bien para su primer día en la clínica.

—Entonces, ¿no vienes a comer? —preguntó Mercedes con cierta tristeza.

—No, mamá. Me quedo aquí, que estoy un poco nerviosa.

—No te preocupes, hija, ya verás como todo te va a ir muy bien. Pero ¿tienes comida?

—Sí, sí, fui a la compra el otro día con Germán.

—¿Con Germán? Dale recuerdos de mi parte, hace tiempo que no le veo. Pero ¿estáis…?

—No, no. ¡Hombree, mamá! ¡Que es Germán! Lo que pasa es que me sigue espiando y le acompañé a la compra para que me dejara en paz.

—Ah, ya. Bueno, ¿a qué hora tienes que estar en la clínica?

—A las ocho.

—Pues nada. Ánimo, hija, y en cuanto puedas manda un mensaje o algo para ver qué tal te va, ¿vale?

—Vale mamá, adiós.

***

Alicia llegó el lunes al taller un poco más tarde de su hora habitual. A las diez y media, una hora y media más tarde que el resto. Roberto la vio pasar como un rayo de la puerta al vestuario. En un tiempo récord, se cambió de ropa y comenzó a subir las escaleras metálicas que llevaban a la oficina de su padre.

—¡Puf, vaya cara traes! Ha sido un fin de semana duro, por lo que veo —dijo Roberto con tono irónico.

—Sí, bueno —contestó Alicia titubeando.

—Nada, no me lo cuentes, prefiero no saberlo —interrumpió

Roberto—. A ver, tenemos un Fiat Punto al que hay cambiarle el embrague. Aparte, tiene una avería eléctrica, no funcionan la mayoría de las luces y el limpiaparabrisas se enciende solo. Le hemos tenido que desconectar la batería para que no se quemase. También tenemos un Peugeot 308 al que hay que cambiar el turbo y un Ford Focus con una avería rara también, por lo visto se apaga en mitad de la carretera sin previo aviso.

Alicia suspiró pensativa.

—Me voy a poner con el turbo del 308. No estoy para pensar mucho. Las averías para esta tarde o mañana —dijo finalmente.

Estaba bajando las escaleras metálicas cuando su padre se asomó por la ventana de la cristalera.

—¡Alicia, que se me olvidaba! El viernes por la tarde a última hora llegó un paquete a tu nombre. Tiene pinta de ser alguna pieza de la moto.

Alicia subió de nuevo y cogió el paquete. Efectivamente, era la pieza que llevaba tiempo esperando y que le había costado tanto encontrar. El depósito de la gasolina.

Al principio Alicia pasó mucho tiempo visitando desguaces. Conseguía una pieza aquí, otra allá, preguntaba por teléfono a desguaces de Barcelona o el País Vasco entre otros, pero, a medida que las piezas eran más exclusivas, la cosa se tornaba más complicada. Suerte que nació Internet y, con ella, una auténtica revolución en cuestiones de piezas de segunda mano. Esto facilitó mucho las cosas a Alicia al principio, y más aún después con las aplicaciones móviles.

Pero tenía un problema que la había dejado atascada mucho tiempo en el proceso de rehabilitación de la moto. El depósito de gasolina de la NR 750 tenía una forma poco habitual y resultó que el que tenía puesto estaba rajado y oxidado por dentro. Alicia intentó soldarlo, pero no hubo manera. Estaba demasiado oxidado y se descascarillaba por todos lados. Había intentado fijarle otros depósitos estándares o semejantes al original, pero no acoplaban bien y habría que haber modificado media moto para ensamblarlos. Precisamente Alicia lo que quería era conseguir que fuera lo más fiel posible al modelo original. Pero no lo conseguía. Así que comenzó una intensa búsqueda por Internet para ver si alguien le podía vender uno en buen estado. Le costó, pero lo encontró y ahora lo tenía en sus manos.

—¡De puta madre! Voy a montarlo ahora mismo —exclamó Alicia.

—¡¿Cómo?! No, no, no. Primero ponte con el turbo del 308, que tenemos muchos coches. Eso lo haces en tu tiempo libre —le espetó su padre.

Alicia dejó el depósito metido en su caja para que no se arañase, al lado de la moto, al fondo del taller, y se puso con el turbo a regañadientes.

No había desmontado todavía las primeras piezas del turbo averiado cuando sintió una mano en su trasero. Se dio la vuelta como un resorte, no porque no supiera quien era, que lo sabía perfectamente, sino por el atrevimiento.

—¿Qué haces? —preguntó Alicia entre dientes—. El día que te vea mi padre desde la cristalera te va a crujir.

—He mirado primero que no estuviera, ¿o te piensas que se me ha ido la chaveta? —dijo Raúl sonriendo.

—Tú ya no tienes de eso, cabeza hueca.

—Ya, bueno. ¿Qué tal el fin de semana? Ni me has llamado ni escrito ni nada.

—Bien, lo hemos pasado bien. —En ese momento le vino a la mente la imagen de Óscar vomitando en la playa y esbozó una sonrisa.

—Ya veo… ¿Hoy comes aquí o te vas a casa? —preguntó Raúl mientras hacía el amago de tocarle el culo otra vez.

—Hoy como aquí, pero tengo cosas que hacer en la moto, que ya me ha llegado el depósito por fin, así que ni te arrimes. Que corra el aire, anda, majo —contestó Alicia dando pequeños manotazos al aire.

Desde el principio Alicia notó que Raúl sentía algo por ella. Lo sabía por la forma que tenía él de mirarla y sus acercamientos para entablar conversaciones casi siempre forzadas. Raúl tenía dos años más que Alicia, es decir, veintiséis. Era alto y delgado. Tenía el pelo prácticamente rapado por la parte inferior y un poco más largo por la parte superior. Ojos negros y piel oscura. El primer día que llegó al taller Alicia pensó que era marroquí. Poco después supo que no, que había nacido en Madrid y que vivía por la zona de ventas con sus padres. Para ahorrar gasolina y tiempo, Raúl era el único que se quedaba a comer en el comedor del taller, puesto que los demás empleados vivían en Móstoles y se iban a sus casas.

Por aquel entonces, Alicia también acostumbraba a quedarse a mediodía en el taller para avanzar con la moto o con algún coche que se le estuviera resistiendo. Raúl la observaba desde la cristalera del comedor procurando que ella no se diera cuenta, la miraba mientras ella se movía de un lado a otro del taller con esa seguridad que tanto le fascinaba. Le resultaba tremendamente sexi con aquellas largas trenzas que le recorrían la espalda y aquel mono de trabajo que, aunque era holgado, no conseguía camuflar su exuberante figura. Estuvo mucho tiempo observándola en silencio hasta que un día consiguió reunir el valor suficiente para salir y entablar conversación. Poco a poco y día tras día, Raúl comenzó a sentirse más seguro y siempre salía a hablar con ella de cualquier tema que previamente se preparaba. También la ayudaba con la moto o con el coche que estuviera reparando mientras intentaba hacerla reír o entretenerla con alguna historia improvisada.

Cuando Roberto cerraba el portón metálico a mediodía el taller se quedaba a oscuras, sin luz natural. Solo iluminado por un par de fluorescentes que encendía Alicia para trabajar. En silencio. Si no se convertía en un lugar romántico, por razones obvias, sí era bastante íntimo.

Un día cualquiera, Alicia se encontraba tumbada bocarriba en la plataforma de ruedas con medio cuerpo metido debajo de un coche. Raúl la observaba a través de la cristalera mientras terminaba de comer. Sigilosamente, el chico rodeó un par de coches para alcanzar la zona donde se guardaban las herramientas que se utilizaban para las soldaduras. Cogió una careta de seguridad, de las que cubren toda la cara para protegerse de quemaduras en el proceso de soldado, y se acercó de puntillas a Alicia con la intención de darle un buen susto. Cuando ya estaba justo delante de sus pies, se colocó la careta, la cual emitió un fuerte sonido parecido a un chasquido que sobresaltó a Alicia. Ella, en un acto reflejo, arrastró la plataforma con fuerza hacia afuera, impactando directamente contra las piernas de Raúl, que le cayó encima con tan mala suerte que se clavó la rodilla de Alicia en los testículos un instante antes de impactar contra el suelo. Alicia se incorporó y, apartándose el pelo de la cara, permaneció unos segundos recreándose en la patética pero divertida imagen de Raúl desparramado en el suelo con las manos en la entrepierna y la careta medio puesta. Comenzó a reír a carcajadas. Estiró el brazo para ayudarle a levantarse, pero, en vez de eso, Raúl aprovechó el descuido y le pegó un tirón que hizo que Alicia le cayera encima. Ahora los dos estaban en el suelo riendo a carcajadas. Alicia le quitó la careta y la dejó en la plataforma. Permanecieron unos segundos en aquella posición mirándose el uno al otro mientras cesaban las carcajadas. Raúl volteó a Alicia, la tumbó en el suelo, le sujetó los brazos y la besó en la boca rápidamente. Temiendo su reacción, le soltó los brazos enseguida y se quedó inmóvil. Alicia agarró su cuello con las manos y le acercó la cabeza hasta que sus labios se besaron apasionadamente. Ella le susurró al oído que en la taquilla tenía preservativos. Se incorporaron para correr rápidamente al vestuario. Alicia desnudó completamente a Raúl. Este se mantuvo totalmente quieto, tratándose de Alicia, no sabía qué podía pasar. Seguidamente ella se desnudó también y, agarrando de la mano a Raúl, lo introdujo en la ducha. Mientras el agua caliente mojaba sus cuerpos, Alicia comenzó a descender lentamente buscando con la lengua el pene de Raúl. Se lo metió en la boca hasta que estuvo totalmente erguido y se incorporó de nuevo. Raúl llevó la mano a sus pechos firmes, grandes y con los pezones duros por la excitación. Alicia le agarró la mano y la dirigió a su sexo, donde el chico pudo masajearle el clítoris durante unos minutos. Ella se dio la vuelta, se introdujo el pene de Raúl y este

comenzó a moverse con todas sus fuerzas. Llevaba mucho tiempo imaginando esta experiencia en su mente. Alicia, agarrada al grifo de la ducha con ambas manos, gemía de placer hasta que llegó al orgasmo. Raúl había llegado hace rato, pero quería estar a la altura y siguió hasta que ella cariñosamente le dijo que parara.

Había pasado poco más de un año desde ese primer encuentro sexual. Los siguientes se fueron sucediendo a menudo en los vestuarios. Aprovechaban los días en los que Alicia se quedaba a mediodía. A veces realmente tenía cosas que hacer en la moto, otras le contaba a su padre cualquier excusa para quedarse.

Si Raúl se acercaba a ella por la mañana y le pedía que se quedara, Alicia se iba a casa a comer y le dejaba tirado. Siempre le dejaba claro que era ella la que mandaba. Si ella quería sexo, había sexo; si no, no. Raúl a veces fingía ignorarla durante unos días para que fuera ella la que le buscara. Pero era en vano. Siempre acababa volviendo a sus pies para que Alicia hiciese con él lo que le viniera en gana. Un día se mostraba cariñosa y receptiva, y otro, fría y brusca. Raúl no sabía cómo acertar. Estaba un poco desconcertado. Alicia, en cambio, siempre le repetía lo mismo cuando Raúl le pedía explicaciones: «Para mí es solo sexo. Si lo quieres, bien; si no, ya sabes». Pero para Raúl era algo más que eso. Él no podía dejar de pensar en ella. Intentaba mantener las distancias para no agobiarla, para que no se diera cuenta de lo que realmente sentía. Tampoco quería hacer el ridículo. Pero, cuando conseguía tener sexo con Alicia, era totalmente consciente de que para él había algo más que placer físico. Sus sentimientos los tenía claros; los de Alicia… no tanto. Aunque había algo en ella que le hacía mantener un hilo de esperanza, no sabía explicar qué era. Pero cuando la besaba y la abrazada lo notaba. Alicia decía que nunca había tenido novio formal, y su carácter fuerte le hacía pensar a Raúl que lo que le pasaba era que tenía miedo a enamorarse. Tenía miedo a sentirse vulnerable. Le gustaba estar siempre un paso por delante de los chicos para manejarlos a su antojo y, claro, si se dejaba llevar por los sentimientos, su coraza de tía dura se iría al traste.

Ese lunes Alicia se quedaba a comer en el taller, pero era de los días de no sexo. Raúl sabía que, cuando Alicia decía que no, no había manera de convencerla. Así que cuando terminó de comer se tumbó sobre el mismo banco en el que había estado sentado comiendo y cerró los ojos. Cuando estaba en la mejor parte del sueño, el rugido de una moto de gran cilindrada hizo vibrar los cristales del comedor. Fue tal el estruendo que hizo que Raúl se cayera del banco. Todavía con el susto encima, salió del comedor. Alicia se abalanzó sobre él y le besó con fuerza repetidas veces. «Al final sí que va a haber sexo», pensó Raúl. Pero pronto se dio cuenta de que estaba equivocado.

—¡Funciona! ¡Busca un casco! Vamos a dar una vuelta para

probarla —exclamó entusiasmada.

Raúl obedeció. Sacaron la moto fuera del taller, cerraron y salieron del polígono en dirección M-50 a La Coruña.

Alicia aceleraba bruscamente para comprobar cómo reaccionaba la moto que ella misma había reconstruido. Él se agarraba con fuerza a su cintura. Ella, consciente del miedo que tenía Raúl, que cada vez se abrazaba un poco más, aceleraba con más ímpetu. Cuando llegaron a la altura de Villanueva del Pardillo, Alicia hizo un cambio de sentido.

Volvieron al taller antes de que llegara Roberto, que siempre llegaba un poco antes que los demás. Raúl besó el suelo cuando se bajó de la moto.

—¡Qué exagerado! Si he ido despacio para no forzar las piezas nuevas —dijo Alicia mientras se quitaba el casco.

—Despacio dice. Ha habido un momento en el que he mirado y ponía 190 km/h —dijo Raúl todavía temblando.

—Bueeeno. Eso para esta moto es ir de paseo.

Alicia le mandó un wasap a Macarena acompañado de una foto de la misma.

Alicia:

Ya tengo moto.

Le dijo que, si había tenido el turno de mañana, que se viniera a tomar una cerveza a El Gruñidor por la tarde, cuando ella saliera del taller.

Macarena trabajaba en turnos rotatorios de mañana, tarde y noche. Su padre, Lorenzo, le repetía desde pequeña que tenía que ser policía, como él y como su abuelo, para seguir la tradición. Ella siempre se había negado, no le interesaba lo más mínimo ser policía, de hecho, de pequeña, cuando jugaban, siempre elegía ser ladrona. Se sacó la carrera de programadora informática y estuvo un par de años haciendo trabajos por su cuenta. Pero su padre seguía insistiendo.

De alguna manera tenía que entrar en el cuerpo. Y al final lo consiguió. Macarena entró en la unidad de delitos tecnológicos de la Policía nacional. Dentro de esta unidad, hay distintas especialidades. Están los agentes que se encargan de detectar posibles *hackers* o *crackers,* que intentan robar o destruir información valiosa, realizar transacciones ilícitas o impedir el buen funcionamiento de redes informáticas o computadoras. Otro sector se encarga de detectar la suplantación o robo de identidad. Esto consiste en que una persona se apodere de fotos y otras informaciones compartidas en Facebook, Twitter, Instagram u otras redes sociales para crear un perfil falso. Usualmente esto puede convertirse en ciberacoso, *sexting* o *mobbing.*

Macarena pertenecía a uno de los sectores más peligrosos de la unidad de delitos tecnológicos, el que se encargaba de detectar, perseguir y detener delitos relacionados con la pederastia. Detectaba

las posibles páginas donde se compartía material pornográfico de menores y buscaba a las personas responsables. Rastreaba a diario la Deep web en busca de foros en los que se compartiera dicho material. Se infiltraba en ellos como un usuario más, leía las conversaciones, guardaba los vídeos, recopilaba fotos y documentos incriminatorios. La manera más común de acceder a la red oculta era mediante el buscador Tor Browser, pero Macarena había creado uno propio, al margen incluso del que suele usar la policía, lo cual le había valido el ascenso a subinspectora en su departamento. Agencia Tributaria le había puesto como nombre, porque a todos los sujetos que encontraba a través de ese buscador los jodía vivos. Además, era un nombre que se camuflaba muy bien en el ordenador de la comisaría. Nadie se atrevía a abrir una carpeta que se llamaba Agencia Tributaria.

Macarena introducía los caracteres que deseaba buscar en la Hidden wiki, que es un directorio de otras páginas invisibles que los propios usuarios revisan a diario, donde la cantidad de información ubicada en estas profundidades de la red equivale al 95 % del contenido de lo que hay en Internet. Las fuentes de búsqueda más comunes como Google no incorporan los contenidos de esta red oculta, diseñada para saltarse los buscadores, garantizar el anonimato y la no trazabilidad de la navegación. En dicho directorio se ofrecen todo tipo de servicios, donde la policía suele indagar en busca de delincuentes reales, puesto que muchos de los anuncios expuestos son falsos. Se ofrecen servicios financieros (lavado de *bitcoins,* cuentas de PayPal robadas, tarjetas de crédito clonadas, falsificación de billetes, carteras de dinero anónimas…), servicios comerciales (venta de armas y munición, documentaciones falsas, drogas…), *hackers* por encargo (hackear servidores web, ordenadores personales, perfiles de Facebook, desarrollar *spyware,* localizar a alguien, investigar a alguien, ciberextorsión…), venta de drogas a domicilio, tutoriales de cómo fabricar armas y drogas, asesinatos por encargo, páginas gore, vídeos *snuff* y, por supuesto, el contenido estrella de los usuarios de la Deep web: pornografía infantil.

Cuando Macarena determinaba quién o quiénes podían ser los cabecillas de la red, pasaba al siguiente nivel: entablar conversación. Poco a poco conseguía entrar en su círculo de confianza, les decía que tenía mucho material, pero que Internet no era seguro y concertaba un encuentro para intercambiar material pornográfico infantil.

El protocolo de actuación siempre era el mismo. El agente que había localizado a un posible pederasta se encargaba de coordinar la operación desde la furgoneta monitorizada. Un agente especializado se hacía pasar por el individuo que había mantenido el contacto con el posible pederasta, portando ocultos un receptor de sonido en el interior del oído, un pequeño micrófono, una minicámara de vídeo y,

por supuesto, un arma. Se organizaba la operación en el sitio y la hora acordados. Desde la furgoneta, el agente al mando supervisaba minuciosamente cada movimiento y cada palabra del sospechoso. Habitualmente los agentes pasaban semanas chateando con estos individuos hasta que conseguían concretar un encuentro. Desconfiaban. En este tiempo los expertos aprovechaban para trazar un perfil de personalidad y hacerse una idea lo más detallada posible de a qué clase de persona se estaban enfrentando. Debían prever si el posible delincuente podía mostrarse violento, agresivo, o incluso si cabía la posibilidad de que portara un arma. Esta clase de sujetos eran conscientes de las consecuencias que tenía dedicarse a este tipo de delitos (en la cárcel no son bien recibidos) y por eso extremaban las precauciones, contratando en algunos casos *hackers* que los guiaban por las redes. Hay auténticas redes de pedófilos y pederastas a nivel mundial, algunas están bien organizadas y son peligrosas. Podía ocurrir que, antes del último nivel, descubrieran la identidad del agente y tomaran represalias.

Alicia solía pensar que la aversión hacia los hombres que había desarrollado Macarena en los últimos años se debía en gran parte a las conversaciones que tenía que mantener con estos monstruos. Lo que leía, veía y escuchaba de boca de estos animales le había hecho desconfiar de la raza humana en general y de los varones en particular. «Hay mucho enfermo —decía a menudo—, más de lo que nos podamos imaginar» (aunque la verdad es que desde que eran pequeñas Alicia sospechaba que había algo más que Macarena no quería contarle).

A medida que ganaba experiencia, se iba haciendo más fuerte psicológicamente, pero las imágenes que tenía que visionar a veces la dejaban traumatizada por un tiempo.

Por eso las quedadas con Alicia resultaban ser la mejor vía de escape para Macarena. Nadie como Alicia para despejar la mente y reír a carcajadas. Así que, al ver el wasap, contestó enseguida:

Macarena:

OK, luego nos vemos.

***

—Hombree. ¿Estáis de obra en el taller? —preguntó Antonio en cuanto vio a Alicia entrar por la puerta de El Gruñidor.

—Pues no. ¿Por? —contestó Alicia con desconfianza.

—Porque tienes un polvo…

—¡Joder! Lo sabía, sabía que era alguna tontería de las tuyas. Ponme una cerveza, anda, gracioso.

—Pues espera, porque aquí el torpe de mi hermano lleva media hora para cambiar el barril y veo que al final voy a tener que ir yo.

—¡Ya estamos! Te he dicho mil veces que hay que cambiar el grifo,

que es una mierda —contestó Rafa indignado.

—El grifo dice. Toda la vida igual… ¿Te he contado la vez que mi abuelo nos llevó a mi hermano y a mí a la vendimia? —preguntó Antonio a Alicia.

—Pues seguro que no.

—Ya está el gilipollas con la historia de siempre —murmuró Rafa.

—Tú calla y a ver si consigues poner el barril, que esta belleza quiere una cerveza, ¡coño! Me ha salido un pareado sin haberlo planeado. Bueno, pues estábamos en el pueblo con quince años aproximadamente —mientras, Alicia le miraba moviendo la cabeza de lado a lado prestando más atención al móvil que a Antonio— y a mi abuelo se le ocurrió la feliz idea de despertarnos un domingo a las seis de la mañana para ir a vendimiar. Sobra decir que no hacía ni una hora que nos habíamos acostado, bastante calentitos además. A mí, me puso a cortar racimos y a Rafa le mandó con el azadón a arrancar unas cepas viejas que estaban enfermas y podían contagiar al resto, según decía él. Bueno, pues aquí mi hermano se tiró toda la mañana dando golpazos con el azadón a una cepa, sin éxito. Se le oía desde lejos gritando: «¡Con esta mierda no se puede! ¡Este azadón no vale para nada!». Cuando mi abuelo se cansó de oírle, se dirigió hacia él y le quitó el azadón. En cuestión de media hora había arrancado las seis cepas que estaban en mal estado. Le devolvió la herramienta y le dijo: «Pues me temo que el problema no va a ser la azada».

Alicia soltó una carcajada.

—Vamos, que hoy no hay cerveza, ¿no?

—Pues va a ser que no —dijo Antonio.

—¿Por qué no le cuentas a Alicia tu historia de la moto? Esa no la cuentas nunca, ¿eh, payaso? —gritó Rafa desde debajo de la barra.

—¿Qué moto? ¿Tienes una moto? —preguntó Alicia.

—Tenía. Un día le duró. Anda, cuéntale, cuéntale, atontao —dijo Rafa.

—Bueno, compré un Derbi Senda, de esas de campo, ¿sabes cuál te digo? —Alicia asintió con la cabeza—. La compré de segunda mano a un menda del pueblo. La moto tenía buen sonido de motor y parecía bien cuidada, pero estaba muy sucia. Estaba llena de barro, aceite, grasa… El tío la usaba para hacer el cabra en los caminos y la tenía abandonada en el garaje desde hacía un año. Total, que cuando llegué a casa con la moto, lo primero que hice fue ponerme a limpiarla a fondo, como cuando te compras un piso nuevo y lo primero que haces es pintarlo, ¿sabes? Pues igual. Me di cuenta de que los productos de limpieza normales, los de casa, no hacían nada y comencé a echar tres en uno para ablandar la grasa. Cuál fue mi sorpresa que el desengrasante no solo ablandaba la mierda, sino que también la quitaba casi sin esfuerzo. ¿Qué hice? Pues limpiar toda la moto con

tres en uno, incluidos los discos de freno, que quedaron especialmente brillantes. —Alicia empezó a llevarse las manos a la cabeza intuyendo el final de la historia—. Orgulloso, le hice un par de fotos y me fui a dar una vuelta por el pueblo para lucirla. En el primer cruce, apreté los frenos, pero la moto no hizo ni siquiera ademán de pararse. El tres en uno hizo su efecto lubricante en los discos de freno y me empotré contra la fachada de un chalé. La hostia fue de tal calibre que salí despedido por encima de la verja y acabé rodando por el jardín de la casa. La moto, destrozada, claro.

Alicia no podía parar de reír.

En ese momento entró Macarena en el bar.

—¿Qué tal, tía? A mí todavía me dura la resaca del finde, estoy hecha polvo.

—No vales pa na. Fíjate que yo me iba a tomar una cerveza ahora mismo, pero tienen el grifo estropeado —contestó Alicia—. Además, después de lo que acaban de contarme, no me fío ni un pelo de estos dos, así que vámonos.

Macarena los miró extrañada.

—Mejor vamos a descansar el hígado unos días. ¿Dónde está la moto?

—En el taller. Tengo que hacer los papeles, matricularla y todo eso. No la puedo sacar de momento. ¿Vamos y te la enseño?

Alicia arrancó la moto y dio un par de acelerones para que Macarena escuchara el sonido del motor. Con la reverberación del taller cerrado, el rugido de la Honda NR 750 era todavía más espectacular.

—¡Jooooder, tía! ¡Qué guapa! Cómo suena. Menuda moto te has currado. Ya puedes tener cuidado con esta máquina. Menos mal que no la terminaste en nuestros buenos tiempos, que, si no, habríamos tenido mucho peligro —dijo Macarena.

***

Lorena, Sofía, y Alicia eran amigas del barrio de toda la vida. Pero Macarena vivía en el barrio de al lado, en Corona Verde. Siempre había existido cierta rivalidad entre la gente del barrio de Corona Verde y Villafontana. Cuando tenían doce o trece años y pasaban por barrio enemigo, siempre había murmullos, risitas, e incluso a veces insultos.

Una mañana de diciembre en 2007, Sandra despertó a su hermana:

—¡Alicia, despierta! Ha estado toda la noche nevando y ha cuajado.

Era sábado y Alicia siempre acostumbraba a dormir hasta tarde, pero, cuando se asomó a la ventana y contempló toda la nieve que se había acumulado, se vistió y bajó corriendo a la calle en busca de Lorena y Sofía. Llamó a los telefonillos, solo contestó Lorena, en casa de Sofía no había nadie. Enseguida se organizó una guerra de bolas de

nieve en todo el barrio. Lorena y Alicia corrían de un lado para otro tirando bolas a todos los vecinos que salían de los portales. Sin darse cuenta, le metieron un bolazo a Vicente, el Loco, en toda la calva. Este, enfurecido, salió detrás de ellas con una enorme bola en su mano derecha mientras gritaba:

—¡No os escapáis ni con alas!

Pero sí escaparon, debido a su juventud, eran mucho más rápidas. Todos los niños del barrio estaban en la calle lanzando bolas de un lado para otro. En mitad de la contienda, apareció Sofía, que venía con su madre de la compra.

—¡Hola! ¿Sabéis? Los tontos de Corona Verde también se están lanzando bolazos de nieve. Podíamos ir para allá y darles una paliza, ¿no? —dijo Sofía con una sonrisa maliciosa.

Corrieron la voz a los chavales del barrio y enseguida reclutaron un ejército que avanzaba raudo hacia Corona Verde, armados hasta los dientes. Cuando estos los vieron llegar, tomaron posiciones y comenzó un despiadado tiroteo de bolas de nieve.

Al cabo de un rato, aquello era un caos. Ya no se sabía a quién había que disparar y a quién no. Entre la cantidad de ropa que llevaban y el manto de nieve que los cubría, no se reconocía a nadie. Alicia había perdido de vista a Sofía y a Lorena. Mientras intentaba localizarlas, divisó a un pequeño grupo de chavales que había cambiado el objetivo de sus bolazos. Se habían apostado detrás de los bancos del parque y estaban tirando a los coches que pasaban por la avenida. A Alicia le pareció lo suficientemente gamberro y divertido como para unirse, aunque fueran del barrio rival. Entre ellos, había una niña que le llamó la atención. Estaba sola amasando una gran bola de nieve en el césped del parque. Alicia se acercó a ella.

—¡Hola! ¿Qué piensas hacer con ese pedazo de bola? —preguntó.

—En cuanto la tenga lista, tirársela al autobús, que tiene que estar a punto de pasar —dijo la niña sin levantar la vista de su tarea.

Alicia sopesó la idea unos segundos.

—¿Te ayudo? —dijo finalmente—. Tú sola no vas a poder con ella.

Juntas amasaron la madre de todas las bolas. Se la llevaron rodando hasta la acera y esperaron. Pasados menos de tres minutos, el autobús de la línea 523 que realiza la ruta de Móstoles a Príncipe Pío asomó por el horizonte. A duras penas, levantaron la bola entre las dos y se prepararon para el lanzamiento. El conductor del autobús, intuyendo la intención de las niñas, comenzó a gesticular moviendo los brazos y la cabeza en señal de negación. Pero fue en vano. Cuando estuvo a su altura, la gran bola sobrevoló el espacio que separaba el autobús de la acera e impactó directamente contra el retrovisor, arrancándolo de cuajo.

El conductor frenó en seco. El espejo había quedado en mitad de la

calzada y no podía continuar. Se bajó corriendo del autobús a retirarlo mientras lanzaba insultos a las niñas, que se alejaban rápidamente con una amplia sonrisa en la boca. De repente, un coche de la Policía nacional con dos agentes a bordo se detuvo cortándoles el paso. El agente que conducía se bajó e hizo un gesto con la mano al conductor del autobús indicándole que ya se ocupaba él del asunto. Agarró a las niñas del brazo y las introdujo en los asientos traseros del coche policial.

—¡Joder, Macarena! ¿Qué se supone que estabas haciendo? —preguntó el agente—. En cuanto he escuchado por la emisora que había un grupo de niños tirando bolas de nieve a los coches que pasaban por el barrio de Corona Verde, no sé por qué, pero sabía que tú no andabas muy lejos. ¿No sabéis que eso es muy peligroso? ¿Que podíais haber provocado un accidente? —preguntó dirigiéndose esta vez a las dos niñas.

—Ya, papá, pero solo es nieve y pensábamos… —dijo Macarena titubeando.

—Claro, solo nieve. Pero ¿no habéis visto que le habéis roto el retrovisor al autobús? Por cierto, ¿tú cómo te llamas? ¿Dónde vives? —preguntó el padre de Macarena a Alicia.

—Yo Alicia. Vivo en Villafontana —contestó con cara de circunstancias.

—Pues te llevaremos a casa para contarles a tus padres lo que habéis hecho, a ver qué les parece.

El inspector les contó a los padres de Alicia lo sucedido.

—Muchas gracias, inspector Rubio, no se preocupe, que no volverá a suceder —dijo Roberto despidiéndose del agente en el rellano de casa.

Roberto y Mercedes le echaron una buena bronca a Alicia por lo que había hecho y por el susto que les había dado al aparecer en casa con la policía. Sin embargo, a Alicia no le importó lo más mínimo. Aunque sabía que era peligroso despistar a los conductores, se lo había pasado de muerte. Y, además, a pesar de que ella en ese momento no lo supiera, había conocido a la que iba a ser su mejor amiga en el futuro.

***

Con anterioridad a la desaparición de Sergio y Noelia, el inspector jefe Rubio tenía un dispositivo de búsqueda activo en la zona. Buscaban a una niña de trece años que había desaparecido dos semanas antes. Las tareas comenzaron demasiado tarde, a juicio del inspector, y por eso tenía pocas esperanzas de encontrarla con vida. Cinco meses antes había desaparecido un hombre de treinta y dos años también a pocos kilómetros del área de descanso. De este caso no se encargó la unidad de Lorenzo, fue a raíz del segundo, de la niña de

trece años, cuando las unidades de la Guardia Civil pensaron que debían recurrir a uno de los mejores inspectores del departamento de homicidios y personas desaparecidas: el inspector jefe Lorenzo Rubio.

Lorenzo tenía un currículo impecable. Entró en la unidad a los veintisiete años. En esa época el comisario al mando era Rodolfo Ramírez, un hombre tosco y en muchas ocasiones torpe en sus investigaciones. Había llegado a comisario gracias a ciertas amistades y algún que otro chanchullo dentro del cuerpo. No era trigo limpio, pero sabía rodearse de gente que le hacía el trabajo sucio. Después, él se encargaba de colgarse las medallas cuando los casos se resolvían con éxito. En eso sí era un experto.

Lorenzo se convirtió en poco tiempo en uno de sus mejores agentes. Tenía intuición, era inteligente, sabía optimizar las ideas para quedarse solo con lo realmente relevante. Eso era muy importante en los primeros minutos de la escena de un crimen: encontrar lo que podía ser la clave del caso, la pista, el hilo del que tirar.

Pero su disciplina y férreo cumplimiento de los protocolos no era visto con buenos ojos por el viejo comisario, que, obviamente, era más partidario de métodos, digamos, de la vieja escuela. Tampoco por su sucesor, el comisario Beltrán, colocado a dedo por Ramírez, con el cual Lorenzo mantuvo una tortuosa relación durante toda su carrera policial, llegando incluso a amenazarle en multitud de ocasiones con detallar algún informe sobre los capítulos más oscuros del comisario y entregárselo a los de asuntos internos. Lorenzo nunca cumplió su amenaza, hecho del cual se arrepentiría más adelante.

A la edad de cincuenta y ocho años, Lorenzo contaba con más de cincuenta casos resueltos: asesinos encarcelados, secuestradores detenidos antes de matar a sus víctimas, cuerpos encontrados en parajes remotos… La brillantez en muchas de sus intervenciones le había hecho ganarse una reputación. Había salvado la vida de muchas personas, y ese era el motivo que le había impulsado a permanecer tantos años en el cruel mundo del crimen.

Cuando recibió la llamada de los dos agentes que atendieron a los padres de Sergio y Noelia, efectuó un cambio de sentido tan brusco que hizo derrapar el coche policial. Encendió la sirena y pisó a fondo hacia el área de descanso. A diferencia del caso de la niña de trece años, en esta ocasión contaba con el beneficio de una respuesta rápida, debido al operativo de búsqueda activo en la zona. Lorenzo comenzó a dar instrucciones mientras conducía a toda velocidad por la M-40 en dirección a la nacional A-3. Esta vez tenía esperanzas; si daban con el supuesto secuestrador en un corto intervalo de tiempo, quizás Rebeca, que así se llamaba la niña de trece años, seguiría con vida junto a los hermanos Sergio y Noelia.

A la Brigada de Homicidios y Desaparecidos, se unieron los equipos

del servicio cinológico de la Guardia Civil, agentes del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas, miembros de la Unidad de Policía Científica y la Unidad Canina de la Policía Nacional. En menos de dos horas desde el aviso de la desaparición, había más de doscientas personas, entre profesionales y voluntarios, que acudieron a la llamada efectuada por radio y televisión. Sobre todo de Villarejo de Salvanés, la localidad más cercana. Bajo la supervisión del inspector jefe Rubio, se realizó un exhaustivo reconocimiento del terreno mediante georradar, drones y helicópteros. Si los niños se encontraban en un radio de diez kilómetros a la redonda, los encontrarían. Las tres primeras horas eran fundamentales. Lorenzo estaba dedicado al caso en cuerpo y alma. No podía fallar. Había resuelto casos hacía veinte años con la mitad de medios de los que disponía actualmente. Pero un mal presentimiento empezó a crecer en su interior a medida que pasaban las horas. Se puso en contacto con los padres para informarles de la situación.

—Buenas tardes, ¿hablo con el señor Rafael Maldonado?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

La voz era tenue, como la de un hombre cansado.

—Soy el inspector jefe Lorenzo Rubio, de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos. Estoy al mando del operativo que está realizando la búsqueda de sus hijos, Sergio y Noelia.

—¡Dígame que los han encontrado! Por favor, dígame que están bien.

La voz ahora tornó la de un hombre absolutamente desesperado.

La primera patrulla que llegó al lugar de los hechos llamó a una ambulancia en cuanto se percató del estado de nervios en el que se encontraban los padres. Recibieron órdenes del inspector jefe Rubio de que los llevaran al hospital para suministrarles algún tranquilizante. Después los llevarían a casa y les acercarían su vehículo hasta allí.

En el hospital, ya aplacados un poco sus nervios debido al efecto de los tranquilizantes, les tomaron la primera declaración oficial. Estaban confusos, aturdidos. Solo sabían repetir el nombre de los niños y sus caras tenían un gesto de total angustia.

Al agente le costó mucho convencerlos de que debían llevarlos a casa. Allí serían de mucha utilidad llegado el caso de que la policía necesitara documentación o efectos personales de los niños. Además, regresando a la zona, solo conseguirían entorpecer el trabajo de la policía. Finalmente, accedieron.

Lorenzo se puso la mano que le quedaba libre en la frente y contestó al padre de los niños:

—Lo siento, Rafael, de momento no tenemos novedad alguna. Estamos haciendo todo lo posible por encontrar a sus hijos, se lo

prometo. Intenten descansar y no dejen que el pánico se apodere de ustedes. Sé que es muy difícil, pero deben ser fuertes. Si no, no serán de ayuda y, créame, los necesitamos lo más enteros posible.

—No se hace una idea de por lo que estamos pasando, inspector, estamos destrozados. Mi mujer, Cintia, lleva encerrada en el baño más de dos horas. La oigo llorar sin parar y no sé qué hacer. ¿Qué ha podido pasar? ¿De verdad no saben nada?

—Lo siento mucho. En cuanto sepamos algo, serán los primeros en saberlo. Tienen mi palabra. He requerido la atención del doctor Sánchez. Se dirige hacia su domicilio en estos momentos, es uno de los mejores psicólogos del cuerpo, tiene mucha experiencia y es un gran profesional. Por favor, recíbanlo, los ayudará.

Lorenzo apretó el teléfono móvil con fuerza. Se cercioró de que había colgado y maldijo unas cuantas veces al aire. Ahora estaba cabreado, muy cabreado. Las esperanzas que tenía al principio se habían desvanecido. Pensaba que el supuesto secuestrador había cometido un error al actuar en la misma zona dos veces tan seguidas y que sería relativamente fácil cazarlo. Pero después de cinco horas de intensa búsqueda empezó a pensar que se le agotaba el tiempo de rápida respuesta.

Ya eran las once de la noche. La oscuridad dificultaba bastante las tareas. Muchos de los voluntarios marcharon a sus casas con la promesa de seguir al día siguiente. Tratándose de la primera noche, el dispositivo profesional no descansaría. Lorenzo se unió a ellos en los trabajos de campo. Seguía de muy mal humor. Activó todos sus sentidos, su intuición, inteligencia y ese don innato que poseía para encontrar alguna pista que le revelara el paradero de aquellos niños.

Era prácticamente imposible que se los hubieran llevado de allí, debido a que la primera patrulla de apoyo cerró todos los accesos y posibles salidas en un radio de veinte kilómetros a la redonda.

No había cámaras de vigilancia en aquella vieja área de descanso, pero los padres habían dicho en su declaración que no había entrado ni salido ningún coche en el tiempo en el que estuvieron allí estacionados. Estaban solos en el área, no había nadie más. Si alguien se los había llevado, debía tener un escondite cerca, muy cerca.

El plano de la zona marcaba varios pozos de riego y de abastecimiento de agua para las naves industriales del polígono aledaño. La unidad subacuática ya se había sumergido en varios de ellos durante el día. Volverían al día siguiente en cuanto saliera el sol. Lorenzo pasaría la noche con las unidades de búsqueda caninas y con sus mejores agentes de la Brigada de Homicidios y Desaparecidos.

La noche resultó larga e infructuosa.

A la mañana siguiente ampliaron la zona de búsqueda, de diez a veinte kilómetros a la redonda. Decenas de voluntarios y el relevo de

las unidades caninas hicieron nuevas batidas por las zonas ampliadas. La unidad subacuática exploraba las distintas cuevas y recovecos que pudieran haber pasado por alto la tarde anterior.

Lorenzo, acompañado de cinco de sus mejores agentes, volvió al punto de partida. Aparcaron un coche policial exactamente en el mismo sitio donde se encontraba el coche de Rafael y Cintia en el momento de la desaparición. Se colocaron en el columpio del parque infantil donde, supuestamente (no estaban seguros del todo, puesto que los padres no llegaron a ver a los niños en el parque, tan solo el columpio en movimiento), jugaban los niños en ese momento y comenzaron a observar los alrededores en busca de algún detalle que hubieran obviado.

Toda el área de descanso estaba separada de las naves industriales por una valla metálica que se hallaba en perfecto estado. Tan solo encontraron un pequeño roto en una de sus uniones, desde la mitad hasta el suelo. No era mucho, pero quizá lo suficiente para que lo atravesaran dos niños de ocho y diez años.

Lorenzo avisó a los dos agentes de la científica que seguían cogiendo muestras en la zona. Les dio instrucciones para que buscaran huellas o restos de ADN en el tramo de valla que estaba roto. Era el mes de julio, por lo tanto, hacía calor y el terreno estaba demasiado seco, lo que dificultaba la búsqueda de huellas.

Lorenzo se arrastró por debajo de la valla metálica. Quería reproducir un posible recorrido trazado por los niños. Se encaminó hacia las naves industriales seguido por dos agentes de su equipo. El resto se quedaron en las inmediaciones de la valla buscando alguna pista.

Era la una de la tarde, habían pasado veintiuna horas desde la llamada de los padres a la policía. Mientras Lorenzo observaba los alrededores de las naves, los agentes uniformados interrogaban a los trabajadores que salían de ellas. Hablaron con los dueños, encargados, personal de seguridad, personal de limpieza… Nadie había visto ni oído nada. En algunas de las naves, los dueños les dejaron pasar a echar una ojeada. Lorenzo penetró en el interior de algunas de ellas en compañía de la unidad canina para la realización de un registro exhaustivo. En otras, en cambio, no les permitieron el paso, bien porque no estaba el dueño y el encargado no se atrevía a dejar pasar a la policía sin permiso de su jefe, o bien porque directamente era el dueño el que se negaba acogiéndose a su derecho de exigir una orden judicial.

Las naves eran enormes. Para inspeccionarlas a fondo se necesitarían muchos efectivos y miles de permisos que ningún juez concedería sin indicio alguno. No tenían pruebas ni pistas ni nada. Lorenzo estaba abatido. Necesitaba dormir; cuando duermes el

cerebro ordena y procesa todo lo acaecido el día anterior, y eso es justo lo que necesitaba el inspector en este momento.

Había dejado el coche fuera del área de descanso, al otro lado de la carretera. Mientras caminaba hacia él, pensaba en la hipótesis de que el supuesto secuestrador o secuestradores se llevaran a los niños a pie, aprovechando el descuido de los padres, y que enseguida los introdujeran en un vehículo que estuviera cerca. Claro, cerca, pero lo suficientemente lejos como para que nadie lo viera. Exactamente donde estaba su coche en esos momentos.

En principio era solo una idea de tantas que se le habían pasado por la cabeza. Metió la llave en el contacto y miró a su alrededor. ¿Cuál sería la vía de escape más rápida? Sin duda, una pequeña senda que se encontraba a la derecha y en cuyo principio se podía leer un cartel que decía: «Huertas de Villarejo 16 km».

No estaba fuera del perímetro de búsqueda de veinte kilómetros a la redonda, pero los efectivos y voluntarios a pie no llegaron hasta tan lejos. Tan solo el helicóptero y quizá algún dron.

Decidió ponerse en marcha y dirigirse hasta allí para echar una ojeada antes de irse a casa a descansar un par de horas.

El camino no estaba asfaltado y, debido a la corta velocidad, se le hizo eterno. Observaba los alrededores escudriñando cualquier detalle que le pareciese sospechoso. Llegó incluso a bajarse del coche en un par de ocasiones, pero no encontró nada relevante.

En el horizonte divisó unas cuantas casas bajas y, detrás de ellas, como unos diez chalés unifamiliares. Debía estar llegando a Huertas de Villarejo. Tanto las casitas bajas como los chalés parecían haberlos construido los mismos vecinos. Carecían de una estructura uniforme; era evidente que se habían levantado con materiales reciclados y por manos inexpertas. Lorenzo encontró el lugar, cuando menos, tenebroso. Se bajó del coche y continuó a pie adentrándose en la urbanización. Sacó el teléfono móvil y envió la ubicación a los agentes de campo para que pudieran encontrarle si le pasaba algo. Pero comprobó que no había cobertura.

No parecía haber nadie en las casas. Lorenzo se acercó sigilosamente. Había un camino ancho a modo de avenida principal del cual salían tres pequeñas calles que se perdían al fondo. Pudo divisar una furgoneta verde aparcada junto a uno de esos caminos. Se acercó lo suficiente para apuntar la matrícula en el móvil. Tan solo había un par de coches más aparcados fuera de los chalés. Lorenzo apuntó las matrículas, modelos y marcas. Se encaramó a una de las rejas del chalé que tenía más cerca. Había un silencio sepulcral. Lo único que pudo ver fue un jardín abandonado con unas cuantas bolsas de basura llenas.

Continuó merodeando entre los chalés con la esperanza de

encontrar algo sospechoso. Buscaba un golpe de suerte, una chispa que iluminara de repente el camino, algo que desembocara en una pista.

Normalmente, a estas alturas de cualquier investigación sobre la desaparición de un menor, se cambiaba la estrategia. En el 80 % de los casos de este tipo, es una persona del entorno familiar la culpable de la desaparición. Era lo habitual cuando el menor desaparecía en su rutina diaria o en actividades que practicaba regularmente. Este no era el caso. La familia venía de pasar unos días en las playas de Valencia y se detuvieron fortuitamente en el área de descanso km 27. Nadie podía prever que fueran a realizar dicha parada. Tuvo que ser un secuestro improvisado, aleatorio, o quizá no. ¿Quizá fue algo premeditado y les venían siguiendo? Pero ¿con qué intención?

Cuando comienza una investigación, no se descarta ninguna hipótesis. En esta ocasión tampoco se hizo. En cuanto se dieron las circunstancias apropiadas, se interrogó a Rafael y a Cintia por separado. Las declaraciones coincidían. No hubo nada que hiciera pensar a los investigadores que los padres de Sergio y Noelia estuvieran mintiendo. Analizaron con detenimiento la grabación de la llamada que realizaron a la policía el día de la desaparición. Todo estaba dentro de lo normal. Eran un verdadero ejemplo de padres desesperados tras perder a sus hijos. Sin ninguna duda.

También se investigó a sus conocidos, amigos, posibles enemigos, secretos, deudas y posibles móviles que hubieran provocado el secuestro de los niños. No encontraron nada relevante. La típica familia ejemplar con una vida ejemplar.

Descartada la hipótesis familiar, el abanico se abría tan extenso como desesperante para el inspector. De repente, mientras divagaba sobre posibles causas, escuchó el disparo de un arma de fuego a escasos metros de su posición. Inmediatamente se tiró al suelo y sacó su pistola. Movió la cabeza de lado a lado repetidas veces intentando adivinar de dónde provenía. Se hizo de nuevo el silencio durante unos angustiosos segundos. Ahora Lorenzo sabía que le estaban observando y que su presencia allí no era bien recibida. Sonaron dos portazos y seguidamente la furgoneta verde arrancó derrapando hacia la avenida principal, hizo un cambio de sentido y salió a toda velocidad de la urbanización.

El coche del inspector estaba más lejos de lo que le hubiese gustado. Cuando llegó hasta él, la furgoneta había salido de su campo de visión. Propinó un fuerte puñetazo en el capó y se quedó pensativo unos segundos. Sacó el teléfono móvil. «A tomar por culo el descanso», pensó. Ya no iría a casa a dormir un rato, tenía que localizar la furgoneta antes de que saliese de un radio de veinte kilómetros; si no, lo más probable es que consiguiese escapar.

Seguía sin cobertura, no había conseguido enviar la ubicación. Encendió la radio del coche y explicó a la central lo sucedido. Proporcionó los datos de la furgoneta y abandonó rápidamente la urbanización hacia el área de descanso, donde los investigadores seguían con las tareas de búsqueda.

Al llegar allí le comunicaron que una patrulla había visto pasar la furgoneta y que ya estaban tras ella. En breve la alcanzarían.

Para que no transcendieran sus intenciones ni los últimos acontecimientos, decidió enviar un comunicado falso a la prensa. Esto era una práctica habitual. La intención era poner sobre aviso a los supuestos secuestradores o personas implicadas para que cometieran un error, se entregaran o soltaran a sus víctimas al creerse rodeados por la policía.

Dicho comunicado decía lo siguiente: «Revisadas las cámaras de vigilancia ubicadas en las inmediaciones del área de descanso del km 27, en la hora exacta de la desaparición de los niños Sergio y Noelia, se ha descubierto que una furgoneta se detuvo unos segundos para después salir a gran velocidad. No han podido concretar todavía la dirección exacta hacia la que se dirigió, pero barajan dos posibles opciones: la zona de Huertas de Villarejo, una urbanización a unos dieciséis kilómetros, o el polígono industrial que se halla detrás del área de descanso. La policía ha conseguido identificar al dueño del vehículo y en estos momentos se está investigando el paradero para determinar su posible implicación en las desapariciones».

El inspector pretendía dar una patada al avispero, remover el polvo, provocar alguna reacción antes de llegar a un punto muerto de la investigación.

Reunió a todo el operativo profesional a última hora de la tarde. Ordenó a todos los voluntarios que se marcharan a casa a descansar. Quería despejar la zona para dejar vía libre a algún posible movimiento. Transmitió las pautas a seguir para esa segunda noche de búsqueda. El plan era dividir a los investigadores en dos equipos. Un equipo vigilaría el polígono industrial, y el otro, la urbanización. Cualquier actitud sospechosa o movimiento fuera de lo normal sería investigado de inmediato.

Lorenzo se unió al equipo de la urbanización. Acercaron el coche hasta un punto alto, desde donde podrían observar sin ser vistos. Recibieron una llamada de la central que les informaba que habían detenido a los ocupantes de la furgoneta verde en la localidad de Rivas-Vaciamadrid. Se trataba de dos hombres: Javier Pérez Urbieta, de treinta y ocho años, y Antonio López Antúnez, de cuarenta. Los dos eran viejos conocidos de la policía. Contaban con multitud de antecedentes penales por tenencia ilícita de armas, robo con intimidación, tráfico de drogas, extorsión… No les faltaba detalle.

El inspector solicitó permiso al comisario Beltrán para entrar en el chalé donde esa misma mañana había visto aparcada la furgoneta verde. Debido a la gravedad del caso, el comisario no se pudo negar.

—Ya lo arreglaré con el fiscal —le dijo a Lorenzo.

Los niños eran víctimas de alto riesgo y había que actuar al menor indicio.

Los agentes rodearon la casa. No se escuchaba ningún movimiento en el interior. Rompieron el candado que sujetaba la cadena de la reja exterior. Tres agentes, entre los cuales se encontraba Lorenzo, se introdujeron en el jardín de la parte delantera mientras otros tres se quedaron fuera cubriendo el perímetro. Encendieron las linternas y empuñaron el arma. Con una barra de uña, apalancaron la puerta principal hasta que consiguieron romper el bombín y acceder a una especie de salón. El mobiliario estaba muy deteriorado, ciertamente parecía una casa abandonada. Se fueron adentrando poco a poco, revisando minuciosamente cada estancia. Buscaban cuartos cerrados o alguna especie de zulo donde pudieran tener retenidos a los niños. Al final de la planta baja, había una puerta cerrada con un candado aún más grande que el de la reja exterior. Los agentes obedecieron la señal del inspector y se quedaron inmóviles durante unos segundos. Lorenzo creía haber escuchado algo. Lentamente se acercaron a la puerta y con la máxima discreción posible partieron el candado con la cizalla. Unas escaleras de madera descendían a lo que parecía un sótano. Estaba muy oscuro y tuvieron que bajar más de veinte escalones con mucho cuidado de no tropezarse. Estaban en muy mal estado y crujían a cada paso. Al llegar abajo se encontraron en una sala diáfana con varias mesas de gran tamaño y, sobre ellas, lo que parecían instrumentos de química: un pequeño horno, probetas, serpentines… Después de inspeccionar a fondo aquel sótano, los agentes no tenían ninguna duda: se trataba de un laboratorio donde cocinaban metanfetamina.

Llegaron a la conclusión de que los delincuentes de la furgoneta verde escaparon porque pensaban que la policía había encontrado su laboratorio. No sabían nada de los niños desaparecidos ni parecían tener implicación alguna. Tenían una coartada sólida para el día de la desaparición y pudieron demostrarla con testigos.

A medida que pasaban los días, los voluntarios fueron descendiendo en número y perdiendo la esperanza.

Habían pasado diecinueve días desde la desaparición de los pequeños Sergio y Noelia. Lorenzo mantenía el contacto con sus padres de manera muy frecuente. Hablaban a diario. Pero siempre terminaba repitiendo las mismas palabras de ánimo, palabras que, evidentemente, ya no se creía ni él.

En la mañana del día veinte, el inspector recibió la llamada que lamentablemente llevaba esperando desde hacía unos días. El

comisario Beltrán le transmitía las órdenes recibidas del fiscal jefe.

—Lorenzo, ya sabes cómo funciona esto, nadie mejor que tú lo sabe, así que no me toques los cojones y obedece las órdenes —escupió el comisario.

Lorenzo lo sabía perfectamente, pero no estaba acostumbrado. Habían sido muy pocas las investigaciones bajo su mando que acababan en un archivo cerrado por falta de pruebas.

Aproximadamente dos meses después, el juez primero sobreseyó y después archivó el caso.

Archivar un caso impide que los investigadores puedan seguir realizando diligencias. Los casos archivados son condenados al olvido y eso obliga a los familiares a vivir en la angustia, porque reabrirlos es sumamente complicado.

Pero el inspector nunca dejó de investigar el caso, no podía explicarse qué había fallado. *A priori* todo estaba a su favor cuando recibió la llamada. Contó con el beneficio de reunir los requisitos para aplicar el sistema de alerta temprana por la desaparición de menores (SADAR) Y montar un operativo de búsqueda en un tiempo récord. Pero no obtuvo ningún resultado. Ciertamente, parecía que a los niños se los había tragado la tierra.

Lorenzo comenzó entonces a obsesionarse. Imprimió decenas de planos de la zona que estudiaba de manera minuciosa. A veces pasaba toda la noche revisando cada centímetro. Investigó a cientos de personas que en algún momento estuvieron implicadas en delitos similares intentando buscar alguna coincidencia. Tenía que haber algún fleco suelto, alguna pista que estrechara el círculo y provocara una búsqueda más concreta. No obstante, jamás encontró nada relevante.

Dos años después de que lo cesaran, el ya exinspector seguía acudiendo al área de descanso con regularidad. Ya habían pasado casi cuatro años de la desaparición de aquellos niños. Estaba seguro de que los había tocado con la punta de los dedos y que estuvieron muy cerca de allí, que jamás salieron del área de descanso. Pero ¿dónde?

Lorenzo se despertó una mañana. Cada cierto tiempo, Rafael y Cintia contactaban con él para interesarse por su estado de salud. Eran conscientes de que nunca había dejado de investigar y se sentían un poco responsables. El caso le había costado el puesto de trabajo y también se estaba llevando su salud por delante. Le decían que lo dejara, que ya había hecho bastante y que estaban eternamente agradecidos. Pero esa mañana fue el exinspector el que marcó el teléfono de Rafael.

—Buenos días, inspector. ¿Qué tal está? —preguntó Rafael algo extrañado por la llamada.

Lorenzo no se anduvo con rodeos.

—Me rindo, Rafael. Lo siento mucho, de verdad, pero no tengo fuerzas para seguir.

—Le comprendo, inspector, no se preocupe, ha hecho usted mucho, más de lo que le podremos agradecer jamás. Ahora descanse, se lo merece.

Se sentía avergonzado. Había fallado. Supo en ese momento que estaba acabado, no antes, no el día de su cese. Fue en el instante en que pronunció aquellas fatídicas palabras cuando se dio cuenta de que su carrera como policía había terminado para siempre: «Me rindo».

CAPÍTULO 4. La clínica

Sandra llegó a la clínica veinte minutos antes de las nueve de la mañana del lunes 1 de julio, día en el que comenzaba las prácticas. No había conseguido dormir prácticamente nada en toda la noche. Tardó unos escasos quince minutos en recorrer la distancia que separaba su casa del centro veterinario Coímbra. Ya sabía lo que iba a tardar, en la semana previa había ensayado el trayecto un par de veces. También sabía que no cogería atasco, puesto que ella iba en sentido contrario de la mayoría. Normalmente a esas horas siempre se formaba caravana en la N-V, pero en sentido Madrid. Aparcó a escasos metros de la clínica, se aseguró de llevar todo lo necesario, cerró el coche y se plantó en la puerta metálica de la entrada.

Parque Coímbra es una zona residencial que, aunque pertenece al municipio de Móstoles, está situada a unos cinco kilómetros de su casco urbano. Está conformada en su mayor parte por chalés unifamiliares y amplias zonas verdes. La clínica veterinaria Coímbra estaba en una zona apartada de la urbanización. Más que una clínica, parecía una casa de construcción antigua, con una gran fachada blanca donde se podía leer un rótulo con el nombre y el teléfono de urgencias de la clínica. La casa-clínica se encontraba dentro de una gran parcela delimitada por un muro de ladrillo a media altura y una valla metálica cubierta casi en su totalidad por arbustos colocados estratégicamente para anular la visibilidad desde el exterior.

El río Guadarrama debía pasar muy cerca de la clínica. Sandra escuchaba el relajante sonido que hacía el agua al pasar por entre las rocas y los árboles. Era como un golpeteo acuoso y rítmico. Desde su posición no lo veía, pero la hilera de vegetación que suele estar en las orillas de los ríos delimitándolo se podía distinguir a unos metros de la parte trasera de la casa. Se asomó por una rendija de la puerta metálica exterior. Se sorprendió de lo bien cuidado que estaba el jardín de la parte delantera. Había un caminito de adoquines que se dirigía directamente a la puerta de la entrada principal. A ambos lados, unas vasijas de gran tamaño portaban en su interior flores de colores vivos. Sandra no entendía nada de plantas. Estaba intentando distinguir qué tipo de flores eran las que estaban en las vasijas cuando notó que alguien se acercaba a lo lejos. Era una mujer de figura esbelta y paso firme. Caminaba con seguridad haciendo sonar sus tacones contra la acera. Sandra no tardó en reconocerla, se trataba de Andrea. Un escalofrío recorrió su espalda. De repente se notó nerviosa. Intentó recomponerse lo más rápido posible y, mostrando una falsa serenidad, soltó un «buenos días, soy Sandra», que sonó entrecortado y

a más volumen del que le hubiese gustado.

Andrea ni siquiera la miró y se limitó a decir:

—La clínica está cerrada hasta las diez.

A lo que Sandra se apresuró a contestar:

—No, no, soy la chica nueva que viene a hacer las prácticas.

La doctora la miró de arriba abajo durante dos segundos.

—Quédate aquí hasta que llegue Laura, la chica de la recepción, ella te dirá lo que tienes que hacer —escupió Andrea de muy mala gana cerrando la puerta metálica tras de sí.

Sandra venía preparada para algo así por los comentarios que había leído sobre la doctora en los foros, pero eso no evitó que su orgullo se resintiera. «Ni siquiera me conoce y ya me mira por encima del hombro», pensó bastante enojada. No pasaron ni dos minutos cuando la voz de una mujer, que se le antojó alegre en exceso, la saludó desde un coche.

—¡Hola! ¿Eres Sandra? —preguntó con la cabeza fuera de la ventanilla.

—Sí, soy yo —contestó Sandra algo cabizbaja.

—¡Vaya!, veo que ya has conocido a la doctora Andrea. Yo soy Laura, la chica de recepción, me avisaron de la facultad que venías hoy. Voy a aparcar y empezamos, ¿vale? ¡Y alegra esa cara, que no es para tanto!

La jovialidad de Laura tranquilizó un poco Sandra. A los pocos minutos apareció a unos cincuenta metros caminando hacia la clínica. Era una mujer de talla grande, alta, con el pelo corto teñido color caoba; caminaba de forma enérgica y mostraba una sonrisa permanente en la cara.

Enseguida transmitió confianza y serenidad a Sandra. Le dijo que tenía cincuenta y dos años y una hija de su edad que había estudiado económicas.

Sandra sintió que Laura le ofrecía un trato casi maternal desde el principio. La cogió del brazo y juntas cruzaron la puerta principal de la clínica.

—Mira, Sandra, te cuento: te enseño la clínica primero y después hablamos de lo que vas a hacer en tu primer día, ¿OK? —Sandra asintió con la cabeza—. Bien —continuó Laura—, esto, como puedes ver, es la sala de espera y la recepción.

La puerta de entrada daba paso directamente a una amplia sala con unas diez sillas. A la derecha se encontraba una mesa de cristalera con un muestrario de productos para animales que hacía de mostrador, donde trabajaba Laura. El ordenador se hallaba a la derecha de dicho mostrador, y, detrás de la silla de Laura, las paredes estaban llenas de estanterías con más productos relacionados con los animales, como collares, juguetes, piensos…

En la sala de espera había cuatro puertas. Tres de ellas estaban numeradas: consulta 1, 2 y 3.

La cuarta puerta tenía un cartel que ponía: «Servicios». Se trataba de dos cuartos de baño para los clientes y un cuarto para guardar los productos de limpieza.

Entraron por la puerta de la consulta número 1. Sandra enseguida se dio cuenta de que daba igual por dónde hubieran entrado, ya que las consultas se comunicaban entre sí a través de puertas correderas para facilitar el tránsito de los veterinarios por el interior de la clínica.

—¡Uy, perdón! —exclamó Laura—. Vamos por el otro lado, que aquí están las chicas de la limpieza fregando las consultas. Te enseño primero el laboratorio.

Salieron de la clínica por la puerta principal y rodearon la casa a través del jardín para acceder por la parte trasera. Antes de entrar por una pequeña puerta de cristal, Sandra observó algo que le llamó la atención. El terreno que había desde la fachada trasera hasta el muro de ladrillos y la valla de arbustos era muy amplio. Tan solo se distinguían un par de árboles que Sandra no supo clasificar y tres pinos. Alrededor de ellos, colocadas estratégicamente, se alzaban una veintena de pequeñas cruces. Sandra soltó el brazo de Laura para acercarse un poco más y confirmar sus sospechas:

—¿Un cementerio? ¿Son tumbas? —preguntó extrañada.

—¡Exacto! —exclamó Laura con gesto risueño—. Vamos a terminar la visita y luego te lo explico, ¿vale?

Sandra la miró y encogió los hombros. Entre los nervios del primer día y el desconcierto por el gélido primer cruce de palabras con Andrea, solo le faltaba descubrir que la clínica poseía un cementerio. Estaba alucinando. Laura guardó unas llaves en el bolsillo y empujó la puerta de cristal hacia adentro.

—Aquí tenemos la sala de hospitalización. Como ves, disponemos de diez jaulas para los posoperatorios o por si algún animal se tiene que quedar ingresado en observación. Cuando los animales se van recuperando, los sacamos a pasear entre las tumbas —dijo Laura haciendo gestos como si fuera un zombi—. También tenemos aquellas dos jaulas de contención para gatos agresivos. Algunos se despiertan de la anestesia de muy mal humor, ya sabes. Ahora mismo tenemos solo cinco perros ingresados, pero hemos tenido varias veces toda la sala llena. ¡Puf!, una locura, te puedes imaginar. —Sandra hacía gestos de entendimiento. Laura seguía explicando—: Aquí hay un cuarto de baño especial con una bañera grande para los animales que necesiten ser limpiados antes o después de una operación, y eso de ahí es la báscula. Por aquella puerta entramos al laboratorio, que está comunicado con el quirófano. ¿Vamos? —Sandra preguntó qué había detrás de una puerta que se encontraba al lado del baño—. ¡Ah, sí!

Ahí hay un par de arcones congeladores para los animales que fallecen y quedan a la espera de incineración.

En el laboratorio se encontraron con Andrea. Seria, concentrada en su trabajo, analizaba unas muestras en el microscopio. Varias mesas distribuidas en forma de ele contenían elementos como centrífugas para tubos de ensayo; estufas para incubar medios de cultivo; perchas para el suero; analizadores de sangre tanto bioquímica como hematología, electrolitos y factores de coagulación; rayos X; ecógrafo, y un sinfín de material para el estudio de muestras. Sandra estaba fascinada. Nunca había visto un laboratorio tan completo. Bueno, la verdad es que, a excepción del de la facultad, no había visto ningún laboratorio.

—¡Y todavía te queda por ver la joya de la corona! —exclamó Laura al percatarse de la cara de admiración de Sandra—. Te presento a nuestro señor quirófano.

Laura encendió las luces, incluida una gran lámpara cialítica central ubicada justo encima de la mesa de operaciones y comenzó con la explicación. Lo dijo todo seguido, de memoria, estaba claro que había repetido ese discurso unas cuantas veces.

—Consta de un módulo circular de ocho leds con un mango ergonómico central para posicionamiento horizontal o vertical, con un control integrado para la atenuación desde el 5 al 100 % de flujo luminoso emitido, así como una abertura circular superior para la iluminación ambiental durante la realización de endoscopias. Como puedes observar, las paredes y superficies internas de la sala son de color verde-azul claro, por ser el color complementario de la sangre, con lo cual se suprime el fenómeno de contraste sucesivo, lo cual permite descansar la visión de los cirujanos y sus asistentes cuando apartan la mirada de la zona de intervención quirúrgica. ¿Qué te parece? —preguntó finalmente Laura.

Sandra observaba ojiplática. Rodeaba la estancia con la mirada buscando aparatos y utensilios reconocibles para ella. Había un carrito de ruedas con cuantioso y diverso material quirúrgico, una máquina para anestesia inhalatoria, un monitor multiparamétrico, un limpiador dental, una sierra oscilante, un taladro, placas, material de microcirugía, gafas lupa, peladoras eléctricas con cuchilla corta para rasurado quirúrgico…

—Bueno, di algo —insistió Laura zarandeando suavemente a Sandra.

—Sí, sí, es que es alucinante. Impresiona un poco así de primeras. Espero algún día saber usar todo esto —murmuró un poco abrumada.

—No te preocupes, mujer. Todo a su debido tiempo, te enseño el *office* y tomamos un café, que seguro que ya están por allí las chicas, así te las presento.

Cruzaron un pequeño pasillo donde confluían las puertas de quirófano, sala de hospitalización, las tres consultas y, finalmente, al fondo, el *office*. Se trataba de una pequeña sala con dos mesas, sillas, una encimera donde se encontraba el microondas junto a un fregadero y tres máquinas de *vending* con productos variados. En una de las mesas había tres chicas manteniendo una conversación animada, a la que no le faltaban exclamaciones y alguna que otra carcajada.

—Buenaaaas, atendedme un momento, chicas, que os quiero presentar a la nueva alumna en prácticas. Se llama Sandra —dijo Laura.

—¡Hola! —Dijeron las chicas casi al unísono.

Escrutaron a Sandra de arriba abajo durante unos incómodos segundos y siguieron con la conversación como si nada. Sandra cada vez se sentía más desubicada. Era una experiencia que ya había vivido en otras ocasiones: ser la nueva y enfrentarse a un primer día. Pero a eso nunca se acostumbra uno. Ella también hizo un rápido análisis de las tres chicas que tenía delante. Intentaba sacar unas primeras conclusiones basándose en su aspecto, gestos, la forma en que la miraba cada una, posición de las manos… Ninguna le pareció mucho más mayor que ella y tan solo la que dijo llamarse Yolanda le causó buenas vibraciones.

—Vamos a la recepción, que quedan diez minutos para abrir la clínica, y te explico cómo va a ser tu primer día —dijo Laura cogiéndola de nuevo del brazo.

Cruzaron a través de las consultas, que ya estaban listas para recibir pacientes. Eran salas de pocas dimensiones, equipadas con una mesa metálica en el centro, una luz portátil para observaciones, un armario acristalado que contenía medicamentos, jeringuillas, bozales de varios tamaños, fonendoscopios, termómetros, un lector de microchips, una lámpara de Wood, y todo lo necesario para atender cualquier consulta del día a día. Debajo del armario había una encimera con un pequeño fregadero para limpieza de instrumentación y, a su derecha, un ordenador portátil con conexión a Internet.

Sandra lo observaba todo con cierto asombro mientras Laura la guiaba hacia la recepción.

—¿Solo hay tres veterinarias, aparte de Andrea? —preguntó.

—No, bueno, te falta por conocer a Marcos, que es nuestro experto en patología clínica de animales exóticos y salvajes. La clínica ofrece un servicio a domicilio para este tipo de animales debido a la dificultad que entraña trasladarlos hasta aquí. Marcos, normalmente, realiza estas consultas a primera hora, por si hay alguna complicación y se tiene que traer algún paciente a la clínica. Si no es así, cuando termina las visitas, se viene y ayuda en las consultas. Hace tan solo dos meses eran siete veterinarios, pero dos de ellas, Patricia y Mariola,

se fueron a otra clínica, y un chico llamado Fernando discutió con Andrea y esta le echó. Ninguna de las tres chicas que te he presentado fueron chicas en prácticas aquí. Vienen recomendadas de otras clínicas. Andrea es muy exigente y es difícil encontrar profesionales que se adapten a su forma de trabajar y a su carácter. —Esto último lo dijo lanzando una mirada de complicidad a Sandra—. Pero no te preocupes, he visto pasar por aquí a muchos veterinarios y he desarrollado cierta habilidad adivinando las aptitudes a simple vista y, si no me equivoco, tú pareces una chica inteligente y psicológicamente fuerte. Si además eres lista, en el sentido menos coloquial de la palabra, no te irá mal.

—¡Buf! Gracias. Espero tener todas esas cualidades que dices, pero ahora, por lo pronto, me tiembla el pulso —dijo Sandra estirando la mano.

—¡Ja, ja! Ven aquí. —Laura abrazó a Sandra fuertemente, acto seguido la separó para mirarla a la cara unos segundos y exclamó—: ¡Me caes bien! Ponte esa bata y coge un cuaderno y un bolígrafo de ese cajón.

—Yo me he traído bata y cuaderno, lo tengo en mi bolsa.

—No, no —le interrumpió Laura—. Andrea quiere que todos vayamos uniformados con las batas de la clínica y los cuadernos de apuntes con el logo.

Sandra se puso una bata que Laura había sacado previamente del armario de la parte trasera de la recepción. En la esquina superior derecha tenía bordado el logo de la clínica Coímbra con unos adornos que parecían la figura de dos árboles cruzados en color verde.

Laura levantó la vista hacia el reloj de pared que había en la sala de espera.

—¡Anda!, si ya son las diez. Abro la puerta y te pongo al día de todo para que sepas dónde te has metido —exclamó con una sonrisa forzada.

Ya había gente esperando en el caminito de adoquines previo a la puerta principal. Según iban entrando, se colocaban en un extremo u otro de la sala. Los que venían a consulta al fondo, y los que venían a vacunas o extracciones de sangre cerca de la recepción. Sandra observaba cómo Laura los iba distribuyendo mientras sonreía y acariciaba a los perros. Cuando terminó de colocarlos, volvió a la recepción y levantó el teléfono que comunicaba con las consultas.

—¿Pueden ir pasando?

Beatriz, que fue la que cogió el teléfono, le dijo que sí, que fueran pasando.

—Id pasando en orden, por favor. Muchas gracias —dijo Laura en voz alta—. Sandra, coge esa banqueta y siéntate aquí, que te explico cómo funciona el programa que tenemos para organizar las citas, los

pedidos, el cobro de las consultas, precios y demás.

Entre explicaciones, recepción de pacientes y llamadas, Laura iba poniendo a Sandra en antecedentes.

—Aunque has visto esta mañana a las tres muy risueñas, no te fíes, entre ellas se despellejan. La morena con gafas es Yolanda, la más, digamos, normalita. Es aplicada. Se incorporó a la clínica hace unos seis años, estuvo en el centro de rescate de animales petroleados O Campiño casi un año tras el vertido del petrolero Prestige. Tiene un máster en cirugía de animales. Suele ser la mano derecha de Andrea en las operaciones quirúrgicas desde hace un año aproximadamente. La que estaba a su lado se llama Beatriz, y la rubia coqueta es Verónica. Estas llegaron juntas de una clínica de Madrid centro. Son las que se encargan habitualmente de atender las consultas, y lo hacen muy bien. La verdad es que son muy buenas en su trabajo. Beatriz es un poco introvertida y tímida al principio, pero que no te engañe, porque las mata callando. En cambio, Verónica es todo lo contrario, las mata directamente. Si te tiene que decir algo, te lo dice. A veces resulta demasiado borde con algún cliente y Andrea le tiene que llamar la atención. Pero en el fondo a Andrea no le disgusta la gente con carácter y…

Andrea irrumpió en la recepción.

—¿Hablabais de mí? —preguntó con tono autoritario. Antes de que pudieran contestar se dirigió a Sandra en el mismo tono de autoridad —. ¿Me dijiste que te llamabas…?

—Sandra.

—¡Eso! Sandra. Pues escúchame bien, Sandra, porque solo te lo diré una vez: vas a pasar a consulta. Te quedarás en un rinconcito de la sala donde no entorpezcas el trabajo de los veterinarios. Tu único cometido será oír, ver y sobre todo callar. Este último punto lo recalco, callar. No quiero opiniones personales que contradigan el diagnóstico de los veterinarios en presencia de los clientes. Si tienes algo que decir, será en privado. Tomarás apuntes de todas las dudas que te vayan surgiendo y al final de la semana las resolveremos siempre y cuando me parezcan cuestiones de interés. Si son obviedades que deberías saber en calidad de licenciada, directamente no te las contestaré. Si en alguna ocasión los veterinarios o yo misma necesitáramos tu ayuda, acatarás las órdenes según y como se te estén dictando. No quiero tampoco iniciativas propias ni actos heroicos. Aquí vienes a aprender, no a enseñar nada. De momento y hasta que yo lo decida, si es que eso ocurre alguna vez, no eres veterinaria. De hecho, estás a años luz día de serlo. Solo si acatas las normas y realmente vales para ello, algún día muy lejano quizá puedas decir que eres doctora en la especialidad de veterinaria. ¿Me he explicado con claridad?

Sandra dudó unos instantes.

—Sí, me ha quedado claro —respondió algo abrumada.

—Bien, pues sígueme.

Andrea condujo a Sandra a la consulta número dos, donde se encontraba Verónica auscultando a lo que parecía ser un cruce de pastor alemán. Cuando las vio entrar torció el gesto. Expendió una receta para calmar las toses del perro y se despidió del dueño indicándole que tenía que pasar a ver a Laura a la recepción, que ella le cobraría.

En cuanto se quedaron a solas, Verónica se dirigió a Andrea.

—¡Joder, Andrea!, ¿cuántas veces te tengo que decir que yo no estoy aquí para enseñar a nadie? —preguntó de muy mala gana.

—¡Verónica! —exclamó Andrea levantando un poco la voz—. Sandra ya sabe las normas, no te causará problemas.

—Ya, como todos, pero al final siempre acaban molestando.

—Pues es lo que hay, Verónica, compórtate y que no te tenga que llamar la atención en todo el día, por favor. Os dejo. Sandra, lo dicho, ¿OK? —Sandra asintió y Andrea salió de la sala.

Se hizo un silencio tremendamente incómodo que Sandra no supo gestionar. Se movió un poco nerviosa para posicionarse en un hueco de la pequeña sala donde no molestase y sin querer golpeó con el codo el armario acristalado, haciendo caer algunas cajas de medicinas.

Verónica le lanzó una mirada fulminante. Se disponía a decir algo cuando de repente la puerta se abrió, dando paso al siguiente paciente.

Sandra resopló en bajo. Unos segundos más y la tensión hubiera sido insoportable. Estaba sudando por las axilas y le seguía temblando el pulso. Intentó tranquilizarse para poder concentrarse en los síntomas y diagnósticos de los animales. Dedicó el resto de la mañana a observar a Verónica; cómo se movía, el trato con los dueños y sus mascotas, las recetas que expedía… Verónica era una mujer con mucha seguridad, tajante, competente, pero a veces prepotente y pedante. Sandra no estaba de acuerdo con algunos de los tratamientos que había recetado durante las consultas. Los apuntó en el cuaderno.

Llegó la hora de comer. Sandra se sentía como si hubiera terminado el primer asalto de un combate en el que le estaban dando una tremenda paliza. Se sentó en una de las mesas del *office*. Estaba sola, las demás andaban de un lado para otro ultimando cosas pendientes de la mañana antes de sentarse a comer. Se había preparado su comida preferida: filetes de pollo empanado con patatas. Sabía que no iba a ser día como para traerse una ración de brócoli, aunque no pensaba que fuera a ser tan malo como estaba siendo. «Lo mismo hasta me saco un bollo de la máquina», pensó deprimida. Estaba claro que tenía un poco de ansiedad por la situación y había que aplacarla

como fuera.

Cuando estaba a punto de levantarse, un chico vestido con la bata de la clínica entró por la puerta del *office*. Sandra no pudo evitar contemplarle durante los segundos que tardó él en percatarse de su presencia. Era alto, de complexión atlética. Tenía el pelo rubio y los ojos claros. Sandra no distinguió si eran azules o verdes, pero podía apreciar que eran claros por el contraste que hacían con una barba bien arreglada que le cubría el rostro. Se sorprendió a sí misma recreándose en el atractivo físico de aquel chico cuando este, de repente, se giró sobresaltado.

—Perdona. Qué susto me has dado. No te había visto, pensaba que estaba solo, por eso no he saludado. Habrás pensado «¡joder, qué tío más borde», ¿no? —Al observar que Sandra se había quedado como embobada y no decía nada, el chico prosiguió—: Me llamo Marcos, soy el veterinario que se encarga de las visitas a domicilio para animales exóticos. Tú debes ser la nueva chica de prácticas, ¿no?

—Sí, me llamo Sandra —titubeó—. He empezado hoy, es mi primer día —acertó a decir.

Marcos también parecía sorprendido por su belleza. Su forma de mirarla activó la intuición de Sandra, que notó cierta química entre ambos. Bajó la mirada y se ruborizó un poco. Marcos se acercó y la plantó dos besos.

—¿Ya te ibas? Yo voy a comer. Si quieres, acompáñame y me cuentas qué tal te ha ido tu primera mañana —dijo Marcos sonriendo.

—Vale, si pensaba salir a tomar el aire porque la mañana ha sido un poco agobiante, la verdad.

—¿Sí? Bueno, es el primer día. No te preocupes, es normal. Mucha información de golpe, ¿no? ¿Con quién has estado?

—Pues primero estuve con Laura, que me estuvo explicando un poco el funcionamiento general de la clínica y eso. Después Andrea me soltó un sermón sobre las reglas que tenía que seguir y me dejó en la consulta de Verónica.

Marcos soltó una carcajada ante la atónita mirada de Sandra.

—Pues ¡sí que has empezado fuerte! No me extraña que estés agobiada —exclamó sin dejar de reír—. Verónica no es mala persona, pero tienes que pillarle el rollo. Y Andrea…, bueno, Andrea es la jefa, ya sabes, pero se aprende mucho con ella, es una gran profesional. Digamos que es como el doctor House, pero en mujer.

Sandra sonrió levemente. La conversación con Marcos estaba siendo reconfortante; en cuestión de minutos, hizo que se sintiera realmente cómoda por primera vez en lo que llevaba de día. El clima era perfecto; los dos solos bajo la tenue luz de unos fluorescentes medio fundidos, se cruzaban miradas, se dedicaban sonrisas, se preguntaban cosas sobre la vida el uno del otro… Cuando de repente

Verónica, Beatriz y Laura irrumpieron violentamente en el *office,* estropeando aquel bonito momento.

Verónica pareció percatarse de la situación y agarró a Marcos por el brazo obligándole a levantarse.

—Te sientas aquí con nosotras, ¿no?, que te tengo que contar una cosa. Además, la nueva ya ha terminado, ¿a que sí? —preguntó Verónica haciéndole gestos a Sandra con la cabeza para que se largara.

Marcos miró de reojo a Sandra y, como si no le quedara otra opción, se sentó en la mesa con Beatriz, Laura y Verónica.

Sandra se levantó y salió del *office* en dirección a la calle. Justo antes de salir cruzó una mirada con Laura, que apretaba los labios en señal de desaprobación. Al cabo de pocos minutos, esta se levantó y salió a buscar a Sandra, que se encontraba sentada en las escaleras de acceso a la puerta principal, al final del caminito de adoquines.

—Perdona por la actitud de Verónica. A veces se comporta como una estúpida, pero cuando la vayas conociendo te darás cuenta de que lo que le pasa es que es un poco insegura, al contrario de lo que pueda parecer con esa fachada de tía dura. Creo que ha visto en ti una rival en su puesto de trabajo y… con Marcos. Se os veía como muy compenetrados, ¿no? —dijo mostrando una sonrisa pícara—. Y resulta que Verónica lleva detrás de Marcos desde que le conoció. Pero Marcos no muestra ningún interés por ella, y eso la tiene tremendamente frustrada. No es una chica acostumbrada a que la rechacen los chicos.

—¡Joder! ¿Y yo qué tengo que ver en todo esto? De verdad que entre Andrea y ella me lo están poniendo muy difícil, y no me conocen de nada —estalló Sandra dando un manotazo al aire.

—Ya, si lo sé. Lo que pasa es que por aquí ya ha pasado mucha gente, y no todos buenos, ya sabes. Dales tiempo. Intentaré hablar con ellas. De momento esta tarde te pasas a la consulta 3, con Beatriz, que tiene extracciones y vacunas, ¿vale?

Sandra asintió con la cabeza vagamente.

Ya en la consulta, Beatriz le dijo a Sandra que soltara el cuaderno de apuntes, que para lo que iban a hacer no hacía falta tomar notas.

—Mira, Sandra, según vayan entrando los perros, lo primero que se hace es acariciarlos suavemente para que el animal coja un poco de confianza. Ellos saben a lo que vienen y normalmente están muy nerviosos. Con suavidad, mientras lo acaricias, le pones el bozal y, dependiendo del tamaño, lo subes a la mesa. Una vez allí, lo distraes o lo inmovilizas si ves que se va a mover mientras yo le pongo la vacuna o le saco sangre, ¿vale?

—Perfecto —contestó Sandra.

—Bien. Voy a decirle a Laura que vayan pasando —dijo Beatriz

mientras abría la puerta de la consulta.

Poco a poco iban atendiendo a los animales. Extrajeron sangre a dos perros, vacunaron a tres y tuvieron que extraer sangre a dos gatos.

Se disponían a vacunar al último perro de la tarde. Un cruce de *husky* siberiano. Sandra lo acariciaba mientras le ponía suavemente un bozal cuando, de repente, Andrea cruzó a toda velocidad a través de las puertas que comunicaban las consultas. Se escuchó un fuerte alboroto que provenía de la sala de espera. Beatriz se disponía a abrir la puerta para ver qué sucedía cuando Laura irrumpió en la consulta gritando:

—¡Emergencia, emergencia! ¡Todos a quirófano! ¡Todos a quirófano! Sandra, tú no. No te muevas de aquí, ahora vuelvo.

Sandra pudo ver a un hombre con un perro en sus brazos. El animal sangraba mucho y parecía inconsciente.

—¡Es mi perro! ¡Por favor, ayudadme! Lo acaban de atropellar, se me ha escapado.

El hombre lloraba tremendamente angustiado. Verónica y Beatriz desaparecieron entre las puertas de la consulta mientras Yolanda recogía al perro de los brazos ensangrentados del hombre. Cruzó rápidamente la clínica en dirección al quirófano escoltada por Laura, que le iba abriendo paso.

Sandra estaba paralizada, no sabía qué hacer. Seguía acariciando al *husky* y tranquilizando a la dueña, que tenía cara de circunstancias. Escuchó a Laura poniendo orden en la sala de espera. Aconsejaba a los dueños cuyas consultas no fueran graves que se marcharan a casa. Marcos entró en la consulta donde se encontraba Sandra.

—Hola —dijo mientras acompañaba el saludo con la mano—. Sandra, vamos a atender las consultas que quedan mientras están en quirófano —le dijo al oído—. ¿Está para extracción? —preguntó señalando al *husky,* que ya llevaba un rato tumbado en el suelo.

—No. Está para vacuna —contestó Sandra en tono serio.

—Perfecto. Voy a decirle a Laura que me saque la ficha para ver qué vacuna le toca y vuelvo en un minuto.

Marcos revisó la ficha de Ros y comprobó que le tocaba el recordatorio de la rabia.

—Doctora, te sujeto a Ros mientras le pones la vacuna y ya me quedo yo actualizando la ficha mientras continúas atendiendo en la consulta 2 —dijo con una sonrisa burlona esperando la reacción de Sandra.

Sandra, lejos de acobardarse, agarró la jeringuilla que le proporcionó Marcos con la mano derecha, mientras que con la izquierda pellizcó el lomo de animal inyectándole la vacuna.

Ros ni se inmutó. Aun así, Sandra le masajeó la zona durante unos segundos y le dio una chuchería para perros.

Cuando salieron de la consulta la dueña y el perro, Sandra se giró y miró fijamente a Marcos.

—Pensabas que no me iba a atrever, ¿verdad? —preguntó mordiéndose el labio inferior.

—Pues no. Me has sorprendido. Ha estado genial. Eres más valiente de lo que dices ser. ¿Te atreves a pasar una consulta? Yo estaré contigo, no te preocupes.

No le dio tiempo a contestar cuando apareció Andrea por la puerta. A juzgar por su actitud, debía haber escuchado la pregunta por casualidad.

—De eso nada. Sandra ha terminado sus prácticas por hoy. Vuelve mañana. Marcos, luego te pasas por el laboratorio, que tengo que hablar contigo.

Andrea salió rápidamente hacia la sala de espera, donde se encontraba el dueño del perro atropellado.

—Caballero. Hemos conseguido estabilizarlo. Su estado es grave, pero creo que esta noche conseguiremos curarle las heridas antes de que le causen una infección. Por favor, váyase a casa y mañana le llamaremos para informarle de su evolución. No olvide denunciar si el atropello ha sido en un paso de cebra o algo así, ¿de acuerdo? Laura le tomará los datos.

El hombre asintió con la cabeza lentamente. Preguntó si podía verlo, pero Andrea no dejaba que nadie entrara en su quirófano.

Sandra se sentó en el coche y resopló. Estuvo unos segundos pensativa antes de arrancar y dirigirse a su casa. Había sido un día muy intenso y, aunque empezó de manera horrible, al final no había terminado tan mal. Gracias a Marcos había puesto su primera vacuna en una clínica veterinaria. Seguramente Andrea le echaría la bronca por ello. «Luego te pasas por el laboratorio, que tengo que hablar contigo», le había dicho con ese tono autoritario. Sandra dedicó todo el trayecto de la clínica a su casa a repasar mentalmente su primer día; la clínica, Laura, Andrea, la estúpida de Verónica, Beatriz la siniestra… Se había quedado con ganas de hablar con Yolanda, «la más normalita», según decía Laura. Y, cómo no, Marcos, lo mejor del día. Sandra se descubrió a sí misma con una estúpida sonrisa a través del retrovisor. Conocer a Marcos le había removido algo en su interior. No solo se trataba de atractivo físico, que también, sino que había algo más. Embelesada por ese pensamiento, sacó las llaves del bolso para abrir la puerta de su casa cuando alguien se le acercó por la espalda.

—¡Buenas tardes! ¿Qué tal el primer día en la clínica?

—¡Joder, Germán, qué susto me has dado! ¿Se puede saber qué hacías ahí? ¿No estarías escondido? ¿Cuántas veces te he dicho ya que no me espí…?

—Que nooo, que no te estaba espiando, que justo salía a la farmacia. Lo que pasa es que no sé en qué ibas pensando, que ni me has visto —dijo Germán interrogándola con la mirada.

—Pues en mis cosas, Germán, ¿en qué voy a ir pensando? En mis cosas. El día bien, pues como el primer día en cualquier sitio nuevo. Muy raro. Pero me acostumbraré.

—Pero cuéntame un poco… La clínica, la gente y eso, ¿qué tal?

—Ahora no, Germán, no seas pesado anda, que estoy cansada. Otro día te pasas por casa y te cuento, pero hoy estoy deseando llegar y darme una ducha.

Sandra se deshizo de Germán como pudo y consiguió entrar en casa. Nora salió disparada a su encuentro, se entretuvo olisqueando durante más tiempo de lo normal.

—Huelo a perro, ¿a que sí? Pues vete acostumbrando —le dijo Sandra mientras achuchaba al pequeño cruce de chihuahua.

Se quitó la ropa, se dio una ducha y, cumpliendo su promesa, llamó a su madre para contarle qué tal el primer día.

—¡Hola, mamá! Ya estoy en casa, todo bien —dijo Sandra nada más descolgar intentando ser escueta.

—¿Sí? Pero qué pronto ¿no? ¿La clínica no cierra a las ocho y media? —preguntó su madre extrañada.

—Sí, pero como son prácticas no remuneradas, pues no hace falta que esté toda la jornada, así que Andrea me ha mandado para casa.

—Ah, bueno. ¿Y qué tal la clínica?

—La clínica es impresionante. Tiene de todo: laboratorio, quirófano, sala de hospitalización… —En ese momento Sandra se acordó de que no le había preguntado a Laura por el cementerio, pero no le dijo nada a su madre al respecto—. Hasta tiene un *office* para comer y tomar algo.

—Pues qué bien, algún día habrá que pasar a verla. ¿Y la famosa Andrea qué tal es?

—Bueno, la primera impresión que me ha dado es que es bastante antipática y estricta, aunque he hablado poco con ella. Estaba muy ocupada.

Sandra siempre intentaba suavizar las cosas cuando hablaba con su madre. Para escandalizarla y sacarla de sus casillas, ya estaba su hermana.

—Pero ¿te ha tratado mal?

—Que no… Lo que digo es que de momento parece bastante seca y poco habladora. Pero supongo que con el tiempo la cosa mejorara. —«Yo creo que ni de coña», pensó Sandra—. No te preocupes.

Sandra escuchó la voz de su hermana de fondo, que gritaba algo que no consiguió entender.

—¿Esa es Alicia? —preguntó a su madre.

—Sí. ¿Quién va a ser si no? —contestó Mercedes suspirando.

—¿Y qué hace en casa a estas horas?

—Hablando con Petronila. Espera, que te la paso y que te lo cuente ella. A ver si deja de dar voces de una vez.

—¡Hola, hermana! ¿Qué tal la clínica? —preguntó Alicia todavía hablando demasiado alto.

—Bien, bien. Muy grande y con muchas cosas, ¿Se puede saber qué haces, que no estás en el taller?

—Papá, que me ha mandado a casa.

—¿Y eso?

—Na, resulta que hoy ha venido al taller el clásico gilipollas que viene preguntando por un mecánico para hacerle una consulta. Yo estaba cerca, cambiando la sonda de presión de aceite de un cliente y me he dado la vuelta. Amablemente le he preguntado: «¿Qué desea?». A lo que él me ha contestado: «Quería hablar con un mecánico». Y yo le he dicho: «Pues lo tienes aquí delante. ¿Qué quería saber?». Y el tío se ha echado a reír. Me ha mirado por encima del hombro, como buscando a alguien, y se ha ido a preguntar a Pedro, que estaba al final del taller. ¿Qué te parece? Así que me he metido de nuevo con el carro de suelo debajo del coche a seguir con lo mío y cuando pasaba a mi altura hacia la calle le he lanzado el carro a los tobillos, ha tropezado y se ha caído de boca contra el suelo. No se ha metido en el foso de milagro. Se ha levantado hecho una furia y se ha puesto a insultarme a gritos. De pronto, los dos estábamos gritando. Raúl se ha metido en medio a separarnos, le ha conseguido sacar del taller, papá ha bajado de la oficina todo nervioso. ¡Buah! Se ha liado parda. El caso es que papá me ha visto desde la cristalera lanzarle el carro al imbécil ese y, claro, después de todo el follón me ha mandado a casa por si volvía el tío. Luego cuando llegue me va a caer la del pulpo, pero me da igual. Estoy harta de machistas que se piensan que por ser mujer no puedo ser mecánica. Me ha echado una mirada que parecía decir «anda y vete a ayudar a tu madre a fregar los cacharros, niñata». Buff, me ha puesto…

—Madre mía, Alicia, cualquier día te cargas a papá de un disgusto. Pero, vamos, que se joda el machista ese. Pues en la clínica he conocido a un veterinario que se llama Marcos y es guapísimo.

—¿Cómo? ¿Tú diciendo que un tío es guapísimo? Tiene que ser increíble. Ya me lo estás presentando. ¿Dónde vive? ¿Cuántos años tiene? ¿Cómo es? No tiene novia, ¿no?

—Para el carro, anda, que no es tu tipo. Es inteligente y delicado, no como las bestias que te gustan a ti. Sé que vive en Navalcarnero, pero no sé nada más. A ver si te crees que somos todas como tú, que vamos avasallando a los chicos como monas en celo.

—Pero ¡¿qué dices?! Eso era antes. Fíjate que estoy pensando en ir

en serio con Raúl y todo.

—No te lo crees ni tú.

Alicia soltó una carcajada.

—Sí, es verdad, esta tarde he quedado con Sofía y Lorena para tomar algo con unos chicos que han conocido en Internet, así que…

—¿Y Macarena?

—Pues últimamente nos vemos poco. Por lo visto está investigando un caso importante y se pasa el día en la comisaría. No me puede decir de qué se trata, pero parece algo serio.

—Escucha: en la clínica hay algo que te va a interesar más que Marcos, un misterio de esos frikis y siniestros que tanto te gustan. Resulta que en la parte trasera hay un terreno que la dueña ha convertido en un cementerio.

—¿Un cementerio? ¿En una clínica veterinaria? ¿Qué me estás contando? Pero ¿qué entierran allí?

—Pues ese es el misterio. Pensaba que me lo dirías tú. Mañana a ver si me entero y te cuento.

—Hombre, supongo que animales, pero molaría que fueran personas. La veterinaria asesina… —dijo Alicia poniendo voz tenebrosa.

—Pues no sé, la verdad. La Andrea esta me ha parecido muy rara. Y luego está Beatriz, que es un poco siniestra. Podría ser cualquier cosa lo que enterraran allí. Mañana me enteraré. Voy a ver si saco a Nora, que me quiero acostar pronto. Ha sido un día muy intenso.

—Vale, hasta mañana, hermana. Mándame un wasap con lo del cementerio.

—Valeee.

Eran las nueve de la noche. Sandra se tumbó en el sillón con una Coca-Cola Zero y una bolsa de palomitas. No le apetecía hacerse nada de cena. Solo quería ver la tele un rato y no pensar en nada. Deseaba que el día siguiente fuera diferente al de hoy. Decidió que lo primero que haría sería hablar con Verónica, dejaría las cosas claras desde el principio. No se merecía ese trato y pretendía atajarlo de raíz. También iba a tomar más apuntes para enseñárselos a Andrea a finales de semana. Tenía que conocer a Yolanda, enterarse de lo del cementerio… En fin, muchas cosas. Al cabo de media hora se dio cuenta de que su plan de ver la tele para desconectar un rato no había funcionado, así que cogió a Nora, apagó la tele y se metió en la cama. Nora se hizo bola a su lado, y Sandra tardó escasos minutos en quedarse profundamente dormida.

***

Al día siguiente se dirigió directamente al *office* en busca de Verónica, pero no había llegado aún. Saludó a Beatriz y Yolanda, que estaban sentadas en la misma mesa que el día anterior tomando un

café de la máquina, y salió hacia la recepción, donde se encontraba Laura, que acababa de llegar.

—¡Buenos días, Laura! ¿Cómo está el perro? —susurró.

—¡Hola, Sandra! —exclamó jovialmente Laura—. Pues evoluciona bien. Andrea ha estado toda la noche con él, se ha ido hace media hora. Me llamó anoche por teléfono y me dijo que vendría por la tarde. Sobre las once y media hay que hacerle el cambio de vendajes y la cura. Seguramente lo hará Yolanda, ¿quieres que le diga que te avise para que veas cómo lo hace?

—Sí, sí, por favor. Estaría genial. ¿Y hasta entonces qué voy a hacer?

—Pues me ha dicho Andrea que como ayer: a primera hora estarás con Verónica y por la tarde con Beatriz —dijo apretando los labios en señal de complicidad.

—Bueno, así hablo con ella, que la he ido a buscar al *office* y no estaba. No voy a consentir que me trate como me trató ayer. Le voy a poner las cosas en su sitio porque no quiero que se piense que soy estúpida.

—Pues haces muy bien, porque, como dejes que te menosprecie desde el principio, esta es de las que se suben a la chepa.

Sandra entró en la consulta número 2, donde ya se encontraba Verónica escribiendo en el ordenador.

—¡Buenos días, Verónica! ¿Podríamos hablar un momentito?

—Habla —contestó Verónica en un tono seco y sin apartar la vista de la pantalla del ordenador.

—No, bueno, que creo que hemos empezado con mal pie. No nos conocemos, pero tú me tratas como si yo te hubiera hecho algo y me gustaría que supieras que yo estoy aquí para aprender, y no para buscar problemas. —Verónica siguió con su tarea sin decir nada e hizo como si no estuviera prestando ninguna atención a Sandra—. No creo que tengas derecho a tratarme como…

Sandra no pudo terminar la frase, Verónica se levantó de la silla y se posicionó justo delante de ella.

—Mira, bonita, te lo voy a explicar. En esta consulta mando yo y te trataré como me dé la gana. Si estás calladita y quietecita en el rincón, nos llevaremos bien. Pero cuidado con las cosas que apuntas en el cuaderno, que luego vais con el cuento a Andrea, como la última que estuvo aquí como tú, que quiso pasarse de lista y, si te das cuenta, ya no está. ¡Así que ojito con lo que haces! ¡Ah! Y una cosa más, a Marcos ni te arrimes, porque es mío, ¿te ha quedado claro?

—Clarísimo —escupió Sandra arrastrando las sílabas.

—Muy bien. Pues ve a la recepción y le dices a Laura que ya pueden ir pasando.

Sandra comprendió enseguida que buscar un enfrentamiento

directo con Verónica había sido un error. Tenía todas las de perder, había sido un movimiento torpe y poco inteligente por su parte. Tenía que intentar controlar la situación de otra manera y la idea de tomar apuntes para luego ir de «lista» a contárselo a Andrea le pareció una idea estupenda.

El primer paciente se llamaba Timón, un cruce de mastín de cuatro años. El dueño le dijo a Verónica que tardaba mucho en orinar y, cuando lo hacía, el flujo de salida de la orina a través de la uretra era muy lento.

Sandra comenzó a escribir en su cuaderno. Verónica se percató y la fulminó con la mirada. Sandra evitó el contacto visual y puso en práctica su mejor cualidad, la asociación de ideas: posibles causas que pueden provocar problemas de micción, infección de orina, masas, cálculos, cristales, problemas neurológicos, problemas prostáticos, masas abdominales…

Verónica comenzó la exploración.

—Bien. Timón está castrado, ¿verdad? —El dueño asintió con la cabeza—. Pues le vamos a pasar un momentito para realizarle una ecografía abdominal. Así podremos ver si tiene masas abdominales en la vejiga de la orina o problemas prostáticos. Aunque esto último es muy improbable, ya que está castrado, pero, bueno, por descartar.

Mientras Verónica se llevaba a Timón para hacerle la ecografía, Sandra no dejaba de tomar apuntes. Verónica le lanzó una nueva mirada inquisitoria.

Una de las causas más graves que pueden provocar orinar más lento o a gotitas es una obstrucción urinaria; se pueden producir por cristales en la orina que al pasar por la uretra se quedan atrapados y obstruyen el paso de la orina. Para poder descartar esto habría que hacerle a Timón una cistocentesis o punción eco guiada de la vejiga de la orina. Consiste en puncionar la vejiga de la orina con una aguja y recoger una muestra de orina. Este cultivo de orina nos permitiría valorar si hay infección de orina y, en caso de haberla, qué microorganismo la causa y cuál es el antibiótico más adecuado para eliminarlo. También se podría realizar un sondaje uretral. Al pasar una sonda por la uretra nos permitiría ver si hay alguna obstrucción en su recorrido que nos pueda hacer sospechar de un cálculo o estrictura.

Verónica volvió con Timón. Sandra levantó el bolígrafo del papel unos segundos para atender a los resultados de la ecografía.

—El resultado es normal. No tiene masas abdominales, pero he visto una zona más oscura que me hace pensar que podría ser una disinergia en la musculatura de la vejiga de la orina. Esto normalmente tiene origen en un problema neurológico, es decir, de los nervios. ¿Has notado que Timón esté nervioso o estresado últimamente por algún motivo?

—Bueno, nos hemos mudado hace poco y la casa nueva parece no gustarle mucho, la verdad. Estuvo unos días que lloraba y parecía estar un poco desubicado, pero ya se le notaba mejor, no sé… —contestó el dueño.

—Bueno, para comprobar si realmente se trata de una disinergia, vamos a suministrarle a Timón una medicación que ayude a relajar la vejiga y, si funciona, pues ya tendremos diagnóstico. Pero, en caso de no obtener resultados positivos, deberemos realizar más pruebas. Esperemos que haya suerte, te hago la receta y mi compañera de la recepción te dice lo que tienes que hacer, ¿OK?

Verónica imprimió la receta en el ordenador de la consulta y se despidió de Timón y su dueño.

Alguien golpeó suavemente la puerta trasera de la consulta con los nudillos. Sandra, que estaba justo apoyada en el pomo, se apartó para abrir. Se trataba de Yolanda.

—¡Hola, Sandra! Me ha dicho Laura que querías ver en qué consistía la cura de Sami, ¿no?

—¿Sami? —preguntó Sandra extrañada.

—Sí, el perrito atropellado que ingresó ayer, que se llama Sami.

—¡Ah!, sí, sí, por supuesto. ¿Qué tal está? ¿Está mejor?

—Pues vente conmigo y lo compruebas por ti misma. Andrea hizo un trabajo increíble. Yolanda se dirigió a Verónica. ¿Me la puedo llevar un rato?

—Sí, por favor —contestó Verónica dando un manotazo al aire con perceptible desdén.

Sandra acompañó a Yolanda a la sala de hospitalización, donde, además de Sami, quedaban dos perros ingresados de los cinco que vio cuando estuvo haciendo la visita con Laura.

Yolanda abrió la jaula de Sami y, con la ayuda de Sandra, lo trasladaron a una mesa metálica para realizarle la cura.

—Bueno, Sandra, como ves, una de las cosas más importantes para la recuperación de un animal herido es el bozal o la campana. A veces las cosas más simples son las que más ayudan y también las que se suelen pasar por alto. Normalmente la recuperación de más larga duración se produce ya en casa, de hecho, a Sami en dos o tres días se le dará el alta y el dueño tendrá la responsabilidad entre otras cosas, de procurar que el perro no se chupe ni se muerda las heridas, porque podría provocarle una grave infección y acabar de nuevo en el veterinario.

Cuando Sami entró ayer en el quirófano tenía las dos patas delanteras rotas y un corte de unos diez centímetros en el abdomen que le producía una pérdida de sangre abundante. Pero, a pesar de la gravedad de estas heridas, lo que más nos preocupaba era el fuerte golpe de la cabeza, que le provocaba una semiinconsciencia. Le

cerramos la herida con unos quince puntos de sutura y le colocamos las fracturas de ambas patas. Una vez estabilizado, le hicimos varias radiografías de cabeza y cuello para descartar lesiones. Afortunadamente, no tenía nada, solo el traumatismo, al cual le hicimos una pequeña incisión para evitar coágulos. Cuando los calmantes hicieron efecto Sami despertó —concluyó Yolanda esbozando una sonrisa triunfal.

—Claro, en el momento en el que el dolor remitió un poco el cerebro de Sami reaccionó. La sacudida física daña las células de las paredes del cerebro y estira los axones que conectan las neuronas, desestabilizando el flujo normal de los neurotransmisores y causando un escape de iones de potasio de las células y un ingreso de iones de calcio. Esto desencadena una demanda repentina de energía química, que el cerebro no puede atender, especialmente si ha habido pérdida de sangre. Como resultado, al cerebro se le puede agotar la energía y se apaga, provocando la inconsciencia —dijo Sandra.

Yolanda se la quedó mirando unos segundos estupefacta.

—¡Joder, exacto! Ni yo misma lo habría explicado mejor. Pero yo soy aquí la que enseña y tú la que aprende, así que atiende, que vamos a curar a Sami —exclamó entre risas.

La cura consistió en la limpieza de las heridas superficiales, cambios de vendajes y comprobación del estado de los puntos. Le quitaron la campana y lo tumbaron en el suelo. Se sentaron junto a él y lo observaron mientras le suministraban comida y agua en pequeñas cantidades.

—¿Qué te parece la clínica? ¿La gente y eso qué tal? ¿Cómo estás llevando tus primeros días? ¿Te la esperabas así o no? —se interesó Yolanda.

—Bueno, la clínica me parece la hostia, la verdad. No me la esperaba así. Sabía que iba a sorprenderme, pero no tanto. La gente…, de momento no he podido tratar demasiado con nadie en concreto, pero en general bien, si no fuera por Verónica. No entiendo de qué va esa tía, no me conoce de nada y ya parece odiarme a muerte.

—Ya. No te preocupes por eso. Es así con todo el mundo. Ya aprenderás a manejarla. Es muy buena veterinaria y por eso Andrea le consiente todo. En cuanto le cojas el rollo, verás que en el fondo es toda fachada.

Devolvieron a Sami a su jaula, recogieron todos los vendajes y restos de la cura, y limpiaron y desinfectaron la mesa y el suelo.

—¿Fumas? —preguntó Yolanda.

—No.

—Haces bien. Yo de momento no he podido dejarlo. Bueno, tampoco es que lo haya intentado mucho —dijo pensativa—. ¿Me acompañas? Y ya de paso te enseño algo que te va a dejar alucinada.

—¿Te refieres al cementerio? —preguntó Sandra.

—Sí. ¿Ya lo has visto? ¿Qué te parece la historia?

—Pues no lo sé, porque Laura no me explicó de qué iba la cosa. Venga, te acompaño y me lo cuentas.

Salieron por la puerta acristalada de la sala de hospitalización que daba paso directamente al patio trasero, por donde había entrado Sandra con Laura el día que descubrió el cementerio. Sandra cerró la puerta tras de sí.

—¡Mierda! ¡No cierres, que no tengo la llave! —exclamó Yolanda, pero la puerta ya se había cerrado—. Bueno, espera, no pasa nada, tiene truco, luego te digo cómo abrirla sin la llave. Es que, si no, hay que dar toda la vuelta a la clínica y entrar a las consultas por la puerta principal, y eso a Andrea no le gusta nada. Dice que da muy mala imagen ver a los veterinarios pasando por en medio de la gente que está en la sala de espera.

—Vaya, lo siento, no lo sabía —se disculpó Sandra.

Cruzaron el cementerio hasta el final y se apoyaron en el muro que delimitaba el terreno perteneciente a la clínica. A unos escasos cinco metros cruzaba el río Guadarrama, que Sandra había escuchado desde la puerta de la clínica el primer día. Las dos chicas se quedaron observando el flujo de agua que refrescaba el ambiente, consiguiendo un microclima de paz y tranquilidad. Mantuvieron el silencio durante al menos dos minutos mientras Yolanda le daba las primeras caladas al cigarro.

—Relajante, ¿verdad? Yo me pasaría horas mirando cómo pasa el agua del río entre los árboles. Siempre salgo a fumar aquí, es como un paréntesis de paz en el ritmo frenético de la clínica —dijo Yolanda.

—La verdad es que es muy agradable, pero… ¿me vas a contar por qué estamos rodeadas de tumbas? —preguntó Sandra paseando la mirada a su alrededor.

Yolanda sonrió y le dio un par de caladas al cigarro antes de comenzar la explicación, como si se estuviera tomando unos segundos para pensar qué decir.

—Pues es que estamos todos un poco sorprendidos también —dijo —. No pienses que eres la única. La cuestión es que hará cosa de un año Andrea nos reunió a todos una mañana en la recepción. Nos dijo que se le había ocurrido una idea. Se trataba de un servicio más que la clínica iba a ofrecer. Dicho servicio consistiría en que los clientes tuvieran la posibilidad de enterrar a sus perros fallecidos aquí para así poder visitarlos siempre que quisieran en un periodo de máximo dos años, por cuestión de espacio, sin coste alguno y como alternativa a la incineración en masa o individual, que, como sabes, cuesta dinero. Las familias con problemas económicos pueden enterrar aquí a su perro y venir a visitarlo las veces que quieran durante ese periodo. Digamos

que disponen de tiempo suficiente para despedirse de su mascota con cierta dignidad, al contrario que cuando simplemente los tienen que dejar en la clínica y decirles el último adiós en cinco minutos y listo. La mayoría de los clientes que se han acogido a esta opción son los que tienen niños pequeños. Ellos lo pasan fatal cuando se muere su mascota y se quedan un poco más tranquilos sabiendo que pueden venir a visitarlos hasta que poco a poco se les pasa el disgusto y dejan de venir. Además, los perros se entierran con semillas para que sirvan de nutrientes de un árbol que crecerá fuera de sus restos. Es un entierro orgánico, de la muerte surge de nuevo la vida. Es como… cerrar el ciclo. ¿Qué te parece?

Sandra guardó silencio durante unos segundos mientras observaba el flujo del río.

—Pues no sé. Espera un momento, que estoy procesando todo ese montón de información que me viene a la cabeza de golpe. ¿Me dices que Andrea se preocupa por los dueños de los animales y les ofrece un servicio gratuito para que vengan aquí a llorar la muerte de sus mascotas? —preguntó extrañada.

—Sí, exacto. Es más, hay algunos dueños que querían llevarse a su mascota para enterrarla en otro lugar y Andrea los convenció para que lo hicieran aquí. En algunos casos insistiendo mucho, incluso poniéndose un poco pesada —contestó Yolanda encogiendo los hombros.

—Pues no es que conozca demasiado a Andrea, pero me cuesta mucho imaginármela empatizando con un ser humano —dijo Sandra.

—Esa misma cara que tienes ahora es la que se nos quedó a todos el día que nos lo dijo —dijo Yolanda—. Pero, para ser sincera, Andrea no siempre ha sido así de borde. Cuando yo la conocí, estaba casada y, aunque su personalidad fuerte siempre estuvo ahí, era amable y considerada. Pero su vida es la clínica y su marido no aguantó. Conoció a otra mujer y la abandonó. Desde entonces vive sola —terminó diciendo mientras apagaba el cigarro arrastrándolo contra el muro.

—¡Vaya! Sí, eso lo sabía, lo leí en un foro —murmuró Sandra pasándose la mano por la frente—. ¿Llevaba mucho tiempo casada?

—Ya tanto no sé. No habla del tema. Lo sabemos en la clínica porque nos lo contó Laura, ella *sí* sabe la historia entera, pero tampoco da detalles por respeto a Andrea.

—Eso debió ser duro para ella. Pero, volviendo a lo de las tumbas, perdona, pero es que me tiene fascinada, es muy misterioso todo —dijo Sandra sonriendo mientras apretaba el brazo de Yolanda—. ¿Quién cava las tumbas?

—Pues los chicos de mantenimiento. Tenemos dos chicos que se encargan del cuidado del jardín, recogida de basuras, limpieza, etc. Al

principio se negaron, pero de alguna manera que desconozco Andrea los convenció. Supongo que les pagará algún suplemento o algo así. ¿Vamos entrando? Verónica estará echándote de menos —dijo Yolanda irónicamente mientras esbozaba una sonrisa burlona.

Caminaron a través de las tumbas de vuelta a la sala de hospitalización. Sandra rompió de nuevo el silencio:

—¿Tú crees que me dejará asistir a alguna operación?

—¿Andrea? ¿Permitir que entres en el quirófano durante una operación? ¡Puf!, lo dudo mucho. A mí me costó cinco años conseguir que me dejara asistirla durante las operaciones, y encima tú siendo de prácticas… —Yolanda dejó la frase flotando en el aire.

—¿Qué pasa por que esté en prácticas? Solo estaría presente para mirar desde un rincón donde no estorbase —dijo Sandra algo molesta.

—No, no es eso. Lo que pasa es que a Andrea el tema de las prácticas no le gusta nada, como ya has notado, porque no son voluntarias. Está obligada por un convenio de no sé qué con la consejería de educación, creo que por alguna subvención que tuvo que pedir o algo así. El caso es que no suele ser muy colaborativa con la gente que viene a hacer las prácticas, de hecho, nadie que las ha realizado se ha quedado en la clínica. Muchos ni las han terminado. Pero, bueno, no te preocupes, siempre hay una primera persona para todo, ¿no? ¡Quién sabe!, a lo mejor esa primera chica en prácticas que consigue quedarse en la clínica de la prestigiosa Andrea Soler Molina eres tú.

—Ya, gracias por tu confianza y tus ánimos. Yo haré todo lo que esté en mi mano. De eso no te quepa duda —contestó Sandra intentando mostrar cierta confianza en sí misma.

Llegaron frente a la puerta acristalada de acceso a la sala de hospitalización. Yolanda se dirigió hacia una ventana que se encontraba en la parte derecha. Estaba cerrada y tenía la persiana medio bajada. Introdujo la mano entre el cristal y la persiana, sacando una especie de folio de papel rígido que Sandra no supo identificar a simple vista.

—Pues aquí está. Lo que te decía antes de que la puerta tiene truco. Tenemos aquí escondida una radiografía para cuando se nos cierra y no tenemos la llave, como ahora mismo, por ejemplo. Andrea no lo sabe. Si se entera de que abrimos así la puerta nos mata, así que tú no sabes nada, ¿OK? Además, ya sabes cómo abrir si te pasa algún día y no quieres que Andrea te eche la bronca por cruzar toda la clínica.

Yolanda deslizó la radiografía por la rendija de la puerta, haciendo saltar el resbalón. Volvió a colocar la radiografía en su sitio y pasaron al interior de la sala.

Repitiendo la organización del día anterior, Sandra tenía que pasar la tarde en la consulta de Beatriz haciendo extracciones y poniendo

vacunas.

—¡Hola, Sandra! Hoy nos vamos pronto —dijo Beatriz con un tono de voz algo seco.

Sandra tuvo que preguntarle por qué.

—¿Por qué tenemos que vacunar a dos perros nada más? —contestó Beatriz con el mismo tono.

Sandra pensó en lo que le había dicho Laura sobre Beatriz mientras la observaba: «Introvertida y tímida, pero que no que te engañe, las mata callando». La verdad es que le resultaba misteriosa. Medía aproximadamente uno sesenta, estaba delgaducha, llevaba el pelo de un caoba desgastado y las orejas llenas de *piercings*. Sandra no acertaba a definir el estilo, pero le recordaba a la novia cadáver. No tardó mucho en comenzar a asociar ideas en su cabeza: se la imaginaba perfectamente cavando tumbas, desenterrando cadáveres, descuartizando animales o incluso personas… No sabía de qué forma, pero su imaginación establecía una clara relación entre Beatriz, Andrea y las tumbas de la parte trasera de la clínica. Además, tenía una forma extraña de mirar la sangre cuando hacía extracciones. Aunque, después de darle vueltas durante el tiempo que tardaron en vacunar a los dos perros, Sandra terminó pensando que quizá eran tonterías suyas.

Salió de la clínica a las cinco y media de la tarde. Como era pronto, decidió pasarse por el taller de su padre para verle, que hacía mucho que no iba, y, de paso, contarle a su hermana lo del cementerio.

Sandra entró en el taller y se dirigió directamente a la oficina de su padre. Subió las escaleras metálicas. Cuando estaba arriba del todo, justo antes de entrar, giró la cabeza para echar un vistazo al taller a ver si conseguía divisar a su hermana. Pero no la vio. Por un momento se le pasó por la cabeza que quizá su padre la había vuelto a mandar a casa. Se sonrió mientras movía la cabeza de lado a lado y abrió la puerta de la oficina acristalada.

—¡Hombre, hija!, ¿cómo tú por aquí? ¿Ha pasado algo? —preguntó Roberto algo extrañado.

—No, no, tranquilo, papá. Es que hoy he salido antes de la clínica y hace mucho calor para andar con Nora por la calle, así que he pensado: «pues me paso por el taller y hago un poco de tiempo». ¿Dónde está Alicia?

—Pues —Roberto se levantó de la silla y se asomó a la cristalera— ahí está, mírala, discutiendo con Pedro otra vez. Me tiene el taller revolucionado siempre. —Suspiró.

—Bueno, ya sabes cómo es. Por lo demás, ¿todo bien por aquí?

—Sí, como siempre. No va mal la cosa, de momento hay trabajillo gracias a Dios. ¿Y la clínica qué tal? Ya me contó tu madre que tiene de todo, ¿no?

—Sí, está genial. Pues ahí voy, intentando adaptarme. ¿Le puedo decir a Alicia que se venga quince minutos a tomar algo a El Gruñidor? Es que le tengo que contar una cosa.

—Sí, sí, anda, llévatela un rato a ver si le da un poco el aire, que me tiene hoy… —dijo llevándose la mano a la frente.

—Vale, papá —contestó Sandra sonriendo—. Me voy entonces, luego llamo a mamá.

Abrazó a su padre y le besó en la mejilla, para, acto seguido, descender las escaleras en busca de su hermana.

—¡Coño, hermana!, ¿qué haces aquí? ¿Y la clínica? —preguntó Alicia alzando la voz, como siempre.

—Nada, que he salido antes hoy. Le he dicho a papá que te sacaba un rato a tomar algo a El Gruñidor.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó frunciendo el ceño.

—Que sí, que te sacara un rato del taller, que le estabas dando un día…

—¿Yooooo? ¡Tiene cojones la cosa! Pero si es él el que siempre está gruñendo… Por cierto, no te he dicho que terminé la moto, ¿no?

—¿Sí? ¿La has terminado? Pero ¿funciona y todo?

—¿Que si funciona? Pero qué poca confianza tienes en mí, hermana. Pues claro que funciona. Ven, que te la enseño y nos vamos a tomar algo.

Las dos hermanas se dirigieron al final del taller. A la derecha de la puerta de entrada a los vestuarios se encontraba la flamante Honda NR 750 tapada con una manta gruesa que la protegía del polvo. Alicia tiró de ella y Sandra soltó una exclamación.

—¡Joder, Alicia, te ha quedado de puta madre! Arráncala a ver cómo suena —dijo visiblemente impresionada por el trabajo que su hermana había hecho con aquel montón de chatarra.

El rugido del motor llamó la atención de Roberto. Se asomó a la cristalera e hizo un gesto a Alicia enseñando las palmas de las manos.

—¡Joder!, ya está el gruñón. Es que no le gusta que arranque la moto dentro del taller porque dice que hace demasiado ruido y la gente está trabajando, y blablablá. Ya va teniendo cosas de viejo. ¿Te doy una vuelta? —preguntó Alicia.

—¡Uff!, no, no. No me monto contigo en la moto ni loca, ya lo sabes. Vamos a tomar algo y me voy, que tengo que sacar a Nora.

Roberto observó a sus hijas mientras salían del taller. De repente le invadió la nostalgia. Ya no eran las dos niñas que correteaban entre los coches aquellos domingos en los que él, con el fin de liberar un rato a Mercedes de sus chillidos y carreras por la casa, las soltaba en el taller mientras lavaba el coche o terminaba alguna reparación urgente. Pensó que quizá Alicia tuviera algo de razón, se hacía mayor, y que, sin darse cuenta, ya no quedaba demasiado tiempo para que

tuviera que dejar al cargo del taller a esa hija cabezota que tantas veces le sacaba de sus casillas.

Entraron en El Gruñidor y se sentaron en una de las mesas de hilera, cada una en un banco para estar enfrente la una de la otra.

Por la espalda de Alicia apareció Antonio, como si de un fantasma se tratara, asustando a las dos chicas.

—¡Hombree, Sandra, cuánto tiempo! ¿Dónde te metes? Hacía mucho que no venías. No como tu hermana, que se pasa aquí el día bebiendo cerveza.

—Sí, claro. Más quisieras tú que estuviera aquí todo el día viéndote la cara a ti —dijo Alicia.

—Bueno, es que he estado con los estudios y he tenido poco tiempo, la verdad —contestó Sandra.

—Que mi hermana es veterinaria, chaval. Un respeto —intervino Alicia antes de que Antonio pudiera articular palabra.

—Sí, sí. Si ya se nota quién es la hermana lista —dijo Antonio con una sonrisa de oreja a oreja.

—Andaaa, no me calientes y tráeme una cerveza, gañán, que eres un gañán —contestó Alicia.

—Yo una Coca-Cola Zero, porfa, Antonio —dijo Sandra.

—¡Marchandooo! —exclamó Antonio mientras se daba la vuelta en dirección a la barra.

—Bueno, ¿y tú qué tal por aquí en el taller?, que tienes a Papá contento, por lo que dice —preguntó Sandra.

—¡Buah!, que es un gruñón. Por aquí bien. Hay trabajo y los coches van saliendo. No sé de qué se queja. Lo que te digo, que ya chochea un poco —dijo dando un manotazo al aire—. ¿Y tú en la clínica? ¿Qué tal el guaperas ese…? ¿Cómo se llamaba? ¿Ya te has enrollado con él? ¡Ah!, ¿y el cementerio? ¿Qué sabes?

—A ver, por partes —dijo Sandra levantando las manos, pidiendo calma a su hermana—. Se llama Marcos y no sé si tendrá novia, eso lo primero, y lo segundo es que te dije que es guapo, no que fuera el hombre de mi vida. Todavía no le conozco. Apenas coincidimos por la clínica. Es experto en patología clínica de animales exóticos y salvajes, tiene veintinueve años y lo que te dije el otro día, vive en Navalcarnero. No sé más de momento. Hay una arpía que se llama Verónica que por lo visto lleva un tiempo detrás de él y no veas cómo se ha puesto porque piensa que se lo voy a quitar o algo así.

—¿Sí? Si quieres, voy y la reviento —dijo Alicia bromeando—. Anda, pues Marcos podría venir un día a casa a ver a Petronila, que la veo un poco rara últimamente, come poco.

—Anda, anda, no hace falta, ya me defiendo yo solita. Y no, Marcos no va a ir a casa a ver a la araña repugnante esa. Por cierto, siento desanimarte, pero lo que entierran en el cementerio no son personas:

son animales. Principalmente perros.

—¡Ooooh! Pues, vaya, qué desilusión. ¿Y por qué? —preguntó Alicia extrañada.

—Pues, por lo visto la dueña, Andrea, decidió implantar un servicio nuevo en la clínica que consiste… —El móvil de Sandra comenzó a sonar, se trataba de Raquel—. Es Raquel, luego la llamo porque, si se lo cojo, nos tiramos una hora hablando. Bueno, te decía que la historia consiste en que Andrea… —Vuelve a sonar el teléfono de Sandra, esta vez es un número que no conoce—. ¡Joder, qué pesada Raquel! Se lo voy a coger, a ver si es que le pasa algo. ¡Ah!, pues no es Raquel, no sé quién es. —Sandra descuelga—. ¿Sí?

—¡Hola! ¿Sandra?

—Sí, soy yo. ¿Quién eres?

—¡Hola, Sandra! Soy Marcos. Te llamo desde la clínica. ¿Qué tal? Esperaba verte aquí esta tarde. Te has ido muy pronto, ¿no?

—¡Ah! ¡Hola, Marcos! ¿Qué tal? Sí, es que Beatriz…

El rostro de Sandra enrojeció a toda prisa. Alicia se percató y esbozó una sonrisa picarona mientras acercaba el oído al teléfono de su hermana con el fin de escuchar la voz de Marcos. Sandra, a su vez, intentaba hablar con Marcos mientras apartaba a su hermana con la mano que le quedaba libre.

—Si es que Beatriz tenía poca cosa y me ha mandado para casa. —Hizo un chasquido con la lengua mientras su hermana no cesaba en su empeño de escuchar la conversación.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó Marcos al escuchar el forcejeo a través del auricular.

—No, no, dime. ¿Ha pasado algo?

—No, tranquila, es que mañana tengo una consulta a primera hora en la que necesito ayuda. Se trata de Gupy, un mono tití que vive en un chalé aquí cerca, en Coímbra. ¿Sabes algo de este tipo de animales?

—Pues no, la verdad. Eso es un mono enano, ¿no? ¿Qué le pasa? —preguntó extrañada.

—Sí. Te cuento un poco. Gupy mide cincuenta centímetros aproximadamente. Tiene garras en lugar de uñas y unos incisivos muy afilados, lo que le hace bastante peligroso si se enfada, cosa que ocurre casi siempre que le visita el veterinario. O sea, yo —dijo Marcos soltando una risilla nerviosa—. La cuestión es que le estoy tratando de un herpes labial que le salió hace dos semanas, por el cual ha dejado prácticamente de comer y beber. Le estoy administrando unos comprimidos antivirales para reducir la manifestación del virus, además le estoy aplicando una pomada antiviral cada dos días. Pero, para eso, como te puedes imaginar, necesito que el mono se esté quietecito, y no hay manera de conseguirlo yo solo. Normalmente es el dueño quien me lo inmoviliza mientras le hago la cura, pero ha

tenido que salir de viaje y solo está la señora de la limpieza. Se lo he comentado esta tarde a Andrea. En un principio se iba a venir Verónica, pero mañana sale de viaje a un congreso de veterinarios en Barcelona y no vuelve hasta el lunes. Así que le he propuesto que vinieras tú y me ha dicho que sí, que ningún problema. ¿Qué te parece? ¿Crees que podrás ayudarme?

Sandra dudó un par de segundos antes de responder a Marcos. Un mono agresivo…

—Sí, claro. ¿A qué hora quedamos? —respondió casi por inercia.

—A las ocho en la clínica, ¿te parece?

—Vale, perfecto. Pues mañana nos vemos a las ocho.

—OK. ¡Hasta mañana, Sandra!

Sandra miró la pantalla del teléfono móvil para colgar la llamada y comprobó que Raquel le había llamado otras cinco veces en el trascurso de la conversación con Marcos.

—¡Joder! Raquel me ha llamado cinco veces, qué raro. La voy a llamar, no vaya a ser que le haya pasado algo —dijo preocupada.

—Pero, entonces, ¿te vas ya? Al final no hemos hablado nada —dijo Alicia observando contrariada cómo su hermana se bebía la Coca-Cola de un trago y se disponía a levantarse.

—Sí, sí, me voy ya y la llamo desde el manos libres del coche, que Raquel se enrolla muchísimo y, si no, no llego a casa ni en dos horas.

—Venga, vale. Luego mándame un wasap y me cuentas qué quería. ¡Ah, y mañana te llamo para ver qué tal con Marcos! —gritó Alicia al tiempo que Sandra salía de El Gruñidor.

—¡Anda, anda! Si el domingo nos vemos en la comida, no seas pesada —contestó Sandra mientras cerraba la puerta.

No terminó de sonar el segundo tono cuando Raquel descolgó el teléfono con urgencia.

—¡Joder, tía!, ¿dónde te metes? La he cagado, pero bien —exclamó.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Dónde estás?

—Estoy en el museo, trabajando. Hoy tengo turno doble porque me toca excursión de niños de infantil ¡y se me ha perdido uno! ¡No lo encuentro! Madre mía, no sé qué hacer, por eso te estaba llamando.

Sandra notaba la respiración acelerada de Raquel a través del auricular.

—A ver, a ver, cálmate. ¿Cómo que has perdido a un niño? ¿Estás segura? Pero ¿estaban todos dentro y ahora te falta uno? ¿O es que no ha llegado a entrar?

—Sí, sí. Estaban todos dentro. Tenía treinta y seis y ahora tengo treinta y cinco. Es un niño que se llama Jaime. He buscado por todas partes, Sandra. No sé dónde puede estar, no sabía qué hacer. Si se lo digo a los de seguridad, abrirán una incidencia y puedo perder el

trabajo. Por eso te he llamado, para que me ayudes, a ver si se te ocurre algo, que a ti se te dan bien estas cosas. Estoy desesperada. —A Raquel se le quebró la voz.

—Bueno, vamos a ver, Raquel, intenta tranquilizarte y escúchame. Piensa en qué momento ha podido despistarse, no sé, qué ruta habéis hecho por el museo o dónde se ha podido esconder. ¿El museo está cerrado?

—Sí, sí. El museo está cerrado al público. Solo estamos los niños, dos vigilantes de seguridad y yo. Hemos estado en la exposición, la sala de audiovisuales, la biblioteca, el centro de estudios y la sala de actividades. Ya he buscado en todos ellos, y no lo encuentro, no está, no sé dónde se ha podido meter. Voy a avisar a los de seguridad. Si pierdo mi trabajo, pues, nada, lo he perdido y ya está.

—Espera, espera, dame un minuto al menos. Déjame que piense. ¿No hay ningún cuarto de limpieza o algo así donde se haya podido meter? ¿Estás segura de que no habéis estado en ningún sitio más?

—Que no, que no, que ya he revisado todas las salas donde hemos estado. Y, cuartos, los únicos cuartos accesibles al público son los cuartos de baño por donde hemos pasado a que los niños hicieran pis, pero también los he revisado y nada.

—Pues no sé…

Sandra recorrió los pasillos del museo mentalmente. No le supuso ningún esfuerzo, puesto que había hecho la ruta de visita con Raquel innumerables veces. Su cerebro comenzó a funcionar. Asociación de ideas: niños, salas, despistes, juegos, escondites, cuartos de baño…

—¡Espera un momento! —exclamó de repente—. ¿Tú también has pasado al servicio?

—Sí, ¿por qué?

—Recuerdo que una de las veces que estuve allí y tuve ganas de ir al servicio, me dijiste que entrara contigo al de empleados, que siempre estaban limpios, ¿te acuerdas?

—Sí, bueno, pero ¿eso qué tiene que ver ahora?

—Pues que esos servicios los abriste y cerraste con llave. Es posible que el niño se haya despistado, haya entrado detrás de ti al servicio de empleados y le hayas de dejado encerrado allí. ¿Has revisado esos servicios?

—¡Joder! ¡Pues no!

Raquel comenzó a correr hacia los servicios de personal. Nerviosa, sacó las llaves del bolso y abrió la puerta. Allí estaba Jaime, sentado en uno de los inodoros jugando tranquilamente con su reloj.

—Pero ¡Jaime, por Dios! ¡Qué susto me has dado! ¿Por qué no has dicho nada? No sabía dónde estabas.

El niño se encogió de hombros y salió como si nada del servicio ante la atónita mirada de Raquel.

—¿Sandra?

—Sí, sí, aquí sigo. ¿Lo has encontrado?

—Sí, tía. ¡Menos mal! Aquí estaba encerrado. Gracias, te debo una. Mira que eres lista, joder.

—Bueno, ya te pagarás algo. Venga, te dejo, mañana hablamos. Un beso y ten cuidado, no pierdas a ninguno más.

—Lo intentaré, mañana hablamos. Gracias, de verdad —se despidió Raquel aliviada.

Sandra llevaba un rato aparcada en la calle de su casa. Se bajó del coche, entró en el portal, y llamó al ascensor. Mientras este bajaba, no pudo evitar esbozar una sonrisa de satisfacción por haber conseguido ayudar a Raquel a encontrar a ese niño. «Qué mujer más despistada», pensó con cariño.

***

A las ocho en punto de la mañana siguiente, un Seat Ibiza azul aparcó justo detrás de Sandra. Ella ya llevaba más de media hora enfrente de la clínica. Había pasado mala noche. No consiguió pegar ojo pensando en Marcos y ese mono al que se supone que tenía que inmovilizar. Era algo habitual en Sandra. Le gustaba tener siempre todo programado y controlado. Cuando las cosas escapaban a su control o no las tenía preparadas, se inquietaba. Esa inquietud fue la que no la dejó dormir en toda la noche. Sentía una cierta atracción por aquel chico que escapaba a su control. Y eso la molestaba enormemente.

—¡Buenos díaaaas! —dijo Marcos asomando la cabeza por la ventanilla del copiloto del coche de Sandra—. Deja tu coche aquí y nos vamos en el mío.

—¡Ah!, vale. Pensaba que después tendrías más consultas.

—Sí, sí. Hoy tengo la mañana completa, pero luego te traigo, no te preocupes —dijo esbozando una de sus espléndidas sonrisas, que provocaban en Sandra un magnetismo incontrolable.

Tan solo diez minutos después se encontraban justo enfrente del chalé donde vivía Gupy, el mono rebelde. La longitud de la fachada evidenciaba el gran tamaño de la casa. Dos plantas y un sótano con capacidad para no menos de tres coches componían la totalidad de la construcción, rodeada por una parcela donde al menos, desde la entrada, se vislumbraba una enorme piscina, una zona ajardinada y un pequeño parque infantil.

Vira, la señora de la limpieza de origen rumano, les abrió la puerta. No entendía demasiado el castellano, pero el dueño de la casa le había advertido de la visita del veterinario. Los condujo hacia una gran sala de estar ubicada en la planta baja. Gupy se encontraba en una jaula de tres metros de ancho por dos metros de alto y dos metros de fondo, situada cerca de un ventanal, desde donde se veía el jardín posterior.

Vira les señaló la jaula desde una distancia prudencial, dando a entender que el mono no era santo de su devoción, y siguió con sus tareas de limpieza en la planta primera.

Gupy permaneció inmóvil ante la presencia de Sandra y Marcos. Los observaba sin perder detalle de cada movimiento que realizaban al otro lado de la jaula.

—No le mires, finge que no le has visto. Actúa con normalidad, sin movimientos bruscos. Estaremos fuera de la jaula unos diez minutos preparando las cosas hasta que se aburra de observarnos y empiece a hacer sus cosas de mono —susurró Marcos—. Entonces entraré lentamente en la jaula con este trozo de comida. En cuanto se acerque le inmovilizaré. Tú entrarás y me sustituirás mientras le hago la cura del herpes, ¿entendido?

Sandra asintió lentamente. Empezó a notar cómo el sudor brotaba por sus axilas, señal inequívoca de que se estaba poniendo algo nerviosa, eso, y bostezar, que era otro de los síntomas que tenía cuando los nervios se apoderaban de ella. El mono no le daba buenas vibraciones, parecía como si estuviera preparándose para hacer que pasaran un mal rato. «¿Por qué alguien querría tener un mono tití de mascota? —pensó de repente—. Estos animales donde mejor están es en la puta selva, ¡joder! ».

—Siento interrumpir tus pensamientos, pero voy a entrar ya —susurró de nuevo Marcos—. ¿Preparada?

—Sí —contestó Sandra intentando aparentar serenidad.

Marcos abrió lentamente la puerta de la jaula y se introdujo en ella. Sandra observaba la escena, inmóvil. Gupy dudó. De un salto se alejó del veterinario todo lo que el habitáculo le permitía. Marcos se acercó a él lentamente estirando el brazo para que el mono se percatara de la comida. Este, desconfiado, acortaba distancias con la intención de coger el alimento sin ser atrapado. Cuando estaba a punto de hacerlo, Marcos hizo un movimiento brusco y agarró a Gupy.

—¡Ahora, Sandra! —gritó.

Sandra entró en la jaula rápidamente y rodeó al mono con sus brazos, inmovilizándolo.

—¿Lo tienes? —preguntó Marcos.

—Sí, creo que sí. Pero date prisa, que hace mucha fuerza —contestó algo forzada.

—No te preocupes, no tardo.

Marcos envolvió un comprimido antiviral en otro trozo de comida y se lo introdujo a Gupy en la boca.

—Eso es. Ahora le aplico la pomada y listo.

Se untó una pequeña dosis en el dedo y, con mucho cuidado, se la extendió en toda la zona afectada por el herpes. Fue en ese preciso instante cuando un severo zarpazo arañó la cara de Marcos, dejándole

unos pequeños surcos ensangrentados. Gupy había conseguido zafarse del abrazo de Sandra y en menos de un segundo había conseguido atacar al veterinario, que no tuvo tiempo de reaccionar.

—¡Joder!, se me ha escapado. Lo siento. ¿Estás bien? —preguntó Sandra poniendo las manos sobre la cara de Marcos.

—Sí, sí, tranquila. Vamos a salir de la jaula cuanto antes —contestó algo aturdido.

Cerraron la puerta y se alejaron un par de metros.

—Joder, lo siento, no sé cómo ha podido sacar el brazo, si lo tenía bien agarrado. Voy a buscar a la mujer de la limpieza a ver si tienen un botiquín y te curo la herida.

Sandra subió rápidamente las escaleras que llevaban al primer piso y buscó a Vira. La encontró en una de las habitaciones limpiando los cristales con los auriculares puestos, ajena a todo lo que sucediera en la casa. Sandra le explicó lo que había pasado.

—Mono asqueroso —pudo entender de las pocas palabras legibles que salieron de la boca de la rumana. Le indicó que encontraría un botiquín en la cocina, y prosiguió con sus labores como si nada.

Sandra cogió un bote de agua oxigenada, Betadine y unas gasas.

—Esto es lo que he encontrado, había poca cosa, pero, bueno, te lo limpio y te echo el Betadine para cortar la hemorragia y que no se infecte. Después, que te lo mire Andrea en la clínica por si hay que darte algún punto. Además, tendrá que administrarte un recordatorio de inmunoglobulina contra la rabia por si acaso.

Cogieron dos sillas de la mesa del comedor y se sentaron el uno frente al otro.

—Esto no habrá sido en venganza por lo de la vacuna del otro día, ¿no? —preguntó Marcos esbozando una media sonrisa.

—¿Qué vacuna? ¡Ah!, lo de «doctora, te sujeto a Ros mientras le pones la vacuna» —recitó Sandra poniendo una voz muy grave para que sonara a imitación cómica de Marcos.

—¿Yo hablo así? Vamos, con la voz tan bonita que tengo, que podría haber sido locutor de radio.

—Sí, claro. Cállate. No te muevas, que te voy a echar el Betadine.

Marcos detuvo su mirada en los ojos de Sandra. La miró fijamente mientras ella estaba concentrada en su repentina tarea de enfermera. Sandra notaba la mirada de Marcos y luchaba para que no coincidiera con la suya. Sabía que, si se rendía al contacto visual, se provocaría un momento incómodo del que no sabría cómo escapar. Tan solo unos centímetros los separaban. Ella intentaba no desconcentrarse, pero, a medida que pasaban los segundos, el deseo de besar a Marcos crecía de manera incontrolable. No pudo evitar bajar la mirada y encontrarse con sus labios. Dudó. Por un momento descuidó el control sobre sus manos. Soñó que estas se deslizaban por la espalda desnuda de Marcos

mientras él le besaba el cuello y la boca, y…

«¡Joder! ¿En qué coño estoy pensando?», se reprendió a sí misma obligándose a volver a la realidad y a dar por terminada la cura.

—Ya está, ya no te sangra. Ahora no te lo toques hasta llegar a la clínica —dijo levantándose de la silla.

A Marcos le costó un poco más incorporarse. Se habría quedado allí sentado contemplando a Sandra mil años más. No sabía exactamente qué era lo que le atraía tanto de ella. Era guapa, sí, pero como muchas otras chicas que había tenido la suerte de conocer. Era otra cosa. Sandra era especial, inteligente, ingeniosa, divertida… Tenía algo que no le dejaba pensar en otra cosa. Desde el primer día que la vio en el *office* de la clínica sentía un irrefrenable deseo de tenerla cerca.

Se subieron de nuevo en el coche de Marcos y pusieron rumbo de vuelta a la clínica.

—¡Puf!, no sé si voy a poder conducir, estoy herido. Lo mejor sería llamar a una ambulancia y que fueras conmigo en la parte de atrás agarrándome de la mano como en las películas —dijo Marcos simulando un desmayo.

Sandra le lanzó una mirada cariñosa. Probablemente tendría que aguantar las bromas de Marcos durante unos días y, aunque le seguiría la corriente, estaba un poco decepcionada consigo misma por no haber cumplido con su parte del trabajo. Al fin y al cabo, había fallado en su cometido, y eso para ella era motivo suficiente para sentirse desanimada.

—¡Qué tonto eres! Anda, tira para la clínica, que te vea Andrea. Ya bastante mal me siento por lo que te ha pasado por mi culpa, para que encima se te infecte la herida.

Marcos relajó un poco el tono de burla.

—Oye, que no te preocupes, de verdad, que no pasa nada. Son gajes del oficio. Gupy es un mono incontrolable y más tarde o más temprano esto tenía que pasar, aunque hubiese preferido que te hubiese atacado a ti en vez de a mí —dijo retomando el tono bromista.

Sandra sonrió débilmente. En el fondo agradecía que Marcos quitara hierro al asunto y estuviera empeñado en intentar que ella no se sintiera mal, pero hubiese preferido que la cura del mono hubiera terminado sin heridos. Ya no podía cambiar eso, así que había que reponerse y recuperar el ánimo cuanto antes.

—Por cierto —prosiguió Marcos—, te quería comentar una cosa. Los viernes, aprovechando que no hay mucho lío por las tardes, es muy habitual que Andrea cierre la clínica un rato antes y nos mande a casa. En vez de eso, solemos ir a tomar algo a El Zoco, que está muy cerca. Beatriz es la única que no viene casi nunca, siempre dice que tiene cosas que hacer, aunque nunca dice el qué, es un poco antisocial.

Pero Laura, Verónica, Yolanda y yo siempre nos quedamos un rato hablando. ¿Te quieres venir este viernes con nosotros?

Sandra dudó unos segundos antes de contestar.

—Bueno…, no sé… A Verónica no creo que le haga mucha gracia que vaya, le caigo bastante mal.

—¡Bah!, no te preocupes por Verónica, no es nada personal. A Verónica le cae mal todo el mundo, ella es así. Siempre que conoce a alguien le cae mal. Además, no va a estar. Recuerda que si hoy has venido tú conmigo es porque ella está en Barcelona hasta el lunes. A mí me gustaría que vinieras. Además, me debes una cerveza o dos por el arañazo que me he llevado del puto mono —dijo.

Esta vez Marcos si consiguió que Sandra soltara una pequeña carcajada.

—Bueno, no te aseguro nada. El viernes vemos a ver, ¿vale?

—Vale.

Sandra pasó el resto de la jornada en la sala de hospitalización realizando curas a los animales que seguían ingresados, ya que todos recibían el alta al día siguiente. Bajo la supervisión de Yolanda, atendieron uno por uno a los pacientes, prestando especial atención a Sami, que también debía recibir el alta al día siguiente, es decir, el viernes. Le cambiaron los vendajes y le retiraron los puntos.

—Vamos a aprovechar para comer mientras dejamos que la piel de Sami se dilate en la zona donde tenía los puntos, así comprobaremos si la herida está bien cerrada o si por el contrario supura por algún sitio —dijo Yolanda.

Se sentaron una frente a otra en una de las mesas del fondo del *office*. La ausencia de Verónica en la clínica distendía el ambiente. Al menos a Sandra le daba esa sensación. A medida que iba conociendo a Yolanda, crecía en ella un sentimiento de admiración. Yolanda era una gran profesional y una buena persona. Además, era la mano derecha de Andrea en el quirófano, y eso la tenía fascinada.

—¿Qué es todo eso verde que has traído de comer? ¿Eres un conejo o algo así? —preguntó Yolanda soltando una carcajada.

—Ja y ja, muy graciosa. Es que llevo un tiempo intentando hacerme vegetariana o vegana, no sé. Pero estoy bastante frustrada porque no lo consigo —respondió Sandra apretando los labios.

—Pero… ¿por qué? ¿Por una cuestión de salud o por cuestiones éticas?

—No, por salud la verdad es que no. Más bien, por cuestiones éticas y morales. Soy muy amante de los animales desde pequeña y estoy muy afectada por el sufrimiento animal en granjas, mataderos, etc.

Yolanda guardó silencio durante unos segundos mientras masticaba ávidamente un trozo de filete de ternera que había traído para comer.

—A ver, evidentemente todos los que nos dedicamos a esta

profesión estamos radicalmente en contra de todo sufrimiento animal. Y una gran parte de la población también, obvio. Pero no hay nada más animal que la naturaleza. Desde que el mundo es mundo, los animales carnívoros conviven en la naturaleza comiéndose unos a otros. Es ley de vida. La cadena alimenticia funciona así. El equilibrio de la vida y las especies dependen de eso. Y nosotros somos carnívoros, nuestro organismo necesita también de esas vitaminas. No creo que dejar de comer carne sea la solución a nada. ¿Dónde está el dilema moral? Pues en la manera de sacrificar a los animales para su venta y posterior consumo. Los animales deberían tener una vida y una muerte dignas. Y ahí es donde deberíamos poner todos de nuestra parte para que los humanos que se dedican al cuidado de animales para su posterior sacrificio cumplan con las normativas de higiene y salud de dichos animales. Creo que tenemos la responsabilidad de denunciar a todas estas granjas fraudulentas y todos los mataderos donde hacen sufrir a los animales hasta su muerte. Los animales deben tener una buena vida. Pero, igual que en la naturaleza el león mata para comer, nosotros cuando vivíamos en cuevas también lo hacíamos. Y ahí nadie tenía un conflicto moral. Era eso o morir de hambre —zanjó Yolanda.

—Ya, bueno. Pero ahora mismo tenemos un problema de abastecimiento enorme. Es decir, no hay tiempo para que los animales completen su ciclo de vida porque no damos abasto al consumo desmesurado de carne que hay hoy en día por parte de los países desarrollados. Esto hace que los ganaderos inflen a los animales de manera ilegal para su rápido sacrificio. Si consumiéramos menos carne, habría menos demanda y, por tanto, menos explotación animal —contestó Sandra.

—Correcto, estoy de acuerdo. Pero no creo que dejar de comer carne sea la solución. Habría que reducir el consumo, eso sí, pero apostando por otro tipo de alimentos que hoy en día son muy caros para la población media. De momento, esto no les interesa. Se dedican a poner trabas a todo el que quiera producir productos ecológicos. Si esto se regulara, tendríamos acceso a productos más sanos y naturales, y el consumo de carnes descendería. Además, obligando a todo el sector a seguir unas medidas estrictas de cuidado y sacrificio de los animales, poco a poco la cosa se iría estabilizando, como ha pasado siempre en los pueblos. La gente tenía su huerto y su granja de animales, y no les faltaba de nada. Los animales tenían una vida digna y los dueños comían de todo. Lo que pasa ahora es que es más barato comprar cinco kilos de pollo que una lechuga y unos tomates ecológicos.

Marcos abrió la puerta del *office* y asomó la cabeza para comprobar quién se encontraba dentro antes de entrar.

—¡Hola! —soltó mostrando una sonrisa de oreja a oreja.

Sandra levantó la mirada y el cambio de expresión de su cara no le pasó desapercibido a Yolanda.

—¿Qué habláis que estáis tan serias? —preguntó Marcos sentándose justo enfrente de Sandra para contemplarla.

—Nada, de animales, ya sabes. ¿Tú qué tal? ¿Vienes a comer? —preguntó Yolanda.

—No, qué va. Tengo consulta en media hora en un chalé de aquí al lado, pero he pasado a veros. ¿Qué tal la mañana?

Yolanda observó algo extraño en el rostro de Marcos y se giró bruscamente.

—¡Anda!, pero ¿qué te ha pasado en la cara? ¿Y ese arañazo?

Sandra enrojeció bruscamente y desvió la mirada.

—No, no. ¡No disimules! —exclamó Marcos en tono jocoso—. Aquí Sandra, que esta mañana me ha achuchado a un mono deliberadamente.

—Joder, mira que eres cabrón, macho —casi susurró Sandra con la sonrisa torcida—. Que ha sido sin quereeeeer. Cuando quiera hacerte algo a propósito, lo sabrás, no te preocupes.

Yolanda deslizaba la mirada entre Marcos y Sandra notando cierta complicidad entre ambos.

—Que es broooma, no te enfades. Son cosas que pasan en este oficio. Tratando con animales peligrosos, ya se sabe. Bueno, que me voy, que no llego. ¡Hasta luego! —dijo Marcos levantándose de la silla de un salto.

Yolanda rompió el silencio que la repentina salida de Marcos del *office* había provocado.

—Es guapo, ¿verdad? —preguntó esbozando una sonrisa burlona, que Sandra captó enseguida.

—Ya estamos… Nos llevamos bien, nada más. Mi hermana puso exactamente la misma cara que estás poniendo tú ahora mismo cuando me llamó ayer por teléfono. ¡No sé qué os pasa! A ver, es guapo y la verdad es que desde el primer día es como si le conociera de toda la vida. Nos entendemos. No sé… —Yolanda soltó una carcajada y se quedó mirando a Sandra fijamente sin decir nada—. ¡Vale, joder! ¿Tanto se me nota? —preguntó Sandra sorprendida.

—Se te nota mucho, tía. Admítelo, te gusta y ya está. Te puedo informar, además, que es el soltero de oro aquí en la clínica. No tiene novia, es como el doctor macizo de *Anatomía de Grey*. ¿Veías esa serie? —Sandra asintió lentamente con la cabeza—. Pues eso. A mí la verdad es que nunca me ha interesado. Los guaperas no me inspiran confianza. Prefiero alguno que sea más del montón y que me atraiga por algo en especial, algo que solo pueda ver yo y que los demás no sepan ver. ¿Sabes lo que te digo?

—Claro que lo sé. Eso es muy bonito. Y por eso me gusta Marcos. No solo es por su físico: hay algo en él que me atrae. Pero todavía no sé qué es. Cuando lo descubra, te lo diré —dijo Sandra provocando la risa de ambas.

***

Sandra se presentó el viernes en la clínica más pronto de lo habitual. Quería comentar con Laura los apuntes que había tomado durante la semana antes de enseñárselos a Andrea.

Laura ya se encontraba encendiendo el ordenador en su mesa de la recepción cuando Sandra entró por la puerta.

—¡Buenos días, Sandra! ¡Por fin viernes! ¿Qué tal tu primera semana? —preguntó con su habitual tono jovial.

—Pues desde que no está Verónica cada vez mejor —dijo Sandra mostrando una gran sonrisa forzada a modo de burla—. El congreso ese ya podía durar seis meses por lo menos.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué exagerada! Acabaréis siendo amigas al final, ya verás —contestó Laura.

—Lo dudo mucho —dijo Sandra tratando de cambiar el tono jocoso a un tono más serio—. Quería que le echaras un vistazo a mis apuntes de esta semana antes de enseñárselos a Andrea para ver qué te parecen.

Laura cogió los papeles y comenzó a leer.

—De momento, te diré que llevas demasiados apuntes. Date con un canto en los dientes si te escucha más de diez segundos seguidos. Pero, bueno, tú inténtalo —dijo sin apartar la mirada de los papeles.

—Bueno, el lunes me dijo que, si tenía dudas, que las apuntara para consultarlas al final de la semana —replicó Sandra gestualizando con las manos.

—Sí, sí, pero hazme caso. Elige una o dos como mucho porque, si te atiende, será muy poco tiempo. Y seguramente, si lo hace, será mientras está trabajando en el laboratorio. O sea, que mucho caso no te hará.

Laura devolvió los apuntes a Sandra, que los cogió algo desanimada.

—¿Hoy qué voy a hacer? —preguntó.

—Pues, debido a la ausencia de tu querida Verónica, muchas de las consultas se han trasladado al lunes. Así que las pocas que se han mantenido para hoy las va a hacer Beatriz —«la Novia Cadáver», pensó Sandra— y tú con ella. Supongo que hasta mediodía, luego por la tarde, ya que vas a hablar con Andrea, le preguntas —dijo Laura.

Sandra asintió con la cabeza y se dirigió a la consulta de Beatriz.

—¡Ah! Por cierto, me ha dicho Marcos que a lo mejor te venías esta tarde a tomar algo con nosotros, ¿no? —gritó Laura levantándose de la silla.

—No sé, no sé. Ya veremos.

—¡Vente, tonta! Y nos echamos unas risas, ya verás.

—Bueno, luego vemos. De momento, voy con Beatriz, a ver qué tal paso el día —dijo empujando la puerta de la consulta.

Beatriz apareció por la puerta que comunicaba las consultas y el pasillo. Venía del *office* y traía consigo un humeante café de la máquina.

—¡Buenos días, Beatriz! ¿Qué tal? Madre mía, con el calor que hace no sé cómo puedes beberte eso. Solo de verte me están entrando sudores —comentó Sandra con la esperanza de conseguir entablar una conversación banal con la siniestra Beatriz.

—Pues dicen que las bebidas calientes refrescan más el organismo que las frías. Cualquier líquido, cuando entra en el cuerpo, asimila nuestra temperatura corporal, que suele ser de 37°. Si ingieres una gran cantidad de líquido frío, el organismo debe hacer frente a una bajada brusca de temperatura y lo obligas a trabajar el doble para recuperar los 37°. Una función que implica un elevado gasto de las reservas energéticas y que da como resultado lo opuesto de lo deseado. Es decir, calor —contestó Beatriz más dicharachera de lo normal.

—¿Sí? —preguntó Sandra sorprendida—. La verdad es que tiene sentido. Aun así, yo me voy a comprar una botella de agua fría, que a mí el café no me gusta.

Comenzaron a pasar consulta. Sandra, asumiendo cada vez más el papel de aprendiz, se situó en su esquina de la consulta, pero esta vez sin el cuaderno de apuntes. Recordando las palabras de Laura, decidió que hoy no apuntaría nada. Se dedicaría a observar el método de trabajo de la Novia Cadáver, diagnósticos, trato con los clientes, trato con los animales, etc.

La mañana transcurrió tranquila. Casos rutinarios sin demasiada complicación para Beatriz. Tan solo el último paciente hizo que la Novia Cadáver mostrara a Sandra unos conocimientos que en un principio esta no le había atribuido. Se trataba de un cruce de *yorkshire* de siete años que llevaba varios meses que, de manera intermitente, orinaba con manchitas de sangre.

—Vamos a realizar una analítica de orina completa con un cultivo. Eso nos aportará mucha información sobre el estado de los riñones, de la glucosa sanguínea, de si hay cristales o no en la orina… —explicaba Beatriz al dueño de la Yorkshire—. Sandra, por favor, avisa a Andrea de que vamos a realizar una prueba de sedimento urinario en el laboratorio, por si tiene que preparar algo, para agilizar un poco. —Sandra obedeció.

Mientras, Beatriz se llevó a la perra al quirófano para extraer la muestra de orina mediante una cistocentesis. Colocó al animal panza

arriba y con ayuda del ecógrafo localizó la vejiga de la orina y la puncionó para obtener la muestra directamente de la vejiga. En ese momento Sandra entró en el quirófano.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó.

—Sí, porfa. Ya que estás aquí, a ver si puedes sujetarle las patas traseras un poco para extraer una segunda muestra. Es que se mueve mucho y solo le he podido extraer un poco. ¿Estaba Andrea en el laboratorio?

—Sí, sí. Me ha dicho que le lleve la muestra cuando la tengamos.

—Bien. ¿Sabes qué es lo que estoy haciendo? —preguntó Beatriz.

—Claro. Si no me equivoco, estás extrayendo una muestra de orina mediante la cistocentesis.

«Lo que debería haber hecho Verónica con aquel cruce de mastín», pensó Sandra.

—Exacto. ¿Y por qué utilizo esta técnica, y no la micción espontánea o el sondaje?

—Porque esas técnicas no son tan precisas como la cistocentesis. Pueden arrastrar células o bacterias de la uretra, y contaminarse con secreciones del tracto genital, y los resultados no son tan fiables.

—Eso es. Si necesitas salir del paso cuando no dispones de un quirófano con ecógrafo, esas técnicas te pueden servir para hacer unas primeras valoraciones aproximadas, pero no son concluyentes. Afortunadamente, en esta clínica sí disponemos de los medios para realizar pruebas mucho más precisas con unos resultados fiables casi al cien por cien.

Sandra continuaba un poco sorprendida con la actitud de Beatriz, mucho más habladora y simpática que en días anteriores. ¿Tendría algo que ver la ausencia de Verónica? ¿Podría ser que Beatriz se sintiera un poco eclipsada por ella? Desde luego era evidente que se sentía mucho más cómoda pasando consulta que haciendo extracciones y poniendo vacunas. Es posible que Verónica, con su personalidad fuerte y arrolladora, tuviera a una Beatriz, mucho más introvertida, totalmente desplazada.

«Las personas como Verónica lo acaparan todo», pensó Sandra, cuando de repente Yolanda abrió la puerta del quirófano.

—¡Hola! ¿Queréis despediros de Sami? En un rato vienen a por él. Andrea le ha dado el alta.

Sandra miró a Beatriz en busca de un gesto de aprobación.

—Ve tú si quieres. Ya me apaño yo con la *yorkshire,* no te preocupes —dijo Beatriz.

—Gracias, Beatriz, luego te veo entonces.

Sandra siguió a Yolanda hasta la sala de hospitalización. Sacaron a Sami de la jaula. Estaba mucho más espabilado que el día anterior y a pesar de tener las patas delanteras escayoladas hacía intentos de

ponerse en pie.

Yolanda le puso agua y comida.

—Sandra, porfa, ¿podrías preparar la bañera? Vamos a bañarle para que esté limpio cuando venga su dueño.

Mientras bañaban a Sami, Sandra le comentó a Yolanda que iba a consultar con Andrea algunas dudas que tenía apuntadas.

—Pues ¡mucha suerte! —exclamó Yolanda entre carcajadas.

Sandra la miró con una medio sonrisa.

—¿Ya has terminado de reírte? La verdad es que no me apetece nada, pero tengo que intentar acercarme a ella poco a poco —confesó.

—Pues nada, tía, di que sí. Sé valiente —dijo Yolanda todavía con la sonrisa en la cara—. Si la pillas en un buen día, lo mismo hasta te responde.

Sandra volvió a la consulta de Beatriz para recuperar sus apuntes. No había nadie. Agarró el cuaderno y se dirigió al laboratorio para hablar con Andrea.

De camino iba recordando las palabras de Laura: «Llevas muchos apuntes»; «Elige uno o dos como mucho». No le costó mucho elegir cuál de ellos consultaría. Tenía la oportunidad de molestar a Verónica y no pensaba desaprovechar la ocasión.

De repente Yolanda le cortó el paso en el pasillo.

—No te molestes, no está. Se debe de haber ido un poco antes a comer.

—Pero ¿qué hora es? —preguntó Sandra sorprendida.

—Las dos. ¿Comes en el *office*? Nosotras vamos para allá —dijo señalando a Beatriz, que ya cruzaba la puerta—. Vente y comemos juntas, ahora vendrá Laura también cuando cierre la clínica. Los viernes Andrea suele venir sobre las seis y, si no hay ninguna urgencia, nos manda para casa.

Laura se unió al grupo y comieron las cuatro juntas. Sandra no dejaba de pensar en Verónica. Si no fuera por ella estaba segura de que tenía un sitio en la clínica. A las demás parecía no importarles su presencia. Es más, estaba casi segura de caerles bien. De ser así, solo tendría que dedicar tiempo a ganarse la confianza de Andrea para hacerse un hueco, pero Verónica era la típica compañera tóxica que partía el equipo por la mitad. Siempre quería ser el centro de atención y toda persona que estuviera a su alrededor tenía que bailar a su ritmo. Si quería tener un futuro en la prestigiosa clínica, debía encontrar la manera de cambiar esa situación. Pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. «Quizá, si me la cargo y la entierro en el cementerio, nadie note su ausencia», pensó mientras una sonrisita diabólica se dibujaba en su cara.

Las horas pasaron rápido. Sandra ocupó la tarde entre la recepción, ayudando a Laura a hacer inventario; la sala de hospitalización;

ayudando a Yolanda a limpiar las jaulas, puesto que ya no había quedado ningún perro ingresado; y en la consulta 3, observando a Beatriz cómo archivaba datos en el ordenador.

Andrea hizo su aparición justo a las seis. Puntual, como había dicho Yolanda. Entró directamente al laboratorio y cerró la puerta. Parecía algo agobiada. Sandra pensó que sería bueno darle unos minutos de margen antes de abordarla con sus preguntas. Aunque la verdad es que daba igual, porque siempre parecía agobiada.

Golpeó suavemente la puerta con los nudillos. Nadie contestó. Tomó aire y giró el pomo.

—¡Hola, Andrea! ¿Tienes un momento? Quería consultarte unas dudas —dijo con cierto titubeo en la voz.

Andrea levantó la vista y la miró fijamente, pero era como si no la viera. Estaba absolutamente absorta en sus pensamientos.

—¿Y tiene que ser ahora? Ahora imposible. Tengo mucho trabajo. Vuelve en otro momento. Haz el favor de cerrar la puerta por fuera —contestó de carrerilla en cuanto volvió en sí.

Sandra obedeció frustrada y sin decir palabra se dirigió al *office*. Ya le habían avisado de que la reunión con Andrea sería breve, pero tenía la esperanza de que al menos le prestara atención unos minutos.

Completamente indignada sacó una Coca-Cola Zero de la máquina expendedora y se sentó pensativa en una de las sillas. ¿Habría sobrevalorado la experiencia de realizar las prácticas en la clínica Coímbra? ¿Tendría más futuro en una clínica cualquiera? ¿Estaba a tiempo de cambiar? ¿Merecería la pena aguantar los tres meses allí? Una sensación de desánimo se apoderó de ella. Fijó su vista en la pared blanca que tenía enfrente y se quedó hipnotizada con el suave sonido que producía el parpadeo de los fluorescentes. Como si quisieran emanar sus últimos latidos de luz, algunos de ellos se aferraban a la vida provocando un relajante efecto luminoso en la vacía y enmudecida sala. Perdida en sus pensamientos, de repente Sandra dio un violento respingo.

—¿Te he asustado? Parecía que no había nadie. ¿Estabas meditando o algo así? —preguntó Marcos en su ya habitual tono irónico.

—¡Joder, qué susto! No estaba meditando, pero menos mal, porque me habrías sacado el corazón del pecho. ¿Tú crees que puedes entrar así en los sitios? ¡Que casi te cargas la puerta! —contestó Sandra haciendo gestos con los brazos.

—Vaya, vaya, así que tu corazón se acelera cuando me ves, ¿no? —contestó Marcos poniendo una ridícula voz sensual.

—Ja y ja. Sí, pero del susto que me has dado. No por lo que tú te piensas.

—Ya, ya. Bueno, pues deja de meditar, que nos vamos.

—¿A dónde?

—Pues a El Zoco, lo que te dije el otro día, ¿recuerdas? Vamos a tomar algo todos los viernes y tú me dijiste que hoy te venías.

—¡Ah!, no, no. Yo no te dije eso, no mientas —dije que me lo pensaría.

—Anda, venga, no te hagas de rogar. Hoy viene hasta Beatriz, que no viene nunca.

«Claro, porque no está Verónica, por eso viene», pensó Sandra. La verdad es que le apetecía evadirse un poco. Y qué mejor manera que en compañía de Marcos. Este adoptó una pose de caballero ofreciendo su brazo a Sandra al estilo Leonardo DiCaprio en *Titanic* que la terminó de convencer. Y así, cogidos del brazo, Salieron de la clínica en dirección a El Zoco.

En menos de cinco minutos andando se presentaron en el bar Durán, donde solían ir todos los viernes. El Zoco era un centro comercial de tan solo una planta, que albergaba peluquerías, bares, tiendas de ropa, alimentación, una administración de lotería y un par de sucursales bancarias. Era un centro comercial antiguo, pequeño en comparación con las megaconstrucciones cercanas que le precedían, como Madrid Xanadú. Pero quizá eso hacía que los vecinos le tuvieran cierto cariño. Comercio local, tiendas pequeñas, cercanía, barrio…

El bar tenía una terraza en uno de los soportales del centro comercial, a la sombra. Aunque a esas horas el sol ya iba aflojando un poco, era mediados de julio y la corriente que se notaba entre las columnas se agradecía bastante.

Yolanda y Beatriz ya estaban sentadas en una de las mesas esperando al resto para pedir. Laura sería la última en llegar.

Sandra se percató de la presencia de las chicas y soltó el brazo de Marcos. Pero ya era tarde. Yolanda la había visto y esbozaba una sonrisa picarona de oreja a oreja.

—Bueeeenas —dijo Marcos ajeno a las risitas de Yolanda—. ¿Habéis pedido ya? —preguntó.

—No, no. Os estábamos esperando —contestó Yolanda.

Todos pidieron una primera ronda de cervezas y, aunque Sandra pensaba tomarse una Coca-Cola Zero, no quiso desentonar y se unió al resto. Había cierto clima de timidez al principio. Sandra supuso que se debía a su presencia, ya que era la nueva. Pero, poco a poco y ayudados por el alcohol de la cerveza, la conversación se fue animando. Hablaron de sus vidas, de la clínica, de animales, de política, de noticias actuales… De todo un poco. Si hubieran estado un rato más, habrían acabado arreglando el mundo. Pero el tiempo con cerveza y buena compañía pasa deprisa y enseguida dieron las diez. Ya era casi de noche y Sandra estaba un poco preocupada por si se encontraba algún control de alcoholemia y no quería que se le hiciera

más tarde.

—¿Dónde tenéis el coche? ¿En la clínica? —preguntó Laura.

—Nosotros sí, hemos venido andando —contestó Marcos refiriéndose a Sandra y a él.

—¿Y vosotras? —preguntó Laura a Yolanda y Beatriz.

—Nosotras como tú. Nos lo hemos traído, somos muy vagas las tres —dijo Yolanda sonriendo.

—Pues, nada, chicos, hasta mañana. Bueno, Sandra, tú hasta el lunes, adiós.

Sandra y Marcos tomaron el camino de regreso a la clínica. Durante el trayecto, un silencio incómodo se instaló entre ellos. La tensión de no sabían muy bien qué se podía cortar con un cuchillo. Tenían el coche aparcado uno detrás de otro en la misma puerta de la clínica y, cuando ya tocaba despedirse, Marcos decidió lanzarse, ayudado por supuesto por ese puntillo que le habían proporcionado las cervezas.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí, claro —dijo Sandra intentando mostrar serenidad.

—¿Puedo besarte?

Sandra disimuló su sorpresa y reaccionó rápidamente.

—¿Tú crees que te lo has ganado? —respondió con una sonrisa burlona.

—Hombre…, pues… yo creo que a lo mejor un beso pequeño sí.

—Pues yo creo que te lo tienes que currar mucho más para pasar de dos besos a solo uno.

—¿Sí? Bueno, tenía que intentarlo. ¿Al menos tengo alguna posibilidad de conseguirlo? Con el tiempo, me refiero —dijo mordiéndose el labio inferior, gesto que le solía funcionar.

—¡Ja, ja, ja! Pero ¡mírate, si pareces bueno y todo! No creas que me vas a engañar con esos truquitos de niño guapo. Me resulta muy gracioso ver cómo te arrastras por un beso, creo que lo disfrutaré todo el tiempo que pueda. Me tengo que vengar por todo lo que me has vacilado esta semana, ¿no crees? —preguntó mostrando una sonrisa cariñosa que mantuvo a Marcos hipnotizado durante unos segundos—. Y me voy, que es tarde

—¡Joder! Vale, vale, vámonos, que pareces la Cenicienta o la novia de Shrek. ¿Te conviertes en ogro o algo así después de las doce? —bromeó Marcos.

—No hace falta que den las doce, me puedo convertir en ogro en cualquier momento del día, así que ten cuidado —dijo sin dejar de sonreír mientras se levantaba del capó del coche de Marcos, donde había estado sentada todo el rato.

Este arrancó y se despidió de Sandra sacando el brazo por la ventanilla:

—Ten cuidado, nos vemos el lunes, guapa. ¡Adióóós! —Y se

incorporó a la calzada para desaparecer al final de la calle, hasta donde Sandra le siguió con la vista.

Al acercase a su coche, el cerebro le envió un mensaje alto y claro que le paralizó el cuerpo: «¡El bolso, joder! —comenzó a pensar en voz alta y a caminar de lado a lado—. ¿Dónde coño está el bolso? Piensa, Sandra, piensa». Y de repente lo vio, vio la imagen mental de su bolso en el *office* de la clínica, en la silla contigua a donde había estado «meditando», según Marcos. Hizo un rápido resumen en su cabeza para explicarse a sí misma por qué motivo no se había dado cuenta hasta ahora. Había estado tres horas sin el móvil, las llaves, el dinero… No tenía nada.

—¡Joder! ¿Y cómo me voy ahora? —murmuró—. Ni siquiera podía llamar a nadie. Marcos la había cogido del brazo y salieron juntos de clínica—. ¡Mierda!, esa maldita sonrisa…

Después, en el bar, ellos tenían un fondo común de dinero que ponían todas las semanas y, como Sandra era la nueva, la invitaron. «La semana que viene te unes al bote», dijo Yolanda. No se percató de la ausencia del bolso hasta ese momento en el que necesitó las llaves del coche.

Sandra miró el reloj. «Joder, las diez y media ya. —Se sentó en el capó de su coche a reflexionar—. A ver, Sandra, piensa. No puedo volver en autobús porque no tengo dinero, tampoco tengo las llaves del coche ni las de mi casa. Solo me queda buscar a alguien que me deje el móvil para llamar a Alicia y que venga a buscarme. Pero mira qué horas. Además, mi coche se quedaría aquí y todos lo verían mañana. Pensarían: "¿Qué coño hace Sandra aquí?". Bueno, llamo a mi hermana, a ver si hay suerte y está en casa, para que coja las llaves de mi casa que tiene mamá y venga a buscarme. Después vamos a mi casa, cojo las llaves de repuesto del coche, que encima tengo que buscar, porque no sé dónde están, me vuelve a traer aquí, me lo llevo y encima mañana tengo que volver a la clínica, porque a ver qué hago todo el fin de semana sin móvil. ¡Madre mía! ¡Hay que joderse! Encima, no me sé el número de mi hermana. Tendré que llamar a casa de mis padres y se va a enterar todo el puto mundo. ¡Joder, qué mierda! ¿Cómo me he podido dejar el bolso y no darme cuenta, coño? Marcos. Parezco tonta», pensó.

Comenzó a caminar hacia El Zoco de nuevo para pedir un teléfono móvil cuando de pronto se dio cuenta de algo. El coche de Andrea estaba aparcado en la calle paralela. Sandra se detuvo, y, tras cerciorarse de que efectivamente era el coche de la veterinaria, se dio la vuelta.

—Qué raro… ¿Qué hará todavía en la clínica? Se va a enfadar cuando me vea, seguro, pero mejor eso que molestar a todo el mundo para volver a casa. Además, van a pensar que soy gilipollas —

murmuró.

Laura le había dicho que Andrea pasaba más noches en la clínica que en su casa. Pero siempre con el pretexto de cuidar a los perros ingresados que se quedaban en observación. Rara vez se habían turnado, y era la propia Laura o Yolanda la que se quedaba de guardia alguna noche con los perros, pero, según Laura, ya hacía tiempo que siempre se quedaba Andrea. Al principio lo achacaron a la falta de su marido y que no le gustaba estar sola en casa, pero ya hacía algún tiempo de eso. Actualmente no sabían por qué pasaba tantas noches en la clínica cuando no tenían perros ingresados, como era el caso de esa noche.

Sandra dudó unos instantes al percatarse de ese detalle. Ella misma había ayudado a Yolanda a limpiar las jaulas vacías de la sala de hospitalización. Si no había ningún perro ingresado, ¿qué hacía Andrea en la clínica por las noches?

Pulsó el timbre de la puerta metálica exterior y esperó. Nada. Volvió a pulsar. Nada. Pulsó dos veces más. Nada. Se sentó de nuevo en el capó del coche y espero unos minutos. Repitió la operación, sin éxito.

«Las once de la noche. ¿Qué hago? —pensó—. Seguro que está en el laboratorio y no lo oye, o lo está oyendo, pero pasa de abrir». Una idea que desde el principio sobrevolaba su cabeza, pero que había descartado al menos un par de veces, comenzó a cobrar fuerza: «Vale, vamos a ver, si Andrea está dentro, la alarma estará desconectada. Me puedo colar por detrás cruzando la sala de hospitalización hasta el *office* y en un par de minutos estoy fuera con el bolso. Andrea no se va a enterar. Claro que, si me pilla, joder…». Sandra recordó el truco que le enseñó Yolanda para abrir la puerta trasera: «Detrás de la persiana tenemos escondida una radiografía».

La oscuridad era total a las once y cuarto de la noche en Coímbra. Sandra miró hacia ambos lados de la calle para cerciorarse de que nadie la observaba. Se dirigió a la parte derecha de la valla, donde hacía esquina con el muro que enfilaba hacia el río y la tapia trasera. Eligió la zona más oscura y se encaramó a la valla. Los setos dificultaban mucho el ascenso arañando las manos y la cara de Sandra, pero ya no había vuelta atrás. De un salto, cayó sobre unos rosales del jardín delantero, pinchándose en el costado. Se levantó como pudo y, pegándose al muro, caminó agachada lo más rápido posible hacia el cementerio.

Se detuvo unos segundos. Envuelta en una total oscuridad, solo podía vislumbrar un pequeño haz de luz que salía por debajo de una de las ventanas. «Andrea está en el laboratorio», pensó. Con el suave ronroneo del agua del río entre las piedras como único sonido, Sandra siguió avanzando hacia la puerta. No se escuchaba nada más, el

silencio era sepulcral.

Comenzó a cruzar el cementerio a paso lento. Intentaba pisar el suelo lo menos posible, así que decidió ir muy despacio, pero dando grandes zancadas. Las iba contando para aliviar tensión y animarse a sí misma:

—Una, dos, tres, cua…

A la cuarta zancada Sandra no encontró suelo donde apoyar el pie y cayó en un agujero. Después de incorporarse y hacer revisión de daños, comprobó que se trataba de una de las tumbas. Solo estaba el agujero. Es como si alguien hubiera desenterrado el cadáver y se lo hubiese llevado. Sandra sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. De repente pensó en darse la vuelta y salir de allí corriendo, pero quedaban escasos metros y estaba segura de que Andrea no se daría cuenta. «Ya no me puedo ir sin el bolso», pensó. Le dolía la muñeca y tenía toda la ropa llena de tierra de la caída.

—¡Joder! —masculló.

Se sacudió un poco, vació las zapatillas y consiguió llegar a la puerta.

Introdujo la mano entre el cristal y la persiana para hacerse con la radiografía. Pegó la espalda a la pared y efectuó dos pasos laterales para llegar a la puerta. «¿Qué haces? Que no estás en una cornisa, ¡Joder! —se dijo a sí misma—. Los nervios y demasiadas películas».

Deslizó la radiografía por la rendija para hacer saltar el resbalón. No lo consiguió. Le pareció mucho más fácil cuando se lo vio hacer a Yolanda. Segundo intento. Un leve crujido hizo que la puerta se abriese suavemente. Sandra permaneció inmóvil, no movió ni un solo músculo durante al menos diez segundos. Era un momento crucial. Si conseguía no llamar la atención de Andrea, lo tenía hecho. En cuestión de segundos estaría fuera de la clínica con el bolso.

Volvió a colocar la radiografía en su sitio y de puntillas se plantó en el pasillo que intercomunicaba todas las estancias de la clínica.

La puerta del laboratorio tenía una pequeña ventanita de cristal transparente en la parte superior. Media aproximadamente 20 × 20 centímetros. La luz que salía por ella iluminaba tenuemente el pasillo. Sandra gateó muy despacio hasta el *office,* abrió la puerta empujando con la cabeza muy suavemente y entró. Allí estaba el bolso, en el mismo lugar donde lo había dejado.

—¡Bien! —dijo en voz baja.

Suspiró aliviada. Se lo colgó del cuello y salió de la misma forma que había entrado, gateando. Se incorporó lentamente para abrir la puerta de la sala de hospitalización y se detuvo. No sabía muy bien por qué, pero se detuvo. «¿Qué estará haciendo Andrea a estas horas en el laboratorio?» Pensó. La curiosidad comenzó a apoderarse de ella. El plan marchaba según lo previsto. Su nivel de confianza había

aumentado considerablemente. Solo tenía que salir y lo habría conseguido, pero… ¿cómo perder la oportunidad de descubrir qué hacía la misteriosa Andrea en la clandestinidad? Solo tenía que dar un pasito hacia la izquierda y asomarse a la ventanita de la puerta para averiguarlo. Dudó unos segundos, que se le hicieron eternos. Pero no lo pudo evitar. Acercó el rostro todo lo que pudo a la ventanita y observó a un lado y a otro. Ni rastro de Andrea. Se inquietó un poco… «A ver si va a aparecer por mi espalda», pensó. Justo cuando comenzaba su retirada hacia la salida escuchó un ruido muy parecido al que produce un objeto metálico cuando cae al suelo. Gracias al silencio que reinaba en la clínica, pudo saber exactamente de dónde provenía dicho sonido. «Está en el quirófano», murmuró para sí. Si quería saciar su curiosidad y saber qué estaba haciendo Andrea ahí dentro, tenía que atravesar el laboratorio y asomarse a la ventanita de la puerta del quirófano. «¡Uff!, es muy arriesgado, voy a tentar demasiado a la suerte. Ya tienes el bolso, Sandra, vete y ya está», pensó. Su parte más racional le exigía una huida inmediata, pero no lo hizo. Abrió muy lentamente la puerta del laboratorio. No tuvo problemas para recorrer los cuatro pasos que la separaban del quirófano, puesto que la luz estaba encendida. Su corazón comenzó a latir cada vez más deprisa. «Pero ¿qué estás haciendo? ¿Te has vuelto loca?», pensó. Cada vez estaba más nerviosa. Comenzó a brotar sudor de sus axilas y bostezó un par de veces. Pero la tremenda curiosidad que sentía la impulsaba hacia delante y no la permitía retroceder.

Se encontraba de cuclillas enfrente de la puerta del quirófano. Comenzó a ascender muy despacio hasta que tuvo la ventanita a la altura de sus ojos. No podía ver lo que hacía, pero sí pudo adivinar la posición de Andrea, que se hallaba justo en la parte izquierda de su escaso campo de visión. Se agachó de nuevo, respiró hondo. Hizo un movimiento lateral hacia la derecha para asomarse otra vez con el mayor ángulo posible hacia la parte izquierda del interior, donde se encontraba la misteriosa veterinaria. Ahí estaba. Ahora podía distinguir la parte trasera de la cabeza. La veía de espaldas manipulando algo en la mesa de operaciones. Pero ¿el qué? Sandra no podía verlo. Levantó muy despacio los brazos y posó las palmas de las manos contra la puerta facilitando el acercamiento de su cara contra el cristal. Su intención era conseguir más campo de visión. «¡Por muy poco!», pensó. Le faltaban escasos centímetros de ángulo para saber qué manipulaba Andrea en aquella mesa de operaciones. No pensaba rendirse. Apretó un poco más la cabeza contra el cristal, apoyó todo el peso de su cuerpo en la puerta. «Un poco más, un poco más. Ya casi lo veo», se dijo a sí misma. Cuando de repente la puerta cedió y Sandra cayó de bruces al suelo del quirófano.

Andrea se giró bruscamente.

—Pero ¿qué coño haces tú aquí? ¿Y cómo coño has entrado? —gritó muy alterada.

—Yo… Perdona. Se me olvidó el bolso —balbuceó Sandra todavía en el suelo.

Estaba en estado de *shock*. Andrea tenía lo que parecía un pastor alemán abierto en canal sobre la mesa. La imagen era brutal. Evidentemente, el animal estaba muerto, pero era como si le estuviera sacando las tripas una por una. Sandra estaba horrorizada. No cabía duda de que Andrea no estaba operando a aquel perro, sino más bien descuartizándolo. La sangre cubría el pecho y las manos de la prestigiosa veterinaria. Mientras intentaba incorporarse, no podía quitar ojo de la escena.

—¿Me vas a contestar o tengo que llamar a la policía? —seguía gritando Andrea.

—¿A la policía dices? —Sandra continuaba estupefacta—. Pero ¿qué estás haciendo? Está muerto, ¿verdad? ¿O lo has matado tú? ¿Experimentas con animales o algo así? —farfulló ya erguida del todo.

Andrea se percató de la cara de pánico de Sandra y rebajó un poco el tono de su voz.

—A ver, no te asustes, no es lo que parece. Cuéntame ahora mismo qué haces aquí y cómo has entrado, y te lo explico.

Sandra se calmó ligeramente ante el cambio de actitud de Andrea. Le contó brevemente lo del bolso y la radiografía.

—Así que una radiografía, entiendo —murmuró Andrea pensativa, como si ahora le encajaran algunas cosas que antes no le cuadraban—. Ya, ¿y no me vas a decir quién guarda esa radiografía en la ventana?

—No soy una chivata. Ya te he dicho lo que querías saber. Te toca —dijo Sandra aparentando serenidad.

—No. Iba de farol. De hecho, me has descubierto y, sinceramente, eso no entraba en mis planes. Estás en el sitio equivocado en el momento equivocado. No puedo dejar que salgas de aquí y lo cuentes. Lo siento, tendré que matarte —dijo empuñando el bisturí que reposaba sobre la mesa.

Sandra abrió los ojos tanto como pudo. Su cerebro comenzó a trabajar a toda máquina para hallar la solución más rápida a aquella encrucijada. ¿Correr? ¿Defenderse? ¿Atacar? Pero ¿qué estaba pasando? ¡Joder!

Andrea soltó una sonora carcajada.

—Vale, vale, lo siento. Te lo mereces, pero no voy a matarte. Era broma, perdona, estoy un poco nerviosa por la situación —dijo sin parar de reírse—. Sabía que algún día alguien me pillaría y tenía el discurso preparado. Ha sido más divertido de lo que me imaginaba, la verdad. Tenía que haber fotografiado tu cara en ese momento. Relájate. Siéntate en esa silla y escúchame —dijo finalmente Andrea

volviendo poco a poco a la seriedad.

Sandra, completamente confundida, se sentó muy despacio en la silla que le acababa de señalar Andrea.

—Lo que estoy haciendo es una autopsia. Por cierto, ¿te espera alguien en casa o algo así?, porque aquí vamos para rato. Te voy a explicar todo y tengo que terminar la autopsia. Además, tengo que devolver el cadáver a su tumba. Me ayudaras a enterrarlo de nuevo, ¿verdad?

Sandra la observaba ojiplática. Se podría decir que estaba flipando.

—No, digo sí. Vamos, que vivo sola y, aparte de mi perra, no me espera nadie —contestó.

—Bien, pues tranquilízate y escúchame con atención. Lo que te voy a contar no lo sabe nadie y así tiene que seguir siendo, ¿de acuerdo? Bueno, la cuestión es que desde hace aproximadamente año y medio está ocurriendo algo extraño en algunos perros. Este pastor alemán es el octavo que se muere inexplicablemente bajo mi supervisión. Todos han tenido síntomas parecidos y han terminado muriendo en cuestión de pocas semanas. ¿Por qué? No lo sé. Es la pregunta que me quita el sueño desde hace meses y que intento responder. Necesito ayuda, eso está claro, pero no tenía el valor de contarle a nadie que estaba desenterrando cadáveres para destriparlos —dijo en tono algo sarcástico—. Y de repente apareces tú de la nada, como caída del cielo. Así que no te queda más remedio que ayudarme o tendré que matarte. —Sonrió mientras cogía otra silla del quirófano—. No, vale. Por favor, te lo cuento todo y tú me dices tu opinión, lo primero que se te venga a la cabeza, por estúpido que te parezca. A veces, cuando llevas mucho tiempo investigando algo, sin resultados, te obcecas. El cerebro se atora y ya no piensa con claridad. Tú ahora mismo lo tienes despejado, no sabes nada del asunto, así que es posible que encuentres un punto de vista distinto o una posibilidad que yo haya pasado por alto, ¿entiendes? —Sandra asintió levemente con la cabeza—. Perfecto, concéntrate.

»Los síntomas han sido muy similares en los ocho perros que se me han muerto. Llegaron a la clínica con pequeñas pérdidas del equilibrio, sobre todo al sacudirse o al subir escaleras. Además, presentaban una ligera inclinación de la cabeza hacia un lado, movimientos anormales de los ojos, náuseas, vómitos e incluso algunos tambaleos y caídas.

—¿Enfermedad vestibular? —murmuró Sandra.

—Exacto. Efectivamente, a todos se les trató en base a lo que sabemos de la enfermedad vestibular. Cuéntame todo lo que sepas de la enfermedad —dijo Andrea, que aprovechó la pausa para dar un trago a su botella de agua.

—Pues, bueno, evidentemente sé la teoría, obviamente no tengo la

experiencia necesaria para profundizar demasiado.

—Tú habla, dime lo que sepas, acuérdate, cerebro despejado, puede que algo de lo que digas me dé una idea —le interrumpió Andrea.

—Vale. El sistema vestibular es el que da equilibrio a la mayoría de los mamíferos y un sentido de orientación espacial. Esta enfermedad afecta a los sistemas de equilibrio del cuerpo. Se divide en dos formas: la periférica, que surge del sistema nervioso central externo, y la central, que se origina en el interior del sistema nervioso central. La forma periférica está causada por trastornos que afectan al oído interno. En cambio, la forma central es menos común y de una condición mucho más grave.

—Correcto —interrumpió de nuevo Andrea poniéndose de pie—. La enfermedad vestibular periférica es mucho más común que la central. Las causas pueden incluir infecciones crónicas y recurrentes del oído interno y parte media, limpieza en exceso de las orejas que causa un tímpano perforado, trauma de una lesión cerebral, apoplejía, tumores, pólipos, meningoencefalitis, hipotiroidismo, así como ciertos medicamentos, como los antibióticos aminoglucósidos, incluyendo la amikacina, gentamicina, neomicina y tobramicina. —Hizo una pequeña pausa para coger aire y prosiguió ante la atenta mirada de Sandra—. Los diuréticos de asa y también ciertos limpiadores de oído, que no deberían ser utilizados en tímpanos rotos, pero que son accidentalmente utilizados, también pueden ocasionar la enfermedad. Todas estas cosas pueden irritar o dañar los nervios del oído interno y causar inflamación. A veces la enfermedad vestibular puede estar presente desde el nacimiento como un defecto congénito. O puede ser idiopática, lo que significa que no hemos identificado una causa principal en perros de edad avanzada. Sin embargo, en perros jóvenes, una infección del oído medio es la razón más común de la enfermedad. En perros viejos, pues tenemos que considerar un tumor cerebral como una posible causa del síndrome. Las causas de la enfermedad vestibular central, como tú muy bien has dicho antes, la menos común, incluyen enfermedad inflamatoria, infección, traumatismo o hemorragia en el cerebro, la pérdida del flujo de sangre y cáncer.

—Intuyo que estos perros muestran unos síntomas diferentes y mueren por alguna razón desconocida, ¿no? —se atrevió a decir Sandra aprovechando el descanso de Andrea, que volvió a sentarse.

—Espera, a eso voy, pero no he terminado aún. Como hemos dicho antes —prosiguió Andrea— los signos de la enfermedad incluyen inclinación de cabeza; pérdida de coordinación; tambaleo; caídas; movimientos involuntarios; nistagmo, que es cómo se denomina el movimiento anormal del ojo —aclaró Andrea—; mareos y pérdida de equilibrio que pueden ocasionar babeo excesivo, náuseas y vómitos. Si

la enfermedad afecta solo a un oído, la inclinación de la cabeza y los giros serán en dirección hacia el oído afectado. Igualmente sucede con el nistagmo, si solo uno de los lados de la cabeza está involucrado, solo el ojo de ese lado puede desarrollarlo. En perros muy mayores, a veces confundimos la enfermedad con un derrame cerebral, puesto que tiene síntomas parecidos. En estos perros geriátricos, la enfermedad puede hacer que tengan problemas para comer, beber o incluso defecar. —Andrea hizo un silencio dramático para pensar—. Bien —continuó—, hasta aquí los síntomas con los que inicialmente han llegado los perros incluidos en mi investigación.

»Ahora te voy a explicar a qué pruebas los hemos sometido una vez llegados a la clínica. Lo primero un examen físico, incluyendo una evaluación neurológica que determine si la enfermedad vestibular es periférica o central. En ninguno de estos casos se ha identificado como periférica, lo cual ya es sumamente extraño, porque, como bien sabemos, la central es poco común, y mucho menos en perros jóvenes. Por eso hemos pasado inmediatamente a realizar radiografías, exámenes de sangre exhaustivos en busca de virus o bacterias, levaduras, sensibilidad y citología. Como no obteníamos resultados concluyentes, realizamos también biopsias quirúrgicas para encontrar tumores y pólipos, resonancias magnéticas, tomografías e incluso recolección del líquido cefalorraquídeo. En estos perros no encontramos nada en absoluto. Ninguna pista que nos condujera a la causa de la enfermedad. Aun así, comenzamos a tratarlos como si fuera enfermedad vestibular a la espera de nuevos síntomas que arrojaran algo de luz. Comencé una investigación paralela para descubrir qué otras causas podrían desencadenar dichos síntomas y encontré ciertas similitudes. Existen multitud de venenos que las malas personas utilizan para matar a los perros. He intentado comparar los síntomas que estos producen con los de los perros afectados y, aunque muchos coinciden, hay algunos que no se corresponden con ningún veneno conocido. Te explico: cuando un malnacido quiere envenenar a un perro, normalmente utiliza matarratas, vidrio molido, alprazolam, zolpidem, tramadol o incluso paracetamol. Siempre camuflado en trozos de comida, que a veces también rellenan de alfileres o clavos los muy hijos de puta. Bueno, ya sabes. Analicé muestras de comida que los dueños me trajeron en busca de restos de algún veneno. No lo encontré. Les pedí a todos que me hicieran una lista de los piensos que normalmente compraban para analizarlos y comprobar si pudiera haber algún componente que pudiera ser venenoso para los perros a largo o corto plazo. No conseguí encontrar tóxicos. A veces los perros se envenenan de forma accidental. Aunque me parecía demasiada casualidad, puesto que los perros vienen de zonas diferentes, lo estudié de todos modos. Plantas

ornamentales, anticongelantes, bolitas de naftalina, pilas de botón, detergentes para la ropa… Elaboré una tabla comparativa de todos los síntomas de dichos productos, así como venenos y sustancias conocidas. Y llegué a una conclusión. —Andrea se pasó la mano por la frente pensativa. Sandra la observaba expectante—. No tengo una solución lógica que explique la manera de morir de estos perros. En sus últimas horas, todos presentaron dos síntomas que no se corresponden con nada que hubiera visto antes: comenzaron a temblar fuertemente, casi como si se fueran a romper, adoptaron una aptitud terriblemente violenta, era como si estuviesen poseídos por el demonio durante unas horas, hasta que mueren. No había visto nada parecido en mi vida. Ni siquiera conseguíamos ponerles el bozal. Es tremendamente impactante presenciar dicha escena, sobre todo en perros de razas nobles. Solo algunos dueños han conseguido traerlos a la clínica metidos en un trasportín en dicho estado. Necesitaron hasta cuatro personas para inmovilizar a los perros. Los demás han llegado ya desfallecidos después del ataque violento. —Andrea buscó la mirada de Sandra invitándola a hablar—. ¿Y bien? ¿Alguna idea?

—Vale. —Sandra intentaba procesar toda la información que le había soltado Andrea—. A ver, resumiendo: los temblores y la agresividad quizá no se deban a ningún veneno al uso. ¿Podría ser algún tipo de droga? La gente no para de inventar drogas y venenos nuevos cada vez más difíciles de detectar. O quizá sea alguna anomalía del sistema neurológico, como el síndrome de Shaker, estrés, ansiedad, hipoglucemia…

—Exacto. Definitivamente, el problema es neurológico. Ahora te explico por qué estoy tan segura. También consideré las drogas como posibles culpables, por supuesto, pero todas las drogas conocidas son fácilmente detectables. Y, si es alguna droga nueva, normalmente suele ser un derivado de componentes primitivos ya conocidos de otras drogas. Es muy difícil introducir cualquier sustancia en un organismo y que sea indetectable. Está claro que es la finalidad de los que se dedican a crear venenos. La gente busca en Internet el veneno perfecto, que mate rápidamente y que se elimine del organismo a igual velocidad. No sé, los perros pasan de una a dos semanas aproximadamente con los síntomas de enfermedad vestibular y después se produce el ataque de rabia, que no dura más de cinco o seis horas, hasta que caen muertos. Es muy raro, porque los tóxicos y las drogas que se usan para matar personas o animales tienden a buscar el efecto contrario: decaimiento, falta de apetito, somnolencia, letargo. Además, siempre que hay una muerte por consumo de drogas o venenos, algunos órganos se ven altamente afectados. Por eso me inventé lo del cementerio.

—Ya, hace un rato que me di cuenta de que la tumba abierta en la

que me he caído es la del perro que tienes ahí, ¿verdad? Pero sigo sin entenderlo muy bien… ¿Por qué un cementerio? —preguntó Sandra.

—¡Ah! Pero ¿que te has caído? —preguntó Andrea sorprendida—. Bueno, te lo mereces. Así aprendes a no colarte en los sitios sin permiso. —Andrea se levantó de nuevo de la silla para gesticular mejor—. Sí, el tema del cementerio… Pues, verás, resulta que el primer caso que tuve fue el de un galgo. El perro falleció después de haber empezado con el tratamiento de enfermedad vestibular dos semanas antes. La familia se presentó muy indignada pidiendo explicaciones. No supe responder a sus preguntas y les pedí que me dieran permiso para realizarle una autopsia. Se negaron rotundamente alegando que no iban a permitir que destripara a su perro, que les daba mucha pena y que era una crueldad. Me gritaron y me insultaron culpándome de su muerte diciendo que había cometido una negligencia. Lo pasé realmente mal y cuando sucedió el segundo caso comencé a pensar la manera de quedarme con los cuerpos de los perros sin tener que pedírselos a las familias y sin decirles que les iba a realizar una autopsia a sus mascotas. Y entonces se me ocurrió el servicio de cementerio. Necesitaba extraer los órganos para examinarlos en busca de anomalías. He conseguido hacer cuatro autopsias. Esta es la quinta y no he encontrado nada. Los perros mueren y no encuentro daños en los órganos vitales. —Andrea levantó la vista hacia el reloj de pared del quirófano—. Se está haciendo tarde, ¿me ayudas con este?

Sandra estaba desconcertada, le encantaría poder ayudar a la gran Andrea Soler Molina con este misterio, pero era evidente que solo un tremendo golpe de suerte provocaría que ella descubriera algo que no hubiera encontrado la prestigiosa veterinaria.

Extrajeron el hígado y el páncreas del animal en busca de alguna anomalía, sin éxito. Andrea se sentó y bajó la cabeza. Suspiró. Sandra la observó en silencio. Tenía delante a una mujer, de gran carácter y personalidad fuerte, abatida, desanimada y muy frustrada con ella misma por no saber resolver el enigma. No estaba acostumbrada a fallar en sus diagnósticos y no era partidaria de pedir ayuda bajo ningún concepto. Pero esta vez las circunstancias le habían sobrepasado y tenía que buscar un camino diferente para obtener algún resultado.

—Está bien. Hay una cosa que no te he dicho. Pero antes de contártelo quiero que te sientes y me escuches, porque voy a hacer algo que no he hecho nunca y me va a costar mucho. —Sandra se sentó en la silla de nuevo—. He mantenido en secreto mi investigación porque, aparte de ser ilegal, es inmoral de cara a los dueños de los animales y estos podrían denunciarme. Espero que no lo hagas tú, por eso te he pedido que te quedaras y me dieras la oportunidad de

explicarte por qué lo hago. Quiero que me entiendas. Yo solo quiero salvar a los perros que sufren esta enfermedad. Tengo que descubrir su origen y erradicarlo si es posible. Dicho esto, tú has cometido allanamiento de morada y también yo podría denunciarte por eso, pero no lo haré. Quiero pedirte que me ayudes con la investigación. —Andrea hizo un silencio para percibir la reacción de Sandra.

Sandra pensó durante unos instantes: «La gran Andrea pidiéndome ayuda a mí. ¡A mí!, a la becaria recién llegada. Por primera vez en mi vida estoy en el sitio adecuado a la hora adecuada». Andrea dio una palmada al aire que la devolvió rápidamente a la realidad.

—Sí, perdona. Entiendo por qué lo haces, Andrea. Yo también intento por todos los medios salvar a los animales, por eso quiero ser veterinaria. No se me había pasado por la cabeza denunciarte, la verdad, pero ¿cómo puedo ayudarte? ¿Qué es lo que no me has dicho?

—Bueno, quizá sea una locura, me da vergüenza decirlo porque no tiene ninguna base científica. Probablemente, será tirar del hilo de la conjetura y un poco de la fantasía, pero, a situaciones desesperadas, medidas desesperadas, ¿no? El caso es que uno de los dueños aseguraba que su vecino había envenenado al perro. Se presentó en la clínica enfurecido, gritando que le iba a matar, que estaba seguro de que le había echado veneno al perro y que ya tenía varias denuncias por este motivo de otros vecinos. No sé, el hombre mostraba signos de desequilibrio mental y no le hice mucho caso en su momento. Pensaba que iba a encontrar el motivo de las muertes y ya por entonces estaba segura de que no era ningún tóxico, puesto que los resultados de las analíticas eran negativos. Ahora, llegados a este punto sin resultado alguno, pues te agarras a cualquier hipótesis, por absurda que sea, supongo. El vecino en cuestión vive aquí cerca, en Calalberche. He merodeado la zona varias veces. Cogí muestras de plantas que hay alrededor del chalé donde vive, también de la vegetación que tiene en la valla y de unas macetas que tiene en la entrada de la reja exterior. No encontré nada. No sé, quizá tengas razón y hayan conseguido fabricar algún veneno o droga indetectable que se elimine del organismo muy rápidamente. Hice una búsqueda en Internet haciéndome pasar por compradora, pero no encontré nada que no conociera ya. Aunque supongo que no profundicé demasiado en foros que hablan en clave y demás, ya que mis conocimientos de informática son bastante limitados. Lo mío es la vida real; el laboratorio, el quirófano… Pensé que daría con la solución de otra forma. Si ese hombre tiene algún producto de venta clandestina que la gente esté comprando para envenenar a los perros, solo hay una manera de averiguarlo.

Sandra se recogió el pelo haciéndose una coleta. Acto seguido se pasó la mano por la frente para quitarse el sudor antes de exponer sus

impresiones. Estaba casi segura de haber intuido las intenciones de Andrea.

—No. No pretenderás colarte en esa casa para buscar algo que ni siquiera sabes que existe, ¿verdad?

—Bueno, dicho así, sí. Además, esperaba que tú me ayudaras, ya que ha quedado demostrado que se te da bien saltar vallas, abrir puertas y colarte en los sitios sin ser descubierta —contestó Andrea esbozando una ligera sonrisa.

—Ja y ja, muy graciosa —contestó Sandra algo avergonzada—, pero aquí sabía cómo entrar y sabía también que eras tú la que estaba dentro, y no un loco asesino de perros que nos puede disparar en cuanto nos vea.

—¡Hala, hala! ¡Qué exagerada! Entraremos cuando no esté y será algo rápido. Si tiene algo de eso, lo tendrá donde suele dejar todo el mundo ese tipo de productos, debajo del fregadero, ¿no? No será tan difícil.

Sandra recordó en ese momento el comentario que le hizo Marcos sobre Andrea en la primera conversación que tuvieron en el *office:* «Es como el doctor House, pero en mujer». Esbozó una sonrisa para sí. «La verdad es que ahora tiene más sentido la comparación. El doctor House también iba a las casas de sus pacientes a recoger muestras cuando no encontraba la solución a sus enfermedades —pensó—. Pero, claro, no se colaba, pedía permiso e iba con las llaves. ¿O quizá no?».

—Por favor —susurró Andrea mientras Sandra continuaba pensativa en silencio.

—Vale. Es una puta locura, pero quiero ayudarte a resolver el misterio. Además, siento curiosidad y amo a los animales, pero quiero pedirte algo a cambio.

Andrea se incorporó en el asiento y recuperó el semblante de jefa que no había mostrado en toda la noche.

—Tú dirás —dijo.

—Quiero que me dejes asistir a las operaciones aquí, en el quirófano. No participaré, pero quiero estar presente —sentenció Sandra con rotundidad.

Andrea dudó. Apretó los labios en señal de disconformidad.

—No podrás acercarte a la mesa de operaciones, ni decir una sola palabra, ni apenas respirar. Serás absolutamente invisible.

—Hecho.

—Ni preguntar nada, opinar, moverte del sitio, ni nada. Solo mirar desde ese rincón —dijo señalando una esquina del quirófano.

—Sin problema —dijo Sandra con una sonrisa triunfal en la cara—. Y una cosa más: ¡quiero pasar consulta! —exclamó.

—¡Ni de coña! —gritó Andrea—. Las chicas se me echarían encima

como hienas hambrientas. ¿Quieres que me maten? Eso no puede ser, Sandra. Nunca he permitido que una becaria en periodo de prácticas pasara consulta. Levantaría ampollas y no quiero un mal ambiente de trabajo. Demasiado que vas a entrar en el quirófano… Confórmate con eso, por favor —casi rogó Andrea.

—Vaaale. Sabía que ibas a decir que no, pero tenía que intentarlo. Pagaría por ver la cara de Verónica. —Sandra se tapó la boca con la mano—. No quería decir eso en alto —se disculpó.

—No te preocupes, se cómo es Verónica, no vas a decir nada que yo no sepa. Anda, vamos a devolver a este pobre a su descanso eterno y nos vamos a dormir, que ya es hora. Te dejo el fin de semana para que reflexiones y el lunes hablamos. Si se te ocurriera algo, por disparatado que te parezca, me llamas, ¿OK?

CAPÍTULO 5. Domingo de verano

Macarena se levantó tarde. Era consciente de que comenzaba su último domingo libre en mucho tiempo. Abrió la ventana de su habitación y se volvió a tumbar en la cama bocarriba. Estiró el brazo hasta alcanzar la mesilla. Encendió un cigarro y, perdiendo la mirada en el techo, sonrió. Estaba satisfecha. Había resuelto un caso en menos de dos horas. Ella sola. Y lo más importante, había salvado una vida, al menos de momento. Unai López estaba siendo víctima de ciberacoso desde hacía casi un año. «No puedo más, esto se acaba hoy mismo, me voy a suicidar y ya no podrás humillarme más. Hasta nunca». Este fue el mensaje que interceptó Macarena mientras rastreaba varios chats en los que habitualmente merodeaban pedófilos. Inmediatamente, se conectó al buscador que ella misma había creado, Agencia Tributaria, y recuperó las IP de los ordenadores emisor y receptor de dicho mensaje. Se llevó una grata sorpresa cuando comprobó que el ordenador emisor se encontraba en Fuenlabrada, a tan solo diez kilómetros de la comisaría. El rastreo del ordenador receptor fue mucho más laborioso. Macarena sabía manejarse bien en estas situaciones. Conocía los trucos que los pedófilos utilizaban para no ser detectados. No obstante, a veces conseguían poner a prueba sus conocimientos y tenía que esforzarse al máximo para alcanzar su objetivo. Encontró un camino.

—¡Jódete! —exclamó.

Estaba dentro de su CPU. Comprobó que poseía varias carpetas con material pornográfico infantil. Informó rápidamente a sus superiores. El presunto pedófilo se encontraba en Barcelona y no tardaría demasiado en darse cuenta de que había sido detectado. Había que actuar rápido. En cuestión de minutos se organizaron dos patrullas: una en Barcelona para interceptar al receptor del mensaje y otra que se personaría en casa de la víctima para asegurarse de que no había cumplido con su amenaza.

La operación se saldó con éxito. Román Pérez Mendoza. Ese era el nombre del hombre de cincuenta y dos años que estaba detrás de las extorsiones a Unai. Comprobaron que ya había sido denunciado hasta en dos ocasiones anteriores por acoso y que se habían archivado las causas por falta de pruebas. Esta vez no tuvo tanta suerte. No le dio tiempo a percatarse de que había sido descubierto y la patrulla consiguió hacerse con su ordenador. Todos los documentos incriminatorios estaban intactos. Se dedicaba a una práctica denominada *grooming*. El *grooming* se basa esencialmente en dos tácticas: el engaño y el chantaje. Unai era un niño de catorce años que

pensaba que había ligado en un chat de Internet. El pedófilo se hacía pasar por una niña de dieciséis años. Se ganó la confianza de Unai para conseguir información personal suya y de su entorno. Comenzó a enviarle fotografías de contenido erótico provocándole para que él le correspondiera de la misma manera. Hasta que lo consiguió. Desde entonces todo cambió para Unai. «Mi vida se convirtió en un infierno». Así se lo describió a la psicóloga de la Policía. El pedófilo comenzó con la segunda parte: el chantaje. Si Unai dejaba de enviarle fotografías, él publicaría en todas las redes sociales las que ya tenía. Estuvo a punto de conseguir que se suicidara. Si no hubiera sido por la rápida actuación de Macarena, el desenlace habría sido trágico. Unai tenía mucho trabajo por delante. Ahora tendría que recuperar su vida y salir de la depresión en la que estaba inmerso. Le llevaría mucho tiempo superar el trauma. A pesar de ello, sus padres se mostraban ilusionados. Con esperanza. «Y todo gracias a ti, Macarena, muchas gracias, de verdad. Llevábamos tiempo sospechando que algo le pasaba a nuestro hijo, pero no sabíamos qué podía ser, y él no quería decir nada. Estábamos desesperados». Macarena recordaba ahora las palabras de la madre de Unai tumbada en la cama y no podía evitar que se le erizara el vello.

Apagó el cigarro y cogió el móvil. Arrancó la sábana de la cama y la agitó hacia la ventana para airear la habitación y que su padre no oliera a tabaco cuando regresara. Abrió WhatsApp y comprobó que tenía un montón de mensajes sin responder del día anterior.

—¡Buah! Paso de leerlos, si alguno es importante, insistirá, supongo —murmuró.

Buscó a Alicia por la foto que tenía de Petronila en el perfil.

Macarena:

Buenos días, perra vaga. ¿Todavía durmiendo?

Alicia tardó escasos segundos en contestar.

Alicia:

Pero ¡¿qué dices?! Estoy en El Gruñidor intentando tomar un café. Me voy a dar una vuelta con la moto. No me digas que hoy no curras.

Macarena:

No, tía, me he ganado el día libre.

Alicia:

¿Sí? Pues vente para acá, que te espero y te doy una vuelta en la moto.

Macarena:

¡Ja, ja, ja! Ni de coña me monto contigo, puta loca. Además, estoy esperando a mi padre para desayunar con él. Pero podríamos ir esta tarde

a la piscina o algo, ¿no?

Alicia:

Venga, vale. Se lo digo a estas a ver si se quieren venir. ¿A qué hora quedamos?

Macarena:
¿A las tres y media?

Alicia:

OK, a las tres y media paso a buscarte.

Macarena:
Chaooo.

Macarena escuchó la puerta de casa y salió de la habitación para recibir a su padre. Lorenzo parecía haber iniciado un proceso de recuperación de lo que para él había sido uno de los golpes más duros de su vida. La forzosa salida de la Policía y su lapidaria frase «me rindo» dieron lugar a unos meses de desconcierto.

El comisario Beltrán insistió mucho para que le expulsaran del cuerpo, convirtiendo en realidad una venganza reprimida durante años de mala relación entre ellos. Redactó un informe en el que alegó que el inspector había perdido el norte y que no estaba en condiciones mentales para continuar en el cuerpo. En el escrito también describía con detalle cómo se había obsesionado con aquel caso del área de descanso. Lo cual le incapacitaba (según el comisario) para seguir desempeñando sus funciones como inspector de Policía.

Lorenzo anduvo desorientado buscando la manera de rehacer su vida y adaptarse a la nueva situación. La pérdida de esos niños le seguía asfixiando. Creía verlos en el parque, en el supermercado o saliendo de cualquier esquina. En su momento memorizó sus rostros a través de las fotos que le entregaron sus padres. Se le aparecían en sueños habitualmente, como si le reprocharan que no hubiera conseguido salvarlos. Le pedían ayuda, lloraban y gritaban hasta que Lorenzo se despertaba sobresaltado y empapado en sudor. Su intuición le enviaba un mensaje en bucle que decía: «Estuviste cerca, muy cerca». Sabía que Sergio y Noelia jamás salieron de aquella maldita área de descanso. Lo sentía.

Aunque aquella sensación de vacío amenazaba con destruirle, Lorenzo sabía manejarla. No era una sensación nueva para él. Vivió un episodio mucho más duro cuando falleció su mujer, Estefanía. El trabajo se convirtió en su refugio en aquella época. Completaba largas jornadas para mantener la mente ocupada. En el presente, a sus sesenta y dos años recién cumplidos, había tomado la decisión de dejar de fumar y levantarse cada mañana temprano para caminar al

menos una hora al día. Conoció el Club de Ciclistas de la Tercera Edad, del que ya formaba parte y que le mantenía ocupado al menos tres tardes por semana. Solían hacer rutas por los caminos que unen Móstoles con Leganés, Fuenlabrada, Alcorcón y Getafe. El resto del tiempo lo dedicaba a construir maquetas que encargaba por Internet; barcos, aviones, catedrales… Las construía y las pintaba a mano. Macarena respiraba aliviada. Había estado muy preocupada por su padre. No sabía cómo ayudarle y comprobar que su estado de ánimo había cambiado le producía una enorme satisfacción.

—¡Buenos días, hija! ¡Ya está bien que te levantes! Ayer viniste muy tarde, ¿no? —preguntó Lorenzo, que portaba una docena de churros y porras debajo del brazo.

—Sí, papá. Estuve terminando unas cosas en el curro. ¿Son para mí?

—Claro. Yo ya he desayunado hace rato. Mientras caminaba, me ha llamado Andrés y me ha contado lo de ese niño, ¿cómo se llama?, Unai. Me ha dicho que ha sido un trabajo excelente. Me siento muy orgulloso de ti, hija. Sabía que serías una gran policía, al fin y al cabo, lo llevas en la sangre. Tu madre también estaría muy orgullosa de ti, ya lo sabes.

—Gracias, papá. No ha sido para tanto, un golpe de suerte.

—No lo creo. Andrés dice que eres de las mejores agentes que tiene la sección tecnológica, y que, si tú quisieras, podrías formar parte de su departamento. También me ha comentado que tiene media plantilla ocupada en el caso ese que os tiene trabajando siete días a la semana. ¿Es algo gordo?

—Sí, parece algo gordo, papá. Sospechamos que hay gente importante implicada; políticos, famosos empresarios… Todavía no puedo contarte nada, pero estamos detrás de algo importante, eso seguro. Nos esperan unos meses de duro trabajo. Llevamos un año con este caso y parece que entramos en la fase final, así que hoy toca disfrutar del día libre. Esta tarde he quedado con las chicas para ir a la piscina, pero ahora podríamos ir a dar una vuelta con la bici, ¿Qué te parece?

—Me parece una idea genial, hija.

***

Alicia sacó la moto del taller y la aparcó justo enfrente de El Gruñidor. Extrajo de su mochila un producto de limpieza y un paño. Solo necesitaba un repaso. El día anterior, sábado por la mañana, aprovechó la escasez de trabajo para aplicarle un pulimento a fondo en todos los cromados y metalizados. Una pasadita para sacar brillo al depósito, y listo. La Honda NR 750 lucía reluciente en aquella soleada mañana de domingo. Alicia la contempló durante unos segundos hasta que un pensamiento atravesó su mente y la devolvió a la realidad:

«Las motos son muy peligrosas, hija, ¿no puedes hacer nada normal?». La imagen de su madre regañándola por todo, según su criterio, la impulsó al interior del bar a por un café bien cargado antes del paseo.

No se había acostado tarde, pero quizá bebió un poco más de lo que ella hubiese querido. Ahora que lo pensaba, es posible que fuera esa precisamente la intención de Raúl cuando la invitó a cenar en ese restaurante anoche. La comida era de buena calidad, pero muy escasa. En cambio, vino sí hubo en abundancia, y chupito final a cuenta de la casa, también.

Como siempre, acabaron en el taller. Ya no sabían si era la costumbre o que realmente les resultaba morboso hacerlo en el lugar de trabajo. «El día que nos pille mi padre…», repetía siempre Alicia. Pero siempre volvían. A veces barajaban otras opciones: el coche, incómodo; una pensión, caro; un hotel, más caro. Pues al taller. Alicia siempre llevaba las llaves encima. No quería sentirse atada, pero empezaba a crecer en ella un sentimiento de cierta dependencia. Cuando Raúl se alejaba cansado de sus negativas, Alicia terminaba por echarle de menos. Mientras él siguiera insistiendo, ella nunca daría el paso. Aunque cada vez le daba más miedo que sus cambios de humor, sus «hoy sí, pero mañana no» y todo ese juego macabro que tanto daño le hacía terminaran por desanimarle.

—¡Buenos días, preciosa! ¿Qué se le ofrece a esta belleza un domingo tan temprano? —preguntó Antonio sonriendo.

—Pues un café para la resaca.

—Joder, eres experta en quitarle todo el romanticismo de golpe a un caballero refinado como yo.

—Sí, sí, refinadísimo. Tienes toda la pinta, sí. Anda, ponme el café bien cargado y calla un poco, que me duele la cabeza —dijo Alicia dando un manotazo al aire.

—¡Hostia! ¿Qué te ha pasado en la mano? Tienes una buena herida —dijo Antonio asomándose por encima de la barra.

—Petronila. Esta mañana iba a sacarla para limpiar el terrario y me ha mordido. Hacía mucho que no lo hacía. Otras veces me ha avisado haciendo su característico silbido, pero hoy, además, me ha pegado un buen mordisco.

—¡Joder! ¿Todavía tienes la tarántula? Pensaba que era venenosa.

—No, no. O sea, que sí, que todavía la tengo, pero no es venenosa. Ya tiene diez años. Yo creo que puede ser eso, que ya se hace mayor y chochea —dijo esbozando una media sonrisa—. Después he estado un rato con náuseas, pero ya no sé si ha sido por la mordedura o por la resaca. Por cierto, ¿me vas a poner el café o se lo tengo que pedir a tu hermano?

—¿Mi hermano? Entonces, lo llevas claro. Ha bajado al almacén a por unas cajas hace más de media hora. Yo no sé qué coño hace. Es

capaz de haberse tumbado por ahí a dormir. Como es sonámbulo, no duerme bien por las noches y madrugar le sienta fatal.

—¿Sí? ¿Es sonámbulo? —preguntó sorprendida.

—Sí, sí, pero no te haces una idea. Me acuerdo de una vez de pequeños que me levanté a la cocina a beber agua y me lo encontré en el sillón hablando solo. Le pregunté: «¿Qué haces, Rafa? ¿Estás hablando solo?». Entonces, él giró la cabeza lentamente, con la mirada perdida y, como si estuviera poseído, me dijo: «No, hablar solo es de locos, estoy hablando con mi amigo Marc, ¿no lo ves?». Y se me quedó mirando fijamente sin hacer ningún gesto, ni siquiera pestañeaba. Me dio tal susto que salí corriendo por el pasillo y me metí en la cama. Me arropé cabeza y todo. Al día siguiente no se acordaba de nada el cabrón y decía que me lo estaba inventando.

En ese momento llegó un wasap de Macarena al teléfono de Alicia.

—¡Ja, ja, ja! ¡Vaya tela! Espera, Antonio, ahora me sigues contando, que tengo que llamar a Lorena y Sofía a ver si pueden ir esta tarde a la piscina.

Alicia marcó el teléfono de Lorena.

—¿Qué pasa, tía? ¿Por qué no escribes, como todo el mundo?

—No me apetece escribir, estoy resacosa. ¿Tienes planes esta tarde? Macarena no curra y me ha dicho de ir a la piscina.

—Pues… no. No tenía nada pensado. ¿A qué piscina queréis ir? Yo a la del Soto paso.

—No sé, no lo hemos pensado. Al Soto no. Pues ahora pienso, entonces, ¿te vienes o qué?

—Sí, vale. Pero ¿dónde quedamos?

—A las tres y media en el portal de Macarena.

—OK, chaoooo.

Alicia hizo lo propio con Sofía, que también aceptó, y después de pelearse con el café que le puso Antonio salió de El Gruñidor.

Los quinientos centímetros cúbicos de la NR rugían con fuerza entre las piernas de Alicia. Sus treinta y dos válvulas permitían la entrada de los cilindros ovales a cada golpe de acelerador. Alicia metió primera. La moto respondía con suavidad en esta marcha, sin apenas inercia. Encaró la salida del polígono en dirección M-50. Subió la cuesta para tomar la R-5 y comenzó el ascenso de velocidad. A cinco mil vueltas la moto respondía con violencia, a diez mil rugía despiadada, a quince mil Alicia podía sentir los latigazos de V4 a la cadena. Sus poderosos cuarenta y dos milímetros de recorrido hacían que los pistones trabajaran ferozmente mientras ella ponía a prueba las bielas de titanio. Sentía con si hubiera conseguido domar a una bestia salvaje. La velocidad, el silbido del viento a través de la visera, el olor a gasolina y a goma rozando el asfalto, la adrenalina a flor de piel, el peligro, todos los sentidos alertas. Pero en armonía, con un

mismo propósito, un mismo fin: la sensación de libertad, la sensación de sentirse viva. A menudo buscaba sus límites, forzaba ambas máquinas, se desprendía de la realidad y se dejaba llevar a lomos de aquel animal creado por ella misma para después tumbarse exhausta en cualquier lugar lejano de la ciudad y contemplar el cielo a solas mientras ordenaba sus pensamientos.

***

Sandra dedicó el resto de la noche del viernes a dar vueltas sobre sí misma en la cama. Imposible pegar ojo. A los pensamientos sobre lo acontecido en la clínica se sumó también Nora, que se rascaba sin parar. Su problema de piel persistía.

—Tenía que haber negociado también lo tuyo —le susurró a la perra.

Entre la larga lista de normas de las que disponía Andrea para su clínica, había una que decía que no se podía tratar a los animales que tuvieran por dueños a los veterinarios de la clínica. Solo en contadas excepciones y en caso de gravedad. Estaba claro que no era grave, pero tampoco parecía una alergia. Habría que hacerle el cultivo, que, con todo el lío que había tenido últimamente, no le había hecho todavía.

—Lo siento, Nora, pero ya sabes lo que dicen, en casa del herrero…

Pensaría la manera de persuadir a Andrea. «Al fin y al cabo, si vamos a ser cómplices en un allanamiento de morada, debería contemplar ciertas concesiones», pensó.

Había sido uno de los días más intensos de su vida. Por un instante, llegó a temer por su vida. Fue un sentimiento fugaz pero real, que jamás había sentido y que esperaba no volver a sentir nunca. Andrea la había asustado. No conocía a aquella mujer, salvo por lo que los demás decían de ella, y los comentarios no eran muy alentadores que digamos. Tan solo llevaba una semana en la clínica y el destino había decidido que se convirtieran en socias de una empresa de dudosa solvencia.

A las seis de la mañana del sábado ya no pudo más. Se levantó de la cama y se sentó directamente frente al ordenador. Mientras arrancaba, abrió la nevera en busca de algo para desayunar.

—Joder, tengo que ir a comprar —murmuró.

La nevera se encontraba prácticamente vacía. Un poco de jamón york medio seco y un queso de burgos tuvieron que desempeñar el papel de desayuno. Los echó en un plato junto al ordenador. Cinco minutos en el cuarto de baño y a trabajar.

Abrió un documento de Word para confeccionar un esquema detallado de todos los datos que le había proporcionado Andrea. Ese sería el punto de partida. ¿Su estrategia? La de siempre: asociación de ideas, diagnósticos y consecuencias.

1. Primeros síntomas coincidentes con enfermedad vestibular.

2. En las últimas horas, temblores violentos, agresividad extrema y muerte.

3. Análisis de tóxicos conocidos en piensos y entorno.

4. Autopsia para detección de órganos afectados.

5. Comparativa con drogas conocidas.

6. Anomalía del sistema neurológico.

El cerebro de Sandra comenzó a trabajar cruzando datos que encontraba en Internet, intentando hallar alguna coincidencia. Andrea ya había realizado esta búsqueda, pero, debido a sus escasos conocimientos de informática, debió ser bastante superficial (según había dicho ella misma). Sandra se registró en varios foros donde la gente buscaba los mejores venenos para matar a diversos animales. Evidentemente, todos intentaban evitar la palabra perro o gato cuando realizaban sus consultas, pero, por la manera de expresarse, Sandra sabía que se trataba de personas que querían eliminar al perro del vecino, un gato molesto o a su propia mascota. Preguntaban sobre todo por los que ofrecieran una muerte rápida y silenciosa. No querían llamar la atención, y mucho menos dejar pistas. Sandra anduvo indagando camuflada en la clandestinidad que proporcionan las redes. Se hizo pasar por una usuaria que preguntaba por las novedades en cuanto a venenos, drogas o tóxicos para matar sin dejar rastro. No tardó demasiado en obtener multitud de respuestas de anónimos que, como si de recetas de cocina se tratara, plasmaban en la pantalla los ingredientes que se debían utilizar para crear dichos venenos. Confeccionó una larga lista con las sustancias que publicaban los internautas. Las comparó con la relación que Andrea le había entregado. Todos coincidían. No halló ninguna sustancia que la *doctora House* no hubiera analizado antes. Tendría que esforzarse más y adentrarse en el oscuro mundo de las redes si quería conseguir algo. Sabía cómo hacerlo, pero antes necesitaba el consejo de un profesional y tenía en mente a la persona indicada.

Sandra levantó la vista de la pantalla para frotarse los ojos. Había estado cinco horas sin moverse del ordenador y notaba el cuerpo entumecido. Se incorporó como pudo para ir a coger el móvil y dejó caer el cuerpo hacia atrás sujetando los riñones con las manos para estirar la espalda. Todavía en la cama, Nora continuaba rascándose. Sandra la cogió en brazos y la acurrucó contra su pecho.

—Deja de rascarte, que te vas a hacer herida —le susurró.

Con la perra aún en brazos, revisó las notificaciones del móvil. Raquel le había escrito un wasap hacía una hora. Decía que, si estaba en casa, pasaría a comer con ella antes de trabajar, puesto que tenía turno de tarde. Sandra le contestó.

Sandra:

OK, pero trae tú la comida, que tengo la nevera vacía y no pienso salir.

Raquel:

Qué morro tienes, tía, ¿paso por el chino y cojo lo de siempre?

Sandra:

OK, y no te preocupes, que luego te lo pago, ¿eh?

Raquel:

Sí, sí, ya, que nos conocemos.

Sandra:

Yo también te quieroooo.

La inesperada visita de Raquel obligó a Sandra a desperezarse. Tenía la casa hecha un desastre y el cubo de la ropa sucia hasta arriba. En su primera semana en la clínica no le había dedicado ni un minuto a los cuidados del hogar y, aunque con Raquel había confianza, tampoco era plan de tener aquello como una cuadra.

Así que se metió directamente en la ducha y se puso a la tarea. Sabía que Raquel entraba a trabajar a las cinco cuando tenía el turno de tarde, así que calculó que por lo menos hasta las tres no se presentaría en su casa. Comenzó con la limpieza y recogida de habitaciones y baño. Un recuerdo cariñoso de su hermana le pasó por la mente. Las tareas de casa siempre eran motivo de discusión en el breve tiempo en el que compartieron piso.

—Maldita testaruda —susurró meneando la cabeza.

Agarró toda la ropa que pudo con ambos brazos y la introdujo en el tambor de la lavadora. La cerró apretando la tapa con fuerza, buscó el programa habitual y le dio al botón de inicio. La lavadora comenzó a hacer un leve ronroneo y se apagó. Sandra repitió el proceso tres veces más, sin éxito.

—¡Cojonudo! —exclamó—. ¡Ahora va y se jode la lavadora!

Se fue directa al armario de la ropa. Nora la observaba desde un lateral del sofá. Sandra caminaba rápidamente de un lado a otro de la casa. No tenía nada que ponerse, estaba todo sucio. Miró el reloj: las doce de la mañana. «Creo que me da tiempo», pensó. Buscó unos pantalones y una camiseta entre la ropa sucia, cogió el carro de la compra que tenía en la terraza de la cocina y lo llenó con todo lo que había metido en la lavadora. Pasó por el cuarto de baño para hacerse una coleta y salió disparada por la puerta hacia la lavandería exprés de la calle Barcelona.

Podría haberse dirigido hacia casa de su madre o haber esperado al día siguiente y aprovechar la visita dominical, pero desde que vivía sola Sandra quería ser lo más independiente posible. No le gustaba pedir ayuda y siempre intentaba resolver todos sus problemas. Metió

toda la ropa en el gran tambor de la máquina de la lavandería y tras echar cuatro euros el motor comenzó a girar. El temporizador marcaba treinta minutos. Sandra se sentó en las sillas que se encontraban de espaldas a la cristalera del escaparate. Escasos diez minutos habían transcurrido cuando de pronto alguien golpeó suavemente el cristal con los nudillos, justo a la altura de su cabeza. Por un momento Sandra pensó que sería Raquel.

—¡Mierda! Ya me ha pillado y le he dicho que no iba a salir —murmuró.

Pero al girarse se encontró de frente con la cara de Germán, que, con su particular sonrisa de oreja a oreja, se autoinvitó a entrar en la lavandería.

—¡Buenos días, Sandra! ¿Qué haces tú aquí? —preguntó a un volumen considerable.

—Hola, Germán. Pues nada, que se me ha roto la lavadora —titubeó.

—¡No me digas! Eso te lo arreglo yo en un momento. ¿Me paso esta tarde?

«Sabía que no tenía que decir nada, soy una bocazas», pensó Sandra.

—No hace falta, Germán, de verdad. El lunes llamo a un técnico y ya está, no te preocupes.

—Que no, mujer. ¿Para qué vas a gastar dinero pudiendo arreglarlo yo? Ya he reparado unas cuantas veces la de mi madre, ya sabes que soy unas manitas —dijo Germán intentando imitar la voz del presentador de *Bricomanía*.

—Ya. Por cierto, ¿qué haces tú por aquí? —preguntó Sandra en un tono claramente acusador.

Germán dudó unos segundos.

—No, no, no es lo que piensas, no te estaba siguiendo. He ido a comprar un mantel que me ha pedido mi madre al chino de ahí abajo —dijo mientras le enseñaba el contenido de la bolsa.

Sandra le observó mientras él negaba con la cabeza que la estuviera siguiendo. No pudo evitar percibir cierta ternura en su mirada y se dio cuenta de que a veces era un poco cruel con él. Se estremeció. No se merecía en absoluto ese tipo de acusaciones, pero era tan pesado… Aun así, consiguió conmoverla por unos instantes y ella aceptó su ofrecimiento de arreglar la lavadora. Al fin y al cabo, lo cierto es que no tenía dinero para llamar a un técnico ni para comprar una nueva.

La comida con Raquel resultó sanadora para la mente de Sandra. Una charla banal y despreocupada con su mejor amiga era justo lo que necesitaba para desconectar. Hablaron de cotilleos, situaciones graciosas, chicos, actualidad… Comieron arroz tres delicias y rieron a carcajadas durante más de una hora. La visita permitió que el cerebro

de Sandra se relajara y dejara paso al sueño. Se despidió de Raquel apoyada en el marco de la puerta y acto seguido se tumbó en el sillón dejándose llevar por el cansancio.

Despertó algo sobresaltada ¿Qué hora era? ¿Cuánto tiempo había dormido? Buscó su teléfono móvil por la mesa del salón y miró la hora. Las seis y media de la tarde. Respiró aliviada. Pensaba que había pasado la tarde durmiendo. Encendió el ordenador mientras bostezaba y abrió de nuevo el documento Word donde había creado un esquema con la información relevante. Se disponía a revisar los mensajes que la gente le seguía enviando sobre venenos cuando de repente sonó el timbre de la puerta.

Sandra observó a través de la mirilla que se trataba de Germán, que portaba en su mano derecha una caja de herramientas.

—Es verdad, la lavadora —susurró.

Abrió y tras un breve saludo dejó que el improvisado técnico se pusiera manos a la obra.

De vez en cuando Germán dirigía la mirada hacia la posición de Sandra, que se encontraba totalmente concentrada en la pantalla del ordenador. Ella no desvió ni una sola vez la mirada hacia Germán. Y eso que este estaba haciendo un ruido espantoso desmontando las piezas del motor de la lavadora. Era tal el afán con que Sandra realizaba su tarea que Germán comenzó a sentir curiosidad. ¿Qué estaría haciendo con tanto ímpetu? No apartó la mirada de la pantalla ni siquiera cuando Germán le comunicó triunfante que había encontrado el motivo de la avería.

—¡Lo tengo! —exclamó—. Una moneda ha atascado el circuito de desagüe.

—Gracias, Germán —se limitó a decir ella intentando no desconcentrarse.

Al cabo de unos quince minutos, cuando Germán estaba terminando de ensamblar de nuevo todas las piezas de la lavadora, Sandra se levantó para ir al servicio. En ese momento Germán no pudo evitar saciar su curiosidad. Sigilosamente se incorporó y posó suavemente la llave inglesa sobre la mesa. De puntillas recorrió los tres escasos metros que lo separaban del ordenador y comenzó a leer el esquema que Sandra había confeccionado a toda página. Una frase le llamó la atención: «Autopsias realizadas, sin éxito, órganos no afectados».

—¿¡Qué estás haciendo, Germán!? —gritó Sandra.

El chico tartamudeó sobresaltado. No esperaba que ella saliera tan rápido del servicio.

—Bueno, perdón. Solo quería…

Sandra no le dejó terminar.

—¡Calla, que siempre estás igual! —le dijo cerrando violentamente

la pantalla de su portátil—. ¿No puedes evitar meter las narices donde no te llaman?

—Perdona, Sandra, no te pongas así.

—¿Has terminado?

—Solo me queda poner la tapa trasera y estará lista —respondió cabizbajo.

—Pues termina y vete para casa, por favor. Y muchas gracias —sentenció con tono cortante.

Sandra abrió WhatsApp mientras Germán apretaba los últimos tornillos.

Oye pásame el teléfono de Macarena porfa, que cómo cambié de móvil no sé qué ha pasado que ya no lo tengo. Es que tengo un problema con el ordenador y quiero hacerle una consulta.

Alicia no tardó en responder.

¡Hola, hermana! Te lo paso, pero dudo mucho que te responda; si está en el curro, no lleva ni el móvil encima.

Pasaron las horas. Cuando Sandra levantó la vista del ordenador ya eran las once de la noche. Se frotó los ojos. Tenía hambre. Menos mal que había sobrado algo de arroz tres delicias y un rollito de primavera. Mientras lo calentaba en el microondas, comprobó que efectivamente Macarena no le había respondido. «Bueno, mañana será otro día», pensó. Se comió el arroz y el rollito de buena gana y se metió en la cama. Nora no tardó en saltar del sillón y subirse a la cama para acurrucarse con ella.

***

Se levantó sobre las diez y media de la mañana. Había recuperado el sueño de la noche anterior y se notaba revitalizada. Sin desayunar (porque no tenía nada), se echó a la calle carro de la compra en mano. El plan era sencillo: hacer la compra, llevarla a casa, colocarla, coger a Nora e irse a casa de su madre a comer, como todos los domingos. Hoy tocaba descansar cuerpo y mente. Deseaba un día tranquilo, sin sobresaltos. Quería oxigenar el cerebro para volver a la carga el lunes. Si no fuera por el asfixiante calor del mes de julio, el plan habría sido perfecto. Pero el paseo al sol abrasador le había despertado un intenso dolor de cabeza.

—¡Hola, hija! ¿Qué tal? —preguntó Mercedes nada más ver aparecer a Sandra por la puerta.

—Pues bien. ¿Tienes Espidifen? Se me ha levantado un dolor de cabeza con este calor…

Mientras Mercedes rebuscaba por el armario de las medicinas, Sandra se sentó en el sillón junto a su padre, que se encontraba enfrascado en la lectura de su periódico dominical. Nunca había sido

muy asiduo a la lectura, ni tampoco le interesaban demasiado las noticias, pero sí se le podía considerar un hombre de costumbres. Y salir temprano los domingos a comprar el periódico era una de las rutinas que más disfrutaba. El paseo hasta el quiosco le resultaba de lo más agradable. Se recreaba en el silencio y la tranquilidad de unas calles semivacías cuando la gran mayoría de la gente seguía durmiendo aún. El tiempo parecía ralentizarse, lejos del ajetreo diario y el estrés laboral, sensación que le producía una enorme paz interior.

—¿Qué tal las prácticas, hija?

—Muy intensas, mucha información de golpe, pero, bueno, adaptándome.

—Bueno, al principio siempre es así. Ya irás cogiendo el ritmo.

—Sí, eso espero. ¿Y Alicia?

—Se fue con la moto esta mañana y no ha vuelto aún. No…

No había terminado la frase cuando Alicia apareció por la puerta.

—¡Bueeeeenas!

Entró directamente hacia su cuarto y salió algo apresurada.

—Mamá, a mí ponme la comida ya, que he quedado —dijo.

Roberto hizo amago de girarse para reprenderla, pero se arrepintió y, en vez de eso, soltó un bufido.

—¿Dónde vas tan rápido? —preguntó Sandra sentándose a su lado en la mesa del comedor.

—A la piscina, que hoy Macarena no trabaja y hemos quedado todas. Por cierto, ¿le escribiste ayer al final?

—Sí, pero no me respondió.

—Ya, joder, es que esta pasa mucho del móvil. Vente a la piscina y así hablas con ella, ¿no?

Sandra se frotó la cara con las manos mientras meditaba la respuesta. No le apetecía nada pasar la tarde en la piscina, y menos con el dolor de cabeza que tenía. Era algo que no entraba en los planes que había confeccionado para la tarde del domingo. Pero, por otro lado, necesitaba hablar con Macarena para avanzar con su particular investigación y hacía un calor infernal.

—He encontrado uno de milagro, tengo que comprar —dijo Mercedes sirviéndole a Sandra el medicamento y un vaso de agua.

—Pues menos mal.

Se lo bebió de un trago y se giró hacia su hermana.

—¿Tienes algún bikini por ahí?

—Ahora miro, algo habrá.

—¿A qué hora has quedado?

—A las tres y media.

Sandra consultó el reloj. Las dos y veinte.

Se levantó hacia la cocina para hablar con su madre.

—Mamá, que me voy con Alicia a la piscina, que ha quedado con

sus amigas. Casi que ya comemos allí.

—Pero ¿qué dices? ¿Que os vais? —preguntó Mercedes contrariada.

—Sí, pero nos llevamos los filetes y ya está.

—¡Hacéis lo que os da la gana! —exclamó girándose bruscamente.

Mientras Sandra observaba a su madre manipulando los filetes de pollo empanados y metiéndolos en un táper, se acordó de que el último día dijo que no los volvería a comer. Ni eso ni nada de carne. Pero fue entonces cuando recordó las palabras de Yolanda y decidió que se pondría manos a la obra en cuanto su vida se estabilizara un poco. Le gustaría investigar sobre el asunto e intentar involucrarse en colectivos que luchaban por el buen funcionamiento de las granjas y mataderos. Vida y muerte digna para los animales. Debía ser realista. Yolanda tenía razón. Ya que es imposible que todo el mundo deje de comer carne y productos derivados de los animales, lo sensato sería asegurar unas condiciones de vida lo más dignas posible para los seres vivos y por supuesto reducir el consumo.

Llegaron a la piscina del Parque Sindical de Madrid. Sandra y Macarena, y Sofía en el coche de Alicia. Lorena finalmente venía acompañada por su nuevo ligue en el coche de este. La piscina del parque sindical se encontraba en las afueras de Madrid, en el camino que lleva al monte del Pardo, un poco antes del kilómetro 7 de la carretera de La Coruña. Alicia aparcó el coche entre dos árboles, teniendo que realizar más de cinco maniobras. Una enorme explanada de tierra desempeñaba la función de aparcamiento. Aunque contaba con una gran extensión de terreno, estaba abarrotado. Era domingo, en pleno verano, y las cuatro y media de tarde.

—¡Joder! No pensaba que hubiera tanta gente —exclamó Alicia.

—Somos una plaga, lo petamos todo —soltó Macarena.

—¡Ah!, ¿que no habíais venido antes a esta piscina? —preguntó Sandra.

—Qué va. Tu hermana, que nos ha traído aquí por sorpresa —contestó Macarena.

—Joder, toda la puta vida oyendo hablar de la piscina del parque sindical, que si es enorme, que si no sé qué… Pues he pensado que así cambiábamos de aires y la conocíamos, ¿no? —contestó Alicia.

Cruzaron la extensa explanada bajo un sol abrasador. El calor hizo que las ganas de zambullirse en el agua crecieran exponencialmente. Tras el pago de la entrada y el correspondiente registro de las mochilas para evitar la introducción de objetos metálicos punzantes en el recinto, las chicas corrieron en busca de una sombra. Se tuvieron que conformar con la pared del edificio de vestuarios, que proyectaba una sombra menguante a cada paso de los minutos.

—En una hora estamos al sol, pero, bueno, es lo que hay. Te habrás traído cremita para la cara, ¿no?, que ya sabes lo que pasa —dijo

Macarena en tono burlón dirigiéndose a Sofía. Esta se limitó a dedicarle una mueca de desprecio que provocó las carcajadas del resto. Y la obligada peineta, por supuesto.

Lorena acababa de enviar un wasap al grupo diciendo que ya habían aparcado. Decidieron esperarla sentadas en la toalla mientras comentaban el impresionante tamaño de la piscina principal y las hermanas se comían los filetes de pollo empanados de su madre.

—Sí, es la hostia. Esperad, que os cuento lo que he leído en Internet.

—Joder, ya está la friki con sus historias —escupió Macarena.

—Anda, que ya las echabas de menos. Escucha —dijo Alicia carraspeando para aclararse la voz—: Fue inaugurada por la dictadura en 1958, tiene doce mil metros cúbicos repartidos en tres piscinas: una para niños, que solo tiene unos cuarenta centímetros de profundidad; otra olímpica, de cincuenta metros, con casi cuatro metros en su parte honda; y la enorme que tenemos enfrente, que tiene 132 × 80 metros, pero que solo tiene 1,20 metros de profundidad. O sea, que no cubre. Tened cuidado. La hicieron así porque estaba destinada al proletariado, que en su mayoría, o no sabían nadar, o no lo hacían muy bien. Como no había muchas piscinas en esa época, se llegaron a juntar algún domingo de verano hasta cuarenta mil madrileños. La llamaban el *charco del obrero* y se dice que Franco la mandó construir para juntar a un gran número de familias pobres con la intención de descubrir republicanos y rebeldes a través de infiltrados. ¿Qué os parece?

—Pues… ¡que viva la república! —gritó Sandra en un tono moderado.

Sofía, que había estado concentrada en su teléfono móvil mientras Alicia contaba la historia, se sobresaltó con el grito de Sandra.

—¡Joder, qué susto! Pensaba que pasaba algo. —Se incorporó un poco para estirar la toalla, guardó su teléfono móvil y dijo—: He encontrado trabajo, vais a flipar.

—¿Síííí? ¿Dónde? —se apresuró a preguntar Alicia.

—En la morgue que hay en el polígono Urtinsa, en Alcorcón.

Se hizo un silencio entre las chicas. Efectivamente, estaban flipando.

—¿Estás de coña, tía? —preguntó Macarena.

—No, no. Es que una amiga de mi madre trabaja allí desde hace unos años y, por lo visto, su compañera se jubila y me ha enchufado. Así gano algo de pasta mientras termino de estudiar, si es que termino algún día.

—Joder. ¿Y cuál va a ser tu trabajo? ¿Qué tienes que hacer exactamente? —preguntó Alicia.

—Pues el puesto es de auxiliar. Mover cuerpos, colocarlos en las

cámaras, trasladarlos a las mesas de autopsias, preparar el instrumental, limpiar las mesas y la sala después de las autopsias… En fin, lo que manden los médicos forenses.

—Qué mal rollo, ¿no? —dijo Alicia.

—¿Y no te da miedo? ¡Si tú eres una miedica de mierda! —se burló Macarena.

—Miedo me das tú con esa cara. Los muertos están muertos, y punto. No se mueven ni dicen gilipolleces. Lo malo son los horarios, eso sí. Son turnos rotativos de mañana, tarde y noche. La gente se muere en cualquier momento y, por lo visto, hay que prepararlos y meterlos en las cámaras de frío. Según me ha dicho la amiga de mi madre, a veces hay que preparar una sala a las tres de la mañana para una autopsia porque el entierro es a la mañana siguiente. Con lo que la autopsia se realiza a las cinco de la mañana. Un poco tétrico todo, pero, bueno, pagan bien y es temporal. Además, imparten cursos gratis de tanatopraxia y tanatoestética. No sé, lo mismo sí le cojo el gustillo, quién sabe…

—¡Escucha! —exclamó Alicia, que ya tenía el móvil en la mano buscando en Google—: «Una mujer despierta en la nevera de una morgue. Tras un accidente de coche cerca de Johannesburgo, Sudáfrica, la mujer terminó en el depósito de cadáveres declarada muerta. Sin embargo, poco después ocurrió lo impensable. La mujer se despertó gritando en el interior de una de las cámaras frías de la morgue. Al parecer, minutos después un trabajador del centro daba cuenta de la chica, quien en estos momentos se está recuperando en un hospital al este de Johannesburgo». ¿Qué? ¿Cómo te quedas?

Sofía meneó la cabeza lentamente apretando los labios.

—Tonterías. La amiga de mi madre lleva trabajando en morgues un montón de años y jamás ha visto algo parecido. Cuando te mueres, te mueres, y punto —sentenció.

—No sé, no sé. Ándate con cuidado por si acaso. Yo, de momento, lo que voy a hacer es andar también, pero hasta el agua, que estoy cocida —dijo Macarena.

Sandra, que había estado ausente los últimos diez minutos buscando una excusa para quedarse a solas con Macarena y comentarle el asunto, reaccionó enseguida.

—Me voy contigo. Vosotras esperáis a Lorena, ¿no? Para que sepa dónde estamos, digo —añadió asegurándose de que no fueran a interrumpir.

—Sí, no sé dónde coño se ha metido, si ha dicho que estaba aparcando —dijo Alicia.

El vaso de la piscina estaba repleto de gente, aunque, gracias a su enorme tamaño, estaban bien repartidos. Sandra y Macarena lo rodearon hacia la parte izquierda, donde se encontraban el bar y la

piscina olímpica. Varios grupos de chicos repartidos en las zonas de césped musitaron piropos a su paso.

—Que a estas alturas todavía tengamos que soportar a gilipollas de estos me enferma. ¿No se dan cuenta de que es imposible ligar así? ¿Les habrá funcionado alguna vez? —protestaba Macarena.

—Hombre, pues evidentemente no. Es eso lo que jode precisamente, que no lo hacen para ligar, sino para vacilar con los colegas y hacernos sentir inferiores —dijo Sandra.

El agua estaba más fría de lo que esperaban, pero aun así se metieron sin pensarlo dos veces. El calor era sofocante. Tras un intercambio de impresiones de total banalidad, Sandra se lanzó al ataque de su presa.

—Ayer te escribí un wasap. ¿No lo leíste?

—¿Sí? Pues ahí estará, porque llegué tarde y ni miré el móvil. Y hoy lo he abierto para escribir a tu hermana, pero ni he revisado los mensajes. ¿Qué ponía?

—Bueno, quería preguntarte cómo puedo entrar en la Deep weeb. Se llama así, ¿no? La parte secreta de Internet.

Macarena la miró extrañada.

—¿Y para qué quieres entrar tú ahí? ¿Sabes que el 99 % de lo que hay en esas páginas o son estafas o son ilegales?

—Sí, sí. Pero yo no quiero comprar nada. Solo quiero mirar, busco algo concreto, pero por mera información, nada más.

—A ver… —casi susurró Macarena secándose el agua de la cara con las manos—, a ver si me entero. Quieres acceder a la parte oscura de Internet, pero solo para curiosear. ¿Y se puede saber de qué se trata?

—No te lo puedo decir, pero créeme que no es nada ilegal. Y te repito que no voy a comprar nada, de verdad. Solo quiero consultar una cosa, entrar en algún foro, buscar información sobre un asunto.

—Si no me dices lo que vas a hacer, yo no te puedo ayudar, Sandra. Entiende que yo me dedico precisamente a investigar delitos en la red.

—Ya, ya, por eso te lo pregunto a ti, Macarena. Pero, vamos, que tampoco quiero comprometerte. He mirado por Internet cómo hacerlo y no parece difícil, pero quería consultártelo antes. Me he descargado un buscador que se llama Tor Browser o algo así, pero todavía no lo he probado.

—Ni se te ocurra entrar con ese buscador, Sandra. En el momento que entres y cometas el mínimo error, que lo vas a cometer porque todo en esa parte de Internet está diseñado explícitamente para estafar o vender cosas ilegales, la IP de tu ordenador quedará registrada en los servidores de la Policía y comenzaremos a investigarte. Estarás marcada. Y, si haces alguna tontería, te pueden denunciar. Y las multas por este tipo de delitos no son ninguna broma.

—Joder, es que es importante, de verdad que no es nada ilegal, Macarena. ¿No me puedes ayudar, porfa? Tú sabes que yo no sería capaz de hacer nada malo. Es una consulta, nada más.

Macarena dudó unos segundos. Sandra siempre había sido la hermana aplicada y responsable. Si se lo estuviera pidiendo Alicia, jamás accedería. Esbozó una media sonrisa. Hermanas y tan diferentes…

—Escúchame con atención, Sandra. Te puedo dar una clave provisional de mi buscador personal. Es un buscador que yo he creado y que nadie conoce. Evidentemente, no te voy a decir cuál es, solo te daré una clave que dura dos horas en activo, después automáticamente se desactiva y deja de funcionar. No se puede rastrear y no deja huella en el ordenador. La IP no queda marcada. Ni siquiera yo tendré acceso al historial de búsqueda, pero prométeme de verdad que no vas a hacer ninguna tontería.

—¡Prometido! Joder, gracias, Macarena, es importante, créeme. No lo voy a desperdiciar.

—Eso espero, porque solo te la voy a dar una vez.

—No te preocupes, es suficiente, de verdad. Gracias.

Entre tanto, mientras Sandra y Macarena conversaban en el agua, Lorena había hecho su aparición estelar con su nuevo amigo. Se trataba de un semental de metro ochenta y sobradamente musculado, que parecía sacado de un catálogo de modelos de ropa para *fitness*.

Apareció sin camiseta, a torso descubierto, ante la atónita mirada de Sofía y Alicia, que aún se hallaban en las toallas.

—¡Hola! Soy el Téllez. Bueno, ese es mi apellido, me llamo Óscar, pero todo el mundo me llama Téllez —dijo esbozando una gran sonrisa que mostraba con claridad uno de sus paletos partido por la mitad, dándole un aspecto aún más primitivo.

Sofía y Alicia se lanzaron una mirada cómplice que no escapó a los ojos de Lorena. De repente pasaron unos incómodos segundos de silencio.

—Pero ¿qué os pasa, que parece que habéis visto a un fantasma? —dijo Lorena para desbloquear la situación.

—Nada, nada. Os estábamos esperando para meternos en el agua. ¿Vamos? —se apresuró a contestar Alicia.

Sandra y Macarena se giraron bruscamente cuando de pronto se escucharon unos gritos y voces de mucha gente que salía y entraba al otro lado de la piscina. Desde su posición, visualizaron lo que parecía ser un tío musculado sacando a una chica ensangrentada del agua. La chica de repente les resultó familiar.

—¡¡Joder, es Sofía!! —exclamó Macarena.

Varios socorristas corrían ya hacia la zona cuando Sandra y Macarena comenzaron a nadar. En pocos segundos llegaron al borde

opuesto de la piscina y comprendieron enseguida el alboroto de la gente, sobre todo niños, que habían abandonado rápidamente el agua. Una nube de sangre se extendía rápidamente tiñendo de rojo el agua en más de cinco metros a la redonda.

Sandra saltó el bordillo de la piscina detrás de Macarena y se introdujeron entre la masa de gente para llegar al centro del corro, donde se encontraba Sofía tendida en el suelo. Mostraba un gran corte en la frente que los socorristas se afanaban en taponar. La sangre le cubría toda la cara y resbalaba por las orejas y el pelo. Totalmente desconcertadas, Sandra y Macarena buscaban con la mirada a Alicia y Lorena. Sandra consiguió distinguir a su hermana entre la multitud. Agarró del brazo a Macarena y consiguieron llegar hasta ella.

—Pero ¿qué coño ha pasado? —preguntó Sandra.

Alicia se llevó la mano a la frente antes de contestar, visiblemente preocupada.

—¡Joder! Sofía… Estábamos en la toalla, llegaron Lorena y Téllez, o como se llame el chico que ha venido con Lorena, que si no es por él…

—Que si no es por él, ¿qué? ¡Venga, continúa! ¿Qué ha pasado? —se impacientó Macarena.

—Pues que dijimos de irnos al agua. Sofía no se ha enterado, como siempre, de que la piscina no cubre y se ha tirado de cabeza y se ha quedado inconsciente. Menos mal que el chico se ha dado cuenta y la ha sacado a tiempo, que, si no, se nos ahoga.

—Pero ¡madre mía! ¿La pueden curar o…?

—Viene una ambulancia, por lo visto. Tiene que estar al caer. Están muy cerca, al ser un sitio muy concurrido, tienen un servicio casi exclusivo para estas cosas.

Efectivamente, la ambulancia tardó escasos minutos en llegar. Los enfermeros subieron a Sofía en la camilla y la trasladaron al hospital Puerta de Hierro.

Sandra, Alicia, y Macarena recogieron rápidamente las toallas y recopilaron todas las pertenencias de Sofía, además de las propias.

—Alicia, deberías llamar a sus padres y decirles lo que ha pasado —dijo Sandra.

—Sí, sí. Vamos al coche y los llamo de camino al hospital con el manos libres —contestó Alicia—. Lorena, ¿nos vemos allí?

—Sí, vamos a recoger lo que hemos dejado en la taquilla y nos vemos allí.

—OK, venga.

Poco a poco, la gente que se había arremolinado alrededor de Sofía se fue dispersando. Los socorristas pidieron a los pocos bañistas que quedaban cerca de la mancha de sangre que salieran del agua. La zona de baño quedó clausurada hasta que la depuradora hiciera su trabajo.

El Seat Ibiza Cupra de color amarillo salió derrapando del aparcamiento de arena, como si de un circuito de *rally* se tratara. Los 160 CV del motor TDI impulsaban aquella máquina ajustada por las manos expertas de Alicia a toda velocidad hacia la carretera. Sandra y Macarena se agarraron donde pudieron.

—¡Joder, Alicia! ¡Que nos vamos a matar, coño! —gritó Sandra.

—¡Qué dices! El coche y yo somos uno. Soy la mejor conductora que conoces, y lo sabes.

Haciendo caso omiso a los gritos de su hermana, Alicia cruzó la autopista a mucha más velocidad de la permitida demostrando una destreza al volante admirable, a la par que ilegal. Escasos minutos las separaron de la llegada de la ambulancia al hospital.

En la recepción de urgencias les comunicaron a las chicas que Sofía había llegado consciente y que le estaban suturando la herida. En principio no era grave, pero el resto del día lo pasaría en observación.

Sandra, Alicia y Macarena se sentaron en la sala de espera. Les dijeron que en cuanto le realizaran la cura podrían pasar a verla unos minutos.

—Joder, pedazo de hostia que se ha pegado, ¿no? Pero ¿cómo se tira de cabeza en la parte que no cubre? —preguntó Macarena abriendo los brazos.

—¡Buah! ¡Yo qué sé! Está fatal, tiene un despiste de cojones. Cuanto más pasan los años, peor —contestó Alicia.

—Pues ha tenido suerte. Por lo que parece solo ha rozado el suelo, porque, si se da de lleno, se parte la cabeza —apuntó Sandra.

—Sí, madre mía. A ver qué avería se ha hecho —casi murmuró Alicia.

En ese momento entraron por la puerta de la sala Lorena y su amigo.

—¿Os han dicho algo? —preguntó Lorena.

Alicia les puso al día de la situación, se sentaron y al cabo de unos treinta minutos la chica de recepción avisó a las chicas para que se acercaran.

—Hemos pasado a Sofía a un box. Podéis pasar a verla unos minutos, hasta que llegue su familia. Por favor, en silencio y no la estreséis mucho, que ha sufrido un fuerte golpe en la cabeza, ¿OK? —dijo la recepcionista.

Sofía se encontraba en una silla de ruedas con toda la parte frontal de la cabeza vendada. Meneó la cabeza de lado a lado cuando vio aparecer a sus amigas.

—¿Qué tal estás, tía? Madre mía la que has liado en un momento —dijo Alicia.

—Bueno, doce puntos me han dado. Creo que me han suministrado algún calmante para el dolor, pero estoy como si me hubieran dado

una paliza. No te creas que me acuerdo muy bien de lo que ha pasado —Murmuró claramente afectada por el golpe.

—Pues que casi te vas para la morgue, pero no precisamente a trabajar —se burló Macarena.

Sofía mostró una sonrisa forzada y le hizo el gesto obsceno con el dedo corazón, como siempre.

—Que te has tirado de cabeza en la zona que no cubre, te has dado con la cabeza en el suelo y te has quedado inconsciente. Si no es por Óscar, que te ha sacado a tiempo, te podrías haber ahogado —dijo Lorena.

—Joder, gracias, Óscar. No sé por qué pensaba que cubría más.

—Si hubieras escuchado mi historia, a veces sirven para algo las fricadas —dijo Alicia.

—¿Qué historia? —preguntó Sofía extrañada.

—Nada, déjalo. Entonces, ¿te encuentras bien? ¿Más o menos?

—Sí, bueno. Para lo que podía haber pasado, sí.

De repente una enfermera irrumpió en el box.

—Chicas, lo siento, tenéis que salir, ya está aquí la familia de Sofía.

—Bueno, ya que nos has jodido el día de piscina, al menos recupérate pronto —dijo Macarena mientras la besaba en la mejilla.

—Todavía me levanto y te meto una hostia —contestó Sofía bromeando.

Todas repitieron el gesto de Macarena y tras despedirse de Sofía salieron del hospital.

Ya en el coche, Sandra le hizo un gesto cómplice con la mano a Macarena para que le enviara el código de la Deep web por *mail*. Macarena captó el mensaje y se puso a hacer la gestión desde su teléfono móvil.

—¿Vamos a tomar algo? —preguntó Alicia.

—¡Puf!, a mi llévame a casa, porfa. Así ya aprovecho la tarde y hago unas cosas que tengo que hacer —contestó Sandra.

—Bueno, vale, pero nosotras sí que vamos a tomar una cerveza, ¿no? —preguntó Alicia buscando a Macarena por el retrovisor interior del coche.

—Sí, sí, claro. Tengo que aprovechar lo que me queda del día libre.

—Claro. Pues escribe a Lorena, que nos sigan.

Sandra entró en su casa y tras achuchar a Nora durante unos segundos encendió su ordenador portátil. Lo dejó arrancando y salió de nuevo a la calle.

—Te bajo a mear y subimos, ¿vale?, que tengo cosas que hacer —le dijo a la perrita.

Ya delante del ordenador, Sandra se aseguró de tener todos los cables bien conectados. No podía permitirse ningún fallo técnico durante la conexión o perdería el código. Despejó la mesa para

quedarse solo con lo que iba a necesitar: el teléfono móvil, papel y boli (por si tenía que tomar notas) y una Coca-Cola Zero. Se puso ropa cómoda y acercó el ventilador para paliar el sofocante calor que, con toda seguridad, le haría pasar una noche, cuando menos, incómoda. Ya solo quedaba darle un hueso a Nora para mantenerla entretenida durante las dos horas y ponerse manos a la obra.

Sandra abrió Google. Comprobó la hora en la parte inferior derecha de la pantalla.

—Casi las ocho. Tengo hasta las diez para encontrar algo —se dijo en voz alta.

Introdujo el código que le había pasado por *mail* Macarena en la barra del buscador y pulsó la tecla «Intro».

La pantalla se fundió completamente a negro y el ordenador comenzó a ronronear rápidamente. Parecía estar procesando demasiados datos de golpe. El ventilador se activó para refrigerar la CPU interna y bajar la temperatura de la placa base. Después de unos segundos de incertidumbre, tanto el ronroneo como el ventilador se detuvieron bruscamente, y en la pantalla comenzaron a aparecer anuncios de páginas y foros de toda índole. Lo primero que le sorprendió a Sandra es la lentitud con la que iban apareciendo dichos anuncios. Eso, sumado al hecho de que solo tenía dos horas y que la flecha del ratón había desaparecido, hizo que comenzara a ponerse nerviosa.

—¡Joder! ¿Qué coño le pasa a esto? —exclamó.

Una ventana en la parte superior derecha de la pantalla apareció simultáneamente junto con la flecha de ratón, mostrando un mensaje que decía: «Cebolla chan, el foro en español más conocido de la Deep web, regístrate aquí». Sandra dudó unos segundos.

—¿Para echar un vistazo tengo que registrarme? —se preguntó.

Observó el resto de los anuncios que aparecían en pantalla y se convenció de que era la mejor opción. Todos los demás estaban escritos en inglés y contenían una tipología sospechosa. Venta de armas, *hackers,* páginas de contenido gore, sexo, conspiraciones… Sandra hizo doble clic en la ventana. Accedió a una página llamada Torbox, donde le explicaban que para continuar el registro debía abrirse una cuenta de correo oculto. Doble clic y una nueva ventana se abrió en el centro de la pantalla. Le pedía un nombre o *nick,* dirección de *mail* en el que el servicio de correo oculto ya le autocompletaba «@torbox837tiuy3j4k4.onion», una *password* y descifrar un *captcha.* Creado el correo, Sandra volvió a pinchar en la ventana del foro en español «Cebolla chan». Introdujo el correo electrónico recién creado junto con la contraseña, pulsó «Intro» y, tras unos desesperantes segundos en los que el ordenador volvía a ronronear, la pantalla se volvió totalmente blanca. Poco a poco comenzaron a aparecer uno por

uno los temas del foro. En la parte izquierda de la pantalla se sucedían una debajo de otra todas las temáticas que contenía aquel extraño rincón oculto de Internet:

—*Erótica*
—*Conspiranoia*
—Hacking
—*Hacktivismo*
—*Inteligencia*
—*Ofertas de trabajo*
—*Descargas de contenido crackeado*
—Carding
—*Programación*
—*Seguridad/anonimato*
—*Drogas*

Sandra abrió exageradamente los ojos y pinchó inmediatamente en este último. Si verdaderamente había nuevas drogas circulando que pudieran suministrarse tanto a humanos cómo a animales y que provocaran los síntomas que describía Andrea, seguramente las encontraría aquí. «¿Alguien probando drogas en animales quizá?», se preguntó. Mientras se abría el subforo «Drogas», Sandra no salía de su asombro. Cada *banner* que aparecía en la parte superior de la pantalla era más sorprendente que el anterior. Se trataba de anuncios de páginas web que ofrecían todo tipo de productos ilegales.

Digital gangster. En esta página ofrecían la posibilidad de contratar a un *hacker* para que espíe a otras personas, ataque a otras webs, robo de contraseñas de correo, redes sociales, etc.

Black market guns. Aquí ofrecían diferentes modelos de pistolas, metralletas, rifles de asalto, equipos de visión nocturna, lanzagranadas e incluso algunos tipos de explosivo.

Counterfeiting center. Se trataba de una página donde podías solicitar una nueva identidad. Pasaportes falsos, visados de residencia, carnés de conducir, títulos universitarios, etc.

Se sucedían en cadena todo tipo de anuncios. Sobre todo los de contenido pornográfico. En cuestión de segundos pasaron por los ojos de Sandra decenas de anuncios de plataformas pornográficas para todas las filias imaginables. Algunas pedían pagar con criptomonedas para acceder a fotografías y vídeos, pero la mayoría eran gratuitas.

Por fin se abrió el subforo «Drogas», permitiendo a Sandra ver el índice general:

—*Alcohol*
—*Anfetaminas, cocaína y estimulantes.*
—*Cannabis y derivados*
—Doping
—*Éxtasis y nuevas drogas sintéticas*

—Heroína, metadona y opiáceos.
—Inhalantes
—LSD, alucinógenos.
—Medicamentos (tranquilizantes, anfetaminas…), como drogas.
—Policonsumo
—Tabaco
—Adicciones
—Codependencia

La publicidad en forma de *banner* de la parte superior de la pantalla cambió de aleatoria a monotemática. Decenas de páginas ofrecían sus servicios relacionados con drogas. Sandra desvió la mirada para leer uno de los anuncios que le llamó la atención. *Connect mega labs* era una web que ofrecía una gran variedad de drogas a granel y a domicilio.

Estuvo tentada de pinchar en el enlace. «No tengo mucho tiempo, mejor recopilar todos los datos posibles», pensó.

Clicó en el apartado «Éxtasis y nuevas drogas sintéticas» del subforo. Comenzaron a aparecer las últimas entradas de los usuarios. El ordenador cada vez iba más lento. La desesperación de Sandra iba en aumento.

Leyó rápidamente a medida que aparecían las frases en la pantalla. La gente preguntaba todo tipo de cosas relacionadas con el consumo de drogas: consultas sobre mefedrona, diazepan, ketamina, cristal y un sinfín de variantes que Sandra reconoció en la lista de sustancias básicas que le había entregado Andrea.

Salió y entró en varios subforos. Rebuscó en las conversaciones de los usuarios de uno y otro sitio. Miró el reloj. Solo quedaban cincuenta minutos de conexión y no había encontrado nada. De repente se fijó en uno de los hilos que decía: «¡Cuidado, nueva droga basada en la bacteria botulínica! (El veneno orgánico más letal que existe). No la probéis, ya ha causado la muerte de varias personas en Alemania». Pinchó dos veces sobre el enlace. De repente la publicidad volvió a adaptarse a la temática y comenzó a lanzar *banners* de páginas donde se ofrecían venenos de todo tipo. Sandra los ignoró y se concentró en el contenido del hilo que acababa de abrir. Estaba vacío. Ningún comentario al respecto. Un anunció llamó su atención: «Vuelven los venenos de toda la vida mejorados. ¿Quieres envenenar a tu vecino? ¿A su perro? ¿Al amante de tu mujer? ¿A tu jefe? ¿A tu marido? Consigue los venenos mortales más silenciosos. No afectan a los órganos, matan lentamente y se eliminan del organismo sin dejar pruebas. Sin antídotos. Sin cura. Consíguelos pinchando AQUÍ».

Sandra abrió la página todo lo rápido que el ordenador le permitió. La página tenía una decoración tétrica. De fondo se veían imágenes de ratas muertas. En el lateral izquierdo había una ilustración en blanco y

negro de un científico con aspecto de psicópata que miraba fijamente al frente. Parecía querer salir de la pantalla para matarte con sus propias manos. Llevaba colgada del cuello una pequeña pizarra con un texto escrito: «Solo yo sabré el secreto de tu muerte». Sandra sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. En el lateral derecho se encontraba el sumario. Era sencillo:

—Venenos

—Información de interés

—Cómo realizar un pedido

—Mis pedidos

—Preguntas frecuentes

—Ayuda

—Contacto

Doble clic en venenos. Se abrió el subforo que contenía un sinfín de apartados. Sandra cogió de nuevo el bolígrafo para proseguir con las anotaciones: «Arsénico. Pequeñas dosis en pastillas efervescentes para una muerte lenta, una sola dosis, muerte rápida, arsénico en caramelos de menta, chicles, gominolas, tabaco con arsénico… Haznos tus propias sugerencias y estaremos encantados de fabricarte el producto».

Sandra no salía de su asombro. Arsénico en cualquier producto que se te ocurriera. Solo quedaban quince minutos de conexión. Prosiguió.

—Cianuro: líquido, en polvo, mezclado con frutos secos, zumos, pastillas, mermelada.

—Talio: diluido en cremas para el sol, perfumes.

—Polonio 210: suministrado en bolsitas para té, infusiones, manzanillas.

—Etilenglicol: base sobre caramelos, dulces, gominolas.

—La adelfa: suministrada en polvo.

Y así hasta una treintena de venenos completaban la lista que consiguió redactar Sandra antes de que el ordenador se reiniciara automáticamente. El tiempo de conexión del código se había consumido. Se quedó mirando la pantalla fijamente mientras esta volvía a mostrar su estado inicial normal. Encima de la foto de Nora corriendo en el parque que ocupaba el fondo de pantalla del portátil, reaparecieron poco a poco los iconos habituales. Volvía a estar en la red blanca. Sandra resopló. Tuvo la tentación de buscar más información sobre los venenos en Google, pero ya eran las diez de la noche y estaba agotada. Apagó el ordenador y lo cerró lentamente. Pensativa, se dirigió a la cocina. Se preparó un sándwich de jamón york y queso, que engulló en escasos minutos. Apagó las luces y se tumbó en la cama. Nora se hizo bola a su lado. En el fondo no tenía

muchas esperanzas de haber encontrado nada que sorprendiera a Andrea. La hipótesis de los venenos y las drogas no convencía del todo a ninguna de las dos, pero por algún lado había que empezar. ¿Qué podría estar matando a los animales de esa forma? Si no era ningún veneno ni droga, ¿un virus desconocido?, ¿una nueva bacteria?… ¿Estarían tras la pista de algo más importante? ¿Podría contagiarse en humanos? ¿Estaría pasando en perros de otros lugares de España o incluso del mundo? ¿Ya sabrían la causa en otros países? Sin darse cuenta, Sandra cerró los ojos y se quedó profundamente dormida.

CAPÍTULO 6. Sandor

Sandra cruzó la verja y traspasó el caminito empedrado con paso firme. Solo llevaba en la clínica un mes, pero su situación había cambiado radicalmente desde aquel accidentado primer día. El calendario marcaba 6 de agosto y el calor era infernal. Habían pasado algo más de tres semanas desde que Sandra le mostrara a Andrea la extensa lista de venenos y drogas recopilados en la Deep web. Ese mismo día, al cierre de la clínica, analizaron juntas los síntomas y las consecuencias de consumir dichas sustancias.

—Bueno, vamos a ver qué has traído —dijo Andrea llevándose la mano al mentón—. Las drogas son todas derivados.

—Lo sé, lo sé. De eso ya me he dado cuenta —se apresuró a decir Sandra—. Vamos con los venenos a ver si hay alguno que pudiera producir esos síntomas en animales.

—Bien, veamos. —Andrea se sentó delante del ordenador portátil que tenía en el laboratorio—. Coge una silla y siéntate.

Sandra obedeció.

Después de dos horas analizando las secuelas que provocaba ingerir dichos venenos, llegaron a un callejón sin salida.

—A ver, la adelfa se refiere a varias plantas del género *Nerium,* que tienen flores rosadas o moradas, y se usan comúnmente en los jardines. Analicé algunas muestras de dichas plantas que recogí en el jardín del chalé de Calalberche, ¿recuerdas? El sospechoso ese al que tenemos que visitar. —Sandra apretó los labios e hizo un leve movimiento de cabeza. Andrea prosiguió—: Y descubrí que lo que hace que la adelfa sea tóxica son dos potentes glucósidos: oleandrina y neriina, ambos en la planta. La intoxicación por adelfa es parecida a la intoxicación digitálica, entre cuatro y doce horas. Los primeros signos de intoxicación son gastrointestinales: náuseas y vómitos, con deposiciones diarreicas sanguinolentas. Como último síntoma, se puede producir una parada cardiaca. No encaja. No explica la ligera inclinación de cabeza hacia un lado, los movimientos anormales de los ojos, los temblores ni la agresividad desbordada previa a la muerte. El etilenglicol sí produce mareo y podría causar la inclinación de cabeza en el animal, pero normalmente el organismo entra en coma. Lo que pasa es que uno de los subproductos de etilenglicol se rompe causando una condición peligrosa llamada *acidosis metabólica.* Esto se produce cuando la sangre de un organismo también se vuelve ácido, manteniendo todas las reacciones químicas que componen su metabolismo correctamente. Además, el veneno también crea cristales de oxalato de calcio en los riñones que destruyen físicamente el tejido

renal. En las autopsias no he visto este tejido dañado. Bueno, ni ningún otro órgano, como ya te he dicho.

El talio es radiactivo. Aparte de provocar la pérdida total del pelo, corroe el revestimiento del tracto digestivo, así que descartado. El arsénico produce parálisis. Además, es fácil de detectar, una prueba química puede confirmar la presencia de arsénico en fluidos corporales en pocos minutos. El polonio 210 también es radiactivo, corroe los tejidos del organismo que lo ingiere, así que… descartado. Nos queda el cianuro. —Andrea giró levemente la cabeza para buscar la mirada de Sandra e hizo un pequeño chasquido con la lengua mientras realizaba la búsqueda en Google—. El cianuro entra rápidamente en la corriente sanguínea, aunque no siempre es mortal. En pequeñas dosis el cuerpo puede eliminar el cianuro a través de la orina con una mezcla de azufre. Sin embargo, con dosis más grandes, el cianuro comienza a atacar células de oxígeno y finalmente estas comienzan a morir. La falta de oxígeno es fatal para el corazón, el sistema respiratorio o el sistema central nervioso. Todos sistemas severamente afectados que provocan la muerte. —Andrea hizo una pausa y suspiró—. Severamente afectados… Nuestros perros no presentan lesiones en los órganos, lo que nos lleva de nuevo a la casilla de salida. No tenemos nada —sentenció.

Así terminó aquel lunes. Aunque solo habían pasado tres semanas, Sandra lo recordaba lejano, puesto que los acontecimientos se sucedieron cuantiosos y de manera muy rápida en la clínica.

Laura observó a Sandra algo desconcertada cuando esta apareció con su perrita Nora debajo del brazo. Se dirigía directamente al laboratorio.

—¿Esa es Nora? Sabes que Andrea no quiere que traigamos a nuestros perros a la clínica, ¿no? —preguntó Laura cortándole el paso.

Sandra la miró cariñosamente y sonrió.

—Tranquila, Laura, lo sé. Pero la he convencido, no te preocupes.

Laura frunció el ceño mientras le abría paso muy despacio. Acompañó el gesto poniendo los brazos en jarras.

—Pues ya me dirás cómo lo has hecho, y no solo eso, me tienes que explicar algunas cosas más de las que me he dado cuenta y no me cuadran en absoluto. ¿Qué os traéis entre manos?, porque mira que es raro que Andrea… —Sandra no le dejó terminar la frase.

—Nada, nada. No es nada raro, simplemente creo que le caigo bien, nada más.

—Ya. Y yo me disfrazo de hombre por las noches, ¡no te jode! Algo pasa, ya me enteraré.

Sandra soltó una carcajada y aprovechó el momento de confusión para cruzar la puerta de la consulta 3, en dirección al laboratorio, donde la esperaba Andrea.

Durante las tres semanas que sucedieron al incidente del bolso, Andrea intentó disimular el cambio de actitud hacia Sandra. Intentaba dirigirse a ella de forma altiva y distante, como si nada hubiera cambiado. Pero sí había cambiado. Y todos lo notaban. Incluido Marcos, que normalmente no estaba pendiente de los roces y devaneos de las chicas de la clínica, pero que, en esta ocasión, había notado cierto clima de complicidad entre Andrea y Sandra. Andrea había encontrado a alguien con quien compartir su misteriosa investigación secreta. Sabía que no era la más indicada, ni por supuesto la más cualificada para dicha tarea, pero quizá fuera precisamente eso lo que marcara la diferencia. Sandra era una chica joven e inteligente, con todo lo que eso significa. La motivación que acompaña a la juventud por los nuevos retos, las nuevas metas y por supuesto las ganas de aprender se pierden a medida que adquieres experiencia. Era esa energía de la que Andrea se quería contagiar. Es, además, la inexperiencia la que hace que preguntes cosas distintas y te plantees escenarios diferentes a los ya explorados por tus maestros. El sueño de Sandra era ser una gran veterinaria, y Andrea sabía que no desaprovecharía una oportunidad así para conseguirlo. Era de esperar que hiciera todo lo posible para agradar a su admirada jefa e intentara ayudarla a buscar el motivo de las muertes de esos perros.

La rutina diaria no había cambiado. Sandra presenciaba las consultas de Verónica, por las mañanas, y, por las tardes, ayudaba a Beatriz con las vacunas y extracciones de sangre. Yolanda solicitaba su ayuda en la sala de hospitalización a ratos sueltos, y Marcos no dejaba de orbitar a su alrededor siempre que se presentaba la ocasión.

Sandra empujó sigilosamente la puerta del laboratorio.

—Laura sospecha algo.

—Pues claro. A Laura no se le escapa nada. Además, lo de traer a tu perra… No sé ni cómo coño me has convencido —dijo Andrea contrariada.

—Joder, es que se está quedando calva y ya no sé qué hacer.

—Pues ¿llevarla a un especialista en dermatología de animales quizás? No sé, se me ocurre —contestó Andrea intentando ser lo más sarcástica posible—. En esta clínica la que más sabe en el campo de la dermatología es Verónica, así que…

—No me jodas. Verónica no me va a hacer ni caso, y menos cuando se entere de que es mi perra.

—Te equivocas. Verónica es una gran profesional. Una cosa es que en el terreno personal no sea todo lo diplomática que nos gustaría que fuera, y otra cosa es el trabajo. Además, estará encantada en demostrarte que sabe más que tú. A buen seguro hará todo lo posible para solucionar el problema y restregártelo en tu cara de inexperta becaria.

—Comprendo. O sea, que no me vas a ayudar, ¿no? De momento no has cumplido ninguna de tus promesas. Ni me has dejado asistir a ninguna operación en quirófano, ni me dejas pasar consultas, ni me ayudas con mi perra… No fue ese el trato al que llegamos cuando te dije que te ayudaría. —Sandra recrudeció el tono.

—Te equivocas de nuevo, novata. Tengo algo. —Andrea guardó las muestras del microscopio en el armario de cristal, se quitó los guantes de látex y se acercó a Sandra, que la seguía atentamente con la mirada —. Siéntate y escucha con atención —dijo volviendo a su tono autoritario habitual—. Esta mañana ha llamado una mujer. Laura me ha pasado la llamada porque quería hablar con un veterinario. Me ha contado que estaba muy preocupada porque hace dos semanas empezó a notar que a su perro le fallaban las patas traseras.

—¿Hola? Sí, soy Andrea, la veterinaria, cuéntame.

—¡Hola, Andrea! Me llamo Susana y llamo para hacer una consulta. Se trata de mi perro, Sandor. La cuestión es que hace como unas dos semanas le empezaron a fallar las patas traseras. Parecía como si estuviera débil o algo así. Es un cruce de labrador con dogo, no es demasiado grande, pero es muy alto, porque tiene las patas muy largas. El caso es que cuando se sacudía perdía el equilibrio y se sentaba involuntariamente. Le llevé a mi veterinario y me dijo que parecía ser una especie de inflamación en la parte lumbar trasera, por lo que el perro estaba dolorido en esa zona y el dolor le obligaba a doblar las patas traseras. Me recetó unos calmantes y un antinflamatorio. Lejos de mejorar, el perro ha empeorado mucho. No se quiere levantar del suelo, come muy poco, vomita y cuando le obligo a salir a la calle anda como mareado, se desequilibra y gira la cabeza hacia un lado. A veces incluso se cae al suelo y tengo que levantarle. Llamé al veterinario y me dijo que él no disponía de medios para hacer las pruebas necesarias, ya que parecía algo más grave que una inflamación, y me dio el teléfono de tu clínica.

—¿Qué edad tiene Sandor? —preguntó Andrea.

—Doce años.

—Bien. ¿Crees que podrías traerlo a primera hora de la tarde?

—Sí, sí, claro, cuanto antes, mejor. Pero ¿qué puede tener? ¿Es grave? Perdona, es que estoy muy preocupada.

—Tengo que hacerle unas pruebas primero, Susana. Hasta que no tenga los resultados no quiero aventurarme, lo siento. Tráelo y vemos a ver qué le pasa, ¿OK?

Sandra se encontraba sentada enfrente de Andrea con Nora sobre sus rodillas, escuchando atentamente el contenido de la llamada. Andrea hizo un silencio que Sandra aprovechó para preguntar:

—¿Crees que podría ser un nuevo caso?

—Exacto. Y no solo eso, sino que además todavía está en la fase

inicial. Todos los que he podido analizar se encontraban en la fase terminal o muertos. ¿Te acuerdas de que te dije que ni de coña te dejaría pasar consulta? Pues he cambiado de idea. Sandor va a ser tu primer paciente. ¿Qué te parece?

—¿Sí? ¿Y eso por qué? ¿A qué se debe ese cambio? —preguntó sorprendida.

—Fácil. Sandor podría ser un paciente cero de la enfermedad, es decir, solo manifiesta los primeros síntomas, así que cambiaré la táctica. Nos adelantaremos a la enfermedad, tomaremos atajos, le haremos todas las pruebas que podamos antes de que empeore. Drogas, tóxicos, venenos… Todo. Aparte de las pruebas normales para la enfermedad vestibular, claro. Esto es lo que me obliga a designarte a ti como la veterinaria de Sandor. La mayoría de las pruebas que vamos a realizar no tienen nada que ver con la enfermedad vestibular y las chicas no entenderían por qué le hago esas pruebas. Empezarían a hacer preguntas y sospecharían.

—¡Joder! Vale. No sé, vamos a ver cómo reaccionan —dijo Sandra algo abrumada.

—Ya. Algo se me ocurrirá, no te preocupes por eso. Tú céntrate en lo que tenemos entre manos. Prepararé la consulta 1. De momento continúa con tu rutina normal, luego te aviso. Y, en cuanto a Nora, no le digas a Verónica que es tu perra de primeras, ya se lo digo yo después.

***

La clínica comenzaba una nueva jornada. A las diez en punto de la mañana Laura abrió la puerta principal. Se notaba que estaban en la primera quincena de agosto, ya que solo unos pocos clientes se acomodaron en la sala de espera. Sandra cruzó el pasillo interno que comunicaba todas las estancias y entró en la consulta 2, donde se encontraba Verónica.

La veterinaria ni siquiera apartó la vista del ordenador cuando Sandra le mostró a la pequeña Nora.

—Como no hay demasiado curro, Andrea me ha pedido que te traiga a esta perra para que le eches un vistazo —dijo Sandra titubeando.

—¿Sí? ¿Y qué le pasa? —contestó Verónica con cierta desgana.

—Pues se llama Nora, es un cruce de chihuahua de cuatro años y, por lo que me ha dicho Andrea, pierde mucho pelo.

Verónica hizo un chasquido con la lengua, cerró la página que estaba consultando en su ordenador y se recogió el pelo.

—A ver, déjamela —dijo mientras la subía en la mesa metálica—. ¿Sabes algo de ella? ¿Ha recibido algún tratamiento?

—Pues la llevé, digo, por lo visto la llevaron a un veterinario que la trató de dermatitis atópica y reacción adversa al alimento, pero los

síntomas no remitieron. Se le administró una dieta hipoalergénica durante seis semanas como único alimento, sin éxito. Además, se retiraron plantas, productos químicos, etc., durante el mismo periodo, sin resultado. Bueno, eso es lo que sé, es decir, lo que me ha dicho Andrea.

Verónica giró la cabeza hacia Sandra y entrecerró los ojos. No se movió durante un par de segundos, que a Sandra le parecieron una eternidad. Finalmente acercó la luz al cuerpo de Nora, que se encontraba tumbada panza arriba, y dijo:

—Saliva de pulga.

—¿Saliva de pulga? Pero si nunca ha tenido pulgas… Bueno, que no me ha dicho nada Andrea, quiero decir —intentó corregir Sandra.

—Ni falta que hace. No se trata de una infestación por pulgas, sino de una auténtica hipersensibilidad a la exposición a la saliva de pulga siendo en muchas ocasiones el cuadro clínico mucho más importante que el que cabría esperar, atendiendo a la carga parasitaria del animal afectado. El tratamiento consiste en un control permanente y estricto de las pulgas en dos frentes, en el animal y en el ambiente, para eliminar las formas larvarias o de resistencia que perpetúan la infestación y cronifican el proceso. —Verónica tomó aire y prosiguió —: Esta es la definición técnica de la enfermedad que se llama *dermatitis alérgica a la picadura de la pulga* (DAPP). No veo que tomes apuntes —dijo volviendo a su tono borde habitual.

Sandra reaccionó y cogió su libreta. Verónica continuó con la explicación:

—Te traduzco: la perra es mucho más sensible a este parásito de lo habitual y por eso no hace falta que la pulga anide en su piel, con solo tocarla ya padece los síntomas de una infestación por pulgas, ¿entiendes?

Sandra asintió y le dedicó una involuntaria mirada de admiración a Verónica. Sentía una mezcla de sensaciones hacia ella que la incomodaba. Por un lado, admiración, pero, por otro, un profundo odio y resentimiento por el trato recibido por su parte los primeros días. «Cuando eres nueva en un sitio lo último que necesitas es que te hagan sentir desorientada y fuera de lugar», pensaba Sandra. Ese rencor tardaría mucho en desaparecer de su mente, pero sabía que no le quedaba otra opción que llevarse bien con ella y aprender lo máximo posible de aquella gran veterinaria.

—Por eso hay que realizar el mismo tratamiento que si estuviera infestada de pulgas. Además, hay que averiguar cuál es su entorno habitual y poner en marcha un protocolo antipulgas para que no le vuelva a pasar —zanjó Verónica.

—OK, pues se la llevo a Andrea y vuelvo en un momentito —dijo Sandra.

En vez de eso, Sandra dejó a Nora sobre una de las camitas en la recepción.

—Pero ¿qué haces? ¿Me la vas a dejar aquí todo el día? —preguntó Laura sorprendida.

—Que no te preocupes, tía, ni te vas a enterar de que está. Es superbuena. Tan solo échale un ojo, porfa. Yo pasaré por aquí a verla de vez en cuando, ¿vale?

—Qué morro tienes. La verdad es que parece buena. —Laura cogió a Nora en brazos y la achuchó contra su pecho—. Pero, como ladre, ¡te la llevo! —terminó exclamando mientras la devolvía a su camita.

—Que no, ya verás qué tranquila es. ¡Ah!, por cierto, no le digas a nadie que es mía, ¿vale?

—Sí, claro. Y cuando pase alguna por aquí y me pregunte, ¿qué le digo?

—Invéntate algo. Vengaaa, adióóós —dijo Sandra jovialmente mientras cerraba la puerta.

La mañana transcurrió según lo esperado. Pocas consultas y ninguna de gravedad. «Las típicas enfermedades de temporada», según decía Verónica. En verano la gente hace muchas actividades con su perro que no pueden hacer en invierno, lógicamente; excursiones por la montaña, un baño en el río o en la playa, cambios bruscos de rutina alimentaria, aires acondicionados, etc. Todos estos cambios provocan algunos desajustes en la salud del perro. Normalmente otitis, dermatitis, alergias en la piel, parásitos externos, problemas digestivos o gastrointestinales, e infecciones de vejiga o cistitis.

Sandra anotaba con avidez los escasos arranques explicativos que Verónica se dignaba a redactarle. La mayoría de las veces tenía que ser ella la que preguntara, con muy poco éxito de respuesta. Lo habitual era que Verónica la ignorara o le diera una respuesta corta y carente de datos. Pero poco a poco Sandra iba «cogiéndole el rollo», como le dijo Yolanda. Estaba aprendiendo a llevarla y ya sabía en qué momento podía preguntar y cuándo debía mantenerse callada. Sandra intentaba crear un clima en el que Verónica se sintiera cómoda y bajara las defensas. Cuando lo conseguía, aprovechaba para atacar con preguntas.

—¿Por qué la cistitis suele afectar más frecuentemente a las hembras?

—Bueno, estos problemas urinarios suceden cuando las bacterias ascienden desde el exterior por las vías urinarias y causan una infección en la vejiga. Incluso, en ocasiones, también afectan a los riñones. En el caso de las hembras se dan dos circunstancias que las diferencian de los machos y que facilitan este tipo de infecciones. La primera es la postura que adoptan al miccionar; las hembras a menudo rozan sus genitales en el suelo, lo que facilita la entrada de

dichas bacterias en el organismo. Y la segunda es que sus conductos urinarios son más cortos, por lo que las bacterias tienen menos problemas para infectar la vejiga —explicó Verónica.

Sandra aprovechó el momento para resolver unas dudas que tenía apuntadas en el cuaderno, hasta que dieron las dos de la tarde.

Cuando traspasó la puerta del *office* se sorprendió al ver que Yolanda y Beatriz ya estaban terminando de comer.

—¡Hola, chicas! ¿Y Laura?

—Hoy se va a comer a casa. Por lo visto Andrea le ha dicho que se quedaba ella y que podía irse —dijo Yolanda enseñando las palmas de las manos.

—Es que este mes hay muy poca cosa. Yo solo tengo dos vacunas esta tarde —intervino Beatriz.

—Ya, bueno. ¿Y mi pe…?, quiero decir, ¿dónde está el chihuahua que tenía en la recepción? —preguntó Sandra extrañada.

—Tranquila. Sabemos que es tu perra. Nos lo ha dicho Laura justo antes de endiñárnosla. Aquí está, durmiendo como si nada —dijo Yolanda sacando a Nora, que estaba sobre sus piernas.

—Joder con Laura, ¡qué bocazas! —exclamó Sandra—. Le comenté a Andrea a ver si le podía echar un vistazo porque…

—Ya, ya… —interrumpió Beatriz—. Si también nos ha contado el rollo raro ese que os traéis Andrea y tú, que no tardará en descubrirlo. A Laura no se lo vais a ocultar mucho tiempo y después nos lo contará a todas —dijo mostrando una leve sonrisa.

—Que no hay ningún roooollo —dijo Sandra aparentando cansancio—. Imaginaciones vuestras.

Siempre se sentaban en la misma mesa, la más alejada de la puerta, pegada a la pared y junto a la fuente de agua fría. Verónica solo comía con ellas si estaba Marcos, si no, le esperaba y comían los dos solos más tarde. Sandra observaba a la Novia Cadáver cada vez más delgada, pero menos siniestra a medida que la iba conociendo. No había terminado el postre cuando la puerta se abrió de golpe y apareció Andrea.

—¡Sandra —exclamó con autoridad—, ya está aquí! ¡Vamos!

Andrea se dio la vuelta y salió del *office* sin darle tiempo a levantarse de la silla.

—¡Me voy, chicas! Porfa, ¿me cuidáis a Nora? Luego os veo —dijo Sandra ante la atónita mirada de Yolanda y Beatriz.

Sandra alcanzó a Andrea en el pasillo, justo antes de llegar a la consulta 3. Al entrar se toparon de frente con un enorme perro de color negro que casi ocupaba media sala. Estaba tumbado en el suelo, con sus largas patas estiradas en mitad de la pequeña estancia. Tenía unos preciosos ojos marrones, aunque su mirada parecía triste. El pelo del hocico blanqueaba, seguramente a causa de la edad, y al final de

las dos patas delanteras, como si se tratase de un par de calcetines, también el pelo se volvía blanco, en total contraste con el negro azulado de resto del cuerpo. Unas enormes orejas puntiagudas adoptaron el estado de alerta en cuanto Andrea abrió la puerta. Sandra se enamoró de aquel animal nada más verlo.

—Buenas tardes, Susana —dijo estrechándole la mano—. Y tú debes ser Sandor, ¿verdad? Qué nombre tan curioso, ¿de dónde viene? —Sandra se arrodilló para acariciarle y notó cómo ladeaba la cabeza notablemente hacia el lado derecho.

—Pues la verdad es que ya venía con el nombre cuando le adoptamos. Nos pareció tan original que decidimos mantenerlo. Vinimos a por él aquí, a Coímbra precisamente. Estaba en una cajita de cartón envuelto en mantas en el garaje de un chalé no muy lejos de aquí. El dueño nos dijo que no podía quedarse con él a pesar de que no crecería mucho. Según él, se trataba de un labrador, y el caso es que al principio lo parecía, pero de un día para otro las orejas se le levantaron hacia arriba y comenzaron a crecerle esas largas patas que ves. Se convirtió en una especie de galgo con cara de labrador. Corría mucho y lo rompía todo en casa. A medida que crecía y adoptaba su forma definitiva, empezamos a pensar que quizá sería un cruce de labrador con dogo, o algo así. Años más tarde, y gracias a la serie *Juego de tronos,* nos dimos cuenta de que el nombre de Sandor era un homenaje al personaje de Sandor Clegane, el Perro. El dueño debía haber leído las novelas, supongo —concluyó Susana.

Andrea entró de nuevo en la consulta. Había salido un momento a la recepción a coger unos formularios para la autorización de pruebas que Susana debía cumplimentar.

—Buenas, Susana, me ha dicho Laura, la chica de recepción, que Sandor se ha hecho caca dos veces en la sala de espera, ¿has notado que últimamente haga sus necesidades más a menudo?

—¡Ah!, no, no, eso lo hace desde siempre. Cuando tiene miedo o algo no le gusta, se caga en señal de protesta. Siempre que venimos al veterinario lo hace. Y en casa, cuando viene visita y le encerramos en la cocina, también. Cuando subimos algún perro de acogida o que no conoce, se caga en mitad del salón. Lo hace a propósito para expresar disconformidad. Lo sabemos porque tiene un estómago de hierro; le hemos visto comer miles de calcetines, camisetas, bragas, calzoncillos… Incluso una vez se comió una caja entera de langostinos congelados y ni se inmutó. También se ha chupado un par de sartenes llenas de aceite y no le ha pasado nada.

—Joder, vale —dijo Andrea sorprendida—. Me tienes que rellenar estos formularios y Sandor deberá pasar la noche aquí para hacerle unas pruebas. Podrás venir a recogerle mañana sobre las once de la mañana.

—Vale, me da mucha pena verle así, le quiero mucho. Lleva toda la vida con nosotros. A los pocos meses de comprarnos el piso lo adoptamos. Ha estado presente en el nacimiento de mis dos hijas y nunca mostró ni una pizca de celos. Es muy bueno, noble y bastante miedoso, la verdad. A veces nos recuerda a Scooby Doo —dijo Susana mientras por su mejilla comenzó a resbalar una lágrima.

—No te preocupes, haremos todo lo que esté en nuestra mano para descubrir lo que le pasa —dijo Andrea.

Susana se arrodilló y le dio un fuerte abrazo a Sandor.

—Pórtate bien, ¿vale? Mañana vengo a por ti. Pasa buena noche, cariño. —Después se despidió de las veterinarias y salió lentamente por la puerta de la consulta.

Se hizo un silencio tras la marcha de Susana. Andrea y Sandra se quedaron mirando a Sandor sin saber muy bien qué decir.

—Bueno, vamos a intentar levantarlo para llevarlo al quirófano. Lo primero será extraer muestras de sangre. Comenzaremos en sentido contrario a como lo llevo haciendo hasta ahora. Obviaremos totalmente la enfermedad vestibular. Haremos como que no existe y buscaremos otras posibles causas —dijo Andrea.

A duras penas consiguieron levantar a Sandor. De pie, el ladeo de cabeza era mucho más acusado, y el camino de la consulta al quirófano pareció resultarle muy complicado. El animal parecía mareado y, si no hubiera sido porque Sandra le prestó su pierna como apoyo, se habría caído hacia el lado que ladeaba la cabeza. Las dos sabían que todos los síntomas correspondían claramente con la enfermedad vestibular, pero Andrea no quería cometer los mismos errores que había cometido con los perros anteriores.

—Bien, pasaremos el resto de la tarde extrayendo muestras y las analizaremos por la noche. Así le dejaremos dormir para no estresarle demasiado. Se las hacemos todas seguidas y lo dejamos descansar. Lo haremos con paciencia para no tener que repetir ninguna —dijo Andrea.

Sandra asintió con la cabeza en silencio. Observaba a Sandor. De repente sintió mucha lástima por él. Aún no sabían lo que le pasaba, pero parecía grave. Él la miraba fijamente mostrando una mezcla entre serenidad y miedo que encogió el corazón de Sandra. No estaba nervioso ni parecía extrañar a su dueña, más bien, se mostraba cansado. Quizá se notaba mayor o no tenía ganas de seguir luchando con lo que fuera que tuviese. El caso es que por un instante consiguió contagiar su tristeza a Sandra. Ella, en un intento de revertir la situación y despojarse de ese desánimo, se armó de valor y se dirigió a Andrea:

—Creo que todo va a salir bien, ya verás. Encontraremos la causa y lo curaremos.

—¡Esa es la actitud! —exclamó Andrea—. Pero no te hagas ilusiones, mi instinto me dice que es claramente enfermedad vestibular, y además de las graves. Es más, si no fuera por lo casos que le preceden y por la investigación, no tendría ninguna duda. Pero hay que intentarlo. Ojalá esté equivocada.

Sandra volvió a desviar la mirada hacia Sandor y apretó los labios durante unos segundos, hasta que fue sorprendida por Andrea.

—Sandra, venga, al lío. No es momento de meditaciones, tenemos mucho trabajo que hacer.

Comenzaron con las muestras de sangre. Debían extraerle una gran cantidad para realizar al menos siete analíticas diferentes. Le raparon una pequeña área de ambas patas para encontrar mejor las venas y colocarle una vía. Sandor se quejaba mucho. A cada pinchazo soltaba un alarido y enseñaba los dientes con desgana. Estaba claro que no tenía intención de morder a nadie, era demasiado bueno; no obstante, decidieron ponerle un bozal por si acaso. Se había tumbado en el suelo nada más cruzar la puerta del quirófano y, a pesar de que sabía que no iba a pasar su mejor tarde, no parecía tener ánimo para salir corriendo.

Sandra lo mantenía sujeto y entretenido mientras Andrea extraía las muestras despacio, pero de manera efectiva.

Casi tres horas después, las dio por concluidas. El reloj marcaba las siete y media de la tarde.

—Bueno, antes de llevarlo a la sala de hospitalización me gustaría hacerle un examen físico completo. Pero dejaremos que descanse un rato. ¿Te doy dinero y vas a por algo de cena? Me muero de hambre.

—Vale, pero ¿dónde voy? ¿Qué traigo?

—Pues al bar donde van los chicos los viernes, Durán se llama. Hacen unas hamburguesas muy buenas. A mí me traes una con patatas y tú cómprate lo que quieras.

Sandra asintió y, tras colgar la bata en las perchas del pasillo, cruzó por la consulta 3, chocándose de frente con Marcos, que entraba en ese preciso momento.

—¡Joder! ¿Dónde vas tan rápido, que casi me tiras? —dijo sorprendido—. ¿Te persigue la policía o qué?

—Ja y ja, pues no. Tú, que siempre estás en medio. Voy al Durán a por unas hamburguesas.

—¡¿Cómo?! ¿Y eso?

—Bueno, es que me voy a quedar con Andrea en el laboratorio a analizar unas muestras de sangre y seguro que se nos hace tarde.

—¿Síííí? ¿Y cómo la has convencido? Cuenta, cuenta…

—No hay nada que contar. Además, voy con prisa. Ya hablamos.

—Espera, espera, que te acompaño. No tan deprisa.

Marcos siguió a Sandra un par de pasos por detrás. Hasta que no

llegaron al paso de cebra no consiguió alcanzarla.

—¡Joder, me llevas asfixiado! ¿Tú siempre andas así de deprisa o es que quieres perderme?

—¿Seguro que quieres que te responda a eso?

—No, no, déjalo. ¿No me vas a contar qué le has dicho a Andrea para que te deje trabajar con ella en el laboratorio? —preguntó todavía jadeando.

—Mira que eres pesado, que naaaada, solo son unas muestras que me va a enseñar a analizar, nada más.

Entraron en el bar. Sandra cogió la carta y pidió la hamburguesa para Andrea y una ensalada de la casa para llevar.

—¡Ah! ¿Y me puedes poner una ración de croquetas para llevar también? —preguntó Sandra cuando el camarero ya marchaba hacia la cocina.

—¿Te gustan las croquetas? —preguntó Marcos.

—Bueno, como a todo el mundo, ¿no?

—Sí, ya, pero no me refiero a eso. Me refiero a que si es una de tus comidas favoritas. —Sandra le miraba sin saber qué quería decir exactamente—. No, lo digo porque yo hago las mejores croquetas que hayas probado nunca.

—Bueno, ya estamos. ¿También cocinas?

—Hombre, claro. Yo soy un chico muy completo aquí donde me ves. —Ahora Sandra le observaba con media sonrisa en la cara—. No, no me mires así, que es verdad. Te va a parecer que te estoy vacilando, pero no. Es una receta familiar, concretamente de mi abuela por parte de madre.

—De tu abuela dices, ¿no? Vamos, que me estás vacilando.

—Joder, que no. Hacemos una cosa: te invito a cenar el viernes en mi casa y te demuestro cómo cocino, ¿vale?

—¡Ajá! Así que era eso. ¿Todo este rollo para llevarme a tu casa? Mira que eres pesado…

—Pero ¿qué clase de persona crees que soy? Te estás confundiendo. Yo solo quiero demostrarte lo buen cocinero que soy y no sé, quizá, si quieres, podemos ver una peli o algo. ¿Te apetece?

En ese momento el camarero le entregó dos bolsas a Sandra y salieron del bar.

—Tú te has vuelto loco. Si, encima de no venir aquí el viernes, Verónica se entera de que estamos juntos en tu casa *comiendo croquetas*, me mata en cuanto me vea.

—Que no, hombre, no es para tanto. Además, ya no venimos al bar ningún viernes hasta después del verano. Verónica y Yolanda empiezan sus vacaciones el día 15, es decir, este viernes, y cuando vengan ellas se van Beatriz y Laura. Yo me iré la última quincena de septiembre, así que me paso todo el verano contigo —dijo sonriendo

cariñosamente.

—No sé yo… No lo veo claro. Ya veremos.

Ya en la puerta de la clínica Marcos dijo que él no entraba, que ya se iba para casa.

—Venga, piénsatelo y me dices algo. Además, me tienes que contar qué te traes entre manos con Andrea.

—Vale, vale. Venga, hablamos mañana, pesado. Adióóós.

Sandra cruzó rápidamente la sala de espera y se asomó al quirófano para avisar a Andrea.

—Ya estoy aquí.

—Vale. Espérame en el *office,* no tardo —contestó Andrea.

Ya no quedaba nadie. Tan solo Laura, que se había entretenido un poco con unos pedidos y ya salía por la puerta principal.

—Sandra, ¿qué hago con Nora? ¿Te la traigo? Está dormida como un cesto en una de las camitas de la recepción.

—No, no. Déjala ahí. Luego paso a verla. Muchas gracias, Laura. Hasta mañana.

De pronto un silencio inquietante invadió toda la clínica tras la marcha de la recepcionista.

Sandra se sentó en la silla de siempre y dejó la comida sobre la mesa. Pensativa, echó la cabeza hacia atrás y buscó un punto fijo en el techo en el que reposar sus ojos. ¿Conseguirían curar a Sandor? ¿Descubrirían la causa de la enfermedad? No parecía tan sencillo. Seguramente Andrea tendría razón; había muchos indicios que apuntaban a la enfermedad vestibular en este caso. Pero en el resto de los casos también daba esa impresión, y después resultó ser una enfermedad desconocida. Sandor era un perro muy noble. Sandra no quería presenciar cómo pasaba de ese estado de calma a la agresividad extrema. Pero tampoco la enfermedad vestibular sería una buena noticia, pues los resultados seguramente apuntarían al tipo central debido a su edad. Sabía con certeza que las posibilidades de obtener un triste desenlace eran altas, pero no se permitía perder la esperanza. Enfermedades más graves se han resuelto con éxito. ¿Por qué no podría Andrea con su ayuda diagnosticar una nueva enfermedad y descubrir su cura? «Eso sería increíble», pensó en voz alta justo cuando Andrea empujó la puerta del *office*.

—¿Qué sería increíble? —preguntó.

—¡Ah, qué susto! Nada, nada, solo pensaba en voz alta.

Andrea sacó una Coca-Cola de la máquina y se sentó enfrente de Sandra. Sin articular palabra, le dio un primer bocado a su hamburguesa.

Sandra la observaba intentando gestionar aquel incómodo silencio hasta que no pudo más.

—¿Sabes? Investigué un poco sobre ti en Internet antes de empezar

las prácticas —soltó arrepintiéndose de lo que había dicho justo un segundo después.

Andrea levantó la mirada y esperó a tener la boca vacía para contestar.

—Muy bien. ¿Y qué? ¿Algo interesante? —preguntó poniéndose inmediatamente a la defensiva.

—Bueno, a decir verdad, todo tu currículo es interesante. Sobre todo me fascinó que fueras ponente habitual en cursos de formación para veterinarios interesados en cirugía de animales. Me encantaría asistir algún día a esos cursos e iniciarme en la cirugía.

—Ya. Tú misma lo has dicho: cursos para veterinarios. Todavía no eres veterinaria. Comienza con eso, no tengas tanta prisa.

—Sí, bueno, poco a poco. Pero quería que supieras que me interesa la cirugía y mi objetivo es operar. Por eso te insisto tanto en lo de asistir a las operaciones en quirófano.

—Tiempo al tiempo, todo en su debido momento. Ahora céntrate en la investigación de diagnósticos, intenta aprender todo lo que puedas de Verónica. Sé que ella no te lo pone fácil, pero te tendrás que adaptar, porque es la mejor baza que tienes.

—Ya, ya. —Suspiró.

Sandra se metió en la boca una croqueta. Sin lugar a dudas eran congeladas, no sabían a nada. Inmediatamente el rostro de Marcos apareció en su mente. ¿Sabría de verdad cocinar? ¿Sería verdad la historia de las croquetas de su abuela o solo buscaba un rato de sexo? ¿Debía ir a su casa o no? De repente el silenció se volvió de nuevo incómodo y Sandra decidió proseguir:

—No esperaba que fueras así —dijo sorprendiendo a Andrea.

—¿Así cómo?

—Bueno, pues que no me imaginaba compartiendo cena en un *office* contigo, la verdad. En Internet, aparte de tu currículo, también hay otras informaciones…

—Ya. Supongo que refieres a los comentarios de algunos exbecarios que han pasado por aquí, ¿no? No eres la primera que me lo dice. Me los sé de memoria. No tuve una buena racha, eso es cierto, pero aun así no te imaginas qué personajes han pasado por aquí. La gente viene exigiendo y la mayoría no trae ninguna intención de aprender, sino, más bien, todo lo contrario. Pretenden imponer sus métodos sin tener ninguna experiencia, simplemente con la teoría, y qué quieres que te diga, no los soporto. —Sandra asintió en silencio. Andrea hizo una pausa y se la quedó mirando fijamente—. Tú pareces normal —prosiguió—, aunque no estoy segura del todo, todavía es pronto para conocer tus taras.

Sandra sonrió débilmente.

—Yo soy especial —vaciló—. Cuanto más me conozcas, más te

gustaré.

—Eso está por ver —sentenció Andrea.

—También leí que vives en Móstoles. ¿En qué zona?

Andrea le lanzó una mirada inquisitoria. Sandra pensó por un instante que quizá había sobrepasado la línea roja de la confianza que Andrea le quería ofrecer.

—En el Soto —dijo por fin Andrea—, en la pequeña urbanización de chalés que hay entre el parque Liana y el recinto ferial más o menos.

—Bueno, estamos un poco lejos, yo vivo en Villafontana.

—Con tus padres, supongo.

—No, vivo sola, pero el piso era de mi abuela y mis padres viven cerca, así que…

—Muy bien —dijo Andrea cortante—. ¿Has terminado de cenar? Vamos a realizar el examen a Sandor para que descanse.

—Sí, vamos —se apresuró Sandra.

Recogieron la mesa y, tras pasarle un poco de papel de cocina, salieron en dirección al quirófano. Allí se encontraba Sandor, que seguía en el mismo sitio y en la misma posición que cuando lo dejaron.

Andrea se puso la bata y los guantes mientras Sandra hacía lo propio.

—Bien. Escucha: si quieres empezar a pasar consulta en serio, lo primero que debes saber es realizar un buen examen físico. Hay un término que utilizamos para hablar de la información que proporciona el cliente al veterinario acerca de su animal, lo llamamos *anamnesis*. Es muy importante y, si además la completamos con un buen examen físico, podemos llegar a un diagnóstico prematuro. Sé que todo esto os lo enseñan en la carrera, pero hay ciertos trucos y atajos que solo te enseña la experiencia y que pocos veterinarios hacen correctamente. ¿Empezamos? Bien, ponte aquí, a mi lado —dijo Andrea dirigiendo a Sandra con la mano.

Sandra se colocó junto a ella, en el centro del quirófano. Semisentadas en la mesa de operaciones, Andrea encendió la lámpara central y la orientó para que alumbrara directamente a Sandor. Este, al notar el exceso de luz, apartó la mirada con indiferencia y siguió durmiendo.

—Para empezar, los animales deben ser observados a distancia. Esta observación la deberíamos comenzar en la misma sala de espera: ¿está alerta?, ¿responde a estímulos?, ¿está decaído?, ¿ladea la cabeza?, ¿se cae?, ¿respira con normalidad?… Incluso en la pequeña distancia que recorre para desplazarse desde la sala de espera a la consulta podremos observar si la marcha es normal, cojea, se cae o no puede andar correctamente, ¿de acuerdo? —Sandra asintió

enérgicamente—. Bien. En este caso concreto nosotras jugamos con ventaja porque sabemos muchas cosas de Sandor, pero habitualmente no es así. Imaginemos que nos lo acaban de dejar en la consulta y solo sabemos que está algo desorientado. Lo observaríamos como estamos haciendo ahora, en su estado normal, sin ponerle nervioso y sin tocarle de momento para registrar todos los datos que nos está proporcionando. Observamos que no hay heridas, faltas de pelo o una pérdida de peso importante. De Sandor habría que apuntar: decaimiento, responde a estímulos con lentitud y, lo más importante, le da exactamente igual lo que sucede a su alrededor. Eso no es normal. Los animales siempre están alertas, es el instinto de supervivencia. Si no está atento a lo que sucede en su entorno es porque está pendiente de lo que sucede en su interior. Su organismo está luchando contra algo o intentando defenderse de alguna enfermedad. Y lo peor es que no parece que sea algo leve, porque le tiene agotado y abatido, ¿comprendes?

—Sí. Es como cuando los humanos tenemos un resfriado. Estamos algo decaídos, pero podemos hacer vida relativamente normal. Pero cuando es algo más grave nuestro cuerpo reacciona con mucha más violencia y eso nos deja tumbados en la cama.

—Exacto. El problema es que los animales no nos pueden describir qué sienten, qué les duele ni qué piensan ellos que puede pasarles. Y eso evidentemente dificulta mucho las cosas, así que lo siguiente que deberíamos hacer sería pasar a la palpación. Vamos a acercarnos muy despacio y sin hacer movimientos bruscos le colocaremos el bozal con suavidad. Bien. Fíjate, voy a tocar su cuerpo con los dedos y las manos, valorando la consistencia de cada parte, su respuesta a la presión, si le duele en algún punto, si hay zonas duras, calientes, irregulares, o incluso si hay algún objeto extraño en el abdomen. —Andrea dejó de hablar durante un par de segundos mientras se concentraba en su tarea—. De momento, Sandor no presenta ninguna irregularidad, ¿OK? El siguiente paso sería la auscultación. Pásame el fonendoscopio, que está ahí encima, porfa. —Sandra obedeció rápidamente—. Trataremos de escuchar sonidos anormales que existan dentro del cuerpo, sobre todo los que provienen del corazón y pulmones. —Andrea le pasó el instrumento a Sandra después de comprobar que no había ningún sonido irregular en el interior de Sandor—. ¿Lo escuchas? Tiene un ritmo cardiaco normal y su respiración no contiene alteraciones. Siempre es conveniente completar el examen con una percusión, que consiste en golpear una parte del cuerpo para valorar el estado de algunos órganos según el ruido que obtenemos. Se pueden producir las vibraciones sonoras en las cavidades del cuerpo utilizando las dos manos, una como percutor y la otra como plesímetro. Así, ¿OK? —Andrea le mostró la postura,

Sandra asintió en silencio—. Ahora prueba tú y dime qué escuchas.

Una vez concluido el examen físico, sin ninguna observación anómala, decidieron que era el momento de dejar descansar a Sandor en la sala de hospitalización.

—Espera, espera, Sandra. Vamos a la sala de hospitalización, pero lo llevaremos por la parte de atrás, por el cementerio, y lo metemos por la puerta por donde te colaste tú. —Sandra sonrió débilmente—. Lo meteremos directo en el cuarto del congelador. No quiero que tenga contacto con otros perros de la clínica. No sabemos todavía si nos enfrentamos a algo contagioso. Por lo menos esta noche lo mantendremos aislado.

Entre las dos consiguieron trasladarle al cuarto con mucho esfuerzo. Sandor no quería andar y sus cuarenta kilos no facilitaban las cosas. Perdía el equilibrio y se tambaleaba hacia el lado derecho.

—¿Abrimos con la llave o sacas la radiografía? —preguntó Andrea mostrando una sonrisilla irónica a una Sandra que optó por no contestar.

Nada más entrar por la puerta el perro se tumbó en el suelo apoyando la cabeza contra el piso. Sandra se arrodilló a su lado y le rascó la tripa durante unos segundos. Sandor resopló relajado y se le comenzaron a caer los parpados mientras Sandra le miraba con ternura.

—Pobrecito. No tiene buena pinta, ¿no? —preguntó sabiendo la respuesta.

—Bueno, vamos a esperar a los resultados, pero no, no tiene buena pinta, la verdad. Sé que va a ser tu primera mala experiencia cómo *veterinaria,* pero tendrás que acostumbrarte. Hay que saber encajar las muertes inevitables de muchos de nuestros pacientes. Esto es así. Venga, no te preocupes, vamos a esperar al final de la historia, dejémosle descansar.

Volvieron al quirófano a recoger las muestras y se pasaron al laboratorio.

Andrea se quitó los guantes.

—Ponte guantes nuevos y una mascarilla, Sandra —le dijo.

Mientras esta obedecía, Andrea encendió un pequeño reproductor *bluetooth* que contenía introducido un puerto USB en su parte superior. Comenzó a sonar *Sweet Child o'Mine,* de Guns N'Roses.

—¡Anda! ¿Te gusta el *rock*? —preguntó Sandra sorprendida.

—Sí, pero solo los clásicos de los 80 y 90. Lo más comercial, no me gustan las estridencias ni los derivados tipo *heavy, punk* y demás. Digamos que me gusta el *rock,* pero suavecito, sin pasarse.

—Ya. A mí sí me gusta. Escucho un poco de todo dentro del rock: *punk, metal, heavy*… Mi grupo favorito en castellano es Marea.

—No me suenan. Ya te digo que poco. Clásicos y poco más.

—Ya te pondré algo algún día a ver qué te parecen —dijo Sandra.

—Muy bien. Escucha: realizaremos todas las pruebas de drogas, que son de resultados inmediatos, y dejaremos preparadas las de tóxicos, virus y bacterias para mañana. Esas muestras hay que dejarlas reposar unas horas para que los resultados sean fiables, ¿OK?

—Perfecto.

—Bien. Empecemos. Obviamente —Andrea hizo una pequeña pausa para concentrarse—, soy veterinaria, pero por supuesto tengo mis conocimientos de química. Si no, no tendría un laboratorio como este. Dicho esto, antes de realizar las pruebas te daré unos cuantos datos teóricos que después pondremos en práctica, ¿OK? Escucha: los componentes principales de las drogas hasta ahora conocidas son cinamoilcocaina, metilecgonina, benzoilecgonina, ecgonina, norcocaina, acido cinámico y formilnorcocaina. Buscaremos restos de cualquiera de estos componentes en la sangre de Sandor y nos indicará si ha consumido algún tipo de droga. Después habría que determinar cuál exactamente. Hay varios test que podemos realizar, como, por ejemplo, el ensayo de olor, de microcristales, de solubilidad, aniónico y algunos más. Pero el más sencillo de realizar, teniendo en cuenta nuestras posibilidades, es el ensayo de color. ¿Estás lista? —Sandra asintió con la cabeza enérgicamente mientras Andrea sacaba del cajón unos cuantos botes minúsculos y cuatro probetas—. Colócate aquí y haz exactamente lo que yo te vaya diciendo. El ensayo de color que vamos a realizar es conocido como *ensayo de Scott,* que es una modificación del ensayo de tiocianato de cobalto. Vamos a preparar el primer reactivo, lo llamaremos reactivo 1. Coge los botes donde dice tiocianato de cobalto, ácido acético y glicerina. Toma esta probeta. Hay que disolver 1 gramo de tiocianato de cobalto en 50 mililitros de ácido acético al 10 % aproximadamente y añadir 50 mililitros de glicerina.

—Vale, pero ¿cómo calculo las medidas? —preguntó Sandra.

—Fíjate en las marcas de la probeta. ¿Por qué crees que te di esa probeta precisamente? Pues porque ya la tengo marcada con las medidas de cada producto.

—Ah, vale, vale. Perdón.

—Mientras, yo prepararé los reactivos 2 y 3, que contienen ácido clorhídrico concentrado y cloroformo, respectivamente —continuó Andrea.

—¿Solo eso? Me has dejado la difícil, ¿no? —bromeó Sandra.

—Así aprendes algo hoy. ¿Ya la tienes? —Sandra la miró fríamente, Andrea hizo caso omiso—. Pues acércame esa probeta ancha que tienes a la derecha y tu reactivo —dijo.

Sandra se apresuró y preparó el reactivo 1 siguiendo las instrucciones de Andrea al pie de la letra.

—¿Esta probeta? —preguntó.

—No, la otra, la más ancha. Bien, vamos a colocar una pequeña cantidad de sangre de Sandor en la probeta. Añadimos cinco gotas del reactivo 1 y agitamos durante diez segundos. Se debe producir un precipitado azul y una solución azul. —Sandra agitó la probeta y comprobó que efectivamente la solución se volvió de color azul—. Muy bien —dijo Andrea—. Ahora vamos a añadir una gota del reactivo 2 y la volvemos a agitar durante diez segundos. La solución azul debería volverse rosa. Si el color azul no varía, habría que añadir otra gota y, si sigue sin alterarse, hay que repetir el ensayo con una muestra de sangre más pequeña.

—Espera, espera —dijo Sandra rápidamente—. Se ha vuelto completamente rosa.

—Perfecto, entonces pasamos al tercer y último paso: añade cinco gotas del reactivo 3 y agítalo. —Sandra obedeció—. Si hay algún componente o sustancia de la lista que te he dicho antes, la capa inferior de cloroformo se volverá de un intenso color azul, mientras que la capa superior adquirirá una tonalidad de rosa mucho más intensa.

Después de diez segundos la solución seguía mostrando el tono rosa claro del paso número dos. Andrea concluyó:

—Nada, no hay indicios de drogas en la sangre de Sandor. ¡Qué sorpresa! —exclamó de forma irónica—. Vamos a preparar las muestras de tóxicos, virus y bacterias, y las dejamos reposar toda la noche, ¿OK?

Sandra levantó la vista para mirar el reloj de pared del laboratorio de Andrea. Era cerca de la una de la madrugada cuando terminaron de preparar las muestras.

—Esto está listo, ya te puedes ir a casa, yo me quedo en la recepción. Voy a aprovechar la noche para actualizar algunos datos en el ordenador de Laura. Mañana será otro día —dijo Andrea mientras se quitaba la bata.

Recorrieron los pasillos y estancias de la clínica apagando luces y cerrando puertas a su paso. Echaron un último vistazo a Sandor, que se encontraba plácidamente dormido en el suelo del cuarto del congelador, y salieron a la recepción. Sandra rodeó el mostrador y cogió a Nora de la camita, para sorpresa de Andrea.

—¡Joder! Pero si es tu perra. ¡Coño, qué susto me has dado! Por un momento pensé que era una rata o algo así, ya se me había olvidado que la habías traído.

—Sí, claro. ¡Tú sí que eres una rata! ¿Qué te dicen, Norita? ¿Que pareces una rata? —dijo Sandra con voz cariñosa mientras la achuchaba contra su cara.

—Sí se parece, sí. Por cierto, ¿qué te ha dicho Verónica?

—«Dermatitis alérgica a la picadura de la pulga». No lo había oído nunca. La tengo que poner en tratamiento antipulgas, como si las tuviera, y controlar un poco el entorno para que no entre en contacto con ninguna.

—Ya se dan pocos casos, pero sí, es posible. ¿Se dio cuenta de que era tu perra?

—Creo que no. Pero, si se ha dado cuenta, pronto lo sabremos.

Sandra abrió las dos ventanillas de su coche de camino a casa. Le encantaba disfrutar de la brisa fresca de las noches de verano. La tranquilidad de las ciudades en esa época en la que la mayoría abarrota las zonas de costa, sumada a la agradable temperatura que deja el sol cuando se esconde, era una sensación que le encantaba. Cuando aún estaba estudiando, tenía la costumbre de dar un paseo por el barrio con Nora antes de irse a dormir. Le gustaba sentir el aire fresco en la cara después de un caluroso día. Ahora en el coche, un terrible pensamiento le estropeó el momento. ¿Sería aquello una enfermedad no conocida y altamente contagiosa? ¿Se contagiaría Nora? ¿Moriría sin que ni ella ni Andrea pudieran hacer nada por evitarlo? Tenían que conseguir encontrar la razón de aquellas muertes antes de que fuera demasiado tarde. Inmediatamente apartó dichos pensamientos de su mente y se centró en Verónica. «Dermatitis alérgica a la picadura de la pulga», pensó. Cada día la admiraba un poco más e intentaba odiarla un poco menos, sin demasiado éxito. Verónica no le ponía las cosas fáciles y no parecía que eso fuera a cambiar en un futuro cercano. Tenía que concentrarse en absorber todos los conocimientos posibles haciendo oídos sordos a sus comentarios soeces e intentar no entrar en sus provocaciones. A lo mejor así se terminaría aburriendo y la dejaría en paz. Sonrió mientras movía la cabeza de lado a lado sabiendo que dicho resultado era poco probable, cuando de repente se dio cuenta de que había llegado a casa.

***

A la mañana siguiente Sandra llegó a la clínica mucho más temprano de lo habitual. Pasó la noche dando vueltas en la cama sin conciliar el sueño. No sabía exactamente por qué, pero lo cierto es que no había dormido nada. Cansada de dar vueltas, se levantó y se montó en el coche. Cuando llegó a la puerta de la clínica el coche de Andrea seguía allí. «Joder, esta mujer sí que no duerme, es como un robot o algo así», pensó. Llamó al timbre y a los pocos segundos Andrea abrió la puerta principal.

—¿Qué haces aquí tan pronto? —preguntó sorprendida—. Pasa y cierra la puerta anda.

—Nada, que he dormido fatal y me he venido para acá. ¿Y tú? ¿No duermes? —contestó Sandra.

—Negativo.

—¿Cómo que negativo? Algo tendrás que dormir, ¿no?

—No, no, que sí que duermo, coño. Poco, pero duermo. Me refiero a los resultados de las muestras de Sandor, negativo en tóxicos, virus y bacterias.

—Joder, ¿será enfermedad vestibular esta vez?

—Es lo más probable. A las once de la mañana viene la dueña. De momento le daremos el alta y comenzaremos con el tratamiento a ver cómo reacciona. Después, en base a la evolución que desarrolle, decidiremos cuál es el siguiente paso a seguir.

Poco a poco iba llegando el resto del personal a la clínica. La primera en llegar fue Laura, que se sorprendió al ver a Sandra por allí tan pronto, aunque solo se limitó a lanzarle una mirada cómplice y una sonrisa de «pronto descubriré qué os traéis entre manos». Después llegaron Verónica y Beatriz juntas, y por último Yolanda. Marcos tenía consulta a domicilio y llegaría después de mediodía. Quince minutos antes de que el reloj marcara las once en punto de la mañana, Susana entró en la clínica, visiblemente preocupada por el estado de Sandor.

—Un momentito, Susana, enseguida aviso a Andrea —dijo Laura desde su puesto en la recepción.

Sandra y Andrea ya la esperaban en la consulta 3. Sandor, tumbado en el suelo todo lo largo que era, se limitó a mover el rabo enérgicamente cuando vio aparecer a su dueña por la puerta.

—¡Hola, cariño! ¿Qué tal? ¿Cómo estás? —le preguntó Susana mientras le agarraba el hocico y le apretaba la cabeza contra su pecho.

Andrea aguardó unos segundos antes de comenzar a hablar. Sandra se situó en su esquina habitual y observó a Sandor con cariño.

—Bueno, te cuento, Susana. Hemos realizado a Sandor pruebas de tóxicos, virus, bacterias, y algunas cosas más para descartar, y en todas ha dado negativo. Es muy posible que nos encontremos ante un caso de enfermedad vestibular. Esta enfermedad provoca los síntomas que padece Sandor, pero lo que no sabemos aún cuál es la causa exacta de dichos síntomas, no sé si me explico, quiero decir que la enfermedad tiene dos variantes, una es leve y la otra es más grave. Por la edad de Sandor lamentablemente las posibilidades que tenemos de que sea leve son escasas. Pero tampoco podemos asegurar que sea grave de momento, así que el siguiente paso sería ponerlo en tratamiento. Le vamos a tratar los vómitos, náuseas, desequilibrio, etc., a ver cómo reacciona y, en base a su evolución, procederemos a realizarle las pruebas que corresponda, ¿de acuerdo? He de decirte también que el tratamiento va dirigido hacia los síntomas, no hacia lo que los provoca, y que no conlleva efectos secundarios para su organismo.

Susana asintió con la cabeza, sin dejar de acariciar a Sandor.

—Bien. Pues te lo llevas a casa para que descanse, comienzas con el tratamiento y nos vemos el viernes, ¿vale? Laura te cuenta todos los detalles y te da las recetas en recepción. Si le notas algo fuera de lo normal o algún síntoma nuevo, no dudes en llamar, ¿OK?

—Vale, a ver qué tal. Estoy tan preocupada… —se lamentó Susana.

—Bueno, mujer, vamos a ver cómo evoluciona, no te preocupes de momento, cada cosa a su debido tiempo.

—Ya, muchas gracias, Andrea, te llamo con lo que sea, nos vemos el viernes.

Sandor se levantó algo más animado que anteriores ocasiones. Comenzó a andar detrás de su dueña aparentando cierta mejora en el equilibrio. «Quizá porque sabe que se va a casa», pensó Sandra. Ella, desde pequeña, siempre había tenido una conexión especial con los animales. A diferencia de su hermana, Sandra nunca se enfadaba cuando los perros o gatos de acogida que pasaban por la casa de sus padres le rompían algún juguete o se comían alguna prenda de su ropa. Siempre los defendía y los protegía. Entendía siempre en ellos la ignorancia de sus actos y la falta de maldad que los diferencia de las personas. «No dejan de ser animales conviviendo en el mundo de los humanos y no comprenden la mayoría de las cosas que pasan a su alrededor —recitaba a menudo—. A veces se asustan, se ponen nerviosos, o se alteran aparentemente sin razón alguna para nosotros». Pero Sandra los comprendía perfectamente. Sentía ese vínculo que los unía como seres vivos y sabía perfectamente lo que era sentirse fuera de lugar, incluso en tu propio hábitat.

La semana transcurrió tranquila en la clínica. Ya era viernes. Beatriz se encontraba en la consulta 2 cuando llegó Sandra. No solía llegar tan pronto, y mucho menos tenía la costumbre de ponerse a trabajar tan afanosamente preparando la consulta. Se hallaba de un lado para otro recogiendo, colocando y organizando con energía la clínica para dejarla a su gusto. Sandra cruzó una mirada cómplice con Laura, que justo entraba por la puerta y enseguida se acordó. Verónica y Yolanda comenzaban hoy sus vacaciones. Se confirmaban las sospechas que Sandra tenía de que, en cierto modo, Verónica eclipsaba a Beatriz. La Novia Cadáver se ocuparía de las pocas consultas que se pudieran realizar en la segunda quincena de agosto, hasta la vuelta de Verónica, y eso parecía motivar a Beatriz hasta el punto de provocar un cambio radical en su actitud habitual. La puerta de la consulta 2 se abrió rápidamente de un tirón.

—¡Muy buenos días, Sandra! ¿Me echas una mano con esto, porfa? Es que he sacado todas las medicinas del armario para clasificarlas y veo que se me echa el tiempo encima… ¡y no termino! ¡Uff!, qué calor ¿no? —dijo Beatriz abanicándose con la mano claramente sofocada—. ¿Has puesto el aire, Laura? —Laura asintió lentamente con la cabeza

mientras la observaba sorprendida—. Vale, vale. Pues nada, cámbiate, Sandra, y te espero dentro.

Sandra obedeció y ayudó a Beatriz a organizar la consulta mientras Laura hacía lo propio con la recepción.

El reloj de pared que se encontraba en la consulta 2 marcaba las once y media cuando Andrea abrió la puerta de acceso al pasillo central.

—Sandra, ¿puedes venir un momentito?

Sandra dirigió la mirada hacia Beatriz, que estaba examinando a un gato recién nacido. Esta le hizo un gesto de aprobación y Sandra salió al pasillo siguiendo a Andrea.

—Sandor ya está aquí. Vamos a ver qué tal.

En la consulta 1 aguardaban Sandor y Susana.

—Buenos días, Susana. ¿Qué tal ha pasado Sandor la semana? —preguntó Andrea.

Sandra se arrodilló para achucharlo.

—Bueno, pues parecía que bien, pero anoche nos dio un susto muy grande. Sobre las nueve o así se tumbó en la cocina y tuvo un episodio de convulsiones. Duró unos segundos, pero la verdad es que nos asustó muchísimo —dijo Susana algo agobiada.

Sandra buscó la mirada de Andrea.

—¿Sí? Vaya. Pero antes de eso ¿cómo respondió al tratamiento? ¿Ha estado igual o notasteis un cambio brusco de actitud? —preguntó Andrea intuyendo la respuesta.

—¡Exactamente eso! Al día siguiente de darle las pastillas se levantó totalmente erguido, sin torcer la cabeza. Incluso andaba sin perder el equilibrio. Después comenzó a beber mucha agua y a mear de manera descontrolada. Era como si no lo pudiera evitar. De pronto se levantaba y se ponía a hacer pis en mitad de la cocina o el salón. Las meadas eran enormes, tenía que vaciar un cubo de fregar cada vez. Pero esto solo duró martes y miércoles, fue como una inyección de adrenalina. Ayer se levantó algo más apagado y por la noche tuvo las convulsiones.

Andrea frunció el ceño, apretó los labios durante un par de segundos antes de comenzar a hablar.

—Bueno, a ver, lo de la rápida recuperación, la sed y las micciones, aunque no es buena señal, es frecuente que ocurra en organismos que llevan cierto tiempo siendo atacados por alguna enfermedad. Me explico: cuando tratamos los síntomas de cualquier enfermedad recién llegada a nuestro cuerpo, nuestro sistema inmunológico todavía se encuentra tratando de saber de qué enfermedad se trata y cómo combatirla. En ese caso lo que hacemos con los medicamentos es proporcionarle la información al organismo y ayudarle a luchar correctamente contra dicha enfermedad, de manera que la

recuperación es lenta pero segura. Por el contrario, lo que nos indica la rápida recuperación de Sandor en tan corto plazo de tiempo es que su organismo lleva mucho tiempo luchando con alguna enfermedad, la conoce, sabe dónde está localizada y usa los medicamentos de inmediato según los recibe. Realmente es como un espejismo. Es un alivio momentáneo de los síntomas que nos hace sospechar que algo se oculta en el cuerpo de Sandor desde hace algún tiempo. —Andrea hizo una pequeña pausa y prosiguió—: Y, teniendo en cuenta las convulsiones, nos vemos obligados a realizar más pruebas si queremos saber qué le sucede a Sandor. Concretamente una resonancia magnética de la cabeza.

—¿Una resonancia? Pero ¿qué crees que puede tener? No sé, es muy caro, porque yo tengo entendido que esas pruebas son caras —titubeó Susana.

—No te preocupes —dijo Andrea—, en estos momentos tenemos un especial interés profesional por este tipo de casos porque estamos investigando una posible patología desconocida. Sandor no parece tener dicha enfermedad, pero necesito hacerle todas las pruebas para descartarlo. Además, esta clínica trabaja en concordancia con la universidad y la consejería de educación. Aquí formamos veterinarios en prácticas y realizamos diferentes investigaciones. Por eso disponemos de laboratorio y quirófano con todos los utensilios y maquinaria para realizar todo tipo de pruebas. Están parcialmente subvencionadas, así que no son caras. Si nos das tu consentimiento, Laura te informa de los detalles, pero no te costará mucho más que cualquier otra prueba normal.

Susana dudó unos instantes.

—Bueno, pero explícame un poco en qué consiste y cuándo habría que hacérsela y todo eso.

—Sí, sí, claro. Te cuento: la resonancia magnética de la cabeza es un examen imagenológico que utiliza imanes y ondas potentes de radio para crear imágenes del cerebro y de los tejidos nerviosos circundantes. No emplea radiación. Como te comentaba antes, aquí tenemos el escáner, que es igual que el que se utiliza para los humanos, pero mucho más pequeño. Se trata de una mesa estrecha que se desliza dentro del escáner y que tiene forma de túnel. El examen dura entre treinta y sesenta minutos normalmente, pero no lo podemos hacer ahora mismo, tendríamos que realizar la prueba esta tarde porque Sandor deberá estar sin comer ni beber durante un periodo de seis horas antes del examen. Después le dormiremos para que se esté completamente quieto. No causa dolor y no tiene efectos secundarios de ningún tipo.

Sandra escuchaba a Andrea con atención mientras acariciaba cariñosamente a Sandor. Aunque estaba algo más animado por la

medicación, seguía siendo un perro tranquilo y noble que se dejaba achuchar sin oponer resistencia alguna. No podía evitar mirarlo a los ojos y sentir que algo no marchaba bien. Él se empeñaba en mostrar serenidad, era como si no quisiera preocupar a nadie con su sufrimiento. Pero Sandra lo notaba. Sabía que muy pronto descubrirían lo que le pasaba y que las posibilidades de que se recuperara eran escasas. Notó que se le llenaban los ojos de lágrimas y se levantó tratando de desviar sus pensamientos. Andrea prosiguió:

—Son las doce, pues tráele esta tarde sobre las seis. Lo tendremos todo preparado para que el examen sea lo más breve posible. Lo único que no dispondremos de los resultados hasta el lunes. Me gusta mandar este tipo de pruebas al laboratorio de anatomía patológica para que sean analizados por expertos y tener un diagnóstico mucho más fiable —concluyó Andrea.

—Vale. Sandor, venga, levanta, que nos vamos —dijo Susana con desánimo—. Nos vemos esta tarde. Perdonad que esté así, pero es que no lo puedo evitar, estoy muy preocupada por él. Sé que estáis haciendo todo lo posible y os lo agradezco mucho, de verdad, pero es que me da mucha pena —dijo quebrándosele la voz.

—Lo entendemos perfectamente, Susana. Sé que nada de lo que te pueda decir te va a consolar, pero nosotras vamos a hacer todo lo que esté en nuestra mano para descubrir qué le pasa a Sandor. No tengas la menor duda —dijo Andrea.

Susana asintió débilmente y salió de la consulta enjugándose las lágrimas.

Sandra obedecía las órdenes de Andrea mientras esta introducía una larga retahíla de parámetros en el ordenador del escáner. En cuestión de poco más de media hora tendrían la máquina preparada para el examen. Sandra experimentaba una mezcla de emociones. La angustia que le provocaba imaginar el resultado de aquellas pruebas, no conseguía evitar que se sintiera afortunada por tener la oportunidad de trabajar codo con codo con Andrea. Olvidarse aquel bolso en la clínica es lo mejor que le había pasado en la vida.

Andrea suministró a Sandor una pequeña dosis de anestesia.

—Lo suficiente como para que se esté quieto, pero no demasiado, porque queremos que se vaya andando en menos de dos horas —le explicó a Sandra.

Entre las dos subieron al animal ya dormido a la mesa metálica del escáner y lo colocaron en posición.

—Levántale esta pata un momento —dijo Andrea señalando una de las patas delanteras—. Le voy a suministrar un tinte intravenoso que se llama *medio de contraste*. Esto nos va a ayudar a observar más claramente ciertas zonas.

El escáner comenzó a emitir numerosos ruidos sordos y fuertes

zumbidos mientras Sandra y Andrea observaban las imágenes que iba recibiendo la pantalla del ordenador.

—Bien, mientras van llegando las imágenes, cuéntame un poco qué sabes del cerebro —dijo Andrea.

Sandra se quedó pensativa durante unos segundos, intentaba recordar con la mayor exactitud posible lo aprendido en la carrera. Andrea no desperdiciaba ninguna ocasión para evaluar a Sandra, o al menos eso pensaba ella, que interpretaba siempre esas preguntas como una trampa.

—Pues del cuello hacia arriba tendríamos el tronco del encéfalo, que se encarga de la conciencia, respiración y ritmo cardíaco. Después el cerebelo, que es el encargado de la postura, balance y coordinación de movimientos. Encima del cerebelo tenemos el lóbulo temporal, donde se localizan la audición, la memoria y el lenguaje —Sandra acompañaba la explicación señalando las zonas en las imágenes que iban llegando del cerebro de Sandor. Andrea, por su parte, parecía no escuchar a Sandra—, que es donde se encuentra el área de Wernicke, encargada de la comprensión del lenguaje y…

—Vale, vale, vale —interrumpió Andrea ordenando callar a Sandra con un gesto—. Fíjate en esto, ¿ves esta masa que parece estar debajo del lóbulo frontal? —Sandra observó con detalle la imagen que señalaba Andrea en la pantalla del ordenador.

—Sí, aunque a mí me parece parte del lóbulo parietal, ¿no?

—No, no creo. De todas formas, esperemos a la siguiente imagen. Mientras, te explicaré el método que uso yo para interpretar resonancias magnéticas. Es muy importante tener un método. El mío es simple y eficaz, pero siempre hay que complementarlo con la opinión de los expertos en la materia. ¿Tienes el cuaderno de apuntes?

—Sí, espera que lo saco —contestó Sandra rápidamente.

—Bien. ¿Qué buscamos en una resonancia cerebral? Pues hemorragia subaracnoidea, masas intracraneales, sinusitis, malformación arteriovenosa, trombosis cerebral venosa, etc. El primer paso es comparar los hemisferios cerebrales izquierdo y derecho, por la simetría, y buscar movimiento de la línea media, que puede indicar que haya algún tumor causando este desplazamiento. El segundo paso sería examinar las cisternas basilares, por evidencia de hemorragia subaracnoidea. El tercero consiste en examinar los ventrículos en busca de hinchazón ventricular. Puede representar obstrucción no comunicante hidrocefálica, debido a una masa que causa obstrucción de fluido del líquido cerebroespinal. En el paso número cuatro debemos examinar el parénquima cerebral en busca de distorsión anatómica. Esto nos indicaría una lesión tumoral, sangrado o una malformación vascular. El quinto paso consiste en examinar los senos venosos cerebrales. En particular el seno sagital superior y los senos

transversos, en busca de aumento de la atenuación o baja densidad en la resonancia magnética. Esto nos puede indicar una trombosis. Mira, Sandra —dijo Andrea señalando una zona de la última imagen del escáner—, el seno sagital superior se ve en la línea media, donde la línea media se une con el cráneo en los cortes superiores de la resonancia magnética y en la región occipital, ¿OK? Sexto y último paso: los senos paranasales, y en particular el seno esfenoidal, y las celdillas de aire etmoidales deben ser examinadas para detectar signos de sinusitis. ¿Entendido?

—Sí, más o menos lo he apuntado todo y lo revisaré bien en casa —dijo Sandra algo saturada.

—Perfecto. Bueno, como te decía antes, esa masa debajo del lóbulo frontal parece una hinchazón ventricular, pero está tan oculta que no lo tengo nada claro, la verdad —dijo Andrea mientras se recogía el pelo un poco acalorada.

—¿Esa es la última imagen? —preguntó Sandra.

—Sí. Ya no podemos ver más en el escáner. Las enviaremos al laboratorio de anatomía a ver si nos sacan de dudas. Vamos a ir recogiendo y apagando la máquina mientras Sandor se despierta. Después lo trasladaremos a la sala de hospitalización a la espera de que venga Susana a recogerlo.

El reloj marcaba las nueve de la noche. Hacía media hora que Susana había pasado a recoger al bueno de Sandor. Sandra podría haberse ido ya a su casa, pero estaba haciendo algo de tiempo para ir a cenar a casa de Marcos. Durante el día, este le había mandado unos cuantos wasaps para convencerla, a los que ella había contestado con evasivas y ambigüedades. En realidad, solo se lo estaba poniendo un poco difícil, porque ya salió de casa por la mañana con ropa para cambiarse y pasar la noche con él (también le pidió a Germán que se hiciera cargo de Nora, encargo que aceptó a regañadientes). Pero no quería darle esa impresión a Marcos. Prefería que pensara que no tenía demasiado interés y que fuera él el que llevara la iniciativa.

Miró el reloj, desbloqueó el móvil y abrió WhatsApp. Preguntó a Marcos junto con un emoticono que mostraba desgana.

Sandra:

¿Dónde dices que vivías?

Contestó Marcos devolviendo un emoticono risueño.

Marcos:

Vaya, vaya. Deduzco que no quieres mi dirección para enviarme una enciclopedia, ¿no?

Sandra:

No hagas que me arrepienta.

Y añadió un emoticono de enfado.

Marcos:

Vale, vale. Espera, te envío ubicación. ¿Dónde estás? ¿Cuánto tardas más o menos?

Sandra:

Pues, según dice el GPS, llego a la ubicación que me has mandado en veinte minutos.

Marcos:

OK, pues aquí te espero. Mándame un wasap cuando estés abajo para abrirte, porque el telefonillo no funciona.

Sandra:

Muy bien.

Marcos:

¡Ah!, y ve calentando, que es un cuarto sin ascensor.

Y añadió un emoticono de «es lo que hay».

Sandra:

Perfecto, pues empezamos bien, sí. ¿Alguna otra sorpresa?

Añadió un emoticono de sorprendida.

Marcos:

No, no, ya está. Je, je.

Sandra:

OK, salgo para allá.

Sandra guardó el móvil en el bolso. Se dirigió hacia el laboratorio, donde todavía seguía Andrea trabajando.

—Me voy, Andrea.

—¡Ah! Pero ¿todavía sigues aquí? —preguntó sorprendida.

—Sí, estaba haciendo un poco de tiempo, que he quedado. ¿Quieres que venga mañana a ayudarte con algo?

—No, no te preocupes, mañana solo vendremos Laura y yo hasta las doce. Hay una familia que viene a visitar a su perro al cementerio. Si supieran que lo desenterré hace meses…

—Madre mía… —dijo Sandra llevándose la mano a la frente—. Bueno, pues hasta el lunes, entonces.

Sandra aparcó el coche en la calle Serranos número 10 de Navalcarnero. Según las indicaciones del GPS, había llegado a su destino. Se había pasado los veinte minutos del trayecto pensando sobre lo que se disponía a hacer. Era la primera vez que se iba a meter en casa de un chico relativamente desconocido. Estaba algo nerviosa y quizá un poco desconfiada, pero a la vez se sentía libre e independiente. Pasaba por un buen momento personal y profesional, y

eso le proporcionaba una buena dosis de seguridad en sí misma. Conocía desde hacía muy poco a Marcos. En absoluto este le había dado motivos para desconfiar de él, pero Sandra solía ser prudente con las personas, y más aún si se trataba de chicos. Y, aunque Marcos era especial y pensaba que sus defensas no eran necesarias, intentaría no bajar la guardia del todo.

Bajó del coche y observó en derredor. El edificio donde vivía Marcos estaba rodeado por urbanizaciones de chalés y casas bajas. Era el único que tenía dos portales y cuatro plantas de altura. Sandra pensó que sería de construcción antigua y que los nuevos chalés se habían adaptado a su alrededor. Cruzó un pequeño jardín descuidado en el que vivían unos cuantos gatos y se detuvo a un par de metros de ambos portales. Preguntó a Marcos por WhatsApp:

Sandra:

Ya estoy abajo. ¿Qué portal es?

Marcos:

El número 1.

Sandra:

Vale, ya estoy, abre.

Sandra entró en el portal y se paró frente a un espejo que cubría casi toda la pared izquierda. Pulsó el interruptor de la luz, se dio los últimos retoques y comenzó a subir los cuatro pisos de escaleras.

Marcos la esperaba arriba con la puerta abierta y una sonrisa en la cara.

—¡Vamos, vamos!, que ya solo te queda uno —le dijo a Sandra en tono burlón cuando la escuchó por el tercer piso.

—¡Madre mía! El próximo día quedamos en un sitio con ascensor —contestó Sandra, más con la intención de romper el hielo que de mostrar cansancio, ya que a ella el deporte le gustaba y unas pocas escaleras no le fatigaban en absoluto.

Se dieron dos besos en el umbral de la puerta y Marcos la invitó a pasar.

Sandra observó en un primer vistazo que Marcos se había arreglado la barba y que sus ojos azules destacaban aún más que de costumbre. Vestía vaqueros oscuros, y una camisa a cuadros verdes y blancos que le sentaba mucho mejor que la bata de la clínica. Calzaba unas deportivas prácticamente nuevas, de color blanco, y se había puesto un perfume suave que combinaba a la perfección con el aroma de la casa.

Después de un par de segundos de silencio incómodo, Marcos le propuso enseñarle el piso.

—Espera, espera —dijo Sandra sorprendida—. Tu piso se parece un montón al de Chandler y Joey de *Friends.* Veías *Friends,* ¿no?

—¡Hombre, claro! Todos veíamos *Friends*. Y sí, es verdad, se parece, pero el de Chandler tenía el baño allí, y el mío está allí —dijo señalando a ambos lados de la casa—. Y, además, el mío tiene solo un dormitorio, y no dos.

—Ya, bueno. Pero el salón con la cocina integrada estilo americano, el sofá en medio y la tele en la pared de enfrente. ¡Está guay! Se parece mucho.

—Pero es mucho más pequeño, aunque para mí solo es suficiente. La verdad es que hay poco que enseñar. Esta es la habitación —dijo Marcos abriendo la puerta—, por aquí el baño y el salón-cocina que ya has visto. ¡Ah, bueno! Y la terraza. También pequeña, pero algo es algo, ¿no?

El mobiliario de la habitación consistía en un sencillo armario empotrado en la parte derecha, una mesilla al lado izquierdo de la cama y una pequeña televisión en la pared de enfrente. En el salón, aparte del sofá y la tele, había una mesa de madera extensible negra con cuatro sillas del mismo color, situada entre la puerta de entrada y el sofá, muy cerca de la cocina.

—Normalmente no está todo tan limpio y recogido, solo que tenía la esperanza de que finalmente vinieras y mira, ¡aquí estás! —dijo Marcos abriendo los brazos como si estuviera presentando a Sandra a un público imaginario.

—Pues sí, aquí estoy. No tenía nada mejor que hacer esta noche, la verdad —contestó Sandra dejando entrever una media sonrisa.

—Ya, comprendo. Bueno, por lo menos vendrás con hambre, ¿no? Siéntate donde quieras, que voy preparando la mesa.

—Espera, que te ayudo.

—No, no, de eso nada. Eres mi invitada y no lo voy a permitir —contestó Marcos en un tono señorial, como si de un camarero del Titanic se tratara.

—Lo que usted diga, caballero.

—Eso es. ¿Qué quieres beber? Lo único que tengo sin alcohol es Coca-Cola. Lo digo por el tema de conducir luego y eso.

—Me apetece cerveza si tienes. El otro día me descargué la aplicación de Uber, así que, si luego veo que tal, pues me voy en un taxi y ya está. Estoy cerca de mi casa.

A no ser que la cosa se torciera mucho, Sandra no tenía ninguna intención de dormir en su casa esa noche, pero Marcos no debía saberlo, al menos por el momento.

—Yo también soy de cerveza, el vino no me gusta, la verdad —dijo mientras abría dos cervezas Mahou clásicas de lata—. En una comida familiar, mi tío trajo un par de botellas de albariño. Insistió tanto en abrirlas que al final todos acabamos bebiendo vino. Y claro, entre mi falta de costumbre y que por lo visto ese vino engaña bastante, me

puse malísimo. Desde entonces no se me ocurre beber vino. Yo, con la cerveza y si acaso algún cubata de *whisky* con Coca-Cola, voy bien.

—En eso coincidimos, yo tampoco soy de mucho beber, pero, si tengo que beber algo, es o cerveza o *whisky*. —No iba a decir que la mayoría de las veces bebía Coca-Cola Zero, tampoco era plan de quedar como una mojigata—. Por cierto, he visto que tenéis unos cuantos gatos abajo en el jardín. ¿Se encarga alguien de ellos?

—Sí. Hay una protectora de animales que está pendiente de ellos. Yo les echo una mano siempre que puedo. Sobre todo cuando colocan alguna trampa para llevarse a las hembras a castrar. Estoy atento y, cuando veo que alguna se mete dentro, los aviso para que la gata no pase demasiado tiempo encerrada.

De repente Sandra notó un movimiento extraño detrás del sillón.

—¡OSTIA! Ahí se ha movido algo… ¿no?

—¡Ah!, sí, sí. Perdona, que no te lo he dicho. Se llama Mofli, como el koala de aquella serie de dibujos animados que salía en la tele cuando éramos pequeños, ¿te acuerdas? —preguntó Marcos.

—Mmm. Sí me acuerdo, pero… ¿es un koala? No me ha parecido un koala.

—¡Ja, ja! No, no. No es un Koala. Los koalas están en serio peligro de extinción y es ilegal tener uno. Mofli es un kinkajú.

Sandra se levantó de la silla y se acercó sigilosamente al sillón para ver de cerca a Mofli. Estaba tumbado bocabajo y tenía una cola muy larga que colgaba por uno de los reposabrazos. Era más o menos como un gato de tamaño grande, pero más alargado. La cabeza era redondeada, con rostro corto y con los ojos bastante separados y grandes. Las patas traseras y delanteras también eran cortas. Tenía un pelo abundante de color marrón.

—¡Joder, tío, cómo mola! Pero ¿qué clase de animal es? ¿No podías tener un perro o un gato como todo el mundo? —preguntó Sandra sorprendida.

—Hombre, siendo un experto en patología clínica de animales exóticos y salvajes —dijo Marcos intentando poner una voz solemne —, ¿qué podías esperar? ¡Je, je! No, ahora en serio, Mofli era uno de los pacientes que solía visitar a domicilio, como Gupy. ¿Te acuerdas de Gupy? —preguntó con una sonrisita burlona.

—Sí, sí, claro que me acuerdo, simpático —contestó Sandra levantando exageradamente las cejas.

—¡Je, je, je! Pues eso, su dueña era una bióloga que antes de jubilarse viajaba por todo el mundo debido a su trabajo y me contó que se trajo a Mofli del norte de Argentina en uno de sus viajes. Los kinkajús habitan en la selva tropical del centro y sur de América, desde México meridional hasta Brasil. Son nocturnos, por eso aún está durmiendo, pero luego más tarde ya verás como se levanta y empieza

a deambular por la casa.

—Vaya, es superraro. ¿Y cómo que ahora lo tienes tú? ¿Qué le pasó a la dueña?

—Falleció el año pasado. Ningún miembro de su familia quería hacerse cargo de él, y yo no fui capaz de entregarlo al centro de recuperación de animales exóticos. Elisa, que así se llamaba su dueña, me contó que lo encontró cuando estaba trabajando en la reserva natural de Iguazú, al norte de argentina. Allí apareció una mañana Mofli malherido, muy cerca de su cabaña, y decidió recogerlo para salvarle la vida. Le curó las heridas y estuvo cuidando de él el mes y medio que duró su estancia en la reserva. Debido al comportamiento del animal, llegó a la conclusión de que lo más probable es que Mofli no hubiera pisado nunca la selva. Estaba segura de que había vivido en cautividad hasta que alguien lo abandonó o se escapó, y que habría terminado deambulando sin rumbo hasta que fue atacado por algún otro animal. Pensó que no sobreviviría en la selva y, cuando su trabajo terminó y debía volver, decidió que no podía dejarlo allí. Me contó que siempre comía de la mano y que estaba todo el día encima de ella. Tenía mucho miedo y le costó mucho tiempo rehabilitarlo. Pero al fin lo consiguió y aquí está. Es un superviviente. Elisa lo tenía muy bien educado. Se pasa el día durmiendo y por las noches no me entero de lo que hace. Es muy sigiloso.

—Pobrecito, lo tuvo que pasar muy mal —murmuró Sandra sin dejar de observarle.

—Bueno, pero de eso hace ya mucho tiempo. Ten en cuenta que ahí donde lo ves tiene ya diecisiete años. La esperanza de vida del kinkajú es de más de treinta y cinco años.

—¿Sí? ¡Madre mía! No había oído hablar nunca de los kinkajús. Bueno, le dejo dormir. Luego cuando se despierte le achucho un rato si se deja.

Sandra se levantó a por otra cerveza mientras que Marcos metía una buena tanda de croquetas en la freidora. Comenzó a sacar platos de jamón, queso, lomo, y abrió algunas latas.

—Bueno, como verás la cena va a ser en plan picoteo. Es simple pero efectivo —dijo sonriendo—, y confío en que el plato principal, junto con el postre que he preparado, no te dejará indiferente.

—Eso espero, porque, con lo pesado que te has puesto con las croquetas, como para que no me gusten. —Sandra bebió un trago de su cerveza y cogió un poco de lomo—. Pero tienes suerte, yo también soy bastante simple con la comida. Llevo un tiempo intentando hacerme vegetariana, pero no hay manera. Mi comida favorita son los filetes de pollo empanados con patatas que prepara mi madre todos los domingos, a los cuales ni mi hermana ni yo podemos resistirnos. Ya ves, así de simples somos.

El aroma de las croquetas inundaba el salón de Marcos. Este las presentó en el medio de la mesa, dentro de una fuente de cristal, como si de una gran mariscada se tratara.

—¡No me digas que tienes una hermana! —exclamó—. A mí siempre me hubiera gustado tener una hermana o un hermano, pero no pudo ser.

—¿Eres hijo único? Ya decía yo… Tienes toda la pinta, sí —dijo Sandra soltando una breve carcajada.

—Qué graciosa. ¿Y cómo es? ¿Es mayor o menor que tú?

—Yo soy la mayor, pero nos sacamos poco, solo dos años. No nos parecemos en nada. Alicia tiene muy mal genio si se enfada, trabaja con mi padre en el taller mecánico. Pero no te la imagines con aspecto varonil, es una mujer fuerte, pero tremendamente femenina y guapa. Mira. —Sandra le enseñó una foto de Alicia en el móvil—. Pues sí os parecéis —dijo Marcos—. Bueno, ya sabes, todo el mundo dice que nos parecemos, sí, pero ninguna de las dos estamos de acuerdo. Y de personalidad somos totalmente diferentes. De pequeñas yo era como una princesita y ella como Mel Gibson en *Braveheart,* más o menos. Me acuerdo de que cuando jugaba al fútbol con los chicos los mantenía bien a raya, así que cuidadito conmigo, que viene mi hermana y te revienta —dijo Sandra sonriendo—. Además, es una friki de los sucesos, asesinatos sin resolver y esas cosas. Seguro que sabe cómo hacer desaparecer un cadáver sin dejar rastro.

—Vale, vale. No creo que sea necesario, me portaré bien —dijo gesticulando con las manos—. Pues yo no tengo hermanos y me hubiera gustado, la verdad. Mis padres no quisieron tener más hijos, se ve que conmigo tuvieron bastante.

Marcos deleitó a Sandra con una de sus cautivadoras sonrisas. Ella, empeñada en no desvelar sus sentimientos hacia él, desvió la mirada.

—Pero ¿te llevas bien con ellos? ¿Dónde viven?

—Sí, sí, si viven aquí cerca, llevamos en Navalcarnero toda la vida, no me he ido muy lejos, de hecho, paso casi todos los días por casa a recolectar táperes de comida y ropa planchada. —Se encogió de hombros como si se sintiera avergonzado—. Tengo muy buena relación con ellos, pero necesitaba mi independencia. Me ayudan en todo lo que pueden, la verdad.

—Sí, bueno, yo estoy un poco igual. El piso donde vivo era de mi abuela y también está cerca de casa de mis padres, así que vivo sola, pero con mucha ayuda.

—Claro, es que, si no, no se puede. Bueno, ¿vas a probar ya mis famosas croquetas o qué? Seguro que ya no queman —exclamó Marcos.

La cena transcurrió entre risas, miradas, conversaciones interesantes, banales; entre cerveza y cerveza, croquetas; silencios

incómodos donde era palpable la tensión sexual que inútilmente intentaban disimular, pulsaciones aceleradas a veces, sosegadas, nervios y por fin… el postre.

—¡Tachán! ¡*Mousse* de chocolate! —exclamó Marcos dejando un bol de gran tamaño en el centro de la mesa.

—¡Anda! Si está tan bueno como las croquetas, no me queda otra que quitarme el sombrero. Me has sorprendido, la verdad. ¿También es una receta de tu abuela?

—Exacto. Pero he de decir que yo le doy mi toque personal.

De repente Mofli se incorporó y, haciendo un rápido movimiento, saltó del sillón hasta la silla vacía de Marcos.

—¡Anda! Ya se ha despertado, ¡qué gracioso! Se mueve como un mono, ¿no? —dijo Sandra divertida.

—Bueno, en su hábitat natural comparte espacio con los monos en las copas de los árboles, pero es de la familia de los mapaches. Se ha despertado tan rápido por el olor de la *mousse* de chocolate, ¡les encanta el dulce! De hecho, en algunas zonas los llaman el *osito de la miel* o el *osito de azúcar*. ¿Quieres darle de comer?

Marcos abrió uno de los armarios de la cocina y sacó un bol con fruta madura. Cogió una de las peras que más aspecto de pasada tenía y se la puso en la mano a Sandra.

—Se alimentan sobre todo de fruta y, cuanto más madura y pasada esté, más les gusta. También comen semillas y pequeños insectos, pero el 90 % de su alimentación está basada en la fruta.

Mofli se acercó muy despacio a la mano tendida de Sandra. Sin atreverse a coger la fruta, comenzó a pegar tímidos lametazos desde una distancia prudencial.

—Vaya pedazo de lengua, ¿no? ¡Es superlarga! —exclamó Sandra.

Mofli retrocedió un par de pasos.

—¡Shhh! —dijo Marcos llevándose el dedo índice a la boca—. Debes hablar bajito, a los kinkajús no le gustan los movimientos bruscos ni los ruidos fuertes, se asustan con facilidad. Acércale la pera despacito, hasta que coja confianza. Ya verás como dentro de un rato se deja coger y podrás acariciarle —murmuró Marcos.

Sandra obedeció y observó a Mofli mientras este disfrutaba de la pera en lo alto del respaldo del sofá.

—Les gusta comer en las alturas, es algo que hacen por instinto —aclaró Marcos.

—¿Y pueden salir a la calle?

—Bueno, son animales que necesitan un clima cálido durante todo el año. No es recomendable que pasen frío. Normalmente la gente que tiene a un kinkajú en casa no lo saca a la calle y lo encierra en una jaula cuando lo dejan solo. Pero, como te digo, Elisa lo tenía muy bien educado y Mofli hace sus necesidades en aquel arenero para gatos que

le tengo preparado. —Marcos señaló un gran arenero situado cerca de la terraza—. Y le dejo suelto por la casa cuando me voy. Nunca me ha hecho ningún destrozo grave, la verdad. En verano sí que a veces le saco a dar una vuelta, pero en invierno no puede salir de la calefacción. Son animales muy delicados y fuera de su hábitat es fácil que cojan alguna enfermedad trasmitida por los perros o los gatos.

Mofli comenzó a emitir unos suaves gritos.

—Mira, ya está pidiendo otra pera —dijo Marcos.

Dieron buena cuenta del bol de *mousse* de chocolate mientras Mofli se comía su segunda pera. Se levantaron de la mesa y, casi luchando por respirar, se arrastraron como pudieron al sofá.

—¡Madre mía! Qué buena estaba, estoy que exploto, he comido demasiado —se lamentaba Sandra.

—Sí, creo que nos hemos pasado un poco —contestó Marcos resoplando—. Había preparado dos o tres películas por si te querías quedar un rato. ¿Qué vas a hacer? Con ese hinchón que tienes, no vas a poder bajar las escaleras, así que…

—A ver, dime qué películas has preparado —dijo Sandra mostrando una falsa desgana.

—Pues tengo una que se llama *A dos metros de ti*, que tiene pinta de ser lacrimógena, si te gusta llorar. También tengo *Ad Astra,* que es la última de Brad Pitt, y la segunda de *It,* de miedo. ¿Qué te parece?

—Pues casi prefiero pasar miedo que llorar, así que, si quieres, pon la de *It* a ver qué tal está. La primera no estuvo mal, la vi en el cine.

El sillón que tenía Marcos frente al televisor era de tres plazas. Cada uno se sentó en un extremo, dejando el asiento central libre. Marcos apagó las luces y le dio al *play* para que diera comienzo la película. Ninguno de los dos estaba pendiente de la televisión. Los corazones de ambos comenzaron a acelerarse poco a poco debido al silencio y a la tensión que les produjo encontrarse allí solos, a oscuras, lejos de las miradas de sus compañeras de la clínica. Estaban como congelados cada uno en su esquina del sillón, luchando para que ninguno notara la rigidez del otro.

Consumidos los primeros veinte minutos de película, Sandra se atrevió a mirar de reojo a Marcos, girando un poco la cabeza sin que aparentemente este se diera cuenta. Parecía profundamente concentrado en la película. Aunque su cerebro estuviera trabajando a toda máquina, no permitiría que ella lo notase. Sandra podía entrever sus ojos azules y su barba perfectamente perfilada gracias al reflejo de la luz que desprendía la pantalla. Marcos tenía las manos entrelazadas encima del abdomen y las piernas recogidas, como si, en vez de estar en un sillón, estuviera sentado en la silla de la sala de espera de un hospital. Fue entonces cuando Sandra se convenció definitivamente. Le notaba tenso, nervioso, y eso le pareció muy tierno. Su cabeza hizo

un rápido resumen de todas las conversaciones mantenidas con él durante la cena y en semanas anteriores. Las imágenes de Marcos desde el día que le conoció en el *office* hasta su sillón comenzaron a sucederse una detrás de otra como diapositivas en la mente de Sandra. Sin dejar de mirarle, utilizó de nuevo su mejor recurso: la asociación de ideas. Llegó a la conclusión de que Marcos era una buena persona y que le gustaba algo más de lo que ella misma había calculado. Podría ser que no tuviera razón y que toda esa intención de mostrar un interés puramente amistoso que Marcos tuvo con ella toda la noche fuera precisamente el argumento principal de un calculado plan para que ella, por sí sola, cayera rendida ante sus encantos. Ciertamente, si así era, estaba funcionando a la perfección y decidió que había llegado el momento de dar un paso más.

De repente se puso en pie. Marcos desvió la mirada hacia ella intentando adivinar sus intenciones. ¿Se iba a casa? ¿Al servicio? ¿A la cocina a por algo? Mientras seleccionaba mentalmente el argumento perfecto que consiguiera retenerla (en caso de que la intención fuera irse a casa), Sandra se sentó justo a su lado. Sin mediar palabra, apartó el mando de la televisión que Marcos tenía sobre las rodillas y, girándole la cara suavemente con las dos manos, lo besó apasionadamente en la boca.

Marcos se quedó muy quieto, como si tuviera la certeza de que cualquier movimiento inoportuno estropearía ese precioso momento. Sandra prosiguió. Lentamente su mano comenzó a descender por el cuello pasando por el torso y el abdomen para terminar en su entrepierna. Bajó la cremallera del pantalón vaquero con cierta destreza e introdujo la mano buscando la abertura de sus calzoncillos. Por fin Marcos reaccionó y, con algo más de brusquedad de la que hubiera deseado, consiguió quitarle la camisa a Sandra, dejando al descubierto la ropa interior que cubría sus pechos. Sandra hizo lo propio con los pantalones y la camiseta de Marcos. Este la cogió de la cintura y la subió encima de él a horcajadas, aprovechando la postura para soltarle el sujetador. Se besaron urgentemente durante unos largos segundos mientras las manos de ambos se deslizaban acariciando sus cuerpos. Marcos le susurró al oído:

—¿Quieres que vayamos a la habitación? —Sandra asintió tímidamente.

***

El domingo Sandra llegó un poco más pronto de lo habitual a casa de sus padres. Había pasado casi todo el sábado durmiendo, recuperándose de la noche del viernes con Marcos, y hoy se había levantado temprano. Mercedes ni siquiera había empezado con la comida y Roberto no había vuelto de comprar el periódico dominical.

—Alicia, ¿qué? Durmiendo, como siempre, ¿no? —preguntó

Sandra.

—Sí, pero despiértala si quieres porque anoche no llegó muy tarde —contestó Mercedes encogiéndose de hombros—. A ver si es verdad que se va centrando un poco —añadió.

Sandra entró en la habitación de Alicia. Lo primero que hizo fue cerciorarse de que Petronila se encontraba en su jaula, a buen recaudo. Estaba devorando algo que no supo identificar a simple vista. Le estaba dedicando una mueca de asco mientras murmuraba algo en términos despectivos cuando su hermana la sorprendió.

—Para ser veterinaria no parece que te gusten mucho los animales, ¿no? —dijo Alicia con gesto divertido.

—Eso no es un animal: es un bicho asqueroso. ¿Qué está comiendo? Bueno, espera, espera, mejor no me lo digas, no quiero saberlo —dijo Sandra sintiendo un tremendo repelús—. ¿Qué tal estás? ¿Ya estabas despierta o qué?

—Sí, ya llevo un rato despierta haciendo la croqueta. ¿Y tú qué haces aquí tan pronto?

—No tenía sueño. Ayer estuve todo el día en casa haciendo el vago y hoy estaba cansada de estar en la cama. ¿Sabes? El viernes estuve en casa de Marcos, el veterinario de la clínica del que te hablé, ¿te acuerdas?

—¿Sí? Espera, espera, espera… ¿Cómo que estuviste en su casa? Cuenta, cuenta… —dijo Alicia incorporándose en la cama con una sonrisa pícara.

—Pues me invitó a cenar en su casa con la excusa de que sabía hacer las mejores croquetas que había probado, y la verdad es que estaban buenas y…

—Vale, vale, muy buenas las croquetas, pero ¿y después? —interrumpió Alicia impaciente.

—Joder, hermana, ¿me dejas que te lo cuente o no?

—Vaaaaaale —musitó.

—Pues eso. Estuvimos cenando en plan picoteo y después Marcos dijo de ver una película.

—Ya, pero ni película ni nada supongo, ¿no? —preguntó Alicia ansiosa.

—Pues yo creo que, si hubiera sido por él, no sé, me tuve que lanzar yo porque me vi tragándome la película entera.

—Claro. Pero al final te tragaste otra cosa, ¿no? —exclamó Alicia soltando una carcajada.

—¡Alicia! Joder, acabas de convertir un momento romántico en una película porno barata —se quejó Sandra.

—Vaale, vaale. Entonces os acostasteis y fue todo muy bonito y romántico, con purpurina, corazoncitos flotando y demás, ¿no?

—Pues sí, más o menos. Estuvo muy bien, la verdad. Si lo sé, no te

cuento nada. Aunque no sé de qué me sorprendo, si ya te conozco de sobra.

—Anda, anda, si no te he dicho nada. El que se escandalizó de verdad fue papá el otro día.

—¿Por qué? ¿Qué le has hecho esta vez? Le vas a matar de un disgusto.

—Me pilló haciéndolo con Raúl en los vestuarios del taller.

—Pero ¿qué me dices? —dijo Sandra llevándose las manos a la cabeza—. ¿Y qué dijo?

—Pues de repente se asustó. Él tampoco esperaba encontrarse a nadie allí, pensaba que nos habíamos ido, así que disimuló para que pensáramos que no había visto más de la cuenta y dejó que Raúl se vistiera y saliera por la puerta como si tal cosa. Después, ya estando a solas, me dijo que entendía que tenía una edad y que por lo tanto no se iba a enfadar, pero que no era ni el momento ni el lugar para hacer esas cosas.

—Bueno, no se lo tomó muy mal entonces, ¿no?

—La verdad es que no. De hecho, yo creo que incluso sintió cierto alivio. Estoy segura de que pensaba que era lesbiana. Ya sabes lo anticuado que es papá para esas cosas. Yo creo que en el fondo se alegró, fíjate.

—¡Madre mía! ¿Y qué hacéis todavía haciendo esas cosas en el taller? Ya vais siendo mayorcitos para buscaros algo, ¿no? ¿O pensáis estar así toda la vida?

—No, no. Yo creo que ya va siendo hora de que tome una decisión, la verdad. Él dice que lo tiene claro, pero yo…, ya sabes que a mí eso del compromiso para toda la vida pues como que no. Pero no sé, ya veremos.

—Ya veremos, dice. ¡Pobrecillo! Si yo fuera él, te habría mandado a la mierda hace tiempo.

—No puede, soy irresistible.

—Claro, claro. Oye, por cierto, ¿qué tal está Sofía? ¡Vaya hostia se pegó en la piscina! ¿Empezó a currar en la morgue al final?

—Sí, sí. Allí está, y tan contenta. Está como una cabra. La semana pasada la volvió a liar, casi se carga a la amiga de su madre de un infarto.

—¿Sí? ¿Y eso?

—Porque sin darse cuenta se dejó el móvil en uno de los congeladores junto a un cadáver. Al ver que no lo encontraba, se fue a la recepción a llamarse desde el teléfono fijo y justo en ese momento estaba la amiga de su madre en la sala. La mujer comenzó a escuchar un zumbido dentro de uno de los congeladores y pensó que era el cadáver, que estaba intentando hablar o algo así. Casi le da algo a la pobre señora.

—¡Madre mía, qué despiste tiene esta chica! —exclamó Sandra.

—No lo sabes tú bien. Y lo peor de todo es que fue porque la puta loca le hizo una foto al cadáver para mandármela. Era un señor de mediana edad que había tenido un accidente de tráfico y la imagen era realmente escabrosa, incluso para mí. En cuanto vio el doble *check* azul de WhatsApp indicando que la había visto, la borró del chat inmediatamente, pero se dejó el móvil encima de la bandeja.

—¡No jodas! ¡Haciendo fotos a los cadáveres! El golpe en la cabeza de la piscina no le ha venido nada bien. ¿Ha perdido los papeles?

—No, qué va. Esta venía así de serie. ¿Y tú qué tal por casa?

—Bien, ahí estoy, tranquila. Aguantando a Germán, que, cuanto más mayor se hace, más pesado está. El viernes le dejé a Nora para que me la cuidara y el sábado cuando me la devolvió me hizo un tercer grado que ni los del CSI.

—¿Sí? ¿Todavía te espía?

—Sí, sí. Cuando salgo de casa me siento observada. Seguro que está mirando por la mirilla siempre que escucha la puerta, pero, bueno, es un trozo de pan, ya sabes. A veces me paso tres pueblos con él y luego me da pena. ¡Anda, levántate ya, vaga! —exclamó Sandra propinando una palmada en la espalda a su hermana que la terminó de despertar.

***

Hasta el martes de la semana siguiente no llegaron los resultados de la resonancia de Sandor. Sandra se encontraba en la consulta 2 clasificando muestras de sangre con Beatriz, aprovechando la poca clientela de aquel caluroso 19 de agosto. La Novia Cadáver se mostraba simpática y tremendamente habladora, comportamiento que Sandra seguía atribuyendo sin lugar a dudas a la ausencia de Verónica. Ella también se sentía cómoda sin la presencia de aquella mujer que acaparaba toda la atención y crispaba el ambiente de la clínica. Aunque por otro lado estaba esa maldita admiración que la perseguía siempre que pensaba en ella. Nora había mejorado considerablemente desde que comenzó el tratamiento antipulgas que le recomendó Verónica. Eso le provocaba a Sandra sentimientos contradictorios. Por una parte, le gustaría poder agradecérselo y, por otra, le gustaría no haberla conocido.

Un fuerte portazo devolvió a Sandra a la realidad.

—¡Hostia! Mierda de puerta, se me ha escapado, perdón —se disculpó Andrea—. Sandra, pásate por el laboratorio en cinco minutos.

—Vale, termino con estas muestras y voy.

Beatriz intentó saber de qué se trataba el asunto, pero Sandra respondió con las evasivas habituales y salió disparada.

El laboratorio se encontraba pulcramente limpio y ordenado. Más de lo habitual. Andrea aprovechaba los días de poca clientela para reorganizar y hacer balance de los productos y materiales de la

clínica. Sandra sorteó las dos primeras mesas y rodeó la tercera para situarse a su lado.

—Estos son los resultados de Sandor, han llegado esta mañana —soltó Andrea sin preámbulos—. Te leo lo importante: «Basándonos en las imágenes recibidas, no podemos determinar con exactitud el origen de dicha masa localizada debajo del lóbulo frontal, recomendamos extraer una muestra mediante biopsia para ofrecer un diagnóstico definitivo».

—¿Y ya está? ¿No dicen nada más? —respondió Sandra sorprendida.

—Básicamente, no. Suelen ser así de escuetos. Nunca se pillan los dedos. Si no lo tienen claro, no hacen conjeturas.

—¿Y qué vamos a hacer? Quiero decir, tú puedes hacerle la biopsia, ¿no? —preguntó Sandra mostrándose impaciente.

—Bueno, a ver… —Andrea se pasó la mano por la frente para enjugarse el sudor—, te explico. He realizado muchas biopsias estereotácticas, pero la mayoría a perros fallecidos. Últimamente he hecho unas cuantas porque estaba buscando la enfermedad misteriosa. Aunque estaban muertos, he utilizado la biopsia por dos motivos: primero porque es mucho menos desagradable que abrir un cráneo y extraer todo el cerebro, y segundo porque me sirve para no perder la práctica, ya que en animales no es muy frecuente realizar este tipo de pruebas. Lo que ocurre con las biopsias que se realizan a animales vivos es que conllevan sus riesgos —concluyó.

—En la carrera se dedica poco tiempo a las biopsias en general y casi nada a las cerebrales, pero recuerdo que no suelen existir demasiadas complicaciones, ¿no? No sé, cuéntame cómo se realizan exactamente, me gustaría aprender —rogó Sandra.

Andrea la miró de arriba abajo e hizo un chasquido con la lengua.

—Eres realmente pesada —masculló, dudó unos segundos y soltó un sonoro suspiro—. Coge tu cuaderno de notas y estate atenta, porque solo te lo voy a explicar una vez, ¿OK?

—A la orden —contestó Sandra haciendo el saludo militar a modo de burla.

Andrea comenzó la explicación:

—Para definir exactamente en qué zona se va a tomar la biopsia, se emplea un casco que tiene marcados unos ejes de coordenadas. El casco lo colocaremos en el quirófano, mediante cuatro pinchos que se insertan. Normalmente en humanos se hace con anestesia local, pero en animales la anestesia es general, por razones obvias. Posteriormente se realiza un escáner en el que se ven a la vez los ejes de coordenadas del casco y la lesión cerebral a biopsiar. Así se pueden obtener las coordenadas de la lesión con respecto al casco. Después del escáner iríamos al quirófano de nuevo para tomar la biopsia de la

zona que marquen las coordenadas, ¿OK? —Andrea hizo un pequeño paréntesis para que Sandra terminara de apuntar y prosiguió—: La biopsia se lleva a cabo mediante un trépano en el cráneo. Dado que ni el hueso ni el cerebro duelen por carecer de terminaciones nerviosas, solo habría que anestesiar la piel por donde se va a efectuar el procedimiento, pero, tratándose de animales, lo mejor es anestesia general para que no se muevan. Se realiza con una aguja muy fina. La herida se cierra con varios puntos o alguna grapa. Enviamos las muestras para estudio a anatomía patológica y, aproximadamente en una semana, se obtiene el resultado. ¿Más o menos claro? —preguntó Andrea mientras daba un largo trago de su botella de agua.

—Sí, más o menos, pero, entonces, si se hace bien no tiene por qué haber ningún tipo de lesión, ¿verdad?

—A ver, como bien comentabas antes, no suele haber complicaciones. La salida del líquido cefalorraquídeo a través de la herida o una infección local de la misma son complicaciones leves y de fácil solución, en la mayoría de los casos. Como siempre que se biopsia cualquier zona del organismo, existe un riesgo de hemorragia; se puede pinchar una arteria o vena, y sangrar sin que sea inmediatamente visible. ¿Has apuntado todo? Me ha salido una explicación perfecta, me sorprendo a mí misma a veces —dijo Andrea llevándose la mano de la boca a la cara, como besándose a sí misma —. Espera, prosigo, que estoy inspirada. Apunta, que ahora viene realmente el problema: cualquier hemorragia cerebral puede provocar una lesión nerviosa; puede ser leve o grave, recuperable o no, y en algunos casos excepcionales ser causa de muerte.

Andrea hizo una pausa de varios segundos. Sandra no quiso interrumpir, pues parecía pensativa. Finalmente, acercó el taburete y se sentó mientras soltaba un suspiro cansado.

—Sandor ya está fuera de nuestra enfermedad misteriosa, de eso estoy segura, pero aun así hay que terminar el trabajo. Yo nunca dejo un trabajo a medias, repito, nunca. Siempre termino lo que empiezo —sentenció Andrea.

Sandra bajó la mirada. La paseó por el suelo antes de hacer la pregunta de la cual ya sabía la respuesta.

—¿Y qué piensas que es?

—Es un tumor cerebral, Sandra. Está ahí, solo hay que confirmarlo. Lo siento.

Sandra intentó disimular sus sentimientos. Sabía que iba a escuchar a Andrea decir eso; y pensaba que estaba preparada para oírlo, pero la imagen de Sandor, con aquellos ojos y esa mirada triste y cansada, le partió el corazón. Guardó silencio. Andrea no quiso alargar ese momento y enseguida saltó del taburete.

—Voy a llamar a Susana para que traiga a Sandor mañana mismo

—dijo mientras desaparecía por el pasillo hacia la recepción.

***

Tres semanas después la clínica recuperaba su clientela habitual. Aunque el calor persistía, septiembre ofrecía un leve respiro, sobre todo por las noches. Laura y la Novia Cadáver habían comenzado sus vacaciones hacía nueve días, lo que obligó a Andrea a tomar la decisión de dejar a Sandra encargada de la recepción aprovechando que este verano tenía una becaria y evitando así tener que hacerlo ella, como todos los años. Sandra recibió el encargo con cierto recelo al principio. Prefería pasar consulta y seguir aprendiendo lo máximo posible, ya que era su último mes de prácticas, pero, cuando cayó en la cuenta de que debía pasar todo el día con Verónica, lo de la recepción no le pareció tan malo, al fin y al cabo. Ya estaba lo suficientemente nerviosa por tener que mantener lo suyo con Marcos en secreto como para encima estar todo el día metida en la boca del lobo. Los furtivos encuentros que había compartido con él en el cuarto del congelador, las calurosas sobremesas de agosto se fueron reduciendo a casi nada tras la vuelta de Verónica.

—Es una locura, Marcos. Como nos pille, se va a liar gorda —decía Sandra.

—Pues no entiendo por qué, estoy más que harto de esta situación, ella no es nada mío —se quejaba él. Pero el problema es que Marcos tampoco zanjaba el asunto con Verónica—. Si es que con ella no se puede hablar, ya lo sabes —repetía Marcos.

Sandra lo sabía perfectamente, pero era algo que tenían que haber al menos intentado y quizá, solo quizá, hubieran evitado lo que finalmente terminó pasando.

Sandra se encontraba ese día en el *office* comiendo con una Yolanda recién llegada de sus vacaciones de verano.

—¡Anda!, pero ¿qué es eso que has traído? ¿Tú no querías ser vegana o no sé qué? —preguntó Yolanda con gesto divertido.

Sandra había sacado de la bolsa un táper lleno de filetes de pollo empanados que le había metido su madre el día anterior.

—No seas cabrona, que cada vez que lo pienso… Además, la culpa la tienes tú con esa charla que me metiste la última vez —dijo Sandra.

—¿Yooo? —preguntó Yolanda mientras se señalaba a sí misma con una sonrisa de oreja a oreja.

Sandra le hizo un gesto obsceno con el dedo y Yolanda soltó una gran carcajada.

—Bueno, graciosa, ¿que dónde has estado? No vienes muy morena que se diga… —preguntó Sandra para reconducir la conversación.

—En la playa, lo que pasa es que ya puede estar listo el sol para pillarme a mí. Yo soy de las de chiringuito y sombrilla. —Hizo una pausa para engullir un trozo del filete y prosiguió—: He estado en

Calanova, Ibiza.

—¿Sí? ¿En Ibiza? Joder, no tienes pinta de fiestera, bueno, por lo menos no del rollo que lleva la gente que va allí, ¿no?

—Para nada. Donde yo he estado se llama Es Canar, es un pueblo muy tranquilo. Turismo de gente mayor y tal. De hecho, las discotecas de Ibiza solo las vi por fuera y porque fuimos a visitar el castillo, el barrio del puerto y todo el casco antiguo, que, si no, ni eso.

—¿Y qué tal está? Yo no he ido nunca.

—Pues, la verdad, no te pierdes gran cosa. Para mi gusto Ibiza está sobrevalorada. En mi opinión, es más el mito que otra cosa. Está todo carísimo sin justificación, porque, aparte de las discotecas a pie de playa y tal, que además no son exclusivas de la isla, las hay mejores en muchos otros sitios, no hay nada especial. Después está la zona esa donde está el Pachá, Ushuaia y demás discotecas, que se parece bastante al polígono Urtinsa de Alcorcón. Por lo menos por fuera, por dentro estarán muy bien y lo que quieras, pero no vas a encontrar nada que no hayas visto en una buena discoteca de Madrid. —Volvió a pinchar otro trozo de filete—. Yo lo llamaría segregación financiera —masculló con la boca llena—. A la gente con dinero le gusta rodearse de gente de su mismo nivel económico. De ahí que los precios de las entradas y de las bebidas en estas discotecas sean disparatados. No es que vayas a encontrar nada extraordinario ahí dentro, ni que la bebida sea mejor que la de cualquier otra discoteca: es una manera de vetar a los que no tienen su nivel, simplemente. Además…

Yolanda se disponía a proseguir con su discurso cuando un fuerte portazo sobresaltó a las dos chicas. Sandra, que estaba de espaldas, se giró bruscamente para ver quién había abierto la puerta del *office* con semejante brutalidad. El rostro enfurecido de Verónica dirigiéndose hacia ella le provocó un intenso escalofrío. Antes de poder levantarse o articular reacción alguna, sintió una fuerte bofetada en la cara. De repente todo se volvió negro y notó el frío de los azulejos en sus piernas. Estaba en el suelo. Le llovían manotazos y tirones de pelo por todas partes. Cuando consiguió reponerse, se incorporó a duras penas agarrándose a la mesa y pudo ver a Yolanda forcejeando con una Verónica enfurecida que no dejaba de gritar:

—¡Puta zorra, niñata! ¡Te dije que te alejaras de él! ¿No hay más tíos en el mundo? ¡Yo te mato, hija de puta!

Yolanda era más corpulenta que Verónica, así que consiguió sacarla del *office* a empujones. Sandra se quedó inmóvil junto a la mesa mientras escuchaba cómo la desagradable voz de Verónica se alejaba por el pasillo. A medida que se tranquilizaba, el dolor se volvía más intenso. Notaba las palpitaciones del corazón en la cara y le dolía mucho la cabeza debido a los tirones de pelo. Con las manos temblorosas, recogió los táperes de la comida y los metió lentamente

en la bolsa. Reparó en que tenía un gran mechón de pelo entre sus dedos. Empujó despacio la puerta para comprobar que no había nadie y salió rápidamente hacia la recepción. Sabía que en la hora que le quedaba para completar la jornada no solía venir nadie. Normalmente, las consultas comenzaban de nuevo a las cinco, así que decidió montarse en el coche y marcharse directamente a casa.

Esa misma noche había llamado a Raquel para contárselo. Esta escuchaba estupefacta el relato de su amiga.

—¿Y no te has defendido? Pero ¿qué se ha creído esa zorra? —preguntaba Raquel airada.

—No me ha dado tiempo, no me lo esperaba. Me ha pillado por sorpresa y me ha tumbado de un tortazo. Todavía siento como si me ardiera la cara —dijo Sandra con voz trémula.

—¿Y cómo coño se ha enterado? ¿Se lo ha contado Marcos?

—No, no, Marcos no sabe nada. He estado hablando con él y no se lo he dicho. No tenía ganas, la verdad. Ya se lo contaré mañana, o no, ya veremos. El caso es que después me llamó Yolanda para preguntarme qué tal estaba y me lo estuvo contando. Por lo visto Verónica es muy amiga de uno de los chicos de mantenimiento. Seguramente nos vio entrar en el cuarto del congelador algún día o quizá nos viera darnos algún beso en la sala de hospitalización, y se lo ha contado a Verónica. Mira que se lo advertí a Marcos, que nos iban a pillar. Y nada, ni caso. Claro que yo también me dejaba llevar, pero teníamos que habernos cortado un poquito.

—Bueno, ya es tarde para eso —dijo Raquel—. De todas maneras, Marcos no ha tenido ninguna relación con esa tía, ¿no? No entiendo qué coño le pasa, entonces. ¿Cree que es de su propiedad o algo así?

—Marcos dice que nunca ha sentido nada por Verónica, pero que ella está enamorada de él desde hace mucho tiempo y que quizá, para no hacerle daño en alguna ocasión, puede que le permitiera crearse falsas esperanzas involuntariamente. No sé, yo le creo, y las chicas de la clínica me han contado que él nunca mostró ningún interés por ella.

—¡Joder!, pues vaya ambiente que vas a tener que aguantar ahora en la clínica, ¿no? ¿Andrea qué ha dicho?

—Tampoco lo sabe. Le he dicho a Yolanda que no se lo diga. Paso de rollos. De momento estoy en la recepción y cuando vuelva Beatriz de vacaciones le diré a Andrea que quiero estar con ella y con Yolanda. Así la puedo esquivar hasta que acabe las prácticas. Luego ya veremos qué pasa.

***

Había pasado una semana de aquello. Sandra había conseguido esquivar a Verónica en la medida de lo posible. Estaba en la recepción pasando datos al ordenador cuando aparecieron por la puerta principal Andrea y Marcos. Sandra notó algo extraño en la expresión

de sus caras cuando cruzaron la mirada. Marcos intentó desviarla, y Andrea miraba fijamente al suelo. Cuando llegaron a su altura Andrea levantó la cabeza.

—Sandra, deja que Marcos termine lo que estés haciendo y acompáñame al laboratorio, por favor —dijo con tono serio.

Sandra interrogó a Marcos con la mirada. «¿Verónica lo ha contado o ha sido Yolanda? ¡Dime algo!», pensó Sandra. Pero Marcos se limitó a esquivar su mirada y se sentó directamente frente al ordenador.

Andrea le cedió el paso al llegar a la puerta del laboratorio y cerró tras de sí. Soltó el bolso encima de una de las sillas y, sin más preámbulos, se dio la vuelta y le comunicó la noticia:

—Sandor ha muerto.

Sandra sintió un dolor en su interior mucho más intenso que el que había sentido con la bofetada de Verónica. Se dejó caer en uno de los taburetes y se pasó la mano por la frente.

—¡Joder, qué pena me da! ¿Cómo ha sido? No ha sufrido, ¿verdad?

—Lo más probable es que no se haya enterado. Susana me llamó ayer por la tarde. Me dijo que cuando llegó a casa del trabajo no podía abrir la puerta de casa. Él siempre se tumbaba pegado a la puerta y se levantaba de inmediato al oír la cerradura. Pero ayer no lo hizo, y Susana tuvo que empujar con fuerza para poder entrar. Es posible que se durmiera y no se enterara de nada. Lo siento, Sandra.

—¡Pobrecito! Ha muerto solo, sin que nadie le viera. Ha sido noble y elegante hasta el final. No ha hecho sufrir a nadie —se lamentó dejando correr una lágrima por sus mejillas—. Creo que voy a salir a tomar el aire, ¿vale? —dijo dirigiéndose a la puerta como si le pesaran las piernas.

Andrea asintió.

Sandra cruzó la sala de hospitalización y salió a la parte de atrás. Atravesó el cementerio esquivando las tumbas y se apoyó en la tapia. El río circulaba lentamente debido a la notable disminución del caudal por la falta de lluvias y el intenso calor del verano. Aun así, el leve borboteo del agua era muy relajante y sanador. Sandra inspiró profundamente y soltó un suspiro. En cierto modo se alegraba de no haber tenido que pasar el mal trago de ver morir a Sandor en la clínica. No hubiera soportado tener que mirar aquellos grandes ojos marrones mientras se apagaban. Por pequeña que fuera, siempre había albergado un hilo de esperanza. Pero todo había terminado. Ahora solo quedaba la angustia y la certeza de no haber podido salvarle. Se enjugó las lágrimas con la manga y se incorporó con la intención de volver a entrar en la clínica, cuando de repente se percató de que ocurría algo en el camino, justo al otro lado del río.

Dos coches de la Policía nacional cerraban el paso y numerosos agentes uniformados se arremolinaban alrededor. Entre ellos, Sandra

distinguió a un hombre vestido con ropa de ciclista que le resultó familiar. Alzó la cabeza y forzó la vista para enfocarlo mejor. Estaba acariciando a un perro, un pastor alemán que se mostraba impaciente entre sus brazos. El hombre giró la cabeza para evitar que el perro le chupara la cara y entonces lo vio. Era Lorenzo, el padre de Macarena.

Sandra conocía bien a Lorenzo. Cuando falleció su mujer, este se volvió muy protector con su única hija. La pérdida le dejó un vacío muy grande que le mantuvo mucho tiempo al borde de la depresión. No podía soportar la idea de que algo le pasara también a Macarena. Eso sería el fin. Se refugió en el trabajo, completando interminables jornadas los siete días de la semana. Hacía coincidir sus turnos de noche con los fines de semana para patrullar por los alrededores cuando Macarena salía con Alicia y sus amigas. Le pidió entonces a su hija que le avisara cuando se quisieran ir a casa y él iba a buscarlas. Macarena pensó en negarse al principio, pero, debido al estado emocional en el que se encontraban tanto ella como su padre, no tuvo el valor de decirle que no. Fueron muchas las noches en las que Lorenzo aparecía por casa asegurándose de que Alicia llegaba sana y salva. La dejaba en el portal y la obligaba a despedirse desde el telefonillo. Él esperaba la confirmación abajo, pero muchas veces esta no se producía, bien porque Alicia se olvidada, o porque iba demasiado borracha como para atender protocolos de actuación. Era entonces cuando Lorenzo llamaba tímidamente al telefonillo, y Sandra levantaba rápidamente el auricular de su habitación para que sus padres no se despertaran.

Esbozó una sonrisa recordando esas noches. Era un poco surrealista, pero ciertamente Lorenzo consiguió que jamás les ocurriera nada. Siempre decía que Alicia era como su segunda hija.

Sandra seguía apoyada en la tapia con las manos entrelazadas en la verja cuando Lorenzo se dio media vuelta. De pronto se percató de su presencia y le lanzó una mirada inquisitoria. Sandra dudó: «¿Me estará mirando a mí? ¿Me habrá reconocido también?». Levantó la mano tímidamente a modo de saludo, gesto que Lorenzo interpretó como confirmación de que efectivamente no se estaba equivocando. Era Sandra, la hermana de Alicia.

CAPÍTULO 7. Pesadilla

—¡Estamos aquí! ¡Lorenzo, por favor, ven a buscarnos, deprisa!

—¿Dónde estáis? No os encuentro. ¿Dónde estáis?

—¡Aquí mismo, Lorenzo, delante de ti! ¡Date prisa, Lorenzo, no hay tiempo! ¡Estamos muy cerca! ¡Queremos volver a casa! ¡Lorenzo, por favor! ¡Delante de ti! ¡Muy cerca! ¡Muy cerca! ¡Muy cerca! ¡Aquí mismo! ¡Muy cerca! ¡Sálvanos, por favor!

Lorenzo se incorporó en la cama sobresaltado y se sentó en el borde. Su corazón parecía querer salirse del pecho.

—Otra vez la misma pesadilla, ¡joder! —exclamó mientras se llevaba las manos a la cabeza.

Estaba empapado de sudor y sentía escalofríos por todo el cuerpo. Miró la hora en el despertador.

—Las seis y media de la mañana —murmuró.

Alargó el brazo y abrió el segundo cajón de la mesilla. Lorenzo conservaba en secreto una sola foto de Sergio y Noelia de las numerosas que le entregaron sus padres el día de la desaparición. El resto se las devolvió a la madre junto con aquellas dos palabras que pronunció hundido y que aún revotaban en su cabeza: «Me rindo». La observó durante unos largos segundos. Los niños se encontraban en un parque, sentados en un banco de madera. Era un día soleado y claramente caluroso. Sergio vestía pantalón corto vaquero y una camiseta oscura sin dibujo. Noelia llevaba puesto un vestido amarillo y blanco con estampados de mariposas. Los dos sonreían. Eran unos niños peculiares y fácilmente reconocibles. No hubiera sido difícil identificarlos debido a las numerosas pecas que tenían por toda la cara y a sus brillantes cabellos pelirrojos. Ambos rasgos heredados del padre. Además de aquella marca de nacimiento en forma de judía que la niña tenía en el brazo izquierdo.

Lorenzo cerró los ojos con fuerza.

—No los encontré y quizás nadie lo haga jamás —masculló.

Hacía tiempo que no soñaba con ellos y tampoco ya creía verlos por todas partes. Decía haberlo superado, pero en el fondo era consciente de que se engañaba a sí mismo. Un creciente sentimiento de ira comenzó a apoderarse de él. Arrugó la foto con fuerza entre sus manos y a punto estuvo de hacerla mil pedazos.

—No puedo hacerlo, no puedo olvidarlos, tendré que aprender a vivir con ello —murmuró entre dientes.

La puso sobre la mesilla e intentó estirarla, sin demasiado éxito. Abrió de nuevo el segundo cajón y la colocó en su sitio. Antes de cerrar, levantó un pequeño montón de ropa interior y comprobó que

su pistola no reglamentaria seguía allí, intacta. Nadie sabía que tenía aquella arma y nadie debía saberlo. La sustrajo del almacén donde se guardaban las pruebas en su comisaría. No había sido un arma homicida. Pertenecía a un camello pringao que se vio envuelto en un asunto turbio y terminó en la cárcel. Lorenzo comprobó que el arma había sido manipulada, carecía de número de serie e identificación, y decidió quedársela. En ese momento no sabía para qué, y seguía sin saberlo, pero por alguna extraña razón era incapaz de deshacerse de ella.

Se levantó de la cama y se dirigió al baño arrastrando los pies. Volvió a mirar el reloj: las siete de la mañana. Se quitó la poca ropa sudada con la que había dormido y se metió en la ducha para intentar despejarse y centrarse un poco. Macarena tenía turno de noche y no llegaría hasta las nueve. Era miércoles. Los lunes, miércoles y viernes por la tarde eran los días en que le tocaba ruta con el Club de Ciclistas de la Tercera Edad. Esos días Lorenzo no salía a caminar por la mañana, ya que le gustaba llegar con energía a su sesión de ciclismo. Dedicaba esas mañanas a realizar las tareas del hogar. Pero hoy no podía quedarse en casa comiéndose la cabeza en silencio y medio a oscuras (debido a que tenía que dejar dormir a Macarena). Así que decidió salir con la bici, sin hacer demasiados esfuerzos. Solo quería sentir el aire de la mañana en la cara.

Le dejó una pequeña nota a su hija y bajó las escaleras con la bicicleta al hombro. Enseguida se dio cuenta de que la mañana no era tan fresca como debiera ser en el mes de septiembre, pero, aun así, notó cierto alivio. Cruzó el polígono Regordoño, que ya empezaba a tener cierta actividad, y tomó el camino que se dirigía a Alcorcón. Bordeó el parque Polvoranca y atravesó la urbanización Loranca para llegar, en cuestión de media hora, a la parte trasera del centro comercial Xanadú. Hasta aquí la parte fácil de una ruta que Lorenzo conocía bien. En cuanto culminara el descenso y enfilara por el camino del río en dirección parque Coímbra, comenzaría un ascenso prolongado que no le daría tregua hasta bien entrada la urbanización.

Llenó los pulmones de aire tras el breve descanso y emprendió la subida. Aproximadamente a unos cuatrocientos metros, divisó a una chica haciendo *footing*. Parecía llevar buen ritmo. Como reto, Lorenzo se propuso darle alcance antes de llegar a la urbanización. Se puso de pie en la bici y pedaleó con fuerza. A medida que se iba acercando, pudo comprobar que la chica era algo más mayor de lo que aparentaba de lejos. Lorenzo calculó que rondaría los treinta y ocho años aproximadamente. Vestía zapatillas de deporte amarillas, mallas ajustadas negras con detalles en gris y camiseta de tirantes amarilla a juego con las zapatillas. Una larga coleta rubia se balanceaba de lado a lado al ritmo de cada zancada. Le dio tiempo a observarla

detenidamente, ya que, debido a la rápida marcha de la chica, tuvo serios problemas para alcanzarla. Desvió ligeramente su trayectoria hacia la izquierda para adelantarla y giró de manera inconsciente la cabeza para satisfacer su curiosidad. Quiso saber cómo era el rostro de aquella mujer cuya fuerza física estaba poniendo a prueba sus veteranas piernas. Ella notó una presencia y aminoró la velocidad de repente, hizo un movimiento que casi se podía definir como un pequeño sobresalto, lo que provocó que Lorenzo efectuara un adelantamiento demasiado rápido y brusco como para distinguir sus rasgos. No obstante, tuvo tiempo de ver algo que le llamó la atención. Llevaba colgado del cuello un pequeño objeto que no supo reconocer y que, debido al movimiento brusco que efectuó, este terminó impactando de lleno en la frente de la chica.

Lorenzo no pretendía ni mucho menos asustarla y a punto estuvo de parar para pedirle perdón, pero con el rabillo del ojo percibió que ella había reanudado la marcha enseguida, así que decidió continuar.

Absorto en sus pensamientos, siguió pedaleando: «Vaya susto se ha llevado la pobre. ¿Qué sería eso que llevaba colgado del cuello? Espero que no fuera muy contundente, porque le ha pegado en toda la frente». Le había sorprendido un poco la reacción de la deportista. Era como si hubiera descargado cierta tensión acumulada. Parecía tensa, preocupada por algo. Más que correr para liberar estrés, pareciera que huía de algo o de alguien. Inmediatamente Lorenzo esbozó una medio sonrisa e intentó apartar rápidamente esas ideas de su cabeza.

—Ya está el estúpido expolicía jubilado queriendo ver fantasmas donde no los hay —murmuró para sí.

De repente, el fuerte rugido del motor de un coche aproximándose a toda velocidad a punto estuvo de sacarle del camino. El vehículo pasó tan cerca que el espejo retrovisor rozó con el manillar de la bicicleta. Lorenzo, aturdido, se halló inmerso en una gran nube de polvo. Frenó en seco e intentó alejar la polvareda de su cara. Entre brazada y brazada se restregaba los ojos para conseguir recuperar la visión, cuando de pronto el sonido amortiguado de un silbato que provenía del interior del coche le explotó en la cabeza.

Saltó lo más rápido que pudo sobre la bicicleta y comenzó a pedalear con fuerza. Su cerebro había encajado las piezas en menos de un segundo. El subidón de adrenalina le produjo una sensación de euforia que le trasladó inmediatamente unos años atrás, cuando era un inspector reconocido y valorado. Los buenos tiempos. ¡Efectivamente, joder!, lo que colgaba del cuello de la chica era un silbato. El mismo que ahora sonaba ahogado, probablemente desde el maletero de aquel vehículo. Ahora comprendió la reacción de la deportista. Estaba asustada.

—¡Claro, coño! —masculló.

Aceleró. Consiguió llegar a la parte más alta, donde el camino se volvía llano. Cogió velocidad por el desgarbado terreno. Sabía que cualquier bache o piedra que desplazara mínimamente el manillar acabaría con una caída fatal para su edad. Pero no podía dejarla escapar. Era totalmente consciente de cómo terminaría la historia si conseguía huir con la chica, lo sabía por experiencia. Ese pensamiento le angustió y apretó un poco más. Pisaba los pedales con fuerza. La rueda trasera derrapaba mínimamente a cada pedalada. Y entonces lo vio. A lo lejos consiguió distinguir el coche tras una enorme nube de polvo.

Detuvo la bicicleta. Realizó un movimiento brusco hacia la derecha y se escondió detrás de un árbol. Le temblaban las piernas. Definitivamente, por la tarde no asistiría a su cita con el club de los ciclistas jubilados. De hecho, dudaba mucho ser capaz de volver a casa dando pedales. Muy despacio introdujo la mano en su riñonera y sacó el teléfono móvil. Abrió WhatsApp. Buscó al corrupto del comisario Beltrán y le mandó su ubicación. Escuchó el sonido que produce la puerta de un coche al cerrarse bruscamente. Asomó la cabeza con sigilo. Distinguió a un hombre de mediana edad. Calculó que no debería tener más de cuarenta y cinco años. No era demasiado alto ni demasiado fuerte, ni parecía ser muy hábil a juzgar por su manera de caminar. «Si le pillo desprevenido, creo que podré con él», pensó. Volvió sobre sus pasos. Sacó de nuevo su teléfono y marcó el número del comisario.

—Beltrán —susurró—, ¿has visto la ubicación que te he enviado?

—La acabo de ver, pero ¿qué coño quieres que…?

Lorenzo no le dejó terminar.

—Escúchame bien: un individuo ha metido a una chica en el maletero de su coche. Voy a intentar disuadirle. No voy armado. Manda a alguien, date prisa. Tengo que hacer algo porque no hay tiempo. Intentaré asustarle para que huya. Tráete a Budy. Él le encontrará después.

—¿De qué cojones estás hablando, Lorenzo? ¿Lorenzo? ¿Me oyes? ¡Maldita sea! —Lorenzo ya había colgado.

Localizó un madero grueso que se hallaba semienterrado a unos cinco metros de su posición. Se movió lento, pero con cierta soltura. No había tiempo que perder. El individuo vacilaba cerca del maletero como si no supiera muy bien qué hacer. Parecía nervioso e indeciso. Era el momento de atacar.

—Ahora o nunca —murmuró.

Sorteó la bicicleta y se asomó de nuevo cuidándose de no ser visto. Cerró los ojos, llenó los pulmones de aire. Mientras lo soltaba lentamente, apretó el madero con todas sus fuerzas, salió al camino y echó a correr todo lo rápido que pudo hacia el individuo. Cuando este

quiso percatarse de la presencia de Lorenzo, el madero ya había impactado contra su omoplato, haciéndole perder el equilibrio. Se golpeó la cabeza contra el maletero del coche, que aún estaba cerrado, y cayó al suelo. Lorenzo retrocedió unos pasos y comenzó a gritar con las pocas fuerzas que le quedaban. Tenía que hacer mucho ruido. Su plan era llamar la atención de los vecinos de las casas cercanas con la esperanza de que el sujeto no contraatacara y decidiera huir comprendiendo que no podría completar su cometido.

—¡Soy policía! ¡No se levante! ¡Los refuerzos están de camino! ¡No tendrá forma de escapar! ¡No haga una estupidez! —repetía una y otra vez.

El individuo, visiblemente aturdido, intentaba incorporarse a duras penas. Lorenzo, al ver que se levantaba, analizó mentalmente la situación. «¿Qué hago? ¿Ataco de nuevo? ¿Sigo gritando? ¿Y si viene a por mí?», pensó. El sujeto consiguió ponerse en pie. Lorenzo comenzó a notar cómo su corazón latía cada vez más fuerte. Por un momento, todo parecía indicar que se produciría el contraataque. Pero de repente el hombre se dio media vuelta y empezó a correr hacia la urbanización. Se tambaleaba y le salía sangre de la cabeza. «No llegarás muy lejos», pensó Lorenzo mientras respiraba aliviado.

En cuanto le perdió de vista, soltó el madero y se abalanzó sobre el maletero del coche. Tardó unos angustiosos segundos en abrirlo. Parecía atascado. El portón se elevó bruscamente. La chica, en un intento de huida, lo empujó y trató de salir corriendo, pero tropezó con el desnivel del propio habitáculo y cayó de bruces al suelo. Estaba sofocada y tenía síntomas de estar sufriendo un ataque de ansiedad. No había dejado de soplar el silbato hasta ese momento.

—¡Tranquila, tranquila! Soy policía, estás a salvo. No te preocupes. ¿Cómo te encuentras? ¿Puedes hablar?

Lorenzo le tendió la mano. Ella levantó la mirada lentamente. Estaba en *shock,* no sabía exactamente lo que le había pasado. Notó un fuerte dolor en el tabique nasal. Aquel desgraciado le había roto la nariz cuando esta intentó defenderse. Tenía toda la cara manchada de sangre. Dejó que Lorenzo la ayudara a levantarse del suelo y se sentó en el parachoques trasero. En ese preciso instante tres coches de la Policía nacional hacían su aparición en el camino. Lorenzo se interpuso para indicarles su posición. Se dirigió directamente hacia el comisario Beltrán, que bajó del primer coche.

—¡El agresor se ha ido por allí! —dijo señalando con el dedo—, dirección noroeste, hacia la urbanización. Está herido, no creo que llegue demasiado lejos. ¿Has traído a Budy? —preguntó visiblemente alterado.

—Sí, Lorenzo, cálmate. ¿Me puedes explicar de qué coño va todo esto? Por favor…

Lorenzo no le hizo caso y se acercó rápidamente al segundo coche, de donde ya salía Budy escoltado por su agente al mando.

Budy era un pastor alemán de color sólido. Lucía un manto completamente negro, lo que le otorgaba una característica peculiar y muy bella. Siempre fue el cachorro más llamativo de su camada, puesto que su pelaje, al nacer, se mezclaba con tonalidades azules debido a un cambio que experimentaba la luz al reflejarse en su cuerpo. Entró a formar parte de la Policía coincidiendo con el tramo final de la carrera profesional del entonces inspector jefe Rubio. Su especialidad consistía en la búsqueda de personas. Se integró en el equipo de Lorenzo, convirtiéndose al poco tiempo en una pieza clave en este tipo de operaciones. Funcionaban como una máquina bien engrasada. Habían trabajado en condiciones extremas, contra reloj, entre escombros, bajo una fuerte lluvia o a 40° a la sombra. Si había una persona, Budy la encontraba. Lorenzo estableció una conexión especial con aquel perro. Se entendían. Bastaba una mirada suya para que Budy supiera cómo y cuándo actuar. Habían encontrado a muchas personas juntos y resuelto muchos casos. Sentía mucho cariño por aquel animal. Regularmente acudía a la comisaría para pasar un rato con él. Se interesaba por su salud, por sus nuevas misiones, sus nuevos logros, sus nuevos casos resueltos…

Budy también parecía echarle de menos.

Al bajar del coche patrulla hizo un amago de saludo interrumpido inmediatamente por el agente encargado. Acababa de entrar de servicio, estaba trabajando, debía ponerse en acción rápidamente y dejar los saludos para más tarde. El agente al mando le dio las respectivas instrucciones y Budy comenzó a tirar fuertemente de la correa en dirección noroeste.

El sonido de las sirenas anunció la llegada de la ambulancia. Dos enfermeros subieron a la mujer en la camilla y la introdujeron en la parte de atrás. Seguía conmocionada. Al pasar por delante de Lorenzo articuló unas palabras que el exinspector no acertó a comprender y desapareció en el interior de la ambulancia. El vehículo arrancó camino del hospital, dejando tras de sí una gran nube de polvo.

Al cabo de una hora aparecieron por el horizonte tres de los agentes uniformados con el detenido esposado. Budy lo encontró escondido debajo de un todoterreno a unos dos kilómetros de donde había abandonado el coche, que, por lo que ya sabían, era robado.

—¡Me cago en Dios, inspector! ¿Qué coño hace persiguiendo violadores de pacotilla a estas alturas? ¿No es capaz de disfrutar la jubilación como cualquier hijo de vecino? —escupió el comisario.

—Exinspector —corrigió Lorenzo—. Y no me joda, Beltrán. Yo no me dedico a perseguir a nadie. Ha sido una puta casualidad. Ni siquiera iba a salir hoy con la bici, y menos por esta ruta, pero mira tú

por dónde…

—No me toques los huevos, Lorenzo. Ya sabes cómo funciona esto. Ahora me vas a obligar a amenazar a ese hijo de puta para que no te denuncie. ¡Casi le partes el cuello! ¿En qué estabas pensando? Tenías que haber esperado a que llegásemos, ¡cojones!

—Sabes de sobra que hubiera sido demasiado tarde —dijo Lorenzo con tono cansado—. No creo que ese mamón esté en posición de denunciar a nadie. Ha agredido a una mujer y la ha metido en el maletero de un coche robado. Creo que le va a costar trabajo convencer a un juez de que se la llevaba a dar un paseo. Además, ¿quién mejor que tú sabe mantener la boca cerrada a un detenido?

Beltrán le miró de arriba abajo con desgana y se dio media vuelta.

—¡Llevaos a ese cabrón a comisaría! —gritó mientras se subía de nuevo a su coche patrulla.

Lorenzo se arrodilló en el suelo con las piernas temblorosas.

—Puto gilipollas —murmuró.

Le esperaban unas tremendas agujetas al día siguiente. Era consciente de que no podría montar en bici al menos en una semana, o más. Pero estaba contento. Había tenido la oportunidad de comprobar que todavía conservaba su instinto, su intuición, su olfato para detectar posibles crímenes. Y lo más importante: había conseguido salvar a aquella chica de un fatal desenlace.

El agente al mando soltó a Budy, que se abalanzó sobre Lorenzo, haciéndole caer de espaldas al suelo. A duras penas consiguió volver a ponerse de rodillas mientras el animal le lamía toda la cara y movía el rabo con fuerza. En un acto reflejo, Lorenzo giró la cara y notó una presencia que le observaba desde el otro lado del río. Se levantó, se dio media vuelta y fijó la vista. ¿Podía ser? Enfocó todo lo que pudo y la reconoció. No tenía ni idea de qué hacía allí con una bata blanca, pero sí, era Sandra, la hermana de Alicia.

***

Dos días después de aquello, Lorenzo se encontraba en su casa intentando encajar una de las piezas centrales de su siguiente maqueta. Se trataba de una iglesia románica del siglo XII, concretamente la de San Salvador de Cantamuda, localizada en Cervera de Pisuerga. Acababa de terminar de comer unos deliciosos canelones y un bol de arroz con leche que había comprado en la tienda de comida preparada de debajo de su casa. Era una tienda pequeña, de las de toda la vida. La regentaba Elena, una señora de la edad de Lorenzo que cocinaba como los ángeles. «Parecen las mismas manos de Dios», decía Lorenzo a veces. Elena siempre había sentido cierta debilidad por aquel inspector de Policía que compraba comida en su tienda a menudo. La mujer no había tenido suerte en el amor y pasó la mayor parte de su juventud sola, sin pareja. Lorenzo compraba

comida allí todos los domingos, incluso hubo temporadas que también algunos días entre semana se pasaba a comprar el arroz con leche que tanto le gustaba. Con el tiempo entablaron cierta amistad. Él la llamaba por teléfono cuando iba a ir a comprar y ella le preparaba el arroz con leche especialmente para él cuando no lo tenía en el menú ese día. Con los años la atracción de ella hacia él fue en aumento y no fueron pocas las ocasiones en las que se lo hizo saber con sutiles insinuaciones. Cuando falleció su mujer, Lorenzo estuvo tan deprimido que apenas comía, y mucho menos cocinaba (porque se le daba fatal), pero tenía que dar de comer a su hija, así que casi todos los días le encargaba la comida a Elena. En muchas ocasiones ella no se la cobraba, e incluso se la subía a casa en los peores momentos anímicos de Lorenzo. Los años fueron pasando y llegó un momento en el que Elena consideró que había pasado el tiempo suficiente como para confesarle sus verdaderos sentimientos a Lorenzo. Lorenzo estaba falto de cariño y en un principio pareció rendirse a los encantos de Elena, pero al poco tiempo comenzaron a surgir en él las dudas, el arrepentimiento, el sentimiento de estar deshonrando la memoria de su mujer. La echaba de menos. Se dio cuenta de que no estaba preparado aún para otra relación. Después de varias idas y venidas, Elena comenzó a perder interés. La indecisión de Lorenzo la desanimó y años más tarde terminó casándose con un bobo (a juicio de Lorenzo) con el que tuvo dos hijos. Al final terminó separándose de él y aparcando su vida sentimental, al igual que lo hiciera Lorenzo hasta la actualidad. Aun así, algo quedó de aquella atracción jamás resuelta y ahora de mayores quizá podría ser que el tiempo ordenara algunas cosas y las pusiera en su lugar. Quién sabe.

Lorenzo se encontraba tan concentrado en su tarea con la maqueta que el sonido del teléfono le sobresaltó exageradamente. La pieza de madera se le cayó al suelo y rodó por debajo de la mesa.

—¡Joder! —exclamó malhumorado.

Agarró el móvil y comprobó que no conocía el número que aparecía en la pantalla. A punto estuvo de no cogerlo, pero lo hizo.

—¿Sí?

—¡Hola! ¿Es usted Lorenzo? —preguntó una temblorosa voz femenina que no acertó a reconocer.

—Sí, soy yo. ¿Quién es? —contestó arrepintiéndose de haberlo cogido.

—Perdone que le moleste, soy Cristina, la chica a la que sacó usted del maletero de un coche hace dos días.

Lorenzo dudó un par de segundos. No hubiera querido contestar con la brusquedad que lo había hecho. Intentó recomponerse y suavizó el tono todo lo que pudo.

—¡Anda, qué sorpresa! ¡Hola, Cristina! ¿Qué tal te encuentras? ¿Ya

has salido del hospital?

—Me encuentro bien… gracias a usted. No sé cómo agradecerle lo que hizo por mí. Si no hubiera estado allí, no sé qué habría pasado —contestó visiblemente afectada.

—Pues para empezar no me trates de usted, que no soy tan mayor —bromeó Lorenzo intentando tranquilizarla un poco—. Solo hacía mi trabajo, soy po…, bueno, era policía, ya estoy jubilado. Siento que hayas tenido que pasar por una experiencia tan horrible, de verdad que lo siento.

—No se preocupe, perdón, digo no te preocupes. Gracias a ti, me recuperaré y pronto podré continuar con mis entrenamientos. Solo tengo una pequeña fractura en la nariz y un esguince en el tobillo de cuando me caí del maletero.

—Pero, Cristina… —Lorenzo titubeó un poco—, creo que deberías correr por un sitio más transitado, no sé, por la ciudad o algo así. Tú sabes que esos caminos pueden ser peligrosos, de hecho, me pareció que estabas algo tensa cuando te adelanté con la bici, como si presintieras que algo iba a ocurrir. O al menos me dio esa sensación —dijo Lorenzo pensando que quizá había hablado de más.

—Bueno, la verdad es que vi ese coche un par de veces la semana pasada merodeando por la zona y me dio mala espina. Por eso me llevé el silbato y también un espray de pimienta que no me dio tiempo a utilizar. Se lo conté a mi hermana y ella también me insistió mucho en que dejara de correr por ahí, pero me negué. Lo siento. Las mujeres tenemos que dejar de vivir con miedo. Estoy harta. No podemos permitir que cualquier descerebrado nos condicione la vida. Es injusto. No lo voy a consentir. Intentaré tener más cuidado, por supuesto, pero no voy a dejar que esto me supere. No pienso pasar el resto de mi vida amedrentada —dijo hablando mucho más confiada de lo que quizá realmente se sentía.

—Tienes razón. El miedo no conduce a nada. Yo tengo una hija y, aunque me gustaría, no podré protegerla siempre. Los padres deben advertir a sus hijos desde pequeños de que a las mujeres hay que respetarlas. Es algo que a los varones de ninguna generación se nos ha dicho. El mensaje siempre ha ido dirigido a vosotras: «Ten cuidado»; «No vengas tarde»; «No te vistas así»; «Compórtate como una señorita», etc. Es momento de que el mensaje cambie de receptor, sin duda, y espero que así sea a partir de ahora por el bien de todos. Yo, por mi parte, intentaré que ese cabrón que te metió en el maletero pague por ello. Te lo prometo.

Acto seguido se despidieron y colgaron. En ambos lados de la línea los dos quedaron pensativos. En el fondo sabían que la justicia no satisfaría sus deseos.

CAPÍTULO 8. Operación Bloqueo

Macarena entró por la puerta de casa arrastrando los pies. Estaba muy cansada. La noche había sido intensa. La macrooperación en la que estaba involucrada desde hacía meses llegaría a su fin esa misma noche. Tenía que intentar dormir. Estaba a punto de culminar un trabajo policial de cientos de horas y debía tener la mente despejada. Leyó la nota que había sobre la mesa de la cocina: «Me he despertado pronto y he salido con la bici. Tienes el desayuno donde siempre, no te acuestes tarde, nos vemos después. Un beso. Te quiero».

No tenía hambre. Encendió un cigarro aprovechando la ausencia de su padre y sacó su ordenador portátil de la mochila.

—Voy a dar un último repaso —murmuró.

Abrió la cuenta de Gmail que estaba investigando y volvió a hackear la contraseña una vez más. La cambiaban constantemente, pero eso no era un problema para Macarena. Comprobó que no había mensajes, pero sí rastro de actividad, como debía ser. Sonrió mientras le daba la última calada a su cigarro. Todo estaba como tenía que estar, preparado. Nadie parecía sospechar lo que se le venía encima. Cerró la sesión borrando todas sus huellas y apagó el ordenador.

Quince minutos después ya se encontraba duchada y metida en la cama. Fijó la vista en el techo de su habitación y repasó mentalmente los detalles de la operación. No se podía permitir dejar ningún cabo suelto, debía tenerlo todo bien atado. Llevaban demasiado tiempo preparando la intervención como para que todo se fuera al traste por algún detalle insignificante. Lo volvió a repasar un par de veces más en orden cronológico y cerró los ojos.

Todo comenzó un año y tres meses antes en la Fiscalía Especial contra la Corrupción y Criminalidad Organizada. Un periodista de renombre, y con ciertas credenciales, le sopló al fiscal general del Estado que había un ministro del Gobierno que estaba incurriendo en varios delitos reiteradamente. El periodista había realizado una investigación por su cuenta. En el trascurso de algo más de cinco meses, reunió las pruebas suficientes como para sentirse en disposición de verter las acusaciones de malversación de caudales públicos, tráfico de influencias, cohecho, prevaricación, blanqueo de capitales y otros delitos de corrupción. Tenía fechas, movimientos, nombres…

Después de estudiar detenidamente las pruebas, el fiscal jefe decidió abrir una investigación con la colaboración del Departamento de Anticorrupción de la Policía nacional. Comenzaron interviniendo los teléfonos móviles tanto del ministro como de su entorno más

cercano. Monitorizaron llamadas, mensajes, correos, ubicaciones y trayectos frecuentes. Enseguida se dieron cuenta de que algo no cuadraba. Aparte de los presuntos delitos contra la hacienda pública, había un detalle que olía francamente mal. Cuando los agentes cruzaron los datos de los diez teléfonos móviles intervenidos, descubrieron que había una ubicación coincidente en tiempo de manera reiterada en la mayoría de los dispositivos y que nada tenía que ver con su entorno laboral. Todas las alarmas saltaron a la vez cuando comprobaron lo que había en dicha ubicación: la parroquia de San Nicolás de Usera.

Se trataba de una pequeña parroquia que se encontraba en el distrito de Usera, al suroeste de la ciudad de Madrid. No era la primera vez que los investigadores tenían escrito en la pantalla del ordenador el nombre de aquella parroquia. José Luis Pérez Camacho, su párroco, tuvo el honor de ostentar durante un tiempo el título de principal sospechoso de la desaparición de un niño de nueve años en el entorno de su congregación siete años atrás. Se llamaba Farid Sabur, un niño sirio que había llegado unos meses antes a La Residencia de Dios. Una escuela que el mismo José Luis fundó con la premisa de dar cobijo y educación a niños menores sin acompañamiento, refugiados, hijos de familias rotas y menores inmigrantes desamparados. Una trabajadora de los servicios sociales de la comunidad de Madrid denunció la desaparición a la Policía.

Por aquel entonces, la unidad de desaparecidos, con el inspector jefe Rubio al mando y con la ayuda de un jovencísimo Budy recién incorporado, encontraron al niño muerto en el maletero de un coche. Farid presentaba signos de violencia y de abusos sexuales. El coche se halló escondido en un desguace, sin matrículas y medio destartalado. Llegaron a él gracias a las declaraciones contradictorias del párroco, que, primero, declaró que la tarde de la desaparición se encontraba visitando una parroquia en la zona norte de Madrid utilizando como medio de transporte aquel vehículo y, después, en una segunda declaración, cuando le preguntaron dónde se encontraba dicho vehículo, dijo haberlo dado de baja una semana antes del suceso. Los agentes comprobaron que, efectivamente, la tarde de la desaparición José Luis se encontraba en una parroquia de Becerril de la Sierra, pero no pudieron confirmar qué medio de transporte utilizó para llegar hasta allí. El coche estaba a nombre de la parroquia y, según él, era de uso común entre los propios miembros de la congregación y algunos feligreses. El ADN encontrado en el cuerpo del niño no pertenecía a ninguno de ellos y no aparecía en la base de datos de la Policía. Lorenzo se halló entonces en un callejón sin salida. Tenían el cuerpo (gracias a la pericia de Budy, que lo encontró en un gran descampado entre cientos de coches), pero no tenían pruebas para incriminar a

nadie.

Durante la toma de declaraciones a todas las personas relacionadas con la parroquia ocurrió algo extraño. Varios de aquellos niños a los que presuntamente La Residencia de Dios daba cobijo declararon a los agentes que el párroco traía hombres malos y que les metían en un cuarto para realizarles tocamientos y penetraciones. Según ellos, el párroco lo grababa todo con una cámara de vídeo. Cuando les preguntaron por la ubicación exacta de dicho cuarto, ninguno supo responder. Decían que a veces despertaban allí y que después de los abusos volvían a despertar en sus habitaciones.

El inspector jefe Rubio, junto con todo su equipo, buscó aquel cuarto y las supuestas grabaciones. No encontraron nada. Tampoco encontraron indicios ni restos de posibles abusos en el cuerpo de aquellos niños. El párroco declaró que los niños arrastraban muchos problemas psicológicos y que era muy frecuente que inventaran historias para llamar la atención y conseguir así tratos de favor. Lorenzo le preguntó entonces por qué había sido una trabajadora social la que denunciara la desaparición del niño, y no él o alguna de las monjas que daba clases en la escuela. El párroco dudó y, entre titubeos y claros síntomas de nerviosismo, terminó diciendo que los niños a veces huían y desaparecían durante varios días sin dar ninguna explicación. «Siempre acaban volviendo. Por eso no me preocupé ni puse la denuncia. Es algo muy habitual», declaró.

—No me creo una puta mierda de lo que dice el cura —dijo Lorenzo una mañana al llegar al centro de coordinación—, así que, desde hoy, todo el mundo a trabajar a fondo en este caso. Se posponen todos los trabajos que no estén relacionados con el asunto del párroco. Necesito todos los recursos humanos y tecnológicos de los que podamos disponer y os necesito con los ojos bien abiertos. Va a ser una semana dura, pero estoy seguro de que cogeremos al asesino —terminó diciendo el inspector.

Al tercer día todos los esfuerzos realizados dieron sus frutos. Visualizaron decenas de horas de grabaciones de las cámaras de vigilancia de los alrededores de la parroquia y el desguace. En una de las grabaciones de las cámaras de seguridad de un cajero automático que se encontraba enfrente se veía pasar el coche de la parroquia encima de una grúa. Este hecho resultaba muy sospechoso, porque en las grabaciones del mismo día de las cámaras de seguridad del desguace no aparecía dicha grúa, sino que aparecía dos días después. El conductor de la grúa declaró que había llevado el coche a un taller mecánico en una dirección que le habían dado y que fue a recogerlo dos días después para llevarlo al desguace.

Las fechas cuadraban y los itinerarios también, pero las declaraciones del párroco seguían siendo contradictorias, así que el

inspector y su equipo continuaron visualizando horas y horas de grabaciones hasta que por fin encontraron algo. El coche de la parroquia llevaba cuatro días en el desguace cuando de repente las cámaras recogieron a un vehículo negro entrando por la parte trasera. Se dirigió directamente donde estaba el coche y paró detrás de él. Un individuo de mediana edad, corpulento y de piel oscura salió del coche. Abrió su maletero. Pero cuando se disponía a abrir el maletero del párroco algo pareció asustarle. Subió rápidamente a su coche y sin cerrar el maletero huyó a toda velocidad por donde había venido. Dos grandes *rottweiler* propiedad del dueño del desguace aparecieron en la imagen segundos después. La aparición del individuo en las grabaciones era tan breve que los agentes no se percataron de su presencia en un primer visionado a cámara rápida. Pero en la segunda revisión pudieron extraer fotos del tipo y de la matrícula de su coche, procediendo así a su localización y posterior detención. Su ADN coincidía en un 99 % con las muestras extraídas del cuerpo del niño y consiguieron una confesión. Lorenzo, que se encontraba en la sala de visionado durante el interrogatorio, negaba con la cabeza. El individuo declaró que conocía La Residencia de Dios y que a veces merodeaba por allí para hablar con los niños y sacarles fotos a cambio de tabaco o dinero. Ese día convenció a Farid para que robara las llaves del coche con la promesa de llevarle al parque de atracciones. Mientras abusaba de él, Farid se reveló y quiso escapar del coche. «La cosa se torció y se me fue de las manos», confesó el tipo. Después, según su declaración, metió al niño en el maletero y dejó el coche en el mismo sitio donde lo había robado, justo enfrente de la parroquia. Pero ni en las grabaciones de las cámaras de los comercios cercanos a la parroquia ni en las del cajero automático se veía que el coche se moviese de allí antes de que se lo llevase la grúa. Hecho que explicó diciendo que él salió y entró por la calle paralela, la cual casualmente no disponía de cámaras.

Declaró también que no conocía de nada al párroco y que no tenía nada que ver con la parroquia. Los agentes no encontraron pruebas ni indicios de que tuviera alguna relación con el párroco, ni tampoco aparecía entrando en la parroquia ni saliendo de ella.

La confesión y las pruebas de ADN fueron suficientes para que el juez lo condenara por asesinato y abuso de menores. Caso cerrado.

No obstante, Lorenzo nunca creyó aquella historia. Él siempre mantuvo la teoría de que una o varias personas protegían al párroco y que aquel pobre desgraciado ejerció de cabeza de turco. No le cuadraba en absoluto que el párroco hubiera sido tan ingenuo de contradecirse en las declaraciones sobre el vehículo. Había sido un error demasiado infantil. Les ofrecieron un cadáver y un culpable en bandeja para que cerraran el caso y no siguieran investigando la

parroquia y su entorno. El inspector sospechaba que alguien debió poner aquellos restos de ADN en el cuerpo del niño y que el acusado se desplazó hasta el desguace para recuperar el cadáver y deshacerse de él. Seguramente le amenazaron con matar a su familia o algo similar, y por eso en el interrogatorio se desvinculó de la parroquia y encubrió al párroco. De hecho, Lorenzo y su equipo no fueron capaces de encontrar nada sobre la vida anterior del religioso. Alguien borró los registros, limpiaron todas las referencias asociadas a su nombre. Lorenzo estaba convencido de que le cubrieron las espaldas, pero nunca pudo demostrarlo y, mira por dónde, aquí se hallaba de nuevo la policía siete años después y con el nombre del párroco involucrado otra vez en un extraño asunto.

—Vaya, vaya, cuando menos, curioso, ¿no? —frivolizó el inspector jefe Collado minutos después de que el informe cayera en sus manos.

Las competencias se fueron sucediendo en cascada:

Primero, un periodista *anónimo* informa al fiscal general del Estado. Este abre una investigación en la Fiscalía Especial contra la Corrupción y la Criminalidad Organizada. A continuación, se solicita ayuda al Departamento de Anticorrupción de la Policía nacional. El nombre del párroco hace su aparición estelar. Los agentes derivan competencias a la unidad de desaparecidos por la supuesta relación con un caso investigado hace siete años. Después de una breve actualización de datos, el inspector Collado, al mando de la unidad designada, solicita la colaboración de la unidad de delitos tecnológicos para la investigación e intervención de todos los dispositivos electrónicos que puedan estar utilizando las personas implicadas. Gran parte de los engranajes de la maquinaria se ponen en funcionamiento.

Al cabo de unos días el inspector jefe Collado se presentó en el Departamento de Delitos Tecnológicos en busca de Macarena.

—¡Buenos días, guapa! Vengo a darte trabajo. Esta vez es un caso un tanto peliagudo —dijo intentando bromear.

Macarena sonrió ligeramente.

—Bueno, pues como todos los que me traes, ¿no?

—No, este es diferente —dijo el inspector ahora con semblante serio—. Se trata de un asunto que puede tener relación con un caso que investigué, junto con tu padre, hace siete años.

Collado le contó a Macarena todo lo que sabían del párroco y le entregó los informes de ambos casos.

—Échales un vistazo y esta tarde me llamas, ¿OK?

—OK, me pongo con ello.

Siempre que llegaba a las manos de Collado un caso importante que necesitara de la colaboración del Departamento de Delitos Tecnológicos, este se lo asignaba a Macarena. Todavía se sentía culpable por haber aceptado el puesto de inspector jefe que dejó su

padre. Andrés Rodríguez Collado había ejercido durante muchos años de mano derecha de Lorenzo. Fue su discípulo, su compañero y su amigo dentro y fuera del entorno laboral. Para Andrés, Lorenzo fue algo más que su superior, siempre sintió una gran admiración e intentó aprender de él como un buen aprendiz aprende de su maestro: observando con detalle cómo trabaja. Le acompañaba en todo momento, nunca se separó de él en las largas jornadas de trabajo ni en los momentos duros, como en la muerte de su mujer. Él siempre estuvo a su lado, apoyándolo en todo lo que pudo. Por eso cuando le expulsaron del cuerpo Collado y todo el equipo se sintieron desolados. Poco después el comisario Beltrán le ofreció ocupar su puesto. Collado se negó alegando que no le parecía ético cómo le habían tratado y que él, personalmente, redactaría un informe para que fuera readmitido. Dicho informe fue bloqueado nuevamente por el comisario, impidiendo que este llegara a sus superiores.

Ante aquella tesitura y con la amenaza que lanzó Beltrán de asignar un inspector externo si Collado no aceptaba el puesto, a Lorenzo no le quedó más remedio que intervenir, acuciado por el resto del equipo.

Al día siguiente por la tarde telefoneó a Andrés.

—¡Hombree, buenas tardes, Lorenzo! ¿Qué tal te encuentras? ¿Cómo estás? —preguntó algo extrañado por la llamada.

—Al grano, Collado. ¿Qué coño estás haciendo? ¿Qué es eso del informe y de que no aceptas el puesto de inspector jefe? ¿Es que has perdido la cabeza o algo así?

—Bueno, yo… Es que no me parecía bien aceptar ese puesto después de como te han expulsado. Me parece una injusticia, Lorenzo. Beltrán es un hijo de puta y tiene que darse cuenta de su error e intentar enmendarlo.

—¿Y tú qué tienes que ver en eso? No seas gilipollas, Andrés. Beltrán jamás se retractará, es más, si puede, os aplastara como si fuerais simples cucarachas. En serio, aprecio mucho tu solidaridad y la del resto del equipo, pero se trata de tu carrera profesional. Sabes que no voy a permitir que eches por la borda todo el esfuerzo y dedicación de estos años. Así que ya estás llamando ahora mismo a ese pedazo de mierda y diciéndole que aceptas el puesto, o, de lo contrario, nuestra amistad, al menos por mi parte, se habrá terminado.

Collado intentó contestar, pero Lorenzo ya había colgado el teléfono.

Aceptó el puesto con todo el dolor de su corazón, pero se prometió a sí mismo seguir ayudando a aquel hombre siempre que tuviera oportunidad. ¿Y qué mejor manera de mostrarle su agradecimiento que ayudar a su hija a ascender en su carrera profesional?

Macarena sacó su teléfono del bolso y llamó al inspector.

—Inspector jefe Collado, dígame.

—Andrés, que soy yo, Macarena. Es que te llamo desde el mío personal porque tengo el otro cargando.

—¡Ah! ¡Hola, Macarena! ¿Qué tal? ¿Te ha dado tiempo a leer los informes?

—Sí, sí, claro. Por eso te llamo. Exactamente, ¿qué información quieres que averigüe de este tío?

—Sí, pues te cuento. Bueno, antes de nada, quería pedirte un favor: vamos a intentar no decirle nada a tu padre de que hemos vuelto a reabrir el caso del párroco, ¿OK? Todos conocemos a Lorenzo y no queremos que se ponga a investigar por su cuenta ni que se meta en líos a estas alturas. Seamos profesionales, ¿vale?

—Descuida. Soy la primera que quiero que esté tranquilito en casa, te lo aseguro.

—Bien, escucha: cuando realizamos aquella investigación no encontramos ningún ordenador ni dispositivo electrónico ni en la parroquia ni en la vivienda del párroco. José Luis Pérez Camacho declaró no disponer ni siquiera de teléfono móvil, ya que, según él, como siempre estaba en la parroquia, la gente sabía dónde encontrarle y no le hacía falta. —Andrés hizo una pequeña pausa dramática—. Eso es lo primero que quiero que averigües. Quizá, con los años, nuestro amiguito se haya modernizado un poco, ¿no crees? O quizá siempre estuvo modernizado. ¿Quién sabe? Revisa sus cuentas bancarias, recibos, no sé, todo. Si tiene Internet, lo tiene que estar pagando de alguna manera. Después, si resulta que dispone de un ordenador, quiero que rastrees toda su actividad dentro de la red. Ya sabes lo que quiero decir, Macarena: hay que meterle el microscopio por el culo a ese cabrón. Quiero saber qué esconde ese tío desde hace años. Quizá tu padre tenía razón. Como habrás leído en los informes, el Departamento de Anticorrupción está investigando a unos cuantos altos cargos del Gobierno actual que se reúnen en esa parroquia al menos una vez por semana a horas intempestivas. ¿Conoces a algún cura que se dedique a oficiar misa a las tres de la madrugada un jueves? No, ¿verdad? Pues yo tampoco. En su momento no encontramos nada, pero, claro, entonces no teníamos a la mejor agente de delitos tecnológicos que he conocido nunca, ¿verdad?

Macarena sonrió discretamente al otro lado de la línea.

—Bueno, bueno, veré qué puedo hacer. No hay problema. El resto de la semana estoy en el turno de día y tengo menos tiempo, pero la semana que viene tengo turno de noche y puedo dedicarme a tiempo completo a investigar a este supuesto santo. Cuando tenga algo te aviso.

—De acuerdo, Macarena. En cuanto averigües cualquier cosa me dices. Cuídate mucho y cuida de tu padre también. La semana que viene lo llamaré para ver qué se cuenta, ¿vale?

—OK, Andrés. Un saludo.

Macarena comenzó aquel turno de noche un lunes lluvioso del mes de enero. Hacia un frío que pelaba en la comisaría. Tuvo que coger uno de aquellos pequeños calefactores que ella nunca usaba para conseguir quitarse el abrigo. Lo metió debajo de la mesa y arrancó su ordenador.

—Vamos a empezar desde el principio —murmuró—. Lo primero que quiero saber es lo que todo el mundo sabe de ti.

Tecleó su nombre completo en Google y pulsó «Intro». Nada, ninguna coincidencia. Si alguien ocultó toda la información relacionada con ese nombre, como decía en los informes, debió ser un profesional, porque siete años después las referencias seguían bloqueadas. Macarena hizo un chasquido con la lengua.

—Habrá que hacerle una inspección de Hacienda —murmuró mientras abría su buscador Agencia Tributaria y tecleaba de nuevo el nombre del religioso.

Tan solo un par de artículos sobre el párroco aparecieron en la pantalla. Macarena no tenía ningún interés en profundizar en ellos. Básicamente solo quería saber si había alguna información publicada o si por el contrario era un fantasma. No obstante, uno de los artículos consistía en una pequeña columna escrita por él para un periódico local. Macarena sintió curiosidad y, tras dudar un par de segundos, pinchó el enlace.

Se titulaba «Celibato». El cura se proclamaba un férreo defensor del celibato. Explicaba en el artículo que el celibato no es lo mismo que la abstinencia y que, para él, celibato significaba vivir en un estado permanente sin sexo de ninguna clase, incluida la masturbación. También decía que la abstinencia puede ser temporal y que es posible ser abstinente manteniendo una relación. Pero que el celibato significa una vida sin sexo y sin compañero/a o cónyuge. Después continuaba con una parrafada infumable (a criterio de Macarena) sobre disciplinas para el control del cuerpo y la mente que terminaba definiendo el celibato de una manera más amplia (según él): «Es simplemente una especie de compromiso de vivir sin sexo».

Macarena suspiró. Ella se consideraba atea y no tenía ningún interés sobre las disciplinas eclesiásticas, pero le gustaba estar informada, así que volvió a la barra de Google y escribió «celibato». De las muchas definiciones que encontró, le llamaron la atención dos de ellas por parecerle una, la explicación oficial para religiosos y otra, la traducción al resto de los mortales. Decía la primera: «El celibato es necesario porque el casado no se preocupa solo de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor. El casado se preocupa de las cosas del mundo; está por tanto dividido». Y su traducción: «Si el sacerdote tiene familia y bienes, pueden heredarlos su viuda e hijos, y eso

podría significar la división de un patrimonio que es decisivo dentro de la institución».

Macarena esbozó una sonrisita maliciosa.

—Cabrones pervertidos. No me fío de ninguno —murmuró.

Se levantó de la silla y salió al patio interior de la comisaría a fumarse un cigarro. Cuando volvió tenía las manos heladas. Se las calentó un poco acercándolas al pequeño radiador, se acomodó en la silla y se masajeó el cuello dispuesta a pasar las siguientes tres horas indagando sobre el párroco.

—Bueno, ahora veamos lo que solo unos pocos privilegiados saben de ti —dijo en voz alta.

Comenzó a rastrear cuentas bancarias y facturas que contuvieran su nombre o DNI, así como cualquier pago a cuenta que hubiera realizado a nombre suyo o de la parroquia. Después de algo más de una hora encontró un contrato de servicio de fibra óptica que se localizaba en un domicilio cercano a la parroquia. Al teclear la dirección completa del domicilio, comprobó que efectivamente era la vivienda asignada por la iglesia a los párrocos de San Nicolás de Usera. Imprimió la factura e introdujo el número de expediente en su navegador personal de la Intranet para que hiciera su peculiar rastreo. Al cabo de unos minutos la pantalla mostraba un resultado coincidente. Macarena tecleó las claves proporcionadas y comprobó con satisfacción que había conseguido acceder al *router* del párroco.

El siguiente paso consistía en comprobar si había dispositivos conectados a aquel *router* y cuáles. La pantalla volvió a mostrar un solo resultado. Pinchó sobre el enlace y comprobó decepcionada que se trataba de una impresora HP Photosmart. Volvió a ejecutar el rastreo y volvió a salir el mismo resultado: tan solo una impresora conectada al Wifi del *router*.

—Qué raro. ¿Dónde tienes el ordenador? ¿Y el teléfono móvil? —masculló mientras seguía abriendo ventanas en el navegador.

El turno de noche terminó y no consiguió encontrar ningún dispositivo más. Antes de marcharse a casa configuró una alerta y le escribió una nota a su compañero de la mañana. Antonio, he activado una alerta para un *router* que estoy investigando. Por favor, si te salta un aviso, regístrame los datos y me los dejas en mi carpeta de incidencias. Cuando me despierte te llamo de todas formas. Pasa buen día. Un abrazo».

La alerta dio resultado y dejó un rastro que Antonio grabó en su carpeta. «Ahí te lo he dejado. Que pases buena noche», decía la nota. Macarena se quitó rápidamente el abrigo y procedió a identificar la señal. No le costó más de treinta minutos comprobar que se trataba de un ordenador portátil de última generación.

—¡Te tengo! —exclamó.

Extrajo la IP del sistema operativo y rastreó las conexiones. Los registros del navegador llamaron la atención de Macarena. El párroco se conectaba a Internet a través de cable directo al *router* y se desconectaba minutos después. Solo utilizaba el wifi para la impresora. Además, las conexiones eran intermitentes en el tiempo y de muy poca duración. Tampoco consiguió encontrar ningún dispositivo móvil en la zona de cobertura del *router*. «Esto es muy extraño. ¿Qué estás tramando, párroco? Te voy a meter un pedazo de virus que va a prender fuego la placa base de tu flamante portátil. Te lo voy a dejar que no vas a saber si es un ordenador o una tostadora», pensó.

Al día siguiente por la tarde telefoneó al inspector Collado. Lo hizo desde casa, porque, si esperaba a llegar a la comisaría, sería demasiado tarde para llamar a nadie.

—Buenas tardes, Macarena. Perdona, pero ya he grabado tu número personal. Cuéntame —se disculpó el inspector.

—No te preocupes Andrés. Te llamo para comentarte que tengo novedades sobre el párroco.

—¿Ah, sí? Qué bien. ¿Y qué has averiguado?

—Pues parece que efectivamente la iglesia se está modernizando. Nuestro amigo el párroco maneja un ordenador portátil de última generación.

—Interesante… ¿Teléfono móvil también?

—Bueno, yo diría que sí. No me creo que no tenga móvil, hoy en día nadie se escapa del teléfono, lo que pasa es que la intuición me dice que se toma demasiadas precauciones. ¿Por qué? Todavía no lo sé, pero lo averiguaré pronto.

—Está claro que ese cabrón lleva años ocultando algo. Ya nos engañó en la anterior investigación y no quiero que se escape esta vez. ¿Cuál sería el siguiente paso?

—Esperar a que cometa un error. Le he metido un troyano y estoy a la espera de recibir datos.

—¿Y eso qué significa? Háblame en cristiano, Macarena.

—Un troyano es un virus. De hecho, es uno de los peores virus que se pueden meter en un ordenador. Cuando empiece a funcionar en su sistema operativo, podré hacer lo que quiera con él, porque asumirá todo el control. Voy a controlar de forma remota su ordenador. Accederé a sus contraseñas y a la información del disco duro. Puedo eliminar carpetas o examinarlas extrayendo datos confidenciales. También puedo capturar toda la información y enviarla a una dirección externa; y todo eso sin que él se dé cuenta.

—¡Joder! ¿Y eso lo podéis hacer con cualquier ordenador? —preguntó sorprendido el inspector.

—Normalmente, sí. Lo que hacemos es monitorizar toda la

actividad y registrarla en un programa que tenemos instalado en los ordenadores de la comisaría. Después se analiza toda la información y se guarda todo lo que pueda ser relevante.

—¡Hostia puta! No sabía que se podía ser tan preciso, de aquí en adelante deberé tener más cuidado con la información que guardo en el ordenador. Me dais un poco de miedo —bromeó Collado.

—Si no guardas nada sospechoso, no tienes nada que temer, ¿verdad? —dijo Macarena sonriendo.

—Nada. Si ya sabes que yo soy un santo, pero sí me gustaría ver lo que tienen algunos de por aquí en sus ordenadores, más de uno iba directo al trullo. Bueno, Macarena, muchas gracias y mantenme informado. ¿La semana que viene sigues de noche?

—No. La semana que viene estoy de día. Después sí que me tocan dos semanas de noche seguidas para regular horarios.

—¡Ah!, perfecto. Pues la semana que viene me paso a verte un día y comentamos los avances.

—Valeee. ¡Adióóóós!

***

El viernes de la semana siguiente el inspector Collado se presentó en el Departamento de Delitos Tecnológicos sobre las tres de la tarde. Salió del ascensor directamente hacia la máquina y sacó dos cafés.

—¡Buenas tardes, Macarena! ¿Has comido ya?

—¡Hombre, Andrés! —Se sorprendió Macarena—. ¿Qué tal? Sí, sí, ya he comido.

—¿Y también has tomado café?

—No, eso no.

—Pues aquí tienes.

—¡Ah! Muchas gracias. Espera, que te traigo una silla.

Macarena cogió una de las sillas del fondo y la colocó junto a la suya, enfrente del ordenador.

—¿Ya sabemos a qué se dedica don José Luis? —preguntó Andrés.

—Pues a realizar obritas de caridad seguro que no, pero, como te comenté el otro día, está claro que toma precauciones. Me tiene desconcertada, de hecho, ha conseguido esquivarme toda la semana. Me sorprende que un hombre con conocimientos básicos de informática consiga ocultar información a un troyano. No sé, a este, o le han asesorado bien, o tiene a un informático que trabaja para él.

—A ver si es que al final va a resultar que nuestro buen amigo el pastor es inocente.

—Yo diría que no. Mira, te voy a enseñar algo.

Macarena agarró el ratón y comenzó a cerrar ventanas. Pinchó en uno de los iconos que tenía en el escritorio y accedió a una carpeta llamada «Párroco».

—Aquí es donde voy guardando toda la información que voy

consiguiendo gracias al virus. En la memoria interna de su portátil no tiene nada. Ese dato en sí mismo ya es sospechoso. Todo el mundo tiene archivos guardados por poco que sea: fotos, enlaces, documentos… No sé, algo. Pero este hombre tiene el ordenador como recién salido de fábrica. Por otro lado, en la parte *online,* también he observado que no navega. No visita páginas ni enlaces. Tiene el buscador limpio. ¿Para qué usa el ordenador? Pude colarme en su sistema operativo a través del wifi gracias a que enchufó el ordenador al *router* e imprimió un documento en la impresora. Al conectarse con la impresora vía wifi, abrió una puerta por donde me pude colar. Lo raro es que desenchufa el cable del *router* solo pasados unos minutos y nunca conecta el ordenador por wifi, solo la impresora. —Macarena hizo una pequeña pausa mientras buscaba algo en la memoria interna de su ordenador—. Aun así, estoy siguiendo una pista. Observa esto a ver qué te parece. —El inspector Collado miraba la pantalla atentamente mientras apuraba su café—. Siempre que enchufa el ordenador al *router* mediante el cable, lo hace para imprimir algún documento, que no suelo encontrar en la memoria, o para revisar su correo electrónico. Pero no visita una cuenta de Gmail, sino dos. Y aquí viene lo realmente sospechoso: tiene una cuenta de correo oficial que está a su nombre, de donde recibe y envía correos insustanciales; y luego está la otra. La otra huele a mierda desde aquí, Andrés, ¿no lo hueles? —bromeó Macarena para aflojar un poco la tensión que se había acumulado en el rostro del inspector—. Esa cuenta de correo no está a su nombre. Como puedes observar, es un nombre ficticio. Yo diría que está creada por algún *hacker* porque los datos personales a los que está asociada no corresponden con ningún ser humano vivo, no sé si me entiendes. Aunque eso no me sorprende en absoluto. Lo más extraño de todo y, por tanto, lo que me está quitando el sueño es la manera que tiene de operar en dicha cuenta. La cuenta registra actividad. El troyano me envía una contraseña diferente todos los días, es decir, que todos los días se preocupa de cambiar la contraseña y resulta que cuando accedo a las bandejas no tienen ni correos de entrada ni de salida. Nunca. Y es imposible que los borre porque, aunque lo hiciera, quedarían grabados en el troyano al tratarse de datos que viajan por la red.

Andrés mantuvo el silencio unos segundos.

—A ver si lo he entendido bien: visita una cuenta de correo electrónico que no está a su nombre, todos los días cambia la contraseña, no envía ni recibe correos, y por lo que dices parece una cuenta pirata. ¡Joder! ¿Qué puede estar pasando ahí?

—Pues no lo sé. Llevo toda la semana intentando averiguarlo. Tengo varias ideas, pero la verdad es que son bastante poco probables, así que estoy un poco jodida en estos momentos.

—Bueno, no desesperes, seguro que das con ello. Nosotros por nuestra parte seguimos descubriendo nuevos fieles. La lista no para de crecer. Los tenemos bajo vigilancia, sabemos que entran en la parroquia y permanecen allí un par de horas, de media. A veces vienen tres, otras veces vienen cuatro, incluso más, por la noche y siempre entre diario. Algunos de ellos son peces gordos del Gobierno, así que tenemos que andar con pies de plomo. Hasta que no estemos completamente seguros de lo que hacen allí dentro, no podemos hacer nada. Tenemos las manos atadas, necesitamos pruebas. Lo que te quiero decir con esto es que nosotros no estamos mucho más avanzados que tú ahora mismo, así que paciencia y mucho tacto. No queremos que sospechen en ningún momento que los estamos investigando, ¿OK? —Macarena asintió sin apartar la vista de la pantalla—. Perfecto. Pues descansa y ya hablamos la semana que viene. Ya sabes, cualquier cosa me llamas.

El inspector Collado volvió a colocar la silla en su sitio y salió del edificio.

***

Las dos primeras jornadas de la vuelta al turno de noche fueron infructuosas. Macarena afrontaba aquella tercera noche de miércoles con total escepticismo. «No entiendo qué puede estar pasando —pensó —. ¿Qué se me escapa?». Estaba bloqueada y comenzaba a saturarse. Tenía un montón de ventanas abiertas en el escritorio, entre ellas los dos correos del párroco. Se llevó las dos manos a la cabeza para recogerse el pelo en una coleta.

—¡Puff! Me estoy agobiando, voy a fumarme un cigarro —dijo en voz alta para que la escucharan los compañeros.

Miró el reloj que tenía en la pared de enfrente: las tres en punto de la mañana. Metió las manos en el bolso para coger el paquete de tabaco cuando de repente el ordenador emitió un breve pitido. Macarena giró la cabeza bruscamente. Soltó el cigarro que había cogido y centró toda su atención en la decena de ventanas que tenía abiertas.

—¿Qué es lo que ha sonado? —murmuró mientras minimizaba documentos a toda velocidad.

Al cabo de un minuto lo encontró. El aviso procedía del correo pirata del párroco. Macarena desplegó la ventana para verlo en pantalla completa. Las bandejas de entrada y de salida seguían vacías, pero en el apartado «Borradores» había un mensaje. Pinchó para abrirlo. No tenía título ni texto, pero contenía un montón de archivos adjuntos en formato de imagen y vídeo. Descargó uno de ellos e hizo doble clic en «Ejecutar». Las imágenes que salieron en la pantalla impactaron de lleno en la mente de Macarena.

—¡Joder! ¡Me cago en la puta! ¡Hostia! —exclamó, para sorpresa de

sus compañeros.

—¿Qué pasa? —preguntó uno de ellos.

—Nada, nada, perdón —dijo ella.

Se había reproducido directamente un vídeo donde un hombre de unos cincuenta y pocos años violaba a un niño de no más de diez. Desgraciadamente, en la sección de delitos tecnológicos era habitual visualizar este tipo de cosas, pero nunca se terminaban de acostumbrar. Macarena cerró el vídeo y bajó el volumen de los altavoces. Se levantó de la silla y deambuló por la sala unos minutos para intentar reponerse. Volvió a su sitio, creó una carpeta nueva en su escritorio que llamó «Vídeos incriminatorios párroco», pero cuando volvió al apartado de «Borradores» para copiar todos los contenidos adjuntos, la bandeja estaba vacía.

Macarena no daba crédito, el correo había desaparecido. Por un momento pensó que la habían descubierto y tuvo miedo de haber mandado al traste toda la operación, pero enseguida se tranquilizó al comprobar que el troyano no detectaba ninguna gestión anómala. Seguía operando con normalidad, enviando datos y monitorizando toda la actividad. Macarena revisó el registro. El correo se insertó en la bandeja de borradores a las tres en punto de la mañana y había desaparecido a las tres y quince minutos. El virus registraba automáticamente la actividad y grababa los archivos que se guardaban en la memoria interna del ordenador, pero no los que se adjuntaban en la carpeta de borradores. Si no se enviaban ni se recibían de otro ordenador, ni se archivaban en el equipo, el troyano no tenía acceso a ellos. No tenía nada. Lo había tenido delante de sus narices y se le había escapado. Al cabo de cuatro horas sin novedad, Macarena terminó el turno y se marchó a dormir. «A ver si tengo más suerte mañana», pensó.

***

Al día siguiente Macarena creó dos carpetas más en su escritorio. Aparte de la de «Vídeos incriminatorios párroco» creó otra que se llamaba «Imágenes párroco» y otra más que tituló «Cuentas de correo investigar párroco». Comprobó que el troyano seguía funcionando correctamente y abrió el correo pirata. Todas las bandejas estaban vacías. Encendió los altavoces. Se disponía a trabajar en otros asuntos cuando de repente el ordenador emitió el mismo aviso que la noche anterior. En un acto reflejo Macarena miró el reloj. La una de la mañana. Desplegó la ventana del correo y ahí estaba. De nuevo un mensaje en la bandeja de «Borradores». Comenzó a arrastrar los archivos adjuntos a sus respectivas carpetas, además de copiar las IP de los ordenadores que, de manera masiva, iban entrando en el correo pirata extrayendo la información.

—¡Jódete, cabrón! Hoy estaba preparada —exclamó.

Con todos los archivos copiados, Macarena volvió a la bandeja de «Borradores» para comprobar que efectivamente no se había dejado ninguno. Pero de la misma forma que la noche anterior, el correo ya había desaparecido. Levantó la vista al reloj. La una y cuarto. Se quedó unos minutos pensativa, atravesando la pantalla con la mirada.

—¡Claro, joder! —exclamó dando un fuerte puñetazo a la mesa—. ¡Lo tengo! ¡Ya sé a qué os dedicáis, pedazo de cabrones!

Abrió la carpeta «Cuentas de correo investigar párroco». El troyano había registrado cientos de IP diferentes descargándose los contenidos del mensaje en los quince minutos que estuvo alojado en la bandeja de borradores. Para beneplácito de Macarena, también había registrado qué IP había sido la responsable de crear aquel correo y la correspondiente carga de archivos.

Aunque no tenía ninguna duda sobre el contenido de aquellos archivos, por puro protocolo los visualizó por encima. Cientos de vídeos e imágenes de pornografía infantil y abuso de menores de todo tipo llenaban dichas carpetas de manera repugnante. Macarena ardía de rabia e impotencia. La parte más dura de su trabajo consistía en visualizar aquellos archivos e identificar a las víctimas y sus verdugos para la posterior detención de estos últimos.

Pidió ayuda a dos de los compañeros que tenía a su cargo (gracias a su ascenso a subinspectora) para comprobar todas las IP.

—Escuchadme con atención, chicos. Os he pasado al correo un montón de direcciones IP. Lo que necesito es que las rastreéis para saber dónde se encuentran esos ordenadores. Quiero nombres y apellidos de los dueños, direcciones, los DNI y toda la información que podáis averiguar. Hay que darse prisa porque, como ya sabéis, es muy probable que muchas de las IP cambien en las siguientes horas, ¿de acuerdo? Pues ¡a trabajar!

En las jornadas posteriores Macarena consiguió atar todos los cabos y descubrió que se trataba de un intercambio de material pornográfico infantil a nivel internacional. El *modus operandi* atendía a una secuencia organizada por días y horas. Cada día, uno de los participantes era el encargado de crear el correo con los archivos y dejarlo en la bandeja de «Borradores». Evitaban así enviar y recibir los correos reduciendo al máximo el riesgo de ser interceptados. De alguna forma (Macarena estaba segura de que gracias a teléfonos móviles de prepago) se organizaban los turnos de subida y se enviaban la nueva contraseña diaria para acceder al correo. Si en la noche anterior los contenidos se subieron a las dos de mañana, al día siguiente se subirían a las tres, y al siguiente día, de nuevo a la una de la mañana. Siempre con una duración de no más de quince minutos. Tiempo suficiente para que todos los usuarios se guardaran los archivos en memorias externas y puertos USB.

Se trataba de un intercambio de material audiovisual puro y duro. Cada uno enviaba lo que tenía, ya fuera obtenido de otros intercambios, Internet o de cosecha propia. Macarena observó algo decepcionada que en todo el transcurso de la investigación no se subió ningún contenido desde el ordenador del párroco. Estaba segura de que el motivo era simplemente porque no le había llegado el turno, pero que, si esperaban un poco más, lo pillarían. Y, aunque había un especial interés por saber si el párroco compartía material extraído de Internet o de cosecha propia (todo apuntaba hacia lo segundo), decidieron que no había tiempo, ya que lo que estaba en juego era la integridad física de personas menores de edad. Había que actuar inmediatamente.

Macarena y su equipo estuvieron meses recopilando archivos y anotando las direcciones que averiguaban gracias a los rastreos de las IP. Mientras, el inspector jefe Collado y su unidad de desaparecidos continuaban con el seguimiento e identificación de los hombres que visitaban la parroquia.

***

Un año y medio después, el fiscal general del estado, teniendo en cuenta las pruebas y las informaciones recabadas, decidió que se encontraban en disposición de pasar a la acción. Diseñó un plan de actuación a gran escala en coordinación con las unidades de Policía nacional de todo el estado español y derivaron los datos que se escapaban a su competencia a la unidad internacional y la Europol.

Solicitaron a la unidad de delitos tecnológicos que hicieran una criba de sospechosos para quedarse solo con los que adjuntaban contenidos de cosecha propia. Vídeos y fotos que, después de comprobar que no se encontraban en ningún rincón de Internet, tenían altas posibilidades de haber sido grabados por ellos mismos. Tenían los objetivos. Los colocaron en el punto de mira y le pusieron fecha, hora y nombre a la operación: Operación Bloqueo.

Ese día había llegado. Macarena y su equipo habían realizado una importante criba gracias a un arduo trabajo de investigación. Reprodujeron los vídeos seleccionados a través de un programa que analizaba fotograma a fotograma el contenido. Mediante un algoritmo, el programa era capaz de detectar si el vídeo o la imagen había llegado al ordenador del sospechoso por cualquiera de los canales virtuales de la red o si, por el contrario, había sido cargado mediante un aparato físico, ya fuera una cámara de vídeo, de fotos, o un teléfono móvil.

Los sospechosos que quedaron fuera, los que solo se dedicaban a compartir contenidos que encontraban en páginas de Internet serían fichados y sancionados económicamente. Los que producían su propio material correrían distinta suerte. La operación se coordinaría desde

Madrid y se desarrollaría en las ciudades de Barcelona, Sevilla, Bilbao, Málaga, Valencia y Madrid.

***

Dos semanas antes el inspector jefe Collado se personó sin previo aviso en el Departamento de Delitos Tecnológicos.

—¡Buenos días, Macarena! ¿Tienes un minuto? Tengo que comentarte un asunto.

—Sí, sí, espera. Cierro la sesión y vamos a uno de los cubículos de visionado porque aquí no tenemos ni despacho ni sala de reuniones ni nada, ya sabes —contestó Macarena algo nerviosa por la presencia inesperada del inspector.

Cruzaron la enorme sala diáfana esquivando las mesas donde se encontraban trabajando los agentes. Algunos leían atentamente en la pantalla de un móvil o de un portátil, otros tenían un ordenador desmontado e intentaban hacer funcionar aquel barullo de cables, placas y circuitos impresos.

Al fondo, se alineaban los cubículos de visionado con paneles ahumados. Collado se estremeció al pensar en las cosas que debían ver los agentes detrás de aquellos paneles.

—Cuéntame, Andrés, que ya me tienes intrigada.

—No es nada malo, no te preocupes. —Sonrió—. Quería ofrecerte algo, escucha: la operación se realizará el miércoles día 11 por la noche. El fiscal general y el comisario Beltrán han llegado a la conclusión de que debe ser mi equipo el que ejecute el registro en Madrid, puesto que somos nosotros los que llevamos con el caso desde el principio. Uno de mis agentes va a ser el encargado de coordinar las unidades de las distintas ciudades desde nuestro centro de coordinación. En un principio Beltrán ordenó que me encargara yo, pero me negué. Yo quería estar presente en el registro; primero, porque no soportaría quedarme quieto en la oficina escuchando el desarrollo de la operación por una radio y, segundo, porque, si hay problemas, me gusta estar con el equipo, como me enseñó tu padre.

«El inspector jefe siempre tiene que estar con el equipo», decía siempre Lorenzo. Collado hizo una pequeña pausa y prosiguió:

—Aparte también le he hecho otra sugerencia tanto al comisario como al fiscal general. Les he propuesto que Macarena Rubio, la agente de delitos tecnológicos que ha descubierto la red de pedófilos más grande que se haya registrado hasta ahora, pueda acompañarnos a mí y a mi equipo en el registro de Madrid.

—¡No jodas! —exclamó Macarena—. Pero… ¿estoy autorizada? ¿Qué te han dicho?

—Tu rango de subinspectora te lo permite, aunque no pertenezcamos al mismo departamento, así que, si aceptas, estás dentro.

—¡Claro que acepto! Muchas gracias, Andrés. Mi padre te va a matar, lo sabes, ¿no?

—Tu padre tiene que empezar a comprender que ya eres una subinspectora de Policía y que tienes que empezar a hacer trabajos de subinspectora. Además, él sabe que no voy a parar de hacer todo lo que esté en mi mano para que llegues a ser una inspectora de nivel, como lo fue él. Tengo que conseguir que te unas a mi equipo cueste lo que cueste —dijo agarrando del brazo a Macarena.

—Eso va a ser más difícil. Lo mío son los ordenadores, ya lo sabes.

—Se complementa. No es problema. Pero tiempo al tiempo. Ahora mismo hay que concentrarse en la misión que tenemos entre manos. Durante estas dos semanas y hasta que termine la operación soy tu superior más directo, ¿vale? —dijo mostrando una falsa seriedad—, así que te ordeno que mañana mismo te persones a las ocho de la mañana en el centro de coordinación para asistir a la reunión diaria que mantendremos desde mañana mismo y hasta el día de la operación, ¿entendido?

—Entendido —contestó Macarena sonriendo.

—Pues allí nos vemos, subinspectora. Que descanse.

***

Eso era precisamente lo que no había podido hacer: descansar. Desde aquel día Macarena dormía poco y mal, así que era de esperar que, llegado el día clave, el insomnio haría su aparición más acuciante. Y lo hizo.

Lorenzo se sorprendió al verla aparecer en la cocina a las doce del mediodía.

—¿Ya te levantas, hija? Pero ¿has dormido algo? Esta noche debes tener la mente despejada, te preparo algo de comer y te vas a la cama otra vez, ¿vale?

—No, no, que ya he dado suficientes vueltas. Los nervios no me dejan dormir, papá. Si quieres, comemos juntos y después me iré a la comisaría a prepararme.

Lorenzo la observó en silencio. Macarena levantó la mirada y se percató del vendaje de su mano derecha.

—¿Qué te ha pasado?

—Nada, nada. Es un pequeño corte con una madera.

Macarena entornó los ojos.

—Así que con una madera, ¿eh? ¿Qué pasa? Que te has caído con la bici, ¿no?

—Pero ¿qué dices? Yo no me caigo, me tiro —bromeó—. Pero, vamos, que no, que no me he caído. Digamos que he tenido un pequeño percance.

Lorenzo le contó a su hija la persecución y posterior detención del individuo que había metido a la chica en el maletero del coche.

—¡Joder, papá! ¿Qué habíamos hablado de lo de no ir por ahí como si fueras Harry el Sucio? ¡Que estás jubilado! ¿Y si te pasa algo? No puedes seguir actuando como si estuvieras aún en activo, en algún momento tienes que dejar que otros se encarguen de hacer esas cosas. Tú ya hiciste bastante, ¿no crees? Y además…

Lorenzo llevaba ya unos segundos sin escuchar a su hija. De repente le vino a la mente la imagen de Estefanía. Observó orgulloso a la mujer que tenía delante gritándole, una mujer de personalidad fuerte, con sus miedos, pero segura de sí misma, inteligente, guapa, divertida…, como su madre. Comprendió de repente que algo había cambiado en su mundo sin darse cuenta. Al menos él no lo había percibido así hasta ahora. Su hija ya no era una niña.

—¿Se puede saber qué te hace tanta gracia? —preguntó Macarena al observar que su padre recibía la bronca con una leve sonrisa.

—Macarena, no te preocupes por lo de esta noche. Estoy convencido de que estás preparada. Serás una gran inspectora, de eso no me cabe duda. Tu madre cuidará de ti. Tú solo guíate por tu instinto y todo saldrá bien. Me siento muy orgulloso, hija.

—Gracias, papá —murmuró Macarena repentinamente emocionada —. Pero… ¡ahora no estamos hablando de eso! ¡No me cambies de tema!

Lorenzo la abrazó contra su pecho. Pensándolo bien, para él siempre seguiría siendo una niña. Su niña.

Macarena dejó de gritar y disfrutó también del abrazo de su padre. El paso de los años cambia muchas cosas a nuestro alrededor, pero en el fondo de nuestra mente siempre hay recuerdos inalterables. En la de Macarena, Lorenzo seguía siendo aquel héroe que cazaba a los malos y los metía en la cárcel para que no pudieran hacer daño a nadie. «Los malos se llevan a las niñas que no se comen todo y que no hacen sus deberes, por eso, si se me escapa alguno, deberás tener todas tus tareas hechas si no quieres que te lleven», le decía cuando era pequeña. «A papá no se le escapa ningún malo porque es el mejor», contestaba ella. «Eso es cierto, hija, a papá jamás se le escapa ninguno», le decía. Le horrorizaba la idea de perder a su héroe. El vacío que había dejado en ella la muerte de su madre era tan grande que dudaba mucho de ser capaz de soportar la vida sin su padre.

Apartó bruscamente esos pensamientos de la cabeza y se separó de Lorenzo.

—¿Al final comemos o qué pasa? —preguntó resuelta.

—Sí, venga, anda. Voy a ver qué tenemos en la nevera.

Eran casi las once de la noche. En cinco minutos exactos el agente Severiano Rodríguez, alias Seve, daría la orden desde el centro de coordinación. Cuatro agentes del equipo de Collado más dos miembros del grupo especial de operaciones subieron por las escaleras del

edificio hasta el tercer piso. El inspector jefe y Macarena los seguían a cierta distancia. El edificio se encontraba en el barrio madrileño de Carabanchel. Era un edificio antiguo de seis plantas y cuatro viviendas por piso. Se colocaron en posición, pegando la espalda a la pared para no ser vistos por la mirilla de la puerta. Collado y Macarena se encontraban en los extremos, equipados con casco, chaleco antibalas y gafas de protección. Empuñaban el arma con las dos manos. La tensión iba en aumento. Macarena comenzó a notar una gota de sudor que le recorría la espalda. El corazón bombeaba sangre con fuerza debajo del chaleco. Ya no había vuelta atrás. La emisora de radio crepitó a través de los pinganillos que llevaban insertados en los oídos. Enseguida la voz del agente Rodríguez se escuchó alta y clara:

—Buenas noches, compañeros. Procedo al recuento inicial: agentes de Barcelona en sus puestos.

—Afirmativo, señor.

—Agentes de Sevilla.

—Afirmativo.

—Bilbao.

—Afirmativo.

—Málaga.

—Afirmativo.

—Valencia.

—Afirmativo.

—Madrid.

—Afirmativo, señor —contestó el inspector jefe Collado.

—Bien, todo el mundo preparado. Iniciamos la Operación Bloqueo en 3, 2, 1… ¡Ahora!

Collado llamó al timbre. Escucharon movimiento en el interior de la vivienda, pero nadie abrió la puerta. Volvió a llamar. Nada. Insistió una tercera y última vez. Nada.

—A mi señal —susurró haciendo gestos a los dos agentes de operaciones especiales para que preparasen el ariete—. ¡AHORA! —gritó con fuerza.

Los agentes reventaron la puerta, dejando paso a los cuatro miembros del equipo de Andrés, que entraron gritando:

—¡POLICÍA! ¡QUE NADIE SE MUEVA! ¡TODO EL MUNDO QUIETO!

Los dos geos soltaron el ariete y cubrieron el umbral, imposibilitando una posible huida del sospechoso. Macarena y Collado se quedaron fuera, uno a cada lado de la entrada, a la espera de confirmación por parte de sus compañeros de que la situación estaba controlada. De repente se escuchó un disparo en el interior.

—¡SI NO ME DEJÁIS SALIR, OS MATO A TODOS, HIJOS DE PUTA! —La voz sonaba amortiguada, pero los agentes la situaron en el salón, detrás del sofá.

La radio crepitó de nuevo:

—Agente Tomelloso hablando desde el interior de la vivienda de Madrid. El sospechoso ha disparado, me ha impactado en el brazo, estoy herido, repito, estoy herido. Pero no parece grave, puedo continuar, quedo a la espera de órdenes.

—De acuerdo, Tomelloso. Al habla el inspector Collado, aguante unos segundos a cubierto. Los demás no abandonen su posición. Si vuelve a disparar, le abatimos; si no, aguantad. Tengo un plan.

El inspector le hizo un gesto con la cabeza a Macarena señalando la ventana que se encontraba al final del descansillo. Muy despacio caminaron hasta ella.

—Escúchame, Macarena: esta ventana da acceso a la escalera de emergencia. Tenemos que saltar y subir media planta. Allí nos toparemos con una reja que nos impide el paso, pero su parte inferior es desmontable. Está atada con una cadena que voy a cortar con esta cizalla, ¿entendido? —El inspector le enseñó una pequeña cizalla que llevaba escondida en el bolsillo—. Esta es la parte fácil, ahora viene lo peligroso: una vez que quitemos la reja, tendremos acceso al balcón del sospechoso. El problema es que hay una separación de un metro y medio de distancia aproximadamente. No es mucho, dando un pequeño salto seremos capaces de agarrarnos a la barandilla y saltar dentro. Nos situaremos justo detrás del individuo. Tú me cubres. Yo abro la puerta de la terraza y lo reduzco, ¿OK? —Macarena asintió algo abrumada—. Solo dos consejos: primero, no mires abajo, salta con seguridad; y, segundo, si el sospechoso nos descubre, dispara antes de que él lo haga. ¿De acuerdo? A la de tres. Uno, dos y ¡ya!

Collado abrió la ventana de un tirón. Macarena saltó. El inspector cortó la cadena y separó la reja desmontable. Macarena se dispuso a saltar al balcón, pero Andrés la cogió del hombro y dijo:

—Yo primero. —Saltó, se agarró a la barandilla y estiró el brazo—. Ahora tú, ¡vamos!

Sin perder ni un segundo, Collado abrió la cristalera de la terraza y se abalanzó sobre el individuo. Macarena y el resto del equipo salieron de su posición y redujeron al hombre quitándole el arma y poniéndole las esposas.

—Tenemos al sospechoso en Madrid, solicito ambulancia para el agente herido, no presenta gravedad, repito, no presenta gravedad —comunicó Collado por radio—. Procedemos al registro de la vivienda.

***

Una semana después Macarena recibió una llamada desde un número desconocido.

—¿Macarena Rubio?

—Sí, soy yo.

—Le habla el comisario Beltrán. Solicito su presencia en la reunión

corporativa que se realizará con motivo de la Operación Bloqueo el lunes que viene a las ocho de la mañana en el centro de coordinación de la comisaría sur. ¿Tiene alguna objeción? —dijo de seguido.

—No, señor.

—Correcto. Queda usted notificada, muchas gracias.

«¡Vaya!, si parece formal y todo el hijo de puta», pensó Macarena.

***

El centro de coordinación de la comisaría sur era una sala llena de sillas tipo pupitre con capacidad para unas sesenta personas. Aquella mañana estaba repleto de gente. Al principio de la sala, enfrente de la mesa que contenía el reproductor de imágenes, se encontraba colgada en la pared una gran pizarra blanca. Escribiendo en ella, Macarena distinguió enseguida al inspector jefe Collado. A su lado, formando un corrillo, estaban como unas diez personas uniformadas, de las cuales solo conocía al comisario Beltrán. Después se enteraría de que se trataba de los comisarios e inspectores jefe de los departamentos que habían participado en las distintas ciudades. Todos los demás agentes, incluida Macarena, ocuparon las sillas de la sala, completando casi en su totalidad el aforo. El fiscal general del Estado fue el último en llegar. Entró en la sala con paso enérgico. Dejó una carpeta que se adivinaba repleta de documentos en la mesa del reproductor y se colocó en el centro de la sala. Todos los demás se hicieron a un lado y de repente reinó el silencio. Tenían delante a un hombre de unos cincuenta y cinco años, bajito y con bastante sobrepeso. Lucía un frondoso bigote canoso que desentonaba con su cabello teñido de negro. Esperó unos segundos a que todo el mundo estuviera sentado y comenzó a hablar:

—Buenos días, señores. Me llamo José Antonio de la Fuente Barroso y soy el fiscal general del Estado encargado de la Fiscalía Especial contra la Corrupción y la Criminalidad Organizada. El motivo de la reunión de hoy es, ante todo, felicitar a todos los que estáis aquí presentes, y a otros muchos que no han podido venir, por el gran trabajo realizado en la llamada Operación Bloqueo. La operación ha sido un éxito y por eso os sugiero que lo primero que hagamos sea dar un fuerte aplauso como homenaje y reconocimiento a una labor bien ejecutada y de un alto nivel profesional.

La sala estalló en aplausos. Los altos mandos se felicitaron unos a otros estrechándose la mano y los agentes se abrazaron levantándose de los pupitres. Macarena se limitó a aplaudir sin moverse de su sitio. No era excesivamente expresiva ni tampoco tan sociable como para escenificar un estallido de júbilo abrazando a los compañeros como si le hubiera tocado la lotería de Navidad. Aun así, no pudo evitar que se le pusiera la carne de gallina y que naciera en su interior un sentimiento de orgullo. El fiscal esperó a que todo el mundo

recuperara la compostura y prosiguió:

—Bueno, como ya sabéis, todas las investigaciones tienen una cara amarga. Trabajamos con seres humanos y velamos por su seguridad todo lo rápido y preciso que podemos, pero los delincuentes son muchos y avanzan muy deprisa. Cada operación saldada con éxito es solo una pequeña batalla en la gran guerra de la lucha contra el crimen organizado. Cuando conseguimos tapar un agujero, los delincuentes abren otro, y otro, y otro más. Por eso debo pediros que sigáis trabajando como hasta ahora, con fuerza, determinación y entusiasmo, porque el crimen no descansa y lamentablemente se reinventa y renueva con cada nueva generación. Quiero así transmitiros unos datos para que os hagáis una idea de la magnitud: «En el año 2015 se estima que llegaron a Europa cerca de 26 000 menores sin acompañamiento, según datos de Save The Children; un 27 % del millón de personas que atravesaron las fronteras huyendo de la guerra en Siria y otras zonas de conflicto. En total cruzaron la frontera 270 000 menores. De acuerdo con las investigaciones de Europol (recogidas por los diarios británicos *The Guardian* y *The Observer),* la pista de la mitad del total de niños desaparecidos, que sí fueron registrados al entrar en Europa, se pierde en Italia, donde al menos 5000 menores no acompañados han escapado de la supervisión de las autoridades y quedan a merced de una infraestructura criminal enormemente sofisticada. La Europol, además, ha descubierto una asociación entre las bandas criminales que secuestran a los niños con organizaciones de explotación sexual y esclavismo que lleva investigando hace años». Esto es solo un artículo del periódico nacional *El Mundo* sobre la crisis migratoria que tenemos en Europa, pero hay muchos más, como, por ejemplo, las llamadas *fábricas de niños,* jóvenes mujeres secuestradas, segregadas, violadas durante meses y utilizadas como incubadoras para los recién nacidos que serán luego vendidos al extranjero para fines desconocidos. No podemos bajar la guardia. El éxito en las operaciones son solo unos pequeños metros recorridos en el gran río de la delincuencia. Hay que seguir remando. Mucha fuerza y mucho ánimo. Ahora cedo la palabra al inspector jefe Collado de la unidad de desaparecidos, que, junto con su equipo, ha coordinado la operación desde Madrid y que va a profundizar en los detalles concretos de dicha operación. Muchas gracias.

Tras un breve aplauso el inspector tomó la palabra:

—Buenos días. Lo primero agradeceros a todos vuestra presencia hoy aquí y felicitaros por el éxito de la operación. Ha sido más de un año de trabajo duro perfectamente ejecutado por todas las unidades a nivel nacional. ¡Enhorabuena! Dicho esto, procedo a mostraros en la pizarra los datos recabados hasta ahora en la Operación Bloqueo:

hemos incautado más de un millón de imágenes de niños explotados sexualmente almacenados en más de 350 CD y 25 discos duros. Muchos de ellos están clasificados en carpetas con nombres, fechas y lugares; pero otros muchos los tendremos que visionar y clasificar nosotros. Por lo tanto, todavía nos queda un duro trabajo por delante en este apartado. Respecto al inicio de la investigación, se ha procedido a la detención de las quince personas que acudían con regularidad a la parroquia, incluyendo al párroco y a algunas personas más de su entorno. Entre ellos, se encuentran tres destacados miembros del Gobierno actual, políticos de los cuales todavía no podemos revelar ni sus nombres ni sus cargos, hasta que no terminemos de juntar todas las pruebas. Lo que sí os puedo adelantar es que los interrogatorios han resultado fructíferos y que, gracias a las confesiones de algunos de los sospechosos, podemos hacernos una idea global del caso. Procedo a leeros el informe completo en orden cronológico, según se han ido sucediendo los acontecimientos: «El señor José Antonio de la Fuente Barroso, en calidad de fiscal general del Estado, recibe el aviso de que un alto cargo del Gobierno está cometiendo reiterados delitos de prevaricación, cohecho, tráfico de influencias, malversación de caudales públicos y blanqueo de capitales. Tras investigar y corroborar dichas acusaciones, decide solicitar la colaboración del Departamento de Anticorrupción de la Policía nacional. Los agentes monitorizaron los teléfonos móviles de los sospechosos y descubrieron mediante localización GPS que todos visitaban, reiteradamente y en horario nocturno, una parroquia llamada San Nicolás de Usera, situada en el barrio del mismo nombre, al suroeste de Madrid. El párroco de dicha parroquia, don José Luis Pérez Camacho, ya estuvo investigado hace unos años acusado de ser el principal sospechoso de la desaparición de un niño que apareció muerto en el maletero de un coche. El coche estaba a nombre de la parroquia y el niño desaparecido estudiaba en La Residencia de Dios, escuela creada por el párroco. La investigación se realizó entonces por la unidad de desaparecidos que en aquel momento dirigía el inspector jefe Lorenzo Rubio, del cual yo soy sucesor, que cerró el caso con un único detenido: Diego Paredes Losada, que sigue en la cárcel actualmente. Don José Luis Pérez Camacho quedó absuelto de todas las acusaciones vertidas hacia su persona y salió indemne». —Collado hizo una pausa para dejar parte del informe sobre la mesa—. Procedo ahora a reproducir el acta que vamos a presentar al juez sobre los hechos que se refieren al párroco en la actual investigación: «Don José Luis Pérez Camacho fundó La Residencia de Dios en uno de los edificios propiedad de la Iglesia a dos calles de la parroquia. Según sus primeras declaraciones, la finalidad de dicha residencia era la de dar cobijo y educación a niños sin hogar, menores sin acompañamiento,

inmigrantes desamparados y refugiados. Pero hemos descubierto que no es la única. Con la ayuda de una monja que cuida a los niños y dos curas que presuntamente ejercen de maestros de escuela, el párroco se dedica a prostituir a los menores ejerciendo así de proxeneta y cobrando grandes sumas de dinero por ello». Las quince personas detenidas se habían cansado de gastarse el dinero de los fondos públicos, o sea, el de todos nosotros, en prostitutas, alcohol y drogas. Así que contactaron con el párroco para probar experiencias nuevas. Lo siento, este último párrafo no está escrito en el informe, es una opinión personal, pero creo que se ajusta bastante a la realidad. Prosigo: «Pagan grandes sumas de dinero al párroco a cambio de sexo con menores de edad. Este, por su parte, les muestra fotos y prepara a los elegidos para la sesión drogándolos previamente. También ofrece importantes rebajas de los honorarios si los clientes permiten ser grabados realizando las violaciones. Las sesiones se efectúan a altas horas de la noche, normalmente entre semana, en una especie de zulo de veinticinco metros cuadrados que se halla debajo del altar. Se accede a través de una trampilla situada en el suelo, oculta bajo una gran alfombra y bloqueada a su vez por una reproducción a tamaño real de Jesucristo clavado en la cruz».

—Férreo defensor del celibato —murmuró Macarena, que se removía inquieta en su asiento—. Menudo hijo de puta…

—«Gracias a la colaboración de la unidad de delitos tecnológicos en general y a la subinspectora Rubio en particular —dijo señalando a Macarena—, hemos conseguido desarticular una importante red de pederastas que producía y compartía vídeos e imágenes de pornografía infantil a nivel internacional. El material incautado será revisado por dicha unidad en los próximos meses con la esperanza de identificar a nuevos violadores y proteger a las víctimas en la medida de lo posible. Se ha tomado declaración a todos los niños de la escuela a puerta cerrada para impedir que trascendiera la gravedad de lo ocurrido y se procesará a todos los implicados. También recomendamos el cierre inmediato de La Residencia de Dios y de la parroquia en los próximos días». Bueno, hasta aquí el informe oficial —dijo el inspector dejando el resto de los papeles encima de la mesa —. El caso queda ahora en manos de la justicia. Ya es responsabilidad del juez y del jurado asignado. Nosotros hemos hecho nuestro trabajo. Quiero terminar exponiendo una pequeña reflexión personal si me lo permitís. Hace unos años aceptamos que la perversión existe y que la única manera de combatirla era no mirar hacia otro lado. Tenemos la enorme responsabilidad de proteger a los menores ante la explotación y los abusos que estos desechos humanos cometen a diario en cualquier parte del mundo. Debemos anticiparnos y aplicar todos los medios disponibles para la temprana identificación y detención de

dichos delitos. No podemos llegar tan tarde la próxima vez. Siento rabia, de verdad. No tenían ningún derecho a hacer lo que les han hecho a esos niños. Les han producido un daño irreparable. Por eso os pido que mantengáis siempre los ojos bien abiertos ante este asunto. Detrás de un niño triste o deprimido, puede esconderse un historial de abusos. Muchas gracias a todos, y a seguir trabajando. Nos vemos en la próxima reunión, que ya será telemática. Gracias.

La sala se convirtió de repente en un trasiego de sillas que se arrastraban por el suelo emitiendo un ruido realmente desagradable. Poco a poco todos los agentes fueron saliendo al pasillo, despejando la estancia y permitiendo a Macarena acercarse al inspector.

—Andrés —dijo tocándole el hombro.

Collado se giró y le hizo un gesto con la mano.

—Espera un momento, Macarena, me despido de todos y salimos a tomar una Coca-Cola, que tengo la boca seca.

Al cabo de unos minutos el inspector y Macarena se encontraban apoyados en la barra del bar que estaba enfrente de la comisaría.

—¿Quieres comer algo? ¿Qué hora es? ¡Hostia! Las diez de la mañana, la hora del almuerzo —dijo Collado mirando su reloj de muñeca—. Yo me voy a pedir un montado y una Coca-Cola, ¿y tú?

—Yo también voy a pedir una Coca-Cola, pero de comer un sándwich mixto, que me apetece.

—¿Qué te ha parecido la reunión?

—Bien. Solo espero que no salgan de la cárcel en su puta vida esos cabrones.

—Ya, bueno. Ya sabes cómo funciona la justicia en este país. Además, hablamos de gente con mucho poder y dinero. Nosotros vamos a presentar todas las pruebas bien documentadas y los informes revisados para que ningún abogado listillo nos pueda joder el caso, pero…

—Eso espero. Por cierto, hay una cosa que te quería preguntar: ¿el día de la operación llevabas la cizalla por protocolo o ya sabías que tendrías que cortar aquella cadena?

Andrés sonrió.

—Pasaste un poco de miedo ese día, ¿eh? Reconozco que yo también, no te lo voy a negar, pero no fue algo improvisado. Visité el edificio un par de días antes para planear la intervención y me planteé la posibilidad de que no consiguiéramos abrir la puerta del sospechoso. Después descubrí la escalera de emergencia y aquella reja desmontable, y bueno, ya sabes el resto. En una operación no hay que dejar nada a la improvisación. Todo lo que se pueda prever hay que llevarlo preparado y, si puede ser, ensayado también. Hay muchas cosas que se escaparán a nuestro control durante una intervención, pero debemos procurar que sean las menos posibles, y para esos casos

también nos preparamos antes. Un agente que duda puede ser un agente muerto. Tú no dudaste en ningún momento, y te felicito por ello. Seguiste mis instrucciones sin vacilar a pesar de que no sabías lo que pretendía hacer. Has heredado muchas cualidades de tu padre, ya te lo he dicho muchas veces. Si tú quieres, serás una gran inspectora.

—Gracias. Pero te sigo diciendo lo mismo, lo mío son las redes.

—Ya, ya, sí, los ordenadooooores —dijo Andrés burlándose de ella.

Macarena sonrió mientras se servía la Coca-Cola en el vaso.

—Vale, si algún día cambio de opinión, te lo diré, pero de momento me gusta mucho mi trabajo. Disfruto mucho cazando a esos cerdos en su propio terreno, cuando menos se lo esperan. Para ellos soy como un veneno silencioso, ¿sabes? Los mato limpiamente, sin ensuciarme las manos con disparos ni golpes. Les doy donde más les duele, en su orgullo. Ser descubiertos en la intimidad de su casa es algo que no soportan. No soportan que meta las narices en sus asuntos íntimos, es algo que les mortifica, y yo lo sé e intento que ese sentimiento se amplifique lo máximo posible cuando los descubro. Esas perversiones son cosas que hacen en la intimidad, sin que nadie lo sepa, y yo lo aireo a los cuatro vientos. Los destapo y se quedan desnudos delante de su familia, sus amigos y de todo el mundo. Eso es peor que un disparo en la cabeza. Yo solo pretendo que sientan una pequeña parte de la humillación que sienten esos niños. Y este trabajo me permite esa satisfacción.

—Lo entiendo, Macarena. Esos despojos humanos se merecen la peor de las condenas, pero me preocupa tu salud mental, la verdad. Ahora en tu sección tenéis que visionar todos esos vídeos horribles. No me parece un trabajo que puedas soportar durante toda tu carrera profesional. Deberías pensar en lo que te digo. Al menos quiero que sepas que, mientras yo sea el inspector jefe, siempre tendrás la puerta abierta en el departamento de desaparecidos. Si algún día sientes que no puedes más, me lo dices, ¿prometido?

—Prometido.

—¿Tenemos un acuerdo entonces? —preguntó Andrés estrechándole la mano.

—Tenemos un acuerdo.

Andrés cogió la Mano de Macarena y tiró de ella. La abrazó como si se tratase de su propia hija.

***

A los agentes de la unidad de delitos tecnológicos no se les permitía visionar más de dos horas seguidas. Debían descansar al menos una hora y media entre sesión y sesión. Además, las sesiones no podían superar las tres diarias y no se podían realizar más de tres días seguidos.

Macarena se enfrentaba a la última sesión de aquel día. Después

debía descansar tres días sin visionar mientras otro compañero le hacía el relevo. En su hora y media de descanso, había salido a pasear, a fumar y a dejar la mente en blanco. Las sesiones se hacían eternas. Eran un torrente macabro de secuencias de niños humillados que era muy difícil de soportar. Macarena abrió la base de datos con las imágenes revisadas y pinchó en la carpeta «Rostros», donde guardaban las caras de niños y pederastas. La minimizó y arrancó el programa de identificación.

El programa era muy rudimentario y poco efectivo. Extraía los rostros y buscaba coincidencias en todas las bases de datos de la Policía, pero, si no encontraba nada (que era lo habitual, porque las caras de los violadores siempre salían tapadas con máscaras y los niños no solían estar registrados en ninguna base de datos), el agente debía recortar la imagen, extraerla, apuntar la procedencia de vídeo (eso si conocían dónde fue grabado y quién era el autor; si no, debía rastrearlo para comprobar de qué página de Internet lo habían copiado), edad aproximada de los implicados y código asignado del archivo donde quedaba registrado. Los agentes también debían clasificar los vídeos según su temática, dependiendo de la cantidad de personas que salían: número de adultos, si eran varios niños o solo uno, si había alguna muerte… Se describían aproximadamente los rasgos físicos de todas las personas implicadas y se archivaban. En alguna ocasión el violador tenía un descuido y el programa identificaba su rostro. Otras veces encontraban un niño en la base de datos porque era un menor tutelado. Pero no era lo habitual.

Macarena extrajo un CD de la bolsa y lo introdujo en el ordenador. El equipo comprobó que los archivos que contenía estaban guardados en un formato apto para su reproducción y preguntó: «¿Desea reproducir ahora?». Macarena resopló y le dio al «Play». Una imagen borrosa comenzó poco a poco a enfocarse. En ella se distinguían las patas de una silla de madera y unos pies atados con cinta americana que se movían de un lado para otro. La cámara estaba en el suelo de lo que parecía una pequeña habitación sin muebles. Alguien la levantó y la colocó en una especie de trípode para grabar a la persona que estaba atada a la silla. De repente Macarena se incorporó bruscamente y paró la imagen. No podía creer lo que estaba viendo. Volvió a darle al «Play» para conseguir una imagen más definida de aquel rostro y congeló la imagen de nuevo. También ella se congeló. La conocía, estaba segura, había visto esa cara decenas de veces. Salió del cubículo y cerró la puerta con llave. Bajó las escaleras a toda velocidad y corrió en busca de su coche. Condujo todo lo deprisa que pudo hasta su casa y, subiendo las escaleras de dos en dos, se plantó en la habitación de su padre en un tiempo récord. Cogió lo que venía buscando y volvió a la comisaría. Se sentó de nuevo en la silla. Metió

la llave en la cerradura y cerró la puerta del cubículo por dentro. Con la mano temblorosa y el corazón a mil por hora, colocó la foto en la pantalla para compararla con la imagen congelada del vídeo.

—Es ella, estoy segura. Con tres o cuatro años más, pero es ella. Es la niña. Es Noelia.

CAPÍTULO 9. Allanamiento

Eran las cuatro de la tarde. Sandra se encontraba en el *office* comiendo. Sola. Desde que Verónica entró por esa puerta como un trolebús al que se le hubieran quemado los frenos en plena cuesta abajo, Sandra procuraba evitarla. No es que le tuviera miedo, en absoluto. De hecho, pensaba que los acontecimientos sucedieron así porque la pilló totalmente desprevenida; si no, se habría defendido y ya veríamos a ver quién habría tirado al suelo a quién. Pero pasaba de líos. Quería concentrarse en su misión de aprender la profesión de veterinaria y ayudar a Andrea a descubrir por qué se morían los perros de esa forma. Lo demás le importaba bastante poco en esos momentos, aunque le extrañaba que nadie le preguntara por qué comía a las cuatro de la tarde sola. «Seguro que todo el mundo se ha enterado, pero nadie dice nada», pensaba.

Sandra guardó el táper vacío en la bolsa y sacó el móvil para revisar sus mensajes. Había conseguido evitar comer carne durante toda la semana, pero sabía que el domingo volvería a sucumbir ante los filetes de pollo empanados con patatas de su madre. Abrió WhatsApp. Los tres últimos mensajes, precisamente de su madre.

Mercedes:

¿Que qué tal la semana?

¿Te hace falta algo para casa?

Que tengas mucho cuidado luego al volver con el coche, que los viernes conduce mucho loco.

En fin, mensajes de madre.

Borró un par de memes de la zumbada de su hermana y contestó a Raquel, que le preguntaba si mañana quedaban por la tarde para tomar algo. Después abrió el chat de Marcos, el verdadero motivo por el cual había sacado el móvil de la mochila. Claro. Hacía cuatro días que no se veían. Era 20 de septiembre y Marcos estaba de vacaciones en Barcelona con unos amigos. Fotos en la playa, fotos de fiesta, fotos en el chiringuito con una cerveza en la mano, y por supuesto mucho «te echo de menos» y «ojalá estuvieras aquí». Sandra calibraba a menudo sus sentimientos hacia Marcos. No necesitaba una relación en estos momentos de su vida, pero había decidido dejarse llevar. Le gustaba y el sexo con él era increíble, así que… ¿por qué no?

Respondió al último wasap:

Sandra:

Sí, sí. Seguro que me echas de menos con todas las chicas que tiene que haber por allí.

Icono pensativo con la mano en la barbilla.

Marcos:

Ninguna cómo tú, ya lo sabes.

Dos iconos de beso con corazoncito flotando.
Sandra:
Ni te acuerdas de mí, te lo digo yo.
Icono guiñando el ojo.

Marcos:

¿Me vas a obligar a ponerme romántico?

Sin icono.

Sandra:

Prueba. A ver de qué eres capaz. Soy toda oídos.
Icono de dos grandes orejas.

De repente se abrió la puerta del *office* y apareció Andrea. «¡Vaya!, en el momento más interesante. Bueno, luego veo a ver qué se le ha ocurrido a este Shakespeare improvisado», pensó Sandra sonriendo.

—¿Ya has terminado de comer? —preguntó Andrea—. Ven al laboratorio un momentito…, o, si no, espera. Mejor aquí, que estamos en una mesa, así me siento un rato, que estoy un poco hasta los huevos de estar de pie, hablando mal y pronto.

Andrea se sentó enfrente de una Sandra expectante. Había observado que traía un forro de plástico transparente con varios documentos en su interior. Los sacó y los extendió sobre la mesa.

—Bueno, Sandra, como ya sabes el día 30 termina tu periodo de prácticas en la clínica —Hizo una breve pausa.

—Ya, ya lo sé, pero…

—Espera —le interrumpió Andrea—. Antes de que digas algo y la cagues, déjame que termine. Después de pensarlo mucho he decidido hacerte un contrato. Es de media jornada de momento, así que no te emociones demasiado. Además, como ya intuirás, porque eres una chica lista, tiene truco. Mi verdadera intención es que te quedes en la clínica y así puedas cumplir con tu parte del trato. ¿Recuerdas?: yo te dejaba pasar consulta y permitía que asistieras a las operaciones en quirófano, y tú me acompañabas a la casa de presunto envenenador de perros de Calarberche.

—¡No me jodas! —exclamó Sandra—. ¿Todavía sigues con eso? Yo pensaba que se te había olvidado. ¡Sabes que es una locura!

—Una locura necesaria, sí. Pero te digo lo mismo que te dije el día que te colaste aquí: a situaciones desesperadas, medidas desesperadas. Y esta, desde luego, es una situación desesperada. Al menos, créeme, yo lo estoy —dijo perdiendo la mirada por las paredes del *office*.

Sandra sopesó su respuesta unos segundos. Tenía delante un contrato de trabajo en la clínica veterinaria más prestigiosa de Madrid y a la mismísima Andrea Soler Molina rogándole (un poco fuera de sus cabales, eso sí) que lo firmase. ¿Quién se lo iba a decir unos meses antes? Estaba claro que en condiciones normales le hubiera costado sangre, sudor y lágrimas conseguir aquel contrato (que espérate a ver…). Pero a veces la suerte juega un papel importante en la vida de las personas y marca la diferencia entre pasar sin pena ni gloria, o entrar de cabeza en los libros de historia (o en las páginas de sucesos del periódico local), que no iba a ser el caso (o sí), pero para Sandra lo era todo en ese momento.

—Vale, joder. Entraremos en esa casa —dijo dando un manotazo al aire—, pero cuando nos lleven presas le diré a la policía que me obligaste. Lo cantaré todo sin necesidad de que me torturen.

—De acuerdo. Exagerada. Ya sé lo que tengo que hacer si nos pillan entonces —dijo Andrea soltando una carcajada maliciosa.

—Exacto. De todas maneras, si no me matas tú, lo hará mi padre, así que más vale que tengas un buen plan.

—Pues sí, lo tengo. Escucha con atención. Llevo tres noches merodeando por el chalé del individuo…

—¡Madre mía, estás peor de lo que yo pensaba! —exclamó Sandra llevándose la mano a la frente.

—¡Calla y escucha, coño! —prosiguió Andrea—. Creo que el tío está de vacaciones. Allí no hay nadie. He descubierto una manera de entrar, aunque evidentemente no la he probado. En la planta superior, que supongo que será una buhardilla, hay un ventanuco de esos redondos. Bueno, en realidad, hay dos; uno por la parte delantera y otro por la parte trasera. ¿Sabes de cuales te digo? De esos que suelen poner en los áticos o en las buhardillas, que, si los empujas, se abaten por la parte del centro y basculan hacia abajo, dejando libre los dos espacios de arriba y de abajo. —Sandra asintió—. ¿Sí? Pues anoche conseguí observar que el de la parte trasera no está cerrado del todo. Me llevé una linterna, rodeé todo el perímetro cruzando por una especie de escombrera y aparecí en la parte trasera. Apunté con la linterna y la vi.

—Muy bien. ¿Y se puede saber cómo vamos a llegar hasta el ventanuco?, porque supongo que estará a una altura considerable.

—Pues precisamente esa es la parte más fácil del plan. Me subí un poco en un árbol para ver mejor la ventana y descubrí que el tío tiene una escalera de aluminio de dos hojas tumbada en el lateral izquierdo del chalé. Seguramente es la que usa para arreglar los canalones o subir al tejado. Por lo menos se extiende seis metros, y la ventana calculo que no estará a más de cuatro. —Sandra miraba a Andrea atónita—. Venga, mujer, no me mires así —dijo Andrea dándole un

manotazo en el brazo para sacarla del trance—. Te vuelvo a recordar que no tuviste ningún reparo en colarte en la clínica donde acababas de empezar tus prácticas. Ahí no tuviste ningún problema. Y, no contenta con eso, te pusiste a fisgonear, que casi me matas del susto. Así que me lo debes. Firma el contrato y me voy rápido, que tengo consulta en cinco minutos.

Sandra firmó los papeles mientras Andrea se levantaba de la silla.

—Pero ¡espera! ¿Cuándo vamos a ir? —exclamó Sandra cuando Andrea ya se encontraba abriendo la puerta del *office*.

—Esta noche.

—¡¿Cómo?! ¿Esta noche? ¿Qué me estás contando?

—Sí, sí, esta noche. No podemos perder más tiempo, no sea que el tío vuelva. Además, sé que no tienes planes porque Marcos está de vacaciones —dijo guiñando un ojo y señalando el móvil de Sandra, que había tenido sin bloquear encima de la mesa durante todo el rato.

Sandra se avergonzó de repente, pero, cuando quiso contestar, Andrea ya había desaparecido.

***

Eran las nueve y media de la noche. Las noches comenzaban a ser frías a finales del mes de septiembre y encima comenzaba a llover. «Vaya nochecita me espera», pensó Sandra. Estaba aparcada justo enfrente de la casa de Andrea. Esta le había mandado la ubicación por WhatsApp junto con algunas instrucciones.

Andrea:

Quedamos a las diez en mi casa. Aparcas por ahí y vamos en mi coche. Lleva ropa cómoda y oscura. Si puede ser, negra mejor. Si tienes una linterna, tráetela. ¡Ah!, y guantes. Tráete guantes para no dejar huellas.

Sandra se había llevado la mano a la frente al leerlo. Se imaginaba la escena como una viñeta de Mortadelo y Filemón, pero en versión femenina. Miró de nuevo el reloj de su coche: las diez menos cuarto. Aunque era viernes, no había nadie por la calle. El barrio de Andrea era un residencial de chalés adosados donde no había tiendas ni bares ni nada. Solo cuatro calles con hileras de chalés a ambos lados. Era una zona tranquila y muy bien comunicada. Tan solo una rotonda separaba la urbanización de la incorporación a la N-5 en ambas direcciones. Además, se encontraba justo en el centro entre los dos hospitales públicos de Móstoles y a tiro de piedra del Carrefour, el parque del Soto y el parque Liana. Una buena zona. Los chalés tenían garaje individual, con la puerta automática a pie de calle. A su derecha, la puerta de entrada presentaba un patio delantero de pequeñas dimensiones, adornado con dos farolillos de fundición y unas desvalidas enredaderas.

Sandra miró el reloj de nuevo: menos diez.

—¡Joder, no pasa el tiempo! —exclamó.

Sacó el móvil para entretenerse y porque estaba un poco nerviosa también. Volvió a revisar el chat de Marcos.

Marcos:

Duda que ardan las estrellas, duda que se mueva el sol, duda que haya verdad, más no dudes de mi amor.

Efectivamente, como Sandra ya esperaba, Marcos había vuelto a recurrir a Shakespeare. Esta vez a una cita de *Hamlet.* Vale que no fuera invención suya, pero al menos tuvo que esforzarse en buscar y seleccionar la frase adecuada. No podía pedirle mucho más a un veterinario de reptiles, que era como ella le llamaba para burlarse de él cariñosamente. Por supuesto, no le había comentado nada de la estupidez que estaba a punto de cometer con Andrea. Ni a él ni a nadie, claro.

La puerta automática del garaje de Andrea comenzó a abrirse. La veterinaria sacó el coche marcha atrás y buscó a Sandra con la mirada.

—¡Vamos, sube! —dijo en cuanto la vio.

Volvió a pulsar el mando para cerrar la puerta y se puso el cinturón de seguridad.

Sandra se sorprendió al subir al coche. Solo lo había visto por fuera y parecía el típico Audi A3 de toda la vida (que ya era coche), pero este por dentro era mucho más deportivo que los que había podido ver en el taller de su padre en alguna ocasión.

—Fue un capricho de mi exmarido. Es un A3 2.0 Turbo FSI, o algo así, creo. Yo no tengo ni idea de coches, pero la verdad es que anda mucho. Demasiado para el uso que yo le doy. No me hagas mucho caso, pero creo que tiene 200 CV. Lo que más me gusta es que tiene la caja de cambios automática, que, como soy un poco torpe conduciendo, pues me facilita las cosas.

—Es la hostia el coche —dijo Sandra.

Por un momento pensó en preguntarle sobre su exmarido, pero se abstuvo.

Andrea giró la primera a la izquierda y bajó por la calle Granada hasta la plaza Héroes de la Libertad. Continuó recto hasta la rotonda del McDonald's y tomó la salida A5 dirección Extremadura. La noche se cerraba del todo en el horizonte, y la lluvia aumentaba un poco su fuerza. Andrea encendió la radio. Por los altavoces comenzó a sonar *Message in a bottle,* de The Police en Rock FM.

—¡Joder, qué recuerdos me trae esta canción! ¡Hacía años que no la escuchaba! —exclamó Sandra de repente—. Mi padre compró una cinta de The Police a un tío que las vendía en la Renfe de Móstoles. Yo tenía diez u once años. Mucho antes del top manta. El tipo pirateaba de todo: cintas de casete, VHS, videojuegos… De todo. Lo que le

pidieras lo tenía en un par de días. Todo el mundo le conocía en Móstoles. Salva creo que se llamaba. Según tengo entendido, terminó en la cárcel, pero no estoy segura. El caso es que mi padre compró esa cinta días antes de irnos de vacaciones a la playa. Estuvo los quince días sonando en el coche en bucle. Me acabó gustando tanto que cuando volvimos a Móstoles le pregunté a mi padre si The Police seguirían tocando cuando yo fuera mayor. Ya ves, cosas de niños, pensaba que, si dejaban de tocar, no podría escucharlos. Es algo que me pasa también a día de hoy, siempre he tenido miedo de que las cosas que me gustan se acaben. Y al final me aferro tanto a ellas que soy yo la que me termino cansando. —Andrea asentía sin apartar la vista de la carretera para no perder la concentración—. Me acuerdo de que a mi madre no le gustaban mucho y estuvo todas las vacaciones protestando. Menos mal que allí no cogíamos mucho el coche, ya que el apartamento estaba a pie de playa. Ella era más de Héroes del Silencio, y lo sigue siendo, sigue toda la carrera de Bunbury, y me acuerdo de que nos llevaba a todos los conciertos de Héroes en los que podían entrar menores. No recuerdo dónde fuimos ese año, de lo que sí me acuerdo es de que los apartamentos tenían piscina y unos recreativos. ¡Madre mía! ¿Te acuerdas de los recreativos? Salíamos de la piscina con los pies mojados y nos metíamos a jugar. Las máquinas daban unos calambrazos que no veas, pero nos daba igual, y nadie parecía verlo peligroso, además.

—¡Joder! ¿Te han dado cuerda o qué? —le interrumpió Andrea—. Entre la que está cayendo y tú que no me dejas concentrarme, al final tenemos un accidente.

—Perdona, perdona, ya me callo. Es que cuando estoy nerviosa hablo. Y ahora estoy nerviosa. Y por eso hablo. Pero, vale, ya me callo. ¿Queda mucho? Ya estaremos cerca, ¿no?

Andrea le lanzó una mirada fulminante.

—Vale. Me callo.

Tomaron la salida 43 de la nacional para incorporarse a la CM-5007. Era una carretera secundaria de doble sentido que atravesaba por los pequeños pueblos y urbanizaciones cortándolos por la mitad. Llegaron a una pequeña rotonda con un cartel que indicaba Calarberche a la derecha. Se desviaron por el ramal CM-5004. La carretera se hizo más estrecha. Apenas había arcenes y la lluvia no dejaba distinguir bien la raya central que delimitaba el carril contrario. Andrea redujo la velocidad mientras Sandra hacía grandes esfuerzos por no decir ni una palabra a pesar de su estado de nervios. Atravesaron una reconfortante línea recta rodeada de árboles, que parecía sacada de un anuncio de coches, y por fin llegaron a la urbanización. Andrea detuvo el coche a un lado.

—Espera, voy a poner el GPS, porque aquí todas las calles son

iguales y siempre me pierdo. Y no queremos colarnos en el chalé equivocado, ¿verdad? —dijo sonriendo.

Ahora fue Sandra la que la fulminó con la mirada.

Arrancó de nuevo y aparcaron el coche a unos cincuenta metros de la fachada.

—Es ese de la esquina, el último de la calle. —Señaló Andrea.

—Pues no dejes el coche tan cerca, ¿no?

—Si no hay nadie. No te preocupes.

La verdad es que la calle estaba desierta. Tenebrosa era la palabra. La lluvia y el aire, sumados a la oscuridad de aquella urbanización antigua sin iluminación, encajarían perfectamente en una novela de Stephen King.

Un escalofrío recorrió la espalda de Sandra al pensarlo.

—Bueno, ¿estás preparada? —preguntó Andrea.

—No.

—Así me gusta, sinceridad ante todo. Venga, anda, que, cuanto antes entremos, antes salimos. Estoy segura de que encontraremos algo no tardando mucho. Este hombre acumula varias denuncias de sus vecinos por supuestos envenenamientos de animales. Parece que muy amante de la naturaleza no es. Así que, si tiene alguna cosa, la encontraremos.

Sandra soltó un sonoro suspiro y bajó del coche.

Andrea se situó delante de ella y comenzó a caminar deprisa hacia el final de la calle cortada. En la lista de instrucciones había pasado por alto los chubasqueros.

—¡Joder, y yo que sabía que iba a caer el diluvio universal! —exclamó cuando Sandra se lo recriminó.

Esta soltó una carcajada al observar a la gran Andrea Soler Molina vestida como si fuera un caco de dibujos animados y empapada como una sopa.

—Pues ¡tú no te has visto!, que pareces un pulgar con ese gorro —contestó Andrea.

Corrieron hasta el final de la calle y se refugiaron debajo de un árbol. Allí comenzaba la escombrera ilegal y, como toda esa zona estaba sin asfaltar, el suelo se había convertido en una gran masa de barro pegajoso.

—Ahora en serio, Sandra. Te cuento cómo lo vamos a hacer. Tenemos que cruzar todos esos escombros. Si vamos pegadas al muro es más fácil. Cuando lleguemos al final del chalé hay que tener mucho cuidado porque hay un terraplén bastante empinado. Si nos caemos por ahí, no vamos a parar de rodar hasta que lleguemos al río Alberche, que está ahí abajo. Así que lo que te digo, mucho cuidado, pegadas al muro y mirando dónde pisamos, ¿vale?

—Vale —contestó Sandra bostezando.

—¿Tienes sueño o qué pasa? —preguntó Andrea sorprendida.

—No, es que, cuando estoy nerviosa y no puedo hablar, bostezo. ¿Prefieres que hable?

—No, no, mejor bosteza.

—Pues eso.

Andrea no sabía si reír o llorar. Prosiguió:

—Cuando estemos en la parte trasera tenemos que ir hasta la última esquina, donde empieza el siguiente chalé. Ahí hay un árbol muy cerca del muro, que es el que escalé anoche para mirar por encima. No hay mucha altura. Además, dentro del chalé hay un montículo de arena junto con algunos ladrillos y sacos de cemento. Si saltamos a la arena, no hay ni metro y medio de caída.

—Pero después para salir no hay árbol. Bueno, ponemos la escalera y salimos, ¿no? —dijo Sandra entre bostezo y bostezo.

—Exacto.

—¿Y cómo sabes que no tiene alarma?

—No lo sé. Pero no tiene ninguna de las placas que suelen poner las empresas de las alarmas. Lo más importante para ellos cuando instalan una alarma es la publicidad. No importa si la alarma funciona bien o no, lo importante es plantar una placa bien grande en la puerta con el logo de la marca. No hay ni una sola alarma instalada que no tenga su placa en la fachada. Y aquí no hay placa. Además, no se ven detectores de movimiento ni cámaras.

—Ya verás…

—Que no pasa naaaada. Tú tranquila, que va a ser más fácil de lo que parece. Entramos, vamos directamente a la cocina y al garaje, que es donde se suelen guardar esos productos, lo encontramos, lo metemos en la mochila y nos vamos. Pan comido. —Sandra volvió a bostezar—. ¿Preparada? Pues ponte los guantes y sígueme —dijo Andrea.

Salieron del cobijo que les había proporcionado el árbol. Un trueno seguido de un relámpago pareció anunciar su llegada a la casa del conde Drácula. Con la espalda pegada al muro, la lluvia no conseguía alcanzarlas del todo, pero, aun así, sin ropa impermeable, el agua no tardaría en traspasar los tejidos de algodón y empapar su ropa interior. Se desplazaron con rapidez entre bicicletas viejas, sillones con la tapicería desgarrada, mesas de plástico partidas por la mitad, sillas con tan solo una pata y escombro de obra. Sandra alumbró con la linterna el terraplén. Era más pronunciado de lo que se imaginaba. Andrea la cogió del brazo.

—Venga, no te pares.

Escalaron por el árbol con mucha dificultad, ya que la corteza empapada reducía considerablemente la tracción de las zapatillas poco adecuadas (para robar en chalés) que llevaban puestas. Andrea saltó la

primera sobre el montículo de arena, miró hacia atrás y le hizo gestos a Sandra para que saltara. Mientras, ella intentó coger la escalera, pero le fue imposible porque, aunque era de aluminio, las dimensiones la convertían en un objeto muy pesado y difícil de manejar. Andrea tuvo que esperar a Sandra para, entre las dos, conseguir colocarla en su sitio.

—Sube tú primero, así te sujeto la escalera, que no quiero que te caigas —dijo Andrea.

Sandra sopesó la idea unos instantes, pero, considerando que la segunda opción era quedarse abajo sola, para después subir sin que nadie le sujetara la escalera, decidió que la idea no era mala del todo.

Comenzó el ascenso hacia el ventanuco redondo de la planta superior. Los relieves antideslizantes de los peldaños cumplían perfectamente su función. Aunque la escalera estaba empapada, no resbalaba, pero la sensación de inseguridad no desaparecía.

—No pises con la punta del pie, apoya la planta entera, que el peldaño pase por el centro del pie —susurró Andrea desde abajo.

Sandra no contestó y siguió subiendo. No le daban miedo las alturas, pero, si a eso le añades una escalera vieja en estado desconocido, de noche, lloviendo y el asalto a un chalé para robar un veneno que ni siquiera sabes si existe, quizá algo de miedo sí que notas.

Sandra llegó por fin al ventanuco. Efectivamente, estaba desplazado un poco hacia dentro.

—Empújalo a ver si se mueve —volvió a susurrar Andrea.

Sandra lo empujó por la parte de abajo. El ventanuco se movió, con dificultad, pero se movió, dejando espacio suficiente para que el cuerpo de ambas chicas entrase por él.

—¡Lo sabía! —exclamó Andrea.

Sandra intentó no pensar demasiado en lo que iba a hacer y de un solo movimiento se introdujo por el ventanuco, cayendo al suelo de la buhardilla. Allí por lo menos la lluvia dejó de mojarle todo el cuerpo. Se sentía algo entumecida. El agua había empezado a calar la ropa y no tardaría mucho en sentir frío. Había que darse prisa. Según dijo Andrea: «Cinco minutos como mucho y nos largamos». Esperó a que su jefa apareciera por el ventanuco. Estaban dentro.

—¿Has apagado el móvil? —preguntó Andrea.

—No creo que me llame nadie a estas horas.

—Apágalo de todas formas. Es de primero de ladrón.

—Ya, pero es que yo no soy una ladrona.

—¿Estás segura? Pues quién lo diría… —dijo Andrea esbozando una sonrisa burlona.

—Sí, la verdad es que ahora mismo nadie me creería. Tienes razón, lo apago.

Encendieron las linternas.

—No tocamos nada y no encendemos ninguna luz, solo nuestras linternas, ¿vale? —dijo Andrea recuperando la seriedad.

La buhardilla estaba llena de polvo. El dueño debía utilizarla de trastero o algo así. Había cajas de cartón apiladas a ambos lados y unos cuantos aparatos para hacer ejercicio que tenían pinta de llevar muchos años sin ejercitar a nadie. El suelo era de madera y crujía con cada movimiento de las chicas. El techo estaba inclinado. Se incorporaron con cuidado para no golpearse la cabeza y comenzaron a bajar por la escalera hacia la planta baja.

—Vale. Despacio —susurró Andrea—. Primero vamos a la cocina y después al sótano.

El salón tenía un aspecto totalmente diferente a la buhardilla. Un enorme *chaise longue* de piel reposaba encima de una gran alfombra de colores oscuros que se extendía hasta un mural de escayola. La televisión, también de tamaño considerable, colgaba de un soporte anclado a la pared. Las cabezas de un ciervo y de un reno disecado decoraban la pared de enfrente. Sandra hizo una mueca de repulsa.

—A la izquierda. Allí está la cocina, vamos —dijo Andrea.

Abrieron todos los cajones. Rebuscaron en todos los armarios. Andrea sacó todos los productos de debajo del fregadero. No había nada sospechoso.

«Quizá lo tenga en alguno de estos botes que no tienen nombre», pensó.

Eran cuatro, de tamaño pequeño, se los metió en la mochila y siguieron inspeccionando.

—Nada. Guárdalo todo y vamos al sótano.

Descendieron por unas escaleras mucho más amplias que las que subían a la buhardilla. Alumbraron con las linternas. Más que un sótano, parecía un taller mecánico. El suelo tenía grandes manchas de lo que suponían sería aceite de coche y un par de grandes bancos de herramientas. Al fondo, pegados a la pared contraria a la puerta de acceso, descubrieron dos armarios de plástico llenos de grasa por todos lados.

—Vamos a ver qué esconde aquí —dijo Andrea.

—Pues mucha mierda, Andrea, como todos los armarios que tiene la gente en los sótanos. ¿Tú no tienes uno?

—Sí, pero yo lo tengo limpio. Lleno de productos de limpieza y de trastos, pero limpio.

—Serás la única.

Se pusieron una en cada uno a rebuscar entre garrafas de aceite, herramientas de mecánica, líquidos de frenos, anticongelantes, disolventes y productos de limpieza para piezas de motor.

—¡Mierda! No encuentro nada, ¿y tú? —dijo Andrea.

—Aparte de un montón de grasa que ahora está en mis manos y mi ropa, nada.

—¡Joder!, no puede ser. Tiene que haber algo. Puede que una denuncia fuera falsa, pero es que a este tío le ha denunciado medio vecindario por lo mismo. No me creo que no tenga ninguna mierda para envenenar animales. Vamos para arriba otra vez. A lo mejor tiene alguna despensa o algún cuarto de basuras o de limpieza que no hayamos visto —dijo Andrea mostrándose algo sobrepasada por primera vez en toda la noche.

Subieron de nuevo a la planta baja. Al pasar por delante de la puerta de entrada Andrea vio algo que le llamó la atención. Sobre un pequeño mueble de espejo reposaban diez o doce panfletos de publicidad apilados junto a un cestito guardallaves.

—«Jerocan, crematorio de animales. Incineración individual de animales domésticos, recogida de la mascota en el domicilio o en la clínica veterinaria, asistencia, entrega de las cenizas en una urna básica o de diseño, servicio en toda la península. Visítanos en calle Abedul, 13, Navalcarnero». Sí, joder, me acuerdo de este sitio, leí algo en Internet el año pasado —le susurró a Sandra—. Era un artículo de no sé qué periódico. Un cliente había denunciado a la empresa porque, según él, lo que le habían entregado no eran las cenizas de su perro. Declaró que había abierto la urna y que lo que encontró dentro no eran cenizas de animal. Recuerdo que el artículo trataba de eso, de la gente que abría las urnas para ver las cenizas, que no son pocos, por lo visto. Me llamó la atención porque yo había recibido la visita de dos comerciales de JEROCAN para presentarme sus servicios dos semanas antes. La verdad es que no le di ninguna importancia al artículo. Pensé que sería un colgado más que se dedica a examinar las cenizas de una urna mortuoria, pero… ¿no te parece raro? ¿Qué hacen aquí un taco de panfletos? Puede que este tío tenga algo que ver con el crematorio o que trabaje allí, ¿no crees?

—Ya, bueno, pero a ver que yo me entere. ¿Qué tiene esto que ver con lo que estamos buscando? —preguntó Sandra algo desorientada.

—Es posible que se dedique a envenenar animales para hacer negocio con las incineraciones. Envenena a los animales y además reparte publicidad del crematorio. Es el truco más viejo del mundo, pero sigue funcionando. Cuando yo era pequeña, en el barrio de mis padres abrieron un taller de neumáticos. El dueño estuvo años pinchando ruedas por la noche en las inmediaciones hasta que le pillaron. Nunca sabes lo que la gente es capaz de hacer para ganar dinero.

Sandra dudó unos segundos.

—¿Y qué tiene que ver eso con que supuestamente no te entreguen las cenizas de tu mascota? Es que no lo entiendo. Es decir, vale,

envenenan perros para conseguir clientes, de acuerdo. Pero después… ¿por qué no te entregan las cenizas de tu perro? Supuestamente…

—Ya, eso es lo que no cuadra, pero…

El ruido del motor de un coche interrumpió a Andrea.

—¿Qué coño es eso? —preguntó Sandra.

Se asomaron a la ventana del salón y vieron a un hombre abriendo la verja exterior.

—¡Apaga la linterna! —exclamó Andrea.

—¡Mierda, mierda, mierda! ¿Qué hacemos? Viene hacia aquí, ya no nos da tiempo a salir por el ventanuco —masculló Sandra.

—¡Al sótano! Cuando entre, abriremos la puerta del garaje y saldremos corriendo por la verja ahora que está abierta —dijo Andrea.

Jesús Robles, cincuenta y tantos, bajito, barrigón y con cara de pocos amigos. No es que fuera un tipo muy observador, pero, cuando se disponía a abrir la verja para meter el coche en su parcela, creyó ver un destello de luz en el salón. Observador no era, pero a mala hostia no le ganaba nadie. Dejó el coche arrancado, la verja abierta, y, tras coger una estaca que felizmente se hallaba apoyada en la caseta de la depuradora, enfiló hacia la puerta como alma que lleva el diablo.

—¿Quién coño anda ahí? ¡Como te pille te voy a reventar, hijo de puta! —gritó.

Sandra y Andrea escucharon los gritos desde el sótano. Permanecieron inmóviles unos segundos agudizando al máximo el sentido del oído. Si el individuo bajaba, tendrían pocas posibilidades de escapar. Jesús volvió a gritar. Esta vez la voz se alejaba por lo que parecía la escalera de la buhardilla. Aliviadas, decidieron salir de su escondite.

—¡Ahora! ¡Vamos! —exclamó Andrea.

Abrieron la puerta auxiliar del sótano que daba acceso al patio delantero y corrieron hacia la verja. Llovía a cantaros. Jesús Robles las vio salir desde el ventanuco delantero de la buhardilla. Lanzó dos o tres exabruptos, y comenzó a bajar las escaleras todo lo rápido que su desentrenado cuerpo le permitía. En la calle se habían formado grandes charcos, Andrea y Sandra llevaban los pies entumecidos. El agua había calado la tela de las zapatillas y empapado los calcetines. Corrieron hacia el coche sin mirar atrás. Los cincuenta metros que en un principio le resultaron escasos a Sandra ahora se habían convertido en la ruta 66. Andrea sacó las llaves del bolsillo y se le cayeron a un charco.

—¡Joder! ¡Mierda! ¿Dónde coño están? —gritó histérica mientras metía las manos en el agua turbia.

—¡Hostia, Andrea! ¡Date prisa, coño! ¡Que viene! —gritó Sandra.

Jesús Robles demostró una agilidad sorprendente para un hombre de su envergadura. Sin lugar a dudas, muy lejos de cualquier

expectativa. Cuando Sandra lo vio, venía corriendo hacia ellas como un leopardo. Con sobrepeso, eso sí, pero veloz como un leopardo. Andrea tocó las llaves con la punta de los dedos y rápidamente desbloqueó las puertas del Audi. Se metieron dentro de un salto y echaron los seguros.

—¡Arranca, arranca! ¡Que lo tenemos encima! —exclamó Sandra.

Efectivamente, estaba encima. Los casi cien kilos de Jesús Robles comenzaron a golpear los cristales y el capó del A3. Suerte que había soltado la estaca para correr más rápido; si no, hubiera destrozado el Audi en un momento. Andrea consiguió arrancar, metió primera y aceleró golpeando la cadera de Jesús con el retrovisor. Este no se dio por vencido y volvió a recorrer los cincuenta metros en busca de su coche, que había dejado arrancado y con la puerta abierta.

—¡Joder, tía! Conque estaba de vacaciones, ¿eh? —gritó Sandra.

—Pues ¡yo qué sé! Estos días atrás no parecía que hubiera nadie. —Andrea miró por el retrovisor—. ¡Me cago en la puta! ¡Nos está siguiendo!

Jesús Robles había dejado la verja de su chalé abierta de par en par, había dado la vuelta y sin perder ni un segundo se disponía a dar caza a aquellas dos intrusas.

Los limpiaparabrisas no daban abasto a quitar el agua de la luna. A medida que Andrea cogía velocidad para deshacerse de Jesús, la lluvia impactaba con más fuerza en el cristal.

—¡Joder, no veo nada! —gritó Andrea—. ¡Tenemos que conseguir llegar a la nacional! En la cuesta del río le perdemos seguro.

Y no le faltaba razón. Jesús Robles con su Renault Laguna del año de la polca (el cual reparaba el mismo en su garaje porque no se fiaba de ningún mecánico) no tenía nada que hacer frente a los 200 CV del A3. Pero eso él no lo sabía. Era algo así como el cartel que cuelga de una de las paredes de la NASA: «La abeja no tiene un cuerpo diseñado para volar. Aerodinámicamente, no puede volar por su peso, tamaño y cuerpo, solo que ella no lo sabe». Él era la abeja ahora mismo. Todavía en la estrecha carretera secundaria de doble sentido se colocó a escasos cuatro metros del paragolpes trasero de Andrea y comenzó a pitar y a lanzar ráfagas como un poseso.

—Pero ¿qué coño? ¡Joder, este tío está loco! Con todos los chalés que hay en el mundo, ¡y hemos ido a colarnos en el del puto Jack Nicholson en *El resplandor*! —exclamó Sandra aterrorizada.

Andrea no dijo nada. Estaba tan concentrada en no salirse de la carretera que ni siquiera la escuchaba. Consiguieron llegar al desvío. Andrea se metió en la rotonda demasiado deprisa y a punto estuvo de perder el control del coche. Las ruedas traseras perdieron su agarre durante una milésima de segundo y el A3 dio un baldazo. Sandra se golpeó la cabeza con la ventanilla, pero la adrenalina que estaba

inyectando su cuerpo al organismo impidió que sintiera dolor. Por fin salieron a la N-5 dirección Madrid.

—¡Ahora le perdemos, no te preocupes! —exclamó Andrea aliviada por haber conseguido salir de aquella peligrosa carretera sin estrellarse.

La lluvia reducía demasiado la visibilidad, y las largas de Jesús Robles no ayudaban. Andrea concentró sus cinco sentidos en la carretera y pisó el acelerador. Poco a poco fueron ganando metros y, como ella había predicho, la subida del río fue fatal para el Renault y un paseo para los 200 CV del Audi. Tomaron la primera salida a Móstoles, por la carretera antigua, justo después del Xanadú.

—¡Dios! Creo que le hemos perdido. —Suspiró Andrea.

Nada más lejos de la realidad. Jesús robles no era nada observador, pero, debido a su mala hostia legendaria, había apretado de tal forma al Renault Laguna que consiguió verlas salir por el desvío.

—¡Hay que joderse! ¡Lo tenemos detrás otra vez! —exclamó Andrea —. Tengo una idea, coge el mando a distancia de la puerta, el que está aquí debajo —dijo señalando un hueco que había entre la caja de cambios y el cuadro de mandos—. Voy a dar dos o tres vueltas a la urbanización para marearle. Intentaré coger algo de ventaja. Cuando yo te diga, comienzas a darle al botón de abrir sin parar. Si pasamos por delante de mi casa y no se ha abierto la puerta, pasaré de largo y lo hacemos otra vez, pero, si está abierto, meteré el coche y tú pulsarás el botón de cerrar muy rápido y muchas veces, ¿OK? — Sandra asintió y reprimió un bostezo nervioso. Andrea giró bruscamente hacia la derecha en el primer cruce—. Empezamos, ¿vale? Atenta.

La lluvia no dejaba distinguir los pasos de cebra, menos mal que con ese tiempo no había casi nadie por la calle. Andrea callejeaba sin sentido para intentar despistar a Jesús. Este, por su parte, se esforzaba en no perderlas, pero poco a poco las chicas iban ganando terreno. Andrea giró a la izquierda y miró por el retrovisor.

—No le veo, voy a entrar en mi calle, empieza a darle al botón. ¡Rápido!

Sandra comenzó a apretar el botón verde compulsivamente. Andrea levantó el pie del acelerador y se abrió un poco a la izquierda para visualizar la puerta del garaje desde lo más lejos posible.

—Se está abriendo, voy a entrar. ¡Agárrate!

Una última mirada al retrovisor. No está. Un acelerón. Un frenazo. Un volantazo severo y el coche entró en el garaje rozando todo el lateral izquierdo con la pared y golpeando el armario donde Andrea guardaba todos los productos de limpieza.

—¡Cierra, cierra, cierra! —gritó.

Sandra llevaba varios segundos apretando el botón. La puerta

reaccionó y comenzó a cerrarse mucho más despacio de lo que las chicas hubieran deseado. Bajaron del coche. Andrea tuvo que salir por la puerta del copiloto, corrió hasta la puerta y la empujó hacia abajo para que se cerrara más deprisa. La puerta tocó el suelo justo en el instante en que Jesús Robles giró a la derecha y apareció en la calle. No era muy observador y esta vez no se dio cuenta de que una puerta de garaje se acababa de cerrar, así que pasó de largo. Andrea y Sandra observaban a través de las rendijas laterales de la puerta automática. Le vieron pasar una vez hacia arriba, y otra vez hacia abajo, y otra vez hacia arriba, y dos veces más hacia abajo. No es que fuera un tipo muy observador, pero algo creía haber visto. De repente recordó que había dejado la verja de su chalé abierta de par en par. Desistió. Habían conseguido despistarle. Soltó cuatro o cinco exabruptos más y dio media vuelta hacia Calarberche. Sandra y Andrea suspiraron aliviadas.

—No quiero ni ver el destrozo que le he hecho al coche. Solo con ver la pared me hago una idea —dijo Andrea con voz trémula.

—Madre mía —murmuró Sandra llevándose las manos a la cabeza, que ahora empezaba a dolerle un poco—. ¿Tú crees que habrá cogido la matrícula?

—No sé, pero, si con la que está cayendo no se veía ni la carretera, lo mismo no ha podido distinguirla. O eso espero.

Recogieron todos los productos de limpieza que se habían desparramado por el suelo del garaje. Era verdad lo que decía Andrea, su armario del garaje estaba limpio, hasta ahora, claro. Una de las botellas de amoniaco había reventado del impacto. Los gases irritaron los ojos de las dos chicas, que ahora lloraban sin remedio.

—No, ¡si todavía nos intoxicaremos! ¡Como si no hubiéramos tenido bastante por esta noche! —exclamó Sandra.

—pero ¡bueno! ¿Y ese golpe? Se te está hinchando el ojo —exclamó Andrea al percatarse.

—¿Sí? La verdad es que cuando me he dado no me ha dolido, pero ahora está empezando a dolerme bastante. Ha sido en la rotonda esa cuando derrapó el coche.

—¡Vaya! Espera un momento, que termino de recoger esto, entramos en casa y te pones hielo —dijo Andrea terminando de fregar el amoniaco—. ¡Ah! Y quítate las zapatillas y los calcetines, que los pongo a secar.

En el garaje había una puerta que daba acceso a un pequeño *hall*. Allí podía encontrarse un servicio, un pequeño cuarto de instalaciones (con la caldera, registro de telecomunicaciones, antenas…) y la puerta de acceso a la planta baja del chalé. Tras ella, un amplio salón, algo desangelado, sorprendió a Sandra.

—Siéntate ahí, que te traigo el hielo —dijo Andrea señalando una

de las sillas.

Sandra observó la estancia mientras esperaba. Todo en ella parecía triste, como sin vida. No se escuchaba nada, el silencio era abrumador. Tan solo una bombilla de bajo consumo en el centro intentaba sin éxito iluminar el salón con su tenue luz anaranjada. Un sofá beis, un mueble tan minimalista que apenas era capaz de sujetar la televisión y una pequeña mesa con dos sillas completaban todo el mobiliario. Por lo que Sandra podía vislumbrar a través del pasillo, todo parecía indicar que la decoración del resto de la casa seguía el mismo patrón. De repente se sintió incómoda, fuera de lugar, como si estuviera violando la intimidad de una persona que no desea ser visitada ni molestada; que huye de la compañía y que no le gusta que sepan de ella más que lo estrictamente necesario. Con un movimiento instintivo, se puso de pie justo en el instante en que Andrea apareció con una bolsa de guisantes congelados.

—Llevan en el congelador un par años. ¡Sabía que algún día servirían para algo! —bromeó Andrea—. Póntelos un rato y, si consigues descongelarlos, nos los comemos.

—Andrea, yo creo que me voy a ir para casa, que me duele mucho la cabeza —dijo Sandra cortante.

Andrea dudó unos segundos.

—Pero… ¿cómo te vas a ir con ese golpe en la cabeza y la que está cayendo? No voy a dejar que conduzcas así. Además, no puedes dejarme sola con el estado de nervios que tengo ahora mismo. ¿Quieres cenar algo? ¿Tienes hambre? Si quieres, pedimos unas *pizzas* o algo. Bueno, la verdad es que sería para ti porque yo no tengo hambre, se me ha cerrado el estómago, de la adrenalina, supongo. Yo lo que me voy a tomar es una copa para ver si me relajo, porque dormir… como que va a ser imposible —dijo de carrerilla visiblemente excitada. Sandra la observó perpleja, con la bolsa de guisantes congelados en la cabeza. Andrea prosiguió—: Mejor te quedas a dormir, hay sitio de sobra, puedes dormir en el sillón o en alguna habitación, donde quieras, y ya mañana cuando te levantes te vas tranquilamente a casa. Yo creo que es lo mejor.

«Esta mujer no para de sorprenderme», pensó Sandra.

—Bueno, yo tampoco tengo hambre. ¡Debemos haber descargado adrenalina por un tubo! Además, yo soy una chica precavida y me comí un sándwich antes de venir, pero, lo de la copa…, eso sí que me apetece. ¿Qué tienes?

—Pues espera que miro. —Andrea desapareció de nuevo por el pasillo hacia la cocina. Volvió a los pocos segundos—. Pues tengo martini, ron, *whisky* y ginebra de esta que está de moda para los *gin-tonics* —dijo señalando una botella de Puerto de Indias.

—No, no, yo soy de *whisky* con Coca-Cola. Las bebidas blancas me

sientan mal.

—Muy bien. Yo suelo beber ron, bueno, cuando bebo, que no bebo nunca, pero te acompaño con el *whisky,* así no abro dos botellas.

Andrea pulsó un interruptor que se hallaba casi oculto detrás del sofá beis. Una tira de led que recorría todo el perímetro del salón iluminó considerablemente la estancia.

—Así mejor, ¿no? —dijo mientras apagaba la triste bombilla—. Es que los leds solo los enciendo cuando tengo visita, o sea, nunca. —Sonrió.

A continuación, encendió la televisión y buscó un canal de música. Le dio un par de toques al volumen, y, antes de soltar el mando, un par de toques más. Sacó dos posavasos sin estrenar de uno de los cajones de la cocina, colocó un vaso de sidra para cada una hasta arriba de hielo y sirvió dos generosos copazos de White Label con Coca-Cola.

—Con esto se nos quita el susto seguro —dijo elevando un poco la voz por encima de la música.

Otro paseo más a la cocina para traer dos bolsas de frutos secos y por fin se sentó en la silla soltando un sonoro suspiro.

Aquella sensación triste y deprimente que Sandra había percibido unos pocos minutos antes desapareció. «No, si al final también va a ser buena anfitriona y todo», pensó. Andrea había conseguido en un momento que dejara de sentirse incómoda. La idea de quedarse a dormir todavía no le convencía del todo, pero, claro, si bebía alcohol, no quedaría más remedio, porque lo que le dijo a Marcos de que se había descargado la aplicación de Uber fue una mentira cochina. Y en autobús como que no era plan con la que estaba cayendo.

Recordó entonces lo que le había dicho Yolanda el día que le explicó lo del cementerio: «Andrea no siempre ha sido así de borde». Y eso se notaba también en la casa, se notaba que alguna vez hubo alegría bajo ese techo, pero que hacía mucho tiempo que esa alegría se había marchado. La sensación de soledad se podía respirar. El brillo de los leds y la música solo camuflaban durante un rato la tristeza impregnada en cada rincón de aquella casa. Cuando las luces se apagaran, reaparecería la triste realidad. Andrea volvería a ser como la Cenicienta después de las doce. Fin del hechizo.

—Luego te enseño el resto de la casa si quieres, pero, vamos, nada interesante. La tengo bastante descuidada. Solo vengo a dormir y a veces ni eso —dijo Andrea dando un primer trago al cubata—. ¡Joder! Sí que lo he cargado, creo que me he pasado un poco.

Gesticulando, se levantó de la silla para coger algo de la mochila. Puso sobre la mesa uno de los panfletos de publicidad que había robado de casa de Jesús Robles en el que decía «Jerocan, crematorio de animales», y le dio dos golpes con los dedos.

—Aquí, aquí está la clave.

—¡Venga, Andrea! ¿Tú no te das por vencida o qué? ¿No has tenido suficiente con lo de hoy? ¡Que casi nos matamos! —exclamó Sandra adivinando sus intenciones.

—Claro. Precisamente por eso ahora no podemos echarnos atrás. Tenemos que llegar al fondo del asunto —dijo Andrea con suavidad—. ¿Qué clase de persona se comporta de esa manera? Si ves que han entrado en tu casa, lo normal es llamar a la policía, no jugarse la vida en una persecución de película. ¿Qué pretendía hacer si hubiera conseguido atraparnos? Ese tío esconde algo y es posible que la clave esté en el crematorio. Voy a buscar el artículo que leí sobre la gente que abre las urnas —dijo cogiendo el móvil.

—Que no esconde nada, Andrea —dijo Sandra con tono cansado—, lo que pasa es que está como una puta cabra y ya está. ¿Tú le has visto la cara cuando se ha puesto a pegar puñetazos en la ventanilla? No digo que no haya envenenado a algún perro, de hecho, tiene pinta de haber hecho cosas más graves que eso, pero de ahí a matarlos para luego incinerarlos… No sé, me parece un poco rebuscado. Además, no sabemos si tiene algo que ver con el crematorio, vete tú a saber por qué tenía esos panfletos allí.

—¡Mira, aquí está! —dijo Andrea haciendo caso omiso al razonamiento de Sandra—. Salió en *El País*. «Estas no son las cenizas de mi perro», decía el titular. —Andrea comenzó a leer—: «Mauricio Ramos, vecino de la localidad de Navalcarnero (Madrid), ha interpuesto una denuncia a la empresa Jerocan S. L., dueña del nuevo crematorio inaugurado en esta misma localidad hace unos meses, por considerar que las cenizas que le entregaron no eran las de su mascota. Mauricio declaró a la policía que lo que había en la urna eran restos de madera y de otros materiales: “He sido bombero toda mi vida y distingo bien los olores y texturas de los distintos materiales cuando se queman. No sé qué ha pasado con mi perro, pero esas cenizas no pertenecían a un animal”. No es el primero que abre una urna mortuoria para revisar las cenizas de un ser querido. Remedios Gómez, desde Barcelona, ha relatado a este periódico que lo que se encontró dentro de la urna no podían ser las cenizas de su madre: “Es imposible. Había una mezcla extraña de lo que parecía serrín, arena y otros compuestos”. La problemática con la que se encuentran los denunciantes es que ningún laboratorio se presta a analizar este tipo de cosas por la imposibilidad de extraer ADN a partir de unas cenizas, y blablablá» —dijo Andrea leyendo el resto por encima—. No sé, yo creo que, ahora que somos expertas en allanar moradas, no estaría de más hacer una pequeña visita nocturna al crematorio.

—Vale, no bebas más que te está sentando mal el cubata —dijo Sandra apartándole el vaso—. ¿Te has vuelto loca? Que la que se ha

dado el golpe en la cabeza he sido yo, no tú.

Andrea soltó una carcajada. Ninguna de las dos tenía costumbre de beber, así que al tercer cubata ya se encontraban bastante perjudicadas. La hinchazón en la cabeza de Sandra había desaparecido casi por completo, y el dolor de cabeza, también, al menos de momento (ya veríamos al día siguiente). El alcohol hace ese tipo de milagros, pero son de duración determinada.

—¿Te das cuenta de que la podíamos haber cagado del todo? Si el loco ese nos llega a ver entrando en el garaje, hubiera sabido dónde vives. Se podía haber liado gordísima —dijo Sandra.

—Ya, bueno, era todo o nada. ¿Cómo nos habríamos desecho de él si no? Yo no soy una conductora muy hábil que digamos, y él no tenía pinta de rendirse. Habría acabado por sacarnos de la carretera y teniendo un accidente. A veces hay que arriesgar para ganar —terminó diciendo resuelta (y quizá algo envalentonada por el alcohol).

—La verdad es que, para ser tan torpe conduciendo como dices, no lo has hecho nada mal, ¿eh?

—Te recuerdo que he abollado medio coche y he destrozado toda la pared del garaje. Si lo viera mi marido… No tuvo valor para venir a por él, ¿sabes? Me dejó por otra y ni siquiera se atrevió a venir a por sus cosas —dijo Andrea bajando la mirada.

—¿Llevabais mucho tiempo casados? —preguntó Sandra para romper el incómodo silencio que se había creado.

—Seguimos casados. Siete años. Él es arquitecto y trabajaba desde casa. Yo pasaba todo el día en la clínica, incluso a veces también algunas noches. Vamos, igual que ahora, ya sabes. Estaba volcada en mi trabajo al cien por cien y supongo que se aburrió de esperar. Un par de años antes me había propuesto tener un hijo y yo le dije que no era el momento, aunque poco antes de que me abandonara yo estaba considerando la idea. Ya estaba mentalizada, pero no llegué a decírselo. Se fue antes. Supongo que la conoció por Internet o algo así, no sé. Me dediqué en cuerpo y alma a mi trabajo. Quería sacar la clínica adelante y ser la mejor. Pero para eso tuve que sacrificar muchas cosas. La competencia es muy dura y las distracciones te alejan de los sueños. Después, cuando se marchó, me volví fría y controladora. Convertí la clínica en un infierno para todo el que pasaba por allí. —Sandra dio un largo trago al cubata. Andrea prosiguió—: No estoy orgullosa de ello. Intento cambiar, pero no es fácil. A veces, cuando me da el bajón y de repente me siento sola y desgraciada, pienso que no me pidió el divorcio porque piensa volver. Obviamente, no lo va a hacer. El cerebro te juega malas pasadas cuando estás triste. En neurociencia se llama *trastorno depresivo*. —La veterinaria profesional emergió unos minutos—. Existe un vínculo entre la tristeza y un circuito neuronal particular que conecta la

amígdala que, a su vez, se relaciona con fluctuaciones emocionales y con el hipocampo. —Rápido volvió la Andrea borracha—. Y eso te pone de una mala hostia que puede hacer que tu carácter cambie por largas temporadas. Que fue lo que me ocurrió a mí durante un tiempo. La famosa mala racha que tú conoces. No llegó a convertirse a en una depresión, pero mi humor rozaba la ira a veces.

Sandra decidió mantener el silencio. Comprendió que Andrea no debía tener muchas oportunidades de expresar sus sentimientos. «Le vendría bien que alguien la escuchase para desahogarse un poco (a ella y a todos) —pensó divertida (los efectos del alcohol)— y quizá relajar su actitud en la clínica».

—La verdad es que me siento muy sola, Sandra. No me he sentido querida por nadie desde entonces. No de esa forma. Sentirse deseada por otra persona es la mejor experiencia que puede tener un ser humano. No hay bálsamo que cure el alma mejor que saber que otra persona lo daría todo por ti. Y yo mandé ese todo a la mierda. No supe darme cuenta. Ya sé que es un clásico asquerosamente manido, pero es verdad: no aprecias las cosas hasta que las pierdes. Y ahora mírame, después solo te apetece lamentarte. Ni siquiera he tenido sexo desde la última vez que lo tuve con él, que ya ni me acuerdo. —Andrea esbozó una amarga sonrisa—. Fíjate cómo será la cosa que hace poco me compré un Satisfyer de esos. ¿Lo has probado? No te abraza como un hombre ni te dice que te quiere, pero es mucho más eficaz. Desde luego su función la cumple… ¡y con nota! Bueno, ya creo que estoy hablando de más —dijo sintiéndose de repente algo avergonzada—. Cambiando de tema, sé lo tuyo con Marcos y quiero que sepas que me parece bien. Aunque con todos los chicos que hay en el mundo, la has liado cojonuda, guapa.

Sandra se sorprendió. El comentario la pilló desprevenida.

—¿Eso quiere decir que también sabes lo de la movida con Verónica?

—Claro. Todo el mundo lo sabe. Bueno, Marcos no. Les dije a las chicas que respetaran tu decisión, que, si tú no se lo contabas, nadie lo hiciera. También tuve una conversación con Verónica al respecto.

—¿Y puedo preguntar en qué consistió esa conversación?

—Puedes preguntar, pero no te lo voy a decir —dijo sonriendo—. Lo único que debes saber es que no se volverá a repetir.

—Pero ¿no me vas a decir qué te dijo?

—No.

—Pues dime al menos qué le dijiste tú.

—¿Te vas a poner muy pesada con el tema?

—Es posible, sí.

—Pues voy a por otro cubata. ¿Tú quieres?

—Venga.

CAPÍTULO 10. Crematorio

Eran las nueve y media de la noche. Las noches seguían siendo frías a finales del mes de septiembre. Y también seguía lloviendo. «Vaya nochecita me espera», volvió a pensar Sandra. Estaba otra vez aparcada justo enfrente de la casa de Andrea. La única diferencia con el día anterior era que hoy tenía un resacón de caballo. Sandra no recordaba con nitidez en qué momento Andrea consiguió convencerla para que esta noche intentaran colarse en el crematorio. Tenía alguna que otra laguna, pero sí se acordaba de que bailó *Like a Virgin,* de Madonna, subida en la mesa y que se durmió en el sillón viendo un capítulo de *South Park*. De eso, lamentablemente, sí se acordaba. Y no era lo único. Andrea también bailó encima de la mesa *Wannabe,* de las Spice Girl, y las dos cantaron a pleno pulmón *Entre dos tierras,* de Héroes del Silencio, utilizando los mandos de la tele a modo de micrófonos. La mezcla del canal de éxitos de los 80 y 90 con el alcohol había hecho estragos. Sandra se despertó a las doce de la mañana en el sillón beis. Andrea no estaba, pero le había puesto una almohada debajo de la cabeza y le había arropado con una manta. Supuso que estaría durmiendo arriba, en su cama. Se levantó y pudo notar que todavía estaba borracha. Las pocas horas de sueño no habían sido suficientes para eliminar todo el alcohol del cuerpo, así que decidió irse a su casa rápidamente antes de que la inevitable resaca hiciera su aparición.

Germán la vio aparecer a través de la mirilla. Miró el reloj: las doce y media de la mañana. Estaba empapada. Tuvo que aparcar lejos y no paraba de llover. Nora salió corriendo a recibirla moviendo el rabo enérgicamente.

—Lo siento, cariño, ¿me has echado de menos? —murmuró Sandra con la voz bastante tomada. Comprobó aliviada que la perrita ya había hecho sus necesidades en la cocina—. Menos mal porque no me apetecía nada bajar a pasear. Ni a ti tampoco, ¿verdad? Claro, con la que está cayendo… —le dijo mientras la achuchaba.

Echó toda la ropa en la lavadora y se metió directamente en la ducha. Sobre las dos y media sonó el timbre de la puerta. Sandra se encontraba tirada en el sillón desde que salió del baño. La resaca había llegado, y no venía de paso, venía para quedarse. Se arrastró hasta la puerta y miró por la mirilla. Ahí estaba el bueno de Germán con un plato humeante sobre ambas manos.

—No sé por qué me molesto en mirar, si ya sé quién es —murmuró. Abrió la puerta—. Buenos días, Germán.

—Buenos días, Sandra. Es que…, perdona, pero es que te he oído

llegar hace un rato y hemos pensado que quizá no te hubiera dado tiempo a cocinar nada y, bueno, que mi madre ya sabes cómo es y me ha dicho que te traiga esto —tartamudeó.

La madre de Germán se asomó de repente al umbral de la puerta.

—Hola, Sandra. ¿Qué tal estás?

—Buenos días, Antonia. No tenía por qué haberse molestado, de verdad.

—No es molestia, mujer. Ya verás qué ricas están. Tú come, que te veo muy delgada últimamente. Cada vez te vas pareciendo más a tu abuela Victoria, que en paz descanse.

Sandra pensó para sí: «¿Qué aspecto debo tener para que le recuerde a mi abuela?».

—Pues muchas gracias a los dos. La verdad es que no tenía nada hecho y tampoco pensaba ponerme a cocinar, así que os lo agradezco mucho. Mi madre siempre me dice que os dé recuerdos cada vez que voy.

—Mándale un beso de nuestra parte también. ¿Qué tal está?

—Bien. Estamos todos bien. Como siempre, tirando.

—Bueno, pues, hala, come, que se te va a enfriar —dijo mientras se metía para adentro.

Germán le entregó el plato envuelto en papel Albal con una sonrisa complaciente. Hizo un amago infructuoso de comenzar una conversación paralela a la de su madre, pero, al darse cuenta de la nula disposición de Sandra, se dio media vuelta y desapareció tras la puerta de su casa.

Las judías pintas con arroz de la señora Antonia devolvieron a la vida a una moribunda Sandra, que se metió en la cama con la esperanza de dormir un poco. Alargó el brazo para sacar su móvil del bolso y abrió WhatsApp.

Sandra:

Oye, Raquel, que hoy no podemos quedar al final, tía. Tengo que trabajar esta tarde en la clínica, mañana te llamo y te cuento.

Emoticono de labios besando.

Comprobó el resto de los chats. Tenía unos cuantos mensajes de Marcos, los habituales de su madre, un par de vídeos chorras de su hermana y uno muy largo de Andrea.

Andrea:

¿Qué tal? Supongo que te fuiste para casa, ¿no? Anda que me has avisado. Bueno, escucha: ¿te acuerdas de que antes de salir de la cocina del loco me guardé unos botes en la mochila? Pues agárrate. Contienen un kilo de cocaína cada uno. Flipas. Cuatro kilos de cocaína. Ahora me explico por qué nos persiguió de esa forma. Tuvo que darse cuenta de que

nos lo habíamos llevado. Pero, tranquila, ya me he deshecho de ellos. Lo bueno es que, si por casualidad consiguió distinguir la matrícula, no puede ir con el cuento a la policía. No puede presentarse en una comisaría y denunciar que han entrado en su casa y se han llevado cuatro kilos de cocaína. Ahora se va a tener que joder y mantener la boca cerrada.

Exacto. Cuando Jesús Robles descendió estrepitosamente de la buhardilla a la caza de las dos intrusas, hizo una parada estratégica en la cocina para comprobar el estado de su mercancía. Al comprobar que no estaba, salió corriendo como alma que lleva el diablo hacia el coche de Andrea. De ahí su repentina agilidad y su marcado tesón.

Sandra:

¡No jodas! ¡Madre mía! Tía, vaya movida. ¿Estás segura de que es cocaína? Pero ¿ahora qué hacemos? ¡Hostia puta! Espero que no nos hayamos metido en un lío. A la Policía no puede ir, pero como reconozca el coche en algún sitio…

Andrea:

No sé, no creo. Con no ir a Calalberche nunca más… Él sabe que nos perdió la pista en Móstoles, pero no sabe si vivimos ahí o en Barcelona. No tiene ni idea. Además, tampoco sabe quiénes somos, seguro que tiene el mismo miedo que nosotras. Estará comiéndose la cabeza intentando averiguar quién ha podido ser o si alguien más intentará colarse en su casa. Si anda con esos negocios, no creo que se arriesgue a llamar demasiado la atención. O eso espero.

Sandra:

Espera, te llamo.

Andrea:

No, no me llames, que estoy intentando desatascar el coche del garaje. ¡MENUDO DESTROZO! Luego hablamos. Duérmete un rato, que tienes que estar descansada para esta noche.

Emoticono con la boca abierta y ambas manos en las mejillas y GIF de Homer Simpson parapetándose en un arbusto.

Así que ahí estaba otra vez esperando a Andrea. Se tomó su segundo Espidifen del día, que se había preparado en una botella de plástico. El dolor de cabeza provocado por la resaca se le había juntado con el del golpe contra la ventanilla.

Murmuró mientras se lo bebía:

—Bendito Espidifen. Había que hacer un busto conmemorativo al que lo inventó y ponerlo en la puerta del sol junto con el de la copa menstrual. —También le había salvado la vida en alguna ocasión.

Miró el reloj: las diez menos cinco. Puntual como la guardia real británica, Andrea pulsó el botón de la puerta del garaje, que comenzó

a levantarse. Sacó el Audi marcha atrás, exponiendo a la vista de todo el mundo el tremendo destrozo de la chapa del lateral izquierdo. El espejo retrovisor se sostenía a duras penas. Evidentemente, el piloto intermitente que llevaba adosado había dejado de funcionar. Sandra corrió hasta el coche para no mojarse.

—¡Joder con la lluvia! Esta vez he cogido un par de chubasqueros —dijo Andrea en cuanto Sandra cerró la puerta.

—Bueno, yo también he traído unos de esos desechables que compré en el parque de atracciones la última vez que estuve. Y una muda de ropa por si acaso también.

Andrea volvió a bajar por la calle Granada hasta la plaza Héroes de la Libertad y tomó la salida A5 dirección Extremadura. Subió la velocidad de los limpiaparabrisas un punto y comenzó a bajar la cuesta del río.

—¿Pongo música?

—¡Puf!, casi mejor que no. Vamos a disfrutar del silencio un ratito, si puede ser —contestó Sandra con un hilo de voz casi inaudible.

—¡Vaya! Hoy no hablas, no bostezas, ¿no estás nerviosa?

—Sí, pero con el resacón que tengo no me apetece ni hablar. Y si bostezo es de sueño, no de nervios.

—Joder, la verdad es que lo pasamos bien anoche, sí. ¿Sabes que casi nos bebimos toda la botella de *whisky*?

—¡Dios!, calla, calla, no quiero oír la palabra *whisky* en mucho tiempo.

—Pues ¡ayer no veas con qué gusto te lo bebías, maja!

Sandra emitió un gruñido que provocó las carcajadas de Andrea.

Tomaron la salida 31 de la nacional y entraron en Navalcarnero a través de la calle San Roque. En el primer desvío se encontraron con un cartel publicitario que indicaba la dirección que debían tomar para ir al Crematorio de Animales Jerocan. Debían seguir recto y girar a la izquierda en la siguiente rotonda. Continuaron por la avenida de Castilla hasta que otro cartel las redireccionó por una pequeña senda semiasfaltada hacia las afueras del pueblo. El alumbrado público brillaba por su ausencia. El haz de luz de las últimas farolas de la avenida se fue diluyendo poco a poco, sumiendo a las chicas en una oscuridad solo compensada en parte por los potentes faros bixenón del Audi A3.

A lo lejos comenzó a distinguirse un edificio de poca altura, pero de gran extensión. La fuerte lluvia no permitía distinguir la valla metálica que cercaba todo el perímetro de la parcela, pero sí consiguieron vislumbrar la puerta de entrada. Estaba abierta. Solo una pequeña furgoneta blanca se encontraba en el aparcamiento.

—¡Joder! Hay gente, Andrea. Pasa de largo y dejamos el coche escondido más abajo, ¿no? —dijo Sandra con preocupación.

—Sí, es buena idea, voy a pasar de largo y volvemos andando por la parte trasera.

Todas las luces del edificio estaban apagadas. Era una construcción moderna, de paneles enlazables de hormigón liso. Lo más barato y rápido hoy en día. No tardarían ni siquiera un mes en levantar toda la estructura. Constaba de cuatro divisiones adosadas entre sí, pero a diferentes alturas. Los tejados seguían el mismo patrón; diferente altura, pero misma forma, a un agua, de teja árabe. Todo pintado de blanco (también lo más barato) y una decoración austera, falta de criterio y personalidad. Alrededor, kilómetros de campo. En la última de las divisiones, en la parte derecha, se erigía hacia el cielo una gran chimenea construida en ladrillo visto indicando la ubicación exacta del horno crematorio.

Sumidas en una oscuridad cavernosa y bajo una ya habitual lluvia torrencial, Sandra y Andrea cruzaron un par de eras aplastando los terrones de tierra con sus (hoy sí) botas de agua. Casi llegando al crematorio se toparon con una alberca desbordada por la lluvia. El agua emanaba por los laterales como si se tratara de una olla hirviendo.

Sandra se detuvo y agarró el brazo de Andrea.

—Cuidado. Si hay una alberca, hay un pozo cerca.

—Pero, si sacamos las linternas, nos verán a kilómetros —dijo Andrea.

—Sí, eso sí, pero caerse a un pozo es una malísima idea. Espera, no te muevas, detrás de la alberca tiene que haber cañas. Donde hay humedad, crecen cañas —dijo Sandra.

Andrea la observó reaparecer con una larga caña en su mano derecha.

—¿Y tú cómo coño sabes tanto del campo, si eres más de ciudad que los atascos? —preguntó sorprendida.

—Mis padres tienen familia en un pueblo de Toledo y pasábamos los veranos allí cuando éramos pequeñas mi hermana y yo. En los pueblos solo apareces por casa en las horas de comer, cenar y dormir. El resto del tiempo te mimetizas con el hábitat hasta convertirte en una amapola más —dijo con una sonrisa nostálgica. Se separó unos cinco metros de la Alberca—. Ven, ponte detrás de mí y agárrate a mi chubasquero. —Andrea obedeció—. Ahora observa y aprende.

Sandra comenzó a tantear el terreno con la caña. La longitud de esta sería de aproximadamente dos metros y medio. Avanzaban muy despacio, a medida que la caña se arrastraba por los terrones indicando que el terreno era firme. De repente Sandra frenó en seco. Andrea estampó su cara contra el chubasquero empapado de Sandra.

—Un momento, la caña se cuela, hay un agujero. Vamos a dar dos pasos laterales hacia la izquierda y continuamos.

Avanzaron cinco metros más y Sandra se volvió a detener.

—Vamos a hacer una cosa, Andrea. Date la vuelta. —Andrea giró sobre sí misma dando la espalda a Sandra—. Vale, saca tu linterna. Yo voy a abrir mi chubasquero un momento todo lo que pueda para que nadie pueda ver la luz desde el crematorio. Tú mientras apuntas hacia donde supuestamente estaba el agujero, ¿vale?

Andrea asintió sin comprender del todo las intenciones de Sandra. Rebuscó en su mochila y sacó la linterna. A duras penas consiguió encenderla con las manos empapadas y resbaladizas. Apuntó hacia el supuesto agujero.

—¡Ahí lo tienes! —exclamó Sandra—. Un pozo. Íbamos directamente hacia él. Ya podemos continuar tranquilas. Solo suele haber un pozo por finca. Además, estamos casi en la linde. Apaga la linterna.

Andrea sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. De pronto tuvo miedo. Si no llega a ser por los repentinos conocimientos de Sandra, podrían haber caído en un pozo. Sin nadie que supiera que estaban allí, en mitad de la nada, en plena oscuridad, lloviendo a cantaros y con una resaca espantosa… Habría sido fatal, desde luego.

Andrea notó un tirón en el brazo que la devolvió a la realidad.

—Vamos, que al final se nos van a hundir las botas y no vamos a poder sacarlas —dijo Sandra.

Llegaron a la valla perimetral por la parte trasera del edificio. La furgoneta blanca les quedaba ahora a unos escasos veinte metros. Estaba rotulada con letras en color azul y rojo. El texto decía: «Limpiezas Airin, servicio de limpieza y mantenimiento».

—Son los de la limpieza. Seguro que están en el último turno. Si estamos atentas de por dónde salen, quizá podamos colarnos antes de que cierren —susurró Andrea.

Siguieron el trazado de la valla hasta la puerta principal y corrieron hacia la parte izquierda del edificio. Avanzaron unos metros para situarse en la esquina trasera. Andrea se asomó.

—Hay una puerta pequeña. Seguramente, es por la que entra el personal que trabaja aquí. Está abierta, están sacando bolsas de basura. Quédate aquí. Me voy a poner detrás y me asomo para ver qué pasa ahí dentro. Estate atenta. Te aviso y nos colamos.

Sandra ocupó el lugar en la esquina que Andrea había dejado libre. Desde allí, la observaba impaciente detrás de la puerta. Muy lentamente Andrea giró la cabeza y estiró el cuello para comprobar el interior. El corazón le dio un vuelco cuando una mujer de avanzada edad apareció por el pasillo cargada con una bolsa de basura en cada mano. Andrea empotró la espalda contra la pared de un salto y permaneció inmóvil implorando no haber sido descubierta. La mujer salió al exterior, amontonó las dos bolsas de basura con el resto y

corrió de nuevo al interior para no mojarse con la lluvia. Andrea suspiró aliviada. Esperó unos segundos y repitió la operación. Esta vez el pasillo estaba despejado. Se escuchaba movimiento, pero el sonido le llegaba amortiguado, como si proviniera de un cuarto cerrado o de un sitio lejano. Aguantó unos segundos más por prudencia. Se la iba a jugar de nuevo al todo o nada. Miró hacia atrás para avisar a Sandra:

—A la de tres, nos metemos dentro y nos escondemos en el primer sitio que veamos, ¿vale? —Sandra bostezó—. Uno, dos y ¡tres!

Atravesaron rápidamente un pequeño pasillo y salieron a la sala principal. Andrea divisó el mueble de la recepción. Con un movimiento casi reflejo agarró el brazo de Sandra y se metieron debajo del mueble golpeando la silla del recepcionista. Permanecieron agachadas y muy quietas junto a la CPU del ordenador y a una maraña de cables atestados de polvo los siguientes noventa segundos.

—¿Has oído eso, Osvaldo? —preguntó la mujer a su compañero.

—*¿Lo cualo?* —respondió Osvaldo que, aunque era mucho más joven que su compañera, mostraba un coeficiente mucho menor a simple vista.

—Ha sonado como un golpe o algo así en la sala.

—Si tú lo dices… Yo no he oído na. Y no te entretengas, que me quiero ir a casa. Tengo hambre.

La mujer se asomó a la sala y observó en silencio mientras Osvaldo sacaba las últimas bolsas de basura a la calle.

—Venga, venga, no te quedes ahí pasmada, que ahora hay que cargar todo en la furgoneta y está diluviando —la arengó Osvaldo.

Andrea y Sandra escuchaban al otro lado del mueble, inmóviles. De repente la tenue luz que alumbraba la estancia se apagó. Unos pasos se alejaron y un fuerte portazo dejó la sala en silencio.

—¿Se habrán ido ya? —susurró Sandra.

—Vamos a esperar unos minutos, pero parece que sí.

—Mira que me parece raro que no tenga alarma.

—Estás pesadita con las alarmas, ¿eh? ¿Eres comercial de una empresa de seguridad o algo así? Porque ya me dirás tú quien va a querer entrar en un crematorio de animales. Si aquí no hay nada que robar.

—Pues ¿una veterinaria y su ayudante gilipollas que no tenían nada mejor que hacer a lo mejor? No sé, se me ocurre.

—Comprendo. Venga, anda, vamos a salir, que estamos solas.

Arrastrándose por el suelo, salieron de debajo del mostrador y se quitaron los chubasqueros. Aunque un crematorio vacío y a oscuras era un sitio inquietante, les pareció mejor que estar bajo la lluvia, metidas en un barrizal y con altas probabilidades de caer a un pozo.

Encendieron las linternas.

—Madre mía, cómo vamos a poner todo de barro. No entiendo

cómo la señora no ha visto las pisadas —dijo Sandra.

—Supongo que ha pensado que eran suyas o del compañero, porque no veas cómo han dejado ellos el pasillo de entrada también.

—Sí, los del turno de mañana van a flipar.

—Bueno, vamos desde el principio abriendo todas las puertas y mirando a ver lo que hay, ¿vale? Buscamos sobre todo un almacén, despacho o cualquier cuarto donde guarden productos. Seguramente, si hay algo de eso, estará en el edificio del horno, donde solo pueden entrar los empleados, pero, ya que estamos aquí, vamos a hacer un repaso rápido a todo —ordenó Andrea ya recuperada del susto del pozo.

Las chicas comenzaron a registrar puerta por puerta todas las salas del crematorio. Mientras, los sensores de movimiento ubicados en el falso techo de cada estancia activaron la alarma silenciosa. Justo en ese momento un coche se acercaba lentamente por el camino. Jesús Robles no es que fuera un tipo muy observador, incluso se podría decir que era algo obtuso. Bueno, muy obtuso. Algunos lo calificaban de zoquete integral y cenutrio infinito, pero el caso es que no tardó ni medio segundo en reconocer el coche de Andrea. Al principio se sorprendió. No podía ser. ¿Qué coño hacía ese coche allí? Estuvo un minuto dudando bajo la lluvia, pero enseguida reaccionó y dirigió su orondo cuerpo hacia la puerta trasera del crematorio.

Metió la llave muy despacio y giró el bombín. Introdujo la clave en el teclado para desactivar la alarma. Esta ya había enviado el aviso a la Policía unos minutos antes, detalle en el que no tuvo tiempo de reparar. Avanzó de puntillas hasta su despacho. La puerta estaba oculta detrás de la recepción, camuflada con el logo de la marca. Estaba tan bien disimulada que, si no te fijabas en que allí había un picaporte, era imposible distinguirla. De hecho, las chicas estuvieron escondidas debajo del mostrador justo enfrente y no se percataron. Jesús Robles entró en el despacho sin hacer ruido. Descolgó un enorme cuadro donde salía representada una imagen costumbrista de lo que sería una cacería en los años 60 y abrió el armario secreto, donde guardaba su arsenal de caza. No era gran cosa, pero para disparar a los conejos que osaban acercarse al crematorio era más que suficiente. Porque eso era exactamente lo que hacía Jesús con su escopeta semiautomática Benelli Montefeltro, disparar a los conejos, porque, lo que es dar, no daba ni uno, para suerte de los pobres animalitos. Ni siquiera su diseño ergonómico, ni su picado repelente al agua que no resbala, ni su gatillo dorado eran suficientes para que acertara a ningún objetivo. Tampoco el mejorado sistema de recuperación, anillo de protección en la recamara que refuerza el cañón, culata regulable en nogal de picado fino, carcasa en ergal fotograbada y su calibre doce parecían ser suficientes características

para que Jesús obtuviera éxito en algún disparo. Obviamente, el arma no era el problema, y pudiera ser incluso que el tirador tampoco (pudiera ser). Lo cual nos llevaría entonces a enfocar el problema en el objetivo. Y ahí precisamente es donde radicaba la ventaja de Jesús Robles en esta ocasión. Los objetivos que pretendía abatir esta vez eran considerablemente más grandes que los escurridizos conejos. ¿Sería esa la clave para acertar por una vez en su vida? Se disponía a comprobarlo.

Salió del despacho y agudizó el oído. Las oía. Cuchicheaban al fondo, probablemente en la sala del horno. Aceleró el paso empuñando la escopeta por encima de los hombros. Cada vez las escuchaba más cerca. Sonó un fuerte crujido. Jesús se asustó y se detuvo detrás de un pilar.

—No me jodas, están intentando abrir la puerta, hijas de puta —murmuró enfurecido. Dos enérgicas zancadas le bastaron para plantarse detrás de ellas—. ¡Quietas ahí! Si hacéis cualquier movimiento extraño, disparo. —Andrea y Sandra quedaron petrificadas—. Daos la vuelta muy despacio y os sentáis en el suelo, ¡ya! —gritó.

Las chicas contemplaron horrorizadas al individuo que tenían delante apuntándolas con un arma. No podía ser. Otra vez ese hombre. Habían visto esta situación más de un millón de veces en las películas. Pero esto no era una película y, teniendo en cuenta la violencia con la que las persiguió el día anterior, comprendieron enseguida que estaban bien jodidas.

—¿Quién coño sois vosotras?

—Pe… perdone, no… no es lo que parece, por favor —consiguió decir Andrea, que se le había secado tanto la boca que la lengua se le atascaba en el paladar.

—¿Y qué coño parece, pedazo de zorra? Porque a mí lo que me parece es que me estáis intentando joder. ¡Y el problema es que todavía no sé por qué!

Las palabras salían de la boca de Jesús Robles acompañadas por ráfagas de saliva y una buena dosis de rabia. Dio un paso al frente. Las chicas se encogieron y cubrieron sus rostros con los brazos. Sandra comenzó a llorar.

—¡Escuchadme! ¡Solo lo voy a decir una vez! ¿Dónde está lo que os llevasteis ayer de mi casa? —gritó a pleno pulmón.

Sandra y Andrea estaban paralizadas. El *shock* no les permitía ni siquiera procesar lo que aquel hombre estaba gritando. Hechas un ovillo, luchaban por acelerar el tiempo y despertar de aquella pesadilla lo antes posible.

—¡O me lo decís en menos de tres segundos u os vuelo la cabeza y os meto en el horno! ¡No os van a encontrar ni los del CSI!

Andrea también comenzó a llorar en silencio. Jesús, al comprobar que sus amenazas no surtían efecto, decidió dar un paso más y cargó el arma. Estuvo tentado de realizar un disparo al aire para terminar de aterrorizar a las chicas, pero, en un momento de lucidez mental, poco habitual en él, recordó que era el techo de su negocio el que se cernía sobre sus cabezas y declinó la idea. Era un zoquete, sí, pero no tanto.

—¡Tú, dímelo o le reviento la cabeza a tu amiga! ¡Vamos! —dijo dirigiéndose a Andrea.

Sandra notó una fuerte presión en el lado izquierdo de la cabeza. El cañón de la escopeta era suave al tacto. No sentía dolor. Cerró los ojos. Estaba a punto de desmayarse, o ya se había desmayado. No lo sabía. De repente sus pantalones se humedecieron. Abrió los ojos de nuevo, muy despacio. Andrea gritaba desesperada, pero no podía oír lo que decía, solo entreveía la imagen borrosa de su cara desencajada mientras movía los labios en un idioma incomprensible. Unos segundos más tarde (que para Sandra pudieron ser diez horas) la presión de la cabeza desapareció. ¿Había disparado? ¿Estaba muerta? Dos agentes de Policía irrumpieron en la sala. Habían escuchado los gritos desde fuera y decidieron reventar la puerta. Jesús no tenía licencia de armas ni nada que se le pareciera, así que cuando escuchó el crujido de la puerta y los gritos de la policía, se deshizo de la escopeta rápidamente.

Los dos agentes entraron en la sala al grito de «¡alto, que nadie se mueva!». Un hombre y una mujer de la Policía nacional apuntaron con sus armas reglamentarias a Jesús y a las dos chicas, que ahora se hallaban abrazadas. Los policías no comprendieron la escena. Hubo un momento de confusión que Jesús aprovechó para defender su inocencia ante cualquier hecho que los agentes pudieran imaginar.

—¡Yo no he hecho nada! ¡Ellas han entrado a robar! ¡Me han atacado!

A juzgar por el aspecto de Jesús y la conmoción que parecían sufrir aquellas chicas, los policías decidieron esposarlos a los tres y llevarlos a la comisaría de Navalcarnero.

—¡Cometéis un grave error! ¡Vosotros no sabéis quién soy yo! ¡Se os va a caer el pelo por esto! —gritaba Jesús mientras los agentes le introducían en el coche patrulla.

—Cálmese, cálmese, no diga nada de lo que se pueda arrepentir. De momento hoy dormiréis en el calabozo y mañana por la mañana se lo explicáis todo al juez de instrucción.

Andrea y Sandra no pronunciaron ni una palabra mientras la mujer las cacheaba y requería su documentación.

—¿Estáis heridas? ¿Necesitáis ayuda?

Sandra negó con la cabeza.

Andrea murmuró:

—No, no se preocupe, estamos bien. Pero ese individuo está loco, nos estaba apuntando con una escopeta y…

—Mire, escúchame —le interrumpió la agente—. Todo eso se lo contáis mañana al juez, nosotros solo hemos venido a atender el aviso de la alarma y nos hemos encontrado con una escena un tanto extraña, así que nuestra obligación es deteneros y llevaros a la comisaría, lo demás es cosa vuestra —dijo en un tono severo. Agachó las cabezas de las chicas y las introdujo en el coche junto a Jesús, que parecía una olla a presión a punto de explotar.

El trayecto hasta la comisaría de Navalcarnero resultó breve pero intenso. Sandra en un extremo, Jesús Robles en otro y Andrea en medio de los asientos traseros del coche patrulla. La tensión acumulada en el ambiente se podía cortar con un cuchillo. Sandra, aun sabiendo que iba a dormir por primera vez en su vida en un calabozo, se sentía aliviada. Poco a poco recuperó parte de la compostura que había perdido mientras tenía el cañón de una escopeta de caza presionando sobre su cabeza. Andrea parecía algo más entera. A pesar de encontrarse sentada codo con codo con la versión alcohólica de Jack el Destripador, también sentía cierto alivio. Mentalmente iba construyendo un relato sólido y contundente para contarle al juez. ¿Por qué estaban allí dentro? ¿Qué era exactamente lo que había pasado? ¿Qué estaban buscando en ese cuarto?

Las chicas no encontraron nada. Otra vez. Pero un par de segundos antes de que Jesús hiciera su aparición habían conseguido abrir aquella puerta. No les dio tiempo a comprobar qué era lo que ese neurótico escondía allí, pero, a juzgar por la expresión del policía que se asomó a echar un vistazo, nada bueno.

Eran más de las doce y media de la noche cuando llegaron a la comisaría de Navalcarnero. Se trataba de una comisaría modesta. Bernardo, el agente de turno, recibió sorprendido a los tres nuevos inquilinos de su abstracto hotel.

—Joder, y yo que quería tener una noche tranquilita hoy… —dijo en voz alta.

Los metieron en una pequeña salita y, tras una breve conversación entre los dos policías y Bernardo, se llevaron a Jesús. La comisaría solo tenía dos calabozos al fondo del pasillo, y uno de ellos estaba ocupado por Margarita, una mujer de cincuenta y dos años que solía visitar a menudo el hotel de Bernardo. Su aspecto no dejaba lugar a dudas, Margarita era drogadicta. Bernardo les retiró las esposas a las chicas y las invitó cortésmente a entrar en la jaula de Margarita.

—Tranquilas, si no la cabreáis, no os dará problemas, es inofensiva —murmuró.

Los agentes habían tomado la decisión de aislar a Jesús en el calabozo libre para evitar posibles conflictos. Sandra y Andrea se

sentaron en el extremo opuesto del banco. Margarita las siguió con la mirada, las escudriñó descaradamente. Incluso se acercó a ellas como un gato curioso para inspeccionarlas de cerca. Olía muy fuerte a sudor, y las chicas tuvieron que girar la cara cuando Margarita se arrimó a unos escasos veinte centímetros.

—¿Tenéis un cigarro? —les susurró prácticamente en el oído.

Andrea negó con la cabeza. El aliento era aún peor. De repente se escuchó un grito desde el pasillo.

—¡Margarita, deja en paz a las nuevas! ¡Vuelve a tu sitio! ¡No me des la noche!, ¿eh?

—Joooder, Bernardo. Solo quería un cigarro, coñoooo —dijo con voz cazallera.

—Ya sabes que no se puede fumar, así que pórtate bien y duérmete. Tengamos la fiesta en paz.

Margarita volvió lentamente a su lado del banco.

—No le hagáis caso, en el fondo es buena persona, seguro que luego me da un cigarro, ya veréis —dijo dirigiéndose a las chicas—. A las dos de la mañana siempre me trae un zumo y unas galletas. Bernardo es un tío enrollao, un poco marica, pero enrollao.

—¡Margarita, te estoy oyendo! ¡Cierra la boca ya, coño!

Margarita esbozó una amplia sonrisa mostrando su casi inexistente dentadura. Sandra se puso las manos en la cara y Andrea cerró los ojos para no memorizar aquel tétrico espectáculo. Tarde. La imagen de Margarita soltando una carcajada muda y desdentada ya había quedado registrada en el subconsciente.

—Veeenga, Bernardo, que hoy estarás contento, que tienes el hotel llenoooo —gritaba Margarita—. Tendrás que bailar o algo para que nos entretengamos, coñooo. ¿Dónde está la animación del hotel? ¿Hacemos un karaoke o qué? ¡Exijo la hoja de reclamaciones! —exclamó.

El bueno de Bernardo decidió no entrar al trapo en sus provocaciones y se mantuvo en silencio con la esperanza de que se aburriera pronto.

—¿Y vosotras? ¿Qué habéis hecho para acabar aquí, pimpollitos? ¿No os funcionaba la tarjeta oro en Dolce & Gabbana? —Las chicas desviaron la mirada, lo más importante era evitar el contacto visual—. ¿Se os ha comido la lengua el gato, pardillas?

Margarita volvió a acercarse a ellas y comenzó a maullar a un volumen considerable, tanto que a Bernardo no le quedó otra opción que intervenir de nuevo.

—¡Joder, Margarita! ¡O te callas de una vez o te juro por mis muertos que te tengo aquí encerrada toda la puta semana! ¿Me oyes?

Margarita se acercó a la reja.

—Venga, Bernardo, acércate. Si me das un cigarro, te la chupo.

Bájate los pantalones, venga, sácatela y te la chupo entre los barrotes, que te va a gustar.

Bernardo se la quedó mirando sin articular palabra. En el fondo sentía pena por ella. La Yonqui de Navalcarnero la llamaban. De jóvenes habían coincidido en el mismo instituto. Nunca fueron a la misma clase, pero en el patio todo el mundo la conocía. Algunos chicos la apodaron Yulia, por Julia Roberts. Era alta, guapa y lucía una melena rubia y lisa preciosa. Sacaba buenas notas y su potente físico le permitía destacar en los deportes. Era la chica más popular del instituto, pero también un imán para las malas compañías. Comenzó a juntarse con quien no debía y terminó enganchándose a las drogas. Años más tarde, cuando Bernardo ya era policía, se enteró de que Margarita llevaba un tiempo inmersa en un programa de desintoxicación y que incluso estaba pensando en casarse. El novio también había tenido problemas con las drogas, le conoció en el centro de rehabilitación. Estuvieron más de un año trabajando para el ayuntamiento de Navalcarnero en un programa de reinserción al mundo laboral. Barrían las calles, limpiaban jardines y parques, podaban árboles, pintaban pasos de cebra… Ella se empeñó en ahorrar dinero para la boda. Cogía una parte de cada sueldo todos los meses y lo metía en un sobre que guardaba dentro de un cajón de la mesilla, entre las bragas. Pero cierto día de un triste mes de febrero el dinero desapareció. Y el novio también. Y sus esperanzas de una nueva vida. Y sus ilusiones. Y todo. Y volvieron de nuevo los fantasmas. Y las dudas sobre la razón de su existencia. Y sus pensamientos suicidas. Y perdió para siempre la fe en el ser humano. Volvió a las jeringuillas. Y a las calles de Navalcarnero, que hasta hacía poco había estado barriendo repleta de ilusiones.

Nada quedaba ya de aquella increíble sonrisa que a todos enamoraba en el instituto. Tan solo esos ojos preciosos color pardo de mirada penetrante se negaban a desaparecer. Era como si parte de aquella chica bonita que se parecía a Julia Roberts hubiera quedado atrapada en el interior de aquel desmejorado cuerpo. La mala suerte también juega un papel importante en este mundo cruel. Muchas más cosas de las que pensamos se escapan a nuestro control, aunque nos creamos dueños de nuestro destino.

«Las vueltas que da la vida —pensó Bernardo—. Puedes pasar de ser la Julia Roberts española a la Yonqui de Navalcarnero en un chasquido».

—Marga, por favor, escúchame: si te tranquilizas y te duermes un rato, después te doy un cigarro junto con el zumo y las galletas, ¿vale?

Margarita asintió. Diez minutos más tarde roncaba plácidamente en su esquina del banco, dejando por fin la celda en silencio.

Sandra y Andrea disfrutaron de aquel silencio durante al menos

veinte minutos. Andrea incluso cerró los ojos, pero estuvo muy lejos de dormirse. Querían hablar de todo lo que había sucedido y de qué iba a pasar ahora. Pero el miedo y la incertidumbre las mantenía sumidas en un mutismo que Sandra decidió romper con un susurro.

—Me he meado encima.

—¿Cómo? —preguntó Andrea incorporándose.

—Eso. Que me he meado encima cuando me ha apuntado con la escopeta en la cabeza.

Andrea no sabía qué decir. La observó durante unos largos segundos con gesto neutro. Un torbellino de emociones se le acumuló de pronto en el cerebro. No tenía ni la menor idea de lo que iba a pasar en los siguientes dos segundos. O quizá pasaron tres minutos, o diez, o una semana. No sabía si iba a reír, llorar o todo junto. De repente una risa nerviosa e incontrolable salió de su interior, desconcertando completamente a Sandra, que se la quedó mirando con los ojos muy abiertos. Sin posibilidad de controlar sus emociones, Sandra también explotó en una gran carcajada, que les sirvió a las dos para liberar toda la tensión acumulada.

Bernardo se acercó a los barrotes sorprendido.

—¿Se puede saber qué coño pasa aquí? A ver si ahora que se ha dormido Margarita vais a tocarme los huevos vosotras. ¿Dónde pensáis que estáis? ¿En una fiesta? Como la despertéis, yo no pienso intervenir. Vosotras sabréis. Os las apañáis como podáis con ella. Yo no quiero saber nada —dijo dando un manotazo al aire mientras se alejaba de nuevo.

Y cuando las risas se apagan viene el llanto. Las dos chicas se abrazaron y lloraron desconsoladas. Ya había pasado el susto, pero quedada el trauma por la mala experiencia vivida.

—Lo siento, lo siento mucho, Sandra. Ha sido una estupidez colarnos en el crematorio —le murmuró Andrea al oído.

—Bueno, no te preocupes, yo he venido por decisión propia. Nadie me ha puesto una pistola en…, bueno, sí, una escopeta, pero eso ha sido después. No te sientas mal, que a mí nadie me ha obligado. Yo también quiero saber por qué se mueren los perros. De alguna forma daremos con ello. Estoy segura. ¿Tú qué crees que dirá el juez?

—Nunca he estado detenida y no tengo ni idea de cómo va esto. Estoy un poco acojonada…, pero no hemos matado a nadie y tampoco hemos robado nada que se sepa, así que espero que sea simplemente allanamiento de morada o algo así. Con suerte se centrarán en el loco ese. ¿Has visto la cara que llevaba el policía cuando ha salido del cuarto del horno?

—Yo no he visto nada, estaba bastante ocupada en no desmayarme.

—Yo creo que han encontrado algo, algo chungo. Y nosotras hemos estado a punto de descubrirlo. Si el tío ese llega a aparecer cinco

minutos más tarde, lo habríamos visto. Ahora nos vamos a quedar con la duda.

Sandra esbozó una sonrisa maliciosa.

—La verdad es que en el fondo tiene gracia —dijo mientras se secaba las lágrimas.

—¿Ah, sí? ¿El qué exactamente? Porque yo no sé lo encuentro —preguntó Andrea sorprendida.

—La situación. Ha sido bastante cómico ver a ese tío con esas pintas de granjero americano que no sabía ni cómo coger la escopeta. Con esas zapatillas de deporte cutres llenas de barro y el peto vaquero que parecía don Pimpón. Ahora me hace gracia, claro. En ese momento ni siquiera me he dado cuenta.

—Sí, la verdad es que ha sido patético —dijo Andrea sonriendo—. Parecía una historia cutre de terror: «ha ocurrido una tragedia en barrio Sésamo. Don Pimpón la ha emprendido a tiros con Chema, el panadero, porque, según su declaración, le ha vendido unas magdalenas que estaban más duras que la rodilla de una cabra (según su criterio). Chema no estaba de acuerdo ante tales acusaciones, así que ha cogido el rodillo de amasar el pan y le ha amenazado con templárselo en la cabeza si no rectificaba. Don Pimpón se ha ido a su casa a buscar la escopeta (para hacerle entrar en razón, según él) y le ha pegado dos tiros. Las últimas palabras de Chema antes de morir han sido "las magdalenas están bien, lo que pasa es que no tienes dientes porque eres un puto muñeco de gomaespuma". La gallina Caponata y Espinete han intentado detenerle, pero ha sido inútil. "¡Se ha vuelto loco! ¡Se ha vuelto loco!", gritaban. El incidente se ha saldado con el panadero muerto, Espinete en estado grave y la gallina Caponata con un disparo en el ala».

Volvieron a soltar un par de carcajadas, pero esta vez controlaron el volumen para no despertar a Margarita.

—¿De dónde habrá salido ese hombre? —preguntó Sandra.

—Ni idea. Pero está claro que anda metido en asuntos turbios y nosotras sin querer le hemos jodido, pero bien.

Sandra asintió lentamente sopesando las palabras de Andrea. Era verdad que no le habían jodido a propósito. Ellas solo querían encontrar el veneno o la droga (si es que existía) que estaba matando a los perros para descubrir una cura. Lo de joder a don Pimpón había sido un daño colateral inesperado. ¿Tendría consecuencias? ¿Habría represalias por su parte? Eso estaba por ver. Echó una ojeada a Andrea. Había vuelto a cerrar los ojos, pero esta vez sí parecía haberse dormido. Sandra se reclinó un poco y apoyó la cabeza en su hombro.

***

A primera hora de la mañana los trasladaron al Juzgado de Primera Instancia número 6 de la calle San Antonio en Móstoles.

Seguía lloviendo a cántaros.

—¡Menudo fin de semana de agua llevamos! —exclamó uno de los policías.

A Sandra y a Andrea les dolía todo el cuerpo. No habían podido dormir nada y el incómodo banco había hecho mella en sus esqueletos. Se sentían sucias y tenían la impresión de oler mal. Sobre todo Sandra, la pobre, con las bragas y los pantalones meados.

—Mira que había cogido una muda de ropa, pero me la he dejado en tu coche —le dijo a Andrea cuando todavía estaban en el calabozo.

Agradeció el color negro de sus pantalones, ya que, gracias a él, no se notaba nada.

Margarita se despertó a las cuatro de la mañana reclamando sus galletas, el zumo y, por supuesto, el ansiado cigarro. Bernardo cumplió lo prometido, y Margarita prometió portarse bien si le daba otro para después. Las chicas rechazaron las galletas, pero aceptaron un par de Coca-Colas de la máquina. El resto del tiempo lo pasaron observando los movimientos de Margarita por la celda. De reojo, eso sí.

El juez de instrucción escuchó las versiones de los tres detenidos. En base a los hechos declarados, propuso celebrar un juicio rápido el miércoles de la semana siguiente a la espera de comprobar los datos personales de las chicas, y sobre todo de Jesús, ya que su declaración, aparte de que había resultado contradictoria, albergaba serias dudas sobre los motivos que le habían llevado a almacenar dicha mercancía en aquel cuarto. Aparte, debía valorar su inexistente licencia de armas y el hecho de que intentara ocultar la escopeta en aquel pésimo e improvisado escondite cuando aparecieron los agentes.

Sandra miró el reloj justo al salir del juzgado: las diez de la mañana. Abrió WhatsApp y le escribió un mensaje a su madre diciendo que tenía muchas cosas que hacer en casa y que no podría ir a comer, como todos los domingos. Mercedes insistió un par de veces, pero Sandra la esquivó diciendo que el lunes por la tarde se pasaría a verlos un rato.

—Tendremos que pillar el autobús hasta mi casa porque, con la que está cayendo, como para ir andando —dijo Andrea.

—Bueno, domingo, a estas horas, espero que no nos vea mucha gente con estas pintas —contestó Sandra resignada.

El autobús las dejó a unos cien metros de la casa de Andrea. Corrieron para subirse en el coche de Sandra sin mojarse demasiado.

—Venga, un último esfuerzo y nos vamos a dormir —dijo Sandra.

Condujo de nuevo hasta el crematorio para recoger el A3 de Andrea, que había quedado en mitad del camino.

—¿Nos vemos mañana en la clínica o quieres colarte en algún otro sitio más esta noche? —preguntó Sandra mientras Andrea se disponía

a bajar de su coche.

—No, no, gracias. Creo que hemos tenido suficiente, pero me alegra que hayas recuperado el sentido del humor, porque nos va a hacer falta.

Sandra borró al instante la sonrisita burlona que se había instalado en su cara y suspiró profundamente.

CAPÍTULO 11. Asociación de ideas

Sandra se despertó sobresaltada. Había escuchado un golpe seco en algún punto de la casa. Cogió en brazos a Nora y salió de la cama. No sabía si la había despertado aquel ruido o los ladridos agudos de la perra a escasos centímetros de su oído.

—Calla, Nora, que vas a despertar a todos los vecinos —farfulló todavía medio dormida.

Echó una ojeada al despertador mientras salía de la habitación: las cinco de la mañana. En el salón y la cocina parecía estar todo en orden.

Encendió la luz de la terraza. A la lluvia de todo el fin de semana se le había sumado un fuerte viento, que consiguió arrancar el comedero para pájaros fabricado en madera que Sandra tenía colgado del techo. Este impactó de lleno contra el cristal de la puerta corredera y ahora yacía empapado con toda la comida esparcida por el suelo de la terraza. Sandra y Nora lo observaron en silencio durante unos segundos.

—No podemos hacer nada, ¿verdad, cariño? ¿O quieres salir tú a recogerlo? Lo mismo viene una ola gigante y te lleva a ti también. ¡Vaya fin de semana, parece que se va a acabar el mundo, coño! —exclamó.

La perrita se limitó a levantar las orejas girando la cabeza muy atenta para que no se le escapara un «toma» o «comida» de entre las palabras incomprensibles que estaba pronunciando su ama. Sandra apagó la luz de la terraza y se quedó contemplando el infinito a través del cristal mientras la tormenta se cebaba con el comedero.

«El lunes perfecto después de un fin de semana perfecto», pensó. Si aquel fin de semana que pasó con su hermana y sus amigas en Jávea le pareció surrealista, este se le antojaba cinematográfico. Del género épico-fantástico cuando menos. Era como si se lo hubieran contado en vez de haberlo vivido. Había tenido de todo: tormentas tropicales, persecuciones, allanamientos de morada, armas apuntando a la cabeza, pozos sin fondo, detenciones policiales y hasta una noche de lujo con todos los gastos pagados en el hotel de Bernardo, con la inestimable compañía de la señorita Margarita. A Sandra le parecía ahora que habían pasado mil años de todo eso. Quizá la borrachera con sus impredecibles lagunas y posterior resaca había obligado a su cerebro a poner cierta distancia. «Tiene sentido», pensó. Pero lo más probable era que los mecanismos de los que dispone el cerebro para protegernos de los malos momentos se hubieran puesto en funcionamiento. Estos nos protegen de los recuerdos traumáticos. Es

como si el cerebro congelara esos momentos y los almacenara aislados del resto. La mala noticia era que normalmente no los borra de manera definitiva; pasado un tiempo indeterminado y sin motivo aparente, los descongela y te los sirve cocinados para cenar. Unas cuantas noches. O durante una larga temporada. O para el resto de tu vida, nunca se sabe.

Sandra sabía de la existencia de dichos mecanismos, pero prefería pensar que el hecho de haber tenido una escopeta de caza apuntando a su cabeza no le había producido secuelas psicológicas. Quería convencerse de que todo había pasado y de que volver cuanto antes a la tranquilidad de su recién estrenada rutina sería suficiente bálsamo para borrar la huella emocional que el suceso hubiera podido grabar en su subconsciente. Quizá en lo del trauma tuviera razón, solo el tiempo lo diría (cada persona procesa de manera diferente los recuerdos relacionados con una experiencia negativa y abrumadora), pero en lo de la vuelta a su tranquila rutina estaba totalmente equivocada.

De repente el móvil comenzó a vibrar en la mesilla. El leve zumbido llegó a los oídos de Sandra, que seguía absorta en sus pensamientos mientras la tormenta azotaba la cristalera. Frunció el ceño.

—¿Es el móvil? Pero ¿quién coño llama a estas horas?

Nora seguía en brazos sin identificar las palabras mágicas de entre los sonidos que emitía su ama. La pantalla del móvil mostraba el nombre de la persona que llamaba: «Andrea veterinaria».

Al otro lado de la línea una angustiada Andrea lanzaba frases inconexas:

—¡Sandra, necesitamos toallas, fregonas, cubos! ¿Estás despierta ya? ¡Tienes que venir! ¡Deprisa! El río se ha desbordado y ha inundado la clínica. ¡Date prisa! Tráete botas de agua y ropa vieja. ¡Ah! Y si tienes cepillos y bolsas de basura también, todo lo que puedas coger.

Sandra acertó a emitir un leve sonido, como si pretendiera iniciar el proceso de construcción de una frase, pero Andrea ya había colgado.

Se vistió a toda prisa. Nora la observaba muy atenta desde la cama. Sandra corría de un lado para otro por toda la casa abriendo armarios y cajones a la vez que terminaba de arreglarse. Metió todo lo que pudo encontrar en bolsas de basura, se calzó las botas de agua y salió por la puerta de manera atropellada.

El trayecto hasta Coímbra le resultó corto pero intenso. El tremendo caudal de agua que caía del cielo, sumado al fuerte viento, dificultaba mucho la conducción. Cuando aparcó en la clínica, se percató de que los coches de Laura, Yolanda, Verónica y Beatriz ya estaban allí, junto con algunos más. Después se enteraría de que la

Policía Municipal de Móstoles había dado el aviso a todos los dueños de las construcciones colindantes al río para que se personaran inmediatamente en sus inmuebles. El desbordamiento se produjo alrededor de las tres de la mañana como consecuencia de las intensas lluvias de todo el fin de semana. Andrea llegó a la clínica sobre las cuatro y, en cuanto fue consciente de la situación, avisó una por una a las chicas y a los empleados de mantenimiento.

Sandra cogió todas las bolsas como pudo y empujó con la espalda la puerta metálica de la entrada. El caminito empedrado y las enormes vasijas que lo adornaban con sus coloridas flores habían desaparecido. El agua bajaba por las escaleras como si fuera una fuente de barro. Decidió rodear el chalé y entrar por detrás. Cuando dobló la esquina, el paisaje era aterrador. Debido a las tumbas excavadas, el terreno no estaba compacto, lo que facilitó que el agua del río arrastrara toda la tierra a su paso. Decenas de kilos de barro y cadáveres de animales se agolparon contra la puerta de la sala de hospitalización, provocando su apertura sin necesidad de la radiografía. El agua y los cadáveres, junto con una cantidad ingente de tierra, inundaron toda la clínica en escasos segundos. Los huesos de los animales quedaron esparcidos por toda la estancia. Los chicos de mantenimiento fueron los responsables de abrir la puerta de entrada a modo de drenaje para que el agua no siguiera acumulándose en las consultas. Ahora se encontraban en la parte trasera intentando colocar maderas para atrancar la puerta y tratar así de taponar la mayor entrada de agua.

—Las chicas están dentro tratando de salvar los muebles —dijo uno de los chicos de mantenimiento.

El otro ni siquiera le devolvió el saludo y se mantuvo callado. «Ese es el chivato, seguro», pensó Sandra.

Saltó por encima de las maderas y se introdujo de lleno en la sala de hospitalización. A su derecha, el cuarto del congelador, donde ella y Marcos habían pasado buenos ratos durante el verano en ausencia de Verónica, aparecía ahora completamente inundado. Algunos huesos se habían enganchado a los barrotes de las jaulas. Parecían las celdas para prisioneros de un barco pirata. Mientras avanzaba hacia el interior de la clínica, Sandra se recordaba a sí misma a Rose cuando corría en busca de su amado Jack esposado en las entrañas del Titanic. Afortunadamente, no estaban en mitad del océano Atlántico y los cadáveres que flotaban no eran de personas, pero, cuando de repente se apagó la luz y toda la clínica quedó sumida en una escalofriante oscuridad, Sandra se sintió como se debieron sentir aquellos desafortunados pasajeros en el insumergible. El agua había llegado a la altura de los enchufes y el diferencial del cuadro general hizo su función. Sandra sacó su teléfono móvil y encendió la linterna. En el pasillo de comunicación entre consultas se encontró con Andrea.

—¡Ah! Hola, Sandra, ya estás aquí. ¿Qué has podido traer?

—Pues un poco de todo, sobre todo toallas y bolsas de basura.

—Vale. Ayuda a Yolanda, que está en el *office* intentando sacar el agua para que no se estropeen las mesas, porfa —dijo Andrea mostrando agotamiento.

Sandra abrió la puerta del *office* y se chocó de frente con Yolanda.

—¡Hola, Sandra! Justo salía a buscar ayuda. Tenemos que quitar la puerta para sacar toda el agua. Si no, ¡es imposible! —gritó.

Sandra dejó las bolsas y las toallas encima de una de las mesas.

—Vamos, agarra del picaporte y a la de tres tiramos hacia arriba. ¡Una, dos, tres!

Entre las dos consiguieron desencajar la puerta de las bisagras y la sacaron fuera para que los chicos de mantenimiento la pudieran utilizar de barrera. Volvieron y, utilizando los cepillos y las fregonas, consiguieron sacar todo el barro.

Laura apareció por la puerta de la consulta 2.

—Chicas, estamos consiguiendo sacar el agua acumulada, coged todas las toallas y las ponéis en la sala de hospitalización para que deje de pasar para dentro, ¿OK? —Las chicas asintieron.

Verónica y Beatriz ya habían colocado más de diez toallas en el suelo de la sala de hospitalización cuando entraron Yolanda y Sandra con siete toallas más.

—Dejadlas aquí, nosotras las colocamos. ¡Iros a por más! —gritó Verónica.

Sandra corrió al *office* a coger las que ella había traído mientras Yolanda recogía las que todavía estaban secas en la recepción.

Andrea intentó subir el diferencial varias veces. Todavía saltaba. Había que desmontar los enchufes mojados y secarlos por dentro. Salió a la parte de atrás en busca de uno de los chicos de mantenimiento.

—Por favor, necesito que uno de vosotros desmonte unos cuantos enchufes para secarlos, que no me deja subir el diferencial.

Elmer, el presunto chivato que le contó a Verónica lo de Sandra y Marcos, se incorporó y fue en busca de la caja de herramientas. Mientras, Jorge terminaba de clavar la puerta del *office* encima de las maderas, consiguiendo crear una barrera sólida. El agua ya no penetraba en la clínica en grandes cantidades, y lo poco que se filtraba era absorbido por las toallas que Verónica y Beatriz habían colocado estratégicamente.

Sobre las doce de la mañana la tormenta amainó y se convirtió en una fina lluvia. El caudal del río descendió lo suficiente para que el muro exterior perimetral lo mantuviera aislado del malogrado cementerio. Andrea reunió a todos en la sala de espera.

—Chicos, muchas gracias a todos por venir tan rápido anoche. He

hablado con los del seguro y me han dicho que no podemos tocar nada hasta que venga el perito y haga una valoración de los daños, así que marchaos a casa y descansad. Ya os llamo con lo que sea, pero lo más seguro es que no podamos abrir hasta la semana que viene. Contrataré una empresa de limpieza y desinfección para que arregle este desastre. Tomaros el resto de la semana libre y estad atentos a los teléfonos por si os tengo que llamar, ¿OK? Muchas gracias.

Todos asintieron cabizbajos. Andrea se dio la vuelta y desapareció por la puerta de la consulta 1. Atravesó el pasillo hacia la sala de hospitalización, saltó por encima de aquella mezcla ingente de toallas, barro, huesos y madera, y salió al antiguo cementerio. La llovizna que ahora humedecía su rostro como una brisa marina disimulaba las lágrimas. Andrea paseó la mirada por el improvisado camposanto para animales. Se sentía abatida, derrotada. Se sentó en la piedra que había debajo de la ventana. «Esto no está bien. Haber engañado a los dueños de los perros para que los enterraran aquí con el fin de profanar las tumbas y abrir los cadáveres en canal sin su consentimiento ha sido un acto ruin, aparte de ilegal. Muchos de los dueños eran niños. A ellos les había prometido que su mejor amigo iría al cielo de los perros. Ahora ese cielo está desparramado por el suelo. El cielo no es más que barro y agua sucia. O un congelador de grandes dimensiones. O un horno crematorio. O, en el peor de los casos, el cielo no es más que un contenedor de basura», pensó Andrea. Se sentía miserable y cruel. Sabía que no tenía derecho a jugar así con los sentimientos de la gente. Lo había hecho por una buena causa, sí, una causa que ya le parecía inalcanzable. Ahora se torturaba a sí misma. «Pero ¿qué te has creído? ¿Que ibas a descubrir una nueva enfermedad y su cura? Eres una estúpida engreída. Esas cosas son dignas de grandes médicos, de mentes privilegiadas que entran en los libros de historia, no de una simple veterinaria», se lamentó. Pensaba que se había sobrevalorado, sin duda. Había jugado a los investigadores y la vida le había dado una lección de humildad en forma de barro y mierda.

—Los perros se mueren en extrañas circunstancias, de acuerdo, pues dejemos que los verdaderos médicos encuentren la explicación. Tú dedícate a poner inyecciones, que es lo único que sabes hacer —dijo Andrea en voz alta, hablando sola.

Estaba furiosa. Ahora las lágrimas eran de rabia, de rabia e impotencia. El planeta que pretendía descubrir se le había caído encima en forma de agua y huesos. De repente escuchó su nombre:

—¿Andrea? —dijo Sandra desde la esquina opuesta—. Perdona, no te encontraba, ya se han ido todos, y yo también me voy a ir. ¿Te encuentras bien?

Andrea se secó las lágrimas rápidamente e intentó fingir cierta entereza.

—Sandra, ven un momento antes de irte, que quiero hablar contigo.

Sandra se acercó disimulando su malestar al observar varios cadáveres que todavía quedaban semienterrados en el cementerio.

—Tenías razón —dijo Andrea e hizo una pausa de varios segundos. Sandra esperó—. Se acabó esta estúpida investigación. A partir del lunes que viene volveremos a la normalidad. Arreglaré este desastre para que vuelva a ser un jardín y la gilipollez del cementerio se terminó para siempre. Siento haberte puesto en peligro con mis locuras, Sandra. No era mi intención. Debí hacerte caso. No era cuestión de jugar a los detectives; tenía que haber pasado el caso a veterinarios de verdad para que descubrieran la causa de la enfermedad. Llevo casi dos años con esto y me he dado cuenta de que me viene grande. Pero por fin lo he comprendido. He sido una estúpida y me avergüenzo de lo que te he obligado a hacer. ¡Joder, que casi te disparan con una escopeta! —exclamó horrorizada, como si de pronto fuera consciente de la gravedad de los acontecimientos—. Quiero compensarte por ello y he pensado que te mereces una oportunidad. A partir de la semana que viene nos dedicaremos exclusivamente a la clínica. Intentaré enseñarte todo lo que sé de la profesión y jamás volveremos a hablar del tema. Si viene algún caso nuevo, lo remitiremos a otras clínicas para que lo estudien y nos olvidaremos de este asunto, ¿de acuerdo?

Sandra le sostuvo la mirada con incredulidad durante unos segundos.

—¿Ya has terminado de llorar o vas a seguir fustigándote un poco más? ¿Qué hay de eso de «yo nunca dejo un trabajo a medias, repito, nunca dejo un trabajo a medias, siempre termino lo que empiezo»? Lo único que me creo del discurso que me acabas de soltar es lo de que casi me disparan con una escopeta. Eso sí es cierto. Lo demás, no te lo crees ni tú. ¿Quién mejor que la gran Andrea Soler Molina —dijo Sandra poniendo una voz solemne— puede resolver este asunto? ¿Eso era todo lo que tenías que ofrecer? ¿Para esto te has esforzado tanto todos estos años? ¿Para rendirte a la primera de cambio? No es el concepto que tenía de ti, la verdad. ¿Estás segura de querer abandonar?

—Pues sí. Lo siento si te he decepcionado. Pero es lo que hay. Me rindo, abandono. Y ahora déjame sola. Lo último que necesito es que me sermoneen. No hagas que me arrepienta de ofrecerme a enseñarte. Lárgate de mi vista —escupió dejando volver a la antigua Andrea que convertía en un infierno la vida de todo el que estuviera a su alrededor.

—Pues ¡de puta madre! —exclamó Sandra enfadada—. A partir del lunes dejaremos morir a los perros. No hay problema, jefa, lo que

usted mande. Nos vemos el miércoles en el juzgado. Adiós. Se dio la vuelta y desapareció rodeando la fachada hacia la puerta principal.

***

Eran las ocho menos cuarto de la mañana del 25 de septiembre. Andrea ya se encontraba en el Juzgado de Primera Instancia de Móstoles cuando Sandra abrió la puerta de la salita de espera. Presentó su DNI a la secretaria de turno y se sentó tres filas más atrás.

—Venga, hombre, Sandra. ¿Todavía estás enfadada? Ya te he pedido perdón. ¿Qué más quieres? —preguntó Andrea.

Se lo había escrito por WhatsApp varias veces estos días. Pero Sandra no había contestado.

—Ya sabes lo que quiero: que rectifiques, que sigamos investigando. Si lo seguimos intentando, seguro que al final descubrimos algo —dijo Sandra con voz neutra.

—Es que ya te lo he dicho: no puedo más. Tú solo llevas un par de meses con esto, pero yo llevo dos años, y al final mira dónde hemos terminado.

—No pasa nada, empecemos de nuevo. Repasemos todo otra vez. Puede haber algún detalle que hayamos pasado por alto, no sé… ¿Por qué no me dejas todos tus apuntes para que les eche un vistazo? No perdemos nada. A lo mejor si los volvemos a leer…

Una chica joven vestida con chaqueta y falda oscura abrió la puerta.

—¿Andrea y Sandra?

—Sí —dijeron las dos al unísono.

—Por aquí, por favor.

Las chicas se extrañaron al entrar en la sala donde se iba a celebrar el juicio. Era una sala muy pequeña. Tan solo tres filas de bancos y la mesa del juez. No tenía nada que ver con las que se veían en las películas. No había mesas separadas para la acusación y la defensa, ni tribuna para contestar a las preguntas de los prestigiosos abogados, ni atril para jurar decir la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad ante la Biblia, ni nada. Pero no fue eso lo que más les extrañó. Lo que más les llamó la atención era la ausencia de Jesús Robles (don Pimpón). ¿Le habrían citado para otro día debido a sus otras cosas pendientes o simplemente no había aparecido?

—Si al menos supiéramos qué escondía ese loco en aquel cuarto… —le susurró Andrea a Sandra mientras el juez hacia su aparición por la puerta trasera.

—Ya, pero sabes que eso es imposible o…

«¿O quizá no?», pensó Sandra.

El juez comenzó a leer los datos personales de las dos. No tenían antecedentes penales, así que se entretuvo en relatar de nuevo los hechos tal y como habían sucedido según sus declaraciones. Sandra

bostezó por segunda vez. El Juez le lanzó una mirada inquisitoria y, considerando que las estaba aburriendo, pasó directamente a la sentencia:

—Bien —dijo después de aclararse la voz—. En los artículos 202 y 203 del Código Penal se establecen las penas por allanamiento de morada de la siguiente manera: «La persona que entre contra la voluntad de su titular en el domicilio de una persona jurídica pública o privada, despacho profesional y oficina, o en un establecimiento mercantil o local abierto al público fuera de la hora de apertura, será castigado con una pena de prisión de seis meses a un año, y una multa de seis a diez meses. —El juez hizo una pequeña pausa y prosiguió—: El castigo en el caso de que el allanamiento de morada se ejecute con violencia o intimidación, entrase o se mantuviese contra la voluntad de su titular en el domicilio de una persona jurídica pública o privada, será de una pena de prisión de seis meses a tres años». Y he aquí la cuestión que nos atañe. Según las declaraciones de la Policía, ambas os encontrabais en el suelo, en posición de defensa, mientras que el otro individuo implicado estaba de pie en actitud agresiva. Según los datos de los que dispongo, el allanamiento se produjo sin violencia y sin intimidación a terceras personas. Hecho por el cual me debo remitir al párrafo dos del artículo 202 del Código Penal y resuelvo que Sandra y Andrea quedan condenadas a pena de prisión de seis meses y multa de nueve meses. Como las acusadas aquí presentes no cuentan con antecedentes penales, no entrarán en prisión, pero quedan obligadas a saldar la multa de nueve meses en un plazo máximo de tres. Se levanta la sesión.

El juez recogió los papeles de la mesa con avidez y salió de la sala.

La secretaria joven vestida con chaqueta y falda les dijo que esperasen en la salita unos minutos.

—Joder, ya sé por qué se llama juicio rápido —dijo Andrea.

—¿Y qué significa multa de nueve meses? —preguntó Sandra visiblemente preocupada.

—Tranquila, es una multa económica. Me he estado informando. Por lo visto cuando te sancionan en un juzgado por cometer un delito y la sanción es económica, el juez determina la cuantía de la sanción y el número de días en el que tendrás que hacerla efectiva. A nosotras nos ha dicho que nueve meses y tenemos que pagarla en un máximo de tres. Falta saber cuál es la cifra por día y a cuánto asciende la suma total. Por ejemplo: si son nueve meses a seis euros diarios, serían un total de 1620 euros cada una. Eso lo pondrá en la sentencia que tenemos que firmar ahora. Pero no te preocupes porque lo voy a pagar yo —dijo Andrea apretando los labios—. Es lo justo, yo te he metido en esto.

—Bueno, no sé… La verdad es que con mi sueldo de becaria…

Vale, acepto, lo pagas tú y quedamos en paz por lo del otro día —dijo Sandra mostrando una sonrisa condescendiente.

—Hecho. Y te quitas ya esa cara de ajo que tienes, que con la mía es suficiente.

***

Sandra se presentó el domingo en casa de sus padres dispuesta a resolver ese «¿o quizá no?» que le había venido a la mente en el juzgado. Andrea le mandó el jueves todos los apuntes de su investigación por correo electrónico, y Sandra había pasado todo el fin de semana revisándolos. Los datos se le acumulaban en la cabeza sin que consiguiera establecer ninguna conexión entre ellos. Estaba saturada mentalmente, pero sabía que, si no encontraba nada pronto, Andrea tiraría la toalla definitivamente. Por eso era importante resolver su «¿o quizá no?» esa misma mañana.

Mercedes abrió la puerta.

—¿Qué tal, hija? ¿Cómo estás? —preguntó mientras la escudriñaba.

—Bien, mamá, como siempre. ¿Y Alicia? —dijo rebuscando con la mirada por el salón—. ¡Hola, papá!

—¡Hola, hija! —contestó Roberto sentado en el sofá con su periódico dominical sobre las rodillas.

—Pues todavía no se ha levantado. No es que llegara muy tarde ayer, pero tuvo que estar bebiendo, porque vino roja como un tomate y se fue directamente a la cama —dijo la madre bajando el tono.

Roberto se arrellanó en el sofá soltando un sonoro suspiro mientras pasaba las páginas del periódico con energía.

Sandra le observó desde la distancia y esbozó una leve sonrisa.

—Pues voy a despertarla, que tengo que preguntarle una cosa.

—Si te atreves, tú sabrás lo que haces. Lo mismo no le sienta muy bien que la despiertes —dijo Mercedes camino de la cocina.

—Me arriesgaré.

Sandra recorrió el pasillo hasta su antigua habitación. Aunque la casa tenía tres habitaciones, ella y su hermana siempre habían dormido juntas en la misma; Sandra en la litera de arriba y Alicia en la de abajo.

La habitación estaba totalmente a oscuras (Alicia había bajado la persiana del todo, cosa que nunca hacía de pequeña porque le daba miedo) y apestaba a alcohol. Sandra levantó la persiana y abrió un poco la ventana para descargar el ambiente. Eran las once y media de la mañana, y el sol ya brillaba con fuerza. La luz inundó la habitación, incomodando a Alicia, que se tapó la cabeza con la sábana.

—Pero ¿qué coño haces, hermana? —farfulló con la cabeza metida entre la almohada y la sábana.

—¿Yo? Nada. La pregunta es qué haces tú todavía en la cama, que son casi las doce, y encima con esa peste a alcohol. Tienes a papá

contento en el salón ¿Dónde estuviste ayer?

Alicia sacó la cabeza muy despacio. Entreabrió un ojo mientras se llevaba las manos a la frente.

—¡Dios! Baja un poco la persiana, que me vas a dejar ciega. Y habla más bajito, que me va a explotar la cabeza. Bueno, mejor no hables.

Sandra se apiadó de ella. Se recordó a sí misma el sábado anterior después de la noche en casa de Andrea y volvió a bajar la persiana. Pero no del todo.

—¿Qué hora dices que es? —preguntó Alicia agonizando.

—Las once y media pasadas.

—Ah, ¿y qué haces aquí tan pronto? Bueno, espera, no me lo digas, creo recordar que ayer me dijo Macarena que la habías llamado varias veces y que le habías escrito un par de wasaps, ¿no? Alguna cosa le quieres pedir seguro.

—¿Ah, sí? ¿Eso te dijo? ¿Así que estuviste con ella ayer? ¿Y se puede saber por qué no me coge el teléfono ni me contesta a los mensajes? ¿Qué le he hecho yo? ¿Está enfadada conmigo o algo?

—¡Puf! Espera, espera, espera. Lo primero, tráeme un cubo de agua, o, mejor, un bidón de agua y un Espidifen de la cocina. Eso para empezar. Y ya luego vamos viendo —dijo volviéndose a tapar la cabeza con la sábana.

Sandra volvió al cabo de unos segundos con una botella de agua, un vaso, una cuchara y un Espidifen. Lo dejó todo encima de la mesilla.

—Aquí tienes, borracha. Noches alegres, mañanas tristes. Es lo que tiene. ¡Que ya te vas haciendo mayor para estas cosas!, ¿no?

—Eso parece, sí —dijo Alicia incorporándose a duras penas.

Se bebió media botella de agua de un trago. Vertió un poco en el vaso para diluir el ibuprofeno y, mientras le daba vueltas con la cuchara, preguntó a su hermana:

—A ver, entonces, desembucha. ¿Qué es lo que quieres?

—Es que quería comentarle una cosa a Macarena y te venía a preguntar si habías hablado con ella estos días porque como no me coge el teléfono… Pero si ya me dices que ayer estuviste con ella supongo que está bien y eso. Vamos, que no me ha contestado porque no ha querido.

—Ya, ya. Como te acabo de comentar, me lo dijo, pero es que anda con un marrón importante en el trabajo. Y, además, ya sabes que ella pasa bastante del teléfono. —Marrón importante era quedarse muy corta teniendo en cuenta lo que le confesó Macarena la noche anterior, pero tampoco quería contárselo a su hermana a la primera de cambio, a no ser que fuera estrictamente necesario.

—¿Y no puedo hablar con ella? ¿O si no voy a su casa un momento, y ya está?

—Joder, pero ¿tan importante es? ¿En qué lío te has metido? ¿Ha pasado algo? —preguntó Alicia intentando prestar atención al lenguaje corporal de su hermana, que ya la estaba avisando de que, efectivamente, algo había pasado.

—A ver, líooo, líooo, tampoco. Hemos tenido un pequeño problemilla mi jefa y yo. Quería saber si Macarena podría echar un ojo al expediente de una detención.

—¿Es que te han detenido? Pero ¿qué coño has hecho? —preguntó Alicia sorprendida.

Sandra dudó unos instantes antes de responder.

—Vale. Te lo voy a contar, pero ni una palabra de esto a nadie. Secreto de hermanas, ¿estamos?

En esa misma habitación se habían contado multitud de secretos cuando eran pequeñas. Los secretos de hermanas siempre se respetaban. Jamás se confesaba un secreto de hermana bajo ningún concepto. Ni siquiera en el más duro de los interrogatorios pertrechado por su madre. Ni bajo la tortura de los peores castigos, como quedarse sin cenar o sin ver sus dibujos animados preferidos durante una semana. Eran secretos inconfesables que se llevarían a la tumba. Un pacto entre hermanas. Podrían enfadarse, pelearse, incluso insultarse, pero los secretos eran sagrados. Los vínculos que unen a las hermanas son muy fuertes. Una hermana puede ser tu mejor amiga y tu peor enemiga al mismo tiempo. Es una parte de ti, esa parte de ti misma que eres capaz de querer y odiar como a nada en este mundo, pero que jamás traicionarías. Y, francamente, ahora mismo Alicia odiaba a su hermana Sandra por haberla despertado en ese estado tan lamentable en el que se encontraba, pero un secreto de hermanas había que escucharlo, aunque fuera con una resaca tremenda.

Sandra le contó la historia de la *investigación* con todo lujo de detalles, desde que sorprendió a Andrea en plena autopsia hasta la sentencia del juez (que acabó condenándolas a pagar siete euros al día durante nueve meses).

Alicia se quedó unos segundos pensativa cuando Sandra finalizó el relato. Estaba flipando.

—Así que para eso era lo del cementerio… —masculló.

Después de una larga lista de peros, porqués, «increíble» y «no sabía que tú también estabas loca», se serenó un poco y resumió.

—Entonces, si lo he entendido bien, lo que queréis es que Macarena consiga el informe para averiguar qué escondía ese tío allí dentro, ¿no?

—Exacto.

—No sé si Macarena puede hacer eso, en el hipotético caso de que quiera hacerlo, quiero decir. Además, ya te digo que precisamente ahora no la pillas en su mejor momento —dijo arrugando la nariz.

—Joder, pero ¿le ha pasado algo o qué? Ahora tengo curiosidad. ¿Me lo vas a contar o tengo que torturarte? Porque en ese estado en el que estás, no me va a costar mucho trabajo, me basta con ir a la cocina a por una cacerola y una cuchara, y estás cantando todo en diez segundos —dijo Sandra con una sonrisa maliciosa.

—No puedo.

—Venga ya. ¿Te acabo de contar que he dormido en un calabozo con una yonqui después de que me pusieran una escopeta de caza en la cabeza, y tú no me vas a contar qué le pasa a Macarena? Si se entera Andrea de que te lo he contado me mata, ¿sabes?

Alicia guardó silencio mientras se masajeaba las sienes.

—¡Joder! —exclamó—. Pero esto no es un secreto de hermanas, esto es «como le cuentes algo a alguien o se entere Macarena de que te lo he contado, estás muerta», ¿estamos?

Sandra asintió con una mueca complaciente.

***

El día anterior, es decir, el sábado, Alicia y Raúl se quedaron a comer después del trabajo. En el taller de Roberto se trabajaba todos los sábados, pero solo medio día, hasta las dos de la tarde. Estuvieron comiendo en El Gruñidor, por aquello de no alejarse mucho del taller donde después tomarían su particular postre, aparte del que les ofrecieran en el restaurante, claro. Hacia las seis de la tarde, ya saciados sus deseos sexuales, Alicia se despedía de Raúl en la valla exterior del taller, cuando comenzó a sonar su teléfono móvil. Era Macarena. Despachó a Raúl con un beso apresurado y, cerrando la puerta, volvió al interior para apagar luces y conectar la alarma. Descolgó.

—¿Qué pasa, tía? ¿Qué tal?

—¡Hola, Alicia! ¿Dónde andas? ¿Estás en casa? —contestó Macarena con voz funesta.

—Joder, ¿te pasa algo? Estás superseria.

—Bueno, a mí personalmente no, vamos, que estoy bien, que no me ha pasado nada, quiero decir. Es del trabajo, ha ocurrido algo muy fuerte. Necesito contárselo a alguien, tía. ¿Dónde estás? ¿Te paso a buscar?

—Pues ahora mismo cerrando el taller.

—¿A estas horas?

—Bueno, sí, es que me he quedado un rato con Raúl, ya sabes…

—Ya, comprendo. Bueno, pues voy para allá. En diez minutos estoy ahí.

—Venga, vale.

Alicia terminó de cerrar las puertas y conectó la alarma. Macarena no era una persona a la que le gustara demasiado contar sus cosas. Era más bien reservada para sus temas personales. Si se iba a tomar la

molestia de ir a buscarla para contarle algo es porque era realmente importante. De repente Alicia se notó algo nerviosa. «¿Qué me querrá contar? Ahora me ha dejado con la intriga», pensaba mientras esperaba en la calle. A los diez minutos exactos Macarena estaba aparcando su coche enfrente del taller. Como era sábado por la tarde, el polígono estaba vacío y había sitio de sobra.

—He aparcado, pero en realidad lo que quería es que nos fuéramos a tomar algo por ahí —dijo bajando del coche.

—¡Qué dices, tía! Mira qué pintas, que llevo toda la mañana currando. Si quieres, entramos en El Gruñidor, que todavía estarán limpiando estos dos y seguro que una cerveza sí nos dejan tomar.

—De cerveza, nada. A mí lo que me hace falta es un copazo. Porque has comido ya, supongo, ¿no? ¿O es que te has pasado la tarde follando en el taller con Raúl?

Alicia soltó una enérgica carcajada.

—No, no. Hemos comido primero. Ya se va haciendo una mayor. Hay cosas que ya no se pueden hacer con el estómago vacío.

—Sí, la verdad es que vamos estando mayores, sí. Qué pena.

Entraron en El Gruñidor y, efectivamente, ahí estaban Antonio y Rafa recogiendo y limpiando para echar el cierre.

—¿Nos da tiempo a tomar una copita o ya os vais? —preguntó Alicia asomando la cabeza por la puerta.

—Hombre, Alicia, cuánto tiempo —dijo irónicamente—. ¿Quién soy yo para negarle la entrada a semejante belleza? Todavía nos queda un rato limpiando, ¿no ves que mi hermano es más lento que una vieja en un cajero? Mira, de aquí para allá está todo fregado, pero os podéis sentar en esa mesa si queréis —dijo Antonio señalando la mesa más cercana a la barra.

Las chicas se sentaron y pidieron unas copas. Rafa protestaba desde el fondo del local por los jocosos comentarios de su hermano. Antonio, por su parte, les sirvió las bebidas y un plato de frutos secos.

—Aquí tenéis. Y ya sabéis, sin prisa, que aquí nos queda para rato, no os preocupéis.

—Gracias, Antonio —dijo Alicia y, mientras daba el primer sorbo al cubata, se volvió hacia Macarena—. Bueno, ¿qué?, ¿qué ha pasado? Cuéntame, que me tienes en vilo.

—Madre mía, tía —dijo Macarena llevándose las manos a la cabeza —. ¿Estás preparada? Lo que te voy a contar es totalmente confidencial. Esto no puede salir de aquí, ya lo sabes, pero es que necesito contárselo a alguien antes de que me explote la cabeza.

Alicia la observó detenidamente en silencio. La conocía desde que amasaron aquella bola de nieve que impactó contra el retrovisor del autobús (hecho que recordarían dos horas más tarde tras tomarse unas cuantas copas) y sabía reconocer cuándo estaba preocupada de

verdad. Solo había visto esa expresión en su cara unas pocas veces a lo largo de estos años. Y ahora, sin duda, era una de esas veces.

—Supongo que recuerdas el caso de aquellos niños desaparecidos en el área de descanso, por el que acabaron expulsando a mi padre del cuerpo, ¿no?

—Sí, claro.

Alicia sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. Ese era el tema tabú por excelencia de Macarena, así que suponía que lo que iba a escuchar a continuación debía ocupar un puesto muy alto en su *top ten* de preocupaciones, si no el número uno.

—Bien. La cuestión es que, como sabes, aquellos niños desaparecieron como por arte de magia, se los tragó la tierra. La Policía jamás encontró nada, y mi padre, con su investigación particular, tampoco. Hace más de un año que se les da por muertos, debido al tiempo que ha pasado desde la desaparición, pero por lo que he podido averiguar, la niña, al menos, puede que esté viva.

Alicia abrió los ojos de par en par.

—¿Cómo dices?

Macarena levantó la mano.

—Espera, que hay más. Hace dos semanas por fin cerramos el caso en el que he estado inmersa tanto tiempo, ¿sabes? Ese que te venía diciendo todos estos meses que me tenía tan ocupada y que ha durado más de un año. —Alicia asintió sin pestañear—. Pues bien, en esa operación conseguimos incautar muchos DVD, discos duros y puertos USB llenos de material pornográfico infantil procedente de toda España y parte del extranjero. Hemos localizado a unos cuantos pederastas que se dedicaban a grabar este tipo de vídeos y a compartirlos en la red. Hay muchos vídeos de los cuales hemos podido averiguar su procedencia, pero otros muchos que no. La mayoría son grabaciones caseras que los pederastas comparten en sus círculos y que son imposibles de rastrear. La semana pasada, en una de las sesiones de visionado, la vi, Alicia. Vi a la niña. Estoy segura de que es ella. Está cambiada y es más mayor, pero es ella. Te he traído las fotos para que la veas. Es Noelia, la niña desaparecida, junto con su hermano, en el área de descanso en 2013, hace más de cuatro años. He hecho una foto a la pantalla del ordenador y otra a una foto en papel que mi padre conserva de cuando estuvo investigando por su cuenta. Mira.

Macarena le pasó su móvil a Alicia para que comparase las dos fotos. Tras unos segundos Alicia asintió lentamente.

—Es ella, casi seguro. Y, si no lo es, el parecido es sorprendente. No, no, espera, es ella seguro, tiene la misma marca de nacimiento en el brazo.

—Exacto. Es Noelia, Alicia. Eso significa que puede estar en alguna

parte del mundo, viva, y quizá su hermano también. ¿Quién sabe?

—¿Y sabéis dónde puede estar? Es decir, ¿sabéis dónde se ha grabado este vídeo?

—Hay tres problemas: primero, que el vídeo no coincide con ninguno de los pederastas que sabemos que realizan grabaciones; segundo, que por lo que he podido comprobar, el vídeo está grabado en España, sí, pero no he podido averiguar de dónde procede, sé que está grabado aquí, pero España es muy grande, saber dónde y por quién es un problema difícil de resolver; y tercero, que todavía no he comunicado a mis superiores que he encontrado a la niña. Nadie lo sabe, excepto tú.

Alicia interrumpió el trago que estaba dando al cubata, como si le hubiera dado una arcada.

—Pero ¡qué dices, tía! ¿No has dicho nada? ¿Te has vuelto loca? ¡A lo mejor pueden rescatarla de dondequiera que esté!, ¿no?

—Lo sé, lo sé. Pero necesito pensar, Alicia. Si lo digo, alguien lo va a filtrar a la prensa y, cuando mi padre vea la imagen en el telediario, yo no sé qué va a pasar. No sé cómo va a reaccionar ahora que parece que ya está mejor. Además, hay otra cosa…

Macarena hizo una pausa dramática. Alicia contuvo la respiración. ¿Qué otra cosa podía haber más fuerte que encontrar a una niña supuestamente muerta después de cuatro años?

—Anoche desapareció otro niño en la zona del área de descanso. Un niño de trece años. La madre ha denunciado la desaparición a la Guardia Civil esta misma mañana. La familia se ha pasado toda la noche buscándole. Por lo visto son las fiestas del pueblo y volvía de una discoteca móvil que han montado en las afueras cuando desapareció. No llegó a casa. De momento, la prensa no sabe nada, pero no tardarán en enterarse y, cuando eso pase y mi padre lo vea, se va a volver loco, Alicia. No sé qué puedo hacer.

—Joder, tienes que contarle todo antes de que se entere por las noticias, Macarena. En cuanto lo vea, sabrá que tú lo sabías y que no se lo has contado. Y será mucho peor.

—Ya, pero antes de eso debería decírselo a mis superiores. Y ya he cometido un delito ¡Joder! He ocultado información esencial de un caso. Ha pasado una semana desde que reconocí a la niña y no lo he notificado. Estoy bien jodida. Supongo que tendré que hablar con Andrés a ver si me puede ayudar antes de que esto me estalle en la cara.

Las horas pasaron deprisa y, tras un par de intentos infructuosos de mandarlas para casa, Antonio y Rafa decidieron que, si no puedes con tu enemigo, únete a él. Así que en las últimas dos rondas sirvieron también un par de copas de orujo de hierbas (anticongelante, según decían ellos).

—Venga, Rafa, cuéntales a las chicas la que liaste en las fiestas de Móstoles hace dos semanas…

—¡Joder, macho! ¿Qué pasa? ¿Que se lo vas a contar a todo el mundo? Lleva las dos semanas contándoselo a todo el que viene el gilipollas.

—¡Ja, ja, ja! —Antonio soltó una sonora carcajada—. Pues lo voy a contar una vez más si no te importa. Bueno, y, si te importa, también —dijo provocando las risas de las chicas—. Resulta que bajamos al recinto ferial con la familia. Habíamos quedado a las ocho de la tarde, después de que supuestamente cerráramos el bar, pero aquí se juntaron los de la ferretería de ahí detrás y los de la tienda de pinturas, que, con la excusa de que estamos en fiestas y tal, se pillaron una cogorza que nos tuvieron aquí hasta las nueve de la noche. Igual que hoy, vamos… —Alicia y Macarena se lanzaron una mirada de complicidad—. El caso es que hoy solo nos hemos bebido un par de copas con vosotras, pero el otro día a estas horas ya íbamos como ellos, o peor. Nos fuimos del bar sin limpiar ni recoger ni nada. Con eso os digo todo. Echamos el cierre de milagro. Con la borrachera que llevábamos, decidimos que era conveniente bajar en autobús. Y así lo hicimos, dejamos los coches aquí y cogimos la L-1 hasta el recinto ferial. Con el vaivén del autobús aquí mi hermano ya comenzó a revolverse y no se le ocurre otra cosa cuando llegamos a la feria que montarse en el tiovivo con nuestro sobrino de cinco años. Cuando se bajó, ni sobrino ni hostias, ahí le dejó al muchacho, echó a andar haciendo eses directo a uno de los puestos de pulseras y colgantes. Sin poder mantener el equilibrio, se agarró a uno de los palos que hacen de columna para sujetar el toldo y derribó todo el puesto. Les destrozó el chiringuito. Y, no contento con ello, les vomitó todos los abalorios, que se desparramaron por el suelo. La policía municipal le tuvo que sacar de allí escoltado porque los gitanos del puesto le querían matar. «¡Payo hijo de puta! —le gritaban—. *Asín* te parta un rayo. Te voy a echar un mal de ojo que no vas a levantar cabeza el resto de tu vida, primo. Si te meto una tollina, te *farato*». Al final tuvimos que salir corriendo de allí con toda la familia.

Alicia y Macarena reían a carcajadas, en parte por la anécdota, en parte por los efectos del alcohol. Rafa movía la cabeza de lado a lado levantando las cejas exageradamente.

—Tampoco fue para tanto. Según lo cuentas, parece que les destrocé el puesto, y solo se cayeron unas pulseritas.

—Unas pulseritas, dice. Pero ¡si tuvieron que ayudarlos a recoger los de los puestos de alrededor porque no daban abasto! Parecía que les había caído un meteorito encima.

Finalmente, Rafa también comenzó a reírse y, después de tomar la *penúltima*, a las diez y media de noche, los hermanos consiguieron que

las chicas se marcharan para casa, eso sí, en autobús, por supuesto.

***

—Bueno, yo vine andando, creo, porque no me acuerdo muy bien. Sé que estuve con Macarena en la parada del autobús hasta que la vi subirse y luego no me acuerdo de más. Supongo que ella también se habrá levantado jodida, porque íbamos las dos finas —terminó diciendo Alicia.

Sandra se quedó pensativa. No podía molestar a Macarena con sus menudeces después de lo que le acababa de contar su hermana, pero, claro, ¿cómo iba a enterarse de lo que escondía ese hombre allí? Todo su plan genial para conseguir la información se había ido a la mierda en unos minutos. Tendría que pensar en otra cosa o esperar a que se calmaran las aguas en el entorno de Macarena.

—Por cierto —continuó Alicia—, ahora que lo pienso, conseguisteis entrar en el crematorio aprovechando un descuido de los trabajadores de la limpieza, pero… ¿cómo pensabais salir? Os hubierais quedado encerradas. Si no os sacan esposadas, todavía estaríais allí —dijo con una sonrisa maliciosa.

Sandra salió del trance en el que se había sumido tras la historia de Macarena. Una especie de corriente eléctrica había cruzado fugazmente su cerebro en un vago intento de fabricar una idea, de establecer una conexión entre lo que ella sabía y lo que le acababa de contar su hermana. Pero igual que vino se fue.

—Pues la verdad es que ahora que lo dices… no lo sé. Alguna salida habríamos encontrado, supongo.

—Ya. O no. Seréis muy buenas veterinarias, pero como ladronas dejáis mucho que desear.

—¿Ah, sí? Y tú eres una experta, ¿no?

—Hombre, pues no me lo he planteado nunca, la verdad, pero te aseguro que mejor que vosotras desde luego. Para empezar, jamás usaría mi coche particular ni ninguno que estuviera a mi nombre, seguramente utilizaría un coche zombi.

—¿Y eso qué coño es?

—Joé, parece mentira que seas hija y hermana de mecánicos. Un coche zombi de los que tenemos en el taller. De hecho, papá no lo sabe, pero yo tengo uno con el motor tuneado por mí que es un cañón. Me dijo que le tramitara la baja, pero cuando vi que era un Focus RS 500 del 99 no lo pude resistir. Tenía el morro destrozado y el motor para tirar, pero he conseguido acoplar uno de un modelo superior de 350 CV. Lo tengo en la parte atrás, papá no sabe que funciona ni siquiera.

—Muy bien, pero ¿me vas a explicar qué es un coche zombi?

—¡Joder! —Alicia hizo un chasquido con la lengua—. Cuando viene un coche averiado al taller y no tiene seguro a todo riesgo es

muy habitual que la reparación cueste más dinero que uno de segunda mano. Casi siempre los dueños se llevan el coche, pero a veces nos dicen que nos quedemos con él a cambio de que el taller tramite la baja y se encargue del papeleo del desguace. Normalmente se da de baja y ya está, pero a veces lo que se hace es tramitar una baja temporal, que se le entrega al dueño, y el taller se queda con el coche. Esa baja temporal es reversible, es decir, el taller puede dar de alta el coche con otro nombre y venderlo si lo arregla o quedárselo para el taller. El truco está en no darlo de baja definitivamente ni darlo de alta. La baja temporal es un vacío legal. Es como si el coche no tuviera dueño. Está pensado para la gente que quiere dejar el coche parado un largo tiempo porque no lo va a usar, y así no pagar seguros ni impuestos. Después lo reactivas y listo. Si te para la guardia civil en un control, estás jodido, porque el coche está de baja, pero, si cometes un atraco con él, por ejemplo, no habría responsabilidad sobre ningún dueño. Por eso los llaman coches *zombi*. Ahora quieren regular el tiempo de la baja. No tardarán mucho en hacerlo porque se han dado cuenta del fraude. Muchos tienen coches de estos durante años sin pagar seguros, las ITV, impuestos ni nada. Pero no nos hace falta un seguro. El mejor seguro que vais a tener soy yo al volante. ¿Cuándo va a ser el próximo golpe? —preguntó Alicia sonriendo.

—No va a haber próximo golpe, graciosa. ¿Tú qué te crees? ¿Que somos una organización criminal o algo así? Que solo hemos entrado en un chalé y en un crematorio. Y ha sido por una buena razón, no para robar nada.

—¿Y te parece poco? Solo os ha faltado atracar un banco para comprar armas en el mercado negro. Si organizáis otro golpe, me apunto. Necesitaréis a alguien que sepa conducir al menos. Pero… ¿cómo se os ocurre ir con vuestro coche? ¡Madre mía qué pardillas! Cada vez que lo pienso… Ese tío tiene bien apuntada la matrícula, ya te lo digo yo, y más después de haber visto el coche por segunda vez en el crematorio. El tema es a ver qué hace con ella. Pero ¿es que no veis series ni películas policiacas, o qué? Tanto estudiar…, claro. Para ciertas cosas la tele y el YouTube es un medio de aprendizaje muy eficaz —dijo Alicia guiñando un ojo (ya seguramente bajo los efectos relajantes del Espidifen).

—Pues no le veo la gracia, simpática. Estás como una cabra, lo sabes, ¿no?

—Y me lo dice a la que acaban de denunciar por allanamiento de morada…

En ese momento Mercedes asomó la cabeza por la puerta de la habitación.

—¿Vais a salir a tomar el aperitivo o pensáis quedaros ahí toda la mañana?

***

Después de comer Sandra se fue enseguida. Ni siquiera quiso tomar el postre. Su única idea para conseguir la información que necesitaba se había despeñado por un profundo acantilado. Y estaba cabreada. Llegó a su casa con la cabeza aturullada. La historia de Macarena se le entremezclaba en el cerebro con los apuntes de Andrea que había leído y releído un millón de veces. Además, no paraba de pensar en una nueva estrategia para conseguir averiguar lo que escondía don Pimpón en su cuarto secreto. A su madre no le había sentado muy bien que se fuera tan rápido, pero quería dormir. Necesitaba ordenar sus ideas con una buena siesta.

Eran las tres y media de la tarde. Bajó a Nora para que hiciera sus necesidades y volvió a subir en cuestión de minutos. Se puso el pijama y pensó en meterse en la cama, pero decidió que le iba a resultar difícil dormirse escuchando sus pensamientos, así que se tumbó en el sofá y encendió la tele. Nora trepó de un salto y se hizo bola a su lado. Después de cambiar de canal varias veces, Sandra se acordó de un párrafo que escuchó en un monólogo hacía un tiempo: «El mejor somnífero no viene en forma de pastillas, viene en forma de documental de animales de la dos. No hay nada como escuchar el relajante graznido de las foquitas en busca de su madre para caer en un sueño profundo en cuestión de segundos. Es imposible ver un documental de animales sin quedarse dormido, es como si te sedaran. En los quirófanos deberían poner una televisión con documentales de animales en bucle, así evitarían tener que utilizar anestesia. Claro, que se dormirían hasta los médicos, y eso sería contraproducente». Sandra esbozó una sonrisa recordando aquel monólogo. No consiguió acordarse del nombre del cómico, pero tenía su imagen en la mente. Sintonizó la dos, bajó un poco el volumen y dejó el mando en el respaldo del sofá. Hoy el documental no era de animales, pero le daba igual. Cerró los ojos y dejó que la voz del narrador aplicara su penetrante influjo sobre su cerebro. El documental trataba sobre una tribu de Nueva Guinea, los fores, la última tribu en el mundo que practicaba canibalismo. La voz masculina del narrador sonaba en un tono especialmente grave. Hablaba lento, pausado, con la cadencia perfecta para cantar una nana o para contar un cuento antes de dormir. Igual que una radio antigua con las pilas a punto de agotarse. Sandra cerró los ojos y dejó que aquella voz le meciera lentamente hacia un sueño reparador. Las imágenes del entorno en el que vivía la tribu (a las que Sandra no prestaba atención) acompañaban el texto que el hombre recitaba con paciencia: «En la década de los años 50, un grupo de investigadores, entre ellos algunos antropólogos, visitaron una región montañosa de Papúa Nueva Guinea donde vivía una tribu de aborígenes, los fores. Esta tribu tenía la mala costumbre de comerse

a sus familiares muertos. Eran comidos como signo de amor y respeto, como parte de sus rituales fúnebres. Las mujeres, los niños menores de diez años y las personas mayores se comían el cerebro y otros órganos internos, mientras que los hombres, o bien no participaban, o solo comían carne de otros hombres.

»Además de estos gustos culinarios, los investigadores encontraron que los fores padecían una rara enfermedad que ellos denominaban *kuru,* que significa 'enfermedad de la risa'. El kuru llegó a ser una auténtica epidemia entre los fores. En algunos poblados fue la causa de muerte más frecuente. Afectaba sobre todo a las mujeres de la tribu; era ocho veces más frecuente en mujeres, niños pequeños y ancianos que en hombres. Menos del 10 % de las mujeres sobrevivían más allá de la edad de procreación. Los síntomas del kuru comenzaban con problemas al andar, temblores, pérdida de la coordinación y dificultad en el habla. Los síntomas continuaban con movimientos bruscos, accesos de risa incontrolada, depresión y lentitud mental. En la fase terminal, el paciente padecía incontinencia, dificultad para deglutir, úlceras profundas y episodios de ira incontrolada que anunciaban las últimas horas antes de morir. Se trataba por tanto de una grave enfermedad neurológica».

Sandra se había quedado dormida, pero el subconsciente seguía escuchando la voz del narrador. Cuando duermes, el cerebro procesa y ordena los acontecimientos vividos durante el día y asimila los nuevos conocimientos. El cuerpo de Sandra estaba dormido, pero su cerebro, a través del subconsciente, seguía funcionando. De repente, la corriente eléctrica que cruzó fugazmente su cerebro, cuando escuchaba la historia de Macarena a través de la voz de su hermana, estableció una conexión. La fase llegó al interruptor y el vuelta calentó un filamento en alguna parte recóndita de su cavidad cerebral. Fragmentos de frases e imágenes inconexas se sucedían sin parar dentro de su cabeza. Parecían intentar ordenarse en una estructura perfecta, como un diagrama esquematizado donde las ideas se situaban mediante un estricto criterio para ella desconocido: «Eso en neurociencia se llama trastorno depresivo»; «Existe un vínculo entre la tristeza y un circuito neuronal particular que conecta la amígdala a su vez»; «Ira»; «Fluctuaciones emocionales»; «Hipocampo»; «Aquel domingo volviendo de la playa»; «¿Qué ponía en el cartel?»; «Parecía una fábrica, pero… ¿de qué?»; «Os meto en el horno y no os encuentran ni los del CSI»; «Salía mucho humo»; «¿Cómo era el nombre…?»; «Pero eso es horrible, no puede ser»; «El nombre»; «El rótulo era grande»; «Lo viste». Las piezas de un gran rompecabezas se habían caído sobre una mesa y comenzaban a juntarse. Al principio no encajaba nada, pero de repente: «El nombre, el nombre, el nombre…» -pensó.

—¡Profidog! —gritó a pleno pulmón.

Sandra saltó del sillón por encima del respaldo. Nora salió disparada y fue a parar al suelo de la entrada. Desde allí (sin comprender qué demonios había pasado) observaba atónica cómo su dueña alborotaba un montón de papeles encima de la mesa. Sandra había corrido hasta la mesilla para sacar los apuntes de Andrea. Pasaba página tras página desesperada hasta que de pronto se paró en seco. Lo encontró. Dejó que los demás papeles se escurrieran entre sus dedos y lo sostuvo fuertemente.

—¡Hostia puta! —exclamó.

Arrastró la silla hasta la mesa y encendió el portátil. Nerviosa, mientras el equipo arrancaba, siguió observando el documento para cerciorarse de que estaba en lo cierto. Escribió «tribu de los fores» en el buscador de Google. Enseguida apareció el artículo y comenzó a leer todo lo rápido que le permitían sus ojos de recién levantada.

Aunque el kuru no afectaba a otras tribus aborígenes del país, los investigadores descartaron que fuera una enfermedad hereditaria: se extendió muy rápidamente entre los fore durante el siglo xx y no podían ser todos descendientes de un único individuo. Enseguida se relacionó con el canibalismo, que solo practicaban los fore. Desde que se les convenció de que es mejor no comerse a los familiares, el kuru desapareció prácticamente en una generación. No se ha visto ningún caso en los nacidos desde 1957, cuando se acabó con el canibalismo. Varios experimentos llevaron a la conclusión de que el kuru estaba causado por un agente infeccioso que, en ese momento, se pensó que podía ser un virus latente. En aquellos años se creía que algunas enfermedades estaban causadas por algún tipo de virus todavía no identificado, con periodos de incubación muy largos, incluso de varios años, eran las denominadas enfermedades por virus lentos. *Se comprobó que los síntomas del kuru eran muy similares a los de las encefalopatías espongiformes, como el* scrapie *o tembladera de las vacas, y la enfermedad neurodegenerativa humana de Creutzfeldt-Jacob.*

—La enfermedad de las vacas locas —susurró Sandra.

Se apartó el pelo de la cara y siguió leyendo:

En 1972, el joven Stanley B. Prusiner comenzó su investigación para intentar aislar el agente infeccioso que causaba estas enfermedades. Diez años después, Prusiner y su equipo aislaron una proteína infecciosa del cerebro de un animal enfermo a la que denominaron prion. Al principio, la comunidad científica fue muy crítica con la hipótesis de Prusiner, ya que, según él, este agente infeccioso no tenía ni DNA ni RNA. Según Prusiner, existían dos formas de la proteína: La proteína

prion normal (PrPc) y la proteína prion infecciosa (PrPsc). La forma infecciosa de la proteína prion tiene alterada su estructura y se pliega de manera incorrecta. Cuando un prion infeccioso (PrPsc) entra en un organismo sano interacciona con la proteína prion normal (PrPc) que existe en el organismo, y la modifica cambiando su estructura convirtiéndola en prion infeccioso. Esto provoca una reacción en cadena que produce grandes cantidades de la proteína prion infecciosa que se acumula y causa la enfermedad.

Sandra se llevó la mano derecha a la barbilla, pensativa. Ya tenía el teléfono móvil en la otra mano, pero debía pensar unos segundos cómo plantear la llamada para que Andrea no la tomara por loca. Minimizó varias pantallas de búsqueda, dejó toda la información preparada y pulsó la tecla.

—¿Tú qué pasa? ¿Que no duermes siesta o qué? —contestó Andrea algo somnolienta.

—¡Tenías razón Andrea! ¡Es neurológico! ¡El problema es neurológico! ¡Definitivamente!

—No sé de qué me hablas ahora. ¿Has bebido?

—No, coño. Espabila, Andrea, los perros se mueren por una infección llamada *enfermedad de la risa,* que es algo parecido al mal de las vacas locas y…

—Espera, espera —contestó Andrea incorporándose en el sillón beis —. ¿El mal de las vacas locas? Yo estuve en muchas conferencias sobre el tema en su día… No puede ser. Ya comprobé los síntomas, Sandra. Hay muchos que coinciden, por eso lo consideré al principio, pero, después de comprobar la alimentación de los animales, tuve que descartarlo.

—Ya, pero…

—Espera —interrumpió Andrea de nuevo—, te cuento lo que estuve investigando y ahora me dices lo que has encontrado. No lo tienes en los apuntes porque fue al principio del todo, pero lo investigué. De hecho, fue lo primero que pensé —dijo mientras abría su ordenador portátil.

—Ya —insistió Sandra—, pero lo que yo digo es que hay una enfermedad que se llama la *enfermedad de la risa,* que…

—Un momento —volvió a interrumpir Andrea arrastrando las sílabas—. Sí, sí. Ya sé lo que es la enfermedad de la risa, la tribu caníbal aquella, ¿no? Lo vi hace años en un documental y, además, es un tema bastante recurrente cuando hablan de las famosas vacas locas, siempre aparece cuando haces cualquier búsqueda en Internet sobre el tema. Dame un minuto que arranque mi ordenador y te leo lo que investigué sobre el asunto, a ver si tú has encontrado algo diferente o volvemos a estar en un callejón sin salida.

Sandra guardó silencio. De repente se sintió estúpida y dudó sobre

lo que creía haber descubierto. El hecho de que Andrea supiera de la existencia de los fores y su enfermedad era una posibilidad que no había contemplado. ¿Sería posible, entonces, que la terrible hipótesis que le rondaba en la cabeza fuera una estupidez? ¿Ya lo habría comprobado Andrea? ¿Se había precipitado al llamarla? Andrea se aclaró la voz al otro lado de la línea y comenzó a leer en la pantalla de su ordenador portátil.

—Escucha, Sandra, te leo: «La encefalopatía espongiforme efectivamente es un tipo de enfermedad que afecta al cerebro y al sistema nervioso progresivamente. Esta enfermedad no tiene su origen en las vacas, sino en las ovejas y cabras. En realidad, las vacas son víctimas, igual que las personas, de una contaminación alimentaria. Se trata de una enfermedad priónica, es decir, que se basa en el contagio y transmisión de los priones, encargados de degradar las neuronas hasta su muerte. Esta enfermedad, conocida desde 1732, no es trasmisible a los humanos. En España se le llamó *tembladera.* Los investigadores descubrieron que la aparición del síndrome de las vacas locas estaba relacionada con un cambio en la fabricación de los piensos, que se hacían con restos de animales terrestres, entre ellos, cabras y ovejas. Hacia 1981-82, buscando el ahorro en la producción, se había reducido la temperatura y el tiempo a que se sometían los restos de animales. Se descubrió que la tembladera se había transmitido al emplear los sesos de cordero para las harinas del pienso de las vacas. El cambio hizo que los agentes infecciosos no fueran destruidos y contaminaran los piensos. Los priones presentes en los restos animales del pienso llegan hasta el intestino, donde se incorporan al organismo. Luego los priones se extienden lentamente a través del sistema nervioso, siendo capaces de evitar la respuesta del sistema inmunitario. La acumulación de los priones en diversas zonas del cerebro (sobre todo el encéfalo) causa los síntomas de la enfermedad. Lamentablemente, aunque la tembladera no es transmisible a los humanos, la enfermedad de las vacas locas sí lo es. Por algún motivo, los priones de las vacas son capaces de engañar al sistema inmune humano, que no detecta el prion de vaca como una infección y no lo combate, dejando que se expanda a sus anchas por todo el sistema nervioso. A esta enfermedad priónica en humanos se la denominó *variante de la enfermedad de Creutzfeldt-Jakob».* Es decir —dijo Andrea dejando de leer—, a las vacas se les empezó a alimentar con piensos ricos en proteínas de origen animal. De esta forma engordaban antes y producían más carne. En realidad, estaban dando de comer a las vacas restos de vacas, y les pasó lo mismo que a los de la tribu fore. Si las vacas hubieran comido hierba en vez de pienso fabricado con restos de vacas, no se habrían vuelto locas. Y, si los fores no se hubieran comido los sesos de sus familiares difuntos, no

habrían contraído la enfermedad de la risa.

Sandra escuchaba atenta con el altavoz del móvil activado mientras consultaba sus páginas de Internet. Tras un breve silencio Andrea prosiguió:

—Ahora bien. Yo analicé los piensos que habían comido los perros que llegaron a la clínica. Como sabes, elaboré una lista con las distintas marcas y busqué en ellos restos de proteínas infecciosas de animales terrestres. Como también sabes, no encontré nada. Por eso descarté esa opción y me centré en los venenos y drogas.

—Vale —dijo Sandra rompiendo su silencio—, pero hay un detalle que se te escapó.

—¿Ah, sí? ¿Cuál? Habla.

—Escucha: hay una enzima que solo se encuentra en el cerebro de los humanos en una cantidad determinada, regulada por la amígdala. Los animales no contienen esta enzima, por eso las vacas se volvieron locas, pero no agresivas. Les afectó al cerebro y al sistema nervioso progresivamente, formando una infinidad de pequeños agujeros a su paso, sí, pero no se volvieron agresivas en ningún momento. Como ya sabes, en el sistema límbico se encuentra la amígdala cerebral. La amígdala se encarga de regular la cantidad de enzimas que generan la defensa contra los peores sentimientos que tenemos los seres vivos. Cuando un organismo muere, esta enzima sigue reproduciéndose sin el control de la amígdala durante días, semanas, meses o incluso años después de muerto. Si introduces tal cantidad de estas enzimas en un organismo vivo sin que la amígdala de dicho organismo las haya fabricado y regulado por sí misma, se produce el famoso efecto prion. Es decir, lo que estamos diciendo, que la enzima mala, al ser más numerosa, infecta a las buenas y desata un desequilibrio en el cerebro que puede generar ira, miedo, tristeza descontrolada, ansiedad, pánico, y así hasta que el cerebro se colapsa y provoca la muerte.

—Ya, ya —dijo Andrea—. Todo eso lo tengo claro, pero, a ver, extraer enzimas de los alimentos y aislarlas es un proceso muy complicado. Además, yo no tengo medios para hacerlo. Lo que sí tengo son muestras de los cerebros de los perros que extraje en las autopsias, pero yo no puedo saber si las enzimas que se hallan en ellos son suyas o no. Yo puedo ver las enzimas, sí, pero no puedo saber su procedencia. No tengo forma de averiguar si están allí por fabricación propia o si han sido introducidas por otra vía, eso es imposible.

—Sí, sí, pero sí podríamos saber si las enzimas son de origen animal o humano, ¿no? Porque son diferentes.

—Hombre, podríamos. Pero para eso necesitaríamos muestras de cerebro humano para poder compararlas, es la única manera. Y ya me dirás de dónde sacamos cerebro humano.

—Comprendo —dijo Sandra dubitativa—. ¡Espera! Creo que tengo

una idea, te llamo dentro de un rato.

Sandra se disponía a colgar cuando escuchó la voz de Andrea al otro lado.

—¡Sandra! ¡Sandra! Pero una cosa…

—Dime.

—Para eso los perros habrían tenido que comer cerebro humano, ¿y me puedes decir cómo coño han comido cerebro humano? ¿Y de dónde lo han sacado?

—Eso te lo explico en persona, ahora tengo que hacer una llamada. —Y colgó.

CAPÍTULO 12. La morgue

Sofía descolgó el teléfono sin mirar la pantalla. Con su despiste habitual tardó un buen rato en ubicar a Sandra.

—¿Qué Sandra?

—La hermana de Alicia, Sofía.

—Pero… ¿qué Alicia? ¿Mi amiga Alicia? ¡Ah! Sandra, joder, no te había conocido, como nunca hemos hablado por teléfono… ¿Qué te cuentas?

Sandra le contó. Su intención era conseguir una muestra de cerebro de algún cadáver al que Sofía pudiera tener acceso. Sofía se negó; dijo que no pensaba jugarse el puesto de trabajo de esa manera y que tendrían que buscar otra forma de conseguirlo. Pero Sandra no se dio por vencida y le explicó los motivos por los que necesitaban dicha muestra. Además, guardaba un as escondido en la manga. Sabía que Sofía se negaría al principio, pero también sabía que Sofía tenía un perro al que amaba con locura, Rasty, que era un pastor alemán que llevaba con ella desde la adolescencia y siempre estaba hablando de él. Sandra utilizó entonces la vieja técnica del chantaje emocional. Le explicó los síntomas de la enfermedad y le dijo que ningún perro estaba exento de padecerla, que había que buscar una cura lo antes posible.

—Rasty puede ser el siguiente, Sofía, de verdad. Es muy importante conseguir esas muestras. Ayúdanos, serán solo cinco minutos y nos largamos.

Finalmente accedió. Pero Sofía le dijo que necesitaban un plan. De día era imposible colarse en la morgue, demasiada gente; tendría que ser de noche y, teniendo en cuenta lo que estaba en juego, no cualquier noche, esa misma noche.

El turno nocturno se componía tan solo de un guarda de seguridad en la recepción controlando las pantallas de las cámaras de vigilancia. No hacía falta más, no solía haber problemas en un lugar donde solo hay cadáveres. Pero había un inconveniente. La morgue tan solo tenía dos puertas de acceso: la puerta principal estaba cubierta por dicho guarda, y la otra, la puerta trasera (por donde entraban los cadáveres), era una puerta automática de seguridad que se desbloqueaba desde la recepción y que se abría introduciendo un código en un teclado que había en la calle. Al introducir el código correcto, el sistema transmitía un aviso al panel de mando que indicaba que la puerta estaba abierta. Además, estaba videovigilada también. Sofía se detuvo unos segundos para pensar. La única manera de entrar era que ella misma accionara la apertura automática de dicha puerta desde la

recepción. Pero para eso había que eliminar al guarda de la ecuación, y fue entonces cuando Sofía tuvo un momento de lucidez mental totalmente impropio de ella.

—¡Lo tengo! —exclamó—. Le sacaremos de la recepción para que no pueda escuchar el aviso de apertura de la puerta. Sé cómo hacerlo, pero necesitamos la ayuda de Lorena.

—¿Lorena? ¿Para qué? —preguntó Sandra extrañada.

—Félix Llorente, el guarda de seguridad que se ocupa del turno de noche esta semana, es un viejo verde al que le pierden las mujeres. Hace poco le pillaron tocándole las tetas al cadáver de una mujer joven que estaba en la mesa de autopsias. La familia quería saber el motivo de la muerte, por eso se solicitó la autopsia. El cadáver estaba en perfecto estado, y la mujer, de unos cuarenta y cinco años, presentaba un cuerpo escultural y unas grandes tetas operadas. No pudo resistirse. Félix conserva el puesto de trabajo porque, según la empresa de seguridad, cuesta más dinero despedirle que aguantar los pocos meses que le quedan hasta la jubilación. Así que una morena explosiva como Lorena llamando al timbre de la morgue en plena noche será un cebo irresistible para Félix, que abandonará la recepción al instante y saldrá al rescate de la bella dama perdida sin dudarlo. Mientras, vosotras estaréis colocadas enfrente de la puerta trasera, pero fuera del radio de alcance de la cámara de seguridad, y yo me situaré cerca de la recepción. En cuanto Félix abandone su puesto de trabajo, accionaré la puerta y meteréis el código en el teclado. Después, para salir, tengo que volver a desbloquear la puerta desde la recepción, pero ya no hay que meter código y no hay aviso en el panel; ya no es un problema que Félix esté en la recepción, lo he hecho mil veces para salir a fumar, Félix no se extrañará en absoluto, no me costará mucho despistarlo para que no os vea salir por las cámaras de vigilancia.

—Pero ¿Lorena va a querer meterse en semejante marrón? —preguntó Sandra preocupada.

—¿Lorena? ¿Maquillarse, meterse en un vestido, ponerse unos tacones y comprobar como los hombres babean a su paso? No creo que tenga problema, a ella le va el rollo. Además, es por una buena causa y me debe una. Yo la convenzo, no te preocupes. Pero tendréis que pasar a recogerla, eso sí, y después dejarla en su casa.

—Joder, muchas gracias, Sofía. Ya verás como todo sale bien y no te causamos problemas, de verdad. Voy a llamar a mi jefa y esta noche nos vemos. Luego te llamo y concretamos los detalles, ¿OK? ¡Ah!, por cierto, un último favor: ni una palabra a mi hermana de esto, porfa. Prefiero que se entere por mí, ¿vale? Ya se lo cuento yo después, cuanto todo termine.

—Vale, de acuerdo. Pero cuéntaselo pronto, porque a mí se me va

la olla y, si hablo con ella, fijo que se me escapa.

—Quedamos en eso.

Sandra llamó a Andrea y le explicó todo el plan.

—¿Esta noche? —preguntó Andrea sorprendida.

—No podemos esperar. Además, los guardas de seguridad van cambiando de turno y hoy es la última noche de esta semana para el tal Félix. Mañana entra de tarde.

—Ya. ¿Y qué hay de lo de «es una locura colarse en los sitios», «nos van a pillar», «vamos a terminar en la cárcel» y todo eso? Porque, si nos pillan, estamos jodidas. Recuerda que ahora sí que tenemos antecedentes. Esta vez no va a ser una multa económica.

—Esta vez no nos van a pillar, ya no somos nuevas —dijo Sandra. Su voz no dejaba lugar a dudas de que hablaba en serio—. Si estoy en lo cierto, la vida de un niño de trece años podría estar en juego, Andrea.

—¿Cómo? ¿De qué niño estás hablando ahora? ¿Qué dices?

—Luego te lo explico, te paso a recoger a las once.

Esta vez utilizaron el coche de Sandra para desplazarse hasta la morgue. El coche de Andrea, además de que podrían encontrarse con don Pimpón (nunca se sabe), llamaba demasiado la atención con todo el lateral destrozado. Durante el trayecto desde la casa de Andrea hasta la casa de Lorena, Sandra le contó a Andrea la historia de Macarena. Andrea se disponía a realizar su tanda de preguntas cuando Lorena abrió la puerta del portal. Caminaba con cierta dificultad, efectivamente se había metido en un vestido negro ajustadísimo que realzada su potente figura. Digno de mención era también el realce de sus pechos dejando a la vista un escote irresistible para cualquier ojo humano. El set lo completaban unos tacones también negros de diez centímetros, que se quitó en cuanto se subió al coche. Se había recogido el pelo en un moño alto y el maquillaje se lo reservó para el trayecto.

—Si es que el vestido me lo he puesto en el ascensor y los tacones igual, le he dicho a mi madre que había quedado con Sofía para que me diera unas cosas después del curro. Si me llega a ver salir con estas pintas un domingo por la noche y después volver dentro de dos horas, no sé qué va a pensar.

Pues tenía razón. Colarse en una morgue para taladrar la cabeza de un cadáver un domingo por la noche era un plan que ninguna madre vería con buenos ojos. Andrea, por su parte, vestía chándal y zapatillas deportivas. «Por si hay que correr», pensó inocentemente, como si eso la fuera a librar de algo. Esta vez no estaba dispuesta a que la pillaran. Llevaba un pequeño maletín de aluminio donde guardaba un taladro quirúrgico, un par de jeringuillas de extracción y tres tubos de ensayo para muestras. Tratándose de cadáveres, no hacía

falta andarse con delicadeces. No dijo ni una palabra durante el corto trayecto hasta la morgue. La historia que le había contado Sandra daba vueltas en su cabeza como un cochecito en un *scalextric,* solo que sin posibilidad de apagarlo. Si las muestras daban resultado positivo, se encontrarían en una encrucijada que estarían obligadas a resolver, hubiera que hacer lo que hubiera que hacer. Y eso, sin duda, las volvería a poner en peligro.

Llegaron al polígono industrial de Urtinsa sobre las doce de la noche. Este se hallaba a las afueras de Alcorcón, prácticamente llegando al fin de su término municipal, donde comenzaban las dependencias de la ciudad de Leganés. Aparcaron el coche en una calle paralela al edificio de la morgue, por la parte de atrás. El polígono estaba desierto, pero al menos la iluminación era buena y podían distinguir enseguida si alguien se acercaba. El edificio de la morgue era una nave adosada, no demasiado grande, que se encontraba al final de la calle, haciendo esquina. Enfrente del edificio, una pequeña rotonda daba acceso al parque Polvoranca, una gran extensión de campo abierto que albergaba un lago y kilómetros de sendas ideales para pasear en bicicleta. El contraste resultaba, cuando menos, curioso. El parque representaba la naturaleza, el sol, el aire limpio, los animales… La vida. Y justo enfrente, la muerte. Montones de cadáveres llegaban allí a diario para ser cortados, vaciados, maquillados, congelados o preparados para su posterior incineración. Ley de vida.

Mientras Lorena terminaba de maquillarse y peinarse (se había soltado el moño y se estaba alisando el pelo), Sandra escribió un wasap a Sofía.

Sandra:

Ya estamos por aquí, mándame el código de la puerta y cuando estés preparada avisa y empezamos.

Sofía:

OK, el código es 6785, te aviso en cinco minutos.

Sandra se dio la vuelta para dirigirse a Lorena.

—Dice Sofía que cinco minutos. Tienes bien pensado lo que le vas a decir ese hombre, ¿no?

—Sí, sí, no te preocupes, yo le entretengo.

—Vale, escucha: nosotras entraremos por la puerta de atrás mientras tú le distraes. Ahora nos bajamos las tres y dejamos el coche cerrado. Tú te quedas con las llaves y cuando el tío ese se meta para adentro vuelves al coche y te encierras mientras nosotras salimos, ¿OK? No quiero que estés sola por el polígono dando vueltas así

vestida. Echas los seguros y estás pendiente por si salimos con algo de prisa.

—Perfecto. ¡Madre mía!, en los líos que me metéis. No sé cómo me he dejado convencer. ¡Me debéis una!

—Sí. La verdad es que sí. —El móvil de Sandra emitió un breve pitido—. Ya está. Dice Sofía que cuando queramos. ¿Preparada, Lorena?

—Eso creo.

—Pues todo tuyo. Dependemos de ti. En cuanto le saques de la recepción, entramos.

Se bajaron del coche, cerraron las puertas, y Lorena se guardó las llaves en el bolso. Se recolocó el pelo y comenzó a caminar resuelta hacia la puerta principal. Mientras, Andrea y Sandra se acercaron sigilosamente a la puerta trasera. Visualizaron la cámara de vigilancia y se situaron a cierta distancia para no entrar es su campo de visión. Lorena llegó a la puerta. Era una puerta metálica, desde donde se podía ver la recepción. Bajo una tenue iluminación, se encontraba un mostrador de madera blanco y lo que parecía la cabeza de una persona agachada, con la cara iluminada, como si estuviera leyendo o mirando alguna pantalla. Volvió a recolocarse el pelo y el vestido, respiró hondo y pulsó el botón del timbre. Félix Llorente levantó la vista de su teléfono móvil. Sobresaltado, buscó la pantalla que emitía las imágenes de la puerta principal. La cámara de vigilancia mostraba un plano contrapicado del escote de Lorena que sorprendió al adormilado vigilante. De un salto, se incorporó de la silla y salió raudo hacia la calle.

Félix Llorente era un hombre más bien menudo. A sus sesenta y cuatro años había hecho de todo: albañil, taxista, camarero, pintor… Cuando tenía treinta y dos años intentó entrar en la Policía, pero tuvo que conformarse con ejercer de guarda jurado.

Tras un leve zumbido abrió la puerta metálica.

—¿En qué puedo ayudarle, señorita?

—Hola, buenas noches —dijo Lorena algo nerviosa—. Mire, es que me he perdido. Vengo de un pueblo de Toledo a casa de mi hermana, que vive en Leganés, y resulta que me he quedado sin batería en el móvil y, claro, sin GPS. Pues debe ser que me he equivocado de salida y llevo más de media hora dando vueltas por el polígono y no sé cómo salir. No he encontrado a nadie a quien preguntar, esto está desierto, da miedo —murmuró esbozando una sonrisa lo más sensual que pudo —. He visto que aquí había luz y he pensado que a lo mejor había alguien que me pudiera ayudar.

A Félix no se le escapó el erotismo que desprendía aquella sonrisa. Mientras Lorena intentaba explicarse, él dedicó esos segundos a acostarse con ella mentalmente. La repasó de arriba abajo varias

veces. Aquel apretado vestido delimitaba perfectamente la forma de sus caderas, que anticipaban un trasero perfecto. Los tacones hacían el resto.

—Pues, a ver, tiene usted que callejear un poco por el polígono para encontrar la salida a la carretera. ¿Dónde tiene el coche?

—¿Eh? ¡Ah! El coche… Bueno, lo tengo ahí detrás —titubeó Lorena.

—Bien. Pues, mire, tiene que seguir todo recto hasta la rotonda aquella que se ve a lo lejos, la primera no, la segunda salida, y después…

Entre tanto, Sofía ya se había arrastrado por el suelo y estaba debajo del mostrador, evitando así que, si Félix se giraba, la descubriese. Le había dicho a Sandra que, cuando escucharan el zumbido de desbloqueo de la puerta, metieran el código, entraran y la esperaran allí apoyadas en la puerta sin moverse. Sofía apretó el pulsador. De repente un fuerte pitido se escuchó por uno de los monitores de recepción. Sofía se encogió del susto. Ese no era el aviso que sonaba cuando se abría la puerta. Rápidamente se llevó la mano al bolsillo y sacó su teléfono móvil. Volvió a sonar el pitido por segunda vez. Y una vez más. Cada vez que sonaba, parecía que lo hacía con más fuerza que la anterior. Félix, en la calle, interrumpió sus explicaciones y amagó con entrar. Lorena, en un acto reflejo, le cogió la mano.

—Pero ¡no se vaya, por favor! —El contacto físico con aquella mano suave, delicada, femenina provocó que Félix desechara la idea de volver a su puesto de trabajo.

Lorena entonces desplegó todo su arsenal. Levantó los brazos y se llevó las dos manos a la cabeza para revolverse el pelo, impulsando hacia delante sus pronunciados pechos y situando a la altura de los ojos de Félix su atrevido escote. Sabía utilizar sus armas. Con un sutil movimiento se acercó lo suficiente para que el guarda pudiera detectar su penetrante aroma. Volvió a revolverse la melena. El sensual perfume femenino penetró en la pituitaria de aquel hombre, anulando por completo el resto de sus sentidos. Aquella oleada de sensaciones invadió a Félix, que ahora solo podía concentrarse en aquella imponente mujer. Milagrosamente, los pitidos cesaron. Félix se relajó; Lorena también (que por un momento pensó que todo se iba a la mierda). Afortunadamente, el guarda continuó con su explicación.

Mientras, Sofía había conseguido sacar su teléfono y llamar a Sandra.

—Pero ¿qué hacéis? ¡Que nos van a pillar!

—¿Cómo que qué hacemos? ¡Meter el código que nos has dicho!

—¿Qué código estáis metiendo? Es el 6875.

—Pero ¡ese no es el que nos has dicho antes!

—¿No?

—¡No!

—¡Joder! Espera, que desbloqueo la puerta otra vez. ¡Ahora! ¡Mételo!

Un zumbido más potente abrió la puerta. Andrea y Sandra entraron de un salto y apoyaron la espalda en la parte interior. Se quedaron muy quietas, con el corazón golpeando con fuerza en el interior de su pecho.

—Joder con Sofía —murmuró Sandra—. Va y nos da el código mal. Yo la mato.

Andrea la miró con los ojos desorbitados y guardó silencio.

Félix concluyó su explicación y se encaminó hacia el interior, directo al panel de control para comprobar qué era lo que había hecho saltar la alarma. De buena gana se hubiera ofrecido a llevar a aquella exuberante mujer a su destino, pero el deber era el deber, así que no le quedó más opción que echar un último vistazo, despedirse de ella de la manera más sugerente posible y volver a su puesto de trabajo.

Mientras tanto, Sofía corría por los estrechos pasillos de la morgue en busca de Sandra y Andrea.

—¡Por aquí, chicas! ¡Vamos a la zona de los congeladores! —exclamó perdiéndose por una de las puertas de acero inoxidable.

En menos de diez segundos se encontraban en una estancia diáfana y fría, con una tenue iluminación blanquecina que recordaba a uno de los pasajes de la casa del terror. Una de las paredes estaba cubierta de congeladores unipersonales (como si de nichos en un cementerio se tratara) llenos de cadáveres a la espera de ser enterrados o incinerados. Sandra levantó la vista hacia uno de los carteles que colgaba del techo: «Guardad los cuerpos con la cabeza hacia afuera, por favor». Un escalofrío recorrió su espalda.

—Es aquí. Vamos a extraer las muestras de este cadáver. Es un hombre de cuarenta y cinco años al que han estrangulado. Ya le han hecho la autopsia y mañana le incineran. No creo que nadie se percate. Los operarios que lo llevan al horno no se preocupan de nada, lo trasladan y lo meten como si fuera masa madre —dijo Sofía sonriendo—. ¿Estáis preparadas?

Justo en el instante en que Sofía se disponía a tirar de la barra para extraer el cadáver del congelador, alguien gritó su nombre:

—¡Sofía!

—¡Hostia! ¡Es Félix! ¡Rápido, rápido! ¡Por esa puerta! ¡Escondeos ahí dentro! ¡Rápido!

Sandra y Andrea corrieron hacia la puerta que les había señalado Sofía y la abrieron de un empujón.

Sofía, intentando mostrar normalidad, contestó a la llamada del guarda de seguridad y fue a su encuentro.

—¡Estoy aquí!

—¡Ah! Hola, Sofía, es que estaba en la recepción y he escuchado el aviso de alarma de la puerta trasera y he venido a ver qué pasaba. ¿Tú sabes algo?

—Sí, sí, no te preocupes, he sido yo. He salido a fumar y se me ha cerrado la puerta. Encima, no me acordaba del código, así que para entrar he tenido que llamar a María y decirle que me la desbloqueara, porque en la recepción no me lo cogía nadie —mintió.

—Sí, bueno, es que he tenido que salir un momento porque han llamado al timbre y… —de repente Félix se detuvo unos segundos para rememorar el cuerpazo de Lorena— y nada, que vale, si has sido tú, vale, solo venía a comprobarlo. Pero, por favor, no abráis la puerta sin que yo lo autorice, que ya sabéis que luego me echan la bronca a mí. Si queréis fumar, me lo decís y yo os abro, como hacemos siempre.

—Ya, ya, pero como no estabas…

—Ya. Venga, vale, no pasa nada. Pero, porfa, hacedme caso —dijo aparentemente convencido con la versión de Sofía.

En cuanto Félix desapareció de su campo de visión, Sofía sacó el móvil y llamó a su compañera María.

—Dime, Sofía.

—María, una cosa, porfa: si te pregunta Félix, me has tenido que desbloquear la puerta de los cadáveres, ¿vale? Que por lo visto él no estaba en la recepción y te he llamado para poder entrar porque se me había cerrado, ¿OK? Y me has tenido que recordar el código que se me había olvidado, ¿vale?

—Bueno, vale. ¿Qué has hecho?

—Nada, nada, luego te lo cuento. Pero ya sabes, si te pregunta…

—Vale, vale, sin problema. Pero no creo que me pregunte, ya sabes que es tonto del culo, pero vale, lo tengo en cuenta.

—Graciaaaas.

Entre tanto, Andrea y Sandra permanecían escondidas debajo de las mesas de la sala de autopsias. Los cadáveres, a la espera de ser diseccionados, estaban cubiertos por unas sábanas blancas que no llegaban al suelo. Si alguien entraba allí, no le sería muy difícil descubrirlas. La sala de autopsias era una mezcla agobiante de acero y azulejos de porcelana. A lo largo de la pared, había una sucesión de puertas con código de acceso. Las mesas de disección, en este caso cinco, se hallaban en el centro rodeadas de desagües. Sandra se encontraba con las manos y las rodillas encima de uno de esos desagües, pensando, asqueada, en el tipo de líquidos que ese agujero debía tragar. De repente escuchó un ruido metálico, como si alguien hubiera golpeado la mesa que tenía sobre su cabeza.

—Andrea, ¿has oído eso? ¿Has sido tú? —susurró alterada.

—Sí lo he oído, pero pensaba que habías sido tú, que te habías dado en la cabeza o algo así. Yo no me he movido, de hecho, tengo las rodillas destrozadas de estar en esta postura —murmuró.

—¡Joder! No me jodas que ha sido el puto cadáver… ¿Puede ser? ¿Se ha movido el muerto? A mí me va a dar algo, ¿eh? —casi gritó aterrorizada.

De repente, Sofía entró en la sala.

—¡Shhh! ¡Eh! ¿Dónde estáis? Ya podéis salir, Félix se ha ido —murmuró.

—¡Joder! Menos mal, Sofía, yo creo que me estoy volviendo loca, me parece que ese cadáver se ha movido, hemos escuchado un golpe y… —farfulló Sandra mientras salía de debajo de la mesa de acero inoxidable.

—No, no te estás volviendo loca, es que los cadáveres se mueven —dijo Sofía con naturalidad.

—¿Perdona? —se sorprendió Sandra.

—Vamos, vamos. Manos a la obra, que Félix podría volver en cualquier momento. Ahora te lo explico.

Volvieron de nuevo a la sala de congelación. Sofía tiró de la barra y extrajo hacia afuera el carro deslizante, dejando a la vista el cadáver del hombre. Una oleada de aire gélido con un ligero tufo mortecino invadió el ambiente. El hombre, moreno de piel, presentaba buen aspecto. No era como los cadáveres que se veían a menudo en las películas, llenos de cortes, magulladuras y sangre, como si de zombis se tratase. Este, más bien, parecía un muñeco de cera simulando un cadáver.

—¿Aquí no hay cámaras de vigilancia? —preguntó Andrea mientras abría el maletín.

—No. Ni aquí ni en la sala de autopsias. Está prohibido grabar a los cadáveres, no se pueden sacar imágenes de los muertos. Solo hay cámaras en los accesos al recinto. ¡Joder! ¿Y ese taladro? ¿Le vais a taladrar la cabeza? ¡La hostia! Una cosa es que los muertos estén muertos y otra es ensañarse taladrándoles la cabeza, ¿no? ¡Qué mal rollo! Es gore hasta para mí —dijo esbozando una sonrisa maliciosa—. Bueno, la verdad es que no. A mí me va el rollo.

A Andrea no pareció hacerle gracia la actitud de la amiga de Sandra. Muy seria, continuó con su trabajo.

—Le tengo que girar la cabeza —dijo poniéndose los guantes de nitrilo.

—No vas a poder. Por el *rigor mortis*. Eso, y la congelación. Si le movemos corremos el riesgo de partirle el cuello y quedarnos con la cabeza en la mano, y no queremos eso, ¿verdad? —preguntó mostrando de nuevo esa sonrisa maliciosa.

—No, no queremos eso —murmuró Sandra.

Andrea, imperturbable, comenzó a taladrar muy despacio el cráneo del individuo. La broca se introducía sin prisa, pero sin pausa, milímetro a milímetro.

—¿Qué es ese olor? —preguntó Sandra tapándose la nariz con el codo.

—Olor a muerte. No te preocupes. Así es como huelen los muertos. Y eso que estos están congelados, imagínate cuando llegan aquí a veces después de varios días —dijo Sofía con pasmosa tranquilidad.

Sandra se dio la vuelta y dio un par de arcadas que casi terminan extrayendo la poca comida que tenía en el estómago y desparramándola por el suelo de la morgue.

—Tranquila, ¿estás bien? —preguntó Sofía—. Ven, vamos fuera, si quieres, y bebes un poco de agua de la máquina.

Antes de salir al pasillo, Sofía le lanzó una mirada de complicidad a Andrea. Esta asintió queriendo decir «sí, mejor llévatela, yo me ocupo, no te preocupes, no tardo».

—Aquí te acostumbras al olor —dijo Sofía ya en el pasillo—. Yo prácticamente no lo huelo. También estamos acostumbrados a que los cadáveres se muevan, como has comprobado antes. Eso se debe al proceso de descomposición, ya que el cuerpo se momifica y los ligamentos se secan. Al principio me estuve documentando un poco sobre el tema, estaba tan sorprendida como tú ahora mismo. — Sandra, visiblemente revuelta, escuchaba a Sofía sin prestar demasiada atención. Bastante tenía con no vomitar. Había palidecido y unas gotas de sudor frío le caían por la frente—. ¿Sabes por qué se dice la expresión *salvados por la campana*? —continuó Sofía ajena al malestar de Sandra—. Pues porque en la Edad Media a veces metían en ataúdes a personas heridas pensando que estaban muertas. Con el tiempo descubrieron muchos ataúdes que tenían rasguños por dentro. Se dieron cuenta de que habían enterrado a personas vivas, y estas se habían asfixiado. Para evitar eso, comenzaron a enterrarlos con una cuerda en las manos, la cual, si se movían, haría sonar una campana atada al otro extremo. De ahí sale lo de *salvado por la campana.* Muchas veces la campana sonaba y abrían el ataúd. Pero el tío estaba muerto. Se pensaban que habían llegado tarde, pero en realidad la mayoría de las veces era por el proceso de descomposición. Hay un vídeo en el YouTube de un experimento que se hizo al respecto, un *timelapse.* Pusieron unas cámaras en un cuerpo en descomposición y grabaron al cadáver cada treinta minutos durante las horas de día más de diecisiete meses. Al comprobar las imágenes vieron cómo el cadáver continuaba moviéndose día tras día. Si quieres te mando luego el enlace por WhatsApp y le echas un ojo, está guay.

—No, no, déjalo —murmuró Sandra con una sonrisa forzada—. Con

lo de hoy tengo el cupo de cadáveres cubierto para una larga temporada.

—¡Ja, ja, ja! Anda, tía, si todo es acostumbrarse. Mira, es lo que te digo, al principio impacta un poco, pero después aquí todos están acostumbrados a que los cadáveres se muevan un poco. Sobre todo los que llevan trabajando mucho tiempo. Yo llevo muy poco y ya no me asusta. Lo que no han visto nunca, según mis compañeros, es que alguno hable o intente hablar, como se lee por ahí a veces. Bueno, la amiga de mi madre, la que me metió aquí… ¿Sabes? No sé si te lo contó tu hermana. Me dejé el móvil dentro de uno de los congeladores y me llamé a mí misma desde la recepción. Ella pensó que el cadáver estaba murmurando algo y casi me la cargo de un infarto. Cuando me vio sacar el móvil de allí me quería matar. Casi acabo en una de esas mesas de disección cubierta con una sábana. Encima, seguro que después hubiera venido Félix a sobarme las tetas el muy cabrón. —Sofía soltó una carcajada y consiguió hacer reír a Sandra, aliviando un poco el mal trago que estaba pasando.

Andrea abrió la puerta en ese momento.

—Siento interrumpir la fiesta, chicas, pero ya tengo las muestras. Nos vamos echando hostias —dijo cogiendo a Sandra del brazo.

—Vale, yo despisto al *tocatetas* y desbloqueo la puerta. Ya sabéis, en cuanto escuchéis el zumbido, giráis la maneta y tiráis de ella. Después corréis hasta que salgáis del campo de visión de la cámara, ¿OK?

—OK —murmuró Sandra.

—Pero daos mucha prisa, ¿eh? —dijo Sofía alejándose por el pasillo —. Que no os vea la cámara, ¡por Dios! ¡Ah! ¡Y ya me contáis sobre los resultados! Chaooo —se despidió y desapareció por una de las puertas de acero inoxidable.

Unos segundos después Andrea y Sandra entraron en el coche. Lorena ya se había cambiado de ropa y estaba desmaquillándose.

—¡Vámonos! —exclamó Andrea un poco sorprendida de que el robo hubiera salido bien y no las hubieran pillado, como en las dos veces anteriores.

—Sí, pero conduce tú, que yo estoy algo mareada todavía, y despacio, sin movimientos bruscos, ¿eh? —dijo Sandra.

Decidieron volver cruzando Alcorcón en vez de salir a la nacional. A esas horas, casi la una de la madrugada de un domingo, no había tráfico ni gente cruzando por los pasos de cebra. Así que el trayecto resultó placentero para Sandra, que incluso cerró un poco los ojos.

Dejaron a Lorena en su casa con los agradecimientos de rigor y la promesa de invitarla a comer en cuanto tuvieran un día libre.

—OK, se lo decimos a las demás y comemos un día todas en algún sitio chulo —dijo Lorena justo antes de bajarse del coche.

—Eso es, y nos tomamos unas cervecitas. Venga, Lorena, pues vamos hablando, cuídate mucho —dijo Sandra.

Sandra y Andrea llegaron a la clínica sobre la una y cuarto.

—¿Cómo va la limpieza? —preguntó Sandra.

—Bien. Han terminado hoy, mañana vienen a desinfectar y el martes abrimos de nuevo, ¡por fin! Además, estoy buscando unos albañiles para que suban ese muro un poco y no nos vuelva a pasar lo mismo otra vez. Menos mal que el laboratorio es lo que menos se inundó y no tuve que llevarme todo el material y las muestras que tengo guardadas para casa, que, si no, menudo lío.

—Pues sí, menos mal.

Efectivamente, la clínica volvía a tener el aspecto que tenía antes de la inundación. Había algunas zonas de la pared que necesitarían una nueva mano de pintura, pero eso se podía hacer cualquier fin de semana. Incluso lo haría Andrea misma, según dijo.

La veterinaria entró en el laboratorio y ordenó a Sandra que fuera a la recepción a por las batas. Cuando esta volvió, Andrea ya había colocado en la mesa tres probetas y un par de recipientes graduados. Con las manos enguantadas, sacó unos productos del armario del fondo.

—Vamos a limpiar los recipientes. He revisado las muestras y parece que aguantaron el apagón del otro día. La verdad es que fue poco tiempo, Elmer estuvo rápido secando los enchufes que se habían mojado. —«Ese chivato cabrón», pensó Sandra—. Si no, las hubiéramos perdido. Normalmente habría que llenar los recipientes con una solución de 1 mol/l de ácido nítrico o clorhídrico, y dejarlos en contacto al menos durante un día, pero, como no tenemos tiempo, reduciremos ese tiempo a media hora, y después enjuagaremos bien con agua destilada.

Mientras Sandra preparaba la limpieza de los recipientes según las indicaciones de Andrea, esta sacaba las muestras de cerebro de los perros de la nevera. El indicador electrónico marcaba -4°. Levantó el brazo para observar una de las muestras al trasluz intentando detectar alguna posible irregularidad.

—Como te decía, no parecen estropeadas. Ahora veremos si tienen bacterias, algas u otros organismos que hayan podido consumir ciertos constituyentes. Algunos compuestos pueden oxidarse por el oxígeno disuelto contenido en las muestras o por el oxígeno atmosférico; por ejemplo, el hierro. Pero, bueno, lo que nos interesa hoy son las enzimas. De todas maneras, haremos un filtrado por si acaso. Así eliminaremos la materia en suspensión, algas, bacterias y microorganismos dañinos. Saca del cajón los filtros de papel —ordenó Andrea.

Sandra obedeció y sacó una especie de membranas del primer cajón

metálico de la entrada.

—Hay que tener cuidado con los filtros porque a veces varios metales pesados pueden absorberse en la superficie de la membrana. Y casualmente las enzimas contienen gran cantidad de dichos metales. Además, hay componentes solubles de la membrana que pueden introducirse en la muestra por lixiviación. Así que vamos a hacerlo todo muy despacio y con mucha calma.

Sandra asintió en silencio. Esperaron media hora a que la solución de ácido nítrico hiciera su función y enjuagaron bien los recipientes con agua destilada.

—Bien, comencemos —dijo Andrea con determinación—. Las enzimas del cerebro de los animales tienen una estructura diferente a las de nuestro cerebro. Lo cual quiere decir que fuera de su hábitat, es decir, fuera del organismo, no deberían juntarse, no deben encajar. Si las colocamos en el mismo recipiente deberían hacer un efecto parecido al del agua y el aceite, ¿entiendes?

—Sí —dijo Sandra.

—Pero hay un inconveniente —prosiguió Andrea—: resulta que en el cerebro de los animales no deben encontrarse enzimas de cerebro humano, pero en el nuestro si suelen encontrarse enzimas de origen animal, ya que nosotros nos comemos sus sesos, vísceras y demás guarrerías que venden en la sección de casquería habitualmente. Esto representa un problema que debemos solucionar antes de malgastar las muestras. Tenemos que desglosar las pruebas primero. Tan solo tengo muestras de cerebro de un animal que no murió por la enfermedad sospechosa. Las demás son todas de infectados, que, si estás en lo cierto, contendrán enzimas humanas. Cuando le practiqué la autopsia a este perro descubrí un tumor detrás del cerebelo que las imágenes del escáner no consiguieron reflejar. Usaremos esas muestras para separar las enzimas de origen animal que se encuentren en las muestras de cerebro humano, ¿de acuerdo? Pues, venga, alcánzame ese recipiente.

Sandra y Andrea comenzaron un proceso de identificación que se prolongó hasta las tres de la mañana. Exhaustas, prepararon el último recipiente con las muestras limpias de un animal infectado por la enfermedad y con las de cerebro humano desinfectado de enzimas animales que habían robado de la morgue. Andrea se quitó las gafas, se sentó el en taburete y tiró los guantes a la papelera. Sandra se soltó el pelo y expulsó un largo suspiro, pero estaba demasiado nerviosa como para sentarse.

—Quince minutos de espera y todo habrá terminado, para bien o para mal. O, pensándolo mejor, pase lo que pase, será para mal —dijo Andrea.

Sandra se limitó a mover levemente la cabeza sin quitar ojo del

recipiente donde debía producirse la reacción química.

Pasados los quince minutos, Andrea se levantó y extrajo dos minúsculas gotas que vertió sobre un pequeño cristal rectangular. Lo introdujo en el microscopio y levantó la mirada hacia Sandra.

—¿Lo miras tú o lo miro yo?

—No, no, míralo tú, que yo tengo el corazón que se me va a salir del pecho —murmuró Sandra.

Andrea posó un ojo sobre el visor y cerró el otro. Tras unos angustiosos segundos levantó la cabeza sin decir nada.

—¡Joder! ¡Qué! Di algo, ¿no? —casi gritó Sandra.

—Las muestras coinciden —dijo Andrea con voz neutra.

—¡Hostia puta! Sabes lo que eso significa, ¿no?

—Que puede que tengas razón. Hay enzimas de cerebro humano en el cerebro de los animales. Me parece increíble —dijo sentándose en el taburete de nuevo.

Sandra se quitó los guantes y la bata. Había empezado a sudar por las axilas.

—Pero eso es horrible —murmuró.

—Bueno, tenemos que comprobarlo, Sandra, las cosas hay que demostrarlas. De momento, lo que sabemos es que los animales han consumido cerebro humano, que ya es raro, sí, pero nada más. Lo demás son conjeturas.

—Pero comprobarlo puede ser muy peligroso. Me niego a ir allí solas. Al menos necesitamos a alguien que nos ayude, por lo menos un buen conductor que nos meta y nos saque de allí rápidamente si estamos en apuros. Y debemos planificarlo bien —dijo Sandra.

Andrea guardó silencio unos segundos. Mostraba un gesto adusto, serio, parecía haber recuperado la seguridad perdida en sí misma. Sandra la observó detenidamente. De pronto le vino a la mente la antigua Andrea, aquella que vio llegar rompiendo sus tacones contra la acera el primer día, aquella que ni siquiera la miró a la cara y pasó por su lado como si de un insecto insignificante se tratara. Sí, había vuelto. Sandra sintió un escalofrío. ¿Qué estaban a punto de hacer? ¿Dónde se iban a meter? ¿Aquello les venía grande? ¿Deberían decírselo a la Policía? Probablemente sí, pero no lo harían.

Andrea rompió por fin su dramático silencio.

—Consigue a ese conductor. Mañana por la mañana visitaremos la zona y trazaremos un plan. Después nos iremos a casa a descansar y por la noche saldremos de caza.

Sandra esbozó una amarga sonrisa, seguida de un largo bostezo nervioso.

CAPÍTULO 13. El área de descanso. Primera parte

Eran las nueve y media de aquel lunes de finales de septiembre. A Marcos (a punto de volver de sus vacaciones) Sandra solo le había contado el desastre de la clínica por la inundación. Nada de allanamientos de morada, persecuciones en coche a toda velocidad, escopetas de caza apuntando a su cabeza, noches en el calabozo, juicios rápidos… Nada, nada de eso. Cuanto menos supiera, mejor. No fuera a ponerse en modo novio protector o algo así, y comenzara a agobiarla. Reflexionaba sobre ello sentada en el asiento del copiloto del coche zombi de su hermana, aparcado justo enfrente de la casa de Andrea. Otra vez. Sandra contestó a un nuevo wasap de Marcos mientras Alicia parecía comprobar algo en el cuadro de mandos del coche. Marcos escribió que volvía al día siguiente y que tenía muchas ganas de verla. Sandra respondió que sí, que ella también le echaba de menos y que también tenía ganas de verle, pero en realidad su mente estaba ocupada por otros asuntos en este momento.

Estaba a punto de colarse en una fábrica, cerca de un área de descanso perdida en medio de un polígono industrial, donde probablemente hubiese un niño secuestrado por vete tú a saber quién. No, no quedaba sitio en su mente para besitos y abrazos en estos momentos precisamente. Andrea y ella habían merodeado por la zona esa misma mañana. Aparcaron el coche en el área de descanso del km 27 de la N-3. No sabían el sitio exacto en el que estacionaron los padres de aquellos niños que desaparecieron, pero intentaron recrearlo con la información que conocían del caso. Según las noticias, los niños estaban en los columpios en el momento de la desaparición. Los padres se despistaron un momento y nunca más se volvió a saber de ellos. Así de simple. En unos segundos la vida de aquella pareja que volvía de pasar unas felices vacaciones con sus hijos cambió radicalmente, dejó de tener sentido. Pasó de todo a nada en un chasquido, como si de un truco de magia macabro se tratara. Un hechizo irreversible realizado por un mago despiadado cuya misión consistía específicamente en lanzar una maldición imperdonable sobre aquella familia. Y lo consiguió. Vaya si lo consiguió. De eso hacía más de cuatro años. Rafael Maldonado y su mujer, Cintia, lejos de recuperarse de lo irrecuperable, se habían divorciado y cada uno vivía su calvario en soledad.

Por la mañana, Sandra y Andrea rodearon el perímetro del área de descanso. La valla metálica que lo delimitaba estaba oxidada y deteriorada en muchos tramos. Era evidente que nadie se encargaba del mantenimiento de aquellas instalaciones desde hacía muchos años.

Los columpios seguían allí, impertérritos al paso del tiempo. También estaban deteriorados, pero seguían siendo utilizables. Andrea y Sandra se sentaron cada una en uno de los neumáticos que hacían de asiento. Se balancearon levemente observando todo a su alrededor. La fábrica, imponente por su tamaño, formaba parte fundamental del paisaje. De hecho, era casi lo único que se veía desde el pequeño y desvencijado parque infantil.

—¿Qué opinas? —preguntó Sandra.

—Bueno, tu teoría es tan surrealista que puede que tengas razón. La realidad siempre supera la ficción, eso es cierto. Pero no sé, no lo veo claro.

—Ya, bueno, yo tampoco lo tengo claro, pero, si lo piensas objetivamente, basándote en las pruebas que tenemos, es posible. Y solo con que haya una posibilidad, por pequeña que sea, debemos investigarlo. Sobre todo por lo del niño.

—¡Si es que deberíamos ir a la Policía directamente! Pero, claro, tendríamos que dar un montón de explicaciones —dijo Andrea.

—Aparte de que evidentemente no nos creerían, ya que revisarían nuestros flamantes recién estrenados expedientes donde consta seguramente en negrita «allanamientos de morada aleatorios y sin motivo aparente», «posibles desequilibradas mentales».

Andrea sonrió en un gesto de complicidad.

—Estoy empezando a pensar que quizá tengan razón. Pensaba que la loca era yo, pero tú…

—Ya sabes lo que dicen, todo se pega, menos la hermosura —dijo Sandra.

Andrea guardó silencio. Observaba detenidamente aquella enorme estructura de hormigón armado. La fábrica emanaba un potente chorro de humo tóxico por una de sus cilíndricas chimeneas. El rótulo, que en su día se grabó en el subconsciente de Sandra, aparecía parcialmente deteriorado en una de las esquinas superiores: «Profidog». Sandra también lo observaba mientras unas imágenes horribles venían a su cabeza. Su teoría de lo que allí dentro ocurría le atormentaba. De repente, se frotó los ojos para intentar ahuyentar dichos pensamientos (sin éxito) y se bajó del columpio.

—Bueno, ¿qué? ¿Nos acercamos a echar una ojeada?

—Sí, sí, vamos. Tenemos que descubrir una entrada alternativa —dijo Andrea.

Caminaron hasta el final del área de descanso. Subieron una cuesta de tierra y se adentraron en el polígono industrial. La fábrica estaba en la primera nave empezando por la derecha. Hacía esquina. La pequeña porción de terreno que pertenecía a la parcela en la parte delantera se adivinaba completamente descuidada. Estaba llena de escombros, palés de madera rotos, plásticos sucios, sacos de cemento

abiertos y algunos materiales más imposibles de identificar a simple vista. La imagen exterior de la fábrica daba sensación de abandono, pero ciertamente no era así, porque el tremendo ruido y el humo que salían de su interior evidenciaban una actividad frenética. Sandra y Andrea descubrieron un pasillo lateral entre la fábrica y la nave contigua. De forma sigilosa, lo recorrieron en busca de algún punto débil en la valla. El pasillo era estrecho, aproximadamente de un metro de ancho como mucho; estaba sin pavimentar y lleno de vegetación seca que arañaba las piernas y los brazos de las chicas. Llegaron hasta el final del pasillo, que coincidía con el final de la fábrica y la nave de al lado. Lo que venía a continuación era un profundo terraplén que iba a parar al área de descanso. Desde allí arriba, a lo lejos, se podía distinguir el coche de Sandra y la pequeña área infantil. Las chicas observaron el desagradecido paisaje de carretera, vegetación salvaje y terreno residual durante unos segundos. Enseguida se dieron la vuelta y volvieron sobre sus pasos para comprobar un detalle del cual se habían percatado. Entre la vegetación, más o menos hacia la mitad del pasillo, habían descubierto un armario metálico de gran tamaño. Posiblemente pertenecía al contador de la luz, o del gas, o quizá el del agua, no lo sabían, pero daba igual, lo importante era que tenía la altura suficiente para encaramarse a él y saltar la valla sin dificultad. Era una entrada perfecta. Podrían aparcar el coche justo en el comienzo del pasillo, entre la fábrica y la nave contigua, a escasos metros del armario, y acceder a la fábrica sin ser vistas. Se dieron cuenta de que en los alrededores no había ni una sola farola. Lo más probable es que, de noche, aquel pasillo fuera lo más parecido a la boca de un lobo. Quedaron satisfechas con el plan, así que bajaron de nuevo la cuesta que separaba la fábrica del área de descanso y se montaron en el coche de vuelta a Móstoles.

Mientras Andrea y Sandra se encontraban merodeando por la zona del área de descanso, Alicia preparaba su coche zombi en el taller. A media mañana, en un descuido de su padre, había intentado arrancar el Focus RS 500 en la parte trasera, pero no tenía gasolina. Volvió rápidamente a sus tareas y esperó a la hora de comer. En cuanto el reloj marcó las dos de la tarde, Raúl se dio cuenta de que Alicia no se marchaba para casa y por un momento pensó que estaba de suerte y que hoy habría tema, pero enseguida comprobó que no. Alicia arrancó su Honda NR 750 y se fue directa a la gasolinera con una pequeña garrafa dentro de la mochila. Volvió en cinco minutos escasos, se quitó el casco y fue directamente a la parte trasera del taller. Raúl la observaba a través de la cristalera del vestuario-comedor mientras esperaba a que el microondas terminara de calentar su táper de macarrones con chorizo. No se mostraba sorprendido ni extrañado.

Estaba acostumbrado a ver a Alicia corriendo de un lado para otro del taller trasteando con algún coche o alguna moto. O con algún motor encima del banco de trabajo. Cuando se empeñaba en arreglar algo y estaba concentrada, era mejor no molestarla. Raúl lo sabía por experiencia. Así que engulló sus macarrones y se tumbó en el banco a dormir la siesta.

Alicia vertió los cinco litros de la garrafa en el depósito del Focus. Intentó arrancar. Nada. Hizo dos intentos más. Nada. La batería y el motor de arranque lo intentaban, pero no arrancaba. Salió del coche dando un portazo y abrió el capó. Raúl se sobresaltó un poco, pero enseguida cogió el sueño de nuevo, también estaba acostumbrado a los portazos de Alicia.

No tardó mucho en detectar el problema. Las bujías no estaban produciendo la chispa que provoca la mezcla entre la gasolina y el aire en los cilindros. Alicia atravesó el taller con grandes zancadas en busca de la llave de bujía. Desconectó el cableado y extrajo una de ellas.

—¡Lo sabía! —exclamó.

Había sustituido las bujías hacía una semana, pero no tuvo tiempo de probar si funcionaban. Alguien las dejó en la estantería de los recambios nuevos en vez de tirarlas. Estaban estropeadas.

—Este ha sido el gilipollas de Andrés. Siempre hace lo mismo, no es capaz de dejar las cosas en su sitio —murmuró airada mientras iba en busca de unas bujías nuevas.

Encendió el compresor (despertando definitivamente a Raúl de su desafortunada siesta) y sopló los orificios donde iban alojadas las bujías para dejarlos completamente limpios de impurezas. Engrasó las bujías nuevas y las enroscó con mucho cuidado y ejerciendo poca presión, primero con la mano y después con la llave. Volvió a atornillar la bobina de encendido en su sitio y conectó todo el cableado. Sin cerrar el capó, se introdujo de nuevo en el coche y repitió el proceso de arranque. Tras un par de intentos, el motor produjo una fuerte sacudida y comenzó a funcionar.

—¡De puta madre! —exclamó Alicia.

Se detuvo unos segundos frente al capó antes de cerrarlo para escuchar el sonido de los 350 CV. Aquello era música celestial para sus oídos. Raúl se acercó somnoliento.

—Joder, eso suena de puta madre, ¿no?

—Pues sí. ¿Acaso lo dudabas? Soy una profesional, chaval —vaciló Alicia.

—Desde luego. Sobre todo en molestar, eso se te da muy bien. Que no me has dejado dormir la siesta hoy —dijo esbozando media sonrisa.

—Anda, tonto. Tanto dormir… Me voy a dar una vuelta a ver qué

tal anda. ¿Te vienes?

—Pero ¿este coche tiene papeles? ¿Para qué lo quieres? Yo pensaba que iba para el desguace.

—No hagas tantas preguntas y sube, pesado, que solo queda media hora para que vuelva mi padre y no quiero que me vea moviéndolo.

—Vale, perfecto. Así que no está ni dado de alta, ¿no?

—Calla y sube, hombre, que no pasa nada —dijo Alicia sonriendo.

Raúl suspiró mientras se subía al coche. Alicia cerró el capó, abrió la verja trasera del taller y se puso al volante de aquella máquina que ella misma había fabricado.

—Vamos a pasar por la gasolinera a llenar el depósito y luego cogemos la R-5 dirección Navalcarnero, que ahí no hay radares —comentó Alicia.

—Ya me vas a hacer pasar miedo, como siempre…

—Pero ¿qué te pasa, abuelo? Hay que soltar un poco de adrenalina, que, si no, te apalancas —bromeó Alicia.

Después de pasar por la gasolinera tomaron la M-50 para desviarse por la autovía de peaje R-5. Alicia pidió a Raúl unas monedas para pagar y, justo cuando la valla de la estación de peaje se levantó, Alicia pisó el acelerador a fondo haciendo derrapar los neumáticos del Focus sobre el asfalto, como si alguien hubiera dado el pistoletazo de salida en una carrera de Fórmula 1. Raúl se agarró al asa todo lo fuerte que pudo, sus músculos se tensaron. Alicia metió segunda, tercera, cuarta… Cuando el coche alcanzó los 160 km/h metió quinta y siguió aumentando la velocidad. Cerca de las 4500 r. p. m., el cuentakilómetros marcaba 210 km/h. Raúl ya no miraba a la carretera. Había cerrado los ojos y respiraba lentamente para tranquilizarse, aunque sin mucho éxito. Alicia apretó un poco más. Quería averiguar realmente qué clase de coche tenía entre manos. 240 km/h, 260 km/h, 270 km/h… Alicia levantó el pie. Le pareció suficiente. Además, la carretera no admitía más velocidad. Aparte de eso, ya casi habían llegado a la incorporación a la N-5, que tenía una limitación de velocidad de 120 km/h y radares fijos. Acarició suavemente el pedal del freno y redujo poco a poco la velocidad. Raúl volvió a respirar con normalidad, e incluso se atrevió a soltarse del asa a la cual se había aferrado (como si eso le fuera a salvar la vida en caso de accidente).

—No llores, miedoso, que no es para tanto —dijo Alicia al percatarse de que la cara de Raúl había palidecido.

—¿Qué dices? No estoy llorando, pero cada día estás más loca, que lo sepas. En vez de mejorar, vas a peor.

Alicia soltó una carcajada. Si Raúl se ponía serio, le hacía más gracia todavía. En estos momentos le recordaba a Casper, el fantasma. Ese pensamiento la hizo reír todavía más.

Volvieron al taller a velocidad de crucero, a criterio de Alicia, y a velocidad normal, a criterio de Raúl, que poco a poco fue recuperando el color.

—Bueno —dijo Alicia al parar el motor del coche—, le tiembla un poco la dirección a partir de los 220 km/h, pero no creo que eso me genere un problema, espero.

—Pero ¿qué coño piensas hacer con él? —preguntó Raúl con los ojos casi desorbitados—. Bueno, espera, no me lo digas, prefiero no saberlo.

Alicia volvió a soltar una carcajada y, efectivamente, no se lo dijo.

***

Andrea, puntual y de nuevo con ropa deportiva oscura, salió por la puerta principal de su casa. Buscó con la mirada, pero no pareció ver a Sandra y a su hermana Alicia (la nueva integrante de esta extraña banda de detectives que haría el papel de conductora). Sandra sacó el brazo por la ventanilla y chistó a Andrea.

—¡Buenas noches! No os veía. ¿Qué tal? —dijo Andrea subiéndose en los asientos traseros del Focus.

—Bien. Os presento. Andrea, Alicia, mi hermana. Alicia, Andrea, mi jefa —dijo Sandra.

Alicia y Andrea se dieron dos besos.

—Encantada de conocerte —dijo Alicia.

—Lo mismo digo. ¿Cómo te ha convencido tu hermana para meterte en este lío?

—¿Convencerla yo? Pero ¡si esta se apunta a un bombardeo sin preguntar siquiera! Tú es que no la conoces todavía. Aquí donde la ves que parece tan modosita y eso, dale un rato y ya verás. ¡Está como una puta cabra! —exclamó Sandra.

—¡Hala! ¡Qué exagerada! No hagas ni caso, Andrea, lo que pasa es que mi hermana es un poco pepito grillo. Bueno, seguro que ya la vas conociendo, por eso me ha sorprendido mucho que se haya colado en un chalé y en un crematorio.

—Y en una morgue —interrumpió Sandra.

—¿Cómo? —preguntó Alicia extrañada.

—Sí. Anoche nos colamos en la morgue de Sofía con la ayuda de Lorena.

—Pero ¿qué coño dices? ¿Para qué? ¿Lorena?

—Anda, arranca y tira pa'l área de descanso, te lo explico por el camino —dijo Sandra.

El Focus RS 500 con sus bujías nuevas arrancó a la primera. La carrocería de un tono azul oscuro era perfecta para esta improvisada incursión nocturna. Además, Alicia había quitado las bombillas de la iluminación de las matrículas. No es que hiciera falta, porque el coche no figuraba a nombre de nadie (por la baja temporal), pero alguien

podría reconocerlo si lo necesitaban en otra ocasión.

Las chicas se incorporaron a la N-5 dirección M-40. Un lunes a las diez de la noche no tendrían dificultades para atravesar aquella autovía, normalmente atascada en las horas punta de la mañana. Después tomarían el desvío a la N-3 dirección Valencia hasta el kilómetro 27, donde se encontraba el área de descanso.

Alicia conducía respetando todos los límites de velocidad (solo infringiría la ley si fuera necesario, no era conveniente llamar la atención) mientras escuchaba a su hermana contarle todo lo referente a la morgue y los últimos detalles de la investigación. Alicia asentía absorta en sus pensamientos. ¿Podría ser que allí se hallara secuestrado el niño de trece años del que le habló Macarena? ¿Cómo era posible que la muerte de los perros y la desaparición de aquellos niños hace cuatro años tuvieran alguna relación? ¿Enzimas de cerebro humano en los cerebros de los animales? Si la teoría de su hermana era cierta, debían de tener mucho cuidado. ¿Debían contárselo a Macarena antes de ponerse en peligro? Probablemente. Pero, conociendo a Macarena, jamás creería esa historia sin tener pruebas. Por eso tenían que colarse allí y conseguirlas.

Tardaron cuarenta minutos en llegar al área de descanso. Eran las once menos cuarto, noche cerrada. Sandra indicó a Alicia por dónde debía meterse para estacionar el coche cerca del pasillo, justo entre la fábrica y la nave de al lado. Alicia dio la vuelta al coche para colocarlo en posición hacia la salida y paró el motor. Sandra bostezó por primera vez.

—¿Estás nerviosa, hermana? Siempre que está nerviosa por algo bosteza. Lo hace desde pequeña, es muy miedosa y algo hipocondriaca también. Cuando íbamos al médico o al dentista montaba unos espectáculos que…

—Podrías callarte un poquito, ¿no? Gracias —interrumpió Sandra —. No creo que Andrea tenga ganas de escuchar tonterías en estos momentos.

—No te preocupes, por mí no hay problema, siempre es buen momento para escuchar los trapos sucios de alguien, pero, si vais a comenzar una pelea entre hermanas, mejor después, cuando hayamos salido de aquí, si es que salimos… —murmuró esta última frase Andrea.

—Bueno, vale. Alicia, a ver, el plan está claro, ¿no? Nosotras entramos, investigamos un poco a ver qué encontramos, hacemos unas fotos y nos largamos echando hostias. Tú, mientras, nos esperas aquí muy atenta, en cuanto nos veas aparecer por el pasillo, arrancas el coche y salimos pitando, ¿vale?

—Vale. Pero ¿seguro que no queréis que entre con vosotras? Lleváis dos de tres allanamientos fallidos —dijo Alicia con una sonrisita

maliciosa.

—No. Tú has venido aquí para conducir, que es lo que se te da bien. Si entras ahí, conociéndote, sería como meter a un mono en un velatorio. Mejor no. Cíñete al plan y estate atenta. Saldremos con mucha prisa seguramente —dijo Sandra.

—Y no entres bajo ningún concepto, por favor, si nos pasa algo a las tres, no habrá nadie que pueda buscar ayuda. Si no hemos salido en una hora, avisa a la Policía, ¿de acuerdo? —preguntó Andrea muy seria.

—De acuerdo. Pero tened mucho cuidado. Yo estaré muy pendiente. Si a las doce no estáis aquí, llamo al 112 —dijo Alicia consultando su reloj.

Sandra y Andrea también sincronizaron sus relojes y bajaron del coche. Dieron un par de zancadas y se internaron en el oscuro pasillo. Alicia las perdió de vista enseguida. Quizá había posicionado el coche demasiado arriba. Soltó el freno de mano para dejarlo caer un poco y colocó la ventanilla del conductor justo enfrente de la entrada del pasillo. Ahora las veía a lo lejos, perdiéndose en la oscuridad.

—Has traído la linterna, ¿no? —susurró Andrea.

—Sí, sí, la llevo en la mochila, pero ahora no las sacamos, ¿no? Se nos vería mucho.

—No, no, ahora no. Lo digo por si nos hace falta ahí dentro.

Caminaron despacio hasta la mitad del pasillo. Allí se encontraron con el armario metálico. Estudiaron la situación durante unos segundos. Era evidente que la fábrica no tenía cámaras de seguridad. Por el aspecto, las chicas calcularon que lo más moderno que había allí era el rótulo, y tenía cuatro de las ocho letras apagadas. «Pofo» podía leerse en vez de Profidog. El resto de la iluminación de la fábrica estaba en las mismas condiciones deplorables. De los diez proyectores que se veían atornillados a la fachada, tan solo funcionaban tres, y uno de ellos parpadeaba constantemente. En la parte de atrás podía distinguirse un resplandor. Probablemente se trataba de luz del interior. Parecía como si una puerta grande estuviera abierta y dejara escapar parte de la iluminación. ¿Se trataba de un muelle de carga y descarga? ¿Estarían introduciendo mercancía a esas horas? Las chicas decidieron que era un buen momento para intentar colarse dentro, ya que, si realmente estaban acopiando material, estarían entretenidos. Comenzaron la escalada por el armario metálico, primero Andrea y después Sandra. Se descolgaron por la valla hasta que quedaron a un metro del suelo y saltaron encima de unos palés. En cuanto estuvieron las dos dentro, corrieron para apostarse contra el muro de la fábrica. Echaron una breve ojeada. Efectivamente, no se veían cámaras ni ningún otro dispositivo de seguridad. Avanzaron un poco, pero Andrea se detuvo en seco. Había

advertido un movimiento extraño en la esquina de enfrente, justo donde estaba el supuesto muelle de carga. De repente la figura de un perro, posiblemente un *rottweiler,* se distinguió en el horizonte. Al principio dudó, pero enseguida comenzó a correr hacia ellas ladrando como un poseso. Los otros dos, también *rottweilers,* lo siguieron. Los tres animales se dirigían hacia las chicas a gran velocidad. El primero de ellos, el que las había divisado, iba enseñando los dientes y soltando espuma por la boca. Sandra y Andrea, paralizadas por el miedo, tardaron un par de segundos en reaccionar. Calcularon mentalmente las posibilidades.

Saltar de nuevo la valla y salir del recinto no era una opción, los perros llegarían antes. Esconderse detrás de los palés no serviría de nada, puesto que alguno de ellos conseguiría saltar o derribarlos. Solo quedaba una opción. Correr hacia la esquina contraria y rodear la nave por la parte delantera en busca de algún sitio donde refugiarse. Corrieron todo lo rápido que les permitían las piernas. Al girar en la esquina se encontraron con una verja que delimitaba el pasillo de la puerta principal. Era parecido al caminito de adoquines rodeado de grandes macetas con flores de colores vivos de la clínica, pero sin los adoquines ni las macetas. Solo la valla oxidada y el suelo de cemento desgastado y sucio. Afortunadamente, en un extremo de la valla se encontraba una pequeña puerta de hierro fundido.

—Corre, a la puerta —susurró Andrea.

Sandra alcanzó el picaporte y lo giró hacia la derecha. La puerta se abrió. Andrea la cruzó de un salto y justo en el momento en el que Sandra la atravesó y la cerró tras de sí, los perros doblaron la esquina. El primero de ellos, el de la espuma en la boca, se abalanzó contra la valla con tal fuerza que las chicas pensaron por un momento que la iba a derribar. Los otros dos no corrían, más bien, trotaban, y uno de ellos ni siquiera ladraba. El de la espuma en la boca siguió ladrando y propinando fuertes empujones a la valla. Se movía de un lado para otro intentando buscar una entrada, afortunadamente, sin éxito. Las chicas, mientras, buscaban cómo salir del pasillo vallado. Se habían metido sin querer en una trampa para ratones. ¿Conseguiría el perro rabioso romper la valla? ¿Alertaría con sus ladridos a las personas que estaban en el supuesto muelle de carga? Lo que era seguro es que disponían de pocos segundos para salir de allí antes de que alguien las descubriera. Debían pensar en algo, y rápido. Sandra se desplazó hacia la entrada principal. Creía haberse percatado de un detalle. De un tirón sacó la linterna de la mochila. Efectivamente, el final de la valla, donde la alambrada se enganchaba a la pared de hormigón mediante tacos y tornillos, estaba medio suelta.

—Ayúdame, Andrea —dijo Sandra—. Si tiramos fuerte uno por uno, arrancaremos los tacos de la pared —susurró.

Andrea se acercó haciendo un rápido movimiento lateral. El primero costó un poco, pero después los tacos fueron saliendo de la pared con relativa suavidad. El hormigón estaba húmedo, y el operario que hizo los taladros tampoco debió de poner demasiado empeño en profundizar. La valla cedió lo suficiente para que las dos chicas pudieran atravesar al otro lado. Sandra se entretuvo unos segundos en introducir al menos dos de los tacos en sus respectivos agujeros para que la valla quedara sujeta a la pared y pareciera que nadie había pasado por allí. Mientras, Andrea aprovechó ese tiempo para observar a los perros. El de la espuma en la boca seguía ladrando sin parar y empujando la valla con todas sus fuerzas, pero los otros dos solo la miraban. Parecían cansados. Sobre todo uno de ellos, que terminó tumbándose en el suelo.

Sandra se dio la vuelta.

—Vamos por allí detrás —dijo señalando la siguiente esquina de la nave rectangular.

Corrieron hasta allí y doblaron la esquina. Por ese lado, la distancia que quedaba entre el muro de hormigón de la fábrica y la valla que delimitaba la parcela era de unos tres metros. Se trataba de un pasillo ancho, pero estaba lleno de trastos. Tendrían que sortearlos por encima y por los lados para llegar hasta el supuesto muelle de carga y comprobar si podían colarse por allí al interior de la fábrica. Lo único que las tranquilizaba era que los perros no tenían acceso posible por esa parte, pero ellas tardarían el doble en llegar hasta el final. Y corrían el peligro de caerse o de hacer ruido. Debían ir con mucho cuidado.

Mientras sorteaban el primer montón de chatarra, Andrea comenzó a pensar en voz alta:

—Esos perros tenían la enfermedad, seguro, el que estaba rabioso no, pero los otros dos…

—¿Cómo dices? —susurró Sandra.

Estaba tan oscuro que prácticamente no se veían las caras. De nuevo no consideraron conveniente usar las linternas, así que caminaban a tientas alrededor de los obstáculos.

—Digo que si te has fijado en los perros. No en el que casi tira la valla, me refiero a los otros dos. Tenían la cabeza ladeada y parecían agotados, como sin fuerzas. Es como si estuvieran en la primera fase de la enfermedad, cuando parece que están drogados o envenenados. Sería mucha casualidad que los dos tuvieran la enfermedad vestibular. Eso es muy poco probable.

—Sí, me he dado cuenta de que no ladraban, pero no he llegado a fijarme en si ladeaban la cabeza o no.

—Pues sí. Yo apostaría a que no van a durar mucho. Y la enfermedad vestibular no es algo tan común como para que ahora

todos los perros la tengan. Es una enfermedad conocida, pero no se diagnostica todos los días.

A medida que se acercaban al presunto muelle, empezaron a distinguir voces de personas que hablaban entre ellas. Todos hombres. De repente una de las voces comenzó a gritar. Tenía un acento de lo más peculiar, parecía rumano, pero utilizaba palabras y expresiones latinas. Era como si hubiera aprendido español escuchando hablar a ciudadanos de Latinoamérica.

—¡Pata! ¡Pata! ¡Maldito hijo de la chingadera! ¡Haga callar a sus perros! ¡Están llamando la atención de todo el polígono!

—Ya voy, jefe, no sé qué les pasó, de repente salieron corriendo.

—¡Apúrese! ¡Malparío, gonorrea! ¡Como tenga que ir yo les voy a meter una bala en la cabeza a cada uno, chucha madre! ¡Puto huevón!

—Entendido, jefe, ahora mismo, ahora mismo.

Sandra y Andrea escucharon la conversación. Un escalofrío recorrió sus cuerpos. «Van armados», pensaron. Pero ninguna de las dos lo dijo en alto. No hacía falta, tan solo con mirarse fue suficiente para saber que se daban por enteradas. Por un segundo consideraron la posibilidad de volver, de salir de allí corriendo. Pero habían llegado demasiado lejos para echarse atrás ahora. Solo estaban a escasos minutos de comprobar qué estaba pasando allí y quizá, con suerte, de conseguir unas fotos para entregárselas a la Policía. Y estaba también lo de aquel niño de trece años del que hablaba Macarena… ¿Le tendrían allí secuestrado? ¿Qué querían hacer con él? La situación se ponía cada vez más peligrosa, pero, de momento, Sandra y Andrea no eran totalmente conscientes de ello.

El tipo al que llamaban Pata se acercó a la valla y observó durante unos segundos tratando de averiguar por qué ladraban los perros. Habían pasado varios minutos desde que las chicas doblaron la esquina, así que no vio nada. A duras penas consiguió ponerles los collares a los animales y sacó tres correas de una riñonera que llevaba puesta en la cintura. Los perros se resistieron. Sobre todo el de la espuma en la boca, que seguía ladrando en dirección a la oscuridad y golpeando la valla. Además, ahora, entre ladrido y ladrido, también lloraba. Algo que extrañó a Pata, que nunca había oído llorar a ese perro. ¿Qué habría visto? Volvió a fijar la vista en dirección a la valla durante cinco largos minutos mientras se fumaba un cigarro. Nada. No vio ni escuchó nada. Apagó el cigarro con la suela de la bota y, a rastras, consiguió llevarse a los *rottweilers* al interior de la fábrica.

Mientras, Andrea y Sandra avanzaban lentamente entre la ingente cantidad de trastos de la parte derecha de la fábrica. Algunos eran fáciles de sortear y bastaba con rodearlos; otros, sin embargo, había que saltarlos por encima. Por fin llegaron a la esquina donde, supuestamente, se encontraba el muelle de carga. Las voces ahora se

escuchaban cercanas, pero amortiguadas por las paredes del remolque de un camión. Parecían estar descargando algún tipo de material que, desde su posición, las chicas no conseguían distinguir. Sandra consultó su reloj.

—Joder. Las once y media. Nos queda media hora. Hemos perdido mucho tiempo atravesando los putos trastos. Al salir, tenemos que intentar correr por la otra parte —susurró mientras Andrea se asomaba para observar a los tipos del camión.

—Sí. Pero ahora lo que me preocupa es cómo entramos. Distingo por lo menos a cinco hombres, contando con el tal Pata, que acaba de aparecer con los perros —dijo Andrea.

—¿No ves ninguna puerta antes del muelle o algo así? Aparte de la puerta grande de descarga, tiene que haber alguna pequeña para el personal, ¿no?

—Espera, dame un momento. Voy a meterme detrás de esos palés a ver qué veo. Creo que desde ahí tengo mejor ángulo.

Andrea se aseguró de que ninguno de los hombres miraba en aquella dirección. De un salto se desplazó hasta una montaña de palés semipodridos que se encontraban a unos tres metros de la esquina. Respiró hondo durante dos segundos. Muy despacio asomó la cabeza y observó toda la fachada trasera. Efectivamente, además del portón donde se encontraba el camión situado, había una puerta pequeña. De hecho, estaba muy cerca de la esquina donde en estos momentos se hallaba Sandra. Era del mismo color de la pared y no tenía pomo, por eso desde la esquina no habían conseguido verla. Parecía una salida de emergencia. Los tipos entraban y salían del remolque del camión portando cajas y arrastrando palés, ajenos totalmente a las dos intrusas. Al menos así lo percibió Andrea, que recibió una dosis de confianza que la tranquilizó un poco. Se agachó de nuevo y con un rápido movimiento se desplazó hasta la posición de Sandra.

—Creo que hemos llegado en buen momento. Parece que están bastante entretenidos. Si aprovechamos mientras están descargando el camión, no creo que tengamos problema en entrar y salir.

Sandra asintió en silencio. Ella no había recibido aquella dosis de confianza ficticia. Más bien, todo lo contrario. Bostezó un par de veces mientras Andrea le contaba lo de la puerta de emergencia.

—¿Vale? Muy despacio, pegadas a la pared. Nos vamos a encontrar con una barandilla y unas escaleras. Subimos a gatas y empujamos la puerta. Si se abre, estamos dentro; si no, estamos muertas —bromeó Andrea para tranquilizar un poco a Sandra.

—Muy graciosa. Venga, vamos, que se nos va el tiempo.

Con la espalda pegada a la pared, las chicas se movieron sigilosamente hacia la puerta. Los hierbajos, secos, crujían bajo sus pies a cada paso. Los músculos de las piernas, en tensión, intentaban

pisar lo más levemente posible, casi como si flotaran.

Andrea palpó la barandilla.

—Ya estamos. Agáchate y sígueme. No hay muchos escalones —susurró.

Posaron las manos y las rodillas sobre el primer escalón. A diferencia de los hierbajos, estos estaban húmedos y resbaladizos. De uno en uno comenzaron el ascenso. Sandra, con las plantas de los pies de Andrea a escasos centímetros de la cara, solo pensaba en una cosa: «Por favor, que la puerta se abra, porque bajar los escalones en esta postura será mucho peor que subirlos».

Andrea se detuvo.

—Voy a empujar la puerta —susurró—, en cuanto se abra, corremos a escondernos en el primer sitio que veamos, ¿vale? Tú sígueme.

—Vale —farfulló Sandra en medio de un bostezo.

Andrea empujó la puerta. La puerta ni se movió. Con una mano sobre la esquina inferior izquierda, empujó con más fuerza. Nada.

Sandra, sin poder ver lo que estaba pasando, intuyó que Andrea no podía abrir la puerta.

—Andrea, escucha, si se trata de una puerta de emergencia, se abrirá hacia afuera —susurró.

Andrea escuchó el susurro y fijó la mirada en el canto de la puerta. En cuanto la vista se le acostumbró a la oscuridad de nuevo, lo vio. No estaba cerrada del todo. Efectivamente, la puerta se abría hacia afuera, pero parecía atascada. Ahora estaba segura de que era una salida de emergencia. Se apoyó sobre la mano izquierda y metió los dedos de la otra mano entre el cerco y el canto de la puerta. Esta se separó un poco, pero no lo suficiente como para meter la mano entera. Ahora los dedos de Andrea se encontraban aprisionados con la puerta. La presión era insoportable, y no podía aliviar el dolor con un grito, así que apoyó la cabeza en el suelo para mantener la posición y con su mano izquierda separó la puerta lo suficiente para sacar los dedos.

—Vale —susurró—, Sandra, tienes que retroceder un par de escalones. No puedo abrirla con una mano. Necesito más espacio, estoy demasiado cerca de la puerta, no hago fuerza. En cuanto se abra unos centímetros, ya podré meter el brazo y entramos rápido, ¿vale?

—Vale, voy para abajo, un segundo —dijo Sandra mientras retrocedía.

Esta vez Andrea se apoyó sobre los codos. Metió los dedos de ambas manos entre el cerco y el borde de la puerta. Tiró con todas sus fuerzas hacia afuera y, después de hacer un esfuerzo titánico, la puerta se abrió emitiendo un leve chirrido metálico. Estaba agarrotada. Posiblemente por el desuso. Andrea metió el brazo derecho y empujó con el codo hasta que la puerta se abrió lo suficiente para que

pudieran avanzar. Rápidamente metió el cuerpo, seguida por Sandra, que recibió una patada involuntaria de su jefa en plena cara. En cuanto cruzaron el umbral, se incorporaron y corrieron a esconderse detrás de una pila de sacos que se encontraban a unos diez metros de la salida de emergencia. La puerta, al cerrarse de nuevo mediante el mecanismo de muelle, emitió un ruido sordo, y la estancia quedó en silencio.

Una bofetada de aire caliente las abordó en cuanto recuperaron el aliento. El olor era nauseabundo. Andrea lo percibió como una mezcla de productos químicos en mal estado. Sandra directamente se tapó la nariz y dio un par de arcadas.

—Joder, ¿a qué huele aquí? —dijo en voz baja.

—Ni idea, pero es asqueroso —contestó Andrea.

Ambas se asomaron por encima de los sacos para estudiar la situación. Las máquinas, que por la mañana parecían trabajar a marchas forzadas, descansaban ahora inertes a lo largo y ancho de la fábrica. Desde su posición conseguían distinguir las grandes tolvas de carga a granel que se apiñaban en la parte superior. A escasos dos metros, cuatro celdas de ensaque colgaban del techo. Dosificadoras, mezcladoras, tolvas de espera, básculas industriales, silos enormes y un gran molino completaban la maquinaria de la fábrica. Sandra y Andrea no tenían ni idea de qué función cumplía cada una, pero lo que sí sabían era que aquel gran molino se podía utilizar para muchas cosas, y algunas de ellas horribles. En un cartel oxidado que se encontraba atornillado en uno de los laterales se podía leer: «¡Peligro! Máquina potencialmente peligrosa, extremen las precauciones».

A unos cuarenta metros, hacia el fondo de la nave, los hombres apilaban las cajas que sacaban del camión y las abrían una por una. Algunos iban armados. Desde allí no escuchaban las conversaciones ni podían distinguir qué era lo que estaban manipulando, pero era evidente que, a esas horas de la noche y con la maquinaria apagada, sería un milagro si se trataba de una actividad legal.

—Tenemos que acercarnos más —susurró Andrea—. ¿Ves aquellas estanterías de allí? ¿Las más altas?

—¿Las azules y naranjas?

—Sí, esas. Tenemos que llegar hasta allí si queremos enterarnos de algo. En cuanto salgan a por otro viaje de cajas, corremos y nos metemos detrás de aquellos neumáticos, ¿los ves?

—Sí.

—Pues atenta. Te aviso en cuanto se vayan y corres detrás de mí.

Los tipos tardaron unos minutos en salir. Parecían comprobar cada caja minuciosamente. En cuanto desapareció el último por la puerta del muelle, Andrea comenzó a correr y Sandra detrás. A mitad de carrera, uno de los hombres regresó con una caja a cuestas. Si no llega

a ser porque la caja que sostenía le tapaba la visión, las habría descubierto. Las chicas se metieron de un salto detrás de los neumáticos y permanecieron inmóviles durante unos segundos. Les temblaban las piernas y el corazón les latía con fuerza. Al comprobar que el tipo no se había percatado y seguía con su tarea, comenzaron a recuperar el ritmo cardiaco. Se movieron lateralmente para acomodarse detrás de las estanterías. Estas contenían sobre todo sacos y cajas de pequeñas dimensiones. Muy despacio, movieron un par de cajas de las que tenían a la altura de los ojos para ocultar sus cabezas y conseguir así observar sin ser vistas.

Efectivamente, Andrea tenía razón, eran cinco hombres en total. A tres de ellos se les distinguía una pistola metida entre la espalda y el cinturón del pantalón. Los otros dos parecían desarmados, pero no podían saberlo con certeza.

Por el extraño acento, supieron que el más bajito y rechoncho de los cinco era el que había gritado al tal Pata que hiciera callar a sus perros o les metería una bala en la cabeza a cada uno. Parecía ser el jefe. Les gritaba e insultaba sin que nadie se atreviera a defenderse, ni mucho menos contestarle.

Sandra volvió a consultar su reloj.

—Solo nos quedan quince minutos Andrea, saca el móvil, hacemos unas fotos y nos largamos. Está claro que aquí pasa algo raro. Tenemos que decírselo a la Policía. Creo que nos estamos jugando la vida.

Andrea rebuscó el móvil en su mochila. Lo encontró al fondo (donde están siempre todas las cosas que necesitas en una mochila). Las dos se colocaron en sus posiciones y se dedicaron a observar los siguientes cinco minutos.

Dos de los hombres examinaban las cajas. De algunas de ellas, sacaban bolsitas de plástico transparente con un polvo blanco en su interior. Los otros tres hombres vaciaban las bolsitas en una mesa industrial de acero inoxidable y manipulaban la mercancía. Andrea giró la cabeza.

—Creo que están procesando cocaína —susurró—. Esas bolsas con autocierre son iguales que las que me llevé de casa de don Pimpón.

—Joder, joder, joder… —farfulló Sandra—. Venga, haz unas fotos y nos largamos echando hostias.

Al girarse de nuevo, el codo de Andrea chocó con una de las cajas, provocando que se le escurriera el teléfono móvil de la mano. Este impactó contra el suelo emitiendo un golpe seco. En un acto reflejo, Andrea se agachó y lo agarró de nuevo, pero el daño ya estaba hecho. El hombre bajito y rechoncho se dio la vuelta y gritó.

—¡Eh! ¿Quién anda ahí? ¡Pata, Pata! ¡Maldito hijo de la chingadera, he escuchado un ruido! ¡Vaya a mirar! ¡Apúrese! ¡Vamos!

—¡Me cago en la puta! —exclamó Andrea en un susurro.

—Por esa puerta, ¡vamos! —dijo Sandra señalando un cuarto que se encontraba a unos diez metros.

Las chicas corrieron agachadas y se metieron en el cuarto. No se veía nada, estaba completamente a oscuras. Por miedo a impactar con algo en la cara, no avanzaron más y se escondieron detrás de la puerta.

De repente, escucharon unas pisadas que se acercaban. Venían deprisa y el dueño de aquellas botas arrastraba los pies profusamente.

—¿Quién anda ahí? Salga y deje de hacer huevadas —murmuró Pata.

Avanzó todo lo sigiloso que su arrastre de pies le permitía. Por un momento, dudó. Se le pasó por la cabeza soltar a los perros, pero pensó en lo que había dicho su jefe y decidió que no era buena idea. Siguió caminando lentamente entre las estanterías, atento a cualquier sonido que pudiera producirse.

—¿Hay alguien? Salga, deje ya esa vaina y no le haré daño —mintió.

Pata se mantuvo unos segundos en silencio. De pronto un correteo sordo le sobresaltó. Una rata de gran tamaño salió de entre unas cajas y huyó estrepitosamente hacia el fondo de la fábrica.

—Así que eras tú, pequeña hija de puta. Ya te pillaré.

Antes de volver con los demás, Pata reparó en la puerta abierta del cuarto. Hizo una mueca de extrañeza y se dirigió hacia ella. Las chicas escucharon el sonido de los pasos y el arrastrar de pies, que se acercaba como si de un zombi se tratara. Contuvieron la respiración detrás de la puerta. Pata encendió la luz y asomó la cabeza. Las chicas cerraron los ojos. Las retinas ya se habían acostumbrado a la oscuridad. Si hacían cualquier ruidito, por pequeño que fuera, Pata las descubriría. Al cabo de unos angustiosos segundos (que a las chicas les parecieron horas, incluso semanas), Pata balbuceó algo ininteligible, apagó la luz y cerró la puerta.

Dejaron pasar un par de minutos mientras escuchaban alejarse los sonoros pasos de Pata. De repente un tenebroso silencio invadió la estancia. No se oía nada. Las voces de los hombres habían desaparecido. Lo único que escuchaban era el fuerte latido de sus corazones y sus respiraciones desacompasadas. Solo quedó la incertidumbre de haber sido descubiertas. O no. Comenzaron a calibrar su situación.

—¡Mierda! ¡Estamos encerradas! —exclamó Sandra.

—No me jodas. Espera, que no veo nada. Llama a tu hermana, ¡rápido! —dijo Andrea.

—No tengo cobertura. ¿Y tú?

Andrea sacó su teléfono del bolsillo con cierta dificultad. La mano

le temblaba.

—Tampoco. Estamos jodidas.

—¿Tú crees que saben que estamos aquí? ¿Nos habrá descubierto ese tío?

Andrea no contestó. Encendió la linterna del móvil para inspeccionar el habitáculo cuando algo le rozó el tobillo.

—¡Hostia puta! ¡Una rata!

El animal emitió un terrorífico chillido y despareció por una alcantarilla de desagüe. El olor a muerte y a podrido se hacía insoportable en aquel cuarto oscuro.

Sandra también encendió su linterna.

—Debe haber un interruptor por alguna parte —susurró.

—No hay nada, seguro que está por fuera —le contestó Andrea.

—¡Dios!, hace un calor del infierno.

El cuarto era lo más parecido a una sala de despiece, aunque había algunos elementos que no cuadraban. Aquella sucia mesa metálica en el centro y esa vieja pantalla fluorescente colgada del techo por unas cadenas oxidadas no tenían pinta de cumplir con ninguna normativa de sanidad. Los azulejos de las paredes estaban amarillentos y tenían todas las juntas descascarilladas. El suelo, que alguna vez fue impermeable, estaba ahora totalmente cuarteado. Parte del falso techo desmontable colgaba desvencijado, dejando entrever el techo real, por donde se escuchaba el leve correteo de las cucarachas. Una de ellas cayó al suelo y se perdió entre las rendijas.

—¡Qué asco, joder! ¿Dónde coño estamos? Estoy empezando a asustarme de verdad —dijo Sandra.

—¡Shhh! ¡Calla! ¿Oyes eso? —susurró Andrea con el dedo índice sobre los labios.

—Mierda, mierda, mierda, son pasos. Viene alguien —masculló Sandra aterrorizada.

—Siento haberte metido en este lío, Sandra, de verdad.

—Déjalo, Andrea, aquí estamos por mi culpa, ya no podemos hacer nada. Joder, no quiero morir así, yo solo quería ser veterinaria. —Sollozó Sandra.

El pomo de la puerta emitió un pequeño crujido. Alguien intentaba abrirla. Comenzó a girar.

—¡Shhh! ¡Eh!, vamos, rápido, salid de ahí, deprisa.

Sandra reconoció la voz de su hermana enseguida. Nunca en su vida se había alegrado tanto de oírla. Siempre acostumbraba a decir que era demasiado gritona y que tenía una voz muy desagradable, pero ahora mismo le había sonado mejor que la quinta sinfonía de Beethoven. Agarró con fuerza el brazo de Andrea y tiró de ella. Salieron de la oscuridad, alejándose del correteo de las cucarachas. Y de la muerte. Francamente, en su cabeza se había formado la fuerte

convicción de que iban a morir. Aquellos hombres no se parecían en nada a don Pimpón. Estos sí tenían pinta de saber usar sus armas. Podrían ser terroristas de verdad, asesinos, traficantes, proxenetas… En los cinco minutos que habían pasado encerradas en el cuarto oscuro, sus mentes habían barajado todas las posibilidades, pero siempre con un mismo desenlace: la muerte. O al menos el secuestro, hasta que decidieran qué hacer con ellas.

Pero allí estaba Alicia, desobedeciendo las órdenes recibidas una vez más en su vida, saltándose las pautas del plan como el que salta una colilla en plena calle. Desobedecer y hacer lo que le diera la gana siempre fue su filosofía de vida. Aquello que tanto sacaba de quicio a Sandra probablemente ahora les había salvado, quizá, la vida.

—No podemos salir por donde habéis entrado —murmuró Alicia—. El camión se ha movido y ahora está cortando el paso de la salida de emergencia, pero he visto otra puerta en el otro lado que sale muy cerca del pasillo, casi a la altura del armario metálico por el que habéis saltado.

—Vale, ¿y la mala noticia es? —dijo Sandra en voz baja.

—Pues que hay que cruzar por dentro de la fábrica. En este lado ya no hay más puertas. El puto camión nos ha encerrado. Pero, tranquilas, no os han visto. Después de cerrar la puerta del cuarto han seguido a lo suyo. Lo que sea que estén haciendo.

—Pero para pasar al otro lado tenemos que atravesar justo por donde están ellos —dijo Andrea enjugándose el sudor de la frente.

—Exacto. Vamos a tener que pasar prácticamente por debajo de la mesa metálica. Después, y si mis cálculos no fallan, la puerta debe estar justo detrás del molino. Ese es el plan. A no ser que tengáis una idea mejor, claro —dijo Alicia con pasmosa seguridad.

Sandra y Andrea se miraron sin decir nada. Evidentemente, no había más ideas. Tan solo unos minutos antes su único pensamiento era salir de aquel cuarto. A la parte donde escapaban con vida de la fábrica no habían llegado todavía. Pero obviamente aquello era una idea suicida.

Sandra todavía no daba crédito. ¿Qué hacía su hermana allí? ¿Cómo había entrado? ¿Cómo coño las había encontrado? ¿Y qué clase de idea era esa de pasar por debajo de la mesa donde unos supuestos traficantes estaban procesando cocaína? ¿Cómo pensaba hacer para que no las vieran?

Desde pequeña, Alicia siempre había sorprendido a la familia con extraordinarias habilidades que después acababa abandonando enseguida. Era evidente que en su cerebro se originaban de manera constante ideas brillantes, pero rara vez les hacía caso. Solo muy de vez en cuando y cuando a ella le daba la real gana, se comportaba como un verdadero genio. Suerte que esta era una de esas veces.

—Hay que aguantar aquí calladitas unos minutos más —dijo con total naturalidad—. No os preocupéis.

—¿Que no nos preocupemos? —preguntó Sandra con los ojos desorbitados—. Pero ¿es que te has vuelto loca? ¿Cómo coño vamos a pasar por debajo de la mesa sin que nos vean?

—He dicho prácticamente por debajo. Lo más probable es que no haga falta. Seguro que podemos pasar por al lado. Escuchadme: antes de entrar he visto cómo uno de esos gilipollas tiraba una colilla encendida muy cerca del montón de maderas que había al lado del muelle, ¿lo habéis visto? Son restos de palés y tableros de los que se usan para embalar materiales pesados. Ese tipo madera prensada contiene una alta carga de resina, que es un acelerante natural, así que solo he tenido que ayudarle un poquito. No tardaremos mucho en tener una gran bola de fuego iluminando la oscura noche. —Alicia esbozó una sonrisa maliciosa—. Vosotras relajaos unos minutos y disfrutad de la estancia. En breve tendremos el camino despejado.

No llegaron a ser minutos. A los pocos segundos alguien gritó:

—¡Fuego, fuego! ¡Salid todos afuera! ¡Se está prendiendo algo!

Sorprendidos, todos salieron corriendo hacia el muelle, dejando la cocaína encima de la mesa junto con las cajas aún sin abrir.

Alicia exclamó:

—¡Ahora! ¡Vamos! ¡Seguidme!

Corrieron hacia el molino. Las voces de los hombres se perdían en el fondo de la fábrica. Andrea y Sandra aprovecharon la confusión para hacer unas fotos a la mesa donde habían dejado la cocaína y las cajas abiertas. Después revisarían las imágenes para identificar el contenido.

Para alcanzar la puerta de emergencia, debían pasar entre el molino y uno de los enormes silos. El paso era muy estrecho y tuvieron que arrastrarse por el suelo para no golpearse la cabeza. A Andrea se le enganchó el pantalón en uno de los salientes y a punto estuvo de perder una zapatilla. Para desengancharse, tiró violentamente de la tela hasta rajar el pantalón por la parte de abajo. Más tarde sentiría tanto frío que se arrepentiría de no haber sido más delicada.

Alicia frenó en seco al llegar a la puerta. Se accionaba mediante la clásica barra horizontal de las puertas de emergencia. Muy despacio, comenzó a empujarla. Antes de salir quería asegurarse de que no había nadie al otro lado. La puerta cedió con un crujido. Alicia asomó la cabeza. No era la puerta que ella había visto desde el armario metálico, pero no quedaba demasiado lejos. Digamos que se trataba de la puerta anterior, a unos veinte metros de la puerta que buscaba.

—¡Mierda! He calculado mal, estamos un poco más lejos de lo que yo esperaba, tendremos que correr más para llegar al armario —dijo

entre dientes.

Advirtió a Sandra y a Andrea de que había cuatro o cinco escalones, y contó hasta tres para atravesar corriendo la distancia hasta el armario metálico que serviría de escalera.

Pata había desenrollado una deteriorada manguera de goma y se disponía a enchufarla en un grifo que estaba situado en la pared izquierda de la fábrica. Justo en ese momento, tres chicas abrieron una de las puertas de emergencia y salieron corriendo. Pata, asombrado, enchufó la manguera de manera atropellada, abrió el grifo, y comenzó a gritar:

—¡Eh! ¡Eh, jefe! ¡Tenemos compañía! ¡Rápido! ¡Aquí!

Costel, el jefe, dobló la esquina. Distinguió a las chicas saltando la valla. Lo primero que pensó fue en la mercancía.

—¡Usted! ¡Marica! —gritó a uno de los hombres que se afanaban en apagar el fuego—. ¡Corra a dentro a vigilar la mercancía! ¡Compruebe que no falte nada! ¡Ustedes dos, síganlas! ¡No podemos dejar que se escapen!

Andrea, Sandra y Alicia escucharon los gritos.

—¡Mierda! —exclamó Andrea.

—¡Joder! Nos han visto, vienen hacia aquí. ¡Hostia puta! ¡Rápido, Alicia! ¿Qué hacemos? —dijo Sandra.

—Tenemos que dispersarnos, no podemos ir las tres juntas o nos cogerán. Vamos a correr hacia el otro lado, hacia el área de descanso, no nos da tiempo a subirnos al coche, nos esconderemos y luego vendremos a buscarlo.

—Pero al final del pasillo hay un barranco ¡y está bastante alto! —exclamó Sandra.

—¿Alguna idea mejor? —preguntó Alicia de manera urgente.

Las tres se miraron durante un breve segundo y comenzaron a correr hacia el área de descanso. Cuando llegaban al final del pasillo, a unos cuarenta metros del terraplén, se escucharon dos golpes secos, metálicos. Las chicas nunca habían escuchado algo parecido en la vida real, pero no hacía falta, supieron enseguida de qué se trataba, eran disparos. Alguien, en su cautiverio, comenzó a gritar.

Rodaron por el barranco. Estaba tan oscuro que no podían ver los obstáculos contra los que estaban impactando, pero los sentían. Los golpes y arañazos se fueron sucediendo hasta el final de la cuesta. Magulladas, se pusieron en pie. Durante la caída, habían escuchado los gritos ahogados de lo que pudiera ser un niño, pero no pudieron comentarlo, no había tiempo.

—Sandra, mándame el teléfono de Andrea por WhatsApp. Cuando estemos escondidas nos comunicamos por el móvil. Quitadle el sonido —dijo Alicia cogiendo a su hermana por el brazo.

—¡Vale! —contestó Sandra rápidamente.

Continuaron juntas unos metros más. La senda que seguía al terraplén era estrecha y la vegetación no permitía salirse del camino. En cuanto llegaron al área de descanso, se dispersaron. Alicia corrió hacia la izquierda, más allá de los columpios, y se escondió entre la valla y unos matorrales. Sandra y Andrea corrieron hacia la parte derecha, pero se separaron a la altura de los merenderos. Se quedaron muy quietas en sus escondites e hicieron evaluación de daños. Tenían cortes y rasguños en los brazos, y a Andrea de dolía un tobillo. Hacía frío. La ropa ligera y cómoda que habían elegido no ayudaba. Sandra sacó su teléfono de la mochila. Por un momento pensó que seguramente se habría roto la pantalla de los golpes, pero no. Por suerte estaba intacto. Lo puso en modo silencio y le mandó el teléfono de Andrea por WhatsApp a su hermana. En menos de un minuto recibió el siguiente mensaje:

Sandra:

Alicia hermana creó el grupo Acojonadas.

Alicia hermana te añadió.

Andrea recibió el mismo mensaje. Enseguida le quitó el sonido al móvil y se quedó mirando la pantalla sorprendida.

Tumbada en una especie de zanja, en la parte derecha del área de descanso, una amarga sonrisa se dibujó en el rostro de Sandra.

—Acojonadas —murmuró—. Ya está Alicia haciendo gala de su habitual humor negro.

Alicia:

¿Estáis bien? ¿Escucháis algo?

Sandra:

Yo estoy bien, tumbada en una zanja. ¿Y vosotras?

Andrea:

Yo también estoy tumbada, detrás de unos setos.

Alicia:

¿Habéis escuchado los gritos?

Sandra:

Sí, joder, qué fuerte. ¿Sería el niño? ¿Habéis visto algo? ¿Y los golpes? Creo que nos han disparado. Esto se nos ha ido de las manos, tenemos que ir a la Policía.

Andrea:

Yo también le he oído. Pero no tengo ni idea. Estaba demasiado oscuro.

Alicia:

Chicas, están por aquí, los estoy oyendo. Voy a moverme.

Sandra y Andrea contuvieron la respiración durante un par de

minutos. Alicia por fin volvió a escribir.

Alicia:

Se alejan, van hacia vosotras. Tened cuidado, los veo, son dos.

Sandra:

OK.

Andrea:

OK.

Andrea escuchó unas voces. Estaban hablando entre ellos. Tenían acento latinoamericano.

—Aquí no hay nadie, mijo —dijo uno de ellos.

—Usted regrese, yo me quedo un rato más. Si viera algo, deme una voz —le contestó el otro.

Aguantaron quince minutos más hasta que Sandra vio como se marchaba el segundo tipo.

Sandra:

El otro también se va, creo que vuelven a la fábrica.

Alicia:

Vale, vamos a esperar cinco minutos más y nos encontramos en la entrada del área de descanso, en la rotonda.

Sandra:

OK.

Andrea:

OK.

Subieron de nuevo la cuesta que llevaba hasta la fábrica, pero esta vez por la calle paralela, entre naves industriales y un par de talleres mecánicos. Cuando llegaron a la altura donde estaba aparcado el coche, giraron y atravesaron por un callejón repleto de cubos de basura. Andrea cojeaba. No parecía grave, pero se había hecho daño en el tobillo. Al llegar a la esquina, Alicia, que iba la primera, frenó en seco. Un coche (seguramente de alta gama) con unos faros muy potentes apareció subiendo la calle hacia la posición de las chicas.

—¡Joder! ¡Escondeos detrás de los cubos! ¡Rápido! ¡Pueden ser ellos! —exclamó Alicia.

El coche pasó de largo, muy despacio. Alicia se fijó bien. Era un BMW M5 de color negro. Apretó los labios. Eran ellos, estaban rondando el polígono. Cogió una de las gomas que tenía en la muñeca y se recogió las trenzas en una sola. Si de algo sabía era de motores y tenía claro que, si las descubrían, su Focus RS 500 no tendría nada que hacer frente al BMW. No podrían perderlos de vista, no las dejarían escapar. Pero también sabía que en una carrera no solo

interviene el vehículo. También está el piloto, y en eso ella tenía plena confianza en sí misma. No obstante, lo más inteligente sería esperar a que desaparecieran del campo de visión y salir del polígono muy despacio y sin encender las luces.

—Ya van a girar. En cuanto os avise, corremos hacia el coche, ¿vale?

Sandra y Andrea asintieron. Alicia sacó la llave del bolsillo y accionó el mando a distancia. El Focus emitió dos destellos con los intermitentes y un leve pitido.

—Venga, ahora. Corred. Vamos —susurró Alicia.

Subieron al coche de un salto. Andrea se resintió del tobillo, pero no había tiempo de pensar en eso ahora. Alicia introdujo la llave en el contacto. Metió primera y salió muy despacito hacia el área de descanso. Con el reflejo de la luna como único alumbrado, la conducción se hacía muy complicada, y peligrosa.

—Tan solo unos metros más y estaremos fuera —susurró Alicia.

El área de descanso sí estaba iluminada y en cuanto alcanzaran la rotonda saldrían directas a la incorporación de la A3, pero de repente una ráfaga de una luz intensa iluminó el interior del coche. Alicia miró por el retrovisor.

—¡Mierda! ¡Son ellos, nos han descubierto! ¡Los cinturones! ¡Poneos los cinturones! —gritó.

Alicia encendió las luces y pisó el acelerador a fondo. Los neumáticos del Focus emitieron un fuerte chirrido y el coche salió disparado hacia adelante. Tan solo quedaban 150 metros para llegar a la rotonda, pero el BMW se acercaba peligrosamente. Alicia sabía que no podía salir a la nacional con esos tíos pegados al parachoques trasero; el BMW era mucho más potente y no conseguiría deshacerse de ellos. Tenía que hacer algo.

—¡Acelera, Alicia! ¡Tenemos que perderlos! —gritó Sandra al darse cuenta de que su hermana dudaba.

—No podemos, ese coche tiene más de 500 CV, nos seguirían eternamente hasta sacarnos de la carretera —contestó Alicia casi en un susurro.

—¡Joder! ¿Y qué vamos a hacer? —gritó de nuevo Sandra cada vez más alterada.

—¡Asustarlos! —exclamó Alicia recuperando la compostura—. Tenemos que sacarlos de la carretera antes de que nos saquen ellos. Jugaremos con el factor sorpresa, haré algo que no se esperan, los voy a pillar desprevenidos, ¡Agarraos! —gritó.

Alicia redujo una marcha y volvió a pisar el acelerador a fondo. Las espaldas de Sandra y Andrea se pegaron a los asientos. Consiguieron agarrarse a las manetas de las puertas y fijaron la vista en la carretera. El coche parecía volar sobre el asfalto. Alicia pisó el embrague y metió

tercera, cuarta, cuando parecía que iban a saltar por encima de la rotonda, pegó un fuerte volantazo a la izquierda y agarró el freno de mano. Haciendo contra volante y con las ruedas traseras derrapando, consiguió dar la vuelta entera a la rotonda a 100 km/h. Ahora tenían el BMW de frente, que había reducido la marcha tras ver la maniobra del Focus. Alicia se dio cuenta. No se lo esperaban. Aprovechó el momento de confusión y pisó el pedal del acelerador en dirección al BMW. Sandra y Andrea, al percatarse de que iban directas a empotrarse de frente contra el otro coche, comenzaron a gritar horrorizadas. Presas del pánico, no eran capaces de moverse ni de realizar ninguna acción. Con los ojos muy abiertos y deslumbrados por los potentes faros del BMW de alta gama, solo podían gritar y gritar cada vez más fuerte y a pleno pulmón.

Alicia, por su parte, no escuchaba los gritos. Estaba completamente concentrada en terminar su maniobra con éxito. Agarró el volante con fuerza y lo dirigió totalmente recto hacia el BMW. Cien metros, ochenta metros, sesenta metros, cuarenta metros, veinte metros… La colisión frontal era inminente. Alicia tensó los músculos y cerró los ojos. Dejó la mente en blanco. Echó la cabeza hacia atrás y entonces… ocurrió. Un potente ruido de hierro, plástico y cristales rotos retumbó en el oscuro y deshabitado polígono industrial. Alicia abrió los ojos y miró por el retrovisor. En el último segundo, el conductor del BMV había esquivado al Focus empotrando el M5 de más de 500 CV contra uno de los muros de hormigón que servían de fachada a una de las naves. El plan había tenido éxito. Ahora era Alicia la que gritaba y golpeaba el volante con ambas manos. Giró a la izquierda en el cruce haciendo derrapar las ruedas traseras y bajó hacia la rotonda por la calle paralela. En cuestión de segundos ya había tomado la salida y se había incorporado a la A3 dirección Madrid. Redujo la velocidad para no saltarse ninguna norma de circulación y se echó al carril de la derecha dispuesta a disfrutar de una tranquila travesía de vuelta.

En cuanto Sandra recuperó la consciencia, se giró hacia su hermana.

—Pero ¿qué coño? ¡Eso ha sido la estupidez más peligrosa y delirante que te he visto hacer en toda mi vida! ¡Y te he visto hacer unas cuantas! —gritó—. ¡Podríamos habernos matado, joder!

Alicia actuaba como si la cosa no fuera con ella. Con las dos manos en el volante y sin apartar la vista de la carretera, contestó con desesperante naturalidad y sosiego:

—Pero seguimos vivas, ¿no? Las estupideces son lo que mejor funciona en estos casos. En una carrera hay que arriesgar si quieres ganar. Tienes que sorprender a tu adversario, meterle miedo, que piense que estás loco y que vas a arriesgar tu vida para ganar si es necesario. Es la única manera —dijo con voz solemne.

—¿Y eso lo has leído en un sobrecito de azúcar de esos con mensajes motivacionales o qué? —preguntó Sandra descolocada.

—No. La verdad es que lo dijo Bob Esponja en un capítulo. —Alicia se echó a reír—. ¡Que estoy de coña, hermana! La verdad es que no lo he pensado mucho, si te soy sincera. Ha sido como un acto reflejo. Sabía que se apartarían solo porque no se lo esperaban. Piénsalo un segundo ahora. Nos hubieran seguido hasta obligarnos a parar, ¿y después qué? ¡Van armados! Y, además, ya habéis escuchado los gritos, allí tienen a un niño secuestrado. Son criminales, no podíamos dejarnos coger. —Alicia hizo una pequeña pausa y se quedó pensativa unos segundos—. Ahora me tiembla el pulso, pero… ¡ha sido la puta hostia!, ¿a que sí?

Andrea, desparramada en el asiento trasero, cruzó una mirada con Sandra. No sabía si estaba viva o muerta. El subidón de adrenalina había sido tal que ni siquiera sentía el tobillo. El dolor había desaparecido.

De repente Sandra vio por el rabillo del ojo lo que parecían las patas de una tarántula que asomaban por el bolsillo de la sudadera de su hermana.

—Pero ¡joder! ¿Llevas a Petronila en el bolsillo? ¿Qué coño hace aquí esa araña repugnante?

Andrea se incorporó en su asiento sin entender nada.

—Pues claro, la saco muchas veces conmigo. Y hoy ha sido de gran ayuda. ¿No os preguntáis por qué sabía que estabais encerradas en ese cuarto?

—Sí, sí, claro. Era lo siguiente que te iba a preguntar, el motivo por el que has desobedecido las órdenes de quedarte en el coche y llamar a la Policía, ¡y cómo coño sabías dónde estábamos!

—Pues muy fácil —dijo Alicia—. Escuché ladrar a los perros y me asusté. Pensé que os habían cogido y que os estaban mordiendo. Entonces bajé del coche, salté la valla por el mismo sitio que vosotras, escalando por el cuadro metálico, y me dirigí hacia los ladridos. Vi a los perros ladrando hacia la valla, pero vosotras no estabais. Eso me tranquilizó, pero la calma me duró un segundo, porque uno de los perros, el más rabioso, ese que echaba espuma por la boca, se dio cuenta de mi presencia y fue a por mí. Entonces saqué a Petronila del bolsillo. En cuanto la olió, se dio la vuelta y se alejó corriendo. Los perros se cagan de miedo con las tarántulas. Incluso se echan a llorar. Lo vi en un documental en YouTube. Por instinto, lo animales tienen pánico a las arañas y a las serpientes. Entonces los perros se apartaron y, justo cuando iba a volver al coche, apareció el tío ese que venía a buscar a los perros. No me quedó otra opción que seguir vuestros pasos. Llegué justo para veros entrar en aquel cuarto y observar al tipo cerrar la puerta. Por eso sabía que estabais ahí.

Sandra y Andrea no daban crédito. Si no fuera por las locuras de Alicia es posible que ninguna de las dos estuviera viva en estos momentos. O al menos libres. Posiblemente hubieran acabado encerradas junto con el presunto niño de trece años. Sandra no sabía qué decir. Por un lado quería matarla, pero por el otro sabía que habían escapado ilesas gracias a ella. Optó por tranquilizarse y comenzar a pensar en el siguiente paso.

—Vale, Alicia, no has sacado con vida de allí, milagrosamente. ¿Y ahora qué? Tenemos que ir a la Policía ahora mismo y contarles todo antes de que le hagan algo al niño, si es que es él, claro —dijo Sandra.

—No podemos ir a la Policía, tenemos que contárselo a Macarena primero. Si se entera de todo lo que hemos hecho por otros medios, me matará. Y, encima, está el tema de Lorenzo también. Imposible —sentenció mientras meneaba la cabeza—. Hay que decírselo y que ella haga lo que tenga que hacer.

Sandra consultó su reloj. Era casi la una de la mañana. Con toda seguridad le darían un buen susto a Macarena cuando se presentaran las tres en su portal llamando al telefonillo. Sandra utilizó todo el trayecto para darle vueltas al asunto. Iban dispuestas a contarle todo a Macarena. Ya no había vuelta atrás. Si estaba en lo cierto, todo habría merecido la pena, pero, si no, la que iba a liar iba a ser muy gorda. Macarena, Lorenzo, la policía… De repente quiso disuadir a su hermana, que se olvidara del asunto y que condujera para casa. Mañana sería otro día, un día normal. La bendita rutina. Por un momento deseó no haber conocido a Andrea, haber hecho las prácticas en otra clínica quizá. O conseguir una máquina del tiempo para volver hacia atrás y no dejarse el maldito bolso en el *office* aquel día. Abrió la boca dispuesta a decir algo, pero no le salieron las palabras. Su garganta emitió un sonido inaudible parecido a un gruñido que ni siquiera llegó a los oídos de su hermana, concentrada en la conducción. Pensativa, reflexionó de nuevo: «Joder, pero esos tíos estaban manipulando droga. Y nos han disparado, tienen armas. Además, ese cuarto parecía un quirófano improvisado. Y luego está por supuesto lo de los gritos del niño. No sé, yo creo que es posible, pero… ¿y si no?».

Andrea cerró los ojos en la parte de atrás. No tenía ningunas ganas de hablar. Todavía estaba en *shock*. Aquello había cobrado una dimensión totalmente diferente de la que ella había comenzado dos años atrás. Por aquel entonces, se encontraba cómoda en su zona de confort. Su laboratorio era su área de confianza. Allí se sentía segura, tenía el control, era la jefa. Cuando empezó con todo esto no imaginaba salir de allí en ningún momento. Simplemente analizaría sangre, haría pruebas, experimentos, exploraciones, y daría con el problema. Después lo resolvería, y ya está. Pero no fue así. Y aquí

estaba, en la parte trasera de un coche del que había pensado no salir con vida tan solo veinte minutos antes, cuando casi se empotran de frente con un BMW de alta gama.

Alicia aparcó su coche zombi en la calle paralela al portal de Macarena, en el sitio disponible más cercano, apagó las luces y paró el motor.

Para entonces Andrea volvía a sentir dolor en el tobillo. Sabía que cuando se bajara del coche no podría andar, ahora que el músculo se había enfriado.

—¿Nos bajamos? —preguntó Sandra.

—No, casi mejor quedaos aquí. Ya voy yo a buscarla y la traigo. Va a flipar —contestó Alicia forzando una sonrisa.

Andrea asintió complacida.

Alicia caminó hacia el portal de Macarena.

«Primero probaré con un wasap, por si acaso», pensó, pero no tenía ninguna esperanza de que lo viera a esas horas.

Alicia:

¿Qué pasa, tía? ¿Estás despierta? Estoy abajo, en tu portal, tenemos que hablar de una cosa.

Emoticono de niña con los brazos levantados y enseñando las palmas de las manos.

Después de cinco minutos sin respuesta probó a llamar. Nada. Seguramente lo tendría en silencio. Volvió a probar. Nada. Envió un par de emoticonos más por WhatsApp por si acaso. Nada. No le quedaba otra opción que el telefonillo. La peor opción, pero la única. Después de pulsar tres veces el botón ocurrió lo que no tenía que ocurrir, pero que evidentemente Alicia esperaba. La voz de Lorenzo se escuchó a través del aparato.

—¿Sí? —preguntó con voz ronca.

—Lorenzo, buenas noches, perdona. ¿Está Macarena en casa? Es que la estoy llamando al móvil, pero no lo coge y… —titubeó Alicia.

—¿Alicia? Pero ¿qué hora es? Está durmiendo, pero… ¿ha pasado algo?

—No, no. No te preocupes. Ha pasado algo, pero no es grave. Solo que no podía esperar a mañana para contárselo. Cosas nuestras, ya sabes, Lorenzo —dijo Alicia intentando quitarle un poco de hierro al asunto.

—Bueno, vale. Espera, que la llamo. ¿Quieres subir? ¿Hace frío?

—No, de verdad que no te preocupes, es que tengo el coche mal aparcado. Que baje, se lo cuento en un momentito y me voy. Si seguramente será una tontería —mintió Alicia.

—Vale, espera —dijo Lorenzo no muy convencido.

Unos segundos después…

—¿Alicia? —preguntó Macarena a través del telefonillo

sorprendida.

—Macarena, baja un momento, porfa, que te cuento una cosa.

—Joder, pero ¿ha pasado algo o qué? Estaba durmiendo.

—Tú baja un momento. Ahora te lo cuento.

—Venga, vale. Voy.

En menos de un minuto apareció Macarena en el portal, en pijama, con una bata que parecía de su padre más que suya y con las zapatillas de andar por casa de conejos que le regalaron en su último cumpleaños.

Alicia sonrió al verla.

—Vaya pintas —murmuró jocosa.

—Encima, no me toques los cojones, graciosa. Ya será importante eso que me quieres contar para que aparezcas llamando al telefonillo un lunes a la una de la mañana.

—Lo es, lo es. De verdad que lo es. Vamos al coche, que aquí hace frío.

—Pero ¿¡qué dices!? ¡Que voy en pijama! ¿Te has fumado algo o qué?

—No, pero no me vendría mal, la verdad. ¡Anda, no seas quejica, que está aquí mismo! Llorona.

Cuando llegaron al coche Macarena percibió cierto movimiento dentro. Alicia le abrió la puerta trasera para que se subiera.

—¿Y este coche?

—Sí, bueno, eso te lo cuento otro día. Tú sube y calla.

—Pero ¿quién está ahí? Anda, pero si es tu hermana y…

—Andrea, su jefa en la clínica veterinaria —interrumpió Alicia.

—¡Ah! ¡Hola! Yo soy Macarena —saludó asombrada.

Consiguió decirlo en un tono de voz casi normal, pero no le resultó nada fácil. Andrea desprendía madurez e inteligencia por los cuatro costados aun sin haber dicho ni una palabra todavía. Andrea era guapa. Andrea tenía una mirada penetrante que irradiaba seguridad. Andrea era sumamente femenina, y Macarena se enamoró de ella al instante. De repente se arrepintió de haber bajado con esas pintas. Pero, claro, se acababa de despertar y Alicia no la había avisado de que tenía compañía. Después se ocuparía de matarla, ahora tenía que averiguar de qué trataba el asunto que le había sacado de la cama.

—Vale, pues bien. Hola, Sandra. ¿Qué tal? Esto parece una reunión del eje del mal. ¿Se puede saber qué está pasando aquí?

Las tres se miraron entre sí para decidir quién tomaba la iniciativa. Sandra y Alicia se dieron la vuelta en los asientos delanteros. Macarena se quitó sus pantuflas de conejo y las metió debajo del asiento de Sandra para que Andrea no las viera, aunque probablemente ya las habría visto. Inmediatamente pensó en si estaría casada. No llevaba anillo, pero…

Alicia comenzó a hablar:

—Bueno, lo primero. Eso que me contaste el sábado que no podía contar a nadie y tal… —dijo dejando unos segundos de suspense—, pues se lo conté a mi hermana el domingo cuando vino a comer a casa.

Macarena abrió los ojos tanto como pudo y levantó las cejas en un gesto de absoluta sorpresa. No se esperaba ni por asomo que los tiros fueran a ir por ahí.

—Es que Sandra me contó que necesitaba hablar contigo de un asunto y, claro, le dije que ahora no era buen momento porque estabas metida en un pequeño lío y al final terminé contándoselo, pero…

—Bueno, pero eso no viene al caso ahora —interrumpió Sandra—. La cuestión es que Andrea llevaba un tiempo investigando la muerte en extrañas circunstancias de varios perros cuando yo entré a hacer las prácticas en su clínica veterinaria el 1 de julio, ¿vale? —dijo de carrerilla—. Los perros están contrayendo una enfermedad neurológica debido a que en su organismo se están introduciendo enzimas de cerebro humano. Y tú te preguntarás: «¿y qué tiene que ver eso conmigo?». Pues en principio nada, hasta que ayer, después de que mi hermana me contara lo del área de descanso, me fui a mi casa y puse la tele. Casualmente estaban echando un documental en La 2 que trataba de una tribu que practicaba el canibalismo. Los miembros de la tribu tenían los mismos síntomas que los perros que estaba investigando Andrea y de repente, ¡zas!, una idea me vino a la cabeza. Andrea había basado su investigación en la búsqueda de restos de venenos o drogas que causaran dichos síntomas en los animales, pero ninguno coincidía. No obstante, analizó una larga lista de marcas diferentes de pienso que habían consumido todos los animales que murieron con la enfermedad. El jueves pasado me pasó dicha lista. Solo había una marca que coincidía en todos ellos: Profidog. ¿De qué me sonaba esa marca? ¿Dónde había visto yo ese nombre? Rebusqué en mi cabeza y lo encontré.

—La fábrica. Esa fábrica está justo al lado del área de descanso —murmuró Macarena.

—¡Exacto! Todos los perros habían comido pienso de esa marca. Entonces pensé que ese pienso quizá debía contener enzimas de cerebro humano, pero ¿cómo? ¿Cómo era posible que hubiera enzimas de cerebro humano en comida para perros? ¿Cómo habrían llegado hasta allí? —Sandra hizo una pausa dramática. —Macarena escuchaba atónita—. Tenía la cabeza hecha un lío. Se me mezcló la investigación de Andrea con el documental de la tribu caníbal y tu historia del área de descanso. Entonces de repente todo se conectó en mi cabeza y creo que tengo una hipótesis sólida sobre el asunto. —De nuevo hizo un

silencio.

—Soy toda oídos —dijo Macarena con voz neutra.

—De acuerdo. Ahí va: creo que secuestran a la gente, hacen algo con ellos y, de alguna manera que prefiero ni imaginar, acaban siendo comida para perros.

Se produjo un silencio incómodo en el habitáculo del coche. Todas esperaban expectantes la reacción de Macarena. Al ver que esta no se producía, Sandra prosiguió:

—He estado investigando un poco sobre el tema y es muy probable que se trate de venta de órganos. He leído que en el mercado negro los órganos alcanzan un precio muy elevado y, si son bajo pedido y a la carta, mucho más. Hablamos de miles de euros.

—Pero eso no es todo, hay una cosa más —susurró Andrea instando a Sandra a contarle de dónde venían.

Aquel susurro le pareció a Macarena de lo más sexi y casi consiguió desviar sus pensamientos hacia algo mucho más placentero.

—¿El qué? —preguntó de manera urgente.

Sandra y Alicia se miraron.

—Es que ahora venimos de la fábrica —murmuró Alicia—. Nos hemos colado para ver si averiguábamos algo.

—¡¿Cómo?! —casi gritó Macarena—. Pero ¿qué cojones…?

—Espera, espera, no te enfades, escucha. Enséñale las fotos, Sandra —dijo Alicia.

Sandra sacó el móvil de la mochila. Andrea hizo lo propio cayendo en la cuenta de que no había revisado las suyas. Abrieron la galería y le mostraron las fotos a Macarena. En ellas se veía la gran mesa metálica donde esos hombres tenían aquel polvo blanco esparcido y repartido en sobres transparentes de plástico.

—Es cocaína. Con toda seguridad —murmuró Macarena—. ¿Qué estaban haciendo? ¿Qué habéis visto? —preguntó sin relajar el gesto de enfado.

—Estaban descargando un camión lleno de cajas de cartón. No parecían pesar demasiado, las cogían con facilidad. Después abrían algunas de las cajas, supongo que las tenían marcadas o algo así, y sacaban las bolsitas de plástico con la supuesta cocaína. Las esparcían por la mesa metálica y la redistribuían en bolsitas más pequeñas —comentó Sandra.

—Pero lo más importante es que cuando huíamos escuchamos los gritos de un niño. ¡Casi seguro que era un niño, Macarena! Los tíos nos vieron y tuvimos que salir corriendo. Estaban armados y nos dispararon. Entonces el niño comenzó a gritar desde un sitio que no veíamos, estaba muy oscuro, pero debía de estar cerca, eso seguro. No hemos ido a la Policía, queríamos primero decírtelo a ti —relató Alicia de carrerilla.

Macarena se enjugó el sudor de la frente. Le empezó a sobrar la bata, pero el pijama que llevaba debajo era peor que las zapatillas de conejo, así que decidió seguir con ella puesta a pesar del calor.

—¡Joder, joder, joder! Pero ¿vosotras estáis locas o qué? Si os llegan a coger… ¿Alguien más sabía que estabais allí o sabe algo de este asunto?

—No —dijeron las tres casi al unísono.

—Bueno, Petronila —dijo Alicia sacándola del bolsillo con una mano y acariciándola con la otra.

—Joder vale —dijo Macarena torciendo el gesto—. No quiero ni preguntar qué coño haces con la araña. A ver, dejadme pensar. A la comisaría no podemos ir sin nada. Ahora mismo lo único que tenemos es a tres chifladas que se han colado en una fábrica de piensos sin motivo aparente y con una tarántula en el bolsillo. Primer delito. Las fotos no valen porque podrían ser de cualquier sitio. Descartadas. Si sabéis lo del niño secuestrado es porque yo me fui de la lengua. Segundo delito. Y, si de verdad ese niño está allí, no tenemos mucho tiempo, así que… —Macanera no terminó la frase. Todos los engranajes de su cerebro estaban en funcionamiento. Casi se podían escuchar desde fuera— tengo que hablar con mi padre. No puedo ocultarle esto por más tiempo. Además, él sabrá qué hacer. Nos aconsejará. Si él dice que debemos ir a la comisaría, pues iremos. Necesito contárselo todo, estoy saturada. Además, acabará enterándose más pronto que tarde y me pedirá explicaciones, así que vamos a mi casa y hablamos con él. Le contáis lo que me habéis contado a mí y a ver qué opina —dijo dando un manotazo al aire.

Macarena sintió un escalofrío por todo el cuerpo cuando bajó del coche. Estaba sudando por debajo de la bata, pero en la calle hacía frío y el contraste hizo que de repente se sintiera destemplada. Echó una ojeada disimuladamente al resto del cuerpo de Andrea. Quería comprobar si sus expectativas se cumplían y sí, se cumplían con creces. Andrea no era tan alta como ella, pero tampoco era bajita. Ninguno de sus atributos era exagerado. No era una mujer exuberante. Más bien, recatada y delicada, aunque sin llegar al exceso. Se le adivinada una personalidad fuerte y decidida. Macarena también se dio cuenta de que cojeaba profusamente de la pierna derecha. Ataviada con su bata de cuadros y sus zapatillas de conejo, ralentizó el paso para ponerse a su altura.

—¿Qué te ha pasado en la pierna?

—Es el tobillo. No te preocupes, me lo he torcido cuando intentábamos escapar de la fábrica.

—Joder, ahora te hago un vendaje si quieres, tengo un botiquín en casa.

—¿Sí? Eso estaría bien, porque no puedo ni pisar, cada vez me

duele más.

—Sí, supongo que las hermanas locas te han dicho que soy policía, bueno, más bien, informática. Estoy en la sección de delitos tecnológicos, pero como mi padre fue inspector jefe en el equipo que se encarga de los homicidios y desaparecidos, pues tengo alguna relación con ellos también. De vez en cuando nos dan cursos de primeros auxilios y yo me apunto a todos —dijo Macarena sonriendo.

—Eso está muy bien. Todo el mundo debería saber primeros auxilios. De hecho, lo deberían enseñar en el colegio para que cualquier persona pudiera atender a otra mientras llega la ambulancia. Es algo que no se tiene en cuenta y es básico.

—Pues sí, desde luego. Entonces, ¿tú eres veterinaria?

—Sí, bueno, yo tengo una clínica veterinaria en Coímbra. Soy cirujana de animales, por eso sé que no tengo el tobillo roto, porque si de algo entiendo es de huesos y músculos, pero, ¡joder!, me duele bastante.

—Me imagino… Ahora vemos lo que te puedo hacer. Con un buen vendaje, al menos, lo tendrás sujeto. Yo no sé nada de animales, de hecho, no me gustan nada de nada, pero seguro que tu tobillo lo puedo arreglar —dijo Macarena intentando ser simpática.

Llegaron al portal. Macarena metió la llave en la cerradura y se le ensombreció el rostro. Fue como si de repente fuera consciente de la situación. Se disponía a plantearle a su padre la posibilidad de que sus dos niños hubieran muerto de una manera atroz y terrorífica. ¿Cómo reaccionaría? ¿Iba a asumir aquella hipótesis o se negaría a aceptarla? Sabía que su padre, en algún lugar recóndito de su mente, todavía albergaba la esperanza de que aparecieran con vida. Aceptar que aquellos niños probablemente murieran unos días después de su desaparición no sería fácil para él. Aquel caso le costó la expulsión del cuerpo, muchas noches de insomnio, horas de terapia con el Dr. Sánchez (el psicólogo de la Policía) y caminar al borde de la depresión durante mucho tiempo después de pronunciar aquellas fatídicas palabras que volvían a su cabeza de manera recurrente: «Me rindo». Eso les dijo a unos padres destrozados por la pérdida de sus dos pequeños. Jamás se perdonaría aquello. No, no iba a ser una conversación fácil, desde luego. Macarena y las demás se dirigían directas a arrancarle esa esperanza de cuajo, la esperanza de que algún día alguien los encontrara y les devolviera a sus padres la vida que él no pudo devolverles. Falló. La frustración le pesaba mucho y a menudo se martirizaba por ello. ¿Cómo decirle que lo más seguro es que todo terminara muy poco después de comenzar? ¿Cómo iba a aceptar que todas las horas de búsqueda que realizó mientras era inspector y después de que le expulsaran fueron inocuas? ¿Cómo encajaría la idea de que jamás buscaron nada, porque nunca hubo

nada que buscar?

Macarena comenzó a subir las escaleras al frente de aquel extraño séquito sumida en esos pensamientos. Por un instante deseó vivir en un piso sesenta y tardar horas, incluso días, en llegar a su puerta, pero no, vivía en un segundo y ya habían llegado.

CAPÍTULO 14. El área de descanso. Segunda parte

Lorenzo se sorprendió al ver entrar a las cuatro chicas en el salón. No había vuelto a la cama. Se quedó esperando sentado en el sillón a que volviera Macarena para interrogarla, pero enseguida se dio cuenta, por la expresión de sus caras, de que no iba a hacer falta torturarlas, ellas solas se lo iban a contar todo.

—¡Hombre, Sandra! Eras tú, ¿verdad?, la que saludé desde el camino en Coímbra…

—Sí, sí, era yo, Lorenzo. Estoy haciendo las prácticas en la clínica veterinaria Coímbra. Esta es Andrea, mi jefa. —Andrea se acercó cojeando a Lorenzo y le dio dos besos—. Por cierto, ¿qué hacías por allí ese día? Vi algunos coches de Policía y…

—Bueno, es una larga historia —le interrumpió Lorenzo—. Ya te la cuento otro día. Ahora decidme, por favor, ¿qué hacemos a la una y media de la madrugada de un lunes en el salón de mi casa vosotras cuatro y yo? ¿Es muy grave lo que pasa? ¿Estáis todas bien? Bueno, veo que tú cojeas —dijo señalando a Andrea—, pero no creo que ese sea el motivo de la visita.

Todas se giraron para mirar a Macarena, la única que seguía de pie. Las demás se habían distribuido por el salón. Sandra y Andrea se sentaron en unas sillas que había junto a una pequeña mesa redonda, cerca de la televisión, y Alicia, como tenía más confianza, se había repantingado en el sofá, cerca de Lorenzo.

Macarena se quitó la bata. Sudaba por las axilas, por el calor y de los nervios. Se acercó a Sandra y cogió la silla que quedaba libre. La arrastró y se sentó justo enfrente de la televisión apagada. Lorenzo la seguía con la mirada sin decir nada. Él también estaba nervioso. ¿Qué estaba pasando? Nadie se atrevía a romper el silencio. Por fin Macarena comenzó a hablar:

—Bueno, a ver, papá. Lo primero, estamos todas bien, no es nada de eso, así que tranquilo. —Lorenzo relajó un poco los hombros y se incorporó en el sofá—. Pero sí es verdad que lo que vas a escuchar no te va a gustar. Te lo resumo un poco y luego entramos en detalles, ¿vale? —Lorenzo asintió levemente—. Andrea y Sandra estaban investigando la extraña muerte de algunos perros de la clínica. De alguna forma, que luego te explicarán ellas, se dieron cuenta de que uno de los piensos que comían estos perros contenía unas partículas. —Macarena buscó con la mirada a Andrea.

—Enzimas —dijo Andrea.

—Eso, enzimas de cerebro humano. —Lorenzo frunció el ceño en un gesto de extrañeza y echó levemente la cabeza hacia atrás—. Ya, es

un poco raro —continuó Macarena—, pero el caso es que este pienso lo comercializa una empresa que se llama Profidog. ¿Te suena? La fábrica está pegada al área de descanso del km 27 de la A3. —Lorenzo volvió a tensar los hombros. Se llevó una mano a la cabeza y comenzó a rascarse la nuca.

—Vale, pero no entiendo nada ahora mismo —dijo nervioso intentando que su cerebro no estableciera las conexiones que quería establecer.

Macarena guardó silencio unos segundos y miró a Sandra en busca de ayuda. Con un gesto la instó a hablar.

—Lorenzo, escucha. Alicia, Andrea y yo venimos ahora de allí. Nos hemos colado en la fábrica para ver si averiguábamos algo y por eso estamos aquí —dijo titubeando mientras Lorenzo no salía de su asombro.

Sandra aprovechó el momento de debilidad de Lorenzo y lo soltó todo de carrerilla. Lo de la cocaína, los perros, la persecución en coche, los disparos y, por su supuesto, lo del niño.

Lorenzo quedó noqueado durante unos segundos. Debía poner en orden sus pensamientos. De repente, sin decir nada, se levantó y salió del salón. Las cuatro se miraron sin saber qué decir. Macarena era la que más asustada estaba de todas, porque, aunque previsiblemente debería, no tenía ni la más remota idea de lo que iba a pasar en los siguientes tres minutos.

Lorenzo reapareció en el salón con un montón de papeles debajo del brazo. Apartó unos cuantos objetos que había encima de la pequeña mesa redonda y esparció los papeles. Desplegó lo que parecía un plano, lo observó durante unos segundos y señaló un punto con el dedo.

—Veamos, la fábrica es esta, ¿verdad? —preguntó levantando la mirada del papel.

Todas se acercaron.

—Sí, exacto. Nosotras hemos aparcado aquí y hemos entrado por aquí —dijo Sandra señalando las zonas con el dedo.

—Bien. ¿Y dónde habéis escuchado los gritos más o menos?

—Vale. Eso ha sido por aquí, porque hemos salido por otro sitio. Solo los hemos oído. No hemos podido ver nada, estaba muy oscuro —dijo Alicia.

Lorenzo guardó silencio unos segundos. Apartó el plano y revolvió los papeles. Cogió una pequeña carpeta blanca con una goma.

—Aquí está —dijo sacando varios papeles de la carpeta—. Vosotras habéis salido por aquí. —Señaló de nuevo en el plano—. Ahí hay un camino que va a parar a una edificación anexa a la fábrica por la parte de atrás. Es una pequeña caseta de ladrillo de las que usaban antes como centro de transformación, es decir, para meter un trasformador

eléctrico dentro. Ahora esos centros se construyen subterráneos y muchas de esas casetas han quedado en desuso. Si no me equivoco, la única puerta que tiene está en el patio de la fábrica. Solo tiene un acceso. Tendríamos que escalar por la propia caseta, saltar al interior del patio y romper la puerta. Después habría que salir por el mismo sitio. Si aparcáramos aquí, en esta zona del área de descanso, tendríamos el coche a tan solo unos segundos de la caseta. —Lorenzo volvió a revolver los papeles—. A ver, los niños desaparecieron en 2013. Hace cuatro años. Era el mes de julio. Recuerdo que recorrimos ese camino porque la valla estaba rota por este punto. El terreno estaba seco debido al calor. No encontramos huellas ni ningún rastro. Ahora mismo, con las lluvias, es posible que podamos encontrar algunas huellas, aparte de las vuestras, claro. Estas son las notas que tomé acerca de esa fábrica. —Lorenzo extrajo un par de folios escritos a mano de la carpeta—. Recuerdo que llegamos a entrar dentro. Aquí tengo apuntado: «Dueño rumano con acento latino. No me da buena espina, investigar». Sí, sí, me acuerdo de ese tipo, un tal Costel, tenía una cara peculiar —masculló—. «Nos permiten entrar. Olor muy fuerte a productos químicos, lejía, aguarrás, o algo así. Ratas, cucarachas, posible inspección de sanidad cuando todo esto acabe. Budy no encuentra nada, gime y lloriquea, quizá por el fuerte olor». —Lorenzo dejó los apuntes sobre la mesa y se dirigió a Macarena.

—Necesito un cigarro. ¡Macarena, dame uno! —exclamó con urgencia.

—Si yo no fumo, y tú lo has dejado. ¿Qué dices? —contestó Macarena intentando sonar convincente.

—¿Que no fumas? —dijo Lorenzo arrastrando las sílabas—. ¿Tú te crees que yo he sido inspector jefe de Policía durante más de veinte años por mi cara bonita? Anda, deja de fingir y tráeme un cigarro.

Macarena arrastró los pies hasta su habitación (algo avergonzada, todo hay que decirlo) y trajo un cigarro para su padre y, ya de paso, otro para ella, que falta le hacía.

Lorenzo encendió el pitillo y le dio una tímida calada. Temía ponerse a toser debido a la pérdida de costumbre. Comenzó a deambular de un lado para otro del salón divagando entre dientes. Las chicas se miraban entre sí, nadie entendía nada de lo que decía. De repente se frenó en seco y dijo:

—Es posible que… —Pero dejó la frase en el aire y siguió cavilando un par de minutos más hasta que se terminó el cigarro.

Entonces se sentó en el sofá y comenzó a hablar:

—Más del 90 % de los crímenes se resuelven gracias a que hay un traslado del cadáver. En dicho traslado, se dejan huellas, hay testigos, cámaras de seguridad, factores meteorológicos, accidentes y multitud de circunstancias que son del todo imprevisibles para cualquier

persona que realice un desplazamiento con un cadáver en el maletero. —Lorenzo hizo una pequeña pausa—. En este caso siempre faltó el traslado. Yo lo sabía. Por eso estaba tan seguro de que jamás salieron de allí, que estaban muy cerca. Ocultos, inaccesibles pero cerca. —Volvió a quedarse pensativo unos segundos—. La verdad es que si lo piensas bien es el sitio perfecto para realizar cualquier tipo de actividad delictiva. Puedes esconder drogas, personas, cadáveres… Ese fuerte olor a productos químicos o a lejía o lo que cojones sea eso que huele allí imposibilita a los perros seguir cualquier rastro. ¡Y encima sin levantar sospechas! ¡Así es como huele una fábrica de piensos! —exclamó levantando los brazos—. Después, como si tal cosa, puedes hacer desaparecer los cadáveres sin ni siquiera salir de allí. Una idea brillante —acabó diciendo Lorenzo esbozando una amarga sonrisa.

Macarena observó a su padre. Sentía pena por él. Ese caso le había llegado al alma. Aquellos niños… Notó cómo sus ojos comenzaron a humedecerse. No podía ponerse a llorar. Ahora no. Así que se obligó a reponerse enseguida y apartó esos pensamientos de su cabeza. No podía derrumbarse. Había que actuar.

—Papá, tenemos que llamar a Collado —dijo con serenidad—. Si de verdad el niño está allí, no tenemos mucho tiempo.

—Exacto —dijo Lorenzo—. No tenemos tiempo. Si llamas ahora mismo a Andrés, puedes dar a ese niño por muerto, si es que no lo está ya. —Las chicas alzaron la vista sorprendidas. Lorenzo se levantó de un salto del sofá—. Tengo que ir ahora mismo. Si utilizo el factor sorpresa, quizá pueda salvarle. Es la única manera. De cualquier otra forma, lo que sea que quieran hacer con ese niño lo harán. La Policía tiene unos protocolos que seguir. Collado tiene las manos atadas. Tendría que acudir a Beltrán, que, en el hipotético caso de que le tomara en serio, cosa que dudo, estaría obligado a llamar al juez de instrucción para conseguir una orden de registro. El juez, sin pruebas y solo con la versión de unas chicas que se han colado ilegalmente en una fábrica donde presuntamente manipulan cocaína, también dudaría. Después le diríais lo de los gritos y los disparos, y quizás, solo quizás, accedería a emitir esa orden. Pero en el mejor de los casos este proceso duraría una semana. Ese niño no tiene una semana. Cuando se presentara allí la policía, solo encontrarían a unos disciplinados y honrados trabajadores fabricando pienso para perros —dijo Lorenzo.

—¿Pretendes ir tú solo? Había por lo menos cinco hombres armados y ahora estarán alertas, acabamos de venir de allí. Además, hemos provocado que empotren su coche contra un muro. Estarán un poco cabreados, Lorenzo —intervino Alicia.

—Precisamente ahora es cuando más vulnerables y confiados están. Ni siquiera se plantearán que vayáis a volver después de haber conseguido escapar. De hecho, no lo haréis, es absurdo. Iré yo solo.

Ahora mismo estarán desconcertados. Pero yo tengo un motivo que ellos desconocen. Os han visto salir de la fábrica y pensarán que estabais allí por la droga. No saben que sé de la existencia del niño. Además, ni siquiera me verán. La caseta donde creo que puede estar está al lado del barranco por donde habéis salido. Esconderé el coche en el área de descanso, subiré por el camino hasta el barranco y me colaré en el patio, abriré la puerta y sacaré al niño. En cuanto lo tenga, saldré de allí y llamaré a Collado. Ese es el plan —dijo Lorenzo con la mirada fija en un punto indeterminado.

—No puedes evitar que vayamos contigo. Lo siento, pero ya no somos niñas —dijo Sandra con tono serio.

—¡De ninguna manera! Ya os habéis puesto en peligro suficiente, ¿no crees? Si se enteran vuestros padres de esto… ¡No! No puede ser. Imagina que os pasa algo a alguna… No lo soportaría. Vosotras os vais cada una a vuestra casa y ya me encargo yo del asunto. Es lo mejor. Hacedme caso, por favor —dijo Lorenzo haciendo que su voz sonara como un ruego más que como una orden.

—¿Y cómo piensas retenernos? Como no nos mates… —dijo Alicia —. Yo voy, Lorenzo. Te pongas como te pongas.

—Nosotras también vamos —dijo Sandra buscando la mirada de Andrea en un gesto de complicidad—. Se trata de la vida de una persona. No podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Lo siento, papá, pero estoy de acuerdo con ellas. Vamos contigo, bajo nuestra responsabilidad. Todas somos mayorcitas ya —dijo Macarena.

Lorenzo se pasó ambas manos por la cabeza y cerró los ojos. Dudó durante unos interminables segundos.

—¡Joder! ¡Maldita sea! De acuerdo. Iremos todos, pero tendréis que acatar mis órdenes sin rechistar. Trazaremos un plan y cada una ejecutará su parte con escrupulosa y minuciosa perfección. No quiero tonterías ni riesgos innecesarios, ¿entendido? —Todas asintieron—. Bien, escuchadme. —Lorenzo volvió a desplegar el plano encima de la mesa—. Aparcaremos los coches aquí, en esta zona del área de descanso, es la más alejada de la carretera. Con los árboles, es imposible que vean los coches desde la fábrica. De todas formas, por si acaso, Sandra y Andrea, os quedaréis al principio del camino. Si alguien apareciera a husmear cerca de los coches, avisaríais al resto. Alicia y tú, Macarena, vais a avanzar conmigo hasta el barranco. Una vez allí, continuaré yo solo hasta la caseta. Si consigo sacar al niño, vosotras seréis las encargadas de guiarle hasta la posición de Sandra y Andrea. Después todas correréis y os marcharéis en el coche de Alicia directas a la comisaría. Yo os alcanzaré después con mi coche, ¿de acuerdo? —dijo Lorenzo levantando la vista del plano—. No os pararéis, no miraréis atrás ni me esperaréis. Solo correréis hasta el

coche y desapareceréis del área de descanso a toda velocidad, ¿entendido? ¿Alguna pregunta? —Todas negaron con la cabeza, obedientes ante el tono militar que había adoptado Lorenzo—. Perfecto. Pues voy al trastero a por unas cosas mientras vosotras os vais preparando. Salimos en veinte minutos.

Lorenzo bajó al trastero aún en pijama. No estaba seguro, pero pensaba que aún conservaría una barra de uña y una cizalla que robó en un registro hace unos años. También cogería un martillo, cinta americana y un par de bolsas de bridas. Rebuscó durante unos minutos la mochila que usaba cuando le dio hace tiempo por salir a caminar al monte. Era una mochila grande, con la espalda y las asas almohadilladas. Esto solo era parte del acopio. Lo más importante lo tendría que coger a escondidas del cajón superior de la mesilla de su habitación. Esa era la clave de la otra parte de su plan. La parte secreta.

Mientras tanto, Macarena se había desprovisto de su horroroso pijama y de sus zapatillas de conejo. Apareció de nuevo en el salón con unos vaqueros ajustados, una camiseta de tirantes negra que resaltaba aún más su esbelta figura, y unas botas militares también negras.

—¿Echamos un vistazo a ese tobillo? —le dijo a Andrea.

—Sí. Gracias —contestó ella poniéndose de pie a duras penas.

Entraron en la modesta habitación de Macarena. Esta había hecho la cama y una evidente recogida exprés mientras se vestía. Andrea se percató y pensó: «Hacemos todos las mismas cosas. Si ella viera cómo tengo yo mi habitación, probablemente no se hubiera molestado».

—Túmbate en la cama, hacia este lado. Ya sé que me has dicho que no está roto, pero yo te voy a hacer la cura según me han enseñado. Paso por paso, ¿OK?

—Muy bien, como quieras. Tú eres la experta —contestó Andrea sonriendo.

No pasó por alto cómo le brillaron los ojos a Macarena ante su sonrisa. Notó cómo se recreaba con cada gesto y por un momento pensó en que quizás tuviera un aspecto deplorable y por eso Macarena no paraba de mirarla.

Macarena, en cambio, se había recogido el pelo en una larga coleta y le había dado tiempo a maquillarse un poco. «¿Pintarse los labios para ir a una misión suicida? —pensó Andrea—. No le veo mucho sentido, pero la verdad es que la chica es monísima». Quién tuviera esos pechos tan firmes y ese culo respingón que, a ella, entrada en la cuarentena, comenzaban a rendirse a la gravedad. Macarena le quitó la zapatilla suavemente y poso sus manos sobre el tobillo dolorido.

—Primero hay que masajear la zona y comprobar la movilidad para descartar la rotura, ¿de acuerdo? Si te duele, me avisas y paro.

Macarena deslizó las manos desde la espinilla hasta los dedos del pie varias veces. Intentó que el masaje pareciera terapéutico, pero lo hizo lo más sensual que pudo. Muy despacio, comenzó a realizar giros con el tobillo a izquierda y derecha. Después en redondo. Y también hacia delante y atrás. Sabía que su padre aparecería en cualquier momento y rompería el hechizo, pero no le importó. No pensaba malgastar aquella oportunidad con un masaje superfluo y apresurado. Quería disfrutarlo y, si era posible, que Andrea también lo disfrutara y recibiera su mensaje subliminal.

Sus pies eran pequeños y suaves, como sus manos de cirujana, que movía de manera sinuosa mientras le explicaba a Macarena cómo se había torcido el tobillo. Macarena oía su voz, pero hacía ya un rato que había dejado de escucharla. Todos sus pensamientos se centraban ahora en el sentido del tacto; en la suavidad de su pierna, en el fino tacto de su piel y en la delicadeza de sus dedos cuando rozaban fortuitamente con su antebrazo. De repente Andrea dejó de hablar. Macarena se sobresaltó, no sabía si es que se había interrumpido por algo o es que había terminado su explicación.

—No, no. Sigue, no pares —dijo Andrea—. Para no ser médico se te da muy bien. Se me está pasando el dolor.

Macarena se ruborizó un poco e intentó apartar de su mente las imágenes que le habían sugerido esas palabras. Se reprendió a sí misma por ello. Su padre había recibido una de las peores noticias en mucho tiempo, además, un niño de trece años estaba en peligro de muerte, y ella pensando en esas cosas. Pero no podía evitarlo. ¿Estaría casada? ¿Tendría hijos? Enterarse de esos detalles se había convertido en su mayor prioridad, muy a su pesar.

—Bien, ahora hay que hacer el vendaje para que no se mueva, ¿vale? Lo ideal es que después tuvieras la pierna en alto unas horas y te pusieras hielo, pero, como vamos a andar, te apretaré el vendaje todo lo que pueda para que aguante.

Macarena le vendó el tobillo. Sujetó las vendas con esparadrapo y le volvió a poner el calcetín.

—Espera un momento, ahora vuelvo —dijo.

Apareció de nuevo a los pocos segundos con un vaso de agua y una bolsa de guisantes congelados.

—No tardaremos en irnos, pero te los puedes llevar para el camino, algo harán —dijo poniendo la bolsa de guisantes sobre su tobillo—. También te he traído un ibuprofeno para aliviarte un poco el dolor, al menos hasta mañana.

—Muchas gracias, Macarena, así da gusto, de verdad. ¡Yo también tengo una bolsa de guisantes que uso para estas cosas! Caducaron hace cinco años por lo menos, y ahí los tengo —dijo Andrea riendo.

—¿Sí? ¡Vaya! Pues, mira, ya tenemos algo en común.

Macarena se sintió ridícula inmediatamente después de soltar esa frase. «¿Ya tenemos algo en común? ¿Una puta bolsa de guisantes congelados? ¿Es que eres tonta o qué te pasa?», pensó. No sabía por qué había dicho semejante tontería. Serían los nervios, probablemente.

Macarena cogió una linterna del cajón, sacó una cazadora vaquera del armario, y salieron de la habitación. También se guardó en la mochila su arma reglamentaria, solo por precaución, no tenía ninguna intención de usarla, a no ser que fuera estrictamente necesario, pero por si acaso.

Lorenzo ya estaba en el salón, junto con Alicia y Sandra. Ya se había cambiado de ropa y metía las últimas cosas en la mochila.

—¿Estáis listas? ¿Dónde tenéis el coche? —preguntó Lorenzo.

—Está en la calle de atrás. Un Focus azul oscuro —contestó Alicia.

—Vale. Pues doy la vuelta, paso por ahí, y me seguís.

A los pocos minutos, Alicia vio por el retrovisor el 4x4 de Lorenzo. Era un Suzuki Vitara con más de diez años, pero muy bien conservado. La última vez que lo llevó al taller, fue ella misma la que le cambió el aceite y los filtros. Lorenzo lanzó un par de destellos con las largas y Alicia arrancó el coche. Tomaron la salida de la M-50 y salieron en dirección A-3.

Alicia giró la cabeza para dirigirse a su hermana.

—Acuérdate de que le dije a mamá que hoy dormía contigo en tu casa. A ver si se te va a olvidar cuando te pregunte y la cagamos.

—Sí, sí, es verdad. Espero que no se me olvide, con todo este lío… —contestó Sandra pensativa.

La carretera estaba desierta. Lorenzo iba en silencio, concentrado en la conducción nocturna y ultimando los detalles de su plan secreto en su cabeza. Macarena, en el asiento del copiloto, iba aguantando la tensión de aquel silencio lo mejor que podía. Lo soportó durante quince minutos, pero no pudo más.

—Papá, siento no haberte dicho lo del niño antes. No sabía cómo ibas a reaccionar. Me puse nerviosa y no sabía qué hacer.

—No te preocupes por eso ahora, hija. Lo más importante es que podamos sacarle de allí con vida. Si lo conseguimos, habrá valido la pena.

Macarena se mordió la lengua. Un pensamiento fugaz pasó por su cabeza. No. No podía decirle lo de Noelia. Eso sí que no. Eso era demasiado, pero en cuanto volvieran se iría directa a la comisaría a contárselo a Andrés. No quería retenerlo más. Le mentiría. Le diría que no estaba segura y que por eso no lo dijo. O se inventaría algo más sofisticado. Ella misma ya empezaba a dudar. ¿Y si finalmente no era ella? La marca de nacimiento podría ser una coincidencia, ¿o no? ¿Y si les extirparon los órganos e hicieron comida para perros con

ellos, como decía Sandra? Definitivamente, no, no le diría nada a su padre. No podía arriesgarse. No le vendría nada bien generarse falsas expectativas. Si el equipo de Collado conseguía encontrarla, Lorenzo jamás sabría cómo llegaron hasta ella. Eso sería secreto de sumario, sin duda. Había conseguido guardarse esa información y les había dicho a las chicas en el coche que no dijeran nada al respecto, pero no podía retenerla por más tiempo. Después de esa noche, pasara lo que pasara, se lo contaría todo al inspector jefe Collado.

Llegaron al área de descanso sobre las dos y media de la mañana. Estaba tan desierta y tenebrosa como siempre. Hacía mucho tiempo que Lorenzo dejó de ir a merodear, pero hubo una temporada en que pasó allí muchas noches en busca de alguna pista que le ayudara a dar con el paradero de aquellos niños. Sintió un escalofrío al bajar del coche. El aroma de la vegetación salvaje, mezclado con asfalto y aceite de los coches, le trajo malos recuerdos. Aparcaron al final del área, debajo de unos grandes árboles, según lo previsto en el plan del exinspector. Él los recordaba más grandes, pero, aun así, cumplían con el objetivo de camuflar los coches. No podrían divisarse desde ningún punto del polígono, y mucho menos desde la fábrica, que se encontraba justo enfrente.

Caminaron en fila india, pegados a la valla hasta encontrar el roto que indicaba el comienzo del camino. Lorenzo iba el primero, seguido de Macarena y Alicia. Detrás, Sandra y Andrea (que ya no cojeaba gracias al vendaje de Macarena) cerraban el curioso grupo.

Lorenzo se detuvo.

—Aquí comienza nuestro plan —susurró—. Sandra y Andrea, os quedáis aquí. Desde este punto tenéis un amplio campo de visión del área de descanso y sus accesos. También distinguís los coches allí al final. Cualquier movimiento extraño que veáis o cualquier cosa que escuchéis, avisad por el chat. ¿Todos los móviles están en silencio? Comprobadlo, por favor. No os mováis de aquí y abrid bien los ojos. Nos vemos en un rato, ¿vale? Todo va a salir bien, ya veréis —dijo para animar a las chicas (y a él mismo también)—. Bien, Alicia y Macarena, conmigo. Avanzamos por el camino en fila, sin separarnos y muy atentas a mis señales. Mucha concentración, por favor. Puede ser muy peligroso.

Lorenzo encendió la linterna apuntando al suelo y con el modo ahorro de energía activado. Quería saber dónde pisaba, pero sin ser visto desde la fábrica. Cuando recorrió ese camino con su equipo de la unidad de desaparecidos hacía cuatro años, era verano. En pleno mes de julio el camino estaba completamente seco y no se distinguía ninguna huella. En sus posteriores visitas sí había visto huellas en alguna ocasión, pero no le dio demasiada importancia, ya que el camino terminaba en el barranco y no había ningún acceso rápido a la

carretera, que era lo que buscaban en aquel entonces. Esta vez las huellas eran mucho más numerosas. Gran parte de ellas pertenecerían a las chicas, probablemente, pero pudo distinguir algunas de gran tamaño. Sin duda eran botas de hombre. Y se habían movido en ambas direcciones. Lo que indicaba que las habían buscado por el camino. «Menos mal que no las han encontrado», pensó y tragó saliva. Se notaba nervioso. No es que estuviera oxidado del todo, pero él sabía que ya no era el hombre de antaño, aquel que se metía en los pozos con la unidad acuática en busca de algún rastro o que, cuando había que descolgarse en alguna gruta, era el primero en colocarse el arnés. No. Ya no era aquel tipo, pero algo quedaba y estaba dispuesto a demostrarlo.

Lorenzo volvió a detenerse cuando llegaron al barranco.

—Chicas, vuestro turno. Aquí nos separamos. Me vais a ayudar a subir por el barranco y después os quedáis a la espera. Si todo sale bien, estaré de vuelta en menos de quince minutos. Si pasa de ese tiempo, no os preocupéis, he podido tener problemas para abrir la puerta, ¿entendido? Bien, una cosa más. Necesito que me prometáis algo aquí y ahora —susurró mirándolas fijamente a los ojos—. Si escucháis algo, veis a alguien acercarse, o notáis que estáis en peligro, huid. Corréis a avisar a Sandra y Andrea, os montáis en el coche y salís de aquí sin mirar atrás. Yo sé cuidarme solo, me las apañaré. ¿Me prometéis que no me vais a esperar?

—Papá… —comenzó a decir Macarena.

—Necesito que me lo prometáis; si no, os dais la vuelta ahora mismo y volvéis para casa —interrumpió Lorenzo muy serio.

Alicia y Macarena asintieron casi de manera imperceptible.

—Que lo digáis.

—Vale, prometido —dijeron vagamente.

—Perfecto, confío en vuestra palabra. Ahora ayudadme a subir y mantened los ojos bien abiertos.

Alicia y Macarena entrelazaron los dedos para que Lorenzo apoyase el pie. Ayudándose con las manos sobre los hombros de las chicas, Lorenzo consiguió encaramarse a la cima del barranco. Se escucharon dos grandes zancadas y un golpe seco. Después… nada. En pocos segundos el silencio era absoluto. Tan solo el canto de algunos grillos despistados que no se habían dado cuenta de que el verano había acabado y algún que otro pajarraco rompían aquel terrorífico mutismo.

Lorenzo se dio la vuelta a la mochila situándosela en el pecho y apoyó la espalda contra el muro de hormigón que delimitaba la fábrica. Su plan era avanzar de manera lateral con mucho cuidado de no caer por el barranco. La teoría sonaba muy bien, ahora había que ponerla en práctica. Tan cerca de la fábrica no podía encender la

linterna y unas cuantas nubes se habían puesto delante de la luna, así que se podría decir que no tenía ayuda. Estaba solo y completamente a oscuras. De repente se sintió algo agobiado. Le vino a la mente aquella frase lapidaria suya: «Me rindo». Sonó como si alguien se la hubiera susurrado en el oído: «me rindo, me rindo». Era cierto. Lo dijo, y durante mucho tiempo también lo creyó, pero en el fondo jamás se había rendido. Nunca había perdido la esperanza de encontrar a aquellos niños y ahora, a pesar de que las posibilidades de que siguieran con vida eran escasas, todavía le quedaba una pequeña esperanza, un último cartucho que estaba dispuesto a quemar esa misma noche, porque, sin saber muy bien cómo, gracias a un extraño giro del destino, allí estaba de nuevo, en aquella vieja área de descanso, arrastrándose por el muro de la fábrica donde posiblemente acabaron encerrados Sergio y Noelia, de tan solo ocho y diez años.

Abrumado por sus pensamientos, Lorenzo siguió avanzando muy despacio hacia la caseta de ladrillo. De repente se topó con algo. Había pisado algo asquerosamente blando. Sabía que no debía, pero no le quedaba más opción que sacar la linterna de la mochila para saber qué tenía debajo del pie. Se agachó para que el haz de luz no superase el muro y la encendió. Emitió un breve gruñido y apartó la vista lo más rápido que pudo. Se había sobresaltado ante la imagen de aquella cosa que no consiguió identificar del todo. Volvió a encender la linterna para verlo de nuevo. Parecía un perro. Un perro que debía llevar varios días muerto, porque millones de gusanos blancos se estaban pegando un festín con sus entrañas. Lorenzo sacó el pie de allí con tal fuerza que resbaló y se precipitó por el barranco. Notó una fuerte presión en las axilas. La mochila se había enganchado en unas raíces y él se quedó colgado de ella como si fuera un arnés de seguridad. Miró hacia abajo y comprobó que estaba suspendido a unos cinco o seis metros del suelo. Era demasiada altura. Si saltaba, corría el riesgo de fracturarse algún hueso. Tenía que escalar.

—Espero que la mochila aguante —susurró.

Y comenzó a trepar por ella. Agarró una de las asas con la mano derecha y con gran esfuerzo se impulsó hacia arriba. Consiguió tocar las raíces, pero no pudo agarrarse. «Joder, como se suelte la mochila, me voy a romper la cabeza», pensó. Había calculado la altura a ojo, pero no sabía lo que tenía debajo, no podía verlo. ¿Impactaría contra una roca? ¿Se clavaría las ramas de un árbol en el costado? En estos momentos agradecía haberse gastado tanto dinero en aquella mochila. Se prometió que, si salía de esta, compraría dos más, aunque solo fuera por contribuir a los beneficios de la marca. Segundo intento. Ahora sí había conseguido enredar los dedos en las raíces. Palpando, encontró las más gordas y se aferró a una de ellas. Un nuevo impulso y consiguió soltarse de la mochila para agarrarse a la base del árbol,

del cual salían las raíces, que, gracias a que las nubes se habían apartado de la luna, ahora podía distinguir. Trepó por él haciendo un esfuerzo sobrehumano para sus desentrenados brazos y consiguió ponerse de pie. Estaba a tan solo diez metros de la caseta de ladrillo, pero le parecían kilómetros. Se había desollado un poco las manos y estaba sudando. Desenganchó la mochila de las raíces que le habían salvado y se recolocó la ropa. Después de unos segundos para recobrar el aliento, decidió continuar.

Por fin pudo palpar la pared de ladrillo. Deslizó los dedos sobre ella. Estaba desgastada y arenosa. Muchos de los ladrillos estaban descascarillados y los huecos que habían dejado servirían a Lorenzo de punto de apoyo para escalar hasta la valla de la fábrica. Antes de subir miró hacia abajo. Quería comprobar de cuántos metros sería la caída si resbalaba. Sacó la linterna y se llevó una grata sorpresa. El barranco era mucho menos profundo por esa zona, de hecho, pensó que quizá sería mejor opción bajar por ahí y volver por el descampado hasta el camino donde le esperaban Alicia y su hija. Desde luego sería mucho más rápido y menos peligroso que por donde había venido él. Guardó la linterna, se puso la mochila en la espalda y comenzó el ascenso por la pared de ladrillos. Las manos le dolían. La corteza del árbol le había raspado las palmas y en varios dedos se le habían clavado pequeñas astillas. Las notaba al agarrarse. Se clavaban en su piel como alfileres.

—Joder, lo que me faltaba —susurró.

Cuando consiguió la altura adecuada, se soltó de los ladrillos y se agarró a la valla metálica. De un impulso pasó al otro lado y descendió rápidamente hasta que sus pies se posaron en el suelo. Estaba dentro de la parcela de la fábrica. No tenía donde esconderse. No había árboles, ni materiales, ni objetos, ni nada para ocultarse. Se quedó muy quieto, atrapado en la oscuridad. No veía nada. Levantó la cabeza hacia el muelle de carga. Allí ya no había nadie. El camión y los hombres de los que hablaban las chicas no estaban. Si todavía estaban dentro de la fábrica, Lorenzo no podía saberlo. Tampoco se escuchaba nada, así que se armó de valor y se dirigió hacia la puerta de la caseta. Arrastrando los dedos por la pared, se topó con algo metálico. Como había imaginado, era una gruesa cadena y un candado. Al tocarla, esta emitió un leve tintineo. Algo se movió en el interior de la caseta. Lorenzo escuchó el roce de lo que parecían unos pies contra la tierra. Se detuvo. Intentó no hacer ningún movimiento brusco y pegó la oreja en la puerta para escuchar. No había duda. Un niño lloraba en su interior. Era un llanto entrecortado. Más bien un gimoteo discontinuo y débil. Lorenzo acercó la boca a la cerradura y susurró.

—Hola. ¿Me oyes? —El niño no dijo nada, pero dejó de gimotear—. No hagas ningún ruido. Soy policía. Vengo a sacarte de aquí, ¿de

acuerdo?

Nada. Silencio. Justo cuando Lorenzo se disponía a hablar de nuevo, el niño se acercó a la puerta.

—Date prisa, por favor. Vendrán dentro de poco —dijo en un susurro ahogado—. Siempre vienen. Tengo mucho frío. Por favor…

Lorenzo observó de nuevo a su alrededor. No detectó ningún movimiento. Dejó la mochila en el suelo y abrió la cremallera. Sacó la cizalla. No la había usado nunca y su dueño original tampoco debió darle demasiado uso porque la hoja estaba nueva. La acercó a la cadena. Tuvo que abrirla al máximo para que la boca abarcara el grosor del eslabón. Eso era algo que había aprendido en sus años de policía. Los ladrones nunca rompían el candado. Los eslabones de la cadena eran siempre más débiles, en concreto la parte curva del eslabón, donde se encuentra la soldadura de unión, es la parte más débil de una cadena. Justo en ese punto Lorenzo apretó la cizalla con todas sus fuerzas. Por un segundo parecía que no iba a ser capaz, pero de repente… ¡clac! El eslabón cedió y la cadena quedó colgando del candado por los dos extremos. Lorenzo suspiró aliviado. Rápidamente guardó la cizalla en la mochila y se la colgó de la espalda. La puerta rozaba con el suelo, pero consiguió abrirla de un empujón.

Pudo distinguir una figura en uno de los rincones. Se movía muy despacio en la oscuridad.

—Vamos, chico, date prisa —susurró Lorenzo—. No te voy a hacer daño, de verdad, tenemos que salir de aquí lo antes posible.

El niño se incorporó. Parecía dolorido y débil. A tientas, llegó hasta Lorenzo. Este lo agarró de la mano. Estaba fría y algo magullada. Tiró de él con suavidad y salieron de la caseta. Las nubes seguían desapareciendo poco a poco, dejando una luna llena a la vista. Gracias a su reflejo, Lorenzo pudo contemplar al niño. Era rubio, con el pelo rizado. No consiguió distinguir el color de sus ojos, pero sí los chorretones negros que habían dejado sus lágrimas en la cara. Llevaba unos pantalones vaqueros claros llenos de polvo, que se le habían roto por las dos rodillas. En la parte de arriba, vestía una sudadera negra con capucha, la cual también tenía una de las mangas descosida en la zona del codo. Lorenzo lo cogió por la cintura y lo impulsó hacia arriba para que se agarrara a la valla.

—Salta al otro lado y no te muevas. Hay un barranco. Espérame ahí, ¿vale?

Lorenzo pudo observar cómo el niño asintió levemente, trepó por la valla y saltó al otro lado. Después, con mucha menos agilidad y con las manos doloridas, Lorenzo consiguió encaramarse a la reja y descender por la parte exterior. El niño le había hecho caso. Ahí estaba esperándole, inmóvil y con la mirada fija en un punto.

—¿Te encuentras bien? ¿Te han hecho daño?

Negó con la cabeza, pero Lorenzo sabía que mentía.

—¿Cómo te llamas? Yo soy el inspector Rubio. Pero puedes llamarme Lorenzo.

Pensó que, haciéndole creer que seguía siendo policía, ganaría su confianza. Y en parte funcionó.

—Rubén —susurró.

—Está bien, Rubén. Ahora debes confiar en mí, ¿de acuerdo? Tenemos que descender por el barranco hasta el suelo. Después correremos en esa dirección hasta un camino. Allí hay dos chicas esperándonos. Te dejaré con ellas. Te llevarán a la comisaría y llamarán a tus padres para que vengan a buscarte, ¿entendido? Tienes que hacer exactamente lo que ellas te digan. No te preocupes, no te pasará nada. Ya estás a salvo, te lo prometo.

Rubén dio un paso hacia delante y se abrazó a Lorenzo con fuerza. Lorenzo apretó su cabeza contra su pecho. Le recordó a su hija cuando tenía trece años y tuvo que decirle que su madre había muerto. Ella le abrazó de la misma manera que aquel niño ahora. Habían pasado tantos años… Su hija ya no era una niña y la echaba mucho de menos. Los besos, los abrazos de su pequeña niña, ya sin su madre. Aquellas tristes fiestas de cumpleaños… No pudo evitarlo. Se le saltaron las lágrimas. En ese momento, en ese lugar, en plena noche, con un niño al que no conocía de nada, pero que comprendía perfectamente, Lorenzo se emocionó. Sabía cómo era su agonía. Sabía que estaba desorientado y que tenía miedo, mucho miedo. Pero ahora su hija era policía y estaba al otro lado esperándole. Quizá estuviera en peligro. Se obligó a reponerse y a volver a la realidad. Separó a Rubén cogiéndolo por los hombros con dulzura. Se agachó para ponerse a su altura y le miró a los ojos.

—¿Preparado para volver a casa, Rubén? —El niño asintió bajando la mirada—. Pues vamos, hay que darse prisa.

Lorenzo descendió por el barranco hasta el suelo del descampado. Se quitó la mochila y extendió los brazos hacia arriba para sujetar al niño mientras este se arrastraba por la pared arenosa. Cuando los dos estuvieron en el suelo, Lorenzo cogió a Rubén de la mano y corrieron juntos hacia el camino. Alicia y Macarena comenzaron a escuchar unos pasos que se acercaban. Venían deprisa y cada vez estaban más cerca. Se miraron a los ojos. Macarena le hizo un gesto con el mentón y cogieron las posiciones pactadas. Una enfrente de otra, escondidas en la maleza que había a los laterales del camino. Macarena se asomó un poco. Distinguió la manera de moverse de su padre. Un escalofrío recorrió su espalda. Venía con un niño. No había duda. Venía con el niño. Increíble. Eufórica, alargó el brazo para sacar a Alicia de su escondite.

—Mira, Alicia. Es mi padre. Y viene con el niño —susurró excitada.

Alicia giró la cabeza y entornó lo ojos.

—Hostia puta, es verdad, tu padre siempre ha sido la hostia, Macarena. Y lo sigue siendo. Lorenzo es la puta hostia —dijo susurrando con un gesto de admiración.

Cuando llegaron a su altura, a los dos les faltaba el aliento. Jadeando, Lorenzo cogió de nuevo a Rubén por los hombros y se lo acercó a Macarena.

—Mira, Rubén, estas son las chicas de las que te he hablado. Os presento: Rubén, Macarena y Alicia. Macarena es mi hija, ¿sabes? Y Alicia casi también. Así que no tienes de qué preocuparte, ellas te llevarán a la comisaría y llamarán a tus padres para que vengan a buscarte. —Lorenzo miró a su hija con gesto serio—. Macarena, no hagas preguntas, por favor, necesito que recojáis a Sandra y a Andrea, y que os vayáis a la comisaría directas, ahora mismo. Yo iré después, antes tengo que solucionar un asunto.

—¿Qué? ¿Qué asunto? No me jodas, papá. ¿Qué vas a hacer?

Pero Lorenzo ya había desaparecido en la oscuridad. Había atravesado los matorrales y corría por el descampado de vuelta al barranco. Cuando llegó a él, apoyó las manos sobre las rodillas para recuperar el aliento. Muy quieto, comprobó que nadie le seguía. Si quería completar su plan, debía hacerlo así. La única forma de deshacerse de su hija y poner a salvo a aquel niño era salir corriendo sin darles opción a réplica. De lo contrario, Macarena no lo habría permitido. Sacó su teléfono del bolsillo de la mochila y escribió un wasap al grupo.

Lorenzo:

Chicas, no os preocupéis por mí, estoy bien. Id a la comisaría con el niño inmediatamente. Necesita un médico. Nos vemos allí. No contestéis a este mensaje ni me llaméis, porque voy a apagar el teléfono.

Lorenzo apagó el teléfono y lo guardó en la mochila. Cuando recobró el aliento se dio la vuelta, respiró hondo y comenzó a escalar el barranco que había descendido con Rubén tan solo unos minutos antes.

Saltó la valla de nuevo (escalando por la pared de ladrillos) y corrió hacia el muelle de carga y descarga de la fábrica. Al llegar allí se escondió detrás de una montaña de palés. Olía a quemado. Parecía como si hubieran estado quemando madera. Se asomó y pudo ver un montón de ceniza humeante cerca de una de las puertas de emergencia. Giró un poco la cabeza hacia la izquierda y se sobresaltó. A cuatro o cinco metros de la puerta de emergencia había un hombre. Lorenzo se mantuvo inmóvil unos segundos. Volvió a asomarse muy despacio. Era un hombre bajito y corpulento. «Bueno, más bien gordo», pensó. Estaba fumando y parecía despreocupado.

Lorenzo apoyó la mochila sobre sus rodillas y sacó la barra de uña.

La agarró a modo de bate de béisbol. Agachado, se desplazó entre los palés hasta situarse prácticamente debajo de aquel individuo. Fijó bien el objetivo, calculó la distancia y en un rápido movimiento se lanzó a por él. El tipo no vio venir la barra que impactó sobre su hombro izquierdo. Tan solo notó como si se le hubiera caído la fábrica encima y se desplomó inconsciente. Lorenzo sacó las bridas y la cinta americana de la mochila. Le tapó la boca y le ató las manos y los pies. Con gran esfuerzo (el tipo estaba bastante gordo finalmente) consiguió arrastrarle hasta la montaña de palés.

—Uno menos. Si de verdad hay cinco cabrones aquí, ya solo quedan cuatro —murmuró.

Entró en la fábrica a través de la puerta de emergencia que había dejado entreabierta el hombre gordo. Enseguida reconoció el fuerte olor a productos químicos. Recordó que Budy gemía y lloraba cuando entraron allí. Debía de molestarle aquel hedor en su desarrollado sentido del olfato. Lorenzo, con la barra de uña agarrada con las dos manos, comenzó a avanzar por uno de los pasillos interiores de la fábrica. Pegado a la pared, recorrió la estancia hasta una puerta. Miró a través de la ventana circular y se agachó con un movimiento brusco. Había una figura detrás del cristal que no consiguió distinguir del todo. Con gran sigilo, volvió a asomarse. Otro hombre revisaba su teléfono móvil apoyado en la pared. Lorenzo se aseguró de que no hubiera ninguno más. Parecía estar solo. Se colocó enfrente de la puerta, dio un paso hacia atrás para coger carrerilla y le propinó una fuerte patada. La puerta se abrió de un tirón, sorprendiendo al hombre. Cuando quiso ser consciente de la situación, la barra de Lorenzo ya le había golpeado en la cara y sangraba abundantemente por la nariz. Aun así, Lorenzo necesitó un segundo *strike* en las costillas para dejarle KO. Le inmovilizó con las bridas y la cinta americana, y lo metió en uno de los cuartitos. Su objetivo era el jefe, Costel, al que de momento no había reconocido.

—Muy bien, ya solo me quedan tres —susurró para sí.

Continuó por el pasillo hasta la siguiente puerta. Esta no tenía ventana. Si quería saber lo que había en el otro lado, tenía que abrirla. Agarró el pomo con fuerza y muy poco a poco lo fue girando hasta hacer saltar el resbalón de la cerradura. Metió la mano en la ranura y tiró de ella hasta que hubo suficiente apertura como para asomar parte de la cabeza. Lo justo para observar sin ser visto. Por esa puerta se accedía a la nave. Lorenzo observó la estancia: estanterías, palés repletos de sacos de pienso, máquinas, silos, dos grandes mesas metálicas y una carretilla elevadora. Lorenzo escondió la cabeza haciendo un movimiento rápido hacia la izquierda. Por el rabillo del ojo había visto a un hombre. Después de un par de segundos volvió a mirar para asegurarse. Efectivamente. Justo delante de la carretilla

elevadora (lo que todo el mundo conoce como un toro hidráulico) se encontraba un individuo de gran tamaño moviendo unos sacos de un palé a otro. Lorenzo tuvo tiempo de observarle durante al menos diez segundos. El tipo estaba de espaldas y agachado, pero se le adivinaba una gran corpulencia. Cogía los sacos con una mano y los pasaba de un palé a otro como si nada. Lorenzo calculó que aquellos sacos debían pesar al menos veinticinco kilos cada uno. Una duda le asaltó de repente: ¿y si le daba con la barra de uña y no conseguía tumbarle? Ese hombre acabaría con él de un solo golpe. No podía arriesgarse. Metió la cabeza para adentro de nuevo y pensó durante unos segundos. Cuando tenía diecisiete años trabajó durante un año de mozo de almacén en una nave que almacenaba fruta en Mercamadrid. No recordaba cómo consiguió ese trabajo, pero de lo que sí se acordaba era del frío que pasaba en aquellas grandes cámaras refrigeradoras. También se acordaba de cómo se conducía un toro. Al principio se le daba bastante mal y en un par de ocasiones se le cayó la carga que transportaba, desparramando toda la fruta por el suelo, pero poco a poco fue cogiendo práctica y al final lo conducía con los ojos cerrados. Habían pasado muchos años de eso, pero el funcionamiento de esas máquinas no es que hubiera evolucionado demasiado. Algunas mejoras insustanciales en cuanto a comodidad y prestaciones, pero, en esencia, el manejo era el mismo.

Volvió a asomarse, ya con una idea formada en la cabeza, y esperó. El individuo llevaba buen ritmo, pero aún le quedaban muchos sacos que mover. Lorenzo abrió la puerta y de dos zancadas se situó detrás de la carretilla. Observó de nuevo al hombre, que seguía con su tarea, ajeno a lo que se le venía encima, literalmente. Lorenzo subió muy despacio al toro. Giró la llave del contacto. Al funcionar con un motor eléctrico, no emitió ningún sonido, y ya estaba listo para moverse. Con la palanca de la izquierda, levantó con mucho cuidado la uña para ponerla a la altura de la espalda del gigante de los sacos. Agarró fuerte el volante y pisó el acelerador.

El toro se abalanzó a toda velocidad sobre el hombre. Las grandes palas de acero se le clavaron en la cadera con tal fuerza que el tipo salió disparado contra una de las máquinas que tenía enfrente. La carretilla elevadora le había arrollado de tal forma que voló cómo si fuera un enorme muñeco de trapo en un tornado. Aun así, el individuo intentaba a duras penas ponerse en pie. Lorenzo, al verlo, no le quedó más opción que bajarse del toro a toda velocidad y agarrar su barra de uña. Si le dejaba reponerse, estaba acabado. Saltó por encima de los sacos de pienso y le incrustó la barra de acero en el cráneo, dejándole inconsciente. Había dejado la mochila junto a la carretilla. Tuvo que pasar de nuevo por encima de los sacos para coger las bridas y la cinta americana. Estaba haciendo demasiado ruido. Si había alguien cerca,

acudiría a comprobar qué pasaba. Debía amordazarle y esconderle rápido, pero… ¿dónde? ¿Y cómo? Aquel tío debía pesar al menos 120 kilos. Miró a su alrededor. Divisó un hueco entre las estanterías de la izquierda y lo que parecía ser una máquina ensacadora. Ya tenía el dónde, ahora le faltaba el cómo. Le ató las manos y los pies con bridas. Al principio lo hizo como había hecho con todos, por separado, pero se le ocurrió que si se los juntaba sería lo más parecido a un saco de pienso. De ciento veinte kilos, sí, pero un saco de pienso, al fin y al cabo. Se subió de nuevo a la carretilla, apartó los palés llenos de sacos que el tío estaba manipulando y cogió al hombre con las uñas. Le levantó treinta centímetros del suelo y, haciendo un par de maniobras, consiguió soltarle en el hueco. Ahora sí que había hecho un montón de ruido. Alguien soltó una voz desde el otro lado de la nave.

—¡Anselmo!, ¿qué coño haces con el toro? Te he dicho que no movieras los sacos de ahí. Que se los van a llevar mañana a primera hora. ¿Eres sordo o es que eres tonto?

Lorenzo se tiró al suelo. Arrastrándose, consiguió meterse debajo de las estanterías justo en el momento en que aquel hombre hizo su aparición. «Este debe ser el último, y creo que no es Costel. Espero que ese hijo de puta esté aquí», pensó Lorenzo.

Efectivamente, no era Costel, pero era su mano derecha, Pata, el dueño de los perros, astuto y estúpido a partes iguales. Pata se detuvo detrás del toro. Lorenzo no detectaba ningún movimiento. «Este cabrón ha notado algo raro», pensó. Y tenía razón, Pata estaba observando los detalles de la escena. Anselmo no estaba, los sacos de pienso yacían en el suelo de cualquier manera, la carretilla parecía haberse estrellado contra la ensacadora y los palés estaban fuera de sitio, en una postura antinatural. Lorenzo contuvo la respiración. Podía ver las botas con las punteras desgastadas de Pata inmóviles, como si le hubieran clavado en el sitio. De pronto comenzó a avanzar muy despacio hacia la posición de Lorenzo. Anselmo se encontraba a tan solo cinco metros, hecho una piltrafa entre la estantería y la máquina. Lorenzo no podía saber si Pata le había visto, pero era evidente que no tardaría mucho en descubrirle. Contra todo pronóstico, el tipo se dio la vuelta y comenzó a andar en sentido contrario. Lorenzo pensó que no podía dejarle escapar; quizá fuera a dar la voz de alarma o quizá le hubiera visto a él y se dirigía a buscar ayuda o a coger cualquier tipo de arma. No, no podía permitir que le estropeara el plan, tenía que actuar, y rápido.

Tumbado, debajo de la estantería, alargó el brazo hasta la mochila, que había metido allí de una patada en cuanto escuchó que Pata se acercaba. Cogió las bridas. Se las guardó en el bolsillo trasero del pantalón y comenzó a arrastrarse hacia delante. Pata se encontraba ya a unos veinte metros. Lorenzo agarró con fuerza la barra de uña y

corrió hacia él con la intención de sorprenderle por detrás. Pero no fue así. Pata le había visto debajo de la estantería y le estaba esperando. Se dio la vuelta justo cuando Lorenzo se disponía a asestarle un duro golpe con la barra. Agarró la barra de Lorenzo y se la arrancó de las manos. Acto seguido la tiró lejos, contra una estantería vacía que se hallaba a su izquierda.

—¿Y ahora qué vas a hacer sin tu arma, vejestorio? ¿Se puede saber quién coño eres y qué estás haciendo aquí? —preguntó Pata enfurecido.

Lorenzo se quedó paralizado. Llevaba su pequeña pistola ilegal en el bolsillo, pero, si disparaba, llamaría la atención de los hombres que todavía quedaran por ahí. Además, su intención no era matar a nadie, eso, aun siendo un reconocido exinspector jefe de Policía y el hombre que tenía enfrente un más que posible criminal, le traería muchos problemas. Es verdad que tampoco sabía si a todos los que había templado la barra de uña en la cabeza seguirían con vida en estos momentos, pero poco le importaba. Esos cabrones tenían a un niño de trece años encerrado en una sucia caseta de ladrillo. Y a saber qué pretendían hacer con él.

—No vas a contestar por las buenas, ¿verdad, hijoputa? Pues tendré que sacarte las palabras a hostias.

Pata se abalanzó sobre Lorenzo y le asestó un puñetazo en la mandíbula. Lorenzo perdió el equilibrio y cayó al suelo. De repente fue consciente de que aquel hombre era mucho más joven y fuerte que él, y que, o sacaba la pistola, o estaba jodido. Mientras Pata se agachaba para asestarle un segundo puñetazo, Lorenzo echó mano de la pistola, la sacó del bolsillo y consiguió meterle un culatazo en la cabeza que tumbó a Pata en el suelo. Del golpe, la pistola salió rebotada y fue a parar debajo de uno de los palés llenos de sacos de pienso. Lorenzo, todavía en el suelo, intentaba incorporarse a duras penas, pero Pata se repuso más rápido y le dio un nuevo y potente puñetazo en la cara. Rabioso por el golpe recibido en la cabeza con la culata de la pistola, se subió encima de Lorenzo a horcajadas y le agarró del cuello con las dos manos. Comenzó a apretar con todas sus fuerzas. Lorenzo intentaba por todos los medios zafarse, pero le era imposible. Ese hombre era mucho más fuerte que él y sus manos le apretaban el cuello cada vez con más energía. Se estaba asfixiando, le faltaba el aire. Empezó a ver borroso, sus ojos se anegaron de lágrimas. Comenzó a perder la consciencia. Ya no tenía fuerzas. Sus brazos, que en un principio habían agarrado los de Pata con fuerza, descansaban ahora inertes sobre el desgastado suelo de cemento. Una sensación placentera se apoderó de él. De repente ya no sentía dolor en la cara por los puñetazos recibidos. Se sentía bien, libre, en paz, como cuando jugaba de niño en aquel parque cerca de casa de su

abuela, despreocupado. Con toda la vida por delante, vida que ahora se le escapaba entre las manos de aquel hombre.

—Se acabó, viejo, se acabó —farfulló Pata mientras sentía cómo Lorenzo dejaba de moverse bajo sus rodillas.

—De eso nada.

La voz era femenina, pero Pata no tuvo tiempo de ver de dónde procedía. De repente, una dura bota militar impactó en su cara con tal fuerza que perdió el conocimiento al instante. El golpe de las botas negras con punta de acero que Collado había regalado a Macarena en cierto momento («Son de las que usan los antidisturbios, creo que es tu número», le dijo) le produjo a Pata un destrozo en la cara de tal calibre que hizo que saltaran no menos de tres dientes sobre el cuerpo de Lorenzo.

De repente el exinspector ya no estaba en el parque de casa de su abuela. Se encontraba en un descampado, lleno de escombros y trastos viejos. Se asustó y echó a correr. Corría con todas sus fuerzas, pero no avanzaba. Alguien le había cogido del brazo y no le dejaba escapar. Él solo quería huir de allí, volver al parque. No se atrevía a mirar hacia atrás y descubrir quién le sujetaba. Estaba muerto de miedo. «No te vayas, papá. Ven conmigo. Ese es el camino equivocado. No vayas por ahí. Ven conmigo». La voz le sonaba familiar, pero no podía ser, él era un niño. Se armó de valor y se dio la vuelta. Su hija, Macarena, con la misma edad que él, le sujetaba el brazo y tiraba con todas sus fuerzas. Lorenzo seguía resistiéndose. No comprendía nada y sus fuerzas se agotaban. Ya no podía más. Rendido, se dejó llevar. Dejó que su hija le arrastrara y le sacara de aquel sucio descampado. De repente, sobresaltado, abrió los ojos e inhaló una gran bocanada de aire, como si acabara de emerger del fondo del mar. Sus ojos comenzaron a recibir imágenes, ya no estaba en aquel descampado, y su hija era mayor. Intentó incorporarse, pero no pudo, aún se encontraba mareado. Dos grandes arcadas le devolvieron a la realidad del todo. Casi se vomita encima, pero en el último momento consiguió girar la cara y vomitar en el suelo de la fábrica. Miró de nuevo a su hija, junto a ella, Alicia le observaba expectante, sin saber muy bien qué hacer. Todavía aturdido, Lorenzo intentó decir algo. Balbuceaba, pero no se le entendía nada. Alicia, creyó entender bolsillo, que sonó algo así como «bosllo». Rápidamente metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y extrajo las bridas. Lorenzo señaló a Pata, y Alicia y Macarena comprendieron enseguida el mensaje. Recuperaron la mochila, ataron y amordazaron a Pata, y levantaron a Lorenzo del suelo.

A medida que tragaba grandes bocanadas de aire, Lorenzo se fue recuperando. Cuando se vio con fuerzas para hablar, se dirigió directamente hacia su hija con tono serio y preocupado:

—¿Qué os había dicho? ¿Qué coño hacéis aquí?

—Hombre, de nada por salvarte la vida, la pregunta es ¿qué coño estás haciendo, papá? ¿Es que quieres que te maten o algo así?

Lorenzo se tiró al suelo sin contestar a su hija y comenzó a buscar algo a tientas debajo de unos palés. Parecía desesperado. Alicia y Macarena se miraron estupefactas. Lorenzo de pronto se levantó con una pistola en la mano.

—¡Joder! ¿Y esa pistola? ¿Me vas a explicar ya de una puta vez qué pretendes? ¡Me estás asustando! —exclamó Macarena furiosa.

—Tengo que terminar lo que empecé hace cuatro años, hija, lo siento. Salid por donde habéis entrado y marchaos a comisaría —soltó Lorenzo con un tono frío, como si fuera un robot.

—No, papá, de aquí no nos vamos sin ti. Dime lo que pretendes y te ayudaremos. Por favor, confía en nosotras.

Lorenzo bajó la mirada. La situación comenzaba a superarle un poco. Sus intenciones no eran compatibles con la presencia de su hija y su mejor amiga, pero también debía tener en cuenta que Macarena era policía y que había reducido a un hombre de una sola patada en la cara. También Alicia siempre supo cuidarse sola, eso era cierto, y cuando estaban las dos juntas nadie se atrevía a acercarse. Imponían bastante, pero…

—Solo quiero hablar con él. Ese hijo de puta tiene que saber algo. Con suerte, ahora mismo estará solo. Le hago unas preguntas y nos vamos. Vosotras os quedáis al margen, vigilando. No tengo intención de hacerle daño. Solo quiero que me conteste, nada más.

—Pero ¿con quién quieres hablar, papá? No entiendo nada.

—Con el jefe de esta panda de desgraciados, el rumano con acento latino, el tal Costel. Debe estar aquí, seguro que está aquí el muy hijo de… —murmuró Lorenzo paseando la mirada por todas partes.

Macarena no siguió preguntando. Su padre parecía algo desorientado. Pensó que sería mejor idea seguirle la corriente y cuidarle que enfrentarse a él. No tenía ninguna pinta de recapacitar y regresar a la cordura. Era como cuando te encuentras a un sonámbulo en medio del pasillo. Lo mejor es guiarle hasta la cama para que no se haga daño, pero nunca despertarle.

Lorenzo metió de nuevo todas las cosas en la mochila, se la puso en la espalda y avanzó despacio hacia el fondo de la fábrica, donde se veían unas luces encendidas.

—Pegadas a mí y muy atentas, por favor, es posible que haya más individuos armados —susurró.

Los tres avanzaron entre las estanterías y las máquinas hasta situarse enfrente de una especie de pequeño despacho. Allí se encontraba Costel, sentado en una silla y hablando por teléfono de forma acalorada. Parecía discutir con alguien. Gritaba en su idioma y

no paraba de fumar. Lorenzo le observó durante unos segundos. De la misma forma que para los demás no había preparado ningún plan, para Costel sí tenía un guion bastante definido.

Metió la mano en el bolsillo y agarró la pistola, pero sin sacarla aún. Tenía que esperar su oportunidad. Costel seguía gritando, pero de repente apartó el teléfono de la oreja y lo tiró bruscamente contra la mesa. Los músculos de Lorenzo se tensaron.

—Vamos, vamos —murmuró entre dientes para sí.

Costel se levantó de la silla. Sin saberlo, estaba cometiendo un error que le costaría caro.

El exinspector jefe Rubio no había tenido que disparar muchas veces en su vida laboral, por tanto, tenía la puntería bastante desentrenada. Además, todo el mundo que tiene un arma sabe que, cuando golpeas la culata contra algo, esta se desajusta y las balas salen hacia cualquier lado. Aun así, el disparo de Lorenzo fue a parar directamente al muslo derecho de Costel, que se tiró al suelo entre gritos de dolor.

Alicia y Macarena no daban crédito. Lorenzo tuvo que gritarles para que salieran del trance.

—¡Vamos, ahora! ¡Ayudadme! ¡Rápido, rápido!

Lorenzo corrió hacia Costel y antes de que pudiera levantarse le asestó un golpe en la espalda con la barra de uña que terminó de doblegarle. Con la ayuda de Alicia y Macarena, Lorenzo consiguió amarrarlo a la silla fijando brazos y piernas con las bridas a las patas y apoyabrazos.

Costel comenzó a gritar:

—¡Pata! ¡Pata, ayuda!

—No te esfuerces, estás solo —dijo Lorenzo con pasmosa tranquilidad—. Y no te preocupes, solo quiero mantener una agradable conversación contigo. Si colaboras, no te pasará nada, te lo prometo.

—¡Maldito hijo de la chingadera! ¿Quién coño sois? ¡Estáis muertos! En cuanto me soltéis, os mataré. ¡No sabéis con quién os habéis metido! —gritó Costel a pleno pulmón.

—No digas tonterías, hombre. Si solo queremos hablar… —dijo Lorenzo manteniendo un tono sosegado y tranquilo—. Escúchame. Tal y como yo lo veo, tienes dos opciones: contestar a las preguntas que te voy a hacer de manera civilizada y educada, o cabrearme. Si eliges la primera opción, saldrás de aquí por tu propio pie, cojeando, sí, pero por tu propio pie, al fin y al cabo. Pero, si decides cabrearme, me veré obligado a reventarte la cabeza, ¿de acuerdo?

Costel esbozó una sonrisita dañina e hiriente.

—No vas a hacer nada, viejo. Hueles a policía a kilómetros. Probablemente jubilado, porque esa pistola no es reglamentaria,

¿verdad? Yo creo que estás metido en un buen lío y no sabes cómo salir de él.

—¡Basta de cháchara! Ahora presta atención, Costel. Para empezar, dime qué coño pensabais hacer con el niño que teníais ahí fuera encerrado.

—No sé de qué me hablas.

Lorenzo se acercó y presionó la herida de bala con el cañón de la pistola. Costel aulló de dolor con todas sus fuerzas.

—¡Maldito hijo de mil putas! ¡No saldrás vivo de esta! —gritó intentando zafarse de las bridas, sin éxito.

—Vamos, Costel, hombre… No me digas que vas a elegir la opción dos. Te creía más inteligente. Venga, te lo preguntaré otra vez: ¿qué coño hacía ese niño ahí? ¿Qué pensabais hacer con él?

Costel guardó silencio. Alicia y Macarena se miraron horrorizadas. Lorenzo tenía la mirada fija en aquel hombre. No perdía detalle de cada gesto, de cada movimiento. No se podía permitir perder el control de la situación. Estaba tan concentrado que dejó de ser consciente de que aquella escena estaba siendo presenciada por dos chicas de veintipocos años, una de ellas, su hija.

Se acercó de nuevo a Costel, esta vez con la barra de uña entre las manos. Le asestó un golpe certero en la pierna herida, provocando así que la sangre comenzara a salir a borbotones por el orificio que había dejado la bala.

Los gritos de dolor de Costel debían oírse ya por toda la fábrica. Si no había aparecido nadie todavía, significaba que no había nadie más. Aunque a Lorenzo le preocupaba que alguno de los que había reducido consiguiera zafarse de las bridas. Tenía que conseguir que Costel hablara, y pronto.

—¡Llama a una ambulancia, viejo cabrón! ¡Me voy a desangrar, maldito hijo de puta! ¡Te juro que, si salgo de esta, te voy a matar! ¡Date por muerto! —gritaba Costel escupiendo saliva por la boca como un perro rabioso.

—Vamos a ver, Costel, creo que hemos empezado con mal pie, sobre todo tú a juzgar por tu estado. Pero, aunque no lo parezca, lo tienes fácil. Tú y yo podemos mantener una charla, así, como buenos amigos, sin rencores. Me contestas a lo que pregunto, yo escucho, y, si me gustan las respuestas, listo, en cinco minutos todo habrá acabado. Nosotros nos vamos por donde hemos venido y tú te quedas ahí sentadito a esperar a la ambulancia. —Costel levantó la cara hacia Lorenzo y le lanzó un escupitajo que casi le impacta en el pecho—. ¿Qué ibais a hacer con el niño? Última vez que te lo pregunto —dijo Lorenzo intentando mantener la serenidad.

—¡Que te den por culo, viejo marica! —contestó Costel con la respiración entrecortada por el dolor.

—Muy bien. Te he dicho que tenían que gustarme las respuestas y, sinceramente te digo, esa no me ha gustado en absoluto.

Lorenzo volvió a agarrar la barra que había dejado en el suelo. Costel se retorcía en la silla como la niña del exorcista. Cuando estuvo a su altura, Lorenzo levantó el acero con las dos manos dispuesto a golpearle de nuevo en la pierna, pero en el último momento se detuvo.

—¡Vale, vale! ¡De acuerdo! ¡De acuerdo! ¡Yo no sé nada! Nosotros solo los raptamos, no sabemos qué hacen con ellos. ¡Eso es cosa del médico, joder! ¡Puto cabrón! —terminó diciendo Costel entre sollozos.

—¿El médico? ¿Quién es el médico?

—¡Nadie sabe quién es el puto médico, joder! Nadie le ha visto nunca.

Lorenzo se quedó pensativo unos segundos. Se volvió para hablar con su hija.

—¿Le podéis hacer un torniquete a este cabrón? Y ya de paso taponadle la herida con algo, por favor.

Macarena y Alicia, absorbidas de lleno por el guion de aquella extraña película que estaban viviendo, no dudaron. Cogieron un abrigo que había en el despacho y lo cortaron a tiras.

—Si haces cualquier movimiento extraño, por pequeño que sea, te vuelo la cabeza, ¿has entendido? —dijo Lorenzo.

Costel guardó silencio.

—¡Que si me has entendido! —gritó Lorenzo.

—¡Sí, coño, sí!

—Pues ¡contesta, hostia! Estoy empezando a perder la paciencia.

Macarena y Alicia taponaron la herida y le apretaron fuerte la manga del abrigo alrededor de la pierna, a modo de torniquete. Lorenzo, empuñando el arma con las dos manos, apuntaba a la cabeza de Costel, atento a cualquier movimiento extraño. En cuestión de minutos, las chicas terminaron la cura y se separaron. Lorenzo relajó los brazos. Rebuscó en su mochila durante un par de segundos y extrajo la foto arrugada y deteriorada de Sergio y Noelia. Volvió a dirigir el cañón del arma hacia la cabeza de Costel y le preguntó:

—¿Y qué me dices de estos niños? ¿Los reconoces?

Costel entornó los ojos. De repente se produjo un cambio de semblante en su rostro que Lorenzo no pasó por alto. Con el brazo estirado y la foto sujeta con dos dedos, se acercó un paso más. Le temblaba el pulso, y eso se notaba en la vibración de la foto. Costel apartó la vista y mostró una sonrisa odiosa. Todo cobró sentido en su cabeza. Había establecido la conexión y ahora todo encajaba.

—Ya te recuerdo, cabrón —comenzó a decir—. Tú eres aquel inspector, aquel que registró la fábrica con ese estúpido perro y que después merodeaba por las noches solo, como un demente, por el descampado y el área de descanso, ¿verdad? A veces te observábamos

desde aquí vagar sin rumbo por ahí abajo, ya hace unos meses de eso. ¿Sabes? Una vez estuve a punto de dispararte, tenía que haberlo hecho, sin duda. ¿Cómo no me he dado cuenta antes? Supongo que, desde lejos y en plena oscuridad, te imaginaba de otra manera. Pero solo eres un viejo loco. Francamente, estás mal de la cabeza si piensas encontrar a esos niños después de tanto tiempo. Jamás los encontrarás, porque fueron pasto del molino. Se convirtieron en nutritivo pienso para perros. ¡Jódete, cabrón! —exclamó Costel, que comenzó a reírse a carcajadas.

Lorenzo, furioso, avanzó de una zancada hasta la posición de Costel. Le agarró del pelo y, echando su cabeza hacia atrás, le metió la pistola en la boca con tal fuerza que le rompió dos dientes.

—¡Mientes, hijo de puta! ¡Mientes! ¿Qué pasó con ellos? ¡Dímelo! ¡Vamos!

—¡Papá! —exclamó Macarena. Intentó acercarse a su padre, pero Alicia se lo impidió agarrándola del brazo—. ¡Papá! ¡Se acabó! He avisado a Andrés, ya están de camino. Por favor, no hagas ninguna tontería. Suelta el arma. No arruines tu vida, y la mía. Todavía estás a tiempo. No has matado a nadie. Lo hemos comprobado cuando te seguíamos.

Lorenzo volvió a sopesar aquella idea. La barra de uña era muy pesada y había golpeado con fuerza, así que quizá, si ninguno había muerto, al menos pasarían una larga temporada en el hospital. Si es que conseguían sobrevivir al viaje en ambulancia.

Lorenzo escuchaba los gritos de su hija como si fuera un hilo musical lejano. Sumido en sus pensamientos, se le ocurrió una idea. Decidió aprovecharse de la situación y utilizó una técnica tan antigua como efectiva: la del poli bueno y el poli malo. De repente fingió que se derrumbaba y comenzó a llorar. Costel cayó en la trampa de Lorenzo y tuvo la certeza de que dispararía si no le contaba la verdad. Con el cañón de la pistola presionándole el gaznate, apenas sin poder respirar, buscó la mirada del exinspector. Lorenzo tenía la mirada perdida y los ojos inyectados en sangre.

—¡Ya no tengo nada que perder! —gritó Lorenzo—. Después de lo de tu madre y de que me expulsaran del cuerpo, mi vida ya no tiene sentido. Si tengo que pasar el resto de mi vida en la cárcel, me da igual. Pero ¡a este hijo de puta le reviento la cabeza si no habla! ¡Aunque sea lo último que haga! —gritó dirigiéndose a su hija.

Lorenzo apretó la pistola un poco más contra la garganta de Costel. Este comenzó a convulsionar y a dar arcadas. Por la cabeza de Lorenzo comenzaron a pasar imágenes como si fueran diapositivas. Primero su mujer, Estefanía, el día de su boda; después Macarena, cuando era pequeña, jugando con un cubo y una pala en el parque; Rubén, el niño de trece años que acababa de salvar; y, por supuesto,

los niños Sergio y Noelia, que, según aquel desgraciado, habían sido engullidos por la trituradora.

Lorenzo se metió tanto en el personaje que a punto estuvo de disparar. Sus músculos se tensaron. El dedo índice, apoyado sobre el gatillo, temblaba, se dilataba y se contraía al ritmo de los acelerados latidos de su corazón. Aquel tendón, medio agarrotado, luchaba para reprimir el impulso de aplastar la palanca y terminar así con la vida de Costel. De repente, este comenzó a asentir con fuerza, sacando a Lorenzo de aquel trance. Se asustó. Había estado muy cerca de matar a ese hombre. Hizo un movimiento brusco y sacó la pistola de la boca de Costel, que comenzó a vomitar una mezcla de líquido amarillento y sangre.

Lorenzo aguardó en silencio a que se repusiera un poco. Parecía estar a punto de desmayarse.

—¡Habla, cabrón! El juego se ha acabado. Si no me dices que pasó con aquellos niños, terminaré lo que he empezado —dijo Lorenzo con serenidad, casi susurrando.

—La Pon… Ponderosa —consiguió decir Costel entre arcada y arcada—. Es lo que sé, me dijeron que la niña estaba allí, es lo último que… que me dijeron.

Costel cerró los ojos y agachó la cabeza. Lorenzo le propinó una fuerte colleja para que espabilara y le gritó que continuara hablando.

—No sé más. Es un… un club. Está en… Buenos Aires. Ya no sé más, de verdad. Te juro que, si salgo de esta, te mataré, viejo. Date por muerto.

Lorenzo retiró suavemente el dedo del gatillo mientras asimilaba aquella información. Cabía la posibilidad de que la niña siguiera con vida en alguna parte de Argentina, pero…

Se acercó a Costel y volvió a levantarle la cabeza agarrándole del pelo. Se agachó para ponerse a su altura.

—¿Y el niño?

Costel esbozó una amarga sonrisa y escupió a Lorenzo en la cara.

—Muérete, viejo hijo de la chingadera.

Lorenzo enfureció y le propinó un duro golpe en la cabeza con la culata de la pistola. Costel cayó inconsciente al suelo con la silla amarrada al cuerpo. En ese preciso instante Collado y sus hombres irrumpieron en la fábrica al grito de «¡policía! ¡Alto! ¡Policía! ¡Que nadie se mueva!

En cuestión de minutos aquello era un trasiego incesante de policías, sanitarios, ruido de sirenas y camillas corriendo de un lado para otro. Los médicos se llevaban a los heridos al hospital, mientras que los agentes e investigadores recopilaban todo el presunto material delictivo que iban encontrando.

Lorenzo, sentado en el suelo y con la pistola aún en la mano,

recibía una considerable bronca del comisario Beltrán. Se lo contó todo de muy mala gana y concluyó la explicación diciendo algo que terminó de enfurecer al comisario:

—Me voy a Buenos Aires. Tengo que encontrar a esa niña. Me da igual lo que digas. Me voy con tu ayuda o sin ella —dijo Lorenzo.

—¡Venga! ¡No me jodas, Lorenzo! Esa niña está muerta, y lo sabes. ¡Por el amor de Dios, le has puesto una pistola en la boca a ese tío! Te habría dicho cualquier cosa con tal de que no dispararas. ¿No te das cuenta? Ha pasado mucho tiempo desde la desaparición.

—Ya te lo he dicho. Me voy con tu ayuda o sin ella.

—Donde vas a ir es a la cárcel en cuanto se enteren de lo de esta noche los de asuntos internos. ¡Y ya me contarás de dónde coño has sacado esa pistola! —exclamó el comisario cada vez más alterado.

—Pero eso no va a pasar, porque tú te encargarás de que yo sea un fantasma. Aquí y en Argentina. No existo. No he estado aquí y tampoco estaré allí nunca. Tú sabes cómo hacerlo, ¿verdad? No sería la primera vez y dudo que sea la última —dijo Lorenzo levantándose del suelo y colocándose a su altura.

—¿Ah, sí? ¿Y por qué cojones piensas que voy a hacer eso, exinspector? —dijo el comisario haciendo especial énfasis en el prefijo ex-.

—Porque, si no lo haces, contaré todo lo que sé. Se lo cantaré todo al jefe superior y llamaré a la prensa. Tu foto va a salir en tantos periódicos que la gente pensará que eres el nuevo papa. Tiraré toda tu carrera por el puto retrete, ¿de acuerdo? Dejé que me expulsaran porque no quería perjudicar a mi hija, que acababa de entrar en el cuerpo, pero ahora ella ya tiene una reputación y me importa una mierda las consecuencias que pueda tener para mí si lo cuento todo. Yo ya estoy jodido. Me jodiste bien. Así que monta ese puto operativo e inclúyeme en el paquete. Seré como una sombra. Nadie sabrá de mi existencia. Solo iremos, sacaremos a la niña y volveremos. Nada más. Una misión rápida y limpia.

Mientras Beltrán taladraba a Lorenzo con la mirada, el inspector Collado le explicaba a Macarena que había sido imposible prescindir del comisario.

—No podía montar un operativo de esta envergadura y en plena noche sin decírselo. Imposible. En cuanto ha salido el nombre de tu padre en el comunicado interno se ha presentado en la comisaría en cuestión de minutos —dijo Andrés sonriendo vagamente.

De repente su radio comenzó a emitir un aviso. Lo escuchó y se volvió de nuevo hacia Macarena y Alicia.

—Acaban de avisar de la central que ya tienen al niño. Se lo llevan escoltado al hospital, mañana le tomarán declaración. Van a avisar a sus padres. Buen trabajo, chicas, le habéis salvado la vida a ese chico.

La cabeza del comisario Beltrán comenzaba a echar humo. Seguía callado calculando fríamente las siguientes palabras que saldrían de su boca.

—¡Joder, Lorenzo, déjame pensar! No es tan fácil organizar un operativo en otro país, ya lo sabes —dijo.

—Pero acabamos de salvarle la vida a un niño. Eso es motivo suficiente. Convencerás a cualquier juez de que es fundamental seguir ese rastro hasta Buenos aires. Puede haber otra vida en juego. Y, si volvemos con Noelia, nadie se atreverá a juzgarte.

Beltrán sabía que tenía razón. Lo que le molestaba era que fuera el exinspector el que tuviera la sartén por el mango y el que hubiera descubierto el paradero de un niño desaparecido. Estaba considerablemente molesto. Solo deseaba apartarle de en medio como hizo la última vez. Pero en esta ocasión no era posible. Lorenzo sabía demasiado y parecía que iba en serio. Lo contaría todo, sin duda.

—Está bien —dijo el comisario derrotado—. Dame unos días para organizarlo todo. Me pondré en contacto contigo. Reuniré a tu antiguo equipo y viajaréis a Argentina. Collado estará al mando y tú serás invisible. No se te ocurra joderme, ¿de acuerdo?

Lorenzo asintió vagamente y se dio la vuelta para reunirse con su hija y Alicia.

El registro de la fábrica y la retirada de los heridos se alargó hasta bien entrada la mañana. Los agentes debían elaborar un extenso informe redactando todo lo acontecido y presentárselo al juez antes del mediodía. Lorenzo, Macarena y Alicia tuvieron que reunirse en la comisaría con Sandra y Andrea para declarar. Cuando les tomó declaración, el fiscal los dejó marcharse a condición de que volvieran al día siguiente para completar el informe.

Vencidos por el sueño y el cansancio, se fueron a casa con la satisfacción de haber salvado la vida de aquel niño, y quizá la de muchos otros que hubieran sido raptados en el futuro. No obstante, varias preguntas quedaban en el aire después de todo: ¿Noelia seguiría viva?; ¿habría mentido Costel al afirmar que se encontraba en aquel club de Buenos Aires?; ¿sería capaz Lorenzo de encontrarla y traerla de vuelta sana y salva?; ¿qué habría sido de Sergio? Todavía quedaban los interrogatorios. Quizá consiguieran sonsacarle algo más a Costel. Aunque Lorenzo lo dudaba mucho. Con la herida de la pierna curada, sin una pistola en la boca y con un abogado a su lado, no diría ni una palabra.

Lorenzo se tumbó en la cama con una sensación agridulce. Habían cerrado aquella fábrica, sí, pero allí solo encontraron a unos pocos hombres. Ese tipo de actividades delictivas requieren de una organización mayor, una gran estructura organizada. A Lorenzo le preocupaba que solo hubieran encontrado la punta del iceberg.

Además del tráfico de drogas, ¿traficaban con órganos? ¿O se trataba de comercio de seres humanos para explotación sexual? ¿Quizá ambas? Pero si había una pregunta que de verdad le estaba devorando por dentro era esta: ¿Quién demonios era el médico?

CAPÍTULO 15. Buenos Aires

Una semana después, aeropuerto de Madrid-Barajas Adolfo Suárez
Martes, 3 de octubre de 2017, 18:45, hora española

Macarena se bajó del Uber a toda prisa. Había decidido no ir al aeropuerto a despedir a su padre, pero en el último momento cambió de opinión. Se adentró en la terminal. Viajarían en un avión privado fletado por el Ministerio de Defensa, por tanto, el vuelo no aparecía en las pantallas de información, pero Macarena sabía que, como mucho, disponía de veinte minutos antes del despegue. Se dirigió corriendo hacia las puertas de embarque, que se encontraban en el otro extremo de la terminal. Durante el trayecto, Macarena sacó su teléfono móvil y llamó a su padre.

—¡Papá! Estoy aquí, en el aeropuerto, acércate a las puertas de control, porfa, tengo algo importante que decirte.

Lorenzo se acercó rápidamente al cristal que separaba la terminal de la zona de embarque. A los pocos segundos apareció Macarena corriendo por las cintas mecánicas.

—Pero ¿qué haces aquí, hija? ¿Ha pasado algo?

—No, tranquilo, papá, no ha pasado nada —dijo entre jadeos—. Pero no puedo dejar que te vayas sin decirte algo. Escucha: en uno de los visionados encontré un vídeo. Era ella, papá. Noelia, la niña. Era ella. Estoy segura. Al principio no dije nada porque no quería alterarte, pero el lunes se lo conté todo a Andrés y…

—Vale, vale, tranquila, respira —interrumpió Lorenzo a su hija, que hablaba de manera atropellada—. No te preocupes, cariño, lo entiendo. Andrés me lo ha contado todo. De hecho, gracias a tu descubrimiento, tenemos el visto bueno del jefe superior y del director adjunto de operativos. Si no hubiera sido por eso, no contaríamos con los medios de los que disponemos. Vamos muy preparados, Macarena. En todo lo que se refiere al tema de la documentación y a ciertos sectores, yo no estoy aquí, aunque ellos lo saben y harán la vista gorda si fuera preciso. No apareceré en ningún registro, pero al menos podré participar en el operativo.

—Gracias, papá —dijo un poco avergonzada—. Por favor, ten mucho cuidado. Espero que todo salga bien y la encontréis.

—Te mantendré al tanto. Te quiero mucho. Me voy corriendo, que en quince minutos embarcamos. Te llamo en cuanto aterricemos, ¿vale? —dijo alejándose por el pasillo camino a la puerta de embarque número 27.

Macarena le lanzó un beso a través del cristal. En cuanto desapareció de su campo de visión, miró el reloj. Le pareció buena

hora para tomarse una copa junto con Alicia, que seguramente ya estaría en casa. Hoy no tenía ninguna cosa importante que contarle. Y eso era precisamente motivo de celebración. Se había desecho de la carga que tanto le pesaba estas últimas semanas. Ahora su padre sabía todo lo que le había estado ocultando y le había notado eufórico. Vivo. Por unas horas volvería a ser el inspector jefe Rubio al mando de todo su equipo, en una importante misión. Eso la llenaba de alegría y de preocupación al mismo tiempo.

Sacó del bolsillo su teléfono y le envió un wasap a Alicia.

Macarena:

¿Qué haces, tía? ¿Te apetece un cubata?

En menos de diez segundos el móvil de Macarena emitió un par de pitidos.

Alicia:

Eso no se pregunta. Dime sitio y hora.

Macarena sonrió. Alicia siempre estaba ahí, en los buenos y en los malos momentos. Nunca le había fallado y estaba segura de que nunca lo haría. Tenía mucha suerte de tenerla como amiga. Algún día le contaría su secreto, aunque sabía que a estas alturas para Alicia no sería ningún secreto, probablemente. Era una conversación que llevaba rehuyendo mucho tiempo, pero que en algún momento no le quedaría más remedio que afrontar. Pensó en que quizás el día podría ser hoy, pero seguramente la volvería a posponer. Sí. Decidió que mejor otro día, ya si eso.

Lorenzo regresó a la puerta de embarque para reunirse con su antiguo equipo. Estaban todos.

David Tomelloso, el más joven. Era un agente ambicioso, se le daban bien las armas, era rápido y albergaba cierta puntería. No se arrugaba en los momentos de acción y solía destacar en las detenciones cuerpo a cuerpo. Era corpulento y atlético. Siempre que se le requería formaba parte en las misiones de la Brigada Antidisturbios.

Mariano Peláez, Nano, tan solo dos años mayor que David, pero mucho menos corpulento. Su fuerte era la criminología. Su eficacia en la búsqueda de pruebas e indicios de un delito es lo que le hacía destacar sobre el resto.

Francisco Hidalgo, alias mister Calma. Un hombre de mediana edad inteligente y paciente. Sabía adaptarse a las peores situaciones y mantener la calma en todo momento. Gracias a su carácter, se convirtió en uno de los mejores agentes del grupo de los TEDAX (técnico especialista en desactivación de artefactos explosivos) durante más de diez años. Una mala experiencia con un explosivo que casi le deja sin brazos le forzó a replantearse su carrera profesional. Acabó pidiendo el traslado y se incorporó al equipo de Lorenzo, aunque en

muchas ocasiones sus excompañeros seguían acudiendo a él busca de consejo. Siempre actuaba solo, apartado del grupo. Le gustaba observar desde la distancia la escena y forzarse a buscar una perspectiva diferente. En muchas ocasiones, los casos se resolvían gracias a sus observaciones. Además, era la memoria viva de la unidad. Acostumbraba a apuntarlo todo. Años atrás lo hacía en una libreta, ahora en la agenda del móvil. Apuntaba por fechas todos los acontecimientos personales y profesionales que ocurrían a su alrededor. Si alguien quería saber en qué fecha se había desarrollado alguna misión o simplemente saber el aniversario de algún hecho importante, solo tenía que preguntarle a Paco. Lorenzo le tenía un cariño especial. Le admiraba.

Severiano Rodríguez, Seve, el más veterano. Había participado en multitud de misiones junto con Lorenzo. Contaba con una dilatada experiencia en crimen organizado. Estuvo muchos años en la Brigada Central de Estupefacientes hasta que lo destinaron a desaparecidos. Era un hombre más bien bajito, pero estaba en muy buena forma física para su edad. Sin duda su fuerte era el rastreo de huellas. Había estado muchos años ejerciendo como agente al cargo del rastreo con perros en su antigua unidad. Después, ya con Lorenzo, solía encargarse de Budy cuando Lorenzo estaba ocupado.

Claudia Llorente, la última incorporación. Experta en aplicaciones informáticas de búsqueda y rastreo, y especialista en artes marciales. Era una chica alta, atlética y tremendamente inteligente. Fue la primera de su promoción y había ingresado en el equipo hacía tan solo un año. Lorenzo acababa de conocerla y quedó impresionado al leer su expediente académico. «Sin duda una agente con un futuro prometedor», pensó. Su punto fuerte era la búsqueda con georradar, topografía, geofísica, radiodetección y la utilización de coordenadas GPS.

Y, por supuesto, Andrés Collado. Siempre fue la mano derecha de Lorenzo. Ahora como inspector jefe, ejercía su cargo aplicando todas las enseñanzas recibidas de su mentor. Era un hombre valiente e inteligente que se crecía ante las adversidades. Nunca demostró grandes dotes en ninguna disciplina en particular, pero poseía el don de la intuición, que nunca le solía fallar, además de muchas otras cualidades necesarias para liderar un equipo. Era un buen líder, querido por sus compañeros, al cual Lorenzo se sentiría orgulloso de obedecer en esta última misión.

Lorenzo los observó uno por uno con orgullo. Habían trabajado muchos años juntos; muchas misiones, anécdotas, recuerdos… Muchos buenos y por supuesto también malos momentos habían pasado por los ojos y las mentes de aquellas personas. Lorenzo echaba ahora de

menos aquellos años en los que lideraba con cierta maestría aquel equipo y conseguían salvar vidas. Porque de eso se trataba siempre, de salvar vidas y encarcelar a los malos. Sabía que ya no habría más misiones como aquellas para él, esta sería la última, y eso le entristecía. Levantó la mirada y la dirigió hacia Andrés. Sí, la verdad es que lo consideraba un digno sucesor. Supo aprovechar todos los conocimientos que él mismo poco a poco fue transmitiéndole a lo largo de los años y que ahora Andrés tendría la obligación de enseñar a sus sucesores.

Se sentó en una de las sillas con la maleta entre las piernas.

—Qué rápido pasa la vida —murmuró para sí—. Un día eres el inspector jefe de la unidad de desaparecidos de la Policía nacional y al día siguiente eres un jubilado que se dedica a hacer… cosas de jubilados.

¡Si hasta se había imprimido una ruta turística de Buenos Aires por si le daba tiempo a visitar un poco la ciudad! Esbozó una amarga sonrisa mientras revisaba por encima los papeles. Quizá eran cosas de viejo, lo sabía, pero tampoco le importaba demasiado.

El hotel donde se iban a hospedar poseía una ubicación estratégica en el centro de la ciudad de Buenos Aires. Desde los balcones, podría observarse el incesante trasiego de gente paseando por la calle Lima, frente a la avenida 9 de Julio, muy cerca del Obelisco, de los centros corporativos y de los principales destinos turísticos de la ciudad.

Lorenzo seguiría las indicaciones que le marcaba el pequeño plano de la ciudad que se había imprimido y comenzaría a andar hacia la plaza de Mayo. Aquella plaza estaba rodeada de edificios tan emblemáticos como la Casa Rosada, que es el palacio presidencial, y el museo del cabildo. Muy cerca se encontraba la Manzana de las Luces, que era un antiguo complejo jesuita que servía ahora como centro cultural. En la ruta marcaba que en la avenida de Mayo se hallaban otros puntos de interés, como el Palacio Barolo, un edificio neogótico de gran altura, y el café Tortoni, una histórica cafetería de 1850. Pero Lorenzo tenía pensado tomar el autobús 67, que circulaba por la avenida 9 de Julio (una de las más anchas del mundo) hasta el Teatro Colón. El Colón era uno de los teatros de ópera más célebres del mundo, tanto por su impresionante arquitectura como por su excelente acústica. Después cruzaría la calle para ver de cerca el principal monumento de la ciudad, el Obelisco, al que no permitían conocer por dentro, pero la vista desde fuera ya parecía lo bastante impresionante como para no perdérsela. La ruta terminaba en el famoso puerto de Buenos aires. Se subiría de nuevo al autobús y se bajaría en el barrio porteño de Puerto Madero, el más moderno de la ciudad, para después regresar al hotel y prepararse para la misión.

Lorenzo se hallaba sumido en aquellos pensamientos cuando

Andrés, señalando su teléfono móvil con un cabreo de la hostia, le interrumpió:

—¡Libertad bajo fianza! Pero ¡qué hijos de puta! —exclamó.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué dices? —preguntó Claudia, que se encontraba a su lado.

—Que me acaba de llegar un mensaje de la central: han soltado al párroco y a otros tres peces gordos por falta de pruebas. Les piden una fianza ridícula y a la calle. ¡Es increíble! ¡Ni siquiera hemos conseguido cerrarle la parroquia!

Lorenzo sabía de la última detención de su conocido párroco por lo que le había contado Andrés hacía unos días.

—No debí dejarle escapar aquella vez —se lamentó Lorenzo—, pero el muy cabrón ha resultado ser un tipo escurridizo. Debe tener las espaldas bien cubiertas.

—Ese es un gran hijo de puta. Nunca debieron permitir que se hiciera párroco. Ya venía con algún borrón en el expediente del hospital en el que ejercía como médico —dijo Andrés.

Lorenzo abrió tanto los ojos que casi se le salen de las órbitas. Su mente le trajo directamente el rostro de Costel gritando que jamás encontraría a aquellos niños, que fueron pasto de la trituradora. Realmente había estado a punto de volarle la tapa de los sesos a ese cabrón y terminar en la cárcel por asesinato. Ahora se sentía aliviado por no haberlo hecho, pero… ¿y si Beltrán tenía razón y Costel había temido por su vida realmente? ¿Sintió miedo de verdad y mintió para no morir de un tiro en la cabeza? ¿Estarían perdiendo el tiempo viajando al otro lado del mundo?

—¡Repite lo que has dicho! —exclamó Lorenzo instando a Andrés a repetir sus últimas palabras.

—¿Que el párroco es un hijo de puta? —balbuceó extrañado.

—¡No, joder! Lo otro, lo que has dicho del expediente.

—Pues que antes de convertirse en cura era médico en el Hospital de la Paz y allí ya le abrieron un expediente por un asunto feo del robo de unos bebés, del que también salió airoso y…

—¿Cómo coño sabes eso? Cuando le investigamos aquella vez no conseguimos encontrar nada de su vida anterior —dijo Lorenzo extrañado.

—Ya, pero en esta ocasión Macarena ha conseguido desbloquear sus datos en Internet y tenemos el expediente de su vida laboral y todos sus movimientos antes de hacerse párroco. Además…

Lorenzo dejó de escuchar a Andrés. Su cerebro iba a mil por hora. De repente frenó en seco.

—¡El médico! ¡El párroco es el médico! ¡Joder, tengo que irme! —exclamó ante la atónita mirada del resto de sus compañeros.

—Pero ¿dónde vas, Lorenzo? ¡que el avión despega en diez

minutos! —exclamó Andrés.

—Tenéis que viajar hasta allí, debéis comprobarlo por si acaso. Pero yo tengo que ir a un sitio, ¡he tenido una corazonada! —exclamó mientras corría hacia la salida arrastrando torpemente la maleta.

En cuestión de minutos Lorenzo ya viajaba en un taxi hacia su casa. Debía deshacerse de la maleta y coger su pequeña pistola no reglamentaria, escondida de nuevo en el cajón de su mesilla, bajo la ropa interior. Quizá después también bajaría al trastero a por su mochila, la barra de uña y un paquete de bridas.

Aparcó su Suzuki Vitara a dos calles de la parroquia de San Nicolás de Usera. Eran las ocho de la tarde. Todavía no había empezado a anochecer, pero, como el cielo estaba nublado, el sol comenzaba a perder fuerza y la luz era escasa. Lorenzo hizo el movimiento lateral clásico para bajarse del coche y la pistola se le cayó del bolsillo. Fue en ese momento cuando se dio cuenta de la ropa que llevaba puesta. Se había vestido con un cómodo pantalón de chándal y una camiseta negra para soportar las casi trece horas de vuelo hasta la ciudad de Buenos Aires. Había pasado por casa y ni siquiera se paró a pensar en el atuendo que llevaba. Cogió la pistola de entre los asientos y decidió guardársela en el calzoncillo, junto a sus partes, para evitar que se le volviera a caer del flácido bolsillo del chándal, sin saber que aquella decisión le salvaría la vida a su hija horas más tarde.

Se colgó su mochila a la espalda y rodeó la iglesia en busca de una entrada alternativa a la principal, que, aunque estuviera abierta, en principio no era una opción fiable. Encontró otras dos puertas más por la parte trasera, pero estaban cerradas. Después de valorar la idea de colarse por una de las ventanas, finalmente decidió arriesgarse entrando por la puerta principal, mezclándose con un pequeño grupo de fieles que se adentraban justo en ese momento. Una vez dentro, cruzó la hilera de bancos y se dirigió al altar. Examinó el presbiterio en busca de la puerta por donde solía salir el párroco a oficiar misa. La encontró justo debajo del cristo y, en un descuido de los siete u ocho parroquianos congregados allí en ese momento, se coló por ella. Accedió a un pequeño cuarto. El techo era muy bajo y el único mobiliario que contenía era uno de los bancos reclinatorios en mal estado. Tenía la pieza llana, sobre la que uno se arrodilla para rezar, suelta. Además, era evidente que necesitaba una restauración completa de todas sus uniones y una mano de barniz. Se apoyó en él y miró a su alrededor. Había otra puerta en el lado contrario. Tiró de ella. La madera crujió al abrirla. Lorenzo se estremeció, no esperaba que hiciera tanto ruido. La puerta daba paso a un estrecho pasillo, que Lorenzo recorrió muy despacio. Tuvo que hacerlo completamente a oscuras, porque no encontró el interruptor. Al final del pasillo se topó con otras dos puertas de madera idénticas a la primera que había

cruzado. Empujó una de ellas. Comprobó que se trataba de un aseo. Todavía a oscuras, apoyó la mano sobre la otra puerta. De repente, alguien encendió la luz y Lorenzo notó un fuerte golpe en la cabeza. La luz desapareció a la misma velocidad que había venido y todo su mundo se volvió negro.

***

Eran las diez de la noche y era martes. Rafa y Antonio estaban deseando echar a Macarena y a Alicia de El Gruñidor, pero a ellas su tercer cubata les estaba sentando de maravilla. Llevaban más de dos horas hablando de sus cosas, riendo y bebiendo cuando Macarena decidió echar una ojeada al móvil.

—¡Vaya!, si tengo un wasap de Andrés —murmuró extrañada.

Collado le había escrito aquel mensaje justo antes de embarcar en el avión destino a Buenos Aires.

Andrés:

Macarena, tu padre no ha subido al avión, ha salido corriendo del aeropuerto. Creo que se dirige a ver al párroco. Lo siento, no he podido detenerle.

Inmediatamente el rostro de Macarena palideció. Hizo un gesto que no pasó desapercibido a los ojos de Alicia.

—¿Qué pasa?

—Un momento, tengo que llamar a mi padre, que por lo visto no ha subido al avión —dijo Macarena buscando en la lista de recientes el número de Lorenzo.

—¡Cómo! —dijo Alicia sorprendida.

La locución le dijo a Macarena que el móvil de Lorenzo estaba apagado o fuera de cobertura. Tuvo un mal presentimiento.

—Me tengo que ir —dijo levantándose de la silla.

—Pero ¿a dónde? —preguntó Alicia desconcertada.

—A buscar a mi padre. Me da la sensación de que se va a meter en un lío, si es que no se ha metido ya.

—¡Voy contigo! —exclamó Alicia.

—No hace falta, de verdad, no quiero que te metas en problemas otra vez.

—Voy a ir, y punto. Además, iremos en mi coche. ¡Vamos!

Las chicas salieron corriendo de El Gruñidor, para alivio de los hermanos, que por fin podrían irse a casa.

Alicia arrancó el Focus RS 500 que todavía no había devuelto al taller.

—¿Dónde vamos? —preguntó.

—Lo primero a mi casa, necesito coger el portátil para localizar el móvil de mi padre.

Alicia pisó el acelerador con energía y salieron del polígono haciendo derrapar las ruedas sobre el asfalto. Llegaron a casa de

Macarena, justo por donde Lorenzo había pasado un par de horas antes. Sacó el ordenador portátil de la funda y lo puso sobre la pequeña mesa redonda del salón. Se conectó y empezó a abrir programas y ventanas que Alicia no comprendía. La miraba fascinada.

—¿Qué es todo eso? —preguntó sin apartar la mirada de la pantalla.

—Es un localizador de terminales avanzado. Es capaz de mostrar la ruta y la localización de cualquier teléfono móvil en las últimas veinticuatro horas. Incluso si el móvil está apagado. —Macarena se calló de repente—. Espera, aquí hay algo raro —murmuró—. El móvil de mi padre dejó de emitir datos hace media hora. Aquí marca la última ubicación antes de perder la señal del GPS, pero eso solo puede significar una cosa: alguien ha destruido el teléfono.

—O quizá se le haya caído al agua o algo así, ¿no? —dijo Alicia.

—¿A qué agua? No sé, tía. Esto me da muy mala espina.

Macarena rastreó la última señal emitida por el móvil de su padre.

—Calle río Genil 10, en Madrid —murmuró.

Cerró varias ventanas y escribió la dirección en Google Maps. Las dos observaron las imágenes del satélite con cierta confusión.

—¿Qué puede ser eso? Parece un local, ¿no? —dijo Macarena.

—Yo diría que es el cierre de un taller mecánico o algo así —dijo Alicia.

Macarena cerró el portátil y lo metió dentro de su funda en la mochila. Desapareció por la puerta de su habitación unos segundos para coger su arma reglamentaria y un par de chalecos antibalas.

—En la comisaría solo nos dan un chaleco, y a veces ni eso, porque no hay para todos, pero yo tengo dos porque mi padre tiene guardado el que era de mi abuelo. Es un poco antiguo y te estará grande, pero servirá. Es mucho mejor que llevarse un balazo —dijo Macarena.

Alicia se lo puso sin rechistar, aunque sinceramente esperaba que no fuera necesario. Macarena terminó de meter sus cosas en la mochila y salieron rápidamente por la puerta.

El GPS marcaba dieciséis minutos hasta el destino. La calle se encontraba en el distrito de Usera, en Madrid, muy cerca de la parroquia de San Nicolas de Usera, donde José Luis Pérez Camacho, el párroco, oficiaba misa supuestamente a altas horas de la madrugada cualquier día de la semana.

Aparcaron el coche a cincuenta metros de la ubicación. Macarena sacó la pistola de la mochila y la metió en una faja especial que se había comprado hacía unos meses por Internet. Era mucho más cómoda que la tradicional cartuchera y, además, permitía llevar el chaleco antibalas por encima sin dificultar el rápido acceso al arma. Alicia, en cambio, iba mucho más incómoda con un chaleco demasiado pesado y que además le estaba ridículamente grande. Pero

Macarena tenía razón, era mucho mejor que llevarse un tiro.

Examinaron la fachada donde se encontraba el cierre metálico que habían visto en las imágenes del satélite a través de Google Maps. En la parte superior había un ventanal a modo de tragaluz, pero estaba protegido por una gruesa reja oxidada. El cierre tenía dos grandes candados en la parte inferior, uno a cada lado. En la parte derecha del local había un portal que daba acceso a un edificio de viviendas de cuatro plantas. Macarena sabía que muchos locales antiguos de Madrid tenían acceso por esos portales contiguos y que, si su padre estaba dentro del supuesto taller, como marcaba el programa informático de localización, y los candados estaban cerrados, tuvo que entrar por uno de esos accesos. Pero el portal estaba cerrado y eran las once y media de la noche de un martes. No eran horas de andar llamando a los telefonillos. Además, la puerta de acceso a través del portal también estaría cerrada.

Macarena recorrió la acera de lado a lado nerviosa. Se lamentó de no tener la cizalla que el inspector Collado llevaba el día de la Operación Bloqueo para romper esos candados. Volvieron al coche. Macarena quería revisar de nuevo en el portátil la ubicación exacta del teléfono móvil de su padre. No había duda. La última señal emitida era desde el interior de ese local. Alicia abrió el maletero del Focus en busca de alguna herramienta que les pudiera servir.

—Mira esto, Macarena —dijo con la cabeza metida en el doble fondo del maletero—. Este coche lleva un pequeño gato hidráulico para cambiar las ruedas. Se me ha ocurrido una idea.

Alicia metió la llave de cruz (esa que traen todos los coches para aflojar los tornillos de las ruedas) en el arco del candado. La idea era hacer palanca con la suficiente fuerza para partirlo. Obviamente, a mano no podrían realizar dicha fuerza, para eso quería Alicia el gato hidráulico.

—Ahora apoyo la llave aquí —dijo colocando la llave en la base del gato— y empiezo a bombear. Una de dos, o se parte la llave, o salta el candado.

Mientras, Macarena vigilaba la calle. Si alguien las descubría forzando la puerta, llamaría a la policía. De repente se escuchó un crujido metálico. La llave se había doblado, pero aguantó la presión y consiguió partir el primer candado por la base.

—¡Bien! —exclamó Alicia a un volumen moderado—. Ahora voy a por el otro.

Repitió la operación en el otro candado, con distinto resultado. La llave se partió por uno de sus brazos.

—¡Mierda! Bueno, no pasa nada, me quedan otras tres oportunidades —murmuró Alicia.

El candado consiguió partir otro brazo más de la llave, pero con el

tercero Alicia consiguió partir el candado. Recogieron el gato y todos los restos de la llave y los candados. Lo metieron todo en el maletero. Se colocaron enfrente del cierre, una en cada extremo, y tiraron con fuerza hacia arriba. El mecanismo ni se movió. Hicieron un segundo intento, ahora apoyando el hombro y empujando con todo su cuerpo. Emitiendo un desagradable chirrido (que debía estar escuchándose en toda la calle, temieron las chicas), el cierre comenzó a ascender hasta que, por fin, cuando estaba a unos cincuenta centímetros del suelo, se accionó el muelle y subió de un tirón hasta arriba. Sin pensarlo dos veces, Macarena y Alicia cruzaron por debajo. En la parte izquierda se encontraba el mecanismo manual que desbloqueaba la puerta y permitía que volviera a bajar. Lo accionaron. De repente la estancia quedó en silencio. Estaban dentro. Hacía frío y olía a cerrado. Un escalofrío recorrió la espalda de las chicas. ¿Qué hacía el móvil de Lorenzo en ese lugar? ¿Cómo habría llegado hasta allí? ¿Estaría Lorenzo o le habrían robado el teléfono? Las preguntas se amontonaban en la cabeza de Macarena. Sacó una linterna de la mochila y comenzaron a avanzar a través del lúgubre taller.

***

Lorenzo se despertó en un cuarto pequeño, pero bien iluminado. Le dolía mucho la cabeza. Estaba atado a una silla, como pudo observar, con sus propias bridas. Tenía los tobillos amarrados a las patas y las manos anudadas a la espalda. Se notaba mareado. Una arcada subió por su garganta, pero consiguió reprimir el vómito. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. El cuarto no tenía ventanas y lo único que había en las blancas paredes era un reloj de agujas colgado de una de ellas. Lo miró. Eran las once de la noche. La aguja del segundero se detuvo durante más de un segundo, quizá dos o tres, debido a la cronostasis, que en momentos de estrés del cerebro se acentúa y la mente te engaña, y se produce un fenómeno en el cual parece que el tiempo se alarga o simplemente se detiene durante unos instantes. Lorenzo estaba asustado y en su cerebro se produjo una ceguera temporal mucho más duradera de lo habitual. Se le activó un mecanismo que evita la imagen borrosa que se forma cuando movemos la cabeza o los ojos muy rápido. Para ello, el cerebro de Lorenzo capturó la última imagen que había recibido estabilizada y la mantuvo hasta que notó que todo volvía a la normalidad. Se sentía aturdido. No sabía dónde estaba y el dolor de cabeza aumentaba por momentos. Respiró hondo e intentó serenarse. Recapacitó durante unos segundos. Comprobó que no estaba herido más allá del fuerte golpe en la cabeza y comenzó a moverse en la silla para intentar liberarse. Sabía que las bridas llevaban mucho tiempo en el trastero, quizá más de cuatro años, y debían estar algo podridas. Comenzó a raspar la que le aprisionaba las muñecas por detrás de la espalda

contra el respaldo de la silla. Ese movimiento le amplificaba el dolor de cabeza y le tensionaba el cuello hasta producirle varias contracturas. Lorenzo jadeaba de dolor, pero seguía raspando compulsivamente. De repente se abrió la puerta. Lorenzo enmudeció cuando vio entrar por ella a José Luis Pérez Camacho, el párroco, empujando un carrito metálico que portaba diverso material quirúrgico sobre una bandeja. En la parte de abajo pudo reconocer su mochila. Se estremeció. En ese momento se acordó de su pistola. ¿La habría encontrado? Forcejeó para hacer un leve movimiento con las piernas y notó cierto alivio, la sentía entre sus partes. Entonces levantó la cabeza y se dirigió hacia el párroco:

—¡Sabía que eras tú! ¡Tú eres el médico! ¿Dónde están los niños? ¿Qué hiciste con ellos, cabrón? ¡Suéltame! —gritó.

El párroco no se inmutó. Aparcó el carrito en el lado izquierdo de la pequeña habitación. Sobre la bandeja metálica se podían distinguir varios tipos de tijeras: las estándares, de Bakey, las rectas, las curvas, sanvenero, *potts* de Mártel… También había varios tipos de pinzas de disección: *clamp, kocher, foerster, grosmayer*… Y unos cuantos bisturís, estiletes y cinceles que completaban aquel muestrario de instrumental de tortura.

—Cálmese, inspector, no se altere. Si se pone nervioso, los músculos se tensan y es peor. Relájese. Al final se ha convertido usted en toda una molestia, ¿eh? —dijo el párroco en un tono jovial, casi infantil—. Ya me han dicho que a usted le gusta atar a la gente a las sillas y torturarlos, ¿no es cierto? ¿Qué tal se siente uno ahí sentado? No es tan divertido desde ese lado, ¿verdad?

Lorenzo desvió la mirada hacia el carrito.

—¿Qué eres? ¿Una especie de sádico o algo así? ¿Qué has hecho con los niños, hijo de puta? —dijo Lorenzo con la poca voz que le permitió su agarrotada garganta.

—Bueno, digamos que disfruto con el sufrimiento ajeno, es algo que me pasa desde niño. Entonces me gustaba arrancarles extremidades a los insectos y contemplar cómo agonizaban. Después empecé con pequeños mamíferos y poco a poco uno se va enredando y cada vez quiere más y más. Y, bueno, ya sabe, aquí estamos, ¿no? —dijo manteniendo ese tono infantil que tanto estaba aterrorizando a Lorenzo—. Pero ¡no me mire así, hombre! —dijo enseñando las palmas de las manos—. ¿Quiere que descarguemos un poco de tensión? —preguntó mientras sacaba la barra de uña de la mochila de Lorenzo—. Con esto se sentirá usted más tranquilo.

El párroco empuñó la barra con las dos manos y le asestó un fuerte golpe en las espinillas que hizo que Lorenzo se encogiera de dolor. Dos lágrimas comenzaron a descender por el rostro del inspector, que apretaba los dientes hasta casi rompérselos.

—¿A que se encuentra usted mucho más relajado ahora, inspector? ¿A que ya no le quedan tantas ganas de conversar ni de hacer preguntas? Ahora, si se está usted calladito, le contaré una historia. —El párroco comenzó a hablar mientras se ataviaba con una mascarilla y unos guantes de látex—. En pleno siglo XXI todavía hay mucha gente que piensa que las peores torturas a seres humanos perpetradas por los nazis fueron las que acometió Josef Menguele en el campo de exterminio de Auschwitz. Pruebas con niños gemelos, extracción de órganos a personas vivas… Sin embargo, no fue así. Ese honor se lo debemos al médico Sigmund Rascher, del cual soy un ferviente admirador, que protagonizó algunos de los test más sádicos de toda Alemania en el campo de concentración de Dachau. ¿Quiere que le explique algunos de aquellos experimentos, inspector?

Lorenzo le escuchaba luchando contra sus propios sentidos. Al dolor de cabeza ahora se le había sumado un intenso dolor en las espinillas que le nublaba el juicio. Aun así, mientras el párroco se preparaba para lo que fuera a hacerle, el continuó raspando la brida de las muñecas muy despacio para no ser descubierto, pero sin pausa. El párroco prosiguió:

—Sigmund Rascher intentaba encontrar un método efectivo para que los pilotos de la Luftwaffe no fallecieran de frío después de ser derribados sobre el océano. Introducía a los reos en agua gélida durante dos horas, hasta que perdían el sentido debido a la hipotermia, y después intentaba reanimarlos con diferentes técnicas que fue probando. A algunos los sedaba, que es por cierto lo que voy a hacer con usted, para que los músculos se relajaran, aunque a la mayoría los metía en el agua helada desnudos y casi siempre morían. El doctor los intentaba reanimar inyectándoles agua hirviendo en el estómago, sumergiendo sus cuerpos en agua caliente, introduciéndolos en sacos de dormir previamente calentados, tapándolos con mantas, dándoles de beber alcohol, haciéndoles tomar fármacos… Y todo para llegar a la conclusión de que la mejor forma era introducir a los pilotos en un baño calentado a 40°. Algo que ya se sabía desde el siglo XIX. Pero sin duda los experimentos que me tienen fascinado desde joven y que hicieron que yo me hiciera admirador de este hombre fueron los sexuales. El doctor propuso reanimar a los presos con lo que él llamaba *calor animal*. Concretamente, supuso que el medio más prometedor de devolverles la vida después de padecer hipotermia era el calor sexual. Las formas de calentar a los presos con hipotermia mediante mujeres eran varias. La más básica era que estas se ubicaran a sus lados para, simplemente, transmitirles temperatura mediante sus cuerpos. Pero la imaginación de mi querido Rascher no quedó ahí. Intentó que las prisioneras hiciesen tocamientos o masturbaran a los reos congelados para que volvieran a su ser. Completamente desnudas,

las mujeres debían apretarse a ellos lo más posible y tratar de provocar el coito. —El párroco hizo un silencio que Lorenzo interpretó como si le hubiera descubierto raspando la brida, pero, afortunadamente para él, siguió hablando—: ¿No le parece la mayor estupidez que ha escuchado en su vida, señor inspector? ¿Cómo pensaba el doctor Sigmung Rascher reanimar a una persona que había pasado dos horas en un tanque de agua helada mediante la masturbación? ¿Qué explicación tienen estos delirantes experimentos? Pues yo se lo voy a decir, inspector: el doctor, era como yo, disfrutaba con el sufrimiento ajeno. Somos dos almas gemelas nacidas en distintas épocas. No le interesaba salvar a los pilotos ni tampoco descubrir cura para enfermedad alguna. Lo que buscaba era su propio placer a través del sufrimiento de otros. Le cuento esta historia para que sepa que no soy ni el único ni soy un ser excepcional, ya ha habido muchos como yo. ¿Y sabe qué? No lo considero una enfermedad. La gente disfruta con muchas cosas de dudosa ética social y moral, y nadie dice nada por ello. Yo disfruto del sufrimiento. Me estimula, me produce placer y… —El párroco dudó un par de segundos—. ¡Ah! Por cierto y contestando a su pregunta, no, se equivoca, yo no soy el médico, el médico es mucho peor que yo, el médico es un monstruo, inspector, un monstruo al que usted nunca llegará a conocer, y mejor que no lo haga, créame. Es un hombre sin escrúpulos, hágame caso, yo le conozco bien. A usted se lo puedo contar todo porque no va a salir de esta con vida, ¿verdad?

Lorenzo tragó saliva. La brida no cedía, no estaba tan podrida como pensaba, pero la notaba cada vez más débil, sentía cómo la presión sobre sus muñecas disminuía poco a poco. El párroco seguía hablando sin parar mientras colocaba los instrumentos quirúrgicos en un orden determinado.

—El médico, como usted dice, y yo nos conocimos en la Facultad de Medicina. A los dos nos fascinaba el comportamiento del cerebro humano en las múltiples situaciones a las que habitualmente le exponemos. Sobre todo cuando lo sometemos al dolor y al sufrimiento. ¡Cuántas cosas diferentes pueden pasar por la cabeza de una persona cuando piensa que va a morir!, ¿verdad, inspector? Y cada persona es un mundo distinto por explorar. Es fascinante cómo los seres humanos reaccionamos de manera diferente a un mismo estímulo y… —De repente el párroco se interrumpió y acercó el oído a la puerta. Había escuchado un ruido—. ¿Ha oído eso, inspector? Creo que tenemos visita. Mira que no me gusta trabajar con presión. No lo disfruto, pero… ¿qué le vamos a hacer? —dijo alzando los brazos como un niño pequeño—. Empezaremos por un clásico, que sé que a usted le gustan los clásicos, ¿a que sí, inspector? —El párroco metió la mano enguantada en el bolsillo derecho de su pantalón, sacó una

pistola y le metió un tiro en la pierna a Lorenzo. Este comenzó a aullar de dolor. La bala se había quedado incrustada en el muslo y sangraba abundantemente.

—¡Eso es! ¡Magnífico! Lo hace usted muy bien, inspector.

—¡Hijo de la gran puta! ¡Suéltame! ¡Suéltame! —gritaba Lorenzo con todas sus fuerzas.

—Pero, hombre, ¿ya se quiere ir? Pero ¡si acabamos de empezar!… Ya verá qué bien nos lo vamos a pasar. ¿Ve esta varilla de aquí? —dijo mostrándole una especie de barra fina de hierro que debía medir unos cincuenta centímetros—. Pues se la voy a introducir a través del oído tan adentro que ningún médico sería capaz de curarle la herida ni aunque le partiera la cabeza en dos como a un melón. ¿Le parece bien? ¿Sí? ¿No? Me da igual. ¡Qué demonios! ¡Que empiece la fiesta!

***

Alicia conocía bien cómo era un taller mecánico por dentro, y aquel lugar daba la impresión de querer parecer un taller, pero no lo era. Había un foso, que estaba lleno de basura, papeles, plásticos, cartones… En el lado derecho pudo distinguir un elevador hidráulico desguazado y más adelante había un banco de trabajo oxidado y un compresor de aire que tenía el aspecto de llevar más de mil años sin funcionar. Aquello parecía una especie de escenario con el atrezo deteriorado. El apocalipsis zombi había llegado y aquel sitio quedó abandonado. Alicia miró a su alrededor con cierta desconfianza. Realmente parecía posible que pudiera salir un cadáver andando de allí por algún sitio. Se volvió hacia Macarena, que escudriñaba la estancia con la linterna.

—No sé dónde nos hemos metido, tía, pero este sitio me da muy mal rollo. ¿Estás segura de que la señal del móvil de tu padre viene de aquí? Esto parece llevar muchos años cerrado —dijo Alicia.

—El programa de localización no suele equivocarse, pero yo también estoy empezando a dudar. ¿Qué coño estaría haciendo mi padre aquí? O si le han robado el teléfono, ¿cómo ha acabado en esta pocilga? —se preguntó Macarena mientras sacaba su teléfono del bolsillo—. Voy a abrir el programa en el móvil, a ver si consigo activar la función de GPS y nos lleva al lugar exacto.

Macarena consiguió acceder al localizador a través del móvil. Activó el GPS para rastrear la última señal emitida por el teléfono de Lorenzo.

—¡Lo tengo! —exclamó—. Dice que está a cincuenta metros. Hay que seguir recto, hacia aquella puerta —dijo señalando al otro extremo de la nave.

Las chicas avanzaron muy despacio. El suelo estaba lleno de arena y grasa. Las manchas de aceite aparecían por todas partes. Alicia tropezó con los restos de algún motor desguazado. El olor a humedad

y el calor se iban incrementando a medida que avanzaban hacia el interior. Se toparon con una puerta de madera que estaba podrida, con toda seguridad a causa de dicha humedad. Tenía la parte inferior carcomida. Macarena intentó abrirla, pero parecía estar atascada. Empujaron las dos a la vez hasta que la puerta cedió, emitiendo un fuerte crujido. Una bocanada de aire caliente y húmedo las envolvió como si fuese una nube tóxica. El ambiente allí dentro era irrespirable. Macarena paseó la linterna por la estancia. Se trataba de un cuarto pequeño, pero de gran altura. Probablemente, en su día habría un falso techo de pladur, del cual ahora solo quedaba parte de la estructura desvencijada. Tenía dos puertas; una frente a ellas y otra a la izquierda. También eran de madera y estaban en peores condiciones incluso que la anterior. En esa zona el suelo estaba lleno de agua y hacía engordar la madera hasta doblarla hacia arriba, provocando el desprendimiento del pegamento que mantenía unidas las láminas. El GPS marcaba ahora diez metros hasta el objetivo. Tenían que seguir hacia adelante, por la puerta que tenían justo enfrente. Aquella puerta daba acceso a un largo y estrecho pasillo. Macarena apuntó con la linterna, pero no consiguió ver el final. El haz de luz se perdía entre las paredes, que parecían estrecharse a medida que avanzaban. Sus pies producían un leve chapoteo a cada paso. Otra puerta entreabierta apareció en el lateral derecho. Macarena metió la linterna. De repente, dos palomas rompieron el tenebroso silencio, emitiendo un gorjeo pavoroso que consiguió sobresaltar tanto a Macarena que se cayó de culo al suelo. Se mojó los pantalones y, si no hubiera sido por la rápida reacción al incorporarse, el agua hubiera calado también la ropa interior.

—¡Joder! ¡Putas ratas del aire! —exclamó sin elevar demasiado el volumen.

Alicia apartó una gran telaraña de su cara que se le quedó enredada en el pelo y ayudó a Macarena a sacudirse el pantalón.

—Tranquila, no se te ha mojado mucho, no tardará en secarse —mintió para tranquilizarla.

Macarena sacó el móvil del bolsillo trasero para comprobar que no le había entrado agua.

—el GPS marca el punto exacto detrás de esa puerta —dijo señalando la única puerta que quedaba al fondo del pasillo.

Al abrirla, se encontraron con un cubo de basura y unas escaleras metálicas que descendían, perdiéndose en la oscuridad. Alicia abrió el cubo mientras Macarena alumbraba con la linterna. Estaba casi vacío, tan solo había un par de plásticos y unos cartones. Tiró de los plásticos hacia arriba y los echó al suelo. Los desplegaron y comprobaron que allí estaba lo que ya intuían: el teléfono móvil de Lorenzo. Estaba destrozado. Era como si alguien lo hubiera golpeado

con un martillo. Tenía la pantalla reventada y la carcasa abierta por varios sitios. Por el cerebro de Macarena comenzó a pasar una amarga lista de posibles hipótesis sobre el paradero y destino de su padre. Ninguna de ellas tenía un final feliz. Sin apartar la mirada de lo que quedaba del teléfono, Macarena empezó a sentirse agobiada. Los siguientes instantes transcurrieron a cámara lenta. Ella se quedó inmóvil, pensativa, abstraída, absorta en sus pensamientos, con la mirada pérdida en aquella oscuridad que las envolvía, hasta que de repente un golpe seco, amortiguado retumbó en sus oídos, obligándola a salir de aquel trance. Macarena había reconocido aquel sonido y se le heló la sangre. No tenía ninguna duda, había sido un disparo. La detonación se produjo en el piso de abajo. Macarena giró la cabeza haciendo un movimiento brusco en busca de la mirada de Alicia, que la miró con los ojos muy abiertos. No hizo falta decir nada. Las dos comenzaron a descender por las escaleras metálicas. Deprisa, pero sin hacer ruido. Con urgencia, pero siendo conscientes de que no debían ser descubiertas. Sigilosamente, descendieron el último escalón y pegaron la espalda contra una de las paredes del sótano en el que de pronto se encontraban.

Tenían ante sí lo que parecía un cuarto prefabricado. Era como un cubículo dentro de otro cubículo que era el sótano. No tenía mucha altura, aproximadamente dos metros, ni tampoco ventanas, tan solo una puerta blanca de madera de mejor calidad de las anteriores. Macarena y Alicia se acercaron despacio al cubículo. Permanecieron unos segundos en silencio justo enfrente. No se escuchaba nada. De repente Macarena reconoció una voz. Pudo distinguir un grito ahogado que parecía venir del interior. Se le erizó el vello de todo el cuerpo. El grito sonó sumergido, como si emergiera del fondo de un pozo, pero no tenía duda, ese grito había salido de la garganta de su padre. Hizo un gesto a Alicia para que se alejara de la puerta. Sacó el arma y lo empuñó con las dos manos mientras se colocaba en posición. Dio dos pasos atrás para coger carrerilla y le propinó una patada a la puerta con tal fuerza que hizo saltar el marco de madera que sujetaba la cerradura, provocando que se abriera de una vez y de manera muy violenta. El párroco, que ya se esperaba algo así desde que creyó escuchar el ruido del cierre metálico de la puerta exterior, fue más rápido que Macarena. Soltó la varilla que pretendía meter a Lorenzo por el oído y agarró la barra de uña. Consiguió asestarle un certero golpe en los brazos a Macarena. A consecuencia del impacto, la pistola de Macarena salió disparada y se perdió debajo del carrito donde el párroco trasportaba los instrumentos quirúrgicos. Ella cayó al suelo, con la impresión de tener al menos uno de los dos brazos roto, y, antes de que pudiera reponerse, el párroco la volvió a golpear con la barra en el hombro. Se desplomó inconsciente, golpeándose la

cabeza contra el frío azulejo. Sin perder ni un minuto, don José Luis (como le llamaban los niños en su escuela, La Residencia de Dios) metió la mano en la mochila de Lorenzo y sacó la bolsa de bridas para atar a Macarena de pies y manos. La sentó junto al inspector y le apoyó la cabeza contra la pared.

—Pero, ¡hija!, ¿qué haces aquí? —gritó lorenzo siendo consciente inmediatamente de su error—. ¡Maldito hijo de puta! ¡Como le pase algo te juro que te mato! ¡Suéltala cabrón de mierda! ¡Te voy a matar! —exclamó mientras se movía en la silla compulsivamente.

El párroco fingió no escucharle. Agarró su pistola y salió del cuarto. Tan solo se alejó dos pasos de la puerta y miró a su alrededor en busca de más intrusos. El cubículo estaba insonorizado, pero Alicia lo había escuchado todo y tuvo tiempo de esconderse. Desde su escondite, oía los gritos de Lorenzo horrorizada. De repente el párroco, al comprobar que no podía volver a cerrar la puerta, también empezó a gritar.

—Para los que estéis por ahí fuera, voy a dejar la puerta abierta, al menor ruido que oiga, los mato a los dos, ¿entendido? ¡Estoy armado! Si detecto cualquier intento de entrar aquí, le meto un tiro en la cabeza a cada uno, ¿queda claro?

El párroco aguantó la respiración un par de segundos. Solo escuchó el eco de su propia voz, que se perdió escaleras arriba. Se dio media vuelta y volvió a entrar en el cuarto.

—Así que su hija, ¿eh? Señor inspector, ¡vaya! Esto sí que es una sorpresa. ¡Qué bonito encuentro familiar! —dijo recuperando de nuevo el enfermizo tono infantil mientras Lorenzo jadeaba de rabia.

Había comenzado a sudar de manera excesiva y sus labios se habían vuelto azules debido a la pérdida de sangre. Su rostro comenzó a palidecer y las imágenes que llegaban a su cerebro se volvieron borrosas. Empezó a sentirse tan mareado que notó cómo las náuseas se apoderaban de su estómago. El párroco, por el contrario, había recuperado el aplomo y proseguía con su macabro monólogo.

—Es una pena, inspector, no tengo más sillas. Y la sesión que había preparado solo era para uno. No esperaba más invitados a la fiesta, la verdad. Esto es una contrariedad, si le soy sincero. Mientras pienso qué hacer con nuestra invitada de honor, le seguiré contando la historia de mi admirado Sigmund Rascher —dijo el párroco mientras recolocaba los instrumentos en la bandeja metálica—. Quiero que usted sepa por qué le admiro tanto. ¿Se ve con ánimo de escucharme? ¿Sí? ¿No? Bueno, tampoco tiene muchas más opciones. El caso es que Sigmund hizo otros experimentos, algunos de ellos verdaderamente macabros sin duda, he de admitirlo, pero a veces hay que arriesgar para conseguir los objetivos. Por aquel entonces los alemanes andaban inmersos en una serie de proyectos para superar a los cazas británicos y habían ideado un tipo de avión que podía ascender más que ellos

para tener ventaja a la hora de atacarlos. El problema era que, al ascender tanto, unos doce mil metros, si la cabina se rompía durante un enfrentamiento, los aviadores se verían sometidos a un fuerte cambio de presión al lanzarse en paracaídas. Es decir, que sufrirían una falta de oxígeno considerable. Al bueno de Rascher se le ocurrió que la mejor manera de realizar sus experimentos era hacerlo con humanos vivos que sacaba del campo de concentración. Los metía en una cámara de descompresión, de la que podía extraer el aire, con el objetivo de simular las condiciones que sufrían los pilotos cuando se lanzaban desde una altura de hasta veinte mil metros. Las pruebas consistían en introducir al prisionero en la cámara con una máscara de oxígeno. Después se extraía el aire de su interior. Cuando se llegaba a una supuesta altura, el doctor ordenaba al elegido quitarse la máscara, y ahí es cuando comenzaba el espectáculo, señor inspector. —El párroco siguió colocando la instrumentación mientras esbozaba una tétrica sonrisa—. Los había que tenían suerte y fallecían al instante. Pero había otros que no disfrutaban de esa dicha: padecían convulsiones, sus cuerpos se agitaban, se ponían rígidos, jadeaban, gruñían, sus miembros se contraían, se mordían la lengua, se les deformaba el rostro y hasta se les salían los ojos de las órbitas. Y usted se preguntará: ¿se podía ser más cruel? Pues sí, inspector, sí se podía. En una segunda tanda de pruebas introdujo a los prisioneros en la cámara sin máscara de oxígeno. A algunos de ellos les estallaban los pulmones, otros se volvían locos y se arrancaban los cabellos en un esfuerzo desesperado por mitigar aquella cruel sensación… ¡Cómo me hubiera gustado haber presenciado aquellos experimentos, inspector! Debió ser algo único, aunque yo también hago mis pinitos, no se crea, pero aún me queda mucho para alcanzar al maestro.

Hacía rato que Lorenzo no escuchaba al párroco. Su situación era de extrema gravedad, estaba perdiendo mucha sangre, pero eso no era lo que más le preocupaba. Su hija estaba sentada en el suelo, a su lado, inconsciente, y sometidos ambos a la voluntad de un sádico. A Lorenzo apenas le quedaban fuerzas, sus brazos no respondían, pero aun así seguía raspando aquella brida de sus muñecas contra el respaldo de la silla. Aquellas malditas bridas semipodridas por el tiempo que se partían a la mínima presión cuando Lorenzo las usaba en el taller para sujetar cualquier cosa parecían ahora haber rejuvenecido. Si bien era cierto que notaba menos fuerza en las muñecas, la brida no cedía.

Mientras tanto, Alicia había conseguido salir de su escondite y se encontraba justo al lado de la puerta, escuchando cómo el párroco contaba esas cosas horribles sobre torturas y muerte. La puerta estaba entreabierta, y se había colocado de cuclillas en el lado izquierdo, con la espalda pegada a la pared. Llevaba unos minutos pensando la

manera de atacar al párroco. No sabía cómo, pero tenía que hacer algo. Si reunía el valor suficiente para entrar ahí y enfrentarse a él, tenía que ser con algún objeto contundente. Aunque Alicia era una chica fuerte y corpulenta, no se podía arriesgar a un enfrentamiento cuerpo a cuerpo. Sabía que el párroco estaba armado y, si ella fallaba en el primer golpe y no conseguía derribarlo, él podría sacar la pistola y dispararle, o terminar amordazada, como Macarena y Lorenzo. Nadie vendría a ayudarlos entonces. Nadie sabía que estaban allí. El equipo de Lorenzo volaba en un avión hacia Argentina. Estaban solos y no había tiempo. Alicia miró a su alrededor, allí no había nada, excepto ella, con un chaleco antibalas que le quedaba grande y cagada de miedo. Entonces desvió la mirada otra vez hacia la puerta y se le ocurrió una idea. Metió la mano en el bolsillo y sacó su navaja multiusos, aquella que siempre llevaba encima y que le había sacado de muchos apuros a lo largo de los años. La acercó a la puerta para aprovecharse de la luz que salía del cuarto y desplegó el minidestornillador de estrella que llevaba incorporado entre todas sus funciones. *A priori,* la idea era sencilla: desatornillar los tornillos de las bisagras de la puerta y empujarla con fuerza para que cayera encima del párroco golpeándole, en el mejor de los casos, en la cabeza. En la mente de Alicia, el golpe sería tan contundente que el párroco caería al suelo inconsciente. Aunque eso era solo uno de los posibles desenlaces. El plan tenía lagunas, sí, pero al menos era un plan, y no había tiempo para seguir pensando.

El primer tornillo cayó al suelo con suavidad. Alicia miró hacia arriba, eran tres bisagras, con tres tornillos cada una, así que le quedaban ocho tornillos, debía darse prisa. Los seis primeros salieron relativamente bien. No era como quitarlos con una atornilladora eléctrica de las que usaban en el taller, pero por suerte no estaban demasiado apretados y, aunque con cierta dificultad debido a la precaria herramienta, había conseguido sacarlos. Solo le quedaba la última bisagra, la de arriba del todo. Arrastrando la espalda por la pared para no ser vista, se puso de pie y comenzó a desatornillar el primer tornillo. La puerta, sin la sujeción de las dos bisagras inferiores, se mantenía sujeta tan solo por esta última, lo que ejercía una presión extra sobre los tornillos, endureciéndolos de tal forma que Alicia tuvo que realizar grandes esfuerzos con la muñeca para sacar el primero. Y aún le quedaban los dos últimos. Se giró unos segundos para descansar la mano, con la otra se masajeó la muñeca y enseguida se lanzó a por el penúltimo tornillo.

En el interior del cuarto Macarena seguía sentada en el suelo, inconsciente. La humedad traspasó sus pantalones y comenzó a empapar su ropa interior. Eso empezó a incomodarla tanto que, cuando notó el frío en sus partes, despertó.

Al principio no sabía dónde estaba. Por un momento se desorientó y comenzó a gritar y a realizar movimientos espasmódicos para intentar liberarse.

—¡Vaya! —exclamó el párroco—. Veo que la chica le ha salido un poco inquieta, señor inspector. Comprenda que no puedo permitir que nos estropee nuestro encuentro. Esto iba a ser una reunión privada entre usted y yo, y la verdad, con una chica gritando y retorciéndose como una bestia, no consigo concentrarme. Así que entienda que tengo que hacer algo al respecto, aunque, por respeto a usted y para ser coherente con la historia que le acabo de contar, no derramaremos más sangre. Recurriré a otro de mis clásicos favoritos: la asfixia.

La expresión y la mirada del párroco cambiaron de repente. Lorenzo lo percibió entre la escasa visibilidad de su vista borrosa. Algo iba mal. Cuando quiso ser consciente de la situación, el párroco ya se encontraba detrás de Macarena y le apretaba el cuello con fuerza. La imagen de aquel hombre encima de su hija ahorcándola le perturbó de tal forma que le nubló el juicio. Estaba ahogando a su hija, a su niña, delante de sus propios ojos y sin poder hacer nada para evitarlo. Su niña, que tanto sufrió con la pérdida de su madre, que había conseguido reponerse y convertirse en una mujer fuerte y decidida a comerse el mundo, con toda la vida por delante, se quedaba ahora sin aliento y sus labios amoratados suplicaban ayuda mientras se quedaba sin aire en los pulmones. Indefensa y ya sin fuerzas para continuar luchando, se desmayó rendida.

Algo se rompió en el interior de Lorenzo. Aulló de rabia y de dolor mientras apretaba con todas sus fuerzas la brida que le mantenía las manos atadas por detrás de la espalda. Gritó, rugió enfurecido, como una bestia enjaulada, la brida le estaba cortando la circulación, apenas sentía las manos, pero siguió apretando, notando cómo aquella pequeña correa de plástico se le clavaba en la piel, provocando unos grandes surcos a su paso. Nada de eso le importaba, nada le iba a detener, se arrancaría las manos si fuera necesario. De repente, la puerta cayó con fuerza sobre la cabeza del párroco, que continuaba agachado apretando el cuello de Macarena. El golpe lo desestabilizó y cayó de espaldas. En ese preciso instante la brida de Lorenzo se partió y Lorenzo se incorporó hacia delante como un resorte, metió la mano derecha en sus partes en busca de su pequeña pistola, la sacó de un tirón y le pegó un tiro en la cabeza al párroco. Luego otro. Y después otro. Y así, enajenado mentalmente, vació el cargador en el cráneo de aquel hombre que había asfixiado a su hija. ¡Clac, clac, clac! Siguió disparando la pistola incluso con el tambor vacío durante unos eternos segundos, hasta que dejó escurrir el revolver entre sus manos doloridas.

Alicia se lanzó de rodillas al suelo y cortó las bridas de los pies de

Lorenzo y las de Macarena con su pequeña navaja multiusos. Pegó la oreja contra el pecho de Macarena.

—¡Respira! ¡Lorenzo, aún respira! —gritó emocionada.

Lorenzo comenzó a zarandearla con la cara desencajada.

—¡Macarena! ¡Hija, despierta! ¡Vamos! ¡Despierta, por favor!

Macarena comenzó a toser y a dar arcadas. Su padre la abrazó. Le sujetó la cabeza y resopló. No se había sentido tan aliviado en su vida. Ni siquiera era consciente de su estado. La sangre se le escapaba por la herida y no le quedaba mucho tiempo. Pero su cerebro estaba ocupado en otras cosas ahora mismo. Lorenzo solo podía pensar en que había estado a punto de perder a su hija.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Alicia visiblemente asustada y superada por la situación.

Macarena asintió levemente con la cabeza y comenzó a llorar. También estaba asustada. Había faltado muy poco. Se enjugó los ojos y giró la cabeza para mirar a su padre. Le notó pálido y confuso, quiso hablarle, pero justo en ese momento Lorenzo se desplomó hacia atrás, descubriendo debajo de sí un gran charco de sangre.

—¡Joder!, hay que llevarle al hospital, y rápido —dijo Macarena incorporándose como pudo—. Vamos a taponarle la herida y nos lo llevamos.

Alicia cortó una de las mangas de su jersey y la anudó apretando fuerte alrededor de la herida de bala de Lorenzo. Mientras, Macarena sacó fuerzas de flaqueza y consiguió ponerse en pie. Se notaba mareada y le dolía mucho el cuello y la garganta.

—Ayúdame a levantarle —dijo Alicia—. Le cogeremos cada una de un lado pasándonos sus brazos por el cuello y lo subiremos así por las escaleras.

Macarena asintió. Sus movimientos eran lentos, estaba muy aturdida, pero era consciente de que, si no conseguían trasladar a su padre a un hospital pronto, moriría desangrado. Así que intentó concentrarse en la ardua tarea de levantar y arrastrar los ochenta kilos de peso muerto de Lorenzo, y olvidar por un rato que había estado a punto de morir asfixiada. Giró la cabeza, con gran esfuerzo, para mirar a Alicia. Era una chica fuerte, siempre lo había sido. Fuerte y valiente. A Macarena se le erizó el vello, estaba muy orgullosa de tener a Alicia como amiga. Verla allí jugándose la vida a su lado, levantando a su padre moribundo del suelo para salvarle la vida le removió tantos sentimientos por dentro que se sintió abrumada. Las lágrimas comenzaron a correr por su mejilla. Se prometió a sí misma que cuando salieran de esta se lo diría. Le diría cuánto la quiere y lo orgullosa que está de que forme parte de su vida. Merecía saberlo. De repente Alicia la agarró del brazo devolviéndola de forma brusca a la realidad.

—Macarena, ¿estás bien? ¿Crees que podrás levantarlo?

Macarena le aguantó la mirada unos segundos. Se enjugó las lágrimas, se armó de valor, frunció el ceño y apretó los labios para soltar un solemne «por supuesto», con el que quería decir «gracias a ti, Alicia, salvaremos la vida de mi padre».

Con gran esfuerzo consiguieron levantar a Lorenzo y arrastrarle hasta el comienzo de las escaleras. Se disponían a comenzar la subida peldaño a peldaño cuando de repente Lorenzo despertó y comenzó a balbucear.

—No…, no. Los niños… tienen que estar… abajo. Hay que bajar.

Alicia y Macarena se miraron. Lorenzo se soltó de sus hombros y se agarró a la barandilla de la escalera. Tomó aliento y levantó la cabeza para dirigirse a su hija.

—Llama… a una ambulancia. Los niños… tienen que estar aquí…, en alguna parte. Lo presiento…, aquí abajo—dijo señalando el tramo de escalera que descendía hacia un piso inferior.

Estaba muy oscuro y goteaba agua desde los escalones superiores.

—¡Joder, papá! No hay tiempo, te estás desangrando, joder —dijo Macarena quebrándosele la voz.

—Llama a… una ambulancia. Pueden estar heridos, no me voy a ir de aquí sin ellos —balbuceó Lorenzo haciendo caso omiso a su hija.

Macarena sacó el móvil del bolsillo. Llamó al número de emergencias y les facilitó la dirección que ponía en el GPS.

—Vale, joder —dijo Macarena sin saber muy bien qué hacer—. Alicia, quédate aquí con mi padre, voy a bajar, ¿de acuerdo? Necesito que estés pendiente, cuando oigas la ambulancia me das una voz, ¿vale?

—Tranquila, descuida, no te preocupes, yo me ocupo.

—Gracias.

Macarena entró de nuevo en el cuarto para recuperar su pistola. Se había olvidado de ella, en esos momentos solo pensaba en sacar a su padre de allí con vida. De manera inconsciente su mirada se desvió hacia el cuerpo del párroco, que yacía desmadejado en una postura completamente antinatural. Desde su posición, no pudo verle la cabeza, cosa que agradeció, puesto que debía estar destrozada. Se arrodilló evitando mancharse. La sangre de Lorenzo se mezclaba con la del párroco en un escalofriante charco de líquido rojo oscuro que revolvió el estómago de Macarena. Sacó su pistola de debajo de la mesita metálica y salió de allí todo lo rápido que pudo.

La humedad se notaba más intensa a medida que Macarena descendía escalón a escalón. Sus zapatillas emitían un crujido metálico a cada paso. Apenas notaba la mochila que había colgado de sus hombros en todo momento. Todos sus sentidos estaban pendientes de su cuello y garganta, que le dolían de manera endiablada. Su cerebro

todavía no había tenido tiempo de reparar en las lesiones de sus brazos. Sacó la linterna y juntó las manos frente a ella. Con una sujetaba el arma, y con la otra alumbraba el suelo que le tocaba pisar después de haber bajado todas las escaleras. Se detuvo y miró a su alrededor. Las paredes eran de hormigón, estaban sucias y húmedas. Tan solo pudo vislumbrar lo que parecía una puerta al fondo. Se acercó muy despacio dirigiendo el haz de luz a ambos lados continuamente, no quería ser sorprendida de nuevo, sabía que no aguantaría un segundo ataque, se sentía débil y vulnerable. A medida que se iba acercando a la puerta, comprobó que se trataba de un cubículo prefabricado, muy parecido al de arriba, pero significativamente más grande. Apuntó con la linterna hacia la cerradura. Un mal presentimiento le recorrió por dentro. Dos grandes argollas traspasadas por una cadena y un candado la custodiaban.

—Aquí guardan algo —murmuró para sí—. Retrocedió dos pasos y se giró hacia la escalera.

—¡Alicia! —gritó—, ¿me oyes?

—Sí —contestó Alicia desde arriba—. ¿Estás bien?

—Sí, sí, tranquila. ¿Cómo está mi padre?

—Callado, pero consciente, la venda de la herida está dando resultado, de momento.

—Vale, escucha, necesito que me bajes su mochila, por si lleva alguna herramienta, y coge también la barra de uña.

—Voy.

—Lorenzo, voy a bajar con Macarena. ¿Cómo te encuentras? ¿Puedes quedarte solo un momento?

—Estoy mareado, pero aguanto. De momento, aguanto —dijo con un hilo de voz casi imperceptible.

—Vale, la ambulancia tiene que estar a punto de llegar, no te duermas, por favor, será solo un momento —dijo Alicia con un cierto temblor en la voz.

En cuanto Alicia se perdió escaleras abajo, Lorenzo se sentó en el último escalón. Sabía que no debía y que era realmente peligroso, pero aun así lo hizo. Apoyó la cabeza contra la pared y cerró los ojos.

Macarena pidió a Alicia que sujetara la linterna. Rebuscó en la mochila de su padre en busca de una cizalla o algo así para cortar el candado. Nada. Solo disponía de la barra de uña, un paquete de bridas y la pistola. En las películas había visto multitud de veces abrir un candado o una puerta de un tiro, pero en realidad ella sabía que disparar a un candado a quemarropa era una necedad, primero, porque, si la pistola es de un calibre pequeño (como era el caso), el candado puede aguantar el disparo y, segundo, porque lo más seguro es que la bala rebotase, y ya tenían bastantes heridos de bala por hoy.

—Déjame la barra —dijo Macarena.

Intentó meterla en el arco del candado para apalancarlo, pero no cabía. La metió entre medias de la cadena e hizo fuerza para intentar partirla. Nada. Imposible. La cadena era demasiado gorda. La retorció una y otra vez de diferentes maneras. Nada. Quiso doblar las argollas que la mantenían sujeta a la puerta. Nada. No había forma.

—¿Me dejas probar a mí una cosa? —dijo Alicia de pronto—. En estos casos funciona mejor la maña que la fuerza. Conozco una técnica. Hay que ser muy minuciosa y delicada, y tener un poco de paciencia, pero siempre funciona. Hay que tratarlo con cariño, es como pedirle por favor que se abra, ¿sabes? Con mucho tacto y mano izquierda.

Alicia le quitó a Macarena la barra de uña con delicadeza. Se la cambió por la linterna y le dijo que alumbrara el candado, que necesitaba verlo bien para que el truco saliera mejor. De repente, con la barra sujeta con ambas manos, Alicia propinó un golpe al candado con tal fuerza que el cuerpo salió disparado, dejando nada más que la u colgando de la cadena. Macarena la miró estupefacta.

—Ya veo, es una técnica muy precisa y sutil, sí. ¿Quién te la ha enseñado? ¿Un asno?

—¡Ja, ja, ja! No, pero… ¿has visto qué bien funciona? Es una maravilla, no hay nada que no arregle una buena hostia a tiempo.

—¡Madre mía! —dijo Macarena llevándose la mano a la frente—. Toma la linterna y échate a un lado, pero no dejes de alumbrar la puerta. Voy a entrar con la pistola, no sabemos qué nos vamos a encontrar ahí dentro.

Macarena retiró la cadena con suavidad y la dejó en el suelo. La puerta tenía un picaporte oxidado. Lo agarró con una mano, mientras que con la otra sostenía el arma. Muy despacio presionó hacia abajo hasta que la puerta emitió un leve crujido, ¡clac! La puerta se abrió. Un fuerte olor a humanidad golpeó con fuerza la pituitaria de Macarena. Al principio no distinguió ningún aroma en concreto, pero después de un par de segundos pudo identificar el inconfundible olor a orina corrompida. Arrugó la nariz y se llevó la mano a la cara para intentar taparse las vías respiratorias. Lentamente, con el hombro, empujó la puerta hacia dentro. Giró la cabeza para mirar a Alicia e indicarle que dirigiera la linterna hacia el interior. Macarena levantó la pistola a la altura de su pecho y apuntó al frente. En un rincón, amparados por la oscuridad, unos niños (de origen marroquí, según pudo distinguir Macarena), se tapaban los ojos cegados por el haz de luz de la linterna. Macarena le hizo un gesto a Alicia para que apuntara al suelo.

—¡Dios mío! —murmuró. Los niños la observaban con desconfianza —. Hola, me llamo Macarena, soy policía, no voy a haceros daño. Vengo a sacaros de aquí. ¿Me entendéis? ¿Alguien me entiende?

—Yo, yo te entiendo. Ellos no entienden ni una palabra —dijo con cierto tono de resignación.

La voz surgió del rincón contrario. Era una voz femenina, de una niña. Alicia apuntó con la linterna hacia allí procurando no deslumbrarla. La niña estaba sentada en el suelo, hecha un ovillo, con los brazos apretando las rodillas contra su pecho. Tenía el pelo corto, de un color rojizo, y lo tenía enmarañado y sucio. Vestía un pantalón de chándal azul que le estaba grande y una camiseta de algodón negra también dos o tres tallas mayor de la que le correspondía. Iba descalza. Aunque se tapaba la cara con las manos, Macarena pudo vislumbrar las numerosas pecas que poblaban sus mejillas.

—¿Noelia? —preguntó casi en un murmullo.

La niña no contestó. Se limitó a frotarse los ojos y volvió a taparse la cara con las manos.

—¿Eres Noelia? ¿te llamas así? —intentó de nuevo Macarena.

—No —murmuró la niña—, me llamo Johana.

Macarena la miró extrañada. Estaba casi segura de que era la misma niña que vio en el vídeo en la sala de visionado. Se acercó un poco y quiso levantarle el brazo izquierdo, pero la niña dio un respingo en cuanto notó el contacto y se revolvió.

—¡No me toques! —gritó.

De repente se mostró histérica. Macarena retrocedió y volvió la cabeza hacia Alicia, que observaba la escena con detenimiento. Esta apretó los labios y se encogió de hombros. Después asintió levemente en señal de entendimiento. También estaba segura de que era ella y su comportamiento solo era el reflejo del sufrimiento por el cual la habían hecho pasar. Devolvió una mirada de complicidad a Macarena y la instó con el mentón a que lo intentara de nuevo.

—Lo… lo siento, Johana. No quería asustarte, venimos a sacaros de aquí, no te pasará nada, te lo prometo. Solo tienes que hacerme un favor: ¿me enseñas tu brazo izquierdo? Solo quiero saber si eres la niña que unos padres llevan años buscando y, si es así, te llevaré con ellos —dijo Macarena.

—No, me llamo Johana y no tengo familia —dijo la niña de manera tajante.

—Por favor, solo déjame que te vea el brazo y te dejaré en paz.

La niña comenzó a llorar. Dudaba. Estaba asustada y parecía confundida. Introdujo la cabeza entre sus rodillas y empezó a balancearse hacia delante y hacia atrás a medida que el llanto y la congoja iban en aumento. Macarena se decidió a probar de nuevo. Se acercó muy despacio y la abrazó. Esta vez la niña se mantuvo inmóvil, y Macarena notó cómo su cuerpo se relajaba a medida que ella apretaba un poco más su cuerpo contra el suyo. Solo era una niña, solo una pequeña niña a la que le habían robado su infancia. Acto

seguido, Johana sacó los brazos de sus piernas y rodeó el cuello de Macarena. Ella también estaba emocionada y terriblemente abatida de pensar en la injusta vida que les había tocado vivir a aquellos niños. No lo merecían. Con mucha suavidad, levantó el brazo izquierdo de la niña. Ahí estaba, la misma marca de nacimiento en forma de judía que había visto en el vídeo y en la foto. «¡Claro! La foto», pensó. Había visto la vieja foto arrugada que tenía su padre en la mochila mientras buscaba una herramienta para abrir el candado. Puso sus manos sobre las mejillas de la niña y le levantó la cabeza para mirarla a los ojos.

—No, cariño, no te llamas Johana, te llamas Noelia y tienes unos padres y un hermano. No sé qué te han hecho, pero, créeme, tienes una familia que te está buscando —dijo con el tono de voz más dulce que supo poner.

La niña la miró desconcertada. Los recuerdos en su cabeza se mostraban borrosos, entrecortados, como si fueran retales de sueños o de imágenes que hubiera visto en otra vida. Algo en su cabeza no marchaba bien. Lo sabía. Había algo que le impedía recordar. No podía explicarlo, pero lo cierto era que hasta ahora no había sido un problema. Prefería olvidar los acontecimientos que le sucedían a ella y a los niños de su entorno. Le aliviaba esa facilidad para olvidar el sufrimiento, el dolor, el asco… Pero, cuando intentaba recordar algo de su vida anterior, su cerebro se desconectaba. No sabía cómo había llegado hasta allí ni qué había hecho para estar encerrada junto con aquellos niños que corrían su misma suerte ¿Cuánto tiempo llevarían encerrados? Había perdido la noción del tiempo y todo aprecio por la vida.

Macarena metió la mano en la mochila de su padre y cogió la foto. Se acercó de nuevo a Noelia y se la mostró.

—Mira. Esta eres tú con tu hermano, Sergio. ¿Lo recuerdas? ¿Sabes dónde está?

Noelia miró la foto con detenimiento. Negó. Se enjugó los ojos con ambas manos. Clavó la mirada en la imagen hasta que su cerebro estableció algunas conexiones. Estaba haciendo un esfuerzo tan grande por recordar que enseguida le empezó a doler la cabeza.

—Pensaba que había sido un sueño… —comenzó a murmurar—. Recuerdo ese vestido, las mariposas, aquel columpio… Recuerdo que me caí y me hice daño. Eso lo recuerdo, pero no recuerdo al niño, no sé —dijo con los ojos empapados en llanto.

De repente, Alicia, que había subido a comprobar el estado de Lorenzo a instancia de Macarena, bajó las escaleras de dos en dos y con el rostro pálido.

—¡Macarena, hay que irse! ¡Tu padre tiene el pulso muy débil y no consigo despertarle! —exclamó.

Macarena se incorporó rápidamente. Miró a los ojos de aquellos

niños asustados y sintió cierto alivio. Los habían encontrado, y ese sádico yacía con la cabeza reventada en el piso de arriba. Ya nunca volvería a hacer daño a ningún niño. Ella, por su parte, tendría que dar muchas explicaciones a sus superiores, sí, pero se sentía aliviada. Ahora la prioridad era la vida de su padre. Tenía que recibir ayuda médica de inmediato. Él había decidido quedarse y buscar a los niños. Él los había encontrado. Se estaba jugando la vida por salvarlos. Ahora no podían dejarlos allí. Macarena debía tomar una decisión. O esperaban unos minutos más a que llegara la ambulancia, o se llevaban a su padre al hospital y dejaban allí a los niños solos de nuevo hasta que llegara la ayuda.

Afortunadamente, la pululación incesante de una sirena comenzó a escucharse en la lejanía, sacando a Macarena de aquella disyuntiva.

EPÍLOGO

Tres días después, Hospital Universitario 12 de Octubre, Madrid

Lorenzo comenzó a notar una especie de masa blanda y caliente sobre su cara. Además, estaba húmeda y olía raro. Abrió los ojos sobresaltado. Cuando su vista se centró, pudo distinguir el hocico de Budy a escasos centímetros de su rostro.

—Pero ¿¡qué coño…!? ¿Cómo has llegado hasta aquí? —exclamó sorprendido mientras abrazaba al perro.

—Hombreee, ya está bien que despiertes, bella durmiente —dijo una voz desde el quicio de la puerta de la habitación—. Llevamos una hora aquí esperando.

Lorenzo consiguió quitarse a Budy de encima y le ordenó que se bajara de la cama.

—¡Coño, Andrés! ¿Ya habéis vuelto de Argentina? ¿Qué tal por allí?

—Volvimos anoche. ¿Sabes? Resultó que el club La Ponderosa existía de verdad.

—¿Sí? ¿Llegasteis a entrar?

—¿Que si entramos? Vaya que si entramos… Ahora te cuento, pero, dime, ¿tú qué tal estás?

—Bueno, he estado mejor desde luego. Casi la palmo. Llegué al hospital desangrado e inconsciente. Ese hijo de puta casi acaba conmigo… y con Macarena. —Lorenzo hizo un silencio dramático al recordarlo—, pero afortunadamente no fue así y aquí estoy, deseando que me den el alta. ¿Cómo que te has traído a Budy? ¿Te han dejado meter a un perro en el hospital? —preguntó Lorenzo extrañado.

—Bueno, he tenido que mover algunos hilos y utilizar algún contacto que otro, pero es que quería darte una sorpresa. De hecho, te traigo dos sorpresas.

—Ya sabes que no me gustan las sorpresas.

—Estas te van a gustar, ya verás. ¿Cómo está Macarena? Hablé ayer con ella por WhatsApp.

—Está bien, menos mal. Si le llega a pasar algo… No quiero ni pensarlo. Ha estado aquí esta mañana. Me trae arroz con leche de la tienda de Elena sin que se enteren los médicos —dijo esbozando una sonrisa forzada—. He estado a punto de perderla, Andrés. —Se le quebró la voz al decirlo y los ojos se le humedecieron—. Fue horrible. Vi cómo se le apagaba la mirada, ¿sabes? Se estaba muriendo delante de mis ojos, y yo no podía hacer nada para evitarlo. Alicia, su amiga y casi mi segunda hija, como yo digo, tiró la puerta encima del párroco en el momento justo. Unos segundos más apretando el cuello de

Macarena y yo no sé… Me gustaría que ese hijo de puta resucitara para volverlo a matar. Una y otra vez. Una sola muerte no me parece suficiente. Debería morir cien veces más por lo que ha hecho con los niños.

Collado asintió bajando la mirada y apretando los labios. Pensó en decir algo al respecto, pero decidió que era suficiente. El daño ya estaba hecho y no se podía volver atrás.

—Hablé con el fiscal. Del juicio no te libras, pero será fácil demostrar que lo mataste en defensa propia —dijo Andrés.

—Si te digo la verdad, eso no me preocupa ahora, Andrés, lo que me preocupa son los niños y Noelia. ¿Sabes si hay alguna novedad?

—Están todos bien. Estabilizados. Algunos venían bastante desnutridos, pero nada grave. Todos presentan lesiones por haber sido forzados. Físicamente se recuperarán pronto, psicológicamente les llevará más tiempo. No puedo ni imaginarme por el calvario que han tenido que pasar. Los médicos han encontrado restos en la sangre de un fármaco experimental que al parecer les provocaba pérdidas de memoria. Tienen que investigarlo, pero saben que de alguna manera este tipo de fármacos impide al cerebro recordar, es como si anulara algo en su mente. Algunos recuerdan que les pinchaba a veces un hombre que se hacía llamar el médico. Ya nos hemos puesto con ello, estamos investigando para descubrir de quién se trata.

—¡Joder, el médico! Costel lo nombró y yo pensé que era el párroco, pero él lo negó. Tenéis que dar con él como sea, ese hijo de puta tiene que ser el cabecilla o algo así. —Lorenzo se quedó pensativo unos segundos—. ¿Qué habrá sido de Sergio? ¿Qué harían con ese niño tan pequeño? —Lorenzo dejó la pregunta flotando en el aire. Collado se mantuvo callado. Un incómodo silencio inundó la habitación de hospital hasta que Lorenzo decidió romperlo—: ¿Y dónde tienen a los niños? ¿Ya los han subido a planta? Yo estoy aquí aislado, nadie me dice nada —dijo dando un manotazo al aire.

—Sí. Están en esta misma planta, al final del pasillo, en tres habitaciones, bajo vigilancia. ¿Y a que no sabes quién está llorando como una nenaza en la habitación de al lado?

—Pues no —contestó Lorenzo contrariado por tanta sorpresita y tanto misterio.

—El señor mister Calma, que, en vez de traerse un imán para la nevera, de Buenos Aires, como hace todo el mundo, decidió traerse un balazo en el hombro. Estuvo más cerca que tú de palmarla, perdió mucha sangre.

—Pero… ¿no me jodas? ¿Qué pasó? ¿Hubo un tiroteo o qué?

—Nos prepararon una encerrona de puta madre. —Andrés se sentó en la silla auxiliar. Lorenzo supo interpretar el gesto y se acomodó en su cama, se avecinaba una larga explicación de los acontecimientos

sucedidos en la misión de Argentina. Budy, por su parte, soltó un largo suspiro y se tumbó en el suelo—. Resulta que cuando llegamos allí dos agentes de la Bonaerense, como llaman a la Policía de Buenos Aires, nos estaban esperando para llevarnos a ver al comisario general, Mateo Sánchez Romero, al centro de coordinación de la comisaría central, al norte de la ciudad de La Plata. Cuando nos dirigíamos al punto de encuentro de la terminal de llegadas, Paco me agarró del brazo para que aminorara el paso y me susurró al oído: «No hagas ningún movimiento extraño, nos vigilan». «¿Sí? ¿Qué has visto?», le pregunté yo, que no me había dado cuenta. «Hay dos tipos, nos siguen desde que hemos bajado del avión, estaban sentados en los bancos que había pegados a las cintas de las maletas», me dijo. Inmediatamente me adelanté para alcanzar a Claudia y le dije que intentara fotografiarlos con su cámara para averiguar quiénes eran. Se trataba de dos agentes del servicio secreto de la Policía de Buenos Aires. Eso ya nos dio mala espina y nos puso sobre aviso. Algo no marchaba bien desde el principio. No entendíamos por qué habían decidido ponernos vigilancia. En un primer momento pensamos que sería quizá por nuestra seguridad, pero después comprobamos que era más bien por lo contrario. Bueno, el caso es que los dos agentes de la Bonaerense que nos habían asignado nos llevaron en dos coches hasta La Plata. Una hora y media de trayecto que, después de las trece horas de avión y con el hambre que teníamos, llegamos allí con unas ganas de aguantar la charla del comisario que te puedes hacer una idea.

»El tío entró en la sala con paso firme y enérgico, como si fuera un robot. Era un hombre mayor, pero parecía tener cojones para joder al más joven y aguerrido agente que se le pusiera por delante. A mí me recordó enseguida a Clint Eastwood en la película *Gran Torino*. ¿Has visto esa película? —Lorenzo negó con la cabeza—. Bueno, pues la tienes que ver, es buenísima. El tipo nos metió una chapa de tres cuartos de hora. Se había empollado al detalle nuestros historiales y el informe de la misión. Lo primero que nos soltó el tío es que estaba en "total desacuerdo" en que realizáramos la misión. Dijo que no éramos bien recibidos y que había intentado por todos los medios cancelarla, pero que no pudo, muy a su pesar, porque las órdenes venían de muy arriba. Se le notaba jodido al cabrón por no poder echarnos de su ciudad. Nos iba a permitir hacer el trabajo, pero bajo sus normas, como si aquello fuera el antiguo Oeste americano y él fuera el puto *sheriff*. Nos prohibió las armas, los chalecos, las esposas… Decía que no quería un tiroteo en su ciudad, y mucho menos bajo su mando. Por lo visto llevaban unos años controlando aquel club y algunos otros como ese en la ciudad. Tenían una operación en marcha. Sabían que en esos clubs operaban distintas mafias, pero les permitían seguir con sus actividades, dentro de ciertos límites, para intentar cazar a los

cabecillas y desarticular la organización. Sus palabras sonaban convincentes, pero poco creíbles. Parecía más un intento de asustarnos que otra cosa. Su plan consistía en que sus dos agentes nos trasladaran escoltados al barrio de Monserrat, donde estaba el hotel, muy cerca del club; después, por la noche, debíamos entrar sin levantar sospechas ni hacer ruido, localizar a la niña, si es que estaba allí, y salir pacíficamente. Nos proporcionó un número de teléfono que dijo ser el suyo personal para que le llamáramos en cuanto estuviéramos fuera. Después ellos se ocuparían de todo lo demás, nosotros tendríamos que irnos entonces al hotel a dormir y por la mañana subirnos al avión y vuelta a Madrid. Por supuesto nos comprometimos a acatar las órdenes, cualquier cosa con tal de salir de aquella charla interminable, pero no teníamos intención alguna de hacerlo. Eso hubiera sido un suicidio. Meternos allí sin armas, ni chalecos… Olía a encerrona, y efectivamente lo era.

»Ya en el hotel, nos reunimos todos en mi habitación. Según el plan inicial, como sabes, nuestro vuelo salía al día siguiente a las siete de la mañana. Teníamos contratados ya un par de taxis que nos llevarían hasta el aeropuerto a las cinco de la mañana, ¿recuerdas? —Lorenzo asintió en silencio—. Bueno, pues lo anulé todo. Aquello me daba muy mal rollo. Encargué a Claudia y a Nano que alquilaran un coche, el más grande y potente que encontraran, y que se pudiera entregar en el aeropuerto. Consultaron en las empresas de alquiler de la zona. Aparecieron dos horas después con una furgoneta Mercedes V300 de ocho plazas, automática, de 250 CV. Vamos, justo lo que necesitábamos. Si encontrábamos a la niña y teníamos que salir de allí echando hostias, era el vehículo perfecto. A eso de las once de la noche nos presentamos en el club. Quedamos impresionados por aquel edificio. Tardamos unos quince minutos en llegar desde el hotel. Estaba a las afueras del barrio de Monserrat, en un enorme descampado que ejercía la función de *parking* para los coches. Estaba hasta arriba. Nos costó encontrar sitio para la furgoneta, tuvimos que irnos al final del descampado. Por fuera el club se veía antiguo. El ladrillo visto de la fachada estaba desgastado y descolorido, pero la iluminación tenía que ser reciente, porque habían sustituido los clásicos neones por un montón de tiras de led. En la cubierta había un enorme rótulo con el nombre del club que cambiaba de color cada cierto tiempo. Yo no sé la cantidad de gente que habría allí metida, pero era impresionante.

»Mientras nos preparábamos en la furgoneta, seguían aparcando coches en el descampado. Aquello podría ser un arma de doble filo: por un lado, estaba bien que estuviera lleno porque nos facilitaría el pasar desapercibidos, pero, si había problemas, podría haber heridos. Escondimos el chaleco y las armas debajo de la ropa. El plan era

entrar por separado, para llamar la atención lo menos posible, y fingir que estábamos borrachos, como el resto del personal que hacía cola en la puerta. Claudia y Nano se quedaron en la furgoneta a la espera. Los primeros en entrar fueron Paco y David, que se situaron al fondo, cerca de un escenario donde había dos chicas desnudas bailando y haciendo ejercicios en una barra americana. Seve y yo nos mezclamos entre la gente hasta que conseguimos un hueco en la barra. Desde allí controlaríamos a los camareros y hablaríamos con las chicas para ver si alguna nos decía algo. Estuvimos dudando si llevar la radio o no, por si se veían mucho los pinganillos, pero al final decidimos que sí, que no podíamos estar incomunicados. Paco fue el primero en usarlo. Se había separado de David y deambulaba por la sala de un lado para otro. Nos dijo que había localizado a dos seguratas de paisano y que le estaban vigilando, o sea, que nos conocían y sabían que estábamos allí. Mal asunto. El hijo de puta del comisario de la Bonaerense les debió filtrar nuestros expedientes y les dio el soplo de que iríamos esa noche. Todavía no entiendo del todo qué asunto se traían entre manos, pero lo que sí te puedo asegurar es que la Policía de Buenos Aires está de mierda hasta el cuello. Las chicas también debían estar sobre aviso, porque no se nos acercaba ninguna. Las observé bien a todas una por una. Ninguna se parecía a Noelia. De todas maneras, al ser menor, no esperábamos que la tuvieran paseando por el local. Como ya hablamos tú y yo en su día, lo más probable es que la tuvieran escondida para clientes VIP, ya sabes. —Lorenzo apretó los labios y meneó la cabeza—. Después de más de media hora observando cómo se movían los de seguridad, cuántas salidas de emergencia había y dónde estaban situadas, decidí pasar al plan B. Me fijé en una de las chicas. La estudié con detenimiento y enseguida me di cuenta de que no era una prostituta más. Ella tenía que llevar algún tiempo en el club. Andaba con seguridad, se movía con soltura de un lado para otro dando instrucciones a las chicas. Actuaba como si fuera una especie de encargada o algo así. Avisé a los chicos y me fui a por ella.

»Cuando subimos a la habitación y le dije que no quería tener sexo con ella, se puso hecha una fiera. Como habíamos imaginado, estaban sobre aviso, pero entre tanta gente se despistó y subió conmigo pensando que era un cliente cualquiera. De alguna manera, supongo que con algún botón antipánico o algo así, avisó a los de seguridad y en menos de un minuto tenía a uno de los gorilas apretándome el cuello y sacándome a rastras de la habitación. Cuando me tuvo fuera, me tiró al suelo y me puso la rodilla en la nuca. Me gritaba algo en su idioma, creo que era ruso o algo así, hasta que de pronto la presión en el cuello desapareció y el tipo cayó desplomado a mi lado. Noté cómo una mano me agarraba del sobaco y me levantaba del suelo. Era

David. Paco se había percatado de la reacción de uno de los seguratas y le había ordenado seguirle. Le metió tal codazo en el cráneo que el tío se desmayó al instante. Ahí empezó realmente la fiesta. Otro gorila apareció por la escalera. En cuanto vio a su compañero desparramado en el suelo, se encaminó hacia nosotros como un búfalo. David contuvo el primer puñetazo, que iba directo a su mandíbula, pero recibió el siguiente en toda la nariz, se tambaleó, comenzó a sangrar. El tipo era enorme, yo sabía que, si me enfrentaba a él, no tenía ninguna oportunidad, así que, mientras David se reponía del fuerte impacto e intentaba esquivar el siguiente, yo me escabullí a gatas hasta mitad del pasillo, agarré un extintor que felizmente se hallaba colgado en la pared y le metí con él en toda la cabeza. El gigante cayó inconsciente encima de su compañero, que ni se inmutó ante los más de cien kilos que se le vinieron encima. La misión ya se nos había ido de las manos completamente. El factor sorpresa se había esfumado desde el principio y ahora la baza de la discreción y la premisa de pasar desapercibidos estaban completamente descartadas. Aun así, habíamos venido desde España para buscar a una niña y no nos íbamos a ir de allí sin hacerlo. Si Noelia estaba allí, nos la llevaríamos, aunque para ello tuviéramos que recurrir a las armas.

»David se puso a abrir puertas por un lado del pasillo y yo por el otro. Entrábamos a bocajarro en las habitaciones para observar de cerca la cara de las chicas. Algunos de los clientes salían corriendo en pelotas por el pasillo, otros se encaraban, otros ni siquiera se inmutaban. Había de todo, pero lo cierto es que se empezó a organizar un buen follón. Seve y Paco comenzaron a hablar por la radio: “No sé qué coño estáis haciendo ahí arriba, pero aquí se está montando un revuelo de la hostia, tenemos que salir de aquí cuanto antes”. David y yo nos miramos y aceleramos el paso. Abrimos todas las puertas de la primera planta y subimos corriendo por las escaleras a la segunda. En la primera habitación que entré me fijé en que las escaleras de emergencia que había en la fachada trasera pasaban muy cerca de la ventana. Lo dije por radio: “Paco y Seve, largaos echando hostias y venid a buscarnos por la parte trasera con la furgoneta. Nosotros vamos a saltar por una de las ventanas, ¿entendido?”. Seguimos abriendo puertas hasta el final del pasillo. Noelia no estaba y las ruidosas pisadas de unos cuantos tipos presumiblemente grandes se escuchaban cada vez más cerca. En el preciso instante en que tres gorilas armados encaraban el pasillo, David y yo saltábamos por la ventana de la primera habitación. Los seguratas pasaron de largo hacia el final del pasillo, abriendo todas las puertas violentamente. Nos dio tiempo a bajar por la escalera de incendios hasta el suelo antes de que se dieran cuenta de que no estábamos en ninguna habitación.

»Claudia y Nano, que estaban atentos a la radio, ya tenían la furgoneta en la parte trasera con el motor en marcha. De repente aparecieron en escena Paco y Seve por la esquina contraria a la que estábamos nosotros. Corrían hacia la furgoneta cuando se escucharon tres disparos. Paco trastabilló y cayó al suelo. Seve le levantó como pudo y casi le arrastró al interior de la furgoneta, que salió derrapando hacia el aparcamiento. Nosotros nos quedamos muy quietos, con la espalda pegada a la pared. Los gorilas que habían disparado todavía no nos habían visto, o eso creíamos. En ese momento Nano habló por la radio: "Inspector, ¿estáis bien? Paco está herido, tenemos que salir de aquí cagando leches". Yo le contesté que estábamos debajo de la escalera de emergencia, que correríamos entre los coches hasta la carretera, que nos esperaran allí. Aguantamos un minuto más camuflados, con la espalda pegada a la pared. Para esquivar la escalera y correr hasta los primeros coches, había que exponerse demasiado, pero no había otra opción. O corríamos ya, o bajarían a buscarnos. Di el primer paso para rodear la escalera y un disparo me rozó la oreja. Sentí el bufido de la bala en el oído y el impacto contra la escalera metálica me dejó sordo durante unos segundos. Volví a pegar la espalda a la pared junto con David, que todavía no se había movido. Alguien nos vigilaba desde una de las ventanas. Estábamos atrapados.

»Las ventanas de la planta baja nos quedaban por encima de la cabeza. Miré hacia la izquierda y vi que había unos cubos de basura a unos veinte metros de nuestra posición. Miré a David, que asintió adivinando mis intenciones, la única manera de salir de allí era volver a entrar. Sin separar la espalda de la pared, nos movimos dando grandes zancadas laterales hasta los cubos. Nos subimos encima, saqué la pistola y rompí el cristal de la ventana con la culata. En la habitación no había nadie. Abrimos la puerta y corrimos por el pasillo hacia las escaleras. Nuestra intención era mezclarnos con la gente de la sala y confundir a los seguratas. Después intentaríamos huir por alguna de las puertas de emergencia, pero uno de los gorilas nos localizó en cuanto abrimos la puerta para acceder a la sala. El hijo de puta parecía que nos estaba esperando. David, en un acto reflejo, le lanzó un puñetazo directo a la cara, pero falló, el tipo lo esquivó, aunque lo que no pudo evitar es que el empeine de mi bota derecha impactara de lleno contra sus genitales. Eso le mandó a la lona en una lucha desesperada por encontrar oxígeno. Otro segurata se percató de la situación y enfiló hacia nosotros. Este sí era un pedazo de animal, Lorenzo. Si no llegamos a reaccionar, nos hubiera reducido la cabeza a los dos con una sola mano. Agarré del cuello al tipo que todavía andaba buscándose los testículos y le puse la pistola en la cabeza. Grité con todas mis fuerzas al otro bestia que venía hacia nosotros que

se detuviera o le volaba la cabeza a su amigo delante de todo el mundo. El gorila no se detuvo. No me creyó. Así que levanté la pistola y pegué dos tiros hacia la barra. En un momento se organizó un desastre de botellas rotas, cristales y líquido derramándose por todos lados que provocó que la gente comenzara a gritar y a correr como pollos sin cabeza por todo el local. El tipo ahora sí se detuvo. Los camareros se tiraron al suelo y alguien apagó la música. Con la ayuda de David conseguí levantar al de la patada en los huevos del suelo. Mientras yo le arrastraba hacia la salida encañonándole en la sien, David apuntaba con su arma a todo el que amagaba con hacerse el héroe. La mayoría de los clientes estaban tirados por el suelo. Las chicas se escondieron detrás de las columnas y los sillones, los seguratas que quedaban, tres en total, nos apuntaban con sus armas. Uno de ellos comenzó a avanzar hacia nosotros muy despacio. David le gritó que se detuviera. El tipo no lo hizo, y siguió avanzando. Me miró buscando aprobación, yo me encogí de hombros y apreté los labios. Inmediatamente, David, que ya sabes que no suele fallar, le pegó un tiro en la pierna. Los demás seguratas se tensaron al máximo, pero no se movieron. El tío cayó al suelo, yo apreté más el cuello de mi rehén y le dirigí con fuerza a la salida principal, sin dejar de apuntarle a la cabeza. Conseguimos salir. En cuanto estuvimos fuera sacamos las esposas, amarramos al tipo a las barras verticales que adornaban la puerta, impidiendo así que pudieran abrir y que el tío pudiera levantarse. Entonces corrimos hasta la carretera y nos montamos en la furgoneta de un salto.

»Claudia pisó el acelerador a fondo, haciendo chirriar los neumáticos contra el asfalto. Allí dentro, en la parte trasera, la situación era dantesca. Paco aullaba de dolor y había sangre por todas partes. La bala le había atravesado el hombro. Tenía dos orificios por los cuales salía sangre a borbotones. ¡Madre mía cómo gritaba mister Calma! No estaba nada calmado que digamos. —Andrés hizo sonreír a Lorenzo levemente—. Mientras Claudia conducía a toda velocidad por las calles de Buenos Aires, nosotros intentábamos taponarle la herida, pero era imposible. Los cortes de prendas que le poníamos encima se empapaban de sangre en cuestión de segundos. Se nos pasó por la cabeza ir a un hospital, pero no nos fiábamos de nadie en esos momentos y Paco no paraba de gritar que no quería quedarse allí, que le lleváramos para casa. Comenzó a perder la consciencia y a decir cosas sin sentido. Entonces fue cuando saqué el teléfono y llamé a Beltrán. Claudia ya había cogido la autopista en dirección al aeropuerto. Nano conectó mi teléfono al manos libres de la furgoneta y el teléfono de Beltrán comenzó a dar señal. No lo cogió a la primera, estaba durmiendo. Si allí eran las doce de la noche, en España eran las cinco de la mañana. Nada más descolgar comencé a gritarle:

“Comisario, tenemos al inspector Hidalgo herido, necesitamos adelantar el vuelo, vamos camino del aeropuerto. Consiga un avión medicalizado o lo perderemos. Está perdiendo mucha sangre”.

»Ya sabes cómo es Beltrán, al principio se quedó bloqueado unos segundos, después se negó, decía que no era posible, que tendría que hacer más de quince llamadas, que eran las cinco de la mañana, que de dónde iba a sacar él ahora un puto avión medicalizado… En fin, ya sabes, mil problemas. En esto que Paco recuperó la consciencia de pronto y se puso a gritar como un loco: “¡Beltrán, valiente hijo de puta! ¡Como me dejes morir aquí, te juro que te visitaré todas las noches, cabrón! Conseguiré que te vuelvas loco y que tú mismo te metas un tiro en la cabeza. Consigue ese puto avión o te llevaré conmigo a la tumba, ¿me oyes? ¿Me oyes?”.

»Buah, ¡cómo gritaba! De verdad sentía que se estaba muriendo, y no había forma de taponarle las heridas. Beltrán colgó el teléfono. Le volvimos a llamar, pero daba comunicando. Supusimos que estaría realizando esas llamadas y nos centramos en que Paco no se volviera a dormir, pero de repente algo nos golpeó en la parte trasera de la furgoneta. Claudia miró por el retrovisor y vio un Audi negro de alta gama, un coche grande nos daba las largas y parecía estar intentando sacarnos de la carretera. Volvió a embestirnos, esta vez con más fuerza, tanta que Claudia tuvo que luchar con el volante para mantener la furgoneta dentro del carril. Nano se giró hacia atrás y nos gritó: “¡Son los del servicio secreto, los tipos que nos vigilaban en el aeropuerto!”. Miramos hacia atrás y los vimos a través de la luna trasera. Teníamos que deshacernos de ellos como fuera o conseguirían que tuviéramos un accidente. Si eso ocurría, sería el fin para Paco, no sobreviviría, así que agarre a David del brazo y le pregunté: “Tío, ¿crees que serías capaz de reventarles una rueda a esos hijos de puta?”. David no dudó. Enseguida me contestó que sí y sacó su arma de la funda. Claudia seguía esquivando las embestidas del Audi cuando David abrió la ventanilla de su puerta trasera. A esa velocidad, el ruido del viento era ensordecedor. David sacó la cabeza por la ventanilla, miró al Audi y se volvió hacia Claudia. “Claudia, debes cambiarte de carril cuando yo te diga, ¿vale? No tengo ángulo de tiro. Debe ser un cambio brusco para que se me quede el Audi a la vista, ¿de acuerdo?”, le dijo. Claudia asintió por el espejo interior. David quitó el seguro de su pistola y se preparó. Se giró hacia mí y me dijo que le sujetara. Acto seguido dio la orden a Claudia. Esta giró el volante mientras David, agarrándose con una mano al asidero del techo, sacó medio cuerpo por la ventanilla. Yo le sujeté las piernas con todas mis fuerzas, casi sentí que se me escapaba. David solo tuvo el Audi en el campo de visión durante un segundo, pero acertó. Le dio tiempo a realizar dos disparos, y uno de ellos impactó de lleno en la

rueda delantera de esos cabrones. Tiré de él hacia adentro mientras Claudia estabilizaba la furgoneta. El Audi comenzó a dar bandazos hasta que se empotró contra la mediana central y salió dando vueltas de campana por la cuneta. Todos respiramos aliviados. Todos, menos Paco, que para entonces ya se había vuelto a dormir.

»Por fin llegamos al aeropuerto y allí estaba. El capullo de Beltrán había conseguido el avión. Los sanitarios, dos enfermeros y una doctora, trasladaron a Paco en camilla hasta el interior del avión. Mientras trataban de reanimarle, los demás fuimos a devolver la furgoneta. Tenías que haber visto la cara del tipo que nos la recogió. Todo el paragolpes trasero destrozado y la tapicería manchada de sangre por todos lados. No daba crédito. Nos obligó a darle todos nuestros datos porque dudada mucho de que eso lo cubriera el seguro y amenazó con denunciarnos. No sé qué pasaría al final, Beltrán no ha dicho nada de momento. Paco despertó cuando ya llevábamos dos horas de vuelo. No recordaba haber hablado con Beltrán. Decía que de lo último que se acordaba era de que Seve le había subido a la furgoneta a empujones. Menos mal que está bien. Es casi un milagro.

Lorenzo había seguido toda la historia sin cambiar de posición y estaba entumecido. Se incorporó un poco en su cama. Budy, al verlo, también se incorporó y adoptó la postura de sentado.

—Joder, no lo entiendo. Según Beltrán, estaba todo hablado con la Policía de Buenos Aires y, de hecho, nos iban a ayudar en la misión. Yo hay cosas que no entenderé nunca, la verdad.

—Está claro que hay algún asunto que se nos escapa, pero ya no es problema nuestro. El director adjunto de operativos ha conseguido convencer a la Interpol para que investigue el caso. De momento han cerrado el club. Encontraron menores en varias viviendas de los responsables. Ya han detenido a más de veinte personas relacionadas. Han abierto también una investigación interna a la Bonaerense, a ver qué se encuentran.

—Ya no te puedes fiar de nadie en este mundo —dijo Lorenzo suspirando.

—Pues no. Bueno, ¿quieres que te diga ya las sorpresas que te he traído o no?

—Si no hay más remedio…

—Está bien. Ahí va: aparte de ti, en esta habitación hay otro que se jubila.

—Hombre, ¿ya te jubilas? Ya sabía yo que no ibas a aguantar mucho en mi puesto, eres un tío blandengue, siempre lo has sido —dijo Lorenzo sonriendo.

—Ya, comprendo. Veo que no has perdido la suficiente sangre, todavía te quedan ganas para hacerte el gracioso. Igual necesitas un tiro en la otra pierna para que se te quite la tontería —dijo Andrés

sacando la pistola de la funda.

—No, no, ya he tenido bastante, gracias. ¿Ya vais a jubilar a Budy? No jodas —se sorprendió Lorenzo.

—Ya falta poco para que cumpla los siete años. Ya sabes que en nuestra unidad los jubilan pronto. Además, ya tiene un sustituto joven que ya ha empezado a realizar misiones.

—¡Vaya! ¿Y qué va a ser de él? —preguntó Lorenzo mirando a Budy con ternura.

—Pues de eso precisamente venía a hablarte. En la unidad hemos pensado que ahora que eres un jubilado con tiempo libre… —dijo con una sonrisa burlona— quizá podrías adoptarlo. ¿Qué te parece?

—¡Hostia! Eso sí que no me lo esperaba. ¿Se puede quedar conmigo?

—Claro que sí, rellenas la documentación que hay que presentar para realizar los trámites de la adopción, y listo. No creo que haya ningún problema. ¿Dónde va a estar mejor que contigo?

—Joder, me hace mucha ilusión. ¿Ahora sigue en comisaría? A mí me quedan todavía unos días hasta que salga del hospital.

—No te preocupes, le tenía yo en acogida en mi casa hasta que saliera en adopción. Rellena estos papeles —dijo sacando unos formularios de una carpeta— y, en cuanto esté todo listo y tú recuperado, vienes a por él, ¿de acuerdo?

—Hostia, pues muchas gracias, Andrés. Le tengo mucho cariño a este animal, de verdad. Bueno, ya lo sabes. ¿Verdad, Budy? ¿Te vas a venir a vivir conmigo y con Macarena? —dijo Lorenzo dirigiéndose al perro.

Budy comenzó a mover el rabo y se acercó a la cama para dejarse acariciar.

—También hemos tomado otra decisión en la unidad, que es la otra sorpresa que quería comentarte —comenzó a decir Andrés ahora en un tono más serio mientras Lorenzo acariciaba la cabeza de Budy—. Noelia todavía estará ingresada unos días más en observación hasta que lleguen los resultados de todas las pruebas que le están haciendo. El caso es que…—Andrés dudó un momento— todavía no hemos avisado a sus padres.

—Pero ¿qué coño…? ¿Todavía no los habéis llamado? ¿Y eso por qué? —preguntó Lorenzo sorprendido.

—Bueno, hemos pensado que lo correcto es que fueras tú el que les dieras la noticia. Estábamos esperando a que te recuperaras un poco. Este caso te costó el puesto de inspector, Lorenzo. Además, mantuviste el contacto con la familia durante mucho tiempo y… finalmente has conseguido encontrar a la niña. Se merecen que seas tú en persona el que les des la noticia y no un funcionario cualquiera de la comisaría.

Lorenzo se mantuvo en silencio y pensativo durante unos segundos.

—Se terminaron separando, ¿lo sabías?

—¿Quiénes? —preguntó Andrés.

—Rafael y Cintia, los padres de Sergio y Noelia. La desaparición de los niños les destrozó la vida. Solo tengo el teléfono de Rafael, que es con el que solía hablar. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que le llamé.

—Sí. En la base de datos solo quedó registrado el teléfono de Rafael como persona de contacto. Tienes que llamarle y contarle lo sucedido. Dile que nosotros, por nuestra parte, no dejaremos de buscar a Sergio. Gracias a ti y a tu descubrimiento, hemos podido reabrir el caso. Cuando hayas hablado con él me llamas. Necesito que venga a comisaría con Cintia a declarar. Siento que tengan que pasar otra vez por eso, pero, si vamos a volver a investigar el asunto, tenemos que empezar desde el principio, ya sabes cómo funciona el procedimiento.

—Lo sé —murmuró Lorenzo con tono cansado.

—Bueno, Budy y yo nos vamos, te dejamos descansar. No tardes demasiado en hacer esa llamada, ¿de acuerdo? Y me llamas. ¡Ah! Y acuérdate de mister Calma, pásate a verle en cuanto te dejen levantarte de la cama o llámale, que creo que ya habrá recuperado la suficiente sangre como para hablar por teléfono —dijo Andrés mientras soltaba una carcajada contenida.

Le puso de nuevo la correa a Budy y salió por la puerta, dejando a Lorenzo solo, sumido en un agobiante silencio. Pasaron cinco minutos como si fueran un segundo, con la vista fija en el techo, sin moverse. Entonces la puerta se abrió de nuevo. Era una de las enfermeras para realizarle la cura. Le cambió el vendaje de la herida, le revisó los puntos y se aseguró de que la vía estaba bien colocada. Después le suministró un fármaco para el dolor y se marchó tan rápido como había llegado.

Lorenzo alargó el brazo para coger su teléfono nuevo de la mesilla. Ya que el párroco destrozó el suyo, Macarena le había comprado otro y consiguió recuperarle todos los contactos de la nube. Se incorporó. Sintió una punzada de dolor en la pierna que le estremeció. No debía hacer esos movimientos, pero por un momento pensó que quizá ya no le dolería tanto, que ya estaba listo para irse a casa. Muy a su pesar, comprobó que no. Todavía tendría que estar allí postrado unos días más, con lo poco que le gustaban los hospitales. Resignado, apoyó la cabeza en la almohada y desbloqueó el móvil. Buscó en la lista de contactos a Rafael. Respiró hondo. No sabía muy bien cómo se lo iba a decir. Había encontrado a su hija, sí, y estaba bien, pero no tenía ni idea de dónde podría estar Sergio, ni siquiera si seguía vivo. Eso le consumía por dentro. Ahora sabía que Costel había mentido respecto al paradero de la niña y tenía la esperanza de que hubiera mentido también cuando dijo que Sergio estaba muerto. Pero… ¿dónde

estaría? ¿Por dónde debería empezar a buscar? ¿Lo tendrían también encerrado en un cuarto? ¿Estaría en Madrid o dónde? Eran muchas las preguntas que el párroco ya no podía contestar. En el fondo se arrepentía de haberle vaciado el cargador. Debía haber mantenido la cabeza fría y haberle detenido. Así ahora podrían interrogarle y quizá supiera algo de Sergio. «Aunque, por otro lado, una escoria de ese calibre no merecía seguir respirando», pensó. Cerró los ojos y se frotó la cara con ambas manos. Estuvo así durante unos segundos. Cuando se sintió preparado mentalmente pulsó el botón de llamada y el teléfono de Rafael comenzó a sonar en alguna parte.

—¿Inspector? Cu… cuánto tiempo. ¿Qué tal está? —dijo Rafael titubeando, extrañado por la llamada.

—Hola, Rafael. Estoy bien. ¿Y tú cómo te encuentras?

—Bueno, hago lo que puedo. Dígame, ¿qué puedo hacer por usted? —preguntó Rafael deseando terminar con los preliminares y saber cuanto antes el motivo real de la llamada del inspector.

—Mira, Rafael, te llamo para comunicarte que… —Lorenzo dudó un par de segundos, tragó saliva— la última vez que hablamos te dije a ti y a Cintia que me rendía, que no seguiría investigando, pero… no lo hice, Rafael, seguí pensando en ello, jamás he dejado de buscarlos, revisé el caso una y otra vez, desde el principio, estuve en la zona en multitud de ocasiones, comprobando los datos, siguiendo las pistas y…

—Lorenzo… —le interrumpió Rafael—, nosotros ya le agradecimos mucho su trabajo y dedicación, y le estaremos agradecidos eternamente. Pero no entiendo qué me quiere decir con esto. Quiero decir, todos hemos sufrido y seguimos sufriendo mucho, pero en algún momento debe usted de…, no sé…

—He encontrado a tu hija —soltó Lorenzo a bocajarro.

Al otro lado de la línea se hizo el silencio. Lorenzo podía escuchar la respiración entrecortada de Rafael.

—¿Cómo dice? Pero… ¿es posible? ¿Es ella? ¿Está bien? —dijo con un nudo en la garganta.

—Tranquilo, Rafael, no te preocupes. La niña está en el hospital, pero está bien.

—¿Y dónde? ¿Dónde estaba? ¿Qué le ha pasado? ¡Mi niña, por Dios! ¡Mi pequeña! ¿Y Sergio? ¿También está Sergio?

La voz de Rafael sonaba ahora ahogada. Lloraba con toda su alma. La nariz se le había taponado y le costaba respirar. La mano con la que sostenía el teléfono comenzó a temblar y las piernas le flaquearon tanto que tuvo que sentarse en una silla.

—Lo siento, Rafael. No hemos encontrado a Sergio aún, pero te prometo que no descansaremos hasta dar con él, cuenta con ello.

Lorenzo guardó silencio mientras al otro lado de la línea solo se

escuchaba el gimoteo de un hombre abrumado por sus sentimientos. Rafael no había perdido la esperanza, porque un padre jamás pierde la esperanza de volver a ver a su hijo desaparecido, pero sí había entrado en una espiral de desánimo y autodestrucción. El dolor se lo había llevado todo por delante. La agonía y la impotencia habían dado paso a la desesperación. «¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¿Por qué a mí? ¿Qué habrá sido de ellos? ¿Dónde estarán? ¿Qué les habrán hecho? Son tan pequeños… Mis pequeños hijos», pensaba a menudo. Aquellas preguntas le iban quitando la vida poco a poco, día a día, consumiéndole por dentro como se consume un témpano de hielo en una tarde de verano. En eso se había convertido su corazón, en un pequeño y desvalido pedazo de hielo a punto de consumirse del todo.

—Dígame la verdad, Lorenzo, por favor, ¿está bien? ¿Le han hecho daño? Por favor, necesito saberlo.

—No… —Lorenzo dudó unos instantes—, está un poco confundida. Parece ser que le suministraron algún tipo de fármaco que le ha provocado cierta pérdida de memoria, pero los médicos dicen que se pondrá bien y…

—¿Quién lo hizo? —le interrumpió Rafael con brusquedad—. Quiero saber quién es el responsable de esto. ¡Ese hijo de puta tiene que pagar por ello, inspector!

—Lo están investigando, Rafael. Yo…

—¡No me mienta, Lorenzo! ¡Quiero saberlo! Por favor se lo pido —terminó diciendo mientras se le rompía la voz y comenzaba de nuevo a llorar.

—Rafael, no te tortures más, no pienses en eso ahora, solo te hará daño. Tu hija está bien y podrás venir a buscarla en cuanto los médicos terminen de realizarle todas las pruebas. Eso es lo que importa.

—¿Cuándo puedo verla? —Sollozó con la voz temblorosa.

—Escúchame, te voy a dar el teléfono del inspector Collado, él es el que está al mando de la investigación, recuerda que yo estoy jubilado. Por favor, dime si avisas tú a Cintia o prefieres que lo hagamos nosotros. El inspector os ayudará en todo lo que pueda, os recomiendo que os pongáis en sus manos. Hay todo un equipo de médicos y psicólogos trabajando para que no os falte ninguna atención, ¿de acuerdo? Sé que es muy difícil, Rafael, no me lo puedo ni imaginar, pero tenéis que ser fuertes, ahora tenéis que ser muy fuertes por Noelia, ella os necesita más que nunca.

Rafael no dijo nada. Se mantuvo callado durante los siguientes diez segundos. Su cabeza no paraba de recibir imágenes desagradables de lo que algún desalmado podría haber hecho con su hija. Se enjugó las lágrimas y el sudor de la frente. Se le había revuelto el estómago y tenía ganas de vomitar.

—Lorenzo, yo… yo llamo ahora mismo a Cintia. Ella… ella vive ahora con su madre. Yo la aviso.

—Está bien, Rafael. Llama a Collado. Él te dará todos los detalles y te explicará cómo funciona todo el proceso.

—Lorenzo…

—Dime, Rafael.

—Gracias, muchas gracias por todo, de verdad. Nos ha devuelto una parte de nuestra vida. Prométame que van a encontrar a Sergio, por favor, tienen que encontrarlo.

—Lo siento, Rafael, yo no te puedo prometer eso. Pero lo que sí le puedo decir es que el caso está abierto de nuevo y que haremos todo lo que esté en nuestra mano para encontrarle, de eso no te quepa duda.

—Se lo agradezco mucho, inspector. Cuídese.

—Sí. Cuídate tú también, y dale recuerdos a Cintia de mi parte.

Rafael colgó el teléfono, y en la habitación de hospital donde se encontraba Lorenzo volvió a reinar un silencio sombrío, ahora lleno de tristeza y desasosiego.

***

La clínica veterinaria Coímbra, de la gran Andrea Soler Molina, recuperaba poco a poco su rutina habitual. Ya reparados todos los desperfectos interiores provocados por la inundación y finalizado el periodo vacacional veraniego de los trabajadores y clientes, todo volvía a la normalidad.

El trasiego de ir y venir de consulta en consulta de las veterinarias, la sala de espera llena de animales ruidosos y el incesante gorgoteo del río Guadarrama completaban el ambiente habitual de la clínica. Laura no daba abasto. Entre los clientes que entraban, los que salían, los que pasaban a consulta, el teléfono y el ordenador, estaba algo saturada.

—¡Joder, con lo bien que estaba yo en la playa! —murmuró entre dientes.

Verónica y Beatriz atendían a los pacientes en las consultas 1 y 2. Yolanda se ocupaba de los posoperatorios en la sala de hospitalización, y Marcos tenía hoy en la agenda un par de visitas a domicilio: un dragón barbudo con un pequeño corte en una de sus extremidades y un petauro del azúcar que llevaba varios días sin comer.

Eran las once de la mañana de aquel lunes 9 de octubre de 2017. Se habían cumplido tres meses y nueve días desde que Sandra comenzó sus prácticas en la clínica. Se encontraba en el *office* desayunando. Había conseguido sustituir su habitual jamón york con pan tostado por fruta. Estaba decidida, quería ser vegana, pero no podría hacerlo de un día para otro. Había tomado la decisión de empezar con el

vegetarianismo y poco a poco ir reduciendo la ingesta de alimentos de origen animal. Iba a ser un camino difícil, era consciente, pero ella solía ser muy convincente en sus decisiones, y esta no sería una excepción.

Miraba con desdén la triste manzana que mordisqueaba con desgana mientras recordaba el sabor de los filetes de pollo empanados que se había comido el día anterior. Le había dicho a su madre que eran los últimos.

—El domingo que viene ensalada, mamá. Y los siguientes ya te iré diciendo.

Mercedes le dedicó una mirada de indiferencia que Sandra conocía bien. No le haría ni caso y seguramente el domingo siguiente le volvería a plantar los filetes, pero, como ya lo sabía, vendría preparada de casa con su ensalada. Así hasta que entrara en razón. No le gustaría tener que dejar de ir los domingos a casa de sus padres por eso. Su madre tendría que adaptarse al nuevo menú, que cada vez sería más restrictivo.

Estaba sola en el *office,* como todos los días a esas horas. Cada una tenía su franja horaria para desayunar, así no desatendían en ningún momento el ritmo habitual de la clínica.

—Bendita rutina —murmuró mientras pensaba en ello.

Después de todo lo acontecido, un poco de normalidad era lo que necesitaba para estabilizarse en su vida tanto personal como profesional. Habían salvado la vida de un niño de trece años, y su hermana Alicia, junto con Macarena y Lorenzo, habían encontrado a la niña, Noelia, y a cinco niños más en un zulo camuflado en un supuesto taller de coches en el barrio de Usera. Era increíble. Se sentía realmente bien. ¡Y todo gracias a su descubrimiento! ¿Quién dijo que ver los documentales de La 2 no servía para nada? Salvar la vida de una persona era la mejor experiencia que había tenido jamás. Aunque, si lo pensaba bien, tenía la sensación de que aquello que habían encontrado tan solo era la punta de un iceberg del cual difícilmente conocerían su alcance. Aun así, la aventura había merecido la pena a pesar de que le hubieran puesto una escopeta en la cabeza y hubieran tenido que pasar una noche en el hotel de Bernardo, junto a la gran Margarita.

A Raquel le había contado su andadura con pelos y señales, pero la mayoría de esos pequeños *detalles sin importancia* los había obviado cuando le contó la historia a Marcos.

—Claro, no le iba a contar que me meé encima —le dijo a Andrea cuando hablaron del tema.

Lo que sí le contó Sandra a Marcos es lo de la pelea con Verónica. Marcos no se sorprendió demasiado, conocía bien a Verónica y sabía que era capaz de eso y de mucho más si se lo proponía, pero…

—No quiero que hagas nada al respecto, pero todo el mundo lo sabe y me parecía mal no contártelo —dijo Sandra.

—Ya, no sé… ¿Y dices que Andrea habló con ella? —preguntó Marcos un poco desconcertado.

—Sí, eso me dijo, pero no me dio detalles de cómo fue la conversación exactamente. Me contó que le dijo que, si se volvía a repetir un episodio semejante en su clínica, la despediría. Lo que no sé es cómo reaccionó ella cuando le dijo eso, pero, vamos, lo mejor es dejarlo estar, ¿vale? No quiero que removamos más el tema. Dejemos que pase el tiempo y que nos olvidemos todos del asunto.

Marcos asintió aparentemente convencido. No tenía la menor intención de armar un escándalo ni de hacerse el machito protector de su recién estrenada novia, pero no se sentía bien actuando como si no hubiera pasado nada. Conocía a Verónica desde hacía cuatro años y, aunque nunca sintió nada por ella, le tenía cariño y la apreciaba. Así que, dos o tres días después de hablar con Sandra, se armó de valor y entró en la consulta de Verónica dispuesto a tener una conversación con ella. Iba preparado para todo, no sabía cómo iba a responder. «Probablemente mal», penó, pero cuando le reveló el motivo de la visita se sorprendió de su reacción, eso sí que no se lo esperaba.

—Hola, Verónica. ¿Tienes un momento para hablar de un asunto? —preguntó Marcos desde el umbral de la puerta.

—Sí, pasa —contestó Verónica con autoridad.

—Bueno, es que venía a comentarte el tema de Sandra y eso… Que, bueno, me he enterado de lo que pasó en el *office* y tal… —comenzó a decir Marcos titubeando.

Verónica le interrumpió:

—Ya, no sigas. Lo siento, ¿vale? —dijo cruzándose de brazos—. Se me fue un poco la olla, lo sé.

—¿Un poco solo?

—Bueno, vale, pero es que… no la soporto. Llega aquí como una mosquita muerta y en dos días me quita todo por lo que yo llevo luchando cuatro años; Andrea la permite entrar en el quirófano durante las operaciones y le deja pasar consulta. ¡Es que no lo entiendo! Y luego encima lo tuyo, que… —De repente se derrumbó y comenzó a llorar.

Marcos se acercó a ella. Dudó si quizá sería una mala idea, pero no pudo evitar abrazarla. Verónica se dejó caer sobre sus brazos mientras gimoteaba como una niña.

—Estoy enamorada de ti desde siempre, ya lo sabes.

—Verónica…

—Ya, ya, vale. No hace falta que me lo digas, ya sé que tú no sientes lo mismo por mí, pero es que no puedo evitarlo. Lo intento, pero no puedo, es superior a mis fuerzas.

—No sabes cuánto lo siento. No sé qué te puedo decir.

—Nada. No me digas nada mejor. ¿Vais en serio?

—No creo que debamos hablar de eso ahora, Verónica, de verdad. Tenemos que intentar llevarlo lo mejor posible. Para mí tampoco es fácil, no me gusta verte así, no sé cómo lo podemos hacer, pero tenemos que vernos todos los días y debemos acostumbrarnos a esta situación.

—Vale —murmuró—, lo intentaré. Solo dime una cosa y dejaré de molestarte: ¿nunca se te pasó por la cabeza que pudiéramos tener una relación? ¿Ni una sola vez?

—No te voy a contestar a eso, Verónica. No veo en qué puede cambiar las cosas a estas alturas.

—Solo era por curiosidad. Lo siento —dijo separándose de Marcos y enjugándose las lágrimas—. ¿Es un no definitivo? Quiero decir, ¿nunca jamás?

—No te hagas eso, Verónica. Hay miles de chicos que darían cualquier cosa por estar con una chica como tú. Solo tienes que encontrarlo y lo sabes. No me gusta verte triste, tú no eres así, la Verónica que yo conozco se come el mundo de un bocado. Así que por favor reacciona y deja que salga tu mejor versión, y cuando menos te lo esperes te enamorarás de un chico mucho mejor que yo que te hará feliz, ya lo verás.

—Bueno, gracias, pero ahora mismo no me consuela, supongo que con el tiempo… Aun así, te prometo que no os molestaré, creo que he tocado fondo, nunca debí obsesionarme, estoy avergonzada, pero he aprendido la lección. —Verónica suspiró e intentó reponerse mientras se atusaba el pelo—. ¿Podrías dejarme sola?

—Claro, claro.

—Gracias.

Sandra salió del *office* hacia la sala de hospitalización en busca de Yolanda. Llevaba toda la mañana con ella ayudándola con las curas de los perros recién operados. Cuando llegó, Yolanda no estaba. Se asomó al laboratorio y al quirófano. Nada.

—Ya sé dónde está —murmuró para sí.

Cruzó el pasillo hasta la recepción, atravesó la sala de espera y salió a la calle por la puerta delantera. Allí estaba fumándose un cigarro. Normalmente siempre la acompañaba al muro del río de la parte trasera a fumar, pero desde la inundación el antiguo cementerio estaba impracticable y no se podía andar por allí hasta que consiguieran arreglarlo. Por eso Yolanda ahora salía a fumar a la calle.

—No te encontraba. ¿Ya has curado a Ris? —preguntó Sandra.

—Sí, tía, lo he conseguido. He estado a punto de ir a buscarte porque… ¡vaya animal más cabezón! Pequeño pero matón, se revuelve como una anguila el condenado. ¡Todos los chihuahuas son iguales!

—No, no, todos no. Mi Nora es un amor, es como un peluche. Le puedes hacer lo que quieras que no protesta. Cuando estaba estudiando practicaba con ella las curas y las extracciones, y nunca se quejaba. Se dejaba hacer lo que quisiera.

—Pues será la única, porque vamos… A los chihuahuas los tenían que catalogar como perros potencialmente peligrosos, ¡no me jodas! —dijo dando un manotazo al aire.

De repente un flamante BMW que parecía recién salido del concesionario aparcó en la acera justo enfrente de ellas.

—¡Hostias la jefa! No la había reconocido con ese coche, me voy para adentro corriendo, que me dijo que le preparara una cosa y no lo he hecho —dijo Yolanda tirando el cigarro a la mitad y subiendo disparada las escaleras de la puerta principal.

—¡No te preocupes! ¡Yo la entretengo un poco! —exclamó Sandra soltando una carcajada.

Andrea salió del coche y cerró la puerta con mucha suavidad. Todavía cojeaba un poco a causa del esguince de tobillo, pero ya estaba casi recuperada. Sandra se acercó con una sonrisita burlona y le preguntó a modo de saludo.

—¿Cuando yo sea veterinaria mi sueldo me va a dar para comprarme un coche como este?

Andrea le devolvió la sonrisita.

—No ha sido con el sueldo de veterinaria, listilla. Ven, acércate —le dijo haciendo un gesto con la mano. Cuando estuvo a su altura comenzó a susurrar—: ¿Te acuerdas de los botes llenos de cocaína que me llevé de la casa del don Pimpón psicópata de Calarberche?

—Pues claro que me acuerdo. ¿Qué insinúas?

—Pues que te dije que los había tirado, pero no. Vendí la droga y me he comprado este pedazo de coche.

—¡¿Cómo?! Pero ¿tú estás loca? ¿Has perdido la cabeza o qué? ¿Y si te pillan? ¡Serías reincidente! ¡Vas a la cárcel fijo! —exclamó Sandra levantando la voz.

Andrea comenzó a reír a carcajadas ante la cara de perplejidad de Sandra.

—¡Tenías que haberte visto la cara! Ha sido la misma que cuando te colaste en el quirófano y te dije que tenía que matarte. ¡Ja, ja, ja! ¡La misma!

Sandra la observaba estupefacta.

—¡¿Cómo voy a ponerme a vender droga?! De verdad que estás fatal, ¿eh? ¿No te das cuenta de que te estoy vacilando?

—Joder, es que, después de todas las cosas surrealistas que he visto en estas últimas semanas, una más… como que no me extrañaba tanto.

—¡Vaya! He vendido el A3. Al final ha resultado ser una edición

limitada y me han dado una pasta por él, ¡incluso destrozado como estaba! Por lo visto se fabricaron muy pocos de ese modelo y entre los entendidos estaba muy cotizado. Además, yo no pensaba arreglarlo, estoy segura de que ese tipo se quedó con la matrícula y encima me recordaba cada día más a mi exmarido. Así que he dicho: «¡A tomar por culo!». Voy a pasar página. ¡Una edición limitada super rara de encontrar! ¡Y yo sin saberlo! —exclamó enseñando las palmas de las manos mientras sonreía orgullosa.

—Joder, pues qué bien, menudo cochazo. Enséñamelo, ¿no?

—No, luego te lo enseño. Ahora vamos al laboratorio, que te tengo que decir una cosa.

Andrea agarró del brazo a Sandra y la instó a entrar de nuevo en la clínica. Cruzando por la consulta de Beatriz, llegaron rápidamente al laboratorio. Andrea soltó el bolso y sacó una carpeta que dejó sobre la mesa.

—Esta mañana he estado en la gestoría, por eso llego tan tarde. He rescindido el contrato que firmaste el otro día. —Sandra la observó extrañada, sin decir nada. Andrea prosiguió—: Bueno, ya sabes que ese contrato era una mierda. Te lo hice para que pudieras seguir en la clínica una vez finalizadas tus prácticas y para que me ayudaras a descubrir el misterio. Pero, bueno, eso ya lo sabías cuando lo firmaste, entre otras cosas, porque te lo dije.

—Ya, ¿y bien? —dijo Sandra mostrándose algo molesta.

—¡Joder, qué impaciente eres! —dijo sacando unos documentos de la carpeta—. A ti no se te puede dar una sorpresa, ¿no? No aguantas la intriga ni un segundo.

—Es que no soporto la incertidumbre. Si me tienes que decir algo, me lo dices, pero sin rodeos.

—Vale, vale. Escucha: después de lo que hemos pasado juntas estas últimas semanas me he dado cuenta de que eres una chica por la que realmente vale la pena apostar. Sandra, ahora confío en ti, has pasado a ser una persona de confianza para mí, y sabes que eso no es fácil para un ogro como yo, pero te lo has ganado. Resolviste el misterio y eso ha salvado vidas. La policía es la que se ha llevado el mérito, pero tú y yo sabemos que ha sido gracias a ti por lo que esos niños se han salvado de un futuro bien jodido. Ha sido una experiencia increíble. Lo que he venido a decirte es que te he hecho un contrato a jornada completa e indefinido. Tendrás un buen sueldo y todos tus derechos, como te mereces. Como te he dicho, te lo has ganado. Ahora lucha por mantenerlo y serás una gran veterinaria. Bienvenida a la clínica Coímbra. Estás dentro de mi equipo.

***

Alicia se encontraba en taller. Estaba tumbada debajo de una Citroën Berlingo cuando empezó a notar que alguien le daba unas

ligeras pataditas en los pies. Arrastró el carro hacia afuera para decirle a Raúl que se estuviera quieto, pero no era Raúl, sino Macarena.

—¡Coño! ¿Qué haces tú aquí? —preguntó Alicia sorprendida.

Macarena estaba de servicio, llevaba puestas las botas militares con las que destrozó la cara de aquel tipo que quería ahogar a su padre, y la pistola se le notaba debajo de la cazadora vaquera.

—¿Tienes un ratito? Quería comentarte una cosilla.

—¡Puf! —exclamó Alicia mirando hacia el pequeño habitáculo acristalado desde donde la observaba su padre—. Pues la verdad es que no, tengo que terminar dos coches hoy y voy como el culo. ¿Es muy importante?

—Bueno, importante lo que se dice importante no, pero es solo un momento. ¿No puedes tomarte un descansito de nada?

—Bueno, venga, vamos a El Gruñidor. Un momentito y me tomo un café a ver si me espabilo.

Cruzaron la calle y entraron en el bar. A esas horas, las diez de la mañana, estaba lleno de trabajadores desayunando. Antonio señaló una mesa libre que estaba al fondo y les indicó con un gesto que ahora iría a atenderlas. Alicia se sentó y sacó su teléfono móvil para aprovechar el descanso y contestar unos wasaps pendientes. Macarena fue directa al grano.

—Nada, tía, si te parecerá una tontería, pero para mí es importante que sepas lo mucho que te agradezco que me acompañaras a buscar a mi padre. Me sentí muy segura contigo a mi lado. Si no hubieras tirado la puerta encima del cabrón ese, yo no sé qué hubiera pasado. Te comportaste como una heroína, en serio, tengo mucha suerte de tenerte como amiga. Te quiero mucho.

—Joder, tía, yo también te quiero mucho, ya lo sabes. No tenías por qué haber venido hasta aquí para decirme eso, ya lo sé. No irás a montarme una escena lacrimógena, ¿no? Que aquí me conoce todo el mundo y tengo una reputación que conservar —dijo esbozando una sonrisita burlona.

—Joder, tía, tienes un don especial estropeando momentos románticos, no sé cómo el pobre Raúl te aguanta todavía.

—¡Ja, ja, ja! ¿Eso era lo que me tenías que decir? Yo, por ti y por Lorenzo, lo que haga falta, es como mi segundo padre, y tú mi hermana. ¡Qué tonta eres, tía! —exclamó dándose cuenta de que a Macarena se le saltaban las lágrimas.

—Perdona, tía, es que estoy un poco sensible con todo lo que ha pasado.

—Ven, anda —dijo Alicia levantándose de la silla para darle un abrazo—. Lo importante es que estamos todos bien. Y ahora me voy corriendo, que mi primer padre debe estar mosqueándose un poco, y paso de oírle.

—Espera, solo una cosa más, porfa, es que llevo tiempo para decirte algo y nunca te lo digo. Siéntate un momento.

Antonio apareció corriendo algo agobiado.

—Decidme, rápido, ¿qué os traigo?

—Yo con leche —dijo Alicia.

—Sí, yo también —dijo Macarena.

Alicia recibió un wasap en ese momento y prestó atención al móvil.

—Venga, dime, dime, que te escucho —apremió a Macarena mientras miraba la pantalla.

—Bueno, pues eso, te quería decir que… —Macarena dudó un par de segundos— que soy lesbiana. Vamos, que… que me gustan las chicas, y eso. —Al ver que Alicia no levantaba la cabeza del móvil y que no decía nada, exclamó—: ¿Me estás escuchando, tía? ¿Has oído lo que he dicho?

—¡Ah!, sí, sí, que te gustan las chicas dices, ¿no? Perdona, pero es que el gilipollas de Raúl me está bombardeando a mensajes para ver dónde estoy. Que… ¡menuda sorpresa!, ¿no? —dijo irónicamente—. Ya lo sabía, tonta, no tenías por qué habérmelo dicho. Mi amor por ti está por encima de esas cosas. Creo que siempre lo he sabido y me ha venido de puta madre, porque, siendo mucho más alta y guapa que yo, nunca me has robado a ningún novio. ¡Por eso nunca hemos discutido!

Macarena se la quedó mirando algo desconcertada mientras Alicia seguía más pendiente del móvil que de la confesión de su amiga.

—Vaya, ¿tan mal disimulo? ¿Lo sabe todo el mundo o qué?

—Pues sí. Y menos mal, como te digo, porque, si no, nosotras no hubiéramos ligado nunca. Era el equipo perfecto, tú los atraías, nosotras nos los llevábamos —dijo soltando una carcajada—. ¡Mira que eres tonta, tía! Si te sientes mejor contándomelo, estupendo, pero no tenías por qué haberlo hecho, todas te queremos mucho, aunque no nos cuentes tus cosas. Pero a partir de ahora ya me estás contando todos tus secretos, porque ahora quiero saberlo todo.

—Vale, pues ahí va el primero. ¿Sabes que tu hermana y Andrea me pidieron que intentara enterarme de qué guardaba en el cuarto el tío ese que las persiguió desde Calarberche? Supongo que tu hermana te contó la historia, ¿no? Que después se colaron en el crematorio de animales de Navalcarnero y que el mismo tipo apareció allí y las apuntó con una escopeta y…

—Sí, sí, me lo contó todo. Abrevia, que mi padre me va a matar —interrumpió Alicia.

—Pues eso, que he conseguido el informe. Me lo ha fotocopiado Andrés. Ya sé lo que guardaba aquel cabrón en el cuarto del crematorio.

—Ya. ¿Y me lo vas a decir o qué? ¡Vamos! ¡Cuenta, cuenta!

—Sí. Te lo digo si le preguntas un par de cosas a tu hermana sobre

Andrea. Quiero saber si está casada o tiene hijos. Con la excusa del informe, me gustaría quedar con ella, ya sabes… —dijo algo avergonzada.

Alicia dudó unos instantes.

—Pero, por favor, ¿te gusta Andrea? Pero ¡si es una estirada de cojones! ¡Y una borde! Mi hermana me ha contado que…

—Ni puta idea tienes —la interrumpió Macarena—. Es una mujer increíble, madura, inteligente, segura de sí misma, guapa…

—Vale, vale, vale —dijo Alicia moviendo las manos—. No quiero saber más. Además, no tengo que preguntarle nada a mi hermana. Yo tengo esa información —dijo rodeando la frase de un tono misterioso.

—¿Ah, sí? ¿Y bien?

—A ver, Maca, Andrea está separada, por lo visto su marido la abandonó por otra. Y no tiene hijos, pero, vamos, que le gustan los hombres.

—Bueno, eso ya lo veremos… ¡Joder, menos mal que no tiene pareja ni hijos! —exclamó Macarena mientras Antonio les servía el café.

—Vale, tu sabrás, ya tienes la información. Ahora cuenta, que de verdad que me tengo que pirar ya mismo. ¿Qué coño tenía ese tío allí guardado?

—Lo siento, tía, te he engañado. No lo sé, se lo pregunté a Andrés, pero me dijo que, como el informe lo redactó la Policía municipal de Navalcarnero, nosotros, al pertenecer a la Policía nacional, no tenemos acceso.

—¡No me lo puedo creer! ¡Qué cabrona eres, tía!

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué pava eres! ¡Vaya careto de circunstancias has puesto! ¿No ves que me estoy quedando contigo? Pues claro que tengo el informe. ¿Te lo cuento o te tienes que ir ya?

—¡Joder, vamos, cuenta! Suéltalo rápido y me voy.

—Pues el tío tenía en el cuarto…

***

Esa misma tarde, cuando terminó el turno, Macarena salió de la comisaría y se montó en su coche. Después del café con Alicia, había tenido que ir a comprobar un par de direcciones y luego pasó el resto de la jornada en su mesa delante del ordenador. Había sido un día muy agitado, pero nada productivo. El caso que tenía ahora entre manos no era tan complejo como el del párroco, pero entrañaba su dificultad, y hoy era uno de esos días en los que no había avanzado nada.

Aun así, Macarena estaba contenta. Había extraído el número de teléfono de Andrea del grupo de WhatsApp que su padre había hecho para la misión en la fábrica y pensaba llamarla ahora mismo. Si jugaba bien sus cartas, conseguiría verla con la excusa de enseñarle el

informe y quizá, quién sabe, la convencería para tomar una copa juntas.

Ahora que sabía que no tenía pareja ni hijos, la idea de que pudiera surgir algo entre ellas ya no le parecía tan descabellada. No se le había olvidado lo que le había dicho Alicia de que era evidente que le gustaban los hombres, pero ella confiaba en sus encantos, y no era la primera vez que había revertido una situación semejante. En otras ocasiones, había tenido relaciones con mujeres que se declaraban totalmente heterosexuales. Contaba con su atractivo físico y su poder de convicción. Eso siempre le había funcionado. No obstante, esta vez debía tener cuidado, era la jefa de la hermana de su mejor amiga, tampoco era plan de provocar malos rollos. Intentaría ser lo más sutil posible y, si notaba cualquier señal de rechazo, abandonaría el barco de inmediato.

Todavía sin meter las llaves en el contacto, suspiró. Levantó la cabeza hacia arriba para estirar su todavía dolorido cuello y se masajeó las sienes. La verdad es que ya no le dolía tanto, ni siquiera tuvo que ponerse collarín. La única secuela que le había quedado era una contusión severa en el brazo izquierdo. El párroco estuvo a punto de partirle el antebrazo cuando le golpeó con la barra de uña.

—Maldito hijo de puta —murmuró al recordarlo.

Se sacudió esos pensamientos de la cabeza mientras sacaba el teléfono del bolsillo, rebuscó en la agenda y marcó el número de Andrea.

—¿Sí?

—¡Hola! ¿Andrea?

—Sí, soy yo. ¿Quién es?

—¡Hola! Soy Macarena, ¿sabes? La amiga de Sandra y Alicia.

—¡Ah, claro! ¡Hola! ¿Qué tal?

—Bien. ¿Y tú qué tal? ¿Cómo está tu tobillo? ¿Lo tienes mejor?

—Sí, sí, la verdad es que tu vendaje me vino muy bien. Después he ido un par de veces al fisio y ya estoy mejor. Todavía me duele un poco al hacer ciertos movimientos, pero, vamos, bien. ¿Y tú qué tal? Cuéntame.

—Yo bien, ya me voy recuperando un poco del susto.

—Sí, joder, porque vaya tela. ¿Qué tal está tu padre? Sandra me va contando, y eso.

—Pues sigue en el hospital, pero ya no creo que tarden mucho en darle el alta. La verdad es que ha mejorado bastante. Oye, yo te llamaba por el asunto ese que me comentasteis Sandra y tú, lo del tío ese de Calarberche.

—¡Ah!, sí, sí. ¿Has podido averiguar algo? Eso sería la hostia.

—Pues la verdad es que sí. He conseguido el informe completo que redactaron los agentes que os sacaron del crematorio.

—¿Sí? ¡No me jodas! ¿Y qué dice? ¿Pone algo de lo que tenía escondido en el cuarto aquel?

—Sí, sí, claro, lo pone todo con detalle. Además, también están incluidos en el informe las declaraciones de él y los descubrimientos posteriores de los agentes.

—¿Y qué pone?

—Joder, es que es muy largo para contártelo por teléfono. Si quieres, me acerco a la clínica y te lo enseño en persona. ¿Estás allí? —dijo Macarena mordiéndose el labio inferior.

—Vaya, pues no, hoy me he ido antes, ya estoy en casa. No sé, si quieres, puedes pasarte por aquí o voy yo donde estés, no sé… ¿Tú dónde estás? O, si quieres, nos vemos otro día, lo que quieras.

—No, no, como quieras. Yo estoy montada en el coche, si quieres, me acerco un momento a tu casa y te lo enseño, no me importa. Vives en Móstoles, ¿no?

—Sí, pero… hacerte venir hasta aquí para eso, no sé… ¿No te importa?

—Que no, de verdad, no me importa. Es que es lo que te digo, lo mejor es que leas el informe tú misma, porque por teléfono… es que es bastante largo. Mándame una ubicación y estoy ahí en un rato. Si seguro que vivimos cerca.

—Venga, vale. Yo vivo en la zona del hospital, en los chalés que hay cerca del recinto ferial, ¿sabes? Bueno, te mando la ubicación y ahora nos vemos.

—Vale, Andrea, pues ahora nos vemos.

Macarena colgó el teléfono, cerró los puños, levantó los brazos y los movió en señal de triunfo. Se miró en el espejo retrovisor para comprobar que tenía bien el pelo y se repasó el maquillaje. En ese momento llegó el wasap de Andrea con la ubicación de su casa. Pinchó en el enlace que le redireccionó a Google Maps y comprobó que estaba a tan solo veinte minutos. Miró el reloj del cuadro de mandos del coche. A las ocho y media estaría allí. Arrancó el motor y se puso en ruta.

Aparcó justo donde le indicó el GPS. Estaba en una calle en la que solo había chalés a ambos lados. Volvió a mirarse en el espejo y se repasó de nuevo el maquillaje. Un poco de rímel y algo de brillo en los labios. Salió del coche con el informe en la mano y llamó al timbre. En cuestión de segundos Andrea salió por la puerta. Macarena se llevó una grata sorpresa al verla. No iba vestida con ropa de andar por casa, parecía que se había arreglado para recibirla. No es que fuera de gala, pero se notaba que al menos se había peinado y su ropa era más para salir a tomar algo que para estar en casa viendo la tele.

—¡Hola, Macarena! Espera, que voy a abrirte, que no me funciona el botón del telefonillo. ¿Qué tal? Estabas cerca, ¿no? No has tardado

nada.

—Sí, veinte minutos, ya te dije que estaba subida en el coche cuando te llamé.

Se dieron dos besos y entraron para adentro.

Andrea había preparado su pequeña mesa del salón con algunos frutos secos, patatas fritas y un plato de aceitunas.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó.

—Pues… ¿qué tienes? Una copa sí que me apetece.

—¡Hostia! Sí que vienes fuerte, pero luego tienes que conducir, y encima eres policía.

—Bueno, vivo muy cerca, por una copa no pasa nada. Además, nosotros sabemos cuándo hay controles y dónde —dijo guiñando un ojo.

—Vaya, vaya, ya veo. ¿Ron te viene bien?

—Perfecto, ron con Coca-Cola —dijo Macarena.

—Venga, vale, me pongo yo otro también, así te acompaño.

Andrea sirvió los cubatas y se sentó en la silla, frente a Macarena.

—¿Te ha costado mucho conseguir el informe? No queríamos tampoco ponerte en un compromiso.

—No, no, no te preocupes, no ha sido difícil. Lo que pasa es que hasta que no lo han subido al archivo general de la Policía, no me lo han podido descargar. Pero solo ha sido eso, todos los inspectores pueden consultar los archivos internos de la Policía. Se lo pedí a un compañero y me lo imprimió en cuanto pudo, ¡y aquí lo tengo! —dijo poniéndolo encima de la mesa.

—Joder, qué bien, muchas gracias. ¿Lo sabe Sandra? ¿Ya se lo has dicho?

—No, todavía no. Ya te lo quedas tú y se lo das a ella cuando lo hayas leído. Los informes son muy largos y tediosos, están llenos de tecnicismos, procedimientos protocolarios, leyes y demás. ¿Quieres que te lea lo importante? Lo he subrayado para resumirlo, porque, si no… Espera, déjame el informe, que lo busco.

Macarena cogió el informe y comenzó a pasar las páginas rápidamente. Andrea aprovechó para observarla detenidamente. Le extrañó un poco que quisiera darle el informe a ella en vez de dárselo a Sandra. Volvió a fijarse en sus pechos. No sabía por qué, pero no podía dejar de mirarlos. No tenían un gran tamaño, acordes con su esbelta figura, pero estaban firmes y la camiseta blanca ajustada que llevaba los realzaba hasta hacerlos irresistibles. Le daban ganas de estrujarlos. Macarena se había quitado la cazadora vaquera dejando a la vista el cinturón con la pistola. A Andrea le gustaba el aspecto de tía dura de aquella chica. Llevaba el pelo recogido en una larga coleta, como la primera vez que la vio, y ese brillo en los labios que se había puesto… Pero ¿en qué estaba pensando? Se sorprendió a sí misma

imaginando que besaba aquellos labios carnosos. «Pero ¡joder, si a mí no me gustan las mujeres! ¿Por qué no puedo dejar de pensar en besarla y…?», pensó.

—¡Aquí, escucha! —dijo Macarena devolviendo a Andrea a la realidad—. Jesús Robles Canseco, dueño de la sociedad limitada Jerocan S. L., empresa con la que gestiona el crematorio de animales. Aquí dice que uno de los agentes entró en el cuarto y se encontró tres arcones llenos de perros congelados. —Macarena pasó unas cuantas páginas más—. Aquí, en su declaración, el tipo dijo que era el procedimiento normal, que los congelaban hasta el día de su incineración y demás… Pero espera. —Siguió pasando páginas—. ¡Aquí! Los agentes notaron algo raro en sus declaraciones y decidieron investigar un poco más. Volvieron al crematorio y recogieron muestras de restos que había en el horno y en algunas urnas mortuorias. Después de analizarlas se dieron cuenta de que ninguna muestra era de origen animal. Se trataba de restos de madera, papel, carbón y demás. Los agentes consiguieron una orden de registro para su casa. Allí, aparte de encontrar armas que tenía de forma ilegal, también encontraron cocaína. Cuando le volvieron a interrogar el tío se derrumbó y confesó que les vendía los perros a unos chinos que se los compraban para cocinarlos en su restaurante y…

—¡¿Cómo?! ¿A unos chinos? Pero ¡qué coño…! —interrumpió Andrea—. ¿Que se los comen? Pero para eso los perros tienen que morir sanos, no puedes comerte a un animal que ha muerto de una enfermedad o una infección grave.

—Pues no sé, al parecer el tío hacía doble negocio: primero conseguía los animales, sobre todo perros, y cobraba a la gente por la supuesta incineración; después vendía los perros a los chinos. Yo he estado mirando por Internet a ver si encontraba algo y, mira, he encontrado este artículo. —Macarena le pasó su móvil a Andrea.

El artículo decía lo siguiente:

Pese a que ha bajado ligeramente el consumo, la carne de perro sigue siendo para una parte de la población china y de las dos Coreas un prestigio consumirla, dado que todavía hay gente que la valora médicamente, y en especial cuando, tras una importante operación quirúrgica, contribuye a que las heridas cicatricen mejor y más rápidamente.

Comer carne de perro está considerado un manjar en algunos países de Asia, donde, también en Vietnam, Taiwán, Filipinas e Indonesia, la consumen al considerarla con capacidades curativas. Se suele servir, o bien asada, o en guisos, e incluso de forma similar a un cocido madrileño. La realidad es que se llegan a sacrificar anualmente hasta veinticinco millones de perros criados en granjas para el consumo humano.

—«“Es como una medicina y una vieja tradición producto de una cultura propia o tan normal como comer carne o pescado”, valoran algunos comensales que aprecian su alto valor nutritivo y están convencidos de que sirve también para aumentar la virilidad y proporcionar buena suerte». Ya veo, ya. Pero ¿el restaurante está aquí en España? —preguntó Andrea sabiendo que la respuesta era obviamente sí.

—Sí, sí, en Madrid. Aquí los chinos tienen muy difícil conseguir perros. No pueden criarlos para eso, no les sale rentable criar perros en clandestinidad para su consumo, necesitarían granjas de gran tamaño, como tienen en China, y aquí les es imposible. Las protectoras de animales los tienen vigilados, no les dan perros en adopción y tienen controladas a las tiendas de animales para que no les vendan perros. Lo tienen difícil, por eso tienen que recurrir a este tipo de piratas. Por lo visto los perros congelados se venden a buen precio, el Jesús este ganaba más dinero con esto que con las incineraciones. ¡Menudo cabrón!

Andrea se quedó pensativa unos instantes. Por un momento se le pasó por la cabeza contarle a Macarena lo de los botes llenos de cocaína que encontraron en su casa, pero en el último momento decidió que era una mala idea. Quizá eso hubiera sido excederse en la confianza. Al fin y al cabo, ella era policía y colarse en una casa para robar cuatro kilos de cocaína era del todo ilegal, por mucho que ese cabrón se lo mereciera. En vez de eso, sacó su móvil y buscó un artículo que había leído hace poco sobre el tema de comer animales sin control veterinario. Había mucha gente que pensaba que comer animales que en un principio no estaban criados para el consumo humano era más saludable que comer carne saturada de antibióticos, hormonas y estimulantes del crecimiento. Incluso si estos animales habían muerto de una enfermedad o infección.

—Mira —dijo Andrea leyendo la pantalla de su móvil—. La verdad es que no es tan raro que la gente se coma animales sin saber si estaban enfermos o infectados de algo. Aquí dice que en California han decidido sacar una ley por la que los habitantes de la zona podrán surtirse de las cunetas. Los autorizan a recoger los animales atropellados para comérselos. Dicen que es carne salvaje, cien por cien orgánica, que no ha conocido la ganadería ni el matadero. No pasan ningún control veterinario. La gente los recoge y se los lleva a casa. Después los congelan y tienen carne para meses. No sé hasta qué punto eso es bueno. Si el animal tuviera tuberculosis, lengua azul, mal de las vacas locas… No sé, si tan solo con cocinarlos es suficiente para matar todas las bacterias… Tengo mis dudas. La verdad es que aquí en España los maquinistas de la Renfe siempre han dado parte de los ciervos, corzos, jabalíes y demás animales arrollados por el tren.

Luego las cuadrillas de vías y obras los cargan en el camión y acaban como calderetas o barbacoas.

—Bueno, en tal caso, misterio resuelto, ¿no? —dijo Macarena deseando cambiar de tema.

—Sí, supongo.

De pronto se hizo un silencio incómodo en el que las dos cruzaron la mirada sin saber qué decir. Andrea esbozó una sonrisa nerviosa y Macarena, que también sonreía, decidió cambiar de postura en la silla para liberar tensión.

—¿Vives aquí sola? —Según terminó de hacer la pregunta, Macarena sintió una punzada de vergüenza y rectificó enseguida—. Perdona si la pregunta es muy personal, quería decir si estás casada o tienes pareja, y eso.

—Sí, no te preocupes, no pasa nada. Vivo sola, estoy separada. ¿Y tú?

—Yo…, ya lo viste, vivo con mi padre. Mi madre falleció hace años y no quiero dejarle solo. Además, como no tengo pareja, pues… no tengo prisa por independizarme.

—Ya, lo entiendo, desde luego en casa de tus padres es donde mejor vas a estar, porque, según se han puesto los pisos, está la cosa como para independizarse.

—Sí, eso sí, pero la independencia, vivir sola o con tu pareja en tu propia casa… Eso no tiene precio. Hacer lo que te dé la gana cuando te dé la gana tiene que ser la hostia. Eso sí lo hecho en falta. Por ejemplo, salir una noche y ligar con alguien y poder ir a tu casa… Bueno, ya sabes, yo llevo tanto tiempo sin tener sexo que estoy que me subo por las paredes —dijo con toda la intención del mundo.

Andrea recibió el comentario sin hacer ningún gesto. Simplemente sonrió levemente y dio un sorbo a su cubata. Ella sí que llevaba un montón de tiempo sin sexo. Desde que su marido la dejó plantada no había mantenido relaciones con otra persona, y de eso hacía ya algún tiempo, demasiado a criterio de Andrea, que no sabía si era la soledad, la falta de sexo, o qué sé yo, pero lo cierto es que aquella chica le seducía. Notaba cierto magnetismo que no podía controlar. Nunca se había sentido atraída por una mujer, pero Macarena tenía algo especial, algo que le excitaba y que no la dejaba pensar en otra cosa que no fuera tener sexo con ella.

—No creo que sea para tanto —dijo al cabo de unos segundos—. Tú eres una tía joven y guapa, seguro que tienes a todos los chicos detrás de ti. La que lo tiene complicado soy yo, que con mi edad y sin salir de la clínica o de mi casa… Pues tú me contarás.

—Bueno, chicos, no, la verdad. A mí me gustan las chicas, Andrea. Y si son mayores que yo mejor.

Andrea tragó saliva. Eso sí que no se lo esperaba, ¿o quizá sí? ¿Eso

era lo que su intuición femenina le estaba diciendo a gritos desde hacía un rato? Podría ser, pero… ¿qué tenía que hacer ella? ¿Esquivar el asunto o dejarse llevar? Que una persona tuviera una personalidad más fuerte que la suya le excitaba muchísimo.

—¿Ah, sí? —titubeó Andrea captando la indirecta—. Vaya, pues no lo sabía. Bueno, claro, ¿cómo iba a saberlo si no me dices? Qué tontería, ¿no? Perdona, pero me he puesto un poco nerviosa y no sé por qué, la verdad, porque yo…

—¿Te puedo hacer otra pregunta personal? —interrumpió Macarena dispuesta a acabar con la sutileza pretendida antes de llegar.

—Sí, claro —dudó Andrea.

—¿Has estado alguna vez con una mujer? —susurró con el tono de voz más sensual que supo poner.

—¿Có… cómo? ¿Yo? No, no, yo… solo he estado con hombres…, y no muchos. Bueno, no demasiados, quiero decir.

—Pues deberías probarlo alguna vez. Es… diferente. Nosotras nos entendemos mejor. Sabemos dónde tocar, dónde acariciar, con qué intensidad, cuáles son nuestras zonas más sensibles… Es una experiencia totalmente distinta a la de estar con un hombre. Ellos suelen ser torpes y tienen demasiada prisa por terminar. Nosotras nos tomamos nuestro tiempo. Somos más… delicadas —dijo acariciando el dorso de la mano que Andrea tenía sobre la mesa.

En cuanto notó el contacto, la piel se le puso de gallina y empezó a notar un intenso calor entre las piernas que la estremeció. La gran Andrea Soler Molina avergonzada y ruborizada por una chica de veintipocos años. No se reconocía a sí misma, estaba fuera de lugar. ¿Qué le estaba pasando? ¿Qué clase de embrujo le había inducido esa chica? ¿En qué tipo de hechizo estaba a punto de caer? Macarena arrastró la silla hacia adelante, se acercó a Andrea y la miró fijamente a los ojos. Al ver que no hacía ningún movimiento disuasorio, se lanzó y la besó en la boca apasionadamente. Andrea notó aquellos labios carnosos y los besó con pasión mientras Macarena se animaba y le pasaba la lengua por los suyos. Macarena se separó un instante y se quitó la camiseta, cogió la mano de Andrea y la puso sobre sus pechos.

—No disimules, he visto como los mirabas —le susurró al oído mientras le mordisqueaba el cuello.

Andrea los masajeó mientras Macarena hacía lo propio con los suyos. Poco a poco se fueron desnudando y se arrastraron hasta el sillón beis de Andrea. Macarena tomó la iniciativa y se subió encima. Le quitó las bragas y fue deslizando poco a poco su lengua por el vientre hasta llegar al clítoris. Andrea se retorcía de placer. Hacía tanto tiempo y Macarena lo hacía tan bien que no tardó en tener un primer orgasmo, al cual le seguirían otros dos antes de que cayeran

desplomadas y sudorosas sobre la cama de su habitación.

A la mañana siguiente Andrea se sentía descolocada. Estaba totalmente desorientada. No sabía cómo había podido pasar. Se lo había pasado bien y había disfrutado, pero se arrepentía de haberlo hecho. No era propio de ella, ¡y encima con una mujer! Pero ¿se había vuelto loca? Rápidamente se metió en la ducha y se vistió para irse a la clínica. No sabía cómo decirle a Macarena que se marchara y que no quería volver a verla. ¿Eso era lo que realmente quería? ¿Sí o no? Estaba hecha un puto lío. Debía pensar y asimilar lo que acababa de hacer, ¡había tenido sexo con una mujer! No se lo podía creer. El problema es que al recordarlo volvió a notar ese calor debajo del ombligo que la estremeció de nuevo. Se obligó a apartar de su mente aquellos pensamientos y se acercó a Macarena, que dormía desnuda en el lado de la cama donde solía hacerlo su exmarido.

—Macarena —murmuró mientras la movía sutilmente—, me tengo que ir. ¿Tú no trabajas hoy?

Macarena abrió los ojos lentamente. Miró el reloj de su muñeca mientras con la otra mano se frotaba los ojos.

—¡Hostia! ¡Las diez menos cuarto! ¡A las diez tengo que estar en comisaría! —exclamó.

Comenzó a vestirse a toda prisa. Andrea la observaba de pie, al lado de la cama.

—Macarena, yo… quiero decirte que lo de anoche, pues… que no sé qué me pasó. A mí me gustan los hombres, yo… Me gustaría que esto no saliera de aquí y que no se volviera a repetir, ¿vale?

Macarena la miró de reojo mientras se ataba las botas. No dijo nada. Se recogió el pelo en una coleta y se levantó de la cama.

—Vale. Muy bien, doctora, si eso es lo que quiere… —dijo airada —. Yo no diré nada, no quiero que se sienta avergonzada.

—Joder, que no es eso, Macarena, pero, entiéndeme, esto es nuevo para mí y no estoy segura de querer seguir con ello, ¿entiendes?

—Sí, vale, entiendo. Pero no sé, pensaba que te había gustado, y eso.

—Escúchame, Macarena, no te enfades conmigo, por favor, pero creo que ha sido una mala idea. Y lo siento si estoy hiriendo tus sentimientos, pero ahora mismo lo que deseo es que no hubiera pasado, lo siento.

—De acuerdo, pues nada, que tenga un buen día, doctora.

Macarena cogió el resto de sus cosas y desapareció por las escaleras, dejando a Andrea plantada con la palabra en la boca. Andrea se mantuvo inmóvil en su sitio hasta que el portazo de la puerta de la calle la sobresaltó.

***

2 meses después

Alicia se encontraba en su habitación dando de comer a Petronila. La había sacado del terrario y la tenía sobre su pequeña mesa de escritorio. Mientras le acariciaba sus peludas patas, iba pasando de un vídeo a otro de YouTube en su ordenador portátil. De repente, el título de uno de los vídeos le llamó la atención: «Nuevo caso de consumo de droga caníbal en España». Alicia hizo doble clic sobre el enlace. En el vídeo podía verse a un individuo de unos treinta años que caminaba por la calle como si fuera un zombi. Sus brazos iban colgando y movía la mandíbula de manera descontrolada. El tipo se caía al suelo y se levantaba con dificultad mientras no paraba de reír a carcajadas. Parecía no poder controlar sus movimientos. De repente comenzó a correr hacia un grupo de chicas que apareció en la esquina superior derecha de la imagen. Agarró a una de ellas y comenzó a morderle la cara de manera salvaje. Completamente fuera de sí, le dio una dentellada tras otra hasta destrozarle el rostro y el cuello. Las demás chicas intentaban separarle, pero resultaba imposible, era como si el hombre de repente estuviera poseído por el mismísimo demonio.

En los últimos segundos del vídeo se veía a la chica desplomada en el suelo con la cara ensangrentada y al individuo arrastrándose entre la gente como si estuviera buscando a su siguiente víctima.

Alicia ya había visto otro vídeo similar hacía tiempo. Le impactó tanto entonces que buscó información sobre esa droga. En varios artículos que encontró decían que la famosa droga caníbal es en realidad MDPV (metilendioxipirovalerona), un estimulante de efectos remotamente parecidos a los de la cocaína, pero bastante más potente y duradero. Este tipo de drogas puede provocar alucinaciones, ataques de pánico y psicosis, pero en ningún caso te vuelve caníbal. De hecho, varios médicos aseguraban que no hay ninguna sustancia que provoque que quien la consuma necesite morder a las personas. «Las drogas no pueden instigar comportamientos tan específicos con tanta regularidad», declaraba uno de los médicos. «Lo más interesante de todo esto —decía el artículo— es que, después de que los medios de comunicación hubiesen vinculado el nombre de la sustancia (MDPV) con un comportamiento caníbal, las autopsias de los hombres que murieron tras estos ataques de violencia revelaron que no había rastro de esa sustancia en sus cuerpos. Todos los casos se cerraron sin una explicación concluyente y se les atribuyó a las víctimas enfermedades mentales para justificar aquellos episodios».

Por lo tanto, a día de hoy, todo el mundo sabe que es un bulo. Al menos Alicia lo sabía, pero, si la droga caníbal no existe, ¿qué podría explicar aquellos comportamientos? ¿Por qué los médicos no habían sabido dar una respuesta a estos ataques de violencia desenfrenada? ¿Qué es lo que estaba pasando?

Alicia se quedó pensativa durante unos largos segundos. De repente

algo le vino a la mente. Cogió rápidamente el teléfono y marcó el número de su hermana.

Continuará…

NOTAS DE AUTOR

Sobre la novela:

He escrito esta novela entre el año 2016 y 2020. Todos los datos sobre enfermedades veterinarias y protocolos policiales son verídicos y están documentados. Se pueden consultar con una simple búsqueda en Internet. Algunos de ellos están adaptados en beneficio de la redacción, solo los expertos en ciertas materias lo notarán. No era mi intención hacer una tesis doctoral sobre medicina de animales, solo me apoyé en ello por el bien del desarrollo argumental de la novela. También los datos sobre la enfermedad de las vacas locas y la tribu de los fore están sacados de artículos de Internet que he modificado por el bien de la novela.

Puesto que es mi primera novela, hay muchas experiencias personales en la redacción. Casi las he agotado todas. Me he guardado algunas para la segunda parte, pero para las próximas novelas tendré que tirar mucho más de imaginación. Muchas de las anécdotas y situaciones son reales. No te diré cuáles porque quiero mantener el anonimato de las personas implicadas.

Sabía que iba a escribir una novela con un grupo de chicas como principales protagonistas y que tenía que haber dos hermanas, pero al principio mi idea era completamente diferente que la de la novela que he terminado escribiendo. Se trataba de dos hermanas que tenían menos edad que las de la novela y vivían todavía juntas en casa de sus padres. Apasionadas de la astronomía, tenían instalado un equipo de observación en la azotea de su edificio. El equipo era un poco rústico, por decirlo de alguna manera, estaba fabricado casi en su totalidad por ellas mismas, y se dedicaban a observar y escuchar todo cuanto pasaba más allá de nuestra atmósfera. Cierto día descubrieron algo. Escucharon una señal que se había reproducido en una corta línea temporal. La señal comenzó a emitirse en el espacio exterior y localizaron el fin de la emisión en la tierra. Algo había caído del cielo. Lo que más sorprendió a las hermanas es que la localización de dicha señal mediante GPS se encontrara muy cerca de donde ellas vivían, concretamente en un descampado de la ciudad de Móstoles. Corrieron hacia allí y quedaron absolutamente desconcertadas por lo que se encontraron.

Tenía toda la estructura de la novela preparada. Me disponía a comenzar a escribirla después del verano de 2015, pero en el mes de

julio, volviendo de La Manga del Mar Menor, donde había disfrutado de unos días de vacaciones con mi mujer —Susana— y mis dos hijas —Alicia y Sandra—, hicimos una parada para descansar en un área de descanso situada en algún lugar de la carretera de Valencia.

Aquel lugar me pareció tenebroso incluso a la luz del día. Rodeado por un polígono industrial lleno de fábricas que parecían funcionar a toda máquina incluso en domingo, el área de descanso, en contraste, estaba desierta y aparentemente abandonada. La vegetación salvaje cubría la valla oxidada del perímetro casi en su totalidad. Los merenderos tenían la madera tan podrida que parecían estar a punto de caerse a trozos. Las papeleras, en un estado deplorable, estaban a rebosar de basura desde vete tú a saber cuándo.

Aquel lugar invitaba a cualquier cosa, menos a descansar. Decidimos que teníamos que salir de allí cuanto antes. La idea era pasear un momento a mis dos perros, Budy y Nora, para que hicieran sus necesidades y largarnos como alma que lleva el diablo. Pero, en cuanto abrí las puertas del coche, mis dos hijas salieron corriendo hasta el otro extremo del área de descanso para subirse en lo que quedaba de unos viejos y desvencijados columpios. Entre los numerosos árboles y la vegetación salvaje, mi mujer y yo las perdimos de vista durante unos angustiosos segundos. Inmediatamente le pasé las correas de los perros a mi mujer y me fui a buscarlas a paso ligero. Cuando llegué a la pequeña zona infantil, por llamarla de alguna manera, allí estaban las dos, felices y despreocupadas, balanceándose en el columpio mientras este chirriaba de manera estridente. En ese momento pensé que quizá había exagerado. ¿Por qué me había asustado si allí no había nadie y, además, solo habían pasado unos segundos fuera de nuestro campo de visión? ¿Qué podría haber pasado? ¿Es posible que en tan poco espacio de tiempo pueda pasar algo?

Una vez metidos en el coche y ya de camino en la carretera, con el soberano aburrimiento que me produce conducir, esas preguntas empezaron a rondar por mi mente. La realidad, que ya sabemos de sobra que supera con creces la ficción, nos ha demostrado en multitud de veces que hace falta muy poco tiempo para que se produzca una desgracia. En muchas ocasiones tan solo unas décimas de segundo son suficientes para cambiar la vida de una persona, o de muchas. Inmerso en estas cavilaciones mientras conducía, la historia comenzó a tejerse en mi cabeza.

Al principio iba a ser una novela puramente policiaca: la misteriosa desaparición de unos niños en un área de descanso, un inspector que

se empeña en resolver el caso, unos secuestradores… Pero a poco a poco fui añadiendo pequeñas subtramas que se entrelazarían entre ellas, confluyendo juntas en un mismo final. Y he aquí el resultado.

He sudado tinta (nunca mejor dicho) para escribir esta novela. No sé si me ha costado tanto por la falta de tiempo o porque es mi primera novela. Espero que sea por lo segundo, porque, como las siguientes me cuesten tanto, yo no sé qué va a ser de mí. He comprendido que los libros no se escriben, se sangran. Muchas veces no valoramos el esfuerzo que supone crear cualquier cosa hasta que lo sufrimos en nuestras propias carnes. Toda creación supone un gran esfuerzo mental y físico. Puede gustarte o no, pero debemos aprender a valorar el esfuerzo que cualquier persona hace por crear algo nuevo, algo que no se haya visto ni oído nunca; algo que pretenda entretener, divertir, emocionar… Porque la cultura, tan menospreciada en muchas ocasiones, es tan necesaria como incluso a veces respirar.

Quería terminar con una última curiosidad sobre la novela. Un alto porcentaje del manuscrito lo he escrito en la furgoneta. Me levanto una hora antes para llegar pronto a mi lugar de trabajo y utilizar esa hora diaria para escribir. He estado durante estos últimos cuatro años con el ordenador portátil debajo del brazo. He escrito en el parque, en la consulta del médico, en el tren, en la calle esperando a que salieran mis hijas del colegio, por la noche, por el día muy temprano… Me marqué un objetivo que consistía en escribir al menos una hora al día todos los días, lloviera o nevara, contra viento y marea. Es la única manera. Como el deportista que sale a correr todos los días a la misma hora pase lo que pase, porque en la constancia está el secreto.

He de decir que pasearte con un ordenador portátil debajo del brazo allá donde vas conlleva sus riesgos. Eso es algo que pude comprobar llegando al final del manuscrito, cuando un día cualquiera salí a la furgoneta a coger la bolsa de la comida y me encontré con que me habían roto un cristal y me habían robado todo lo que llevaba. En ese momento me flaquearon las piernas. Tenía un montón de herramientas y material eléctrico de mucho valor que utilizo en mi día a día para desempeñar mi trabajo, pero en ese instante no me importó en absoluto haberme quedado sin herramienta (otra vez), lo único que me preocupaba era mi ordenador portátil. Se habían llevado la mochila con el ordenador portátil y mi cuaderno de notas con todos los apuntes que tenía escritos durante todos estos años. Lloré como un niño. No por el ordenador, que era un portátil arcaico que me costó cuarenta euros de segunda mano, sino por todo lo que había dentro. Y el cuaderno, que seguro acabaría en cualquier cubo de basura, junto con el ordenador, en cuanto comprobaran la mierda que se habían

llevado.

Cuando llegué a casa, comprobé lo que tenía guardado en el ordenador de mesa y me di cuenta de que no tenía grabados los dos últimos capítulos de la novela. Los había perdido. Las ideas y notas las pude recuperar de algunos correos que yo mismo me enviaba para después imprimirlos, pero los dos últimos capítulos de la novela completos se habían esfumado. Estaba tan cabreado que pensé incluso en no terminar la novela. Demasiado esfuerzo me parecía escribir una novela una vez como para encima tener que escribir lo mismo dos veces. No tenía fuerzas. Psicológicamente estaba abatido. Además, no había tenido tiempo de revisar los últimos capítulos y no tenía claro exactamente lo que había escrito. Dejé apartada la novela unos días para reflexionar. Al principio empecé a tomar notas y apuntes de lo que me iba acordando para volver a reconstruir el final de la novela, pero enseguida me di cuenta de que iba a ser un trabajo tedioso y aburrido. No sería capaz de hacerlo. El motivo principal que me lanza a la escritura es redactar cosas nuevas que me vayan saliendo del corazón. La novedad, el aire fresco, es lo que me impulsa a escribir. Volver a escribir algo que ya había escrito y que tanto esfuerzo me había costado no iba a ser posible. Tenía un bloqueo mental importante, así que tomé una decisión alternativa: escribir un final completamente diferente, totalmente distinto. Y así lo hice. El final que has leído no era el final original de la novela, pero creo que conseguí mejorarlo (espero), aunque eso es algo que nunca se sabrá, porque ni yo mismo sé con precisión qué fue lo que escribí en una primera versión.

Para terminar, quiero que sepas que, si estás leyendo esta novela entre el año 2021 y 2025, es posible que me encuentre inmerso en la redacción de la segunda parte. Me gustaría que, si tienes alguna sugerencia, recomendación, consejo o idea que te gustaría expresarme respecto a la continuación de este libro, me lo escribas a través del *e-mail* ivangarbu1982@gmail.com.

También sería increíble que me escribieras contándome tu opinión sobre la novela, dudas, o simplemente para saludar. Yo prometo contestar a todos los correos en la mayor brevedad posible.

Un saludo y muchas gracias.

Nos leemos.

IVÁN GARBU

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer en primer lugar a todos los que habéis leído esta novela. Si has llegado hasta aquí significa que has confiado en un autor desconocido y que, gracias a eso, has contribuido a hacer de mí un pedacito de escritor, porque, según dicen, no eres escritor hasta que te leen. Muchas gracias por leerme, entonces. Espero que hayas disfrutado de la novela y te espero en las siguientes.

También quiero hacer un especial agradecimiento a mi primer lector y consejero, Francisco Hidalgo, que, antes de recibir ese disparo en el hombro, tuvo la paciencia de leer y corregir mi manuscrito, además de sugerirme opiniones e ideas que me ayudaron mucho a terminar de escribir esta novela. Para la próxima espero que no te disparen, porque necesitaré que vuelvas a asesorarme y apoyarme con tus conocimientos. Gracias, Paco.

Y el último agradecimiento, y por supuesto el más especial, es para la mujer con la sonrisa más bonita que he visto jamás, mi mujer, Susana, por permitirme escribir esta novela mientras ella se preocupaba de mantenernos a todos con vida.

La quiero con sus fallos, sus imperfecciones y sus defectos, porque yo estoy enamorado de su alma, y eso está por encima de todo. Gracias, cariño, por estar a mi lado.

SOBRE MÍ

Este es el clásico apartado «Sobre mí» que habitualmente aparece en muchas de las páginas web de autor que muchos de vosotros habréis visitado en alguna ocasión, y te preguntarás por qué lo escribo aquí, y no en la página web. Pues por dos motivos: el primero es que no tengo página web ni tengo intención de crearla, porque lamentablemente no tengo tiempo de gestionarla; y el segundo, para facilitarte el trabajo.

El ritmo de vida que llevamos actualmente no permite disponer de mucho tiempo para dedicarle a una cosa en concreto y nos movemos por estímulos. Unas páginas de un libro por aquí, un capítulo de una serie por allá, algo de deporte si eso, algún programa en la tele… Y así día tras día. No disfrutamos completamente de nada en particular y picoteamos de todo en general. Por eso he decidido plasmar el apartado «Sobre mí» en el final de todas las novelas que escriba, para que, ya que has hecho el esfuerzo de leer todo el texto, no tengas ahora que buscar en Internet información sobre mí, si es que te interesa, claro. Así que, sin más preámbulos, aquí te describo, más o menos, cómo yo me veo.

Me llamo Iván García Bullido. Lo de Iván Garbu es por abreviar. He

juntado la primera sílaba de cada apellido y lo he reducido a uno solo. También es que todo el mundo se pone un nombre artístico y yo no quería ser menos.

Me he preguntado a mí mismo quién es Iván García Bullido, para escribir esta sección, y he de decir que escribir sobre uno mismo se ha convertido en una tarea sorprendentemente complicada, incluso más que la propia novela. Pero, bueno, voy a hacer lo que pueda.

Nací en 1982 en Madrid y llevo viviendo toda la vida en Móstoles. Tengo treinta y ocho años, estoy casado y tengo dos hijas, Alicia y Sandra. No tengo estudios superiores, pero siempre me gustó escribir y escuchar historias. He de confesar que cuando era adolescente no leía prácticamente nada. Las historias me llegaban a través de la música. El *punkrock* me enganchó desde pequeño y decidí que quería aprender a tocar la guitarra para formar una banda y poder escribir mis propias canciones. Durante los veinte años posteriores estuve en varios grupos de *rock* y de *punk*. Los primeros como guitarrista y los últimos como fundador, compositor, guitarrista e incluso cantante. Bueno, cantante… Vamos a dejarlo en que soltaba mis propias letras por un micrófono como buenamente podía. Conseguí escribir más de cincuenta canciones (alguna de ellas buena, creo), lo que me sirvió de entrenamiento para lanzarme después a escribir textos más largos en un blog donde expresaba mis opiniones sobre diversos temas, hasta que me decidí a escribir mi primera novela.

Me considero una persona que aprecia las pequeñas cosas y que se conforma con lo que tiene. No escribo por dinero, pero tampoco lo considero una afición. Si me viene a la cabeza una historia, siento la necesidad de escribirla. Antes las convertía en canciones, ahora quiero escribir novelas. Mientras me sigan llegando historias, seguiré escribiendo. No sé muy bien explicar por qué, pero, si no lo hago, me siento mal conmigo mismo. Dejar escapar lo que considero una buena historia por pereza o por falta de tiempo es algo que no me puedo permitir.

Soy electricista de profesión. Mi padre tenía una empresa de electricidad y me enseñó el oficio desde muy joven. El poco tiempo libre que me deja mi trabajo lo dedico a escribir. De hecho, voy con el ordenador portátil debajo del brazo a todos sitios. Escribo en la furgoneta del trabajo, en la consulta del médico, los fines de semana, por la mañana temprano, por la noche tarde… No sé, siempre que puedo. La norma que me he autoimpuesto es escribir al menos una hora al día. La manera más segura que he encontrado de garantizarme esa hora de escritura diaria es levantarme muy temprano y dirigirme a

mi puesto de trabajo una hora antes. Allí aparco la furgoneta y escribo hasta que llega mi hora de entrar. Además de esto, en el teléfono móvil me descargué una aplicación para grabar notas de voz que me permite apuntar ideas en cualquier momento. Así que al final me doy cuenta muchas veces de que, aunque mi cuerpo esté en el puesto de trabajo, mi cabeza sigue escribiendo y buscando ideas todo el día, porque recito infinidad de notas de audio que me sirven para continuar escribiendo al día siguiente. Y así día tras día. Creo que la constancia es la clave. La constancia se acaba imponiendo y superando todas esas ridículas expectativas instantáneas que muchas personas tienen sobre otras. Si eres constante, tarde o temprano alcanzas tus objetivos, si es que esos objetivos coinciden con tu misión en este mundo, porque yo creo que todos venimos con un destino marcado desde que nacemos, pero también creo que, si te esfuerzas, puedes adornar un poco ese destino. La vida es como una gran novela. Los personajes van apareciendo y desapareciendo. Cada acontecimiento se va colocando de una forma determinada, como si ya estuviera todo escrito, sin que tú puedas alterarlo, aunque creo que sí puedes intentar mejorar un poco la redacción de tu vida. Escríbela con buena letra, sin faltas de ortografía y, si es posible, con un buen final del que sentirte orgulloso. Por ejemplo, es posible que mi destino sea poner cables el resto de mi vida, pero eso no me va a impedir contar historias. A eso me refiero, si tienes una buena historia que contar, hazlo, escríbela, a mí me encantan las historias, vengan de donde vengan. Una buena historia es igual de buena contada por un escritor profesional que por un niño, un anciano o cualquier persona que quiera contarla. Una buena historia es una buena historia.

Vaya, espera, que estoy escribiendo la pestaña «Sobre mí» y creo que me he desviado un poco del tema. Es que enseguida evito hablar de mí, no me gusta mucho. La verdad, soy un poco introvertido y me gusta más escuchar que hablar, y más si es sobre mí. Pero, bueno, a ver, te cuento unas pocas cosas más y ya me despido. Soy ateo, pero, como te decía antes, creo en el destino, aunque también soy consciente de que lo que yo crea o deje de creer es totalmente irrelevante, porque soy consciente de que soy una hormiguita insignificante más en este gran universo y que mi opinión cuenta lo que cuenta, prácticamente nada. Aun así, todos tenemos derecho a expresar nuestras opiniones, por muy inocuas que sean a veces.

A ver, que me desvío otra vez. Más cosas sobre mí. Pues no sé, cuanto más avanzo en esta redacción, más vulnerable me siento. Por ejemplo, te podría decir que soy un poco hipocondriaco, bueno, bastante. Vaaale, mucho. Y con la edad parece que va a peor, porque cuando tenía veinte años pensaba: «Bah, ¿qué me va a pasar, si soy

super joven?». Pero ya casi con cuarenta… intento hacer algo de deporte, pero no lo consigo.

Para terminar, voy a recurrir a un clásico en cuanto a preguntas sobre la personalidad de una persona se refiere: películas, series y novelas favoritas.

Aunque con el paso del tiempo se van añadiendo títulos a la lista, hay películas, novelas y series que me han marcado y merecen ocupar los primeros puestos de mi lista personal.

En cuanto a películas, me decanto por *Titanic* y *Gladiator*. Si estoy viendo la tele y por lo que sea me encuentro con alguna de estas películas, no puedo evitar volver a verlas. ¡Ah!, y una más antigua, *Speed,* con un Keanu Reeves y una Sandra Bullock en su mejor momento.

Las series que más me han marcado hasta ahora son *Juego de tronos* y *The walking dead.* Ya sé que no soy especialmente original, pero es lo que hay. También podría nombrar *Breaking bad* y unas cuantas decenas más, pero no me llegaron tanto como las otras dos.

Y para terminar he seleccionado también un par de novelas de las muchas que me gustan. Tampoco voy a ser muy original, creo, pero para decidirme he pensado en cuáles sería capaz de volverme a leer (teniendo en cuenta lo poco que me gusta leer algo que ya he leído) y se me han venido a la mente *La catedral de mar* y *Los hombres que no amaban a las mujeres,* de la saga Millenium.

Espero que estos datos te hayan ayudado a hacerte una idea más o menos de cómo soy. A mí, por mi parte, solo me queda agradecerte el haber llegado hasta aquí y que nos veamos en las siguientes novelas.

Muchas gracias.

Un abrazo,

IVÁN GARBU

Se que no es posible volver a verte amigo, así que sigue cabalgando allá dónde estés